
AMANDA CLARK
LA SOMBRA DEL ÚLTIMO TREN

# La sombra del último tren

Amanda Clark

A todos los que luchan por sus sueños.

# IR A

# PRÓLOGO

*29 de junio de 1935, Barcelona*

La despertó un portazo en plena madrugada. Abrió los ojos y se volvió hacia su hermana pequeña. Alicia continuaba durmiendo, ajena a los ruidos que procedían de la entrada. Aunque sabía que no debía salir de su habitación a aquellas horas, Soledad no pudo contener la curiosidad. Puso los pies descalzos en el suelo y avanzó sigilosamente hacia la puerta. Temió que el sonido de su piel sobre la madera caliente la delatara, así que se colocó unos calcetines para amortiguar sus pasos. El corredor estaba en penumbra. La luz de las farolas apenas lograba colarse entre los visillos que su madre se había empeñado en colocar en las ventanas. «Los vecinos no tienen por qué saber lo que hacemos o dejamos de hacer», había dicho. No lo había entendido muy bien. No tenían nada que ocultar. ¿O sí? En el zaguán no había nadie. Quizá lo había imaginado todo. Estaba a punto de regresar a la cama cuando encontró dos paños manchados de sangre arrugados en un rincón del estante de la entrada. Observó las motas granates con una mezcla de fascinación y aprensión. Jamás había visto algo así. Corrió hasta la habitación de sus padres, olvidando por completo su propósito de pasar desapercibida. La puerta del dormitorio estaba entornada. Iba a abrirla, pero se detuvo al escuchar la voz de una desconocida. Discutía con su madre.

—¿Cómo te atreves a venir aquí?

—Ahora eso no es lo importante, ¿no te parece? —repuso la

extraña.

Soledad asomó la nariz para ver a aquella mujer misteriosa. Era alta. Mucho más de lo que creía posible para alguien tan femenino. Sus espaldas rectas le recordaron a los maniquíes de los catálogos de la casa de modas. Como si hubiera detectado su presencia, la mujer se volvió hacia la puerta. Abrió y se quedó frente a ella durante unos segundos. Sus ojos inauditamente claros la asustaron. Estaba segura de que podía ver el fondo de su alma, como las hechiceras de los cuentos que leía a escondidas por las noches.

—Soledad, ¿qué diablos haces aquí? —La blasfemia de su madre fue lo que más la espantó. Ella nunca hablaba así.

Su madre le arrebató los paños ensangrentados de las manos. Soledad los miró horrorizada. Ni siquiera se había percatado de haberlos cogido. Aunque solo la rozó un instante, notó que sus manos estaban frías y húmedas como la lengua de un reptil. Soledad no se movió del sitio. ¿Por qué su madre parecía tan alterada? Fue entonces cuando divisó una figura encogida en la cama. A pesar de su aspecto demacrado, lo reconoció al instante.

—¿Padre?

Su madre la agarró del brazo y la arrastró hasta el otro lado del pasillo.

—Regresa a tu cuarto inmediatamente.

—¿Pero y padre? ¿Está bien? —quiso saber alarmada—. Pensé que estaba de viaje.

—Tan solo son unas fiebres —atajó—. Vuelve a la cama. Ahora.

—Quiero verlo —exigió.

Hacía más de una semana que su padre se había marchado sin dar demasiados detalles. Estaba acostumbrada a sus idas y venidas, pero aquella vez había tenido un mal presentimiento. «Será un trabajo corto; un par de días a lo sumo», le había dicho despeinándola cuando se había agarrado a su pierna. Pero habían transcurrido siete días, con sus siete noches.

—No.

—Pero, madre, ¡quiero verlo!

Aunque no era la primera vez, la bofetada la sorprendió. No solía hacerlo delante de la gente. La desconocida, que se había mantenido en silencio todo el tiempo, se removió incómoda. Había compasión en su mirada.

—No me abochornes más —espetó su madre.

Soledad sintió el calor de las lágrimas, pero levantó la barbilla y desafió a su madre por unos instantes. Después regresó a su dormitorio. No cerró la puerta. Se quedó tras ella, escuchando los movimientos de las dos mujeres, que acababan de trasladarse a la cocina. Le llegó el hedor pegajoso de una de las valerianas de su madre. Lo detestaba. Sin embargo, apreció unas notas distintas en el aire. Canela mezclada con arándanos. Pronto se percató de que aquel aroma envolvía a la mujer misteriosa como si se tratara de un perfume. Vio que su madre, erguida como un junco, se servía sin ofrecerle una taza a la invitada y daba un sorbo de la infusión. La porcelana temblaba entre sus dedos largos.

—Lo siento mucho. —La desconocida tenía la voz grave, pero de repente le pareció frágil como un suspiro.

—Ahórrate tus disculpas —la cortó su madre.

Si sus palabras la molestaron, lo disimuló bien.

—Abigail, si necesitáis ayuda, tan solo tienes que enviarme una nota a esta dirección. —Le tendió una tarjeta.

Su madre agarró la cartulina y cerró el puño con fuerza, hasta que el papel se volvió un amasijo arrugado.

—Márchate.

Soledad se encogió al escuchar el tono que había empleado su madre. La mujer se dio por vencida y se dirigió a la salida. Cuando pasó frente a la puerta de su habitación, le pareció que le dirigía una mirada de soslayo. Y por un instante, estuvo segura de que le había sonreído.

Soledad esperó en silencio hasta que su madre se encerró en el cuarto. Se moría de ganas de ver a su padre, pero sabía que no había discusión posible. En cuanto pusiera un pie en la habitación, su madre se encargaría de alejarla de él.

Se escabulló hasta la cocina y rebuscó a tientas en la basura, hasta que notó el tacto rugoso de la tarjeta de aquella mujer entre sus dedos. La guardó y se marchó de nuevo a su habitación. Bajo el refugio de las sábanas logró atisbar su nombre. Gertrude Müller.

**PRIMERA PARTE**

# El abandono

# LA MÁQUINA DE PALOMITAS

*9 de mayo de 2022, Barcelona*

Llegué a la inmobiliaria antes de las ocho, como cada día. Aunque no abría hasta las nueve, me gustaba disfrutar de un rato de tranquilidad antes de empezar con las visitas. La mayoría de mis clientes eran empresarios pretenciosos que tan solo buscaban una oficina más lujosa que la anterior, así que necesitaba un café doble para poder soportarlos. Encendí la cafetera y pulsé el botón. El olor tostado se amoldó a mi respiración, y dejé que el sabor amargo me inundara el paladar hasta el último rincón. Solo entonces fui capaz de subir la persiana y empezar un nuevo día.

Muchos me habían advertido en contra de ser autónoma. «No llegarás a final de mes». «Trabaja para alguien, Leonor, dormirás más tranquila». Y lo había intentado durante años. Al final, me había rendido ante la evidencia: no estaba hecha para acatar órdenes. Así que había optado por desoír los consejos y abrir mi propio negocio, una inmobiliaria.

Estaba colgando los anuncios de varios locales en el escaparate cuando sonó el teléfono. Era mi padre. Aquello me sorprendió. No es que tuviera una mala relación con él; al contrario. Pero no solía ser de los que llamaban en horas de trabajo.

—¿Va todo bien? —pregunté con la garganta encallada.

Mi padre era mayor. Yo había nacido cuando él rebasaba la

cincuentena, quizá ya estaba incluso convencido de que nunca tendría hijos. Mi madre no era mucho más joven y había fallecido un invierno atrás; la cercanía de su muerte me perseguía cada vez que cerraba los ojos y la verdad es que temía que mi padre sufriera un accidente ahora que estaba solo en la enorme casa familiar. No estaba preparada para perder a nadie más.

—No es eso. —Mauro pareció advertir mi nerviosismo—. Es sobre el cine.

Me quedé en silencio unos instantes. Mi padre no me apremió, quizá consciente del impacto de lo que iba a pedirme.

—Necesito que me acompañes.

—¿Para qué? Después de tantos años…

—¿Podrás estar allí a las diez? —Fue su única respuesta.

Sentí la tentación de negarme.

—No quiero ir solo —remató con voz lastimera. Sabía que no podría decir que no.

Accedí a regañadientes y colgué el auricular. Me puse una gabardina sobre un vestido de flores que era demasiado fresco para el mes de mayo y salí a la calle. Un golpe de aire helado me hizo mirar al cielo. Anunciaba tormenta. Salí a la calle justo a tiempo de recibir la primera gota.

Me detuve frente al cartel destartalado que rezaba *Cine Imperial*, las luces estaban apagadas y las letras amenazaban con caerse de un momento a otro bajo las furiosas lenguas de viento. Unos viejos grafitis se desdibujaban tras la lluvia. La puerta se abrió con un

crujido lamentable, y mi padre apareció con una sonrisa en los labios y una toalla en la mano.

—Perdona que te haya hecho venir con este tiempo, Leonor —se disculpó.

Me sequé el pelo y las manos y entré en el local. En un primer momento me costó respirar; olía a esa humedad rancia de los sitios abandonados. Entorné los ojos tratando de amoldarme al cambio de luz. La recepción apenas estaba iluminada por una vieja bombilla que colgaba solitaria del techo. Tuve que esforzarme por mantener la compostura. Allí no quedaba nada más que mis recuerdos: las risas, los llantos, las voces, los susurros; el esplendor. Parecía que la oscuridad se lo había tragado todo. Intenté ignorar el manto del tiempo que cubría el mostrador, la taquilla y los techos. Rocé con el hombro unas sábanas amarillentas que escondían un par de butacones y algún mueble de otra época. Me vi envuelta en una nube de polvo removido que me secó el alma. ¿Cómo habíamos permitido tanta decadencia? Recorrí el lugar tratando de no escuchar el quejido acartonado de la moqueta de terciopelo rojo bajo mis zapatos.

—Papá, ¿para qué demonios has querido venir aquí? —Mi voz resonó en las paredes vacías.

—Voy a venderlo —anunció—, pero primero quería saber qué quedaba dentro.

Me costó asimilar la noticia.

—Pues ya ves que no hay nada —repliqué fingiendo entereza.

Necesitaba salir de allí, antes de que los recuerdos se apoderaran de mí.

—Vamos a echar un vistazo.

Mi padre se adentró por el pasillo que conducía a lo que una vez habían sido salas repletas de ilusiones, ahora desiertas. Iba a seguirlo cuando mis ojos se detuvieron sobre una vieja máquina de palomitas.

La máquina de palomitas burbujeaba con efervescencia. Apoyé mis manos rechonchas contra el lacado reluciente de rayas rojas y blancas y pegué la frente al cristal para ver saltar los copos de maíz.

—¡Leonor! Apártate de ahí, te vas a quemar —advirtió la abuela Lucilda.

La miré enfurruñada.

—¡Pero quiero ver cómo se transforman!

—No vas a ver nada, anda y ve a atender a los clientes. ¿No ves la cola que hay?

Resoplé y correteé hasta la taquilla.

Cuando empezaron las proyecciones de la tarde, la abuela Lucilda se acercó hasta mí y posó una mano cariñosa sobre mi hombro. Me condujo hasta la entrada y nos sentamos en dos butacas de damasco de color burdeos. Aspiré el silencio, el aire impregnado de sal y azúcar, el calor humano que todavía no se había evaporado. Miré de soslayo a mi abuela. Parecía estar muy lejos de allí, quizá perdida en las memorias de otro tiempo.

—Abuela, ¿hoy no vas a contarme una de tus historias?

La abuela Lucilda suspiró y se volvió hacia mí con una sonrisa.

—¿Cuándo compraste esa máquina de palomitas? —quise saber—. Parece muy antigua…

—Supongo que lo es. La compré por alguien a quien le encantaban las palomitas casi tanto como a ti —dijo la abuela, y me pareció que las arrugas que surcaban su piel desaparecían por un instante.

—¿De verdad? ¿El abuelo?

Mi abuela lo pensó unos instantes y después suspiró.

—No. No era tu abuelo.

—¿Quién era, entonces? ¡Cuéntamelo, abuela!

Me dio un golpecito en la nariz.

—Siempre quieres saber demasiado —me dijo en un susurro cómplice.

Mi abuela se levantó y dio unas vueltas soñadoras alrededor de la recepción vacía, respirando el aroma a palomitas y Coca-Cola. Me sorprendió su agilidad de bailarina. ¿No era demasiado mayor para moverse así? La abuela se detuvo en mitad de su baile y me miró.

—Sé que un día tú continuarás mi sueño, Leonor. Convertirás este lugar en un sitio muy especial.

—Claro, abuela, te lo prometo. ¡Y pondré un millón de máquinas de palomitas!

Casi pude escuchar el eco de nuestras risas en medio de la recepción vacía. Suspiré y me encaminé hacia el pasillo por el que había desaparecido mi padre unos instantes atrás. Acaricié las paredes con cuidado y me tragué el nudo que se me había formado en la garganta.

—Entonces, ¿vas a ayudarme a venderlo? —quiso saber mi padre cuando me reuní con él en uno de los patios de butacas—. Imagino que no tiene demasiado sentido que sigamos teniéndolo así.

Cerré los ojos. Comprendía a qué se refería. Dejar que el cine siguiera deteriorándose era incluso más cruel que venderlo.

—Te ayudaré, papá.

—Yo ya estoy mayor para estas cosas, encárgate tú, hija. Sé que tomarás la mejor decisión.

# LA CASA GRANDE

*29 de enero de 1929, Pirineo aragonés*

Las contraventanas brillaban tanto que parecían flotar como una nube más en el cielo. Lucilda tuvo que cubrirse los ojos para protegerse de tanta claridad. ¿Era normal que del interior de una casona surgieran haces de luz? No, debía estar soñando de nuevo. Le pasaba a menudo. A veces, se trataba de simples retazos de un futuro sin ninguna importancia. El nacimiento de un ternero; una tormenta inesperada. Otras, como aquel día, el hado le mostraba su fortuna sin que ella fuera del todo consciente de ello. Se despertó bruscamente y se asustó al verse envuelta en tinieblas. Se calmó cuando notó el pelaje caliente de una pequeña cabra contra su muslo. Enseguida sus ojos se amoldaron a la penumbra que reinaba en el establo. Escuchó la respiración queda de las vacas y algún ronquido desacompasado de los cerdos. Cerró los ojos unos segundos, aunque sabía que no podría dormir más. El sol ya se dibujaba en el borde de los Pirineos, y tenía mucho trabajo por hacer.

Se desperezó y tomó una de las lecheras de la vieja estantería de la entrada, el único mueble de la cuadra. Trató de no pensar en el hedor que había calado su ropa durante la noche. Pero era mucho peor el frío de la casa principal, o al menos eso decían sus hermanos. Se acercó a un grupo de cabras y empezó a ordeñarlas con una maestría insólita para sus pequeñas manos. Tardó poco más de media hora en llenar la lechera. Apenas podía levantarla del suelo, pero la

puso contra su cadera en un movimiento firme. El aire helado de la mañana le cortó la piel nada más abrir la enclenque puerta del cobertizo. Avanzó por el sendero a trompicones, apretando mucho los labios para concentrarse en no dejar caer la pesada carga. Cuando logró atisbar la casa principal al final del camino, un cuerpo mucho más grueso que el suyo le cortó el paso.

—¿Adónde vas, hermana? —Era Bautista.

La miraba con sus pequeños ojos de comadreja avariciosa. Por puro instinto, Lucilda apretó la lechera contra su cuerpo.

—Déjame pasar.

Bautista dio un paso hacia ella y le arrebató la lechera de un brusco movimiento. Siempre quedaba horriblemente fascinada por la velocidad que podían llegar a alcanzar aquellos brazos gordos y torpes.

—¡Devuélvemela!

Bautista rio y abrió el recipiente sin quitar la sonrisa de suficiencia de sus labios.

—Madre me azotará si no se la llevo entera.

Su hermano la ignoró y dio un par de sorbos de la leche recién ordeñada. Lucilda observó con aprensión dos hileras de líquido blanquecino que recorrían su papada porcina.

—¡Que me la des! —Lucilda se abalanzó sobre él, harta de que la vilipendiara desde que tenía uso de razón.

Bautista no esperaba su arrebato de indignación y tropezó hacia atrás con la lechera, que terminó derramándose sobre sus ropas. Sus ojillos centellearon con vileza. Torció el gesto y se mordió la boca aún

manchada de blanco.

—Pagarás por esto, enana.

Bautista se irguió ante ella todo lo alto que era y Lucilda se sintió diminuta e insignificante. ¿Por qué lo había hecho? Sabía que tenía las de perder y aun así lo había provocado. Bautista alargó la mano hasta su larga melena oscura, y Lucilda se preparó para el tirón. Sin embargo, este nunca llegó.

—¿Se puede saber qué está pasando aquí?

Lejos de sentir alivio, cuando Lucilda vio a su madre asomando por el sendero, quiso salir corriendo. Dirigió una mirada de terror hacia las espardeñas de su madre. Estaba segura de que pronto las notaría contra su trasero.

—Lucilda me ha tirado la lechera encima —bramó Bautista fingiendo indignación.

Como si perder la venta de la leche de un día entero no fuera suficiente, Bautista dio su golpe de gracia añadiendo un:

—¡Lo ha hecho a propósito!

Lucilda no podía apartar los ojos del suelo fangoso. No le hacía falta mirar a su madre para saber que estaba furiosa. Conocía de sobra su carácter explosivo. Había visto demasiadas veces el rubor ascendiendo por su cuello, la vena palpitando en la sien, las fosas nasales dilatadas como las de un toro a punto de embestir. Cerró los ojos y esperó el golpe. Pero tampoco llegó. Su madre la miraba con un gesto resuelto que la hizo temblar.

—Esto va a terminar de una vez por todas.

La tomó de la mano con más cuidado del que esperaba y la llevó

por el camino de tierra que conducía a Jaca. Lucilda sintió pavor. Nunca antes había salido de la granja donde vivía con sus padres y sus ocho hermanos mayores. Echó la vista atrás y vio cómo el cobertizo, el único hogar que conocía, se desvanecía entre la bruma matutina que aún bañaba los campos.

Llegaron a Jaca alrededor del mediodía. Lucilda estaba agotada después del largo camino, pero su madre seguía avanzando con paso firme; cuando veía que sus pies se ralentizaban, le tiraba del brazo con sequedad. Lucilda la miraba preocupada por el mutismo que se había apoderado de ella desde que habían salido, pero su madre la evitaba; seguía caminando sin pausa. Al cruzar el cartel que anunciaba que habían llegado a la ciudad, Lucilda miró a su alrededor como un cervatillo asustado. Las gigantescas construcciones nada tenían que ver con el precario rancho de madera en el que malvivía, y le parecieron monstruos que querían aplastarla con sus manos de piedra.

Se acercaron a una mansión. Sus padres la llamaban la Casa Grande, aunque no tardaría en descubrir su verdadero nombre. Villa Montesinos se imponía ante el resto de casas con su hermosa fachada de color crema y unos formidables ventanales con porticones de estilo victoriano; eran tan blancos como en sus sueños. Había oído a sus hermanos cuchichear sobre las riquezas que escondía. Clara, la mayor, decía que de las fuentes del jardín brotaba oro en vez de agua y que las flores eran diamantes tallados con cinceles; aunque estaba segura de que todo eran invenciones.

Su madre, que no parecía para nada impresionada por la casona,

llamó al timbre. Apareció una mujer enjuta, vestida de negro y con aspecto severo. La señora la miró de arriba abajo y después dirigió una mirada de desaprobación a su madre.

—No debe de pesar ni veinte kilos.

Su madre frunció los labios y habló con su habitual sequedad.

—Está acostumbrada al trabajo duro —objetó, como si eso justificara su aspecto lamentable. Lucilda vestía con harapos heredados, que apenas conseguían mantenerse unidos por las costuras.

La mujer continuó negando con la cabeza, pero extrajo un saquito de su zurrón y lo posó sobre la mano extendida de su madre, que lo abrió para revisar el contenido.

—Está todo —replicó la señora de negro, ofendida—. Diez pesetas, como habíamos acordado.

Su madre asintió, confiando en su palabra; no sabía contar muy bien. Empujó a Lucilda para que entrara al interior de la casa y dio media vuelta sin mirarla.

—¡Madre!

Lucilda quiso salir corriendo tras ella, pero la mujer de negro, que resultó ser el ama de llaves, la detuvo. La tomó del brazo con cierto gesto de disgusto y la condujo hasta una cocina que era mucho más grande que su casa entera. Lucilda observó entre lágrimas todas las sartenes, cuchillos y vajillas dispuestas cuidadosamente en línea. Varios potajes estaban cociéndose en un par de enormes pucheros, y le dolió el estómago al aspirar el aroma delicioso. Como si el ama de llaves hubiera adivinado sus pensamientos, la sentó en uno de los bancos para el servicio que se encontraban frente a una vetusta mesa

de roble. Puso una hogaza de pan con fiambre frente a ella y Lucilda bajó la vista.

—¿Cuándo volveré a casa? —se atrevió a preguntar entre sollozos.

—Esta es tu casa ahora. Vamos, ¿a qué esperas? Cómetelo.

Lucilda sollozó. A pesar del disgusto, estaba hambrienta. Sus hermanos apenas le dejaban comida.

—¿Es todo para mí?

La mujer tomó aire, como si se estuviera impacientando.

—Venga, date prisa. En cuanto termines el desayuno, podrás vestirte.

Lucilda no se había percatado de que, por el camino, el ama de llaves había cogido un uniforme oscuro, con cofia. Lo dejó en el banco junto a ella. Mientras degustaba aquel manjar, Lucilda miró de reojo la ropa. Era mucho más elegante que nada que hubiera llevado antes. Parecía un poco grande, pero estaba segura de que se le ajustaría mucho mejor que la muda que solía vestir. Se enjugó las lágrimas con la manga y se ensució todavía más la cara.

No tardó en dar cuenta de la comida. El ama de llaves, algo más satisfecha, la arrastró sin muchos miramientos hasta un cuartito que había junto a las lumbres de la cocina. Le pidió que se desvistiera y Lucilda se sintió cohibida cuando notó sus ojos clavados sobre las viejas cicatrices de su espalda. No tuvo palabras amables para ella, pero le pareció ver rechazo en su mirada.

—Tienes que estar presentable. A los señores no les gustaría que una moza raquítica y sucia les sirviera el almuerzo —le soltó mientras la ayudaba a anudarse el delantal.

Así que esa iba a ser su función: doncella de la casa. Debería estar contenta. Sus hermanas decían que servir era mucho más cómodo que pastorear o cuidar de las reses; pero Lucilda no estaba segura. Tampoco tenía alternativa, nunca la había tenido. Aceptó su destino como lo había hecho siempre: sin quejarse y agachando la cabeza.

Cuando terminó de vestirse, Lucilda se miró en el espejo que había en el lateral de una de las paredes. Tan solo había visto su reflejo en el río y se quedó sorprendida al descubrir que no era tan horrible como pensaba. Por las mofas de sus hermanos, siempre se había creído un adefesio.

—¿No es demasiado largo? —dijo el ama de llaves tomando con dos dedos un mechón de su cabello lacio—. Quizá deberíamos cortarlo.

—¡No! —Le gustaba así.

El ama de llaves puso los ojos en blanco, pero la ayudó a ajustar su melena bajo la cofia sin insistir.

—Puedes dirigirte a mí como doña Ángela —se presentó al fin—. Ahora vas a conocer a doña Urraca, la señora. No hables a no ser que ella se dirija a ti expresamente y no seas descarada. Deja de mirarlo todo con esos ojos de búho.

Se sintió enrojecer. No era la primera vez que se lo decían. Quizá tenía los ojos demasiado grandes, o excesivamente separados, pensó. Volvió a mirarse en el espejo, pero doña Ángela no le dio tiempo a observar su reflejo de nuevo. En cuanto se dio cuenta, la había llevado al salón.

—Se sirve el desayuno a las ocho, la comida a las dos y la cena a

las nueve en punto, tal y como mandan los señores. No te retrases nunca. Cuando no estés sirviendo, ayudarás a Jacinta con la plancha y la limpieza de las habitaciones.

Doña Ángela abrió la puerta del salón sin esperar respuesta por su parte. Lucilda entró con pasos quedos y se detuvo a la sombra del ama de llaves. Casi tuvo que asomarse por detrás del brazo de doña Ángela para poder ver a la señora de la casa. Doña Urraca descansaba en un *chaise longue* degustando un racimo de uvas tan grandes que parecían ciruelas. Aunque debía rondar la edad de su madre, parecía mucho más joven. Su piel blanca no estaba castigada por el frío ni el sol. Tan solo se podía apreciar una pequeña constelación de pecas alrededor de su nariz, que se esforzaba por ocultar a base de empolvarse el rostro. Sus ojos eran negros como dos abismos a los que dedujo que era mejor no asomarse; la curva de sus labios y su nariz puntiaguda otorgaban a sus facciones un aire soberbio.

—¿Es esta? —Parecía indignada.

Doña Ángela se alisó la falda y recogió las manos en una posición casi piadosa.

—Sí, señora —respondió con una leve reverencia.

Doña Urraca se levantó del sofá. A Lucilda le llamó la atención que llevara un abanico en la mano en pleno mes de enero, pero lo iba agitando a su alrededor como si fuera la batuta de un maestre de orquesta. Sus caderas llenas bamboleaban con la falda de su vestido de un lado a otro y Lucilda se vio hipnotizada por el estampado granate que le pareció más propio de un cortinaje. Como si doña Ángela estuviera imaginando por dónde iban sus pensamientos, le dirigió una

mirada de advertencia. «Aparta tus ojos de búho». De repente, sintió el tacto rasposo de la tela del abanico bajo su barbilla. Doña Urraca la obligó a mirarla a aquellos pozos abisales.

—¿No es demasiado joven? Qué tiene, ¿siete años?

—Tengo diez, señora —replicó ofendida.

Antes de que pudiera volver a respirar, doña Urraca movió el abanico con habilidad de prestidigitador y le propinó un golpe seco en los labios. Lucilda notó el sabor metálico de la sangre, pero no se movió. Sabía que sería peor. Se quedó mirando al frente.

—¿Cómo se llama esta deslenguada?

—Lucilda Viñuales —contestó doña Ángela.

—Escúchame bien, niña —doña Urraca volvió a fijar sus ojos en ella—, puedo oler los problemas a kilómetros de distancia. Y tú apestas.

Lucilda se encogió sobre sí misma. Todavía debía de oler a cabras. Se tragó las ganas de llorar.

—Tienes suerte. Hoy estoy de buen humor y no tendré en cuenta tu desatino. No me des ni un solo motivo para echarte de esta casa, porque no dudaré. —Cuando terminó con su amenaza, se volvió resueltamente hacia el ama de llaves—. Doña Ángela, mande a ensillar mi caballo. Me apetece dar un paseo.

Doña Urraca miró a Lucilda de nuevo como si estuviera sorprendida de que siguiera allí.

—¿Es que no tienes nada que hacer? —El abanico revoloteó cerca de su cara y Lucilda dio un paso atrás—. Retírate.

Lucilda le dedicó una torpe reverencia y abandonó la estancia.

Doña Ángela salió tras ella. Dio las órdenes de preparar la yegua a un par de lacayos que se encontraban cerca del salón y volvió a mirarla.

—Te dije que no hablaras —le recriminó—, ve a la lavandería a ayudar a Jacinta con la plancha. Está junto a las cocinas.

La lavandería era una sala estrecha y alargada. Lucilda tuvo que achicar los ojos para poder ver algo en la penumbra. A diferencia del resto de la casa, allí no había ventanas y la única luz de la estancia consistía en un bulbo brillante que colgaba del techo. Lucilda lo observó boquiabierta. Había oído hablar de la electricidad, pero aún no había tenido oportunidad de verla con sus propios ojos. ¿Era aquel el invento del que hablaba todo el mundo?

—Eres la nueva, ¿no? —Una voz suave sonó demasiado cerca.

Lucilda dio un brusco movimiento hacia atrás y volcó una pila de sábanas blancas que se encontraba justo a su espalda. Se agachó y empezó a apelotonar torpemente las telas descolocadas mientras balbuceaba disculpas sin cesar. Escuchó una risita y se atrevió a levantar la mirada. Frente a ella se encontraba una muchacha joven, quizá cinco o seis años mayor que ella. Era corpulenta y más bien bajita. La observaba con los brazos apoyados en unas generosas caderas. Tenía el cabello pajizo escondido tras una cofia idéntica a la suya y sus ojos pardos la miraban divertidos.

—Soy Jacinta —dijo tendiéndole la mano para ayudarla a levantarse.

Lucilda se alisó la falda y se colocó bien un mechón de pelo que se había escapado de su recogido con el ajetreo.

—Me llamo Lucilda.

—Veo que ya has conocido a la Urraca —dedujo al ver su cara de espanto. Lucilda asintió y trató de componer una sonrisa—. Si es que es como uno de esos pájaros de mal agüero, da susto nada más verla. Ya lo debía saber su pobre madre cuando la parió, por eso le puso ese nombre.

Lucilda abrió los ojos de par en par. A punto estuvo de santiguarse. Jamás se le habría ocurrido hablar así de la señora. ¿Y si las escuchaban? Pero Jacinta ni siquiera parecía inmutarse mientras continuaba despotricando. De repente, se calló y volvió a estudiarla con los ojos entornados. Malinterpretó su desazón.

—No te preocupes, rara vez te cruzarás con ella. —Intentó tranquilizarla—. La peor parte se la lleva doña Ángela, que está siempre a su lado. Aunque no me da ninguna pena esa bruja.

Volvió a reír como un jilguerillo y se acercó a una de las planchas metálicas que se calentaban sobre un hornillo.

—¿Me ayudas con esto? —le pidió.

Lucilda se apresuró en hacer lo que le indicaba sin mediar palabra. Jacinta hablaba por las dos. Cuando Lucilda salió de aquella sala después de una mañana de trabajo, sentía que conocía a todo el personal de la casa gracias a las explícitas explicaciones de Jacinta.

## EL COMPRADOR

*15 de mayo de 2022, Barcelona*

Me senté frente al ordenador con un café humeante entre las manos. Era temprano, pero me sentí rebosante de energía en cuanto di el primer sorbo. Esperé a que se cargaran en la bandeja de entrada todos los correos electrónicos del fin de semana, que no eran pocos, y los ojeé rápidamente; clasifiqué los que eran simple publicidad frente a los que parecían clientes interesantes. Un email llamó mi atención. Dejé el café a medias sobre la mesa, como si no fuera capaz de beber y leer ese mensaje a la vez. Noté una especie de líquido frío y viscoso recorriendo mis entrañas hasta quedarse arrinconado en algún lugar de mi pecho. Tan solo había sentido aquello un par de veces antes en mi vida: la sensación de pérdida. Tuve que dejar de mirar la pantalla y tomar una bocanada de aire para asimilar la noticia.

Había un posible comprador para el Cine Imperial.

¿Tan pronto? Eso sí que no lo había esperado. Había creído que el negocio de mi abuela se quedaría olvidado entre los miles de anuncios que se colgaban a diario en la red. Quizá había tenido la esperanza de que así fuera. Sin embargo, un tal Luther Bécquer me pedía sin demasiados ambages una cita para ver el local. Hice acopio de mi sentido común y lo cité aquella misma tarde en la puerta del cine. ¿Qué sentido tenía retrasar el momento? Con un poco de suerte, ese desconocido saldría corriendo en cuanto viera el estado ruinoso del inmueble. Debo reconocer que me sentí mezquina por pensar algo así.

Precisamente, si el local estaba abandonado y vacío, era por mi culpa. Además, ¿qué iba a decirle a mi padre si ni siquiera lo intentaba? Le había prometido ayudar a venderlo y eso era lo mínimo que podía hacer después de todo.

Me anticipé al horario del encuentro con Luther Bécquer para poder revolotear por el Cine Imperial a solas, como hacía de niña. Cuando unos días atrás había acompañado a mi padre, me había sentido demasiado ofuscada para poder hacerlo. Pero ahora necesitaba recorrer las salas de proyección una vez más para cerrar un capítulo de mi vida que había dejado a medias. Sin embargo, en cuanto me acerqué al local, supe que mis planes tendrían que esperar. Luther Bécquer también se había adelantado. Traté de disimular mi irritación. Me gustaba la puntualidad en todos los sentidos. Odiaba a los clientes que se hacían esperar, pero quizá me daban incluso más rabia los que me llamaban quince minutos antes de la cita preguntando dónde estaba. Aun así, no fue el mero hecho de que se adelantara lo que me escamó. Fue que, por norma general, los impacientes solían ser los que terminaban comprando los locales. Y tuve que reconocer que, en el fondo, todavía no quería desprenderme del cine. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Ni siquiera era legalmente mío.

Recompuse mi mejor sonrisa y me alisé la gabardina para dar una buena impresión a mi posible cliente.

—Soy Leonor Altarriba, la gestora de la inmobiliaria. —No solía presentarme como la propietaria del negocio. Que la directora acudiera en persona a las citas espantaba a algunos compradores, que

desconfiaban de los negocios pequeños.

Aproveché el apretón de manos para fijarme en Luther Bécquer. No debía de ser mucho mayor que yo, aunque deduje que intentaba aparentar más años con un traje de corte refinado que estaba hecho a medida. Sus ojos se mimetizaban con el entorno que los rodeaba y me parecieron grises como el cielo plomizo de aquella mañana. El cabello, en contraste, era tan negro que tenía reflejos azulados. Tuve que admitir que tenía unas facciones más que agradables. Sin poder evitarlo, mis ojos volaron hasta sus manos; no llevaba anillo de casado.

Cuando volví a mirarlo a la cara, me percaté de que él también me había estado estudiando y lucía una sonrisa casi divertida en los labios.

—Es un placer conocerla, señorita Altarriba. —Registré un deje extranjero en sus palabras.

—¿Desea ver el local?

—Nada me gustaría más.

Tomé aire y saqué el manojo de llaves oxidadas del bolso. Me temblaban las manos. Traté de disimular mi nerviosismo. El hecho de haber estado allí unos días atrás no lo hacía más fácil. Sabía que en cuanto posara un pie en aquel lugar, los recuerdos volverían a mí como una ráfaga de viento inoportuna. Me peleé con la cerradura durante unos minutos y no me pasó desapercibido el movimiento de impaciencia de los pies de mi cliente. Estaba segura de que, si hubiera tardado un segundo más en abrir, el señor Bécquer se habría abalanzado él mismo sobre las llaves para solucionar mi torpeza. Pero

por fin el cerrojo dejó de oponer resistencia con un suave lamento.

—Ya está. Usted primero —lo invité.

En vez de perderme en el ambiente desolado del local, opté por observar la reacción de mi invitado. El señor Bécquer se esforzó por mantener su rostro inmutable, pero las comisuras tensas de sus labios lo delataron. No había esperado encontrarse con algo así. Cuando por fin soltó el aire que había estado conteniendo, se vio envuelto en una nube de polvo que se adosó a su carísimo traje de importación como la tierra árida de un desierto. Me sentí avergonzada. ¿Qué clase de empresaria era? Lo mínimo que podría haber hecho era contratar un servicio de limpieza antes de mostrárselo a nadie. Mi cliente debió de pensar lo mismo cuando apartó un par de telarañas que le impedían el paso hacia el interior. Escuché los zapatos Oxford del señor Bécquer crujiendo sobre los azulejos desvaídos del pasillo que llevaba a las salas de cine.

—Aquí están los patios de butacas —anuncié tontamente.

En el sector era conocida por mi pericia en los negocios. Solía hablar maravillas de mis locales y terminaba encandilando a los compradores con palabras bonitas. Jamás tenía un anuncio en mi escaparate por más de dos semanas sin el cartel de vendido. Sin embargo, ese día me quedé sin palabras. ¿Cómo iba a vender algo tan desastroso? ¿Cómo justificar una dejadez tan evidente? Luther Bécquer se aclaró la garganta a mi lado, quizá percibiendo mi inquietud, quizá sintiéndose estafado.

—¿Cuánto tiempo lleva abandonado?

Aunque era la primera pregunta que me habría hecho cualquier

comprador, el modo en cómo pronunció la palabra «abandonado» me ofendió.

—Lleva *cerrado* más de quince años.

—¿Entonces puede haber daños estructurales? —preguntó y tocó una viga descantillada.

—Por supuesto que no. —No pude evitar sonar molesta—. Sus dueños se han ocupado del mantenimiento.

—A la vista está… —El señor Bécquer torció su bonita nariz en un gesto que todavía me enfadó más.

Antes de que pudiera replicar, se coló en una de las salas. Me irritó que se paseara por el cine como si ya fuera suyo. Empezó a mirar detrás de viejos cortinajes y en cualquier cajón o armario que encontrara a su paso. Estuve a punto de llamarle la atención, pero habría resultado demasiado grosero, así que mantuve la boca apretada para no decir nada de lo que pudiera arrepentirme. Lo seguí por el patio de butacas. Aparté la vista de la tapicería. En algún momento había sido de color grosella, pero ahora estaba descolorida y cubierta por una pátina de suciedad acumulada durante años. Se podía incluso adivinar las huellas de las piernas de los últimos espectadores. La enorme pantalla no presentaba mejor aspecto. Su blancura había sido sustituida por un gris apagado y estaba descolgada por uno de los laterales. El señor Bécquer maldijo entre dientes cuando se tropezó con un trozo de moqueta despegada. Yo tan solo quería salir de allí, pero parecía que a aquel hombre le gustaba regodearse en la decrepitud. No contento con su paseo, decidió adentrarse en la sala de proyecciones. Un viejo proyector yacía en el suelo, con una película

liada a su alrededor como la soga de un ahorcado. Las estanterías metálicas estaban parcialmente volcadas, y evité mirar en los rincones, temerosa de encontrarme con cualquier bicho, vivo o muerto. Luther Bécquer empezó a abrir varios cajones de una de las mesas. Me indigné tanto que fui incapaz de hablar. ¿Cómo podía ser tan cotilla? Luego, para mi horror, se arrodilló sobre el suelo cubierto de inmundicia y metió la mano bajo uno de los estantes. Temí por su integridad física y por la de su traje, pero se mantuvo donde estaba.

—¿Qué está haciendo, señor Bécquer? —pregunté al fin, intentando ser educada.

—Creo que he visto algo… —contestó con cierto esfuerzo por su posición encogida.

Al cabo de unos instantes, vi que sacaba una especie de legajo con una sonrisa triunfal.

—¿Qué es eso? —quise saber, y me acerqué a él más de lo apropiado.

Por encima de su hombro pude ver que se trataba de algunas notas. Quizá fueran hojas sueltas de los viejos libros de cuentas de la abuela Lucilda. Por el aspecto amarillento, debían de contar más de cuarenta o cincuenta años.

—Parecen cartas personales. —Luther sopló sobre un par de páginas para leer mejor y tosió al tragar un poco de polvo acumulado. Estornudé a su lado.

—Soy alérgica a los ácaros. —Me rasqué la nariz.

—Entonces, este lugar no es el más adecuado para usted. —El modo de decirlo me sonó como una amenaza velada.

—¿Dice de quién son las cartas?

Se las arrebaté sin demasiados remilgos. Era el cine de mi familia y, si a alguien pertenecía el hallazgo, era a mi padre y, en última instancia, a mí. Señaló un punto en la primera página.

—Las firma una tal Soledad Moliner —anunció.

Continué ojeando las páginas, desconcertada, como si allí fuera a encontrar alguna pista de quién era aquella completa desconocida.

# EL CONVENTO

*15 de enero de 1936, cercanías de Canfranc*

El convento de Nuestra Señora de los Mártires se erigía desafiante al borde de un precipicio. Sus enormes paredes de piedra luchaban contra la vegetación en una batalla tan antigua como el edificio mismo. Las madreselvas acariciaban la fachada con sus dedos verdes y las buganvillas besaban descaradas algunos de los rosetones. Incluso una hiedra se atrevía a colarse por los balcones, creyéndose con derecho a entrar en las alcobas.

Soledad miró hacia arriba y se sintió diminuta frente a esa construcción que amenazaba con engullirla entre sus muros sombríos. Un par de gárgolas la observaban asomadas a la cornisa; los ojos pétreos, las garras acusadoras, los dientes a punto de clavarse en la piel.

Notó la mano de Alicia apretarse alrededor de la suya, como si, a pesar de su corta edad, se hubiera percatado de la oscura atmósfera que rezumaba el lugar.

—Vamos, niñas, no tenemos todo el día —las apremió su madre dándoles un empujoncito para que avanzaran hacia el interior.

Cruzaron la entrada, y Soledad escuchó el crujido de unas bisagras demasiado oxidadas justo antes de que la puerta de madera se cerrara detrás de ellas; como si no fuera a volver a abrirse nunca más.

El aire era tan denso que casi podía palparlo. Tuvo que esforzarse por continuar respirando en medio del olor a humedad e incienso

rancio. Achicó los ojos ante un mar de polvo en suspensión por el que navegaban los escasos rayos de luz que se colaban por las ventanas. Siguió el sonido de los tacones de su madre, que reverberaron en un pasillo angosto y la condujeron hasta el claustro.

El patio del convento parecía un lugar encantado, como si no perteneciera al mismo edificio. El sol bañaba con su alegría cada rincón, cada rosal, cada hoja y cada tallo del jardín. En el centro había un pequeño pozo; la cuerda repiqueteaba contra los postes metálicos como una campanilla que se mezclaba con los gorjeos de los pájaros.

—Alicia, estate quieta —escuchó que decía su madre—. Sentaos aquí.

Soledad se dejó caer sobre uno de los bancos de piedra del claustro y se fijó en los pilares que lo rodeaban. Se ensimismó en las hojas de acanto, como si con sus volutas y ribetes pudieran llevarla muy lejos de allí.

La distrajeron unos pasos apresurados. Desvió la atención hacia la monja alta y enjuta que se avecinaba por el pasillo y tuvo la sensación de que se cernía sobre ellas como una hiena hambrienta. La mujer saludó a su madre con un gesto escueto y enseguida clavó sus ojos de halcón sobre ella.

—Niñas, os presento a Sor Angustias, la madre superiora —empezó a decir su madre atropelladamente—. Ella cuidará de vosotras.

Soledad frunció el ceño y miró a su madre sin comprender.

—Ya sabéis que voy a casarme de nuevo —añadió con tono condescendiente—. No puedo hacerme cargo de vosotras. Lo

entendéis, ¿verdad?

Su madre puso una mano sobre su mejilla y Soledad se deshizo de ella con un gesto brusco.

—¿Piensa abandonarnos por él, madre? ¿Por eso nos ha traído aquí?

—No os abandono —dijo su madre antes de mirar a la monja como si se avergonzara de su reacción—. Aquí podréis aprender muchas cosas y…

—Quiero volver a casa —soltó Soledad.

—Eso no es posible —replicó su madre con las mejillas enarboladas—. Vamos, deja de comportarte como una niña caprichosa y haz lo que te digo por una vez.

Entonces, Soledad escuchó un leve sonido a su lado. Se volvió y descubrió que Alicia lloraba en silencio, abrazada a una muñeca de trapo que su padre les había regalado las últimas Navidades.

—No puede dejarnos aquí —insistió airada.

—Volveré los fines de semana.

Puede que fuera una niña, pero no era estúpida. Era consciente de que en cuanto su madre saliera por la puerta, nunca volvería. Sabía que llevaba demasiado tiempo anhelando ser libre para vivir su amor clandestino. La había visto tantas veces leer ávidamente sus cartas... Ausentarse noches enteras, olfatear con los ojos cerrados las gardenias que llegaban cada domingo. Estaba convencida de que aquel romance había comenzado mucho antes de lo que su madre se atrevía a reconocer.

—Ojalá esas fiebres se la hubieran llevado a usted en vez de a

padre —gruñó mirándola—. Él nunca habría permitido algo así.

Vio cómo la madre superiora se santiguaba tres veces ante semejante respuesta. Su madre le dirigió una mirada gélida y apretó mucho los labios antes de volver a hablar.

—Pero él está muerto.

Con esto, su madre desapareció por el pasillo oscuro. Soledad pensó que las tinieblas engullían la poca humanidad que le quedaba a la mujer que las había traído al mundo y se preguntó si en algún momento las había querido. La respuesta de sus tacones alejándose tan solo le dejó una mayor sensación de vacío.

Sor Angustias las condujo hasta una sala atestada de taquillas metálicas sin dirigirles ninguna palabra de aliento. Soledad pudo ver las pertenencias de otras chicas sobresaliendo por las puertas oxidadas como cadáveres olvidados que ya nunca nadie recogería.

—Poned vuestras cosas aquí.

Sor Angustias señaló un casillero en el que todavía quedaban recuerdos de sus predecesoras: un libro ajado, una fotografía arrugada y un sombrero de lana.

Alicia la miró aterrada, y Soledad supo que tendría que hacerse cargo de la situación, como llevaba haciendo desde hacía tanto. No podía dejar sola a su hermana pequeña y se juró a sí misma que la protegería, costase lo que costara.

—Vamos a poner esto aquí. —Soledad tomó con cuidado la muñeca que Alicia no había soltado desde que habían entrado; parecía observarlas con los ojos apagados.

Soledad colocó la muñeca en un rincón y luego metió sus dos maletas en la parte baja de la taquilla. Eran tan pequeñas que estuvo segura de que no tendrían problemas para cerrar la puerta. Su madre se había encargado de llevar bien poco al convento, quizá sospechando que de nada les serviría allí adentro.

—Poneos el uniforme —ordenó Sor Angustias con una voz que podía haber pertenecido a las alegorías del diablo de las columnas del claustro.

Soledad observó con aprensión los dos vestidos negros que les tendía. Parecían de luto. Por lo menos eran de lana, le dijo su lado más pragmático. Seguro que les vendrían bien en aquel lugar gélido. Ayudó a Alicia a cambiarse. No es que su hermana no supiera vestirse sola a su edad. Simplemente, estaba tan desolada por el abandono que ni siquiera era capaz de moverse, como si una parte de ella se hubiera marchado para siempre con su madre. Soledad sintió que su corazón se secaba cuando vio el cabello rubio y las facciones suaves de su hermana contrapuestas con aquella indumentaria tan austera, como si a un ángel le hubieran cortado las alas. Soledad le acarició el cabello y le sonrió, aunque sabía que no serviría de mucho.

—Apresúrate. Se acerca la hora de la oración y todavía he de enseñaros el dormitorio —apuntó la madre superiora.

Soledad se quitó el abrigo y sintió el crujido de un papel en el bolsillo. La tarjeta de Gertrude Müller. ¿Cómo no había pensado en ella antes? Por el modo de hablarle a su madre, sabía que las ayudaría si se lo pedía. Soledad metió la mano en el bolsillo para alcanzar la tarjeta arrugada. De repente sintió un golpe seco que la obligó a soltar

la cartulina que apenas había logrado rozar. Observó su piel enrojecida y después levantó la vista hasta Sor Angustias, que todavía tenía extendida la vara fina y metálica con la que la había golpeado.

—No puedes coger nada —atajó—. Date prisa.

Soledad sintió que sus esperanzas se diluían con la lluvia que empezaba a azotar la única ventana de aquella habitación. Se desvistió lo más rápido que pudo y trató de no mirar la línea sonrosada de su mano; estaba segura de que le saldría un cardenal. Envolvió su ropa en el abrigo con la intención de resguardarla de las polillas y la depositó en la taquilla con cierta reticencia. Dentro del bolsillo de su chaqueta dejaba la dirección de la única persona que podía sacarlas de allí y ahora iba a quedar guardada bajo llave y custodiada por aquel cancerbero de ojos crueles.

—La habitación está por allí.

A Soledad le costó caminar con unos zapatos toscos y un vestido que le iba pequeño. Siempre había sido demasiado alta; le costaba encontrar ropa que se ajustara a su figura sin que se sintiera ridícula y ese atuendo informe era aún peor que lo que su madre solía comprarle. Sin embargo, no dijo nada y se limitó a seguir a Sor Angustias mientras escuchaba los pasos quedos de Alicia tras ellas. No se volvió para mirarla; no hizo falta. Los suspiros desacompasados le indicaron que continuaba llorando en silencio, y se sintió impotente. No podía hacer nada por ella. De hecho, también deseaba sucumbir a la sensación de desamparo, pero no podía permitírselo. Alguien tenía que mantenerse fuerte.

La habitación era casi tan desoladora como la sala de taquillas.

Una docena de camas perfectamente alineadas se repartían por una estancia desangelada. Soledad observó que no había ni una sola arruga en las colchas impolutas, como si las niñas que solían ocuparlas las hubieran planchado nada más despertar. La única decoración que encontró fue un Cristo crucificado en una de las paredes de piedra y un par de biblias en las mesitas de noche. Los colgadores de la entrada estaban vacíos. Sus nuevas compañeras habrían cogido toda la ropa de abrigo para afrontar el día entre aquellos muros.

—Este será vuestro sitio. —Sor Angustias señaló un par de catres junto a la ventana.

Puede que fuera el lugar más luminoso de la estancia, pero en cuanto se acercó, Soledad supo que era un regalo envenenado. Por las rendijas de las ventanas se colaba el aire gélido de la cara norte de los Pirineos.

—Ahora vamos a la Iglesia, nunca debéis llegar tarde a los rezos.

# EL PROPIETARIO

*16 de mayo de 2022, Barcelona*

No encendí el ordenador a primera hora. Estaba segura de que los correos podrían esperar y, si alguien tenía algún asunto urgente, me llamaría por teléfono. Me lo pensé mejor, no quería que me interrumpieran, así que silencié el móvil. Tampoco me preparé el café. Estaba demasiado impaciente. Una horda de clientes y visitas me había obligado a trabajar hasta tarde el día anterior y me había sido imposible echar un vistazo al hallazgo. Sin embargo, estaba dispuesta a poner remedio inmediatamente. Abrí las cartas de aquella tal Soledad Moliner. El olor a humedad me recordó a los viejos libros que mi abuelo conservaba en la biblioteca del piso. «Nos va a llenar la casa de polillas», solía susurrarme la abuela Lucilda con una sonrisa traviesa, aunque a él nunca le reprochaba nada; lo quería demasiado. Volví a mirar el escrito. La primera página estaba en blanco, tan solo encontré el nombre de aquella mujer en una esquina. Acaricié el papel, como si con ello pudiera acercarme un poco más a ella.

—¿Quién eres?

Tal y como me había indicado Luther Bécquer, en la segunda página empezaban lo que parecían unas cartas.

*Barcelona, a 3 de julio de 1941*

*Estimado Gérard,*

*Creía que a estas alturas de la vida me sorprenderían pocas cosas, pero el destino siempre encuentra nuevas formas de castigarme. Puede que mis pecados no tengan perdón, ni siquiera de ese Dios tan generoso al que nunca he sentido cerca. Quizá se olvidó de mí. Sí, debió de ser eso. Ni siquiera sé por qué guardaba esperanzas de encontrar un poco de paz de regreso a casa. ¿Qué esperaba? ¿Qué madre me abriera la puerta con una sonrisa en los labios después de tantos años? Si me hubiera querido alguna vez, me habría buscado. Pero no lo hizo y yo, estúpida de mí, soñaba en secreto con verla de nuevo. En los peores momentos jugaba con el recuerdo lejano de un abrazo, que nunca supe si era real o un simple deseo. Quizá no siempre me odió, puede que me quisiera antes de convertirse en un cuerpo vacío; sin alma. No debería sentir pena. Por su culpa mi vida ha sido un calvario. Y ahora que sé que está muerta no puedo más que sentir un dolor inmenso en el pecho. Soy huérfana; y tampoco tengo a mi hermana cerca para aferrarme a mi sangre.*

*Puede que ya no me quede nada, pero eso me hace más fuerte: no le temo a la muerte. Siempre me dijiste que era una temeraria y creo que en el fondo tenías razón. Quizá nunca tuve nada que perder.*

*Así que empezaré de nuevo, sabes que tengo práctica en construir nuevos recuerdos. Estoy segura de que esa mujer, Dorotea, podrá ayudarme. Cuando la vi, envuelta en un abrigo que le quedaba grande, me bastó un instante para percibir el desamparo, el miedo. Al asomarme a sus ojos vi la misma oscuridad que me acompaña cada día: una culpa tan profunda que se aferra a nuestras almas con sus garras afiladas.*

Unos golpes en la puerta me sacaron de la lectura. Tardé unos instantes en volver a la realidad; tenía el vello de los brazos erizado. Me di cuenta de que estaba helada y no supe si era por lo que acababa de leer o porque, de nuevo, había juzgado mal la temperatura del mes de mayo. Me levanté y me coloqué una rebeca antes de acudir a la insistente llamada. Al ver a Luther Bécquer esperando al otro lado de la cristalera, fingí una sonrisa que probablemente no lo engañó.

—Señor Bécquer, ¿qué le trae por aquí? —pregunté mientras abría la puerta para que pudiera pasar al despacho.

Colgó el abrigo en el perchero que había justo en la entrada y me sentí de nuevo molesta por aquella familiaridad. Le hice un gesto para que se sentara en uno de los sillones que había al otro lado de la mesa y me percaté de que esta vez llevaba un traje más informal, sin corbata, pero que también quedaba ajustado a sus hombros firmes.

—No le esperaba —dije mientras tomaba asiento frente a él.

—Le he enviado un correo; también la he llamado —puntualizó con sorna.

Me sentí enrojecer.

—Disculpe, estaba…

—¿Echando un vistazo a las cartas que encontramos? —adivinó levantando la barbilla para observar mejor la prueba del delito, que todavía reposaba sobre mi mesa.

Doblé las cuartillas y las guardé de malos modos en el primer cajón del escritorio. Por el gesto burlón del señor Bécquer, supe que

me había estado observando por la ventana durante un buen rato.

—Estaba encantadora mientras leía.

Me había enfrentado con anterioridad a desatinos de aquel tipo por parte de alguno de mis clientes; hombres de negocios que se creían con derecho a invitarme a cenar tan solo porque íbamos a cerrar un negocio importante. Había cometido el error de creer que eran simples comidas de trabajo en un par de ocasiones. Ambas habían terminado con el tipo en cuestión tratando de besarme y con una transacción económica fallida. Había aprendido la lección y ahora sabía cómo evitar ese tipo de comentarios e invitaciones con una maestría casi insólita. Pero volví a quedarme sin palabras ante Luther Bécquer. Me limité a aclararme la garganta y atusarme el cabello antes de preguntar:

—¿Qué desea, señor Bécquer?

Cuando vi sus ojos divertidos, me arrepentí al instante de mi estupidez. ¿No había encontrado un modo más torpe de preguntarle qué diablos hacía allí?

—He venido a decirle que me conquistó.

Estuve a punto de esconderme bajo la mesa, pero hubiera resultado todavía más inapropiado.

—Me refiero al cine —aclaró él poco después, satisfecho de ver que me sonrojaba como una colegiala—. Quiero comprarlo.

La sangre que se había instalado, caprichosa, en mis mejillas unos instantes atrás las abandonó de repente. No era posible. Quizá se tratara de una de las ventas más rápidas de mi carrera. ¿Cómo podía tener tan mala suerte? ¿Quién en su sano juicio querría hacerse con un

cine en ruinas? Seguramente se trataba de un especulador que terminaría derruyendo el viejo edificio para construir un anodino bloque de pisos en su lugar; aquel pensamiento me generó tal desazón que creí que me pondría a llorar frente a él. Traté de pensar en algo para disuadirlo.

—¿Está usted seguro? —logré articular—. La reforma podría costar cerca de un millón de euros.

—Lo sé, por eso me gustaría que una constructora lo valorara antes de efectuar la compra.

—¿Entonces piensa reconstruir el edificio? —pregunté incapaz de contenerme.

Él sonrió de un modo que debía de encandilar a todas sus conquistas.

—Por supuesto; jamás mandaría derruir una obra de arte como esa.

De nuevo, sus ojos centellearon con segundas intenciones. Me removí en la butaca; el frío que había sentido minutos atrás se había evaporado.

—De hecho —añadió—. Todavía no logro entender cómo el propietario ha dejado el cine en un estado tan lamentable…

—Tendría sus motivos —espeté.

—Como sea —atajó el señor Bécquer—, comprenderá que antes tenga que hablar con el dueño. Si ha permitido semejante deterioro imagino que estará dispuesto a negociar el precio. Como usted bien dice, la reforma no será barata.

Apreté los dientes. «Semejante deterioro» era mi responsabilidad.

Aunque sabía que el señor Bécquer no quería ofenderme, cada una de sus palabras se clavaban en mi cerebro como cerbatanas emponzoñadas.

—No estoy segura de que el precio sea negociable —repliqué, y crucé los brazos.

—Bueno, para saberlo tendría que hablar primero con el propietario, ¿no?

Tomé aire. ¿Cuánto tiempo más podría ocultarle que el dueño era en realidad mi padre?

—¿Me pasará su contacto? Considero que estas cosas es mejor que las tratemos las partes implicadas, sin intermediarios. Estoy seguro de que no habrá problema con su comisión y…

—Yo soy la parte implicada —interrumpí.

—¿Disculpe?

—Mi padre es el propietario.

No había podido aguantar sus insolencias por más tiempo. Hubiera pagado buena parte de mis honorarios por retratar el hermoso rostro de Luther Bécquer desconcertado. Sin embargo, enseguida se repuso. Era lo suficientemente inteligente para comprender lo desacertado que había estado teniendo en cuenta aquella nueva información.

—En tal caso, me gustaría hablar con su padre —dijo con una sonrisa.

—Mi padre me ha entregado los poderes para la venta—repliqué —: deberá negociar conmigo.

—Como siempre, será un placer tratar con usted, señorita

Altarriba.

Observé la mano que el señor Bécquer me tendía por encima de la mesa. Aunque era un tanto extraño, las manos eran una de las primeras cosas en las que me fijaba de un hombre; y las de Luther Bécquer eran perfectas. Incluso antes de rozar su piel, sabía lo que sentiría; fui incapaz de mirarlo a los ojos mientras sus dedos rodeaban con cuidado mi palma.

—Creo que, llegados a este punto, puede llamarme Luther.

# EL COLEGIO

*28 de marzo de 1936, Barcelona*

Dorotea repiqueteó con los dedos sobre la madera pulida del pupitre, muy lentamente. Entreabrió los labios para dejar escapar un suspiro y dejó que sus ojos vagaran por el resto del aula en busca de algo con lo que poder sobrellevar aquel tiempo muerto. Sus compañeras parecían atentas a la explicación de Miss Potter, la profesora inglesa que les enseñaba modales. Dorotea era incapaz de escucharla más de cinco minutos. Cuando empezaba con sus divagaciones sobre la hora del té o se extendía acerca de la conducta impecable que debía mostrar una joven dama, Dorotea viajaba muy lejos de allí, a los mundos de fantasía que descubría en los libros que siempre insistían en prohibirle. «No hacen más que llenarte la cabeza de pájaros», solía decirle su padre mientras se los arrebataba de las manos con cara de reprobación.

—Señorita Dalmau, ¿no le interesa lo que estoy explicando?

Los ojillos saltones de su profesora se posaron sobre ella con ese fastidio que parecía acompañarla en cada gesto. A Dorotea le recordaba a uno de aquellos peces infelices que te miran desde su acuario boqueando palabras inaudibles.

Deseaba contestarle que no le importaba lo más mínimo cómo debía colocarse el cuello del vestido para que resultara elegante, pero calló; no quería darle más motivos a su padre para tenerla internada en el aburrido Colegio para Señoritas Inmaculada Concepción.

—Lo siento, Miss Potter, estaba distraída.

Los labios de la profesora se volvieron finos como una aguja y siguió observándola intensamente, con el moño tan tirante que lo único que hacía era resaltar aún más los ojos de sapo.

Unos segundos más tarde, volvió a su tediosa lección. Dorotea no aguantó más que dos minutos de reloj atenta a su palabrería. Estaba contando las florecillas de un cerezo en flor que atisbaba desde la ventana cuando Miss Potter empezó a entonar una de las melodías religiosas que se empeñaba en reproducirles una vez al día. Su voz era tan aguda que Dorotea estaba convencida de que pronto lograría romper las cristaleras de la clase.

De repente, un papelito arrugado sobrevoló un par de pupitres y aterrizó frente a Dorotea. Sonrió por lo bajo; sabía de sobras de quién era la nota. Casandra odiaba las clases de Miss Potter casi tanto como ella.

*¿Hacemos novillos después del recreo?*

Por supuesto. Iría con Casandra al fin del mundo. Había sido su único apoyo en la escuela. Cuando había visto por primera vez el majestuoso edificio que sería su nuevo hogar, se había sentido fuera de lugar. Había vivido en Barcelona desde que tenía uso de razón, en un chalé cercano a la fábrica textil que poseía su padre. La Casa Dalmau era lujosa y gozaba de todas las comodidades, pero no se asemejaba en nada a la vetusta inmensidad de aquella institución. Estaba convencida de que si había sobrevivido durante tanto tiempo entre esos muros era por Casandra. Tan solo ella sabía hacerla reír cuando la melancolía se apoderaba de su corazón.

—No veo el momento de salir de esta cárcel —dijo Casandra mientras liaba un cigarrillo con dedos ágiles.

Se habían escondido en un rincón del patio interior, resguardado por un par de olmos y un montón de arbustos que crecían frondosamente a su alrededor. Sería difícil que las encontraran allí.

—Ya queda menos —murmuró Dorotea, y dio una calada del cigarro que le tendía su amiga—. En unos meses estaremos fuera.

No habría más enseñanzas para ellas cumplidos los dieciocho años. No tenía sentido que señoritas de su clase estudiaran demasiado; los libros podían hacer que se desviaran del camino estipulado. Dorotea sabía lo que se esperaba de ella: que encontrara un marido de su posición.

—¿Y qué vas a hacer cuando salgas? —preguntó Casandra observando un par de mirlos que aleteaban sobre su nido.

Dorotea le dedicó una mueca. Por muchos sueños que tuviera, era consciente de que su padre no permitiría nada más que el matrimonio y, en cuanto regresara a casa, ese sería su único objetivo.

—Quiero ser actriz.

Casandra soltó una carcajada a su lado.

—¿En serio? No me lo habías dicho.

—A mi madre le encantaba el teatro, incluso había actuado en La Farándula durante su juventud —replicó a la defensiva—. ¿Qué tiene de malo?

—No, nada —Casandra alzó las manos en señal de rendición—, no seré yo quien te corte las alas.

—No, ya se encargará mi padre de eso… —musitó—, igual que se encargó de que ella abandonara sus aspiraciones.

—¡No! Si de verdad es lo que quieres, debes luchar por ello.

Dorotea sonrió con tristeza. Ojalá fuera como Casandra. No temía lo que diría la gente, en cambio, ella… Temblaba tan solo de pensar en revelarle sus verdaderos deseos a su padre.

—Quizá podrías buscar algún grupo de teatro para aprender y...

—Sí, podría.

Pero ambas sabían que jamás osaría hacer tal cosa y el humo del cigarrillo se evaporó casi a la misma velocidad que sus sueños. Casandra le tomó la mano, tratando de reconfortarla.

—¿Y tú? —quiso saber Dorotea.

—¿Yo? Pienso largarme muy lejos, quizá a Estados Unidos.

—¿Pero y tus padres?

—Mis padres, ¿qué? Me encerraron aquí para hacer de mí una mujer de provecho —replicó imitando un tono que probablemente había escuchado demasiadas veces—. No pienso darles el gusto.

Dorotea rio.

—Se volverán locos. Si yo huyera tan lejos, mi padre me traería de regreso a rastras.

—No puede obligarte.

—Ya lo creo que sí. Estoy segura de que cuando murió mi madre, una parte de su humanidad se marchó con ella. Se distanció tanto de mí... Para colmo, luego conoció a esa mujerzuela y me dejó aquí.

—Esa mujer es su madrastra —una voz firme con acento inglés las sorprendió—, y le debe un respeto.

Dorotea tiró el cigarrillo al suelo y lo pisó, como si con el zapato pudiera ocultar su falta; el incómodo crujido de la tierra resonó en sus oídos. Miss Potter las observaba con los ojos incendiados por la ira. No solo se habían saltado la lección, sino que además estaban fumando como dos hombretones a la salida de una taberna.

—Márchese a su cuarto de inmediato, señorita Aguilar —dijo la profesora clavando su mirada acuosa en Casandra—. Luego hablaremos de esto.

Casandra le dirigió una mirada de disculpa a Dorotea antes de obedecer a Miss Potter. Dorotea, en cambio, se quedó sentada en aquel banco, incapaz de moverse. Esa mujer no solía desaprovechar la oportunidad de avergonzar a ninguna de sus alumnas en público y el hecho de que hubiera dispensado a Casandra con tanta rapidez la alarmó: significaba que quería hablar con ella a solas.

—Ha llegado una carta de su padre, señorita Dalmau. —Dorotea reparó en el pliego arrugado que la profesora sostenía entre los dedos —. Como sabrá, la situación política está un tanto… agitada en los últimos tiempos. La cuestión es que su padre le pide encarecidamente que regrese a casa.

—¿Cómo dice?

Dorotea tragó una saliva tan espesa que le pareció cemento.

—Lo que ha oído. Un coche la vendrá a buscar este sábado. Será mejor que para entonces haya dejado de apestar a tabaco.

# EL SEÑORITO

*31 de marzo de 1936, Jaca*

Durante los siete años que habían transcurrido desde su llegada a la Casa Grande, Lucilda había florecido. «Pareces una espiga», solía bromear Jacinta con su risa contagiosa. La alentaba a engullir cantidades ingentes de los bizcochos que Matilde, la cocinera, preparaba cada tarde; pero, por mucho que lo intentaba, Lucilda seguía igual de delgada que el primer día. «Por lo menos, estás más alta», añadía Jacinta con un cacareo, aunque en realidad era más pequeña que la mayoría de las muchachas de Villa Montesinos. Lo único que destacaba en ella era la belleza incipiente que doña Ángela se empeñaba en esconder bajo la cofia y el delantal.

Jacinta se había encargado de enseñarle todas sus tareas bajo la atenta mirada del ama de llaves y Lucilda había aprendido a servir los platos con la maestría de un lacayo, a remendar vestidos y a planchar al gusto de la señora; incluso era capaz de preparar algún guiso sencillo.

Doña Ángela gobernaba el servicio con mano dura, pero Lucilda sabía que apreciaba su eficacia y estaba convencida de que tras su coraza se escondía un buen corazón, por mucho que se empeñara en disimularlo: la había visto alimentar a un par de gatos callejeros cuando creía que nadie miraba y sospechaba que los fines de semana acudía a alguna casa de beneficencia para entregar los restos de la comida que sobraba en la casona, aunque sabía que doña Ángela

preferiría la muerte antes que admitirlo.

—Vamos, Lucilda, ¿dónde estás esta mañana? —La voz de Jacinta la obligó a centrarse de nuevo en el pan que estaba amasando sin demasiado éxito—. ¡Los señores van a bajar a desayunar en menos de cinco minutos!

—Perdona, ya termino —murmuró Lucilda, e introdujo la masa en el horno—. Enseguida preparo una bandeja con pastas.

—Date prisa, doña Urraca está especialmente insoportable —susurró Enriqueta, otra de las doncellas—. Se ve que mañana llega su hijo; anda histérica de un lado para otro.

Lucilda había oído hablar muchas veces de Álvaro Montesinos, pero jamás habían coincidido. Cuando el señorito regresaba del internado inglés en el que estudiaba, solía ser por Navidades y la casa bullía con tantos preparativos que Lucilda no podía ni salir de la cocina. Para las ocasiones especiales, doña Ángela contaba con las doncellas más experimentadas y ella quedaba relegada a tareas menos importantes. Lucilda nunca se había quejado, pero hubiera preferido asistir de cerca a las fastuosas celebraciones que se alargaban hasta bien entrada la noche. Sin embargo, tenía que conformarse con espiar desde lo alto de la balaustrada: las mujeres lucían preciosos vestidos, que brillaban bajo las lámparas de araña; los hombres se paseaban por los salones con sus impecables esmóquines mientras los sirvientes, sigilosos, se afanaban por que todo fuera perfecto. Siempre había soñado con poder ver aquel despliegue de cerca.

—Otra vez van a enterrarme entre fogones —se lamentó—. Con lo que me gustaría estar en una fie...

—Cállate, que viene doña Ángela —advirtió Enriqueta, que tomó un par de cuencos y salió corriendo de la cocina.

El ama de llaves se acercó hasta Lucilda. Estaba convencida de que la enviaría al ultramarinos del pueblo a comprar algún ingrediente o a realizar alguna tarea de segunda. Sin embargo, doña Ángela se plantó ante ella con cierta solemnidad.

—En la gala de mañana servirá usted la cena, Lucilda.

Lucilda se quedó unos instantes callada: no podía creer que por fin le diera una oportunidad.

—¿Lo dice de veras? —preguntó, ilusionada.

—No haga que me arrepienta.

Después del anuncio, doña Ángela se apresuró en dar órdenes estrictas al resto del servicio. La lista de tareas solía ser eterna, pero aquella vez la cantidad de trabajo era descomunal. Lucilda no comprendía a qué venía tanta agitación. Todas las criadas correteaban de arriba abajo acicalando sus cofias y sus delantales más de lo usual mientras soltaban risitas nerviosas.

—¿Qué les pasa? —quiso saber.

—Ah, es por el señorito —apuntó Jacinta mientras daba un bocado a un bizcocho. A Lucilda nunca dejaba de asombrarle su capacidad para comer a todas horas—. Quieren causarle una buena impresión, que se fije en ellas.

Lucilda notó el desdén en su tono. Jacinta solía hablar mucho de los demás, pero siempre lo hacía con aire desenfadado. No era propio de ella ser tan taciturna.

—Son unas insensatas —añadió con la boca llena antes de dar

media vuelta y colocar un capazo lleno de trapos sobre los brazos de Lucilda—. Cuando termines de preparar el desayuno, ve a hacer la colada.

Lucilda se arrodilló junto a la orilla y sonrió al descubrirse a solas. Se soltó el moño que doña Ángela la obligaba a llevar siempre bajo la cofia y su larga melena cayó como una cascada sobre sus hombros. Se masajeó las sienes, aliviada, y se puso a frotar los paños contra la tabla para eliminar la suciedad.

Era un descanso sentir el aire fresco de la primavera acariciando su rostro. El ambiente expectante de la casona la había agobiado, no lograba entender el revuelo que causaba el regreso del señorito. Aunque no sabía de qué se extrañaba: cada año era lo mismo. En el fondo, no podía evitar sentir cierta curiosidad por Álvaro Montesinos. Le constaba que no era mucho mayor que ella, y había escuchado a varias doncellas cuchichear sobre sus encantos. «Me ha sostenido la puerta para que pasara», había dicho una vez Enriqueta, «es todo un caballero».

—Pues yo no entiendo por qué tanto alboroto —farfulló entre dientes, y siguió limpiando—; será un señorito remilgado, como todos los demás.

—Un día magnífico, ¿no cree?

Lucilda dio un respingo al escuchar aquella voz ronca cerca de ella. Dejó lo que estaba haciendo y se cubrió la frente con la mano para hacerse sombra y localizar al individuo que había hablado. El hombre se encontraba sentado sobre una roca de piedra caliza en el

punto más alto del arroyo. Vestía un traje oscuro y su cabello rubio repeinado con brillantina refulgía bajo el sol. Sostenía un cuaderno de dibujo entre las manos y una arrebatadora sonrisa en los labios. Lucilda no había visto nunca a un hombre tan apuesto.

—Sí —logró balbucir.

—¿Viene mucho por aquí?

Lucilda no solía tratar con muchachos, pero enseguida se percató de lo inapropiado de la situación: estaban completamente solos. Jacinta le había advertido en numerosas ocasiones de que no se fiara de los hombres, por muy amables que parecieran.

—Estoy trabajando, si me disculpa… —Lucilda levantó el cesto con la ropa húmeda, pero pesaba más de lo que creía y a punto estuvo de ceder al peso. El hombre se levantó de su piedra y se acercó hasta ella.

—¿Necesita ayuda? —El tipo tendió la mano y rozó la suya por un instante. Lucilda agachó la cabeza, roja por el esfuerzo y la vergüenza.

—Debo marcharme.

Siguió el camino hasta la casona lo más deprisa que pudo teniendo en cuenta su carga; el corazón le bombeaba con fuerza, como si quisiera escaparse por su boca.

Cuando llegó a Villa Montesinos le extrañó ver a una niña frente a la puerta, retorciendo el hatillo que sostenía entre las manos. No debía de contar más de diez u once años. Vestía ropas humildes y tenía la mirada fija en sus zapatos de esparto, como si temiera levantar los ojos y encontrarse con un ogro. Al ver a Lucilda, se hizo a un lado en

silencio. Lucilda se apoyó el cesto en la cadera y abrió la puerta.

—¿Esperas a alguien?

La niña se sonrojó y asintió casi imperceptiblemente.

—Yo… vengo a hablar con doña Ángela.

Lucilda la hizo entrar al recibidor. Era consciente del efecto que los altos techos y las paredes decoradas con filigranas y tinturas tendrían sobre la muchacha; nadie permanecía indiferente ante la grandeza de Villa Montesinos, excepto su madre. Recordó con un pellizco en el pecho cómo la había abandonado a las puertas de la casona. Aunque no había vuelto a ver a su familia, sabía que estaban bien. Algunos de sus hermanos ya se habían casado, pero Bautista y Clara, los mayores, seguían en la granja. Se preguntó cómo serían. ¿Se parecerían en algo a ella? ¿Continuarían igual que los recordaba o se habrían convertido en adultos a los que ni siquiera reconocería por las calles de la ciudad?

Antes de que pudiera avisarla, doña Ángela apareció por el pasillo, como si la hubieran invocado. En cuanto vio a la joven, el ama de llaves se apresuró en llegar hasta ellas, con su manojo de llaves campanilleando contra la falda negra.

—Debes de ser Natividad —asumió con la voz pomposa que Lucilda le escuchaba usar con las nuevas. Casi sonrió.

—Sí, señora.

—Muy bien, pasa a las cocinas; te daré el uniforme.

Lucilda las vio desaparecer y sintió una oleada de ternura por esa joven; le recordó a la niña que una vez había sido. El peso del cesto le advirtió de que tenía una tarea por terminar y se dirigió a la parte

trasera para tender la colada.

—¿No es emocionante? —preguntó Enriqueta con ojos soñadores.

Lucilda levantó la vista de la cubertería que estaba puliendo para la cena de gala; doña Urraca iba a celebrar el regreso de su hijo por todo lo alto. Había mandado traer las delicias más exclusivas desde Francia, los mejores pralinés belgas y auténtico caviar iraní.

—¿El qué? —Se hizo la tonta. Sabía a qué se refería.

—Tener a don Álvaro de vuelta, y parece que para siempre: va a hacerse cargo de Villa Montesinos junto a su padre.

—¿Qué sabrás tú? Solo son chismes —cortó Jacinta.

—Dicen que se graduó con honores y que ha regresado del servicio militar hecho un hombre —continuó Enriqueta ignorando deliberadamente a Jacinta—. ¡Como teniente del ejército de Tierra de Marruecos, nada menos! Con lo peligroso que es…

—Vamos, déjate de charlatanería —la amonestó Jacinta—; pareces una tórtola.

Enriqueta la miró furiosa, pero no le dio tiempo a replicar. Un grito de terror salió de la lavandería.

—¡Eres una completa inútil! —La voz de doña Ángela resonó por las paredes como un trueno en plena tempestad—. Da gracias de que no te despida ahora mismo. ¡Sal de mi vista!

Lucilda vio a Natividad cruzar la cocina como un suspiro, con la mirada gacha y los ojos anegados en lágrimas. Jacinta, que no temía a doña Ángela, se acercó hasta la lavandería dispuesta a averiguar qué había ocurrido con la nueva. Lucilda la siguió con pasos quedos. Abrió

los ojos horrorizada cuando vio la mantelería para la celebración chamuscada bajo la plancha. Doña Ángela frotaba inútilmente el hollín que se había adosado a la tela. Con el roce, el tejido se quebró. El ama de llaves soltó un lamento.

—¿Qué vamos a hacer ahora? Esa cría… —Sus ojos centellearon.

Lucilda temió el castigo que le impondría a Natividad. Estaba segura de que no se libraría de unos azotes y, por supuesto, no cobraría varios jornales.

—No sea muy dura con ella —osó decir—; acaba de llegar y…

—¿Cómo se atreve?

Lucilda se encogió sobre sí misma.

—Esa inconsciente acaba de poner en peligro la celebración de mañana y usted la defiende. ¿Qué cree que hará doña Urraca cuando se entere?

—No tiene por qué enterarse —dijo Lucilda.

No terminaba de entender de dónde estaba sacando el valor para enfrentarse al ama de llaves, pero no podía dejar a aquella pobre niña desamparada.

—¿Está diciendo que engañemos a la señora? —gruñó indignada.

—Con el debido respeto, doña Ángela, creo que existe una solución.

El ama de llaves la miró con nuevos ojos, y la arruga de su entrecejo se aflojó.

—¿De qué habla?

—Podemos tomar varias telas de otros colores y unirlas a este mantel para cubrir el hueco y tapar las quemaduras.

Su madre solía hacerlo con la ropa y las sábanas por pura necesidad, pero a veces el resultado era fascinante y muy colorido.

Doña Ángela no parecía del todo convencida, pero no tenía más remedio. Con tan poca antelación no podían encargar una nueva mantelería en la ciudad.

—Está bien. Encárgate, y pobre de ti que no esté arreglado para mañana.

—Lo estará, pero necesitaré la ayuda de Natividad.

Las fosas nasales de doña Ángela se expandieron ante la mención de la niña, y por un instante creyó que se pondría hecha una furia. Sin embargo, terminó asintiendo.

—Tú misma.

Pasaron toda la tarde y parte de la noche remendando el mantel. Natividad trabajaba en silencio, sentada en una pequeña banqueta de la lavandería. Tenía los ojos encogidos; la luz de la bombilla era escasa para un trabajo así. Por suerte, sus pequeños dedos zurcían las telas con habilidad.

—No es la primera vez que coses —adivinó Lucilda mientras enhebraba la aguja.

—Estuve trabajando en casa de doña Ana, la costurera.

—¿No te gustaba? ¿Por eso viniste aquí?

—Doña Ana murió este invierno por unas fiebres.

Lucilda no dijo nada más en un buen rato. Natividad se enjugó las lágrimas. Probablemente la costurera había sido como una madre para ella.

—¿Sabes? Doña Ángela no es tan terrible.

Natividad arqueó las cejas.

—Una vez estuve muy enferma, hace tres años —explicó Lucilda —. Doña Ángela venía cada día a mi habitación; me daba sopas y brebajes que ella misma preparaba. Estuvo atendiéndome durante más de un mes; incluso pagó a un médico para que viniera a verme.

—No puedo imaginarme a doña Ángela haciendo eso —dijo Natividad con una sonrisa tímida.

—No negaré que doña Ángela es dura y poco afectuosa, pero en el fondo cuida de nosotras como si fuéramos una familia. Con el tiempo podrás apreciarlo.

Lucilda apretó su brazo con cuidado y Natividad le regaló una sonrisa infantil.

—Gracias.

Tenía los hombros anchos y el cabello claro. Le costaba adivinar su silueta recortada en el contraluz, pero, sin duda, era un hombre joven. Lucilda se acercó con la sensación de que sus pies flotaban en un suelo invisible. No había nada más que él en aquel paraje inhóspito. Por fin logró alcanzarlo. Cuando tocó su hombro, un extraño calor inundó su interior, pero él no se volvió. Se escuchó a sí misma llamarle una y otra vez; gritar. Pero él siguió inmóvil, dándole la espalda.

—Lucilda, te has dormido… —Una voz dulce la sacó de su ensoñación.

Cuando abrió los ojos le costó reconocer la lavandería. Se había quedado traspuesta apoyada en las sábanas de una de las estanterías.

—Ya está terminado —anunció Natividad mostrando ante sus ojos un mantel lleno de colores y texturas.

Lucilda tardó unos instantes en volver a la realidad. Cuando tenía uno de esos sueños, se quedaba un tiempo nadando entre dos mundos. ¿Qué significaría esta vez? En ocasiones sus visiones eran tan crípticas que era difícil sacar alguna conclusión. Para empezar, ¿quién era ese hombre? Se esforzó por devolver la atención a la tela que Natividad todavía ondeaba orgullosa frente a ella como si se tratara de un estandarte.

—Ha quedado precioso —aseguró Lucilda.

Estaba convencida de que aquel diseño sería un éxito. Calentó la plancha y la pasó sobre el mantel ante los ojos nerviosos de Natividad. Estaba claro que temía que volviera a chamuscarse. Pero las manos expertas de Lucilda encontraron el punto justo de calor y vapor para eliminar cualquier arruga sin causar daños. Cuando terminó, dobló la tela con cuidado y la dejó dispuesta en uno de los estantes, lista para usar.

—Has hecho un buen trabajo —le dijo a Natividad.

Salieron a la cocina, que permanecía a oscuras, y Lucilda encendió un candil para alumbrar el reloj que presidía los fogones.

—Todavía podremos dormir unas horas —Sonrió—. Buenas noches, Natividad.

La niña le dio un fugaz abrazo y desapareció corriendo por el pasillo del servicio.

Lucilda se había arreglado con especial cuidado el uniforme, que lucía

impoluto. Dio una vuelta sobre sí misma y se miró al espejo con una sonrisa radiante. Debía estar perfecta para su debut en la gala de esa noche. Era consciente de que nadie tendría ojos para ella, los invitados estarían embelesados con la belleza de las jóvenes damas que asistirían a la celebración. Pero, precisamente, esa era la cuestión. Una buena doncella debía pasar desapercibida por su perfección: en los movimientos, en su atuendo; en el modo de servir la cena con el cuidado de una caricia. Unos nudillos nerviosos llamaron a su puerta. Era Jacinta.

—Doña Ángela anda como loca buscándote. Es la hora.

Lucilda asintió y corrió por el pasillo hasta las cocinas, donde el servicio que se encargaría de servir la cena ya estaba en fila, como si se tratara de un ejército. Se apresuró en colocarse junto a Ramiro, el más joven de los lacayos, que le dedicó una tímida sonrisa.

—Esta velada —doña Ángela empezó con uno de sus discursos— deben ser invisibles. Los platos de los comensales han de estar llenos antes de que nadie tenga hambre, y las copas, rebosantes en todo momento; su labor consiste en adelantarse a las necesidades de nuestros invitados con suma discreción. ¿Lo han entendido?

Lucilda asintió junto al resto de sus compañeros. Le sudaban las manos y podía escuchar su propio corazón retumbando en los oídos. ¡Cuántas veces había escuchado a doña Ángela dar instrucciones a los lacayos en las noches de gala! Y cuántas había deseado formar parte del equipo encargado de servir la cena. Por fin podría cumplir su sueño. Se preguntó si las lentejuelas de los vestidos brillarían tanto de cerca; o si el maquillaje de las mujeres luciría tan exquisito como

parecía desde la balaustrada. ¿Todos los hombres serían tan apuestos cuando estuviera frente a ellos?

Vio que doña Ángela seguía moviendo la boca como un títere agitado, y se percató de que no la había estado escuchando. Volvió a concentrarse en sus órdenes y pronto se vio cargada con una bandeja de porcelana rebosante de marisco; ni siquiera fue capaz de ver quién se la había puesto en las manos. ¿Habría sido Jacinta? ¿Quizá Natividad? Sus pies empezaron a moverse siguiendo los pasos de Ramiro, que caminaba frente a ella con la fuente más pesada: escondía un cochinillo bajo la cubierta de plata. Lucilda cruzó el pasillo y llegó a la doble puerta del salón principal. Se maldijo a sí misma cuando notó que la bandeja se deslizaba caprichosamente sobre sus dedos húmedos. Apretó la palma de las manos contra el metal y contuvo la respiración. Depositó su preciada carga sobre la primera mesa que encontró a su paso y suspiró aliviada al comprobar que nadie había percibido el leve temblor de sus manos al servir la langosta.

Cuando terminaron con los postres, Lucilda se relajó y por fin pudo mirar a su alrededor. Fue como si asistiera despierta a uno de sus sueños. Los tejidos, tan delicados, envolvían cada rincón del salón como si se tratara de un abrazo. Bajo las mesas, los vestidos de seda se rozaban con la colorida mantelería como amantes clandestinos; unas cortinas de terciopelo granate envolvían a un cuarteto de cuerda que se encontraba en un lateral de la sala inundando el ambiente con notas suaves; las servilletas de batista lucían moteadas con el carmín de los labios. La cena había sido tan magnífica que doña Urraca reía sin parar, quizá achispada por el jerez que degustaba junto a las

invitadas más distinguidas. «Qué mantelería tan extraordinaria», escuchó que decía una. «Tendré que pedir una así en la ciudad», añadió otra. Lucilda tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por mantener la mirada baja y no sonreír. Al final, la noche en vela había merecido la pena.

Pasada la medianoche, los músicos se trasladaron al salón de baile; los comensales no tardaron en abandonar el banquete para seguirlos, atraídos por la música acelerada que brotaba del otro lado de las puertas. Lucilda fue la encargada de repartir la bebida entre las parejas; no pudo evitar observar las risas, las manos entrelazadas al son de un pasodoble, los dedos traviesos que se deslizaban por la parte baja de la espalda cuando creían que nadie observaba.

—No estaba seguro de que fuera usted. —Una voz acarició su oído y se tensó; a punto estuvo de volcar las copas de cristal de Bohemia de la bandeja.

Se volvió hacia la voz y se encontró con unos profundos ojos azules; seguramente sería lo más cerca que estaría nunca de ver el mar. Azorada, bajó la mirada y no pudo evitar detenerse en la sensual sonrisa. Se obligó a dar un paso atrás, pero tan solo consiguió quedarse todavía más impactada por aquel hombre. El cabello rubio lucía igual de bien peinado que en el río, aunque su indumentaria era mucho más formal. Vestía un delicado traje de cachemira de color marino que resaltaba su porte atlético y el brillo hipnótico de su mirada.

—¿Nos conocemos? —No se le ocurrió nada más inteligente que decir. Por supuesto que lo había reconocido; jamás podría olvidar al

atractivo desconocido con el que se había topado en la ribera.

—Todavía no —murmuró rozando su brazo—. Soy Álvaro Montesinos.

Estuvo segura de que su corazón se detuvo por un instante. ¿Así que eso era estar muerta? Entonces empezó a bombear de nuevo con una fuerza inusitada.

—¿Y usted? ¿No va a decirme su nombre?

¿Cómo no había caído en la cuenta? A esa zona del río tan solo se podía acceder desde la casa; era obvio que tendría que haber sido alguien del servicio o de la familia; y su ropa elegante no dejaba lugar a dudas.

—Lucilda—balbuceó.

Álvaro tomó su mano como si fuera una de las damas de aquella fiesta y no una pobre doncella. Olvidó respirar cuando depositó un suave beso en el dorso de su mano.

—Es un placer, Lucilda —se deleitó en su nombre; o eso le pareció. Debían de ser imaginaciones.

—¿Quiere un poco de Jerez? —preguntó en un intento de volver a su trabajo; un terreno mucho más seguro.

—Por supuesto. —Álvaro tomó una de las copas de la bandeja y rozó sus dedos. Lucilda no estuvo segura de si había sido accidental.

—Lucilda, ¡aquí estás! —Ramiro llegó hasta ella con gesto apurado—. Necesito ayuda con los resopones.

Álvaro le dedicó una reverencia tan sutil que nadie excepto ella podría haberla apreciado. Lucilda atinó a sonreír antes de marcharse tras Ramiro con la bandeja temblando de tal forma que se podía oír el

ligero tintineo del vidrio al chocar. Y por fin pudo entender la agitación de las doncellas ante la llegada del señorito. No era de extrañar que Enriqueta fuera suspirando por los pasillos: ahora ella también suspiraría.

# LAS MAZMORRAS

*1 de abril de 1936, cercanías de Canfranc*

Soledad apretó la llave contra la palma de su mano hasta clavarse el perfil. Agradeció todas las veces que se había escabullido por el pasillo de su casa; por lo menos, sabía cómo pasar desapercibida a pesar de su altura. El sonido quedo de sus pasos era imperceptible. Tan solo se escuchaba la brisa nocturna colándose por las estrechas ventanas del ala norte, la más fría del convento. Nadie quería ir allí, ni siquiera para hacer las tareas más sencillas. Corrían entre las niñas montones de historias de terror; algunas aseguraban que el espíritu de una monja perseguía a las incautas que se atrevían a adentrarse entre las salas sombrías de la galería. Pero Soledad no creía en fantasmas; su padre siempre le había advertido que debía temer más a los vivos que a los muertos. Aun así, a medida que avanzaba por aquel corredor angosto, no podía evitar preguntarse si algunos de los rumores serían ciertos. Una corriente de aire gélido se coló por el cuello de su camisón y se le erizó el vello de la nuca. Habría jurado que un dedo había acariciado el nacimiento de su pelo, pero se obligó a fijarse en su objetivo. La puerta de las celdas no estaba demasiado lejos. Apretó el paso todo lo que pudo intentando mantener la calma para no hacer ruido.

Enseguida llegó al portón de roble oscuro que daba acceso al área que sus compañeras habían bautizado como «las mazmorras». Antiguamente habían sido las bodegas del convento, pero con la

desamortización de Mendizábal las monjas habían perdido las tierras de la vid, y con ellas su materia prima; habían terminado cerrando el negocio. Desde entonces las cavas estaban medio abandonadas. Tan solo Sor Angustias les daba un uso, muy distinto del que tuvieron. En las pequeñas celdas donde antes se habían dejado reposar las botellas, la madre superiora ahora encerraba a las alumnas que la desobedecían. Los castigos podían durar desde horas hasta días, en función de la gravedad del pecado. Todas habían estado allí, y ninguna quería volver. Soledad no había olvidado la vez que la había tenido recluida durante una semana entera por haber llegado tarde a los rezos de Maitines. Habían transcurrido un par de meses desde aquello, pero todavía podía sentir la pegajosa humedad en su piel colándose a través de los poros para llegar al hueso. No podía permitir que Alicia pasara allí ni un minuto más por haber llegado tarde a la comida: no lo resistiría. Si no la vencía el frío, lo haría el miedo. Sor Angustias se encargaba de que la experiencia fuera lo suficientemente aterradora para desear no volver a pecar en la vida. Cerraba la puerta de un golpe seco y dejaba que las tinieblas rodearan a su presa. Soledad aún recordaba el dolor que le causaba la luz que se colaba por la puerta cada vez que la madre superiora la abría —dos veces al día para dejar una bandeja con pan y agua—.

Abrió el portón con sumo cuidado y se coló en la penumbra. Sabía dónde estaría Alicia. Sor Angustias siempre las encerraba en el mismo lugar: una diminuta celda en la que lo único que había eran frío y telarañas. La vieja monja ni siquiera se había molestado en colocar un catre para que descansaran. El mero hecho de imaginar a Alicia

encogida en un rincón de aquel suelo helado la hizo revolverse de rabia. Debían escapar del convento cuanto antes, cada minuto que pasaban allí perdían un trocito de su alma. ¿Qué les quedaría cuando llegaran a la mayoría de edad? Tan solo resentimiento y sueños vacíos.

Si no había huido ya, era porque no tenían adónde ir. El vago recuerdo de la desconocida que había aparecido en su casa poco antes de que muriera su padre se había ido desdibujando con el tiempo. Sin embargo, quizá fuera su única opción. Había decidido que salvaría a Alicia y trazaría un plan para recuperar la tarjeta de Gertrude Müller. Y si ella no las ayudaba, encontraría trabajo en alguna parte; ya tenía quince años, seguro que la contratarían.

Avanzó hasta la celda de castigo e introdujo la llave en la cerradura. Crujió con cierto escándalo, y la calma que había mantenido hasta el momento se evaporó. Seguro que Sor Angustias lo había escuchado; era como un murciélago esperando en la cueva.

—Alicia, soy yo.

—¿Soledad? —la voz débil de su hermana surgió del otro lado.

Soledad empujó la puerta conteniendo el aliento. Alicia estaba sentada contra la pared, abrazándose las piernas en un vano intento por mantener el calor. La miró con los ojos entornados, deslumbrada por la luz de la luna que se colaba a través de la puerta.

—¿Qué haces aquí? —preguntó su hermana con una nota de pánico—. Si Sor Angustias te descubre…

—Tenemos que irnos. —La ayudó a levantarse.

—Nos volverá a encerrar —replicó Alicia, y se soltó de su abrazo.

—No lo permitiré —le aseguró, aunque de repente se dio cuenta de que se había dejado llevar por sus sentimientos. Por supuesto que las castigaría; ese rescate era una insensatez.

—Pero…

—¡Deja de cuchichear y vámonos de una vez! —soltó Soledad, exasperada por su propia temeridad.

Alicia la siguió por el pasillo, temblando de miedo. Soledad no sabía muy bien qué la asustaba más, si toparse con un fantasma o con Sor Angustias, pero continuó avanzando a tientas por el oscuro corredor.

Llegaron al claustro y la luna apareció de nuevo para iluminar su camino. Soledad escuchó unos pasos en la lejanía y agarró a Alicia de la mano para ocultarla tras uno de los pilares. Escuchó el grito ahogado de su hermana y bajó la vista. La piel de sus palmas estaba repleta de pequeños cortes: Sor Angustias había sido infalible con su vara metálica. Soledad cerró los ojos un instante, y le prometió al Dios que permitía todo aquello que algún día la monja pagaría por sus actos.

No estaban demasiado lejos del dormitorio, pero Soledad todavía podía escuchar unos ruidos cerca: había alguien merodeando. ¿Se habrían dado cuenta de que había robado las llaves? Tenía que despistar de algún modo a quien estuviera por allí. Se agachó, cogió una piedra del jardín y la lanzó en dirección opuesta a su posición con tal de desviar la atención.

—Corre, ve a la habitación —le indicó a Alicia, y la empujó suavemente para que se apresurara.

Alicia obedeció y Soledad se quedó agazapada tras el pilar, tirando piedras hacia el otro lado para despejarle el camino a su hermana. Cuando vio que Alicia había llegado sana y salva al dormitorio, Soledad suspiró aliviada. Después de un tiempo prudencial siguió el camino de su hermana hasta la habitación y se coló entre las sábanas con el corazón martillando en su pecho. Quizá por lo menos esa noche se libraran del castigo; ya pensaría en cómo sacarlas del embrollo al día siguiente.

Soledad se despertó con un nudo en el pecho, temiendo encontrarse con Sor Angustias. Estaba segura de que las había descubierto. Si no, ¿quién más podía haber estado vagando por los pasillos en mitad de la noche? Se sintió aliviada cuando se enteró de que la monja había tenido que atender un asunto en el arzobispado: iba a estar todo el día fuera. Eso le proporcionaría unas horas preciosas para pensar en una solución. Sabía que si se quedaban en el convento aguardando su llegada el castigo sería terrible. Había sido una insensata al creer que podía rescatar a Alicia sin consecuencias. Ahora no tenía más remedio que planear una huida rápida para aquella misma noche que las alejara de esa maldita mujer.

Pasó todo el día meditabunda, trazando un plan tras otro en su mente. Todos le parecían endebles y estaba segura de que las descubrirían antes de lograr cruzar los muros de aquella cárcel. Y aunque lograran alcanzar el otro lado, se encontrarían en medio de un bosque escarpado en plenos Pirineos. ¿Cómo iban a sobrevivir al frío y al hambre? Al final, lo único que le pareció sensato fue intentar

recuperar la tarjeta de Gertrude Müller que Sor Angustias le había arrebatado junto a su abrigo al entrar al hospicio. No sería tan rápido y no las libraría de las represalias por haberse escabullido de Las Mazmorras, pero era la única solución. Con la esperanza de que esa desconocida las salvara, se veía capaz de soportar el castigo que les impusiera la madre superiora. De todos modos, decidió no esperar más tiempo para hacerse con la dirección: acudiría a la sala de taquillas esa misma noche. Seguramente Sor Angustias regresaría cansada de su viaje y no se molestaría en castigarlas hasta el día siguiente. Tampoco creía que le quedaran fuerzas para hacer guardia por los pasillos, como solía hacer al anochecer. Así que era una oportunidad perfecta para hacerse con la tarjeta. Cuando por fin lo tuvo todo planeado, le explicó sus intenciones a Alicia, que la miró con los ojos muy abiertos.

—Estás loca. Sor Angustias ya estará furiosa con nosotras por escapar. Si encima te caza robando la tarjeta…

—No la voy a robar, tan solo la recuperaré. Siempre fue nuestra y nos la quitó sin ningún derecho.

Alicia suspiró resignada y Soledad supo que su hermana no insistiría en que desistiera. Alicia la conocía lo suficiente como para saber que nada de lo que dijera la haría cambiar de opinión. Tenía un propósito y pensaba cumplirlo: saldrían de allí de una vez por todas.

Después de cenar y de las oraciones al pie de su cama, Soledad se metió entre las sábanas con el pulso retumbando en las sienes. Esperó una hora eterna, hasta que escuchó a la última de sus compañeras dormirse. Alicia no había logrado conciliar el sueño, y la miraba con gesto espantado. Soledad se incorporó y asintió para insuflarle ánimos

a su hermana, aunque en realidad lo hizo para darse fuerzas a sí misma: no quería ni imaginar el castigo si la descubrían.

Finalmente se armó de valor y puso los pies en el suelo. Sintió el frío cortante de las piedras atravesar sus calcetines de lana. No podía colocarse los pesados zapatos que le habían entregado junto al uniforme; serían demasiado escandalosos. Así que terminó de ponerse en pie y se abrazó con sus propios brazos para tratar de mantener el calor que se escapaba por la fina tela de su camisón. Salió de la habitación de puntillas, notando la mirada acongojada de Alicia en la nuca. Agradeció que su hermana no se hubiera ofrecido a acompañarla. Prefería que, si ocurría algo, tan solo le afectara a ella. Además, en el fondo estaba tan asustada que no se veía capaz de tranquilizar a Alicia si le entraba un ataque de pánico en mitad de los lúgubres pasillos.

Mientras avanzaba por los corredores que llevaban hasta la sala de taquillas, lo único que escuchaba era el ulular de las lechuzas y su propia respiración. Estaba tan tensa que estaba segura de que al día siguiente le dolerían todos los músculos. Cuando estaba volviendo la esquina del claustro escuchó unos pasos silenciosos, muy similares a los que había detectado la noche anterior. Sus pulmones se quedaron sin aire. ¿Era posible que Sor Angustias hubiera decidido hacer su ronda nocturna a pesar del largo viaje?

De repente sintió un filo delgado contra su cuello. Por un momento pensó que la vara metálica de la madre superiora la había alcanzado. Sin embargo, un pecho mucho más ancho, masculino, la envolvió por la espalda. Aquello la desconcertó. Hasta donde sabía, no

había ni un solo hombre en el convento. Pronto entendió que lo que notaba contra su garganta no era otra cosa que la hoja afilada de una daga.

—¿Es usted una anarquista? —La voz ronca en el oído le provocó un nuevo sobresalto.

—Soy…soy una alumna —tartamudeó, todavía sintiendo el cuchillo contra su piel.

El abrazo se aflojó, y pudo volverse hacia el hombre que la había apresado. Tenía el cabello más negro que había visto jamás, aunque puede que fuera producto de la oscuridad que los rodeaba. Le pareció que lo llevaba demasiado largo para ser un soldado, pero no cabía duda; el tipo lucía el uniforme del ejército y llevaba un fusil anudado a la cintura. El hombre la estudió con unos ojos ambarinos que parecían intentar descifrar si decía la verdad. Se sintió desnuda, con el camisón blanco que poco la resguardaba del frío y las miradas. Sin embargo, él no pareció alterarse. Terminó torciendo el gesto con cierta desconfianza.

—¿Cuál es su nombre?

Soledad dudó unos instantes. Si se lo decía, correría a avisar a Sor Angustias de que una de las niñas andaba suelta por los pasillos en mitad de la noche; sería su perdición. Él malinterpretó su silencio y la agarró del brazo con cierta brusquedad.

—Miente, no es usted ninguna alumna —masculló muy cerca de su rostro.

Soledad notó que le temblaban las piernas; sentía algo más que miedo ante la proximidad del militar, aunque no supo discernir de qué

se trataba. Quizá fuera el suave olor a romero que se desprendía de su piel o el calor que percibía a través de la tela, pero se sintió aturdida.

—¿No piensa decir nada? —Se acercó un poco más.

—Soledad Moliner —murmuró incapaz de sostener más la tensión.

El soldado se retiró, aunque no parecía del todo convencido.

—No le diga a Sor Angustias que me ha visto, por favor. —Detestó el tono lastimero que emitió su propia voz.

Por fin el hombre bajó la guardia. Puede que la mención de Sor Angustias le indicara que realmente pertenecía al convento, o quizá había percibido su temor. Sea como fuere, se apartó de ella y asintió. Soledad volvió a mirarlo. Le sorprendió comprobar que era joven; como mucho diez años mayor que ella.

—Será mejor que vuelva a la cama, señorita Moliner.

Soledad no se vio capaz de discutir; su plan para conseguir la dirección de Gertrude Müller tendría que esperar. Avanzó cabizbaja por el pasillo en dirección a la habitación. No pudo evitar volverse un instante para posar de nuevo sus ojos sobre el soldado; él todavía la miraba. Soledad se sonrojó y se coló en la estancia sin decir nada más.

—¿Sabéis quién es? —preguntó Simona nada más entrar en clase a la mañana siguiente.

Las alumnas del convento cuchicheaban sobre la repentina llegada de aquel militar misterioso. Nadie sabía demasiado bien de dónde provenía ni qué hacía allí.

—Por el acento parece gallego —apuntó Teresa, otra de sus compañeras.

Soledad no le dijo nada a las demás acerca del encuentro: sería su secreto. Se sorprendía rememorando los brazos fuertes alrededor de su cintura, aunque se ocupaba de omitir el cuchillo en la garganta; se limitaba a recordar el calor, el aroma herbal. ¿Por qué se sentía así? Ese hombre no había sido precisamente amable.

—¿Por qué te sonrojas? —preguntó de repente Alicia.

Soledad la miró indignada.

—Por nada, no digas tonterías.

Soledad tomó asiento en su pupitre y jugueteó con el bolígrafo. Empezó a dibujar garabatos sin sentido, absorta. Temía toparse con la madre superiora. ¿Habría olvidado que había liberado a Alicia? Imposible. Estaba segura de que las represalias no se harían esperar.

Tragó saliva cuando Sor Angustias entró en el aula y golpeó la mesa con un puñado de libros que había llevado bajo el brazo. Tenía ojeras y las arrugas alrededor de sus labios estaban más fruncidas de lo habitual. Quizá no se había recuperado del viaje. Soledad sintió los ojos de la madre superiora escrutando su rostro y estuvo segura de que, de haber podido, la habría fulminado con la mirada; pero no dijo nada, ni de su aventura nocturna ni de la fuga de Alicia. Se limitó a dar la lección y ser especialmente cruel con los errores de sus compañeras.

—Está más amargada de lo habitual —escuchó que susurraba Simona—. Dicen que ese soldado la vio pegando a Mariela con la vara y le ha cantado las cuarenta; ahora no se atreve a tocarnos.

Fue la primera vez desde la muerte de su padre que Soledad sintió que alguien velaba por su bienestar. Quizá Simona tuviera razón y

aquel hombre fuera justo lo que necesitaban. Al fin y al cabo, parecía que ella y Alicia se habían librado del castigo. No pudo evitar preguntarse más sobre él. ¿Quién era? ¿Por qué estaba allí? Una cosa era segura: si había intercedido en favor de las alumnas, por lo menos tenía corazón. Se descubrió sonriendo. Entonces se percató de que ni siquiera conocía su nombre.

Tardó tres días en encontrarlo. Por los comentarios de sus compañeras sabía que seguía en el convento, pero no había dado con él por mucho que lo había buscado. Soledad tomaba las esquinas con expectación, abría puertas con esperanza, pero nunca estaba. Sentía una curiosidad por ese hombre que escapaba a su propio entendimiento. ¿Qué le estaba pasando? Tan solo se habían visto una vez y no en términos amables. Al final, había dado con él en la biblioteca, envuelto en el olor de la tinta que desprendían los miles de manuscritos que descansaban en las estanterías. Ya era de noche, y tan solo lo alumbraba la luz del candil que sostenía en su mano libre. En la otra tenía un ligero volumen que Soledad no conocía.

—Buenas noches —murmuró Soledad.

El soldado levantó los ojos del papel ajado y los posó en ella. Aunque no sonrió, no le pareció el hombre hosco que se había encontrado en el claustro.

—¿No debería estar durmiendo? —preguntó él, pero no había reproche en su tono.

—Alguien tiene que mantener ocupada a Sor Angustias —respondió con una despreocupación que en realidad no sentía.

El soldado trató de ocultar una sonrisa.

—Es usted incorregible, señorita Moliner.

Recordaba su nombre.

—Tan solo quería darle las gracias —se acercó hasta él—, señor...

—Teniente Carlos de Arzúa, pero puede llamarme Carlos. ¿Las gracias por qué?

—Sé que habló con Sor Angustias.

Él apretó las mandíbulas, como si no quisiera recordar ese momento; terminó asintiendo. Soledad decidió cambiar de tema al percibir su incomodidad. Apoyó la cadera contra la mesa frente a la estantería y acercó su quinqué al libro de Carlos.

—¿Qué lee?

Carlos le mostró el título, *A través de las selvas brasileñas*.

—¿Planea viajar a Brasil?

—Quizá. Sudamérica me fascina.

—¿Ha estado allí alguna vez? —Soledad quería saberlo todo de ese hombre; podría haberse pasado toda la noche haciéndole preguntas.

—Sí, en varias ocasiones. Mi padre es… Bueno, viaja mucho.

—¿Y qué hace aquí? —quiso saber—, esto no es precisamente la amazonia.

Carlos rio, y su carcajada hizo que algo en su interior se estremeciera.

—No, no se me ocurre un lugar menos parecido —coincidió—, pero tengo una misión que cumplir.

—¿Y cuál es esa misión?

—¿No se cansa de hacer preguntas? —replicó fingiendo enfado—. Cualquiera pensaría que es usted una espía.

Soledad bajó la mirada, avergonzada. Tenía razón, estaba siendo demasiado insistente. Empezó a dar media vuelta, pero él la detuvo.

—Estoy aquí para proteger el convento.

—¿Proteger el convento? —repitió sin comprender.

—Hay grupos que están en contra de la Iglesia. Podrían hacer cualquier cosa… Por eso creí que era usted una anarquista cuando la vi merodeando por el claustro. Disculpe mi brusquedad la otra noche.

Soledad asintió y frunció el ceño.

—¿Van a atacarnos?

—No tiene nada que temer —le aseguró—, los anarquistas no vendrán.

—Si está tan seguro, ¿por qué está aquí?

Carlos torció el gesto como si hubiera mordido un limón.

—Llegará usted lejos, señorita Moliner.

Soledad se percató de que sobre la mesa descansaba un periódico. Desde que había entrado en el convento no tenía noticias del exterior. Se preguntaba qué estaría ocurriendo en Barcelona. El teniente adivinó la dirección de su mirada.

—¿Le interesa la prensa?

Ella asintió tímidamente y él sonrió. Carlos se inclinó hacia el periódico y Soledad se perdió en su aroma a madera recién cortada. Tuvo que volver a prestarle atención cuando le alargó la edición especial de La Vanguardia.

—Ahora, váyase a la cama antes de que Sor Angustias nos

descubra y piense lo que no es.

El rostro de Soledad se encendió más que el candil que sostenía y se marchó corriendo con el periódico bajo el brazo; aunque intentó no dar rienda suelta a sus últimas palabras, pasó todo el camino hasta el dormitorio imaginando lo que no era y, quizá, lo que no sería nunca.

—¿Dónde estabas? —susurró Alicia colándose en su cama como cada noche—. Tengo frío.

—Ven aquí. —Soledad la abrazó y se acurrucaron bajo las mantas.

—¿Vas a decirme adónde has ido? —insistió Alicia con una sonrisa.

Soledad miró al techo tratando de ocultar su turbación.

—He estado con el militar.

—¿Qué? Como se entere Sor Angustias…

—No se va a enterar, además, solo hemos hablado.

—¿Qué quieres decir con solo? —Había una nota de advertencia en su voz—. No me digas que te gusta.

Soledad la miró con las cejas arqueadas. ¿Cuándo había crecido tanto Alicia?

—Bueno, no me negarás que es guapo y…

—Es un viejo —concluyó Alicia arrugando la nariz.

Soledad tuvo que ahogar una carcajada contra la almohada.

—Tú sí que hablas como una vieja. Anda, ponte a dormir de una vez.

Esperó a escuchar la plácida respiración de Alicia junto a su oído antes de abrir el periódico e iluminarlo con una pequeña vela que

guardaba para las ocasiones especiales como aquella. Leyó horrorizada las crónicas que hablaban sobre la tensión creciente del gobierno con algunas facciones militares. Se preguntó si Carlos formaría parte de alguna de ellas. Continuó con las noticias más locales y llegó a la sección de sociedad. Se le secó la garganta al reconocer a su madre en una instantánea. Llevaba un vestido de novia por encima de las rodillas; su pelo estaba recogido y lucía una sonrisa radiante. Estaba agarrada amorosamente del brazo de un hombre alto y apuesto. A pesar del blanco y negro de la fotografía, Soledad pudo adivinar que tenía el cabello rubio y los ojos claros. Y no tardó en reconocer al que había sido el jefe de su padre: Alfredo Dalmau.

***Segundas nupcias para Alfredo Dalmau***

*Alfredo Dalmau ha sorprendido a la ciudad de Barcelona contrayendo matrimonio con Abigail Escuder, una de las empleadas de su fábrica, apenas seis meses después de la muerte de su célebre esposa Priscila Daurella.*

*Las nupcias de la feliz pareja tuvieron lugar en la Basílica de Santa María del Mar en compañía de los más allegados. Al banquete, servido en la suntuosa Mansión Dalmau, también han asistido los prohombres y políticos más reputados de la ciudad de Barcelona.*

Soledad cerró el periódico de un golpe y lo arrugó antes de lanzarlo bajo la cama. No pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas. Su madre no solo las había abandonado para iniciar una

nueva vida junto a ese hombre, sino que, además, disfrutaba de banquetes y riquezas mientras ellas pasaban calamidades en ese maldito convento.

## UNA PULSERA DE ESMERALDAS

*20 de mayo de 2022, Barcelona*

Me froté las sienes con energía, me había levantado con dolor de cabeza. No sabía si era por el caprichoso clima primaveral o por el mero hecho de pensar en la negociación de la venta del cine. Luther Bécquer llegaría a mi despacho de un momento a otro y todavía no tenía ni idea de cómo iba a quitármelo de encima. No estaba preparada para cerrar la venta; todavía no. Me recosté en la butaca y mis ojos vagaron hasta la pulsera que descansaba en mi muñeca.

—Feliz cumpleaños. —La abuela Lucilda sostenía frente a mí una espléndida pulsera de plata, que descansaba sobre el lecho aterciopelado de una cajita.

—¡Es magnífica! —murmuré.

No podía dejar de mirar las pequeñas incrustaciones de color esmeralda que adornaban el centro de la joya.

—Me la regaló tu abuelo, hace muchos años. —Estaba acostumbrada a los ojos acuosos de la abuela Lucilda cuando hablaba de él—. Tenía buen gusto…

—No puedo aceptar algo así.

—Claro que puedes, en mis manos viejas no luce como lo hará en las tuyas —dijo, y me sonrió del modo en el que lo hacía siempre.

Reparé en las arrugas que surcaban sus mejillas como las grietas de un campo árido; antes no habían estado allí, tampoco los mechones

blancos que moteaban una melena que hasta no hacía tanto había sido oscura como el carbón.

—Además, no se cumplen quince años todos los días.

Sonreí, y terminé aceptando el regalo: no quería decepcionar a mi abuela. Tendí la muñeca y dejé que me colocara el brazalete, que se adaptó como si lo hubieran diseñado expresamente para mí. Lucilda sonrió y me acarició el cabello como cuando era una niña.

—Así siempre nos llevarás contigo.

Me sequé una lágrima con disimulo. Todavía no podía recordarla sin llorar, a pesar de los años que habían transcurrido desde su partida. ¿Cuándo se acostumbraba uno a la pérdida?

Luther Bécquer apareció en el peor momento, como siempre. Me pregunté si lo haría a propósito. ¿Me había visto secarme los ojos a través de la cristalera? Me aclaré la garganta y acudí a abrir la puerta componiendo la mejor de mis sonrisas fingidas, la que tan solo reservaba para los clientes que me irritaban.

—Espero no llegar en mal momento.

Se me tensó la comisura de los labios y mi sonrisa terminó en un extraño rictus.

—Por supuesto que no, adelante, tome asiento.

Luther Bécquer se sentó frente a mí y le extendí unos documentos sobre el escritorio.

—He pedido la tasación de la reforma —empecé a explicar—. El precio de la reconstrucción está valorado en un millón trescientos cincuenta mil euros.

Luther Bécquer se reclinó hacia atrás. Yo sabía que la cifra espantaría a cualquier comprador, por muy dispuesto que estuviera a hacerse con el local. Nadie en su sano juicio gastaría tal cantidad en reformar un negocio del que ni tan solo sabía si obtendría beneficios. Con la entrada de las plataformas digitales en el mundo del entretenimiento y después de una pandemia como la que habíamos sufrido, los cines se habían visto gravemente afectados; casi heridos de muerte. ¿Qué sentido tendría que siguiera interesado? Pero cuando pensaba que por fin lo habría disuadido, Luther Bécquer dijo:

—Está bien, ¿cuánto pide por el cine?

Abrí la boca desconcertada, tanta insistencia no tenía ningún sentido. De pronto me pregunté si el señor Bécquer tendría algún interés oculto en la compra.

—¿Por qué está tan interesado en este local? —pregunté sin rodeos.

El señor Bécquer volvió a inclinarse hacia la mesa y sonrió.

—Soy amante de las películas clásicas —dijo sosteniéndome la mirada—. Siempre he querido abrir un cine y este está muy bien situado, en plena Rambla.

—Dos millones.

Luther estalló en una carcajada.

—Sabe que eso es excesivo.

—Usted mismo lo ha dicho; está situado en el corazón de Barcelona, y las instalaciones ya están preparadas para alojar el tipo de negocio que quiere. Comprar cualquier otro local y acondicionarlo para establecer un cine le saldría mucho más caro.

El señor Bécquer resopló; parecía molesto.

—Resulta bastante convincente, señorita Altarriba, pero necesito pensarlo.

—Por supuesto, tómese el tiempo que necesite. —Por mí como si quería no volver a aparecer por la inmobiliaria.

Me sentí un poco mal por ser tan dura con él. Al fin y al cabo, tan solo estaba interesado en comprar lo que yo misma había puesto a la venta. El señor Bécquer no estaba siendo descortés, pero no podía evitar desconfiar de sus intenciones. En realidad, no debería importarme, ¿qué más me daba mientras pagara lo que se le pidiera? Aun así, me sentía responsable del legado de mi abuela. «Si tan responsable te sientes, deberías haber hecho algo por conservarlo», una molesta vocecilla interior se ocupó de reprocharme mi descuido.

Luther Bécquer se puso en pie, quizá consciente de que su tiempo había terminado. Se acercó a la salida y observé su elegante figura con cierto descaro mientras abría la puerta. De pronto se volvió y me cazó con la mirada donde no debía.

—¿Necesita algo más? —pregunté fingiendo normalidad.

El señor Bécquer se acercó de nuevo.

—Me preguntaba si me dejaría echar un vistazo a las cartas que encontramos.

Lo miré con extrañeza. ¿Por qué el señor Bécquer querría leer las memorias de una mujer de hacía cincuenta años? Como si viera la duda en mi mirada, carraspeó.

—Verá, soy historiador y estoy haciendo un estudio sobre la vida en Barcelona durante los primeros años de la Posguerra española. Esas

cartas podrían serme de gran utilidad.

¿Historiador? ¿Cuántas facetas más tendría aquel hombre?

—Aún no he terminado de leerlas —respondí demasiado deprisa.

Era cierto, no había podido avanzar en la lectura con todo el trabajo que tenía últimamente, pero la verdad era que me costaba desprenderme del hallazgo. Quizá en algún momento Soledad Moliner hablara de mi abuela. ¿Se habrían conocido? Si no, ¿cómo habían llegado las cartas a su cine? ¿Y por qué nunca se llegaron a enviar a su destinatario?

—Entonces, cuando las termine —aceptó él.

Me limité a asentir sin ser muy concreta. Cuando Luther Bécquer desapareció de mi vista sentí un alivio inmediato. No lograba entender por qué ese hombre me ponía tan nerviosa.

Saqué una lasaña precocinada del frigorífico: era martes y no tenía ganas de cocinar después del encuentro con Luther Bécquer. Echaba de menos los túper de mi madre; solía traerme tortilla de patatas los miércoles y lentejas los viernes, pero ahora mi nevera era un lugar blanco y vacío como una habitación de hospital. Calenté la cena en el microondas y abrí una botella de vino tinto, que coloqué sobre la mesa dispuesta para dos.

Sonó el timbre y acudí a la puerta.

—¿Te encuentras bien? —Mi padre observó con preocupación el viejo chándal que tan solo me ponía los domingos—. Tienes mala pinta.

—No he tenido un buen día…

—Seguro que lo arreglamos con tu postre favorito. —Me mostró una pequeña tarta de nata y crema quemada.

Le di un abrazo. No sabía lo mucho que lo necesitaba hasta que el familiar olor a *aftershave* me envolvió. Lo invité a sentarse a la mesa y Mauro se puso cómodo. Reprimí una sonrisa cuando lo cacé dirigiendo una mirada de desaprobación hacia la lasaña. Al quitarla del envoltorio se había deshecho por uno de los laterales y se había convertido en una masa informe con mal aspecto.

—Podría haber traído la cena, solo tenías que pedirlo…

—No quería darte trabajo.

Mi padre suspiró; sabía que era una discusión inútil.

—¿Qué es lo que te preocupa, Leonor?

—Ha salido un posible comprador para el cine. —Pinché un trozo de lasaña con más fuerza de la necesaria.

—Pero eso es una buena noticia, ¿no?

—No lo sé, creo que oculta algo.

Mauro se echó a reír. Estaba más que acostumbrado a mi desconfianza casi patológica.

—No todo el mundo es como ese desgraciado.

—No quiero hablar de él ahora, papá. —Di un generoso sorbo de mi copa de vino; quizá aquel líquido viscoso pudiera barrer el pasado.

—Está bien.

Traté de ignorar la mirada triste que me dirigió. Habían pasado más de cinco años, pero ambos sabíamos que todavía no lo había superado; quizá no lo hiciera nunca.

—Seguramente ese posible comprador tan solo sea un especulador

—dijo volviendo al tema que nos ocupaba—; lo más probable es que quiera construir un bloque de pisos.

—¡No permitiré que lo derruyan! —exclamé, y me sorprendió mi propio ímpetu—. El señor Bécquer me ha asegurado que esa no es su intención.

—Por supuesto que no —sonrió—, qué va a decir…

—¿Lo ves? Tú también crees que esconde algo.

—No puedo juzgarlo sin conocerlo antes. —Se rascó la coronilla, ya despejada de cualquier pelo—. Quiero hablar con él, quizá así pueda ayudarte a decidir si es digno de confianza.

—Está bien, pero te advierto de que es un tipo un poco…desconcertante.

—Me hago una idea.

## UNA MALETA DE COLOR AÑIL

*2 de abril de 1936, Barcelona*

Dorotea se colocó con cierta lentitud el vestido de topos morados con el que había llegado al internado; hacía apenas seis meses, pero tenía la sensación de que había transcurrido una eternidad. Se anudó los botones del puño de la manga como si se tratara de un ritual: así había llegado, y así se marcharía. Sin embargo, sabía que, por mucho que se pusiera la misma ropa, ella ya no era la misma. Había entrado en el colegio para señoritas siendo una joven asustada a la que la vida acababa de arrancar de los brazos de su madre y de su hogar. Pero el tiempo le había dado perspectiva. Su padre solo esperaba una cosa de ella: que se casara bien y que dejase de ser un estorbo para él. Por eso aquella súbita petición de regreso la tenía desconcertada. Ya había logrado apartarla de Barcelona; ahora su madrastra se paseaba por los pasillos de su antiguo hogar como un dragón orgulloso que se había apoderado de su presa. ¿Para qué tenerla de vuelta? Estaba segura de que los tres no podrían respirar el mismo aire sin causar una explosión.

—¿Qué estás haciendo? —Casandra había aparecido junto a ella con pasos quedos.

Dorotea se mordió el labio y la miró con ojos acuosos. No se había atrevido a contarle la noticia. Durante los últimos tres días Casandra le había preguntado en numerosas ocasiones qué diablos le pasaba. «Pareces un alma en pena». «Tienes la cara mustia de Miss Potter. ¿De

qué hablasteis?». Pero ella había contestado con evasivas. ¿Cómo iba a decirle a su única amiga que en cuestión de horas dejaría de ser su compañera, que iba a dejarla sola en manos de las aburridas profesoras que amenazaban con matarla de puro hastío?

Incapaz de mirar a Casandra a la cara, Dorotea tomó la ropa interior de un cajón y la guardó en la maleta de color añil que yacía abierta sobre la cama como las fauces agonizantes de algún animal. Luego empezó a recoger blusas y faldas que en realidad no se había colocado en todos aquellos meses; el uniforme era toda la indumentaria que se les permitía lucir entre esas paredes.

—Dorotea, ¿qué pasa? —Casandra la tomó de la mano para detenerla.

Una blusa de seda azul se escurrió de entre sus dedos y aterrizó sobre el suelo de piedra oscura. Ninguna de las dos se agachó para recogerla.

—Me marcho.

Casandra aflojó la mano que todavía tenía en torno a su muñeca, pero no la soltó.

—Mi padre me ha pedido que vuelva a casa —añadió con un susurro que se entremezcló con el olor mareante de la primavera que se colaba por una ventana entreabierta.

—¿Cuándo?

—Hoy.

Casandra la soltó. Solo entonces Dorotea se atrevió a levantar la vista hasta su amiga. Aunque estaba terminantemente prohibido, Casandra acababa de sacar un cigarrillo de uno de los bolsillos ocultos

de su falda y se lo estaba encendiendo.

—¿Qué haces? Si te ven…

—¿Crees que eso me importa ahora?

Dorotea dejó caer los hombros y observó en silencio cómo el humo se arremolinaba alrededor de los labios de Casandra.

—Marchémonos juntas —dijo Casandra, y clavó sus ojos oscuros en ella con una resolución que la asustó.

—¿Qué dices? —Dorotea le dedicó una sonrisa nerviosa—. ¿Adónde íbamos a ir? Ni siquiera tenemos dinero.

—Nos tenemos la una a la otra. —Casandra recogió sus manos entre las suyas—. Nadie volvería a abandonarnos, podríamos ser felices en Estados Unidos.

—Sabes que eso es imposible. Está demasiado lejos, ¿cómo vamos a comprar los pasajes siquiera? Odio dejarte aquí, Casandra, pero la vida es así. Le debo obediencia a mi padre y…

—¡No me digas que Miss Potter ha logrado sorberte el seso! ¿De verdad vas a decirme que deseas ser una esposa abnegada? ¿Dónde está tu sueño de ser actriz?

Dorotea se soltó bruscamente de sus manos. Lo que más rabia le daba era que en el fondo Casandra tenía razón. No quería nada de aquello. Odiaba la idea de vivir bajo el mismo techo que su padre y esa mujer que se creía con derecho a apoderarse de lo que había sido de su madre. Pero todavía detestaba más el pensamiento de unir su vida a la de un hombre al que no amaba tan solo por conveniencia. Y, aun así, no era capaz de ver alternativas. La rebeldía de Casandra era inspiradora, pero alguien debía ser realista. Sin dinero ni apoyos no

llegarían a ningún lado. Su padre las encontraría en menos de veinticuatro horas y las consecuencias serían devastadoras para ambas. No pensaba meter a su amiga en un lío como ese.

—Tú misma lo has dicho: solo es un sueño.

Casandra la miró con un brillo peligroso en los ojos y Dorotea pensó que la abofetearía para hacerla entrar en razón. Sin embargo, la agarró con fuerza por los hombros y la atrajo hacia ella. Cuando notó los labios llenos de Casandra sobre los suyos sintió tal sobresalto que se quedó paralizada. Eran suaves y mullidos, como una amapola silvestre que se paseaba curiosa sobre su boca. El aroma a ceniza del tabaco se entremezcló con su aliento, provocándole un estremecimiento que jamás había sentido antes. Cuando creía que se quedaría atrapada para siempre en aquel laberinto de sensaciones desconocidas, logró volver en sí. Apartó a Casandra con brusquedad.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Casandra continuó observándola con la mirada turbia, aunque ahora parecía que fuera a romper a llorar de un momento a otro.

—Estoy segura de que sientes lo mismo que yo.

—¡No digas estupideces! —gritó fuera de sí—. Esto es antinatural. ¿Estás loca?

Se arrepintió de su propia rudeza cuando unas lágrimas gruesas empezaron a descender por las mejillas de Casandra.

—Yo… —Fue a consolarla, pero se detuvo cuando sus dedos estaban a punto de tocar el rostro ovalado de Casandra.

Dorotea cerró la mano en un puño y la dejó caer junto a su falda. La apretó con tanta fuerza que los nudillos se volvieron blancos y el

resto de la mano quedó prendida en un rojo intenso.

—Espero que algún día tengas la valentía de aceptar quién eres —dijo Casandra.

Luego dio media vuelta y echó a correr en dirección opuesta. Dorotea se dejó caer sobre la cama con la mirada fija en ninguna parte. De pronto sintió que un temblor se apoderaba de su pecho y se descubrió llorando con una intensidad que la sobresaltó. ¿Por qué lloraba en realidad? Deseó que su madre la consolara, enterrar la cara entre su cuello y su cabello, que siempre olía a rosas, y dejar que los males se alejaran de ella. Pero ya no podía hacerlo. Se sintió más sola de lo que se había sentido jamás. Más que cuando se había despedido de ella en su lecho de muerte, más que cuando su padre le había anunciado que volvía a casarse, más que cuando aquella mujer sin alma se había mudado a su casa. Sintió un vacío tan intenso que creyó que terminaría por desaparecer en la nada.

—¿Ya está lista, señorita Dalmau? —Era Miss Potter.

Acababa de entrar en la habitación y se acercaba hacia ella con paso resuelto. Dorotea se enjugó las lágrimas a toda prisa, y la manga de su vestido de topos se echó a perder; no le importó. La profesora se percató del enrojecimiento de sus ojos, pero no dijo nada. Se limitó a arrugar la nariz, molesta por el olor a tabaco que Casandra había dejado tras de sí. Tampoco la reprendió por ello, debía de creer que no valía la pena malgastar ni un segundo más de su tiempo en ella, un caso perdido del que, por fortuna, pronto se desharía. Dorotea se levantó de la cama y cerró la maleta. La agarró con cierto esfuerzo y siguió a la profesora hacia la salida.

Se subió en el Hispano Suiza que su padre había enviado a recogerla y levantó la vista hacia la ventana de la habitación que había compartido con Casandra. Le pareció ver su silueta recortada a contraluz y estuvo segura de reconocer sus ojos negros a través del cristal. Apartó la mirada, sintiéndose aliviada y culpable a partes iguales por marcharse así. Si estaba lejos, por lo menos no tendría que cruzarse con su gesto acusador ni con sus locas pretensiones. Aun así, muy en el fondo de su alma sabía que jamás lograría olvidar lo que había ocurrido; ni lo que había sentido.

La Casa Dalmau se encontraba en plena Avenida Tibidabo. Dorotea observó con cierto adormecimiento las lujosas mansiones que se repartían por la calle como personificaciones de la riqueza que ostentaban sus dueños. No se sentía orgullosa de lo que había conseguido su padre; puede que trabajara durante todo el día y durante parte de la noche, eso no se lo negaría, pero también era consciente de que la abundancia en la que vivián no provenía de eso, sino de la explotación a la que sometía a los trabajadores de sus fábricas textiles, que tenía repartidas entre Terrassa y Sabadell. Todavía recordaba las acaloradas discusiones que sus padres habían mantenido sobre el tema. Su madre defendía los derechos de los operarios de las fábricas, y su padre se empecinaba en insistir que cualquier mejora tan solo haría que cada vez quisieran más y más. Era una causa perdida; al final, su madre se había rendido y había dejado de protestar, puede que ya debilitada por su enfermedad.

Dorotea bajó del coche con las piernas traicioneramente trémulas;

quería mostrarse segura ante esa mujer, y no como un débil pajarillo que regresaba a su jaula. Sin embargo, cuando tocó el timbre observó que sus dedos también temblaban. Tomó aire y se aferró con fuerza a la maleta.

Su padre no estaba en casa para recibirla. Tenía asuntos importantes en una de las empresas y no podría atenderla hasta la noche, según le informó Emilia nada más llegar. La vieja ama de llaves llevaba con ellos desde que podía recordar, y si no hubiera sido tan correcta, le habría dado el abrazo que no podía darle su madre. Sin embargo, tan solo tomó su maleta y la subió al piso de arriba. Dorotea la siguió y la miró desconcertada cuando sus pasos se detuvieron ante una de las habitaciones de invitados.

—¿Y mi habitación?

Emilia bajó la mirada, incómoda. Se retorció los dedos contra el delantal.

—La señora mandó…redecorarla.

Dorotea no esperó más explicaciones. Se encaminó con pasos decididos hasta la que había sido su antigua habitación, al otro extremo del pasillo. Abrió la puerta con tanta fuerza que el pomo golpeó la pared y dejó una muesca sobre un papel pintado de flores rosas que antes no había estado allí. Dorotea observó horrorizada cómo su habitación de la infancia, la que su madre se había encargado de llenar de amor y muebles de madera de limonero pulido, había pasado a ser un invernadero repleto de gardenias; su fragancia embriagadora le provocó náuseas. La agridulce despedida de Casandra había debilitado su ánimo, y no pudo hacer otra cosa que llorar

cuando descubrió que ya no quedaba ni un solo rincón en aquella casa que le perteneciera. Su madrastra se había encargado de borrar cualquier rastro de ella y de su madre, como si nunca hubieran existido. No contenta con su invernadero, también había destruido la biblioteca que tanto había amado su madre, y que para ellas había sido un refugio con el que desafiar a su padre. Su madrastra la había transformado en una insulsa sala de estar en la que tomaba el té y cotilleaba con sus amigas, de acuerdo a lo que le contó Emilia con palabras mucho más amables. Había cambiado los muebles del salón principal, las cortinas, los doseles; incluso las vajillas y las cuberterías. Dorotea observaba con los ojos enrojecidos cada detalle del que esa arpía había ido adueñándose durante su ausencia. Emilia, a su lado, se hacía cada vez más pequeña, como si en el fondo sintiera que había traicionado la memoria de la antigua señora con su silencio. De no haber estado tan ofuscada, quizá Dorotea la hubiera consolado. Pero era incapaz de encontrar aliento ni siquiera para respirar. Corrió de nuevo hasta el que había sido su antiguo cuarto. Las gardenias parecían desafiarla con sus pétalos blancos bailando al son de la brisa que entraba por las ventanas. Dorotea agarró uno de los tiestos y lo estrelló con fuerza contra el suelo ajedrezado. La explosión de tierra y ramas verdes le provocó cierto alivio, y Emilia ahogó un grito.

—Veo que no has cambiado nada.

El tono dulzón de su voz le provocó tanto asco como si se hubiera comido una de aquellas flores. Abigail la miraba desafiante desde la puerta, vestida como si fuera a acudir a una verbena. El atrevido conjunto de color rojo que llevaba no era elegante, pero de bien

seguro debía ser el más caro de la casa de modas. Así era desde que había llegado a su vida: despilfarraba el dinero de su padre en todo lo que le placía. Cuanto más llamativa era la joya o el vestido, más lo deseaba; y, para su horror, su padre se encargaba de complacer todos sus caprichos. Si tenía que explotar un poco más a sus trabajadores para comprarle un collar de diamantes, lo hacía.

—Tú tampoco.

Dorotea le sostuvo la mirada y se preguntó una vez más qué habría visto su padre en esa mujerzuela. No era ninguna belleza, aunque no podía negar que era exuberante. Sus ojos marrones eran grandes, igual que la boca de labios rojos. El cuerpo le recordaba a un reloj de arena, con unas caderas que solían balancearse de un lado a otro con el único objetivo de atraer miradas.

—Recoge este desaguisado ahora mismo —le ordenó.

Dorotea la miró desafiante y alcanzó otro de los tiestos. Lo lanzó contra el suelo, peligrosamente cerca de sus pies. Abigail dio un paso atrás, pero no pareció alterarse.

—Está bien, veremos qué opina tu padre al respecto.

Abigail se marchó con una sonrisa de suficiencia y Dorotea estampó otro de los tiestos contra la puerta que su madrastra acababa de cerrar.

Dorotea se pasó la tarde leyendo *Guerra y Paz* en el jardín. No soportaba encontrarse bajo el mismo techo que Abigail, y allí afuera por lo menos estaba lejos del alcance de su veneno. Su rastro impregnaba la casa con olor a flores emponzoñadas y podía sentir su

presencia en cada rincón. El sol ya empezaba a descender por el horizonte, como desanimado ante un día demasiado duro; quizá tanto como el suyo. Entonces escuchó el Hispano Suiza entrando por la puerta principal. Dudó. ¿Qué se suponía que debía hacer? ¿Correr a saludar al hombre que la había encerrado en ese colegio para deshacerse de su molesta presencia? Al final optó por quedarse leyendo un rato más en el porche e ignorar su llegada. Él tampoco la había recibido, así que era lo justo. Ya anochecía cuando Emilia asomó la cabeza desde la casa para avisarla de que la cena estaba servida. Dejó el libro sobre el cojín beige que decoraba el banco, quizá lo único que Abigail no había cambiado todavía, y se encaminó hacia el interior de la mansión.

A lo lejos vio que la mesa estaba dispuesta como si fuera a celebrarse una gala, aunque no iban a cenar más que ellos tres. Dorotea se sintió mareada ante la perspectiva de tan desagradable compañía. A pesar de la distancia pudo ver que Abigail sostenía la sonrisa complaciente que siempre lucía frente a su padre. Él, en cambio, no parecía demasiado contento. La miraba serio, con aquellas cejas claras que se unían en una sola cuando estaba enfadado; como ahora. Su cabello rubio tenía más hebras plateadas de las que recordaba, pero por lo demás estaba igual: tan robusto como sus negocios.

Dorotea tomó asiento sin atreverse a decir ni una palabra. Estaba segura de que Abigail ya se habría encargado de contarle el incidente del invernadero. De ahí el semblante adusto con el que su padre la obsequiaba después de meses sin verla.

—¿Qué voy a hacer contigo? —dijo su padre por fin.

Alfredo cortó el entrecot que Emilia les acababa de servir, y Dorotea observó con cierta aprensión la sangre que se derramaba por el plato. Desvió la mirada, pero no se disculpó. No pensaba darle esa satisfacción a Abigail.

—Está claro que el tiempo en el colegio no ha sido suficiente para enderezarte —continuó Alfredo—; quiero que sepas que si estás aquí es porque no me ha quedado otro remedio.

Dorotea sintió que las lágrimas quemaban en sus ojos, como lenguas de fuego deseosas de salir y arrasarlo todo; las contuvo.

—La situación en nuestro país se está complicando por momentos y, por muy malo que sea tu comportamiento, eres mi hija y mi responsabilidad es cuidar de ti hasta que te cases. Considero que bajo mi supervisión estarás más segura.

—¿Más segura de qué?

—¿De qué va a ser? —intervino Abigail como si fuera estúpida—. De ideas peligrosas.

Dorotea la miró sin comprender.

—Anarquistas, comunistas, sindicalistas… como quieran llamarse —explicó Alfredo—. Toda esa calaña va a intentar destruirnos y lo más fácil es engatusarte.

Dorotea no tuvo tiempo de replicar.

—¿Qué pasaría si uno de esos delincuentes te convenciera de sus ideales, o peor, te sedujera? —añadió—. Sería una desgracia para la familia y para el negocio.

—¿Por eso estoy aquí? —espetó ofendida—. ¿Por qué me cree

incapaz de discernir si alguien quiere aprovecharse de mí?

—Hay más, Dorotea —continuó su padre—. Se habla de posibles atentados contra las instituciones donde estudian los herederos de la burguesía.  Son violentos, harán lo que sea.

Dorotea sintió un escalofrío al pensar en Casandra. ¿Y si su padre tenía razón? ¿Y si allí no estaba a salvo?

—Aquí estarás segura, pero no puedo permitir tu mala conducta ni un minuto más. Hemos decidido contratar a una institutriz que se haga cargo de tus modales.

La sonrisa de Abigail se amplió ante las últimas palabras de su marido. Sabía cuánto detestaría aquello. Dorotea apretó la servilleta de algodón blanco contra la mesa y deseó hacerla pedazos. No necesitaba otra Miss Potter que le dijera lo que tenía que hacer. Tan solo quería algo de libertad; un poco de aire fresco en el entorno viciado en el que le había tocado vivir.

# EL LIBRO Y LA SERPIENTE

*1 de mayo de 1936, Jaca*

Lucilda acudió al río cada tarde después de la fiesta de bienvenida en honor al señorito. Tenía la esperanza de encontrarse a Álvaro Montesinos sentado en la orilla con el cuaderno y el carboncillo entre los dedos. Sin embargo, después de dos meses, empezaba a creer que le sería imposible volver a quedarse a solas con él. En la casa siempre había multitud de sirvientas y lacayos pululando a su alrededor, como astros que gravitaban en torno al sol. La peor era Enriqueta, que lo perseguía a todas partes en una adoración sin descanso. Lucilda, en cambio, lo evitaba. No soportaba la idea de ser una más entre el montón de admiradoras que tenía, y cuando entraba en una sala en la que estaba Álvaro, se apresuraba en salir por la otra puerta. Él no parecía percatarse de su presencia, y seguía con sus quehaceres sin darle la más mínima importancia. Estaba segura de que ni siquiera recordaba su nombre. ¿Por qué habría de hacerlo?

Lucilda sacó las pastas de almendra del horno y las dejó reposar sobre la encimera. Doña Urraca detestaba que el fondo se dorara demasiado, así que había que sacarlas cuando aún estaban tiernas.

—¡Lucilda! —Doña Ángela se acercó hasta ella con el gesto contrariado—. Enriqueta está indispuesta, necesito que una doncella le lleve el desayuno al señorito inmediatamente.

Álvaro Montesinos no solía desayunar con sus padres, prefería hacerlo en la soledad de su despacho mientras revisaba documentos.

Su padre había empezado a legarle sus responsabilidades, y necesitaría tiempo para tenerlo todo en regla. Lucilda trató de mantener la compostura, pero sus manos, traicioneras, empezaron a sudar.

—Por supuesto, doña Ángela.

—No suele comer en exceso —explicó el ama de llaves—. Súbale zumo de naranja, café recién molido y algunas de las pastas que acaba de sacar del horno. Imagino que con eso será suficiente.

Lucilda asintió un par de veces y se apresuró en cumplir con las órdenes. Eligió las mejores naranjas y las exprimió con caricias, como si la piel rugosa fuera la seda más pura; preparó una taza de café con tanto amor que el aroma que desprendía ni siquiera era amargo, y colmó una bandeja de plata con casi todas las pastas que había horneado. Mientras subía las escaleras, escuchó el tintineo nervioso de la vajilla contra el metal. Respiró hondo y llamó a la puerta.

Álvaro le dio permiso para entrar y Lucilda lo saludó brevemente con una reverencia. Se sintió insignificante ante un hombre como él; llevaba el uniforme militar, y los galones de teniente brillaban con la misma intensidad que su cabello dorado. Cuando la vio parada en la puerta, arqueó las cejas, quizá sorprendido por que no fuera Enriqueta quien le trajera el desayuno.

—Aquí tiene, don Álvaro. —Lucilda depositó la bandeja en la mesa auxiliar que había junto al escritorio.

—Qué sorpresa verla por aquí, Lucilda, pensé que andaba evitándome.

Lucilda quiso mimetizarse con alguno de los muebles del despacho. Puede que entre el secreter y una de las estanterías repletas

de libros hubiera espacio suficiente para su diminuto cuerpo.

—No, señor.

Aunque no se había atrevido a mirarle, detectó la leve oscilación de Álvaro recostándose en la butaca. Le pareció ver que se llevaba una mano a la barbilla, como si con ese gesto quisiera esconder una sonrisa. Se sintió boba y torpe, y sus ojos empezaron a vagar por la estancia en busca de una escapatoria. Se detuvieron en el montón de papeles que yacían desperdigados sobre el escritorio como soldados en un campo de batalla. Observó con curiosidad un libro que descansaba sobre aquel desorden. No pudo leer el título, y se maldijo por su ignorancia. ¿Qué tipo de relatos le gustarían a alguien como Álvaro Montesinos? Seguro que novelas de aventuras o la biografía de un gran hombre. Por primera vez en su vida, deseó ser algo más que una simple doncella, pobre e inculta. Él jamás se fijaría en alguien como ella.

—¿Le gustan las historias?

Lucilda levantó la vista del tomo que era incapaz de descifrar y por fin detuvo su mirada asustada en la de Álvaro. Se reprendió por haber olvidado el primer mandato de una buena doncella: la discreción.

—No lo sé, no sé leer.

Cerró los ojos y se mordió esa lengua atrevida que contestaba con semejante osadía.

—Quizá podría enseñarle.

Lucilda continuó mirando a Álvaro sin salir de su asombro. «Aparta tus ojos de búho», se dijo.

—No quiero ser una molestia —contestó, aunque en su fuero interno deseaba aceptar.

—Hace buen tiempo, puedo darle las nociones básicas cerca del río. Esta tarde, a las siete. —No parecía acostumbrado a que le llevaran la contraria—. Si le parece bien, claro.

Lucilda asintió y salió de la habitación más nerviosa de lo que había entrado.

Aunque Lucilda era la única que solía escuchar las peroratas de Jacinta, fue incapaz de prestarle atención durante el resto del día. No dejaba de pensar en Álvaro y en su cita. ¿Iba a ir vestida con la cofia y el delantal? Se sintió avergonzada de su posición y decidió que se colocaría el traje de domingo, con el que solía ir a misa. No era gran cosa, pero le parecía mucho más elegante que el uniforme de trabajo. Se esforzó por terminar todas sus tareas con tiempo suficiente para poder acicalarse un poco antes de acudir al río. Frente al espejo trenzó su larga melena oscura y se empolvó el rostro con una sustancia blanquecina que le tomó prestada a Jacinta, con la esperanza de disimular su tez tostada por el sol; no tuvo demasiada suerte. «Por mucho que lo intentes, siempre serás una campesina», su propia voz la sorprendió con una sentencia cruel. Resopló y salió de la casa por la puerta de servicio.

Cuando llegó a la ribera, allí estaba él con su cuaderno y una sonrisa que le pareció lo más hermoso que había visto.

—Siéntese —Álvaro señaló la piedra en la que estaba sentado.

A pesar de que había espacio suficiente para los dos, Lucilda sintió

los pantalones de Álvaro contra su vestido cuando se colocó a su lado, y fue incapaz de concentrarse en otra cosa que no fuera el frufrú de las telas entrechocando.

Primero le enseñó las vocales. Lucilda las aprendió con rapidez, pero cuando introdujo las consonantes, comenzó a confundir unas con otras. A él no parecían molestarle sus errores y la corregía con palabras de aliento. Lucilda detestaba sentirse tan nerviosa; si su maestro hubiera sido cualquier otro, a esas alturas ya se sabría el abecedario completo. Sin embargo, se distraía en los labios de Álvaro cuando formaban una «o», cuando señalaba una «ce» con sus dedos perfectos, cuando movía la lengua para pronunciar una «ele».

La noche los cogió desprevenidos. Cuando el último rayo de sol se extinguió en el horizonte, Álvaro se vio obligado a cerrar el cuaderno. Lucilda no había apartado la vista de la tinta durante toda la lección, como si con sus trazos negros pudiera protegerla de los ojos de Álvaro. Pero entonces lo miró. Estaban tan cerca que logró ver unas motas celestes en el iris, que prometían un cielo que ella nunca había tocado. Álvaro levantó una mano y acarició su trenza con cuidado, y Lucilda se estremeció tan solo de imaginar esos dedos acariciando su rostro.

—Mañana a la misma hora, Lucilda. —Pronunció su nombre como si se tratara de un embrujo.

Álvaro se levantó y Lucilda lo vio alejarse con su figura recortada contra la oscuridad.

Aquella noche soñó con él. Estaban sentados en la piedra con un libro entre las manos. El sonido adormecedor del río y un suave olor a eucalipto y menta los envolvían como en un abrazo. Álvaro guiaba sus

ojos por la línea de una novela con sus dedos expertos. De pronto ponía una mano sobre la suya en una caricia que hacía estremecer hasta las copas de los árboles. Un suspiro, la mirada turbada; un beso inesperado. Lucilda se abandonó por completo, deseando que ese momento se convirtiera en realidad. El agua que fluía por el río aumentó su caudal de repente y se formaron remolinos y corrientes arrolladoras. Escuchó un trueno en la lejanía, pero lo ignoró. Estaba demasiado concentrada en los labios de Álvaro, que la devoraban con sed de náufrago. Notaba su lengua en la boca, abriéndose paso con pasión devoradora. No supo en qué momento se convirtió el dulce sueño en una pesadilla. La lengua de Álvaro ya no era humana, sino la de una serpiente venenosa que amenazaba con devorarla por dentro. Su propio grito la despertó y respiró aliviada al comprobar que estaba sana y salva en su jergón.

Las lecciones a la orilla del río se convirtieron en una constante aquella primavera. Cuando Álvaro consiguió que se aprendiera todas las letras, se propuso enseñarle a leer y a escribir con fluidez. No contento con eso, también se empeñó en que conociera los clásicos. Lucilda no podía sentirse más feliz. Canturreaba mientras hacía sus tareas y horneaba las pastas de almendra con una sonrisa perenne en los labios. «Tú lo que estás es enamorada», le decía Jacinta con una sonrisa traviesa. «¿Quién es? ¿Un muchacho del barrio? ¿Lo conozco?». Lucilda contestaba con evasivas a las preguntas curiosas de las demás doncellas. Agradeció no tener que soportar también las de Enriqueta. Al parecer, se había marchado al pueblo a cuidar de su

madre enferma. Su salida fue un tanto precipitada y, aunque lamentaba no haberse podido despedir de ella, era mejor no tenerla cerca de Álvaro.

Acudió a su cita como cada tarde. Recorrió el camino hacia la ribera con unos pasos tan alegres que parecía que bailara. Cuando llegó vio que Álvaro estaba volcado sobre el cuaderno con los ojos entornados y el ceño fruncido. El carboncillo se deslizaba con tanta fruición sobre el papel que Lucilda podía escucharlo rasgando el folio. Le gustaba verlo así. No era la primera vez que se lo encontraba dibujando, pero jamás lo había visto tan abstraído por su obra.

—¿Qué dibuja, don Álvaro? —Aunque seguía imponiéndole el mismo respeto con su porte de soldado, con el paso de los días se atrevía a hablar un poco más en su presencia.

Álvaro levantó la vista del dibujo y la posó sobre ella.

—Justo a tiempo. No se mueva, Lucilda.

Lucilda no comprendió por qué deseaba que se quedara parada en mitad de la maleza que bordeaba el río, pero obedeció. Álvaro continuó moviendo el carboncillo sobre el papel durante unos minutos. Lucilda observó sus dedos tiznados de negro, que acariciaban los trazos con maestría para difuminarlos en los lugares adecuados. Torció el gesto un instante y después asintió.

—Ya está listo.

Lucilda interpretó que ya podía sentarse en la piedra que solían compartir. Se acomodó el vestido y solo entonces se atrevió a echar un vistazo al cuaderno de su señor. El dibujo estaba tan bien hecho que casi pudo verse a sí misma sobresalir del papel. Los ojos grandes,

negros; los labios, pequeños; la tímida sonrisa; el pelo, oscuro, trenzado a lo largo de su espalda.

—Soy yo —balbuceó.

Se le humedecieron los ojos. Nunca nadie había hecho algo así por ella. Jamás se habría atrevido a soñar con tener una instantánea como las que tenían las damas, ni mucho menos con un retrato tan bonito.

—Lamento si la he molestado.

Lucilda no comprendió a qué se refería hasta que él retiró una lágrima de su mejilla.

—No me ha molestado en absoluto —se apresuró en aclarar—. Es...precioso.

—Tan solo me he limitado a copiar cuanto veo.

Lucilda se sintió arder y pensó en lanzarse a las aguas del río para rebajar el sofoco. Aceptó el folio que le tendía Álvaro y observó las líneas cuidadosas envolviendo su rostro, los detalles de la nariz, de las cejas, incluso de las orejas. Había captado hasta el más mínimo detalle de su fisonomía.

—Tiene usted un don —le aseguró.

—¿Y usted?

—¿Yo?

—Estoy seguro de que puede hacer cosas extraordinarias.

—Sé preparar pastas de almendra.

Álvaro soltó una carcajada que resonó en la arboleda que los acogía en su interior. Lucilda se sintió de nuevo torpe y clavó la vista en el libro que él sostenía contra su regazo. Era el mismo que había visto sobre la mesa del despacho unas semanas atrás.

—*Crimen y Castigo*. —Se sintió orgullosa de poder leer el título por fin.

Se trataba de un ejemplar antiguo de tapa dura con ribetes dorados, que probablemente se conservaba en Villa Montesinos desde hacía décadas.

—Quiero que lo tenga usted.

Lucilda abrió tanto los ojos que por un instante pareció que en su rostro no cupiera nada más.

—Acéptelo, por favor —añadió sospechando que iba a rechazar un regalo de tanto valor.

Las sirvientas como ella no atesoraban novelas, ni siquiera sabían leer. Se sintió tan afortunada que asintió y tomó el libro entre las manos. Acarició la portada con reverencia e introdujo su retrato en el interior.

—Lo guardaré toda la vida.

Cuando levantó la vista de nuevo hasta Álvaro, lo encontró tan cerca de ella que la envolvió el olor a hierbabuena. Álvaro solía mascar extractos de menta a cada rato, como si con su frescura pudiera apaciguar sus inquietudes. Lucilda pudo adivinar en sus ojeras noches de insomnio; se avecinaban tiempos convulsos, y él lo sabía. Estuvo a punto de decir algo para romper el extraño silencio que se había formado entre ellos, pero Álvaro negó muy lentamente. Lucilda calló. Entreabrió los labios cuando sintió la boca de Álvaro a escasos centímetros de la suya; él la besó con el mismo cuidado con el que se sopla un diente de león. Al ver que Lucilda no se retiraba espantada, la rodeó con los brazos y la atrajo hacia él. Entonces aumentó la

pasión y Lucilda temió por un instante que se convirtiera en la serpiente de sus sueños. No sucedió, y se perdió en sus labios, tan sedienta como él.

## LA VARA DE METAL

*2 de julio de 1936, cercanías de Canfranc*

Los pinchos de los rosales le magullaron los brazos, pero no le importó. Se escondió tras las ramas y cabeceó hasta que pudo verlo: salía de la cabaña del guardés. No le había costado mucho averiguar dónde vivía. Soledad sabía que no podía alojarse entre los muros del convento, hubiera sido indecente que un hombre joven viviera junto a las monjas, así que en cuanto había logrado burlar la vigilancia de Sor Adelina, una de las hermanas más jóvenes, se había dedicado a explorar el territorio de los alrededores del edificio. No había encontrado en los aledaños pedregosos y yermos más que una caseta que en otros tiempos había estado destinada a los vigilantes. Ahora la ocupaba él, con su uniforme militar y su sonrisa calmada. Soledad lo había intentado cada día, pero no había conseguido olvidar la noche en la que había conocido a Carlos, ni tampoco las innumerables veces que lo había encontrado leyendo en la biblioteca. Se había preguntado en muchas ocasiones qué hacía alguien como él en el ejército. Era un hombre culto y viajado, ¿qué placer encontraba en estar a cargo de la protección de un aburrido convento? Su padre siempre le había dicho que los soldados eran títeres sin cabeza. «Nunca te fíes de un militar, no tienen ideas propias». Sin embargo, no encontraba en Carlos el más mínimo indicio de que fuera una marioneta al servicio de otros. Más bien al contrario, parecía decidido a luchar contra lo que creía injusto.

Por supuesto, Sor Angustias no lo soportaba. Cuando lo veía entrar en el refectorio, la madre superiora se apresuraba en abandonar la estancia. Demasiadas veces le había llamado la atención a la monja por sus malos tratos hacia las niñas. A pesar de los esfuerzos del teniente, Sor Angustias no había cambiado ni una sola de sus costumbres. Ahora en vez de golpearlas con la vara afilada delante de todos, lo hacía a escondidas en Las Mazmorras. Aun así, Soledad estaba impresionada por aquel hombre, que parecía salido de otro mundo con sus ojos almendrados y el porte distinguido. No había en él nada superfluo, sus movimientos eran ágiles y suaves por naturaleza, y no encontraba ni una sola doblez en su carácter.

Carlos se alisó la chaqueta del uniforme y se cubrió la frente para mirar al sol; hacía calor y parecía incómodo con tanta ropa. Miró hacia los rosales y se acercó a oler una de las flores. Soledad permaneció inmóvil, quizá así no la descubriera. ¿En qué momento había creído que era sensato esconderse allí como una vulgar ladrona? Cuando había descubierto la cabaña, había estado segura de que era allí donde Carlos vivía. Lo que no había esperado era encontrárselo dentro; había creído que andaría haciendo una ronda por los jardines del convento. Cuando lo había visto salir de la caseta, el pánico se había apoderado de ella y lo único que se le había ocurrido era esconderse. Carlos partió en dos un tallo y tomó una de las rosas. Luego la puso frente a la nariz de Soledad, tan cerca que el perfume dulzón inundó sus sentidos.

—Creo que debería estar en clase, señorita Moliner.

Soledad salió de su escondite, avergonzada.

—¿Se puede saber qué hace detrás de estos arbustos?

—Estaba dando un paseo, lo escuché salir de la casa y creí que me descubriría.

—Y, efectivamente, la he descubierto —Carlos parecía divertirse—. Haciendo novillos, nada menos…

—Lo lamento. ¿Va a decírselo a Sor Angustias?

—Sabe que no. ¿Por qué le tiene tanto miedo?

Quizá fue la proximidad de su edad lo que la animó a sincerarse, o puede que fuera pura desesperación. Ya estaban en manos de Sor Angustias, no perdía nada por intentar que alguien la ayudara, aunque fuera un completo desconocido. Ahora que había perdido su oportunidad de conseguir la tarjeta de Gertrude Müller tenía que buscar una alternativa.

Sin saber muy bien por qué, empezó a contarle todo lo que habían sufrido en los últimos meses: el abandono de su madre, los castigos de la monja, la celda húmeda, las amenazas veladas, el hambre. Él la escuchó con el rostro compungido.

—Hablaré con ella —sentenció al final.

Soledad apenas se permitió sentir alivio. ¿Realmente podría hacer algo ese hombre contra la madre superiora? Sus ojos decididos le indicaron que por lo menos lo intentaría. Al final Soledad suspiró aliviada y tomó la rosa que Carlos todavía sostenía frente a ella. Empezó a juguetear con los pétalos, el rojo sangre entremezclándose con sus dedos pálidos.

—Será mejor que regrese a las aulas, antes de que noten su ausencia. Sé que este lugar no es agradable, pero debería aprovechar

las enseñanzas de las monjas. Le serán de utilidad en un futuro, estoy seguro.

—No soporto esta prisión.

Carlos torció la boca, como si un sabor amargo hubiera impregnado su paladar.

—Comprendo sus sentimientos, y más después de lo que me ha contado.

—¿Usted también se siente prisionero?

Carlos lo meditó unos instantes, después asintió.

—¿Su padre también es teniente, señor de Arzúa?

Carlos rio con amargura.

—Más que eso: es todo un general —aunque quiso decirlo como una burla, su tono se volvió áspero.

—¿Él le envió aquí?

Carlos apartó la mirada, y Soledad supo que aquello lo atormentaba.

—Sí, no me quiere cerca. Mi padre juega con ideas peligrosas, señorita Moliner, diría que incluso temerarias. Temo que su postura y la de otros generales como él termine llevándonos a una guerra: la ambición nunca es una buena consejera.

Soledad movió los pies sobre la tierra y las piedrecitas rasparon las suelas. Levantó la mirada hasta Carlos y por primera vez se sintió pequeña. Era una sensación extraña, le resultaba difícil encontrar a alguien que fuera más alto que ella; de hecho, creía que ninguna de las hermanas se atrevía a maltratarla por eso. Tan solo Sor Angustias osaba enfrentarse a ella con su vara. Sin embargo, no todo eran

ventajas, su altura le había costado muchas burlas de vecinos y compañeros. Su padre, igual de alto que ella, solía consolarla cuando aún vivía. «Tu espíritu es demasiado grande para alojarse en un cuerpo pequeño. No les hagas caso, solo tienen envidia». Por honrar su memoria caminaba erguida y no sucumbía a la tentación de agachar la cabeza.

—¿Una guerra?

—No sé qué pasará, pero las cosas están muy revueltas en el ejército, por eso mi padre quiso que viniera aquí.

—Pero ¿qué tiene que ver este convento?

—Nada. Es el lugar perfecto para mantenerme alejado del movimiento y del conflicto, si lo hubiera.

—¿Solo quiere protegerle?

Carlos se echó a reír.

—Mi padre sería incapaz de algo tan altruista —masculló—. Lo único que quiere es poner a salvo su legado. Nunca quise ser militar, señorita Moliner.

—¿Y por qué lo es, entonces?

Carlos la miró con ternura. Soledad se mordió el labio, no le gustaba que la tratara como si fuera una niña. Quería que la mirara de otro modo, aunque todavía no sabía nada del amor.

—A veces nos vemos obligados a elegir caminos que no nos gustan con tal de satisfacer a los demás.

—¡Pero usted tiene elección!

—¿La tengo?

Soledad lo miró desconcertada. Él le acarició el cabello, castaño y

enmarañado por la brisa de la tarde.

—No importa, no sé por qué le cuento todo esto —dijo con un suspiro—. Es usted muy joven, y debería regresar a clase.

Soledad se apartó y tiró la rosa a los pies de Carlos. Después se marchó corriendo.

El día cálido dio paso a una noche fría y ventosa. Soledad podía escuchar el aire filtrándose por la rendija de la ventana de la habitación. La corriente mecía los pies del Cristo que colgaba del cabecero de la cama y golpeaba rítmicamente la pared. Los rayos de luna se entrecortaban entre nubarrones negros y generaban una luz titilante que se colaba por sábanas, camisones y paredes. Alicia no tardó en acudir a su catre como cada noche.

—Vamos a marcharnos de este sitio, Alicia.

—Creía que estabas enamorada.

Soledad resopló exasperada ante la sinceridad arrolladora de su hermana. Era cierto que desde que Carlos había llegado al convento había dejado a un lado sus planes de huida, se había resignado a vivir en aquel tormento si con ello podía estar cerca de él. Sin embargo, su conversación frente a la cabaña del guardés había sido reveladora: jamás la miraría como ella lo miraba a él. Tan solo la veía como a una niña.

—Escúchame, ¿recuerdas la tarjeta de Gertrude Müller, la mujer de la que te hablé? Si logramos contactar con ella, quizá nos saque del convento.

—De eso hace meses… y dejamos nuestras cosas en esas dichosas

taquillas.

—Exacto, y vamos a recuperarlas.

Soledad pudo escuchar cómo Alicia tragaba saliva, atemorizada ante la idea de que Sor Angustias las encontrara rebuscando en una habitación en la que tenían prohibida la entrada.

—Puedes esperarme aquí —dijo Soledad—. Creo que lograré hacerlo sola.

—¿Estás segura?

Alicia no pudo ocultar el alivio de quedarse en la cama hasta que ella regresara con los datos de esa mujer. Soledad asintió y salió de la habitación con cuidado de no despertar a la monja que descansaba en una silla frente a la puerta. Sor Adelina había sucumbido al imperdonable pecado de la pereza y había caído rendida al mismo sueño que le había permitido saltarse las clases en varias ocasiones. Cuando pasó por su lado, la hermana emitió un suave ronquido que la sobresaltó, pero continuó respirando plácidamente. Soledad avanzó por el pasillo del convento. Notó las piedras, frías, en la planta de los pies. Se guiaba sin ningún candil, con la mano apoyada sobre el muro rugoso y húmedo. Fue deslizándose con la suavidad de una pluma hasta que por fin dio con la sala donde descansaban sus pertenencias. Le sorprendió descubrir la puerta abierta. Agradeció su suerte, por una vez. El cuarto estaba igual que recordaba: lleno de polvo y objetos olvidados. Se acercó hasta su taquilla y sonrió al ver que también estaba abierta. Empezó a rebuscar en los bolsillos de la chaqueta hasta que dio con una cartulina arrugada.

*Gertrude Müller*

*Prenzlauer Allee 90*

*04307 Hamburgo*

De pronto algo le golpeó la mano con tanta fuerza que tuvo que soltar la tarjeta. La vio revolotear hasta el suelo. Observó angustiada la piel pálida de sus dedos tornándose roja, hasta que adquirió un tono púrpura.

—Sabía que volverías.

La voz rasposa de Sor Angustias hirió su oído como mil agujas. Había caído en la trampa. Seguramente la había visto escabullirse por el pasillo y se le había adelantado para abrir la puerta y la taquilla. Era una estúpida por haberse creído afortunada, lo único que había tenido era la sombra de esa odiosa mujer precediendo sus pasos.

Sor Angustias volvió a levantar la vara con un gesto firme, pero se detuvo a escasos centímetros de su cuerpo. En vez de golpearla, paseó el filo amenazante por el brazo tembloroso de Soledad.

—Supe que darías problemas desde el primer día. ¿Te crees mejor que las otras niñas?

Detuvo la vara sobre sus uñas y de un rápido movimiento la golpeó en la zona más sensible. Soledad no pudo acallar el grito de dolor.

—Ya va siendo hora de que asumas mi autoridad; la soberbia es un pecado muy feo, Soledad.

Otro golpe. Apretó los labios con fuerza para no llorar.

—Arrodíllate y reza por el perdón de Nuestro Señor.

Soledad no se movió. Clavó su mirada decidida en la monja. No pensaba darle ese placer.

—¡Que te arrodilles! —Sor Angustias gritó enfurecida.

Al ver que continuaba inmóvil, la madre superiora le propinó un varazo en el costado. Luego añadió varios golpes rabiosos y rápidos, hasta que Soledad no pudo más y se dobló sobre sí misma. Se quedó echa un ovillo en el suelo mientras recibía tantos azotes que perdió la cuenta. Sintió las lágrimas saladas bajar hasta sus labios. Quemaban como si fueran fuego.

—¿Qué está sucediendo aquí?

Escuchar su voz en aquel momento fue como un bálsamo para el dolor que inundaba su cuerpo. Carlos agarró el brazo de la monja con fuerza para que se detuviera y Soledad apoyó la mejilla contra la piedra mohosa del suelo, rendida. Apenas pudo ver a Sor Angustias soltarse de un movimiento brusco y desaparecer en la oscuridad de los corredores con un candil en una mano y la infame vara en la otra. Después las taquillas empezaron a desdibujarse en un gris que lo absorbió todo.

Despertó cuando el alba se colaba por la ventana. Se incorporó y miró a su alrededor desconcertada. No reconocía la cama ni el sencillo escritorio, repleto de libros de viajes. Tampoco las dos sillas de madera de pino, los visillos amarillentos o el armario con las puertas desencajadas. Lo único que sabía con certeza era que no se encontraba en el convento. Las paredes eran de piedra tosca, pero mucho más nueva, y el suelo era de madera. De pronto la puerta de la habitación

se abrió y apareció Carlos con una bandeja humeante en las manos.

—¿Cómo se encuentra, señorita Moliner?

Soledad adivinó que estaba en la cabaña del guardés. Se removió nerviosa ante el pensamiento de haber dormido entre las sábanas de Carlos. El simple balanceo de su cuerpo le recordó por qué estaba allí. Un dolor punzante en las costillas le hizo creer que llevaba la vara de Sor Angustias clavada en el costado. Se llevó las manos a la zona y la sintió palpitante. No se atrevió a levantarse la ropa para comprobar la gravedad de los moratones.

Carlos dejó la bandeja repleta de comida sobre la mesita de noche y los ojos de Soledad vagaron hasta la hogaza recién hecha. Las raciones que servían en el convento eran miserables y empezó a salivar con tan solo imaginar la textura esponjosa del pan.

—Adelante. —Carlos la invitó a que empezara.

—¿Y usted?

—Yo ya he desayunado.

—¿Todo esto es para mí?

Carlos miró hacia el convento y sus ojos se volvieron negros al pensar en el hambre que pasaban las niñas allí dentro.

—Todo.

Soledad dio cuenta de la comida en silencio. Cerró los ojos con deleite cuando la mantequilla y la mermelada se fundieron en su lengua junto al pan caliente.

—Lo siento, debí ser más firme con Sor Angustias.

Soledad lo miró sin comprender.

—Sé lo que hace, la he denunciado al Arzobispado.

—¿Van a echarla?

Su vida sería muy diferente sin esa mujer atormentándola. Sin embargo, el rostro sombrío de Carlos no le dio demasiadas esperanzas.

—Han ignorado mi petición.

Soledad asintió lentamente; intentaba mantener la calma, pero la idea de regresar bajo el yugo de Sor Angustias la atenazó. Carlos se percató de su inquietud y se sentó junto a ella en la cama. Tomó su cara entre las manos y la obligó a mirarlo a los ojos.

—No dejaré que vuelva a ponerle la mano encima.

Quizá una joven inocente se hubiera contentado con su respuesta, incluso le hubiese dado las gracias; pero no ella. Sabía demasiado de las miserias y las injusticias del mundo.

—¿Y a Alicia? ¿Y a las demás? No puede hacer nada por evitarlo, teniente.

Quizá fue en aquel preciso instante cuando Carlos dejó de mirarla como a una niña y vio por primera vez a la mujer en la que se convertiría.

—De todos modos, le agradezco lo que ha hecho por mí.

Se levantó de la cama con un gesto de dolor y Carlos la ayudó a incorporarse. Soledad pensó que sus manos eran demasiado suaves para ser las de un soldado. La única imperfección era un corte reciente que se habría hecho pasando las páginas de un libro con demasiada vehemencia. Cuando logró ponerse en pie, se soltó.

—Puedo sin ayuda.

—¿Seguro que no quiere descansar un poco más?

—No quiero dejar a Alicia sola por más tiempo.

—Es usted una joven extraordinaria —dijo de repente Carlos.

Soledad se detuvo un instante junto a la puerta de la cabaña y lo miró a los ojos: podría haberse pasado el resto de su vida perdida en ellos. Por primera vez experimentó un extraño calor en el estómago, que achacó a los golpes. Tampoco comprendió el hormigueo en la punta de los labios. Carlos carraspeó y abrió la puerta.

—La veré pronto.

# LA ABUELA

*20 de mayo de 2022, Barcelona*

Me ajusté las gafas de sol y el pañuelo, y estiré el papel de periódico para que me cubriera un poco más. Me costaba escuchar la conversación con la miríada de cucharillas golpeando tazas de café. ¿Por qué tenía la gente que ser tan ruidosa? Hasta podía escuchar los sorbos de un par de ancianas que se contaban sus males en la mesa de al lado. Sin embargo, Luther Bécquer y mi padre se encontraban unas cuantas mesas más adelante, y apenas lograba distinguir algunas frases sueltas. Yo misma había orquestado el encuentro después de la petición de mi padre. Me parecía justo que él también pudiera juzgar la clase de hombre que quería comprar su local. Además, yo valoraba mucho su opinión y esperaba que, después de la cita, mi padre me confirmara que, tal y como había sospechado desde el principio, el señor Bécquer nos estaba ocultando alguna información importante acerca de sus intereses. Sin embargo, mi padre parecía encantado con la compañía y sonreía complacido ante las palabras de Luther. No había sido mi intención espiarlos; al menos, no al principio. Como sabía que estarían en aquella escandalosa cafetería celebrando la reunión, me había acercado hasta allí para ver cómo evolucionaban las cosas. Pero a través de las cristaleras había visto que mi padre no parecía estar juzgando críticamente nada de lo que le contaba el señor Bécquer, así que al final había decidido entrar camuflada de esa guisa. Estaba segura de que no me habían reconocido, pero había preferido

quedarme en una mesa alejada, por si acaso. Y de ahí mis problemas para distinguir algo de lo que decían. Me esforcé y afiné el oído:

—En ocasiones puede ser un poco testaruda, pero supongo que ese es el motivo de que la inmobiliaria funcione —dijo mi padre.

Mauro siempre me decía que debía ser más amable con la gente, ¿acaso estaban hablando de mí?

—Imagino que no debe de ser fácil llevar sola un negocio así —opinó Luther—. Aunque admito que parece una mujer solitaria...

Maldición. Se suponía que esa reunión era para sonsacarle los verdaderos motivos de la compra a Luther, no para elogiar mis capacidades, o la falta de ellas.

—No siempre fue así, pero desde lo de su abuela…

Apreté el periódico tan fuerte que el crujido hizo que las dos jubiladas de la mesa vecina se volvieran hacia mí con extrañeza.

—¿Puedo saber qué fue lo que ocurrió?

Me hubiera gustado arrugar el papel en una bola y lanzársela a Luther Bécquer por entrometerse en mi vida. En cambio, le hice una seña a la camarera para pedir la cuenta. No quería escuchar aquella historia. Había tardado demasiados años en enterrarla en uno de los palacios de memoria que me había enseñado mi psicoanalista para protegerme de los sentimientos de culpa. No necesitaba revivirlo de boca de mi padre.

—Lucilda era una mujer excepcional. Supongo que todos creemos eso de nuestras madres —empezó a explicar Mauro—, pero ella lo era de verdad. Una de esas personas luchadoras, que han pasado por tanto y se quejan tan poco. No sé si entiende a qué me refiero.

Luther asintió, y estiré de nuevo el brazo para llamar la atención de la camarera, que estaba demasiado ocupada tonteando con uno de sus compañeros.

—Mi madre tenía un vínculo muy especial con Leonor. Supongo que mi mujer y yo estábamos demasiado ocupados con nuestros respectivos trabajos, y Lucilda se encargaba de llenar los huecos que dejábamos: la iba a buscar al colegio, le preparaba sus meriendas favoritas y le pedía que la ayudara en su negocio, el cine, aunque ya puede imaginarse que una niña de su edad se dedicaba más bien de hacer trastadas. Se comía boles enteros de palomitas cuando mi madre estaba distraída con los clientes, y se colaba en sesiones que no debía ver. Eso cuando no empezaba a cortar todas las entradas simulando que era el taquillero.

Luther soltó una risa suave. Tuve que dar un sorbo del café, que ya se había enfriado, para tragarme el nudo de la garganta. Mi padre procuraba no hablar de Lucilda delante de mí, y escucharlo recordar con ese amor me hizo sentir peor. Quizá no era justo que Mauro no pudiera nombrarla en mi presencia solo por no hacerme daño. Puede que después de tantos años tuviera que avanzar en mi dolor y superarlo de una vez o, al menos, vivir con ello.

—Creció admirando a su abuela. Cada noche durante las cenas nos juraba que de mayor seguiría con el negocio, que llevaría el Cine Imperial hasta lo más alto. Y que se lo había prometido a mi madre —en este punto se le quebró la voz.

Mauro guardó silencio unos instantes, como si estuviera reuniendo el valor suficiente para terminar la historia.

—Eso explicaría por qué parece reacia a venderlo —reflexionó Luther en voz alta—. Pero no lo comprendo, si tanto amaba el cine, ¿por qué Leonor lo abandonó?

Mauro suspiró y desvió la mirada, quizá avergonzado por su parte de responsabilidad.

—Lo cierto es que yo nunca tuve interés en el negocio de mi madre, estaba claro que la heredera sería mi hija. Sin embargo…

Una camarera interrumpió a mi padre para pedirle si deseaba alguna cosa más. Encargó un agua y un sándwich, y la muchacha se marchó. Traté de comunicarme con ella mediante señas para que me cobrara, pero tampoco me vio. No quería escuchar esa parte.

—Leonor llegó a la adolescencia. No fue fácil, supongo que nunca lo es, pero ella se volvió rebelde y se juntó con malas compañías. Dejó a un lado sus sueños de regentar el cine y empezó a fallar en los estudios. Lucilda trató de hablar con ella, pero fue en vano. Si un caso, Leonor fue a peor. Comenzó a salir con un tipo conocido en el barrio por vender lo que no debía, y ahí su abuela se plantó. Le pidió que dejara al chico y que encauzara su vida, que se estaba echando a perder. Leonor, con las alas que da la furia de un amor imposible, se lo contó a su novio. A la mañana siguiente, el cine amaneció lleno de pintadas con insultos que prefiero no reproducir.

Cerré los ojos y hundí la cabeza tras el periódico. Una lágrima emborronó la tinta y deshizo las palabras. Ojalá yo también hubiera podido deshacer el pasado.

—Lucilda sabía perfectamente quién era el autor. Y así se lo dijo a Leonor. Tuvieron una fuerte discusión. No sé qué se dijeron, Leonor

estaba demasiado avergonzada y nunca me lo contó. La cuestión es que… durante la pelea mi madre sufrió un infarto.

De pronto, el bullicio se silenció, como si toda la cafetería hubiera estado escuchando la historia. Las cucharillas tan solo rozaban las tazas con suavidad, las servilletas se doblaban con delicadeza y reinaba un rumor de fondo apenas imperceptible.

—No pudieron hacer nada por ella. Fue fulminante.

—¿Y Leonor…? —Luther lo miraba horrorizado.

—Leonor nunca se repuso. Lloró aferrada a mi madre hasta que se la llevaron, y tardó varias semanas en lograr contarme lo sucedido. Se sentía culpable, hasta tal punto que un día me dijo que había sido ella quien la había matado con sus palabras.

»Leonor no volvió a entrar en el cine, hasta hace un mes, cuando le pedí que lo vendiéramos.

Por fin logré que la camarera me viera. Deposité un billete de cinco euros sobre la mesa y me marché sin esperar al cambio. Lloraba a borbotones tras las gafas de sol.

Encendí la lámpara de lectura y me recosté en el sillón. Las cortinas del salón estaban echadas, no me apetecía participar de la actividad nocturna del sábado, ni siquiera como espectadora. Lo único que necesitaba era viajar muy lejos de mi propia vida, de mis errores. Así que abrí las cartas de Soledad Moliner con la esperanza de que me ayudaran a olvidar, aunque fuera por unos minutos.

*Barcelona, a 5 de julio de 1941*

*Querido Gérard,*

*La Casa Dalmau es tan grande como un palacio. Jamás he entendido cómo hay gente lo suficientemente poderosa o rica para vivir en lugares así. Y resulta que mi madre ha pasado parte de los últimos cinco años allí. La fachada es de un color crema tan suave que recuerda a uno de los pastelitos de nata que venden en la Confitería Turris, con adornos de flores y vitrales coloridos. El interior no es menos impresionante. Me dio hasta reparo pisar sobre los suelos de baldosas ajedrezadas, recién pulidos, o tocar cualquiera de los muebles impolutos, de roble puro, que decoraban la entrada. Dorotea vino a recibirme en persona, aunque estoy segura de que tiene personal doméstico para ello. Me hizo pasar a un salón de té y me sirvió ella misma la merienda. Sospecho que no quería que nadie interrumpiera nuestra conversación, y me dio la extraña sensación de que estábamos solas en la inmensa mansión. Mientras dábamos cuenta de las galletas saladas, Dorotea miró por la ventana y se removió en el asiento. Me pareció nerviosa, como si esperara que alguien viniera a buscarnos. «¿Para qué quería verme, señora Dalmau?», me atreví a preguntarle. Era ella quien me había citado después de todo. No entendía demasiado bien qué teníamos que hablar ella y yo. Puede que nuestros padres hubieran estado casados, pero no nos hemos conocido hasta hoy y no estoy segura de si debemos remediarlo ahora que están muertos. «No podemos quedarnos aquí demasiado tiempo», me dijo, y volvió a mirar hacia afuera. Antes de que pudiera preguntarle si había algún problema, se levantó y se dirigió hacia un secreter de nogal oscuro. Abrió uno de los departamentos*

*con una llave que llevaba al cuello y sacó un fajo de papeles anudado con un lazo granate. Los colocó sobre una mesilla auxiliar y rebuscó hasta que dio con un sobre lacrado; nadie lo había abierto todavía. Me lo tendió. «Son las últimas voluntades de Abigail». Reconozco que me temblaron las manos al recogerlo. No estaba segura de si quería leerlas delante de ella. En realidad, no quiero leerlas en ningún lado. Temo cuáles puedan ser las palabras que mi madre ha dejado para mí antes de morir. ¿Una disculpa tardía? O quizá un lamento. Me resulta improbable. «Puede abrirlo en otro momento», añadió Dorotea, como si hubiera adivinado cómo me sentía. La miré de nuevo a aquellos ojos tan tristes como los míos. ¿Es posible que ella haya sufrido tanto como yo? Le dediqué una vaga sonrisa y asentí. Dorotea volvió a levantarse y anotó algo en un papel. «Quizá cuando lo lea desee hablar conmigo», se aclaró la garganta, «nos dejaron más cosas en común, a parte de la pena». Y fue ahora ella quien sonrió. «Pero no quiero adelantarme. Cuando esté preparada, podrá encontrarme aquí». Entonces me tendió el papel y vi anotada la dirección de un hotel. «¿No vive en la Casa Dalmau?», la pregunta se me escapó. Dorotea miró otra vez por la ventana y percibí un miedo en el aire que no había vuelto a notar desde el convento. Dorotea estaba aterrorizada, pero yo desconocía el motivo. ¿Quién puede tener miedo en su propia casa a las cinco de la tarde? Se limitó a contestar un «no» tan silencioso que casi tuve que leerlo en sus labios. Me acompañó hasta la salida y nos despedimos. Me avergüenza confesar que no pude acallar mi curiosidad y esperé a la vuelta de la esquina. Dorotea no tardó más de cinco minutos en dejar la casa. Había bajado todas las persianas y llevaba con ella una maleta de tamaño considerable. Estoy segura de que no volverá a la Casa Dalmau en mucho*

*tiempo.*

*Soledad Moliner*

Las cartas terminaban ahí. Miré detrás de cada folio con la esperanza de encontrar algo más, pero tan solo hallé manchas de humedad. ¿Qué diría la misiva que Dorotea le había entregado a Soledad? Y esa Dorotea Dalmau, ¿quién era? Deduje que debían de ser hermanastras, aunque estaba claro que no se habían conocido hasta la muerte de sus padres. Resultaba cuanto menos curioso, aunque con la Guerra Civil de por medio podría haber sucedido cualquier cosa. Dejé las cartas sobre la mesa y suspiré. Seguía sin comprender qué tenían que ver aquellas dos mujeres con mi abuela. Me percaté de que, si realmente deseaba saberlo, tendría que indagar. Y no estaba segura de querer escarbar en el pasado, los recuerdos me atormentaban demasiado. La historia que mi padre le había contado a Luther Bécquer todavía retumbaba en mis oídos como la letanía de un infierno del que creía que jamás lograría escapar. Me levanté del sofá y tomé un par de somníferos; esperaba que por lo menos me ayudaran a conciliar el sueño.

# LA INSTITUTRIZ

*17 de julio de 1936, Barcelona*

Dorotea apenas desayunó. El mero hecho de pensar que en breve llegaría su nueva institutriz le quitaba el apetito. No le apetecía en absoluto aguantar los sermones de otra mujer como Miss Potter. Seguro que su padre, convenientemente asesorado por Abigail, se habría encargado de encontrar a la tutora más aburrida que pudiera existir.

La señorita Felipa llegó a las nueve de la mañana en uno de los autobuses que habían empezado a circular por la ciudad unos años atrás. Dorotea la estudió desde la ventana del invernadero. La verdad es que no se parecía en nada a la imagen de vieja solterona que se había formado. Su nueva institutriz se asemejaba más bien a una modelo de revista, con el pelo más corto de lo habitual y los labios pintados de un carmín que a Abigail le resultaría escandaloso; un vestido de color verde pera se encargaba de resaltar su figura. Le extrañaba que Abigail hubiera aprobado que una mujer tan despampanante entrara en la Casa Dalmau; quizá su madrastra no había tenido nada que ver con la selección, después de todo.

Dorotea se apresuró en bajar las escaleras hasta la entrada, no quería perderse la cara de Abigail cuando la viera. Su madrastra ya estaba esperando en el recibidor con una sonrisa desdeñosa.

—No deberías bajar las escaleras como una campesina —la amonestó.

Dorotea apretó los labios; estaba segura de que había descendido por la escalinata con la finura de una pluma. En aquellos quince días de convivencia había llegado a la conclusión de que cada uno de los comentarios de Abigail iban destinados a mellar su autoestima; y se había jurado a sí misma que no se lo permitiría, así que alzó el mentón y le dirigió una mirada indiferente.

—Estoy impaciente por conocer a mi institutriz.

Abigail entreabrió los labios, desconcertada. Los volvió a cerrar un par de veces hasta que logró reponerse de la sorpresa:

—Pensé que odiabas la idea.

—Tengo la sensación de que no te gustará mi nueva tutora —replicó con una sonrisa malévola—, y eso la convierte en una de mis personas favoritas.

Antes de que Abigail pudiera replicar, llamaron al timbre. Su madrastra le dirigió una mirada de odio sincero con sus ojos castaños y se alisó el pelo. Después esbozó una sonrisa tan falsa que Dorotea incluso pudo escuchar cómo le crujían los dientes en la mandíbula apretada. Emilia, el ama de llaves, se apresuró en abrir antes de que se le rompieran las muelas.

La señorita Felipa resultó ser aún más bonita de cerca. Los ojos ambarinos destacaban en una cara en forma de corazón, sin ninguna imperfección. Abigail palideció, y Dorotea apreció que su tez, por lo general aterciopelada, adoptaba un color verde muy similar al vestido de su institutriz. Entonces estuvo segura de que Alfredo no le había consultado a su mujer, y por primera vez en mucho tiempo no se sintió decepcionada con su padre.

Abigail se presentó, la tensión de sus músculos palpable a través del vestido rojo vino que había escogido esa mañana. Dorotea se regocijó un poco más en su desconcierto y observó que apretaba la mano de su nueva institutriz con más firmeza de la necesaria. La señorita Felipa no parecía intimidada por la evidente repulsión de su señora; enseguida miró a Dorotea y le sonrió.

—Tú debes de ser mi pupila.

Le resultó casi cómico que Abigail saliera corriendo en dirección al despacho de su padre. Si no le fallaban los cálculos, en menos de dos minutos se empezarían a escuchar los gritos histéricos de su madrastra.

—Les recomiendo que vayan a estudiar a un despacho —sugirió Emilia, que conocía demasiado bien la furia de Abigail.

La señorita Felipa se limitó a asentir y siguió a Dorotea y al ama de llaves por la escalinata hasta el primer piso. Entonces pudieron escuchar en la lejanía el primer chillido.

—¿Va todo bien?

—Sí, mi querida madrastra tiene un tono de voz…elevado —dijo Dorotea.

Le pareció ver que la institutriz curvaba los labios en una sonrisa traviesa.

—Les traeré un té a media mañana —dijo Emilia cuando entraron en el despacho.

Dorotea asintió y Emilia cerró la puerta para evitar que llegaran hasta allí las quejas de Abigail.

A Dorotea le sorprendió que, en vez de sentarse, la señorita Felipa

empezara a rebuscar en un maletín que no había soltado hasta ese momento; sacó un par de libros y los colocó sobre la mesa.

—¿Has leído a Virginia Woolf?

Dorotea la miró completamente desubicada. ¿La estaba tuteando? No estaba acostumbrada a la falta de formalidad, ni sabía qué contestar a su pregunta: no había oído mencionar nunca a aquella señora Woolf.

—Ya me lo parecía… Tan solo te han hecho leer obras escritas por hombres, ¿no es cierto?

Dorotea se sintió avergonzada por su ignorancia, pero la señorita Felipa se apresuró en mostrarle una amplia sonrisa. Con esos dientes tan perfectos parecía todavía más joven, no debía de ser más de cinco años mayor que ella.

—No te preocupes, enseguida pondremos remedio.

Durante la mañana llegó a la conclusión de que su padre debía de haber perdido el juicio. La señorita Felipa defendía ideas que a él le hubieran parecido verdaderas barbaridades. No era para nada una mujer recatada que se acallara ante los mandatos de la sociedad, como siempre le indicaban que ella debía ser. Entonces comprendió por qué su padre la había elegido, y toda la alegría que había sentido se convirtió en un profundo desengaño. A Alfredo no le importaba lo más mínimo su educación. Del mismo modo en el que se había casado con Abigail por su físico exuberante —le costaba imaginar que pudiera existir otro motivo—, había contratado a la señorita Felipa por su belleza. No había visto más allá de sus curvas. Se levantó de la silla y dejó a su institutriz a media explicación sobre *La Sra. Dalloway*.

—Necesito retirarme un segundo.

Dorotea bajó los peldaños hasta el jardín interior a toda velocidad. Metió la mano dentro de una enredadera y por un instante temió que la planta la envolviera con sus raíces hasta tragársela y enviarla al inframundo. Quizá sería lo mejor, así por lo menos no tendría que lidiar con un padre superficial y una madrastra llena de odio. Rebuscó con los dedos hasta que dio con una hendidura, retiró un ladrillo del muro y por fin encontró lo que tanto ansiaba. Abrió la cajita de plata con cierto nerviosismo y sacó un cigarro. Los había robado del despacho de Alfredo, y esperaba que no se hubiera dado cuenta. Lo encendió con una de las cerillas que había tomado prestadas de la cocina y dio la primera calada con cierto alivio. Fumar era lo único que lograba calmarla un poco. Escuchó unos pasos y se apresuró a esconder las pruebas del delito tras la enredadera. Luego se miró la mano con la que todavía sostenía el pitillo humeante. Iba a tirarlo al suelo, pero una voz la interrumpió:

—No hace falta que te escondas.

Era la señorita Felipa. Dorotea la miró unos instantes y tragó saliva. Seguro que le reportaría la falta a su padre, o peor, a Abigail. Antes de que pudiera suplicarle clemencia, la institutriz se acercó a ella y tendió la mano.

—¿Me das una calada?

Dorotea arqueó las cejas y observó durante unos momentos cómo el papel iba consumiéndose por la ceniza, que avanzaba implacable. Al final se lo tendió, aunque todavía le temblaban las manos. La señorita Felipa cerró los ojos cuando se llevó el cigarro a sus labios

llenos.

—Nunca consigo dejar el vicio —dijo con una sonrisa.

—¿No va a decírselo a mi padre?

La institutriz se echó a reír.

—Si no nos ayudamos entre nosotras, ¿quién va a hacerlo?

Dorotea no contestó. Dejó que el silencio las abrazara junto al humo del tabaco.

—No es usted como esperaba —confesó al cabo de un rato.

La señorita Felipa rio.

—Lo sé. Nunca cumplo con las expectativas.

—Si mi padre nos ve…

—Oh, me temo que a tu padre le importa bastante poco lo que te enseñe —dijo, y percibió cierta amargura en su voz—. Los hombres no suelen ver más allá de sus ojos.

Dorotea tragó saliva y permaneció callada. No solían hablarle tan directamente.

—Además, con el revuelo político que hay, nadie le presta atención a un par de mujeres —apostilló.

—¿Nunca ha deseado ser otra persona? —se escuchó preguntar de pronto.

La señorita Felipa le devolvió el cigarro, estaba manchado de carmín. Dorotea sintió un revoloteo extraño en el estómago al poner sus labios sobre la mancha, y no pudo evitar que la asaltara el recuerdo de Casandra, de aquel beso. Carraspeó incómoda y se concentró en fumar.

—A veces la gente de nuestro alrededor nos hace creer que no

somos lo suficiente buenas, por eso queremos transformarnos en otra persona —explicó la señorita Felipa—. Pero te diré una cosa: todos somos perfectos a nuestra manera; si no te aceptas tú misma tal y como eres, nadie lo hará.

Dorotea frunció el ceño y no logró averiguar si estaba hablando de algo más. De repente, la institutriz, que había estado apoyada sobre el murete de la enredadera, se incorporó.

—¿Te apetece dar una vuelta por la ciudad?

Dorotea asintió sin pensarlo demasiado. Llevaba días encerrada en la casa, sin más compañía que la odiosa Abigail. Salir de entre esas cuatro paredes sería como respirar de nuevo.

Estaban montando un pequeño teatro en el centro de Plaza Cataluña; un puñado de titiriteros, actores y actrices se agolpaban en torno al escenario con las sonrisas impacientes previas al estreno. Dorotea y la señorita Felipa llegaron a mediodía, cuando estaban terminando de colocar el telón. El apuntador les informó de que la función empezaría en menos de una hora, así que esperaron en un par de sillas colocadas en la primera fila hasta que empezó. Dorotea se perdió en los enredados diálogos, en los gestos grandilocuentes, en las filigranas del vestuario y las palabras que resonaban en su cabeza como poesía. *La vida es sueño* le hizo olvidar por un momento su propia existencia. Sus pensamientos vagaron hasta su madre, y se preguntó si ella habría actuado en un grupo como ese. Probablemente sí, sabía que había trabajado como actriz en algunos de los teatros más importantes de la provincia y que había cosechado cierto éxito. Al parecer, su padre

había quedado prendado de ella al verla en uno de los espectáculos que protagonizaba. No había resultado extraño que Priscila se enamorara también de él. Aún ahora, con sus más de cincuenta años, Alfredo continuaba siendo atractivo. Habían tardado poco en casarse, un poco antes de que Priscila recibiera la oferta para interpretar uno de los papeles más importantes de su carrera, el que podría haberla catapultado a la fama. Pero Alfredo no había estado dispuesto a compartirla con nadie, y Priscila, obediente y ciega de amor, lo había dejado todo por él. A pesar de eso, había sido una madre cariñosa y siempre se había mostrado feliz con la vida que le habían obligado a escoger. Dorotea se prometió que ella no sería igual: lucharía por sus sueños y llegaría a ser actriz, aunque a su padre le horrorizara la idea.

De pronto, la función se vio interrumpida. Un muchacho joven subió al escenario, nervioso, y empezó a zarandear panfletos como si espantara moscas con ellos.

—¡Alzamiento! ¡Alzamiento en Marruecos!

Algunos de los papeles se escaparon de entre sus manos, y terminaron aterrizando sobre el público como hojas de otoño. Uno de ellos cayó justo al lado del pie de la señorita Felipa. Lo recogió y Dorotea pudo ver cómo palidecía. No terminaba de comprender por qué aquel chico estaba interrumpiendo la función ni por qué nadie parecía molesto por ello. El público había quedado en silencio, y tan solo se escuchaban hojas de papel trémulas, quejidos y suspiros ahogados.

—¿Qué sucede? —preguntó Dorotea tratando de ver el panfleto que sostenía la señorita Felipa.

—Pronto estaremos en guerra.

# PASTAS DE ALMENDRA

*15 de julio de 1936, Jaca*

Lucilda se dormía recordando los besos de Álvaro y se despertaba anhelándolos. Saltaba de la cama con una energía insólita y preparaba montones de pastas de almendras para llevárselas al señorito. No le importaba que doña Urraca se quejara de que hacía poca cantidad; prefería colmarlo a él con todas las que pudiera hornear.

Doña Ángela la había asignado como doncella de Álvaro después de la marcha de Enriqueta, y eso les brindaba una excusa perfecta para encontrarse a solas. Cuando Lucilda le subía el desayuno, Álvaro cerraba la puerta tras ella con una sonrisa traviesa. Nunca supo si por cortesía o por placer, Álvaro degustaba el desayuno sin dejar de mirarla con aquellos ojos de mar. Siempre le ofrecía parte del manjar, pero Lucilda se creía incapaz de tragar ante la expectación de lo que vendría después. Saciado del juego de miradas, Álvaro se levantaba de la butaca y tomaba su rostro entre las manos. Sus labios sabían a almendra y azúcar, y Lucilda sentía que sus pies levitaban como los de un hada. Solía ser ella quien ponía fin a los besos furtivos; si no regresaba, doña Ángela terminaría por percatarse de que algo estaba ocurriendo entre ellos. Después Lucilda solía centrarse en sus tareas e intentaba que sus pies volvieran a pisar sobre la tierra. Aun así, en muchas ocasiones no lo conseguía y se descubría mirando por la ventana hacia la orilla del río, incapaz de aguardar a la tarde para volver a encontrarse con él en la ribera. Allí podían besarse sin prisas,

como los amantes dedicados de las novelas que había empezado a leer gracias a las enseñanzas de Álvaro. Ahora en vez de vocales le enseñaba otras cosas que la hacían sonrojarse con tan solo recordarlas.

—¿Has visto ya «El día que me quieras»? —comentó Jacinta mientras amasaba el pan del mediodía.

Lucilda se sintió descolocada; no la había estado escuchando.

—Es la nueva de Carlos Gardel. ¿Qué pasa? ¿Acaso no has ido nunca al cine?

De niña no había salido nunca de su granja hasta que había llegado a la Villa. Y ahora solo dejaba la casona para hacer los recados que le mandaba doña Ángela, así que Lucilda tan solo había visto algunas cintas con Jacinta en sus ratos libres. Se habían colado en la buhardilla y habían encendido un cinematógrafo apolillado de don Cosme, el padre de Álvaro, que había devuelto imágenes en blanco y negro contra la pared. Se había sentido fascinada por las mujeres elegantes que se movían mudas de un lado a otro de la pantalla. Aunque su favorito era el de una luna que terminaba con un cohete incrustado en el ojo. No era capaz siquiera de imaginar cómo sería ver aquellas escenas en un cine de verdad, con sus butacas aterciopeladas y la evocadora oscuridad.

—Quizá Ramiro pueda llevarte este fin de semana —propuso Jacinta con una sonrisa traviesa.

Jacinta estaba convencida de que el amor que la tenía tan distraída últimamente no era otro que el joven lacayo al que conocía desde hacía años. Ramiro no estaba mal: era amable y apuesto, pero no hablaba demasiado y estaba segura de que una velada con él podía

llegar a ser soporífera. De todos modos, no había sacado a Jacinta de su error. Por lo menos así la había dejado en paz con sus preguntas.

—Ojalá, pero seguro que estará ocupado —dijo sin darle mucha importancia.

—No lo creo, ¿a que no, Ramiro?

Lucilda se dio cuenta demasiado tarde de que Ramiro había entrado en la cocina cargado con los sacos de harina que acababan de traer del obrador. Un tiznajo blanco manchaba su mejilla, que de repente había adoptado el color de los tomates que traía en otra saca. Lucilda se frotó las manos en el delantal para ocultar su nerviosismo.

—¿Quieres ir al cine… conmigo? —tartamudeó Ramiro.

Había cierta nota de incredulidad en la pregunta, como si ni siquiera se hubiera atrevido a soñar con que eso pudiera ocurrir algún día.

Lucilda no supo cómo salir del entuerto. Si se negaba no solo heriría los sentimientos de Ramiro, que la miraba esperanzado, sino que además levantaría las sospechas de Jacinta. Y no podría soportar de nuevo todas sus preguntas acerca del muchacho que le robaba el sentido. Lucilda tensó una sonrisa.

—Libro el domingo —murmuró Ramiro.

Lucilda lo pensó unos instantes y terminó asintiendo. Seguro que salir una tarde por ahí no le haría ningún mal. Además, se moría de ganas por ir a uno de los maravillosos cines de los que hablaba Jacinta. Ir con Ramiro no tenía nada de malo, ¿no?

El domingo no se arregló especialmente para la cita. Se limitó a

quitarse el delantal y la cofia y anudó su cabello en una coleta. Estaba nerviosa por ver la película más que por encontrarse con su acompañante. Se sintió mal por él. Hacía tiempo que se había dado cuenta de las miradas nerviosas que le lanzaba Ramiro, pero siempre las había esquivado con una sonrisa amable. Antes de salir de la casa sintió un retortijón en el estómago al recordar a Álvaro. ¿Qué pensaría él de aquello? No había nada que pensar, se dijo. Tan solo iba a ver una película con un compañero de trabajo. Ni siquiera eran amigos. Más tranquila, se encaminó hacia el centro de la ciudad.

Un enorme cartel rodeado de bombillas le anunció que había llegado al *Cine Maravilla*. No había demasiada gente; las películas llevaban tiempo en cartelera y la mayoría de los jacetanos ya las había visto. Ramiro estaba esperándola apoyado contra el muro. Arrugaba con dedos ansiosos el folleto que promocionaba el resto de los filmes.

—Ya he comprado las entradas —le dijo mientras sacaba un par de tickets del bolsillo.

Se le resbalaron de entre los dedos y tuvo que agacharse a recogerlos. Cuando levantó la mirada hacia ella, tenía rojas hasta las leves entradas de las sienes. Lucilda le sonrió en un intento por tranquilizarlo. Fue en ese momento en el que se dio cuenta de su error. No debería haber aceptado la propuesta; tan solo le haría daño a Ramiro. Podría haber ido al cine cualquier otro día, sola, y explicarle a Jacinta que no era él de quien estaba enamorada. Lo más probable era que con su suspicacia terminara por averiguar la verdad, pero por lo menos no se hubiera sentido como una miserable.

Ramiro resultó ser más amable incluso de lo que había imaginado

y se encargó de colmarla de atenciones. Aun así, no era un gran conversador, y Lucilda agradeció que empezara la película para terminar con el silencio incómodo que flotaba entre las butacas.

Durante el tiempo que duró la película se sintió tan identificada con Rosita Moreno y su historia de amor imposible que olvidó dónde estaba y con quién. Se vio transportada a su río, a los labios de Álvaro, a sus brazos fuertes.

—¿Te ha gustado? —preguntó Ramiro cuando salieron a la calle.

Ya había anochecido y las calles se encontraban desiertas. Tan solo se escuchaban las risas de algunos grupos de jóvenes que animaban la plaza central. Empezaba a refrescar y Ramiro cubrió los hombros de Lucilda con su chaqueta, como buen caballero.

—¡Me ha encantado!

Lucilda estaba a punto de sonreír cuando el gesto se congeló en su rostro. En uno de los grupos de chicos que charlaban en los bancos de la plaza reconoció a Álvaro. La miraba fijamente, y por primera vez sintió que el azul de su iris era gélido como el mar del norte.

—¿Ese no es el señorito? —Ramiro parecía casi tan sorprendido como ella.

Lucilda empezó a caminar en dirección opuesta y casi echó a correr hacia la casona. ¿Cómo podía haber sido tan imprudente? Era obvio lo que habría pensado Álvaro. Ahora cualquier excusa le parecía estúpida. Sus ojos se humedecieron.

—¿He hecho algo que te molestara? —preguntó el pobre de Ramiro.

Lucilda negó, pero las lágrimas empezaron a caer a borbotones

por su rostro. Aquella noche empapó la almohada de esperanzas y sueños imposibles. Estaba segura de que Álvaro no la perdonaría. Su historia de amor imposible había terminado, como la de Rosita Moreno.

—¡Aparta, Lucilda! —Jacinta resoplaba como un buey mientras cargaba junto a Ramiro una enorme máquina de colores vivos.

Lucilda se echó a un lado y observó cómo colocaban el enorme artilugio en un rincón de la cocina. Era una especie de cabina metálica de casi dos metros de altura; la chapa estaba pintada alternando rayas rojas y amarillas, tan brillantes que tuvo que entornar los ojos. Aunque no se sentía con ganas de nada, fue incapaz de acallar su curiosidad.

—¿Qué es eso?

—Una máquina de palomitas —soltó Jacinta con un jadeo mientras estiraba los brazos.

Lucilda se mordió la cara interna de las mejillas para no echarse a llorar. La fatídica velada del cine era demasiado reciente. Cerró los ojos para tragarse las lágrimas. Llevaba más de una semana sin ver a Álvaro. Cuando le había subido el desayuno al día siguiente, el despacho estaba vacío. Tampoco había acudido a su cita diaria en la ribera del río. Era como si hubiera desaparecido de la casa; tan solo sabía que seguía allí porque el resto de las doncellas seguían cuchicheando sobre él.

—¿Y para qué queremos una máquina de palomitas? —preguntó deseando zanjar el tema.

—Al parecer es un capricho del señorito —se quejó Ramiro, que había tenido que cargar con el armatoste sobre sus espaldas.

Lucilda apartó la mirada y volvió a centrarse en la camisa que estaba planchando. Era de Álvaro. Podía distinguir el olor a menta, que no se había diluido ni siquiera después de lavarla con jabón. Estuvo a punto de llevársela a la nariz para absorber su aroma y sentirse cerca de él, aunque fuera una vez más. Lo echaba tanto de menos que le dolían los labios sin sus besos.

Antes de terminar su jornada decidió subir la colada que había planchado a los aposentos de Álvaro. Con un poco de suerte lo encontraría allí y podría explicarle por fin qué hacía en el cine con Ramiro. Sin embargo, cuando abrió la puerta de la habitación la encontró tan desierta como su despacho. Sintió el vacío abriéndose paso en su propio pecho. Dejó la ropa en el armario y, a solas, se permitió acariciar y besar el cuello de una de las camisas antes de colocarla con cuidado sobre la percha. Salió de allí con todavía menos esperanzas de resarcir su error. Se metió por el pasillo de servicio como un ánima en pena que no encuentra la luz. De pronto una mano la detuvo. Se asustó y tuvo que ahogar un grito cuando se encontró a Álvaro junto a ella.

—Quiero que me traigas palomitas.

La petición le resultó de lo más inverosímil e incómoda teniendo en cuenta lo que había ocurrido días atrás a las puertas del *Cine Maravilla.* Quiso contestar, pero los ojos fríos de Álvaro le hicieron entender que no había lugar para réplicas.

—Súbemelas a la buhardilla.

Lucilda asintió y corrió hasta la cocina. Se peleó durante unos minutos con aquella máquina infernal. No tenía ni idea de por dónde se encendía ni cómo diablos transformaba los copos de maíz en esas bolitas blancas y esponjosas que había probado en el cine. Después de pedirle ayuda a otra doncella, lograron ponerla en marcha y hacerla funcionar. Temió las represalias por haber tardado más de media hora en cumplir con su encargo, y corrió por los pasillos perdiendo algunas palomitas juguetonas por el camino. Por fin llegó a la buhardilla. Miró los peldaños de madera antigua que la harían ascender a ese lugar oscuro en el que tan solo se había sentido segura con Jacinta. Estaba repleto de ojos invisibles: de las arañas que tejían sus telas pegajosas y de antepasados que juzgaban el mal del mundo con miradas hoscas. Había muebles antiguos cubiertos por sábanas a ambos lados, dispuestos en una especie de pasillo fantasmal. Encontró a Álvaro al fondo de la sala, sentado de espaldas sobre una pila de cojines. Frente a él se encontraba la pantalla blanca y el viejo cinematógrafo que le había mostrado Jacinta; estaba en marcha y proyectaba las imágenes de una pareja en la playa.

Lucilda creyó que la madera ajada sobre la que caminaba se rompería para terminar de hundirla. Llegó hasta él y escuchó el crujido de las palomitas temblando tanto como ella.

—Sus palomitas, don Álvaro.

Álvaro se levantó y volcó el cuenco de palomitas de un manotazo. Lucilda dio un paso atrás. Estaba acostumbrada a la violencia de sus hermanos, incluso a la de sus padres, pero no a la del hombre al que amaba. Se asustó y creyó que la golpearía. Sin embargo, en vez de eso

Álvaro la agarró por la cintura y la besó con furia. Fue un beso distinto, y Lucilda se percató de cuánto había estado conteniendo su pasión para no asustarla. Sin dejar de besarla la tumbó sobre el lecho de cojines y Lucilda dejó escapar un gemido silencioso. Álvaro se separó de ella un instante; pudo ver que el hielo de sus ojos se había derretido bajo el fuego de la pasión.

—Si quieres ver una película, me lo dices; si quieres palomitas, me lo dices. Tendremos un cine para nosotros solos. Puedo darte todo lo que desees, Lucilda.

Se quedó sin palabras. ¿Cómo iba a responder a aquello? Álvaro no esperó una contestación y volvió a besarla.

—Pero no vuelvas a acercarte a un hombre que no sea yo —masculló contra su boca.

Lucilda sentía los almohadones mullidos bajo su espalda y el poderoso pecho de Álvaro palpitando sobre el suyo. Quería pensar, quería decir algo, pero no podía hacerlo cuando lo tenía tan cerca. Sus sentidos se vieron anulados bajo la magia del olor a eucalipto, y quiso convertirse ella misma en parte de él, de su aroma, de su alma. Se entregó sin remordimientos, y no se planteó nada más que no fuera amarle.

Sus encuentros en el desván eran el motivo por el que respiraba. Se sentía tan plena y feliz que llevaba semanas sin tener ninguna de las molestas visiones que la acosaban por las noches. Todos sus pensamientos, incluso sus sueños, los ocupaba él. No hubo más serpientes, ni más libros. Tan solo palomitas y películas que en

realidad nunca terminaban de ver, perdidos como estaban el uno en el otro.

Una de aquellas tardes, Jacinta la esperaba a los pies de la escalera de la buhardilla. Tenía los brazos en jarras y la observaba con gesto huraño. Lucilda esquivó sus ojos, se colocó bien la cofia, torcida después de tanta pasión y se planchó la falda, arrugada, con las manos.

—¿Se puede saber qué haces cada día ahí arriba?

—Nada.

Justo en ese instante bajó Álvaro. Jacinta tardó poco más de un segundo en comprender lo que había estado ocurriendo delante de sus narices: el enamoramiento secreto de Lucilda, sus escapadas al río, sus reiteradas ausencias cada tarde; lo que hacía en el desván y con quién.

Álvaro llegó hasta ellas y miró a Jacinta con severidad. «Será mejor que no te metas en esto», parecía decirle con la mirada. Jacinta le dedicó una reverencia a su señor y no dijo nada más hasta que él se hubo marchado.

Cuando se quedaron solas, Jacinta empezó a negar repetidamente con la cabeza.

—Dime que no te has entregado a él.

Lucilda enrojeció.

—¿Qué es lo que crees? ¿Que te quiere, que va a convertirte en su señora? —soltó con tanta acidez que podría haber perforado la madera que pisaban.

—Álvaro es distinto.

Jacinta se echó a reír, pero tan solo había amargura en aquel

sonido.

—Pregúntaselo a Enriqueta.

Lucilda palideció.

—¿De verdad piensas que se fue al pueblo para cuidar de su madre? Se marchó para deshacerse de su error.

Lucilda se apoyó en la pared, sus piernas no eran capaces de sostenerla.

—Ay, niña —Jacinta la envolvió en un exuberante abrazo—, si es que las que salimos perdiendo siempre somos las mismas.

Lucilda no podía creerse ni una sola palabra. Era imposible que Álvaro y Enriqueta hubieran tenido algo parecido a lo que había entre ellos dos.

La tarde siguiente subió a la buhardilla con su habitual cuenco de palomitas y un montón de preguntas en la punta de la lengua. Álvaro la envolvió en su aroma de besos y a punto estuvo de dejarse llevar sin ni siquiera formular una de ellas, pero se armó de valor:

—¿Por qué se marchó Enriqueta?

Álvaro se revolvió incómodo.

—¿A qué viene eso ahora?

—He oído cosas, que se marchó porque…

—Porque se quedó encinta.

—¿De ti?

Álvaro se echó a reír con desgana.

—No digas bobadas. Tenía un novio en la ciudad, un mozo de las cuadras de Benito. ¿De veras piensas que me fijaría en ella?

—No lo sé.

—No le hagas caso a Jacinta, es una solterona amargada.

Lucilda se tensó; no le gustaba que hablara así de su amiga, pero no se atrevió a replicarle. Temía discutir por una tontería.

—¿Qué más te ha dicho? ¿Que voy a aprovecharme de ti —se acercó a ella y la besó con suavidad— y que soy el mismísimo diablo?

—No ha dicho nada de eso —dijo sin poder evitar una sonrisa.

—Jamás te dejaría, Lucilda —tomó su rostro entre las manos—. ¿Lo entiendes?

Ella asintió y decidió dejar a un lado sus reticencias. Quizá Álvaro tuviera razón y Jacinta tan solo estuviera un poco celosa de su amor.

Lucilda se arrebujó entre los brazos de Álvaro. Poco le importaron los casi cuarenta grados a la sombra de ese mes de julio. Tan solo deseaba estar más cerca de él, sentir su piel caliente sobre la suya. Esa tarde habían cambiado la oscuridad de la buhardilla por el sol acogedor de la ribera, y habían hecho el amor, arrullados por el cauce del río.

—Yo también tengo un don.

Álvaro se inclinó ligeramente para mirarla con una ceja arqueada.

—¿A parte de los pastelitos y de tus artes amatorias?

Lucilda no pudo contener una carcajada, que se entremezcló con el cantar de un par de petirrojos.

—Cuéntame más sobre ese don tuyo —dijo Álvaro recostándose sobre la hierba.

—Cuando tenía diez años soñé con una casa solariega de la que brotaban rayos de luz. Poco después me trajeron a Villa Montesinos: la

reconocí al instante.

—¿Viste la Villa en sueños?

—A veces son cosas sin demasiada importancia, como una tormenta, pero otras…

—¿Qué más has visto?

—A ti besándome en el río.

Lucilda obvió decir que el sueño había terminado con una serpiente interponiéndose entre ellos. Álvaro torció su sonrisa y atrapó un mechón de cabello oscuro que se mecía con el viento.

—Eres muy ocurrente, Lucilda.

Selló la conversación con un beso, y Lucilda tuvo la sensación de que en realidad no la había creído.

Lucilda continuó viéndose a escondidas con Álvaro. Ignoraba las miradas reprobatorias de Jacinta, que no se cansaba de recordarle que estaba cometiendo el mayor error de su vida.

—Se cansará de ti y te dejará sola y deshonrada.

Lucilda no se molestaba en contestar. Nadie la había mirado como lo hacía Álvaro. En sus ojos azules había encontrado el hogar que tanto anhelaba y, por primera vez en su vida, sentía que alguien la amaba. Estaba segura de que en cuanto Álvaro reuniera el valor suficiente les hablaría a sus padres de ella. Sabía que doña Urraca y don Cosme se opondrían a su relación, pero no le importaba si con ello conseguían estar juntos; lucharía por él.

—Pobre Ramiro… —añadía Jacinta de vez en cuando.

Ramiro la buscaba por las estancias con la esperanza de hablar

con ella, y Lucilda se apresuraba en salir antes de que lo consiguiera. Se sentía mezquina por no enfrentarse a él, pero estaba demasiado avergonzada por haber alentado sus ilusiones.

La pegajosa tarde del diecisiete de julio Ramiro entró en la cocina tan alterado que ni siquiera pareció reparar en ella. Estaba pálido y en sus manos sostenía un cartel, que zarandeaba como si con ello pudiera sacudir las malas noticias.

—¿Qué ocurre, Ramiro? —preguntó doña Ángela—. ¿No tenías que ir a por la harina?

—Los militares se han sublevado contra la República en Marruecos —soltó.

Se hizo un silencio tan denso que podían escucharse los pucheros burbujeando en las ollas. Jacinta ahogó una exclamación y doña Ángela no pudo más que santiguarse.

—¿Qué significa eso? —preguntó Natividad con inocencia infantil.

—Que habrá una guerra —susurró Jacinta, y le pasó un brazo por la espalda en un gesto protector.

Lucilda se apoyó en el mármol. Álvaro le había hablado de la tensa situación que vivía el país, pero no había entrado en detalles; habían estado demasiado ocupados. Ahora se arrepentía de no haber hecho más preguntas. ¿Qué implicaría ese alzamiento? ¿Tendría Álvaro que marcharse? Al fin y al cabo, era un militar. El pensamiento le provocó una náusea que inundó su boca con un terrible sabor amargo. Dejó el trapo sobre la encimera y salió corriendo por el pasillo, sin importarle demasiado lo que pensaran doña Ángela o sus compañeras. Necesitaba hablar con él, seguro que podría explicarle

qué estaba ocurriendo. ¿Tendría que marcharse a Marruecos? La sola idea de separarse de él le resultaba insoportable.

Lo encontró sentado a la mesa de su despacho fumando un cigarrillo. El humo se arremolinaba con el aroma a menta en una especie de abrazo mareante. Nada más verla, Álvaro se levantó y asomó la cabeza por la puerta para asegurarse de que nadie la había visto. La hizo pasar y cerró bruscamente.

—¿Qué ocurre, Lucilda? Podrían haberte visto.

—¿Es cierto? —balbuceó—. ¿Ha habido un alzamiento?

Álvaro chasqueó la lengua y colocó las manos en sus hombros.

—No tienes que preocuparte por eso.

—He escuchado que ha empezado en Marruecos, ¿tendrás que volver?

Lucilda recordaba que Álvaro había hecho el servicio militar allí. También sabía que don Cosme era un importante general en el norte de África.

—Es posible. Mi padre ya ha partido hacia Tetuán.

—No quiero que te marches.

Álvaro rio y le acarició el rostro con cuidado. Se agachó para besarla.

—Será rápido, y haremos de este país un lugar mejor.

—¿Qué pasa conmigo?

Álvaro la miró desconcertado.

—Te quedarás en la Villa —la respuesta parecía obvia en sus labios—, aquí estarás segura.

Lucilda suspiró y no tuvo más remedio que asentir.

Álvaro partió una semana más tarde. Apenas hubo tiempo para despedidas; Lucilda tuvo que conformarse con un par de besos robados en la buhardilla y un adiós entrecortado. Lo vio acercarse al camión militar que había enviado don Cosme. Su cabello dorado brillaba bajo los primeros rayos de sol. Álvaro la miró un instante antes de subir al vehículo y le dedicó una de sus sonrisas perfectas, como si con ello quisiera asegurarle que regresaría pronto. Lucilda observó cómo el vehículo se hacía pequeño a medida que se alejaba y se sintió incluso más sola que cuando había llegado a Villa Montesinos por primera vez.

## POR UN PAR DE MANZANAS

*15 de septiembre de 1936, cercanías de Canfranc*

Soledad arrugó la nariz cuando le llegó el tufo de la comida. Se puso a la cola que cada día se formaba en un lateral del refectorio junto a su hermana. Tomó uno de los platos de la estantería; tenía grietas y estaba segura de que, si las raciones no hubieran sido tan escasas, se habría quebrado bajo el peso del potaje. El menú del día consistía en un mejunje pastoso que Sor Milagros, la cocinera, se atrevía a llamar alubias. A pesar del sabor deleznable, nadie dejaba ni una triste migaja para los perros vagabundos que habitaban los jardines. Tenían demasiada hambre. El postre se limitó a un mendrugo de pan duro con un pedazo de queso enmohecido. Soledad decidió renunciar a su parte para dársela a Alicia, que no había dejado de perder peso desde que habían llegado al convento. Su hermana intentó negarse, pero al final cedió a sus tripas y terminó por aceptarlo: lo engulló sin apenas masticar. A Soledad se le encogió el estómago, quizá por lo vacío que estaba, puede que por el hecho de ver a su hermana pasar penurias. Cuando su padre vivía jamás les había faltado de nada, y ahora el hambre era un compañero más de habitación.

Después de rezar, salieron al claustro. Era el único lugar del convento que no le parecía espantoso. Le gustaba el olor del jazmín que invadía uno de los laterales, la frescura de los helechos y los coloridos geranios. Solía refugiarse allí para respirar aire fresco cuando la presencia de Sor Angustias le resultaba asfixiante. Aunque

la madre superiora no la había vuelto a tocar desde la paliza en la sala de las taquillas y se dedicaba a ignorarla como si nunca hubiera existido, odiaba ver cómo castigaba a las demás niñas. Le parecía que cada vez lo hacía con mayor discreción, como si Carlos la hubiera reprendido después de la terrible violencia que había demostrado con ella.

Soledad se sentó en un banco. Echó un vistazo a las compañeras que parloteaban entre risas en pequeños grupos. Estaban tan acostumbradas al hambre y la desgracia que no conocían otra cosa; incluso eran felices. Ese siempre había sido su hogar, al fin y al cabo. Alicia se dejó caer junto a ella con una expresión similar a la suya, y Soledad pudo oír cómo sus tripas se quejaban en una sonora discusión.

—Sigues teniendo hambre, ¿verdad?

—¿Tú no?

Soledad le dedicó una mueca y le hizo una señal para que la siguiera por uno de los pasillos que conducían a la zona de las cocinas. No era la primera vez que se colaba en la alacena para conseguir comida. Solía estar rebosante de manzanas y tomates, tan jugosos que resplandecían con un aura divina; los frutos secos crujían bajo el paladar y se deshacían en la lengua; las hogazas de pan estaban tiernas; y el queso, fresco. Soledad era discreta y acostumbraba a coger tan solo lo que iba a tomar. Solía compartirlo con Alicia por las noches, acurrucadas en el jergón mientras se contaban historias. Alicia nunca preguntaba de dónde sacaba esos manjares; se los comía con gusto, agradecida por los regalos.

—¿Adónde vamos?

Soledad puso el dedo índice sobre sus labios para que guardara silencio.

—No es justo que todo esto sea solo para ellas.

Las mejores frutas, la carne más fresca y las verduras recién cogidas del huerto iban a parar a los platos de las monjas, mientras que a las huérfanas apenas les llegaban las sobras, mustias, recalentadas y cada vez más escasas desde el inicio de la guerra. Soledad continuó avanzando con Alicia tras sus pies hasta que se detuvieron frente a la despensa. Soledad asomó la cabeza un par de veces para asegurarse de que no había ninguna monja pululando por allí.

—Tú quédate vigilando, entraré yo —le ordenó a Alicia.

Su hermana la observó con ojos aterrorizados, temiendo la imprudencia de cometer un robo en los preciados territorios de Sor Milagros. La cocinera era casi igual de desagradable que Sor Angustias. Aunque bastante más joven, una verruga oscura en la punta de la nariz y la piel arrugada por el ceño permanentemente fruncido la hacían parecer una vieja bruja de cuento.

Soledad se adentró entre los estantes con la agilidad de un ladrón que se juega el triunfo. Toqueteó la zona de las hortalizas y dio con un frutero repleto de manzanas rojas. Tomó un par de ellas y las frotó contra su falda para guardarlas bajo las ropas. Sin embargo, poco después de esconderlas escuchó unos ruidos tras ella. Se volvió, intuyendo que no estaba sola, como si pudiera notar la respiración de una enorme bestia en la nuca. Sor Angustias la miraba con una sonrisa ladina mientras aferraba con fuerza uno de los delgados brazos de

Alicia; le estaba clavando las uñas.

—Estoy segura de que Sor Milagros estará encantada de saber quién le roba la comida.

Soledad se estremeció. La madre superiora arrastró a Alicia por los pasillos y Soledad corrió tras ellas, sin saber muy bien adónde la conducía. Sentía el corazón palpitando con tanta fuerza en la garganta que creía que se ahogaría en sus propios latidos. Pensó que las llevaría a Las Mazmorras para ensañarse a gusto, sin embargo, torció camino hacia el scriptorium. Sacó un manojo de llaves enormes del bolsillo de su hábito y abrió la puerta. Sor Milagros estaba sentada a una de las mesas de la sala repleta de manuscritos, leía uno de los vetustos ejemplares de la biblia con las cejas tan unidas que parecían una sola. Al ver su paz alterada, levantó la vista de las páginas con un gesto de disgusto que se aligeró un poco al comprobar que la interrupción venía por parte de la madre superiora.

—Por fin he encontrado a las ratas que nos han estado robando comida últimamente.

Sor Milagros se incorporó tan de repente que a Soledad le llegó el olor agrio de su piel, el mismo con el que solía inundar las cocinas. La monja se acercó hasta ellas y las estudió con los ojos entornados.

—Habéis incumplido el séptimo mandamiento —gruñó con unos dientes pequeños y afilados.

El aliento le olía a ajo mezclado con cebollas podridas. A Soledad le pareció una de las bestias del infierno de aquel tal Dante que Carlos le había mencionado durante uno de sus encuentros en la biblioteca, días atrás.

—Merecen un castigo ejemplar —sugirió Sor Angustias.

Sor Milagros asintió.

—Son todas suyas, Sor Angustias.

Y regresó a sus quehaceres. Hundió los ojos de hurón en las sagradas escrituras e ignoró por completo el balbuceo inconsolable de Alicia, que suplicaba piedad. Sor Angustias levantó la mano, dispuesta a abofetear a la niña para mandarla callar, pero Soledad se interpuso entre las dos. Sor Angustias la miró, colérica, y Soledad estuvo a punto de echarse a temblar. Pero no lo hizo. Esa situación la había provocado ella con su avaricia: si no hubiera incitado a Alicia a seguirla a la alacena, su hermana estaría pasando la tarde tranquilamente en el claustro; era inocente y no debía pagar por su propia insensatez. Si tenía que recibir una paliza para defenderla, lo haría con bravura. Cerró los ojos y esperó. La palma de Sor Angustias llegó rauda hasta su mejilla, y enseguida notó el calor familiar, palpitante. Se mordió el labio inferior, pero no se movió del sitio. Miró a Sor Milagros en busca de amparo, pero la otra monja continuó con los ojos enterrados en su lectura.

—¡Apártate! —gritó Sor Angustias con los ojos desorbitados por la ira.

Soledad se quedó quieta donde estaba, no pensaba dejar que se acercara a Alicia de nuevo. Sor Angustias la agarró bruscamente del brazo, con aquellos dedos largos y huesudos que le recordaban a las garras de un dragón. La zarandeó en repetidas ocasiones con el único propósito de llegar hasta su hermana. A pesar de su altura, Soledad poco pudo hacer contra los embistes, y terminó estampada contra una

de las paredes milenarias del monasterio. Escuchó el sonido lejano de las manzanas al caer de su bolsillo. Las vio rodar por el suelo en un espiral enloquecido y perdió la conciencia unos instantes.

Para cuando se recuperó del golpe, Sor Angustias había colocado las delicadas palmas de Alicia mirando hacia el techo de madera. Soledad no llegó a tiempo de evitar que la monja le asestara un primer golpe en los dedos con la vara que ella conocía tan bien. La fina piel de sus manos enrojeció al instante y pudo oír un grito ahogado por el llanto.

—Teníamos hambre —balbuceó Alicia sorbiéndose los mocos—. Lo siento…

Soledad no sabía cómo iba a detener la furia de Sor Angustias, lo único que tenía claro era que no pensaba permitir que continuara pegando a su hermana. Cuando vio que la monja se disponía a asestarle un segundo golpe en las uñas, Soledad se abalanzó sobre Sor Angustias sin pensarlo demasiado. El cuerpo de la monja se tambaleó bajo su peso y dio un traspié hacia atrás tratando de liberarse de ella, pero Soledad se agarró a sus hábitos como un gato furioso. Sor Angustias tiró de su coleta con tanto ímpetu que le arrancó algunos mechones de pelo. Soledad le mordió una oreja que sabía a rancio; sintió el regusto metálico de la sangre invadir su paladar y casi vomitó.

No lo vio.

Aquel maldito escalón.

Sor Angustias tropezó. Soledad vio el terror en sus ojos acuosos mientras caía. Después escuchó un crujido ominoso que la hizo

estremecer. La piel, los huesos, los músculos desgarrándose al paso de la vara, que se había convertido en un arma letal. El silencio se apoderó de todo. Miró horrorizada hacia la boca entreabierta de Sor Angustias, de la que surgieron un par de estertores antes de que su alma, si es que había tenido alguna, abandonara su cuerpo para siempre. Alicia corrió a abrazarse a su hermana.

—Pero ¿qué has hecho, criatura? —musitó Sor Milagros con el rostro demudado.

Por fin había levantado los ojos de su lectura.

Soledad observó el cuerpo desmadejado en el suelo, el hábito arrugado por la pelea, el charco de sangre que brotaba de debajo de su pecho y lo teñía todo del color de la muerte.

La puerta del scriptorium se abrió con un quejido. Carlos había acudido alertado por los gritos. Cuando vio el cadáver de la monja en el suelo, no dijo nada. Primero miró a Sor Milagros, que se santiguaba desde la mesa en la que había estado leyendo. Alicia lloraba agarrada al brazo de Soledad, en cuyos ojos adivinó el peso de la culpa. Cerró la puerta tras de sí y echó el cerrojo.

—¿Qué...ha ocurrido?

—Está endemoniada —soltó Sor Milagros—. La ha atacado por la espalda.

—¡Tan solo me estaba defendiendo! —intervino Alicia—. Mi hermana no quería…

Se hizo un silencio tenso. Soledad jamás hubiera deseado la muerte de Sor Angustias, por mucho que la odiara. Una culpa oscura empezó a apoderarse de cada rincón de su cuerpo. Sus ojos se llenaron

de lágrimas. Sor Angustias la había perseguido en vida, y ahora lo haría también desde la tumba.

—No pretendía… —masculló Soledad.

—¡Mientes! Tienes la lengua afilada de una asesina, y los ojos sádicos de Belcebú. No crea nada de lo que diga, teniente.

—Ha sido un accidente —insistió Alicia.

Soledad no podía defenderse, era como si su conciencia hubiera abandonado su cuerpo por unos instantes, incapaz de asumir lo que acababa de pasar.

—¿Un accidente? —gruñó indignada Sor Milagros—. Sor Angustias las encontró robando y ahora yace, muerta, en el suelo. ¿Acaso le parece eso un accidente? No son niñitas inocentes, se lo aseguro.

Carlos mandó callar a la monja con un gesto. Parecía enfadado.

—Por lo que tengo entendido, Sor Angustias sometía a las huérfanas a castigos físicos, y creo que no era la única.

Sor Milagros apretó los labios tan fuerte que se le decoloraron.

—El Arzobispado está informado de sus dudosos métodos. Es posible que alguien interprete esta situación como una venganza o simplemente como justicia divina. De cualquier forma, imagino que no querrá que un escándalo como este salpique a la congregación.

La mujer dejó de santiguarse para posar sus ojos indignados sobre los de Carlos.

—Me equivoco, ¿Sor Milagros?

La monja se puso en pie y se acercó a Carlos, que le sacaba dos cabezas. Clavó un dedo en su pecho con tal fiereza que Soledad temió

que atravesara el uniforme y se lo clavase en la carne.

—Puede ocultar este crimen con toda la palabrería que desee, pero usted y yo sabemos la verdad.

Carlos no contestó, levantó la barbilla y siguió con sus ojos oscuros fijos en la monja.

—Quiero a esa asesina fuera del convento hoy mismo —exigió Sor Milagros—, y a su hermana también. Tiene la misma sangre infesta.

Soledad trató de no mostrar temor. ¿Qué iba a ser de ellas? Se había llevado una vida por delante, y junto al cadáver de Sor Angustias había dejado un pedazo de su alma que ya nunca recuperaría. Quizá en el fondo Sor Milagros tuviera razón y el demonio se hubiera metido dentro de su cuerpo para ir comiéndose poco a poco su conciencia.

Sor Milagros salió del scriptorium dando un portazo. Carlos se acercó a Soledad y la tomó por los hombros.

—Lleve a su hermana a la cabaña del guardés. Espérenme allí.

—¿Qué va a hacer con…?

Soledad dirigió una mirada de aprensión hacia el cadáver de Sor Angustias. La sangre había formado un camino viscoso hasta las manzanas, uniéndose a ellas en un morboso color rojizo.

—Yo me encargaré de ella. Ahora márchense.

Carlos no apareció por la cabaña hasta el anochecer. Alicia se había quedado dormida en el pequeño sofá, y Soledad le estaba colocando una fina manta encima por si refrescaba. En cuanto escuchó la puerta, volvió a sentir una opresión en el estómago. Se había convertido en

una asesina, en un ser despreciable que arrebataba vidas. ¿Qué pensaría Carlos de ella? No fue capaz de decir nada en cuanto lo vio entrar. El cabello, que el teniente solía llevar peinado hacia atrás, le caía, desordenado, sobre la frente. Las uñas, siempre impolutas, estaban sucias con una tierra fangosa que olía a cementerio. Soledad entreabrió los labios para preguntar, pero Carlos negó.

—Cuanto menos sepa, mejor.

Soledad empezó a llorar. Por el terrible accidente, por el abandono, por el hambre, por el maltrato. Se dio cuenta de que no había derramado ni una lágrima en todo aquel tiempo, había mantenido su desgracia ahogada en un rincón de su pecho, agazapada para que Alicia no percibiera el miedo, la tristeza. Carlos la tomó con cuidado de la espalda y la condujo a su habitación para no despertar a Alicia. La ayudó a sentarse en la cama y le ofreció un pañuelo de batista que se sacó del bolsillo. Al ver que había restos de tierra húmeda en él, lo escondió con un rápido movimiento. Al final, se sentó junto a ella.

—¿Por qué me ayuda, teniente?

Carlos la miró sin comprender.

—Sé que fue un accidente, señorita Moliner. Usted sería incapaz de…

—Pero la detestaba.

—Lo sé.

—¿Y no cree que deba pagar por lo que ha ocurrido? Si me entrego...

—¡No! —Carlos la agarró de los hombros—. Si hace eso, le espera

un pelotón de fusilamiento. ¿Es eso lo que quiere?

Soledad se escuchó tragar saliva.

—No tendrán piedad en los tiempos convulsos que corren: no olvide que estamos en guerra.

Soledad cerró los ojos. Nada podía ir peor.

—¿Y si alguien pregunta por lo que ha pasado?

—Nadie va a preguntar. Me he encargado de todo, lo único que tiene que hacer es olvidar este día y no hablar sobre ello con nadie. Jamás. ¿Me ha entendido?

Soledad asintió.

—Es usted muy amable conmigo.

Carlos sonrió y acarició su mejilla con la ternura fraternal que tanto detestaba, pero que en ese momento la reconfortó.

—La vida ya ha sido suficientemente dura con usted.

Soledad entornó los ojos. ¿Qué sabía él de todo lo que le había ocurrido? Sin embargo, cuando Carlos la envolvió entre sus brazos, se ahogaron todas las preguntas en el hueco de su cuello. Y cerró los ojos. Acarició su espalda, quizá sería la única vez que lo tendría tan cerca. Intentó atesorar el momento para cuando el oscuro recuerdo de Sor Angustias la persiguiera por las noches.

—¿Tiene a alguien ahí afuera que pueda ayudarla, señorita Moliner? Creo que será mejor que pase una temporada alejada del país.

Soledad no había imaginado que sería así como daría con la misteriosa mujer, pero el destino a veces tiende extraños puentes.

—Conozco a alguien en Alemania: Gertrude Müller.

# UN TERCIO

*20 de mayo de 2022, Barcelona*

Saqué las pizzas del horno. Me había esmerado y las había preparado yo misma en vez de pedirlas a domicilio: una de pepperoni y otra a los cuatro quesos, las favoritas de mi padre. Mauro llegó puntual y llamó al timbre tres veces más de las necesarias, como siempre. Acudí a la llamada con la bandeja del horno todavía en las manos. Cuando abrí la puerta, mi padre miró con satisfacción la masa humeante y aspiró con los ojos cerrados.

—Huele delicioso.

—Y sabe mejor —repliqué apartándome para dejarle entrar.

Coloqué la cena en un par de platos y le señalé la mesa para dos que había dispuesto en el salón. Mauro se sentó y observé con orgullo cómo le costaba tener las manos alejadas de las pizzas. Sonreí y tomé asiento frente a él.

—No hacía falta que te escondieras detrás del periódico —soltó después de darle el primer bocado a una porción de pepperoni.

Estuve a punto de atragantarme y tuve que dejar de nuevo en el plato la comida que me estaba llevando a la boca. ¿De veras había sido tan evidente? Había estado convencida de que ni Luther ni Mauro me habían visto espiando en la cafetería. Al parecer, estaba equivocada.

—Podrías haberte sentado con nosotros. Lo cierto es que el señor Bécquer resultó ser de lo más amable. No entiendo tu animadver…

—Es un encantador de serpientes, papá —mascullé, y mordí la pizza como si le estuviera dando un bocado al propio Luther.

—Coincido contigo con que no nos está diciendo toda la verdad.

Entorné los ojos.

—Pero creo que podemos confiar en él.

—¿Piensas venderle el cine? —No pude evitar una nota de indignación en la voz.

Mauro asintió y me miró como quien observa a un huracán acercándose. Sin embargo, me contuve. Me limpié los labios con la servilleta para ganar tiempo; quería decir algo que no fuera demasiado violento pero que lo hiciera cambiar de opinión.

—Tan solo una parte —añadió mi padre.

Lo miré como si hubiera perdido el juicio.

—Ya estoy mayor para andarme con rodeos, hija. Hemos llegado a un acuerdo: el señor Bécquer me ha propuesto comprar un tercio del local. La otra parte será para ti, si aceptas mi donación, por supuesto. Serías la socia mayoritaria.

Continué en silencio. No sabía si estaba enfadada, aliviada o feliz. Quizá las tres cosas a la vez.

—Lo he meditado mucho. Si tiene una parte minoritaria de la propiedad, no podrá derribarla ni construir un edificio de pisos sin tu aprobación.

—Pero ¿qué gana él? —atiné a preguntar—. No estoy segura de que el acuerdo le satisfaga. ¿Por qué acepta algo así?

—Dice que sería un honor recuperar el cine junto a la familia fundadora y cree que se convertiría en una buena herramienta de

marketing y…

—¿Y te lo has creído? —resoplé como un búfalo.

—Claro que no, pero no tenemos nada que perder. Con el dinero que nos pague podrás reformar parte del local y empezar el negocio con él.

—No quiero retomar el negocio. —Me levanté de la mesa y recogí mi plato—. Ni tenerlo como socio.

De pronto, la pizza ya no me parecía tan deliciosa. La tiré a la basura con un gesto de aprensión.

—Una vez fue tu sueño regentar ese cine —dijo mi padre después de un largo silencio.

No pude evitar que se me humedecieran los ojos ante la mirada ilusionada de mi padre. En el fondo, estaba haciendo todo eso por mí. Me asaltó la terrible idea de que quizá quisiera ver cómo aceptaba el legado de mi abuela antes de… Zarandeé la cabeza para deshacerme del terrible pensamiento.

—Eso fue hace mucho tiempo.

—Por eso mismo creo que ya es hora de que dejes el pasado atrás, Leonor.

Cerré los ojos y suspiré. Me sentí mucho mayor de lo que era, como si sobre mis hombros sostuviera el peso de muchas vidas, y de muchas pérdidas.

—Sabes que no puedo.

—Y tú sabes que sí. Piénsalo.

Mauro se levantó y depositó un beso en mi frente antes de marcharse.

Tardé una semana entera en reunir el valor para llamar a Luther Bécquer. Él descolgó al primer tono, como si hubiera tenido el teléfono pegado a la oreja para cuando me decidiera.

—Me pregunto si estaría disponible esta tarde para hablar del acuerdo.

Luther aceptó sin ningún titubeo, y se presentó en la inmobiliaria a las cuatro en punto. Era una tarde calurosa y vestía una camisa de lino azul arremangada y unos tejanos oscuros. Pensé que parecía mucho más joven vestido así.

—Siéntese, por favor.

Luther se acomodó en la butaca de polipiel marrón y me sonrió con esos dientes que podrían haber salido del anuncio de una marquesina de autobús.

—He considerado su oferta, la que le hizo a mi padre —puntualicé tontamente—, y acepto.

Al señor Bécquer se le iluminaron tanto los ojos que, en vez de grises, por un momento, fueron del mismo azul que su camisa.

—Será un placer, estoy seguro de que nos entenderemos.

Luther me tendió la mano por encima de la mesa y la estudié unos segundos. Ya lo había tocado antes, y conocía muy bien la sensación que me produciría su contacto. Aun así, dejé que me envolviera la palma con los dedos y traté de no ruborizarme como si tuviera quince años.

—Si vamos a ser socios, quizá podríamos tutearnos —sugirió él.

Me percaté de que aún me sostenía la mano y me apresuré en

apartarla con un carraspeo. Después le dediqué un torpe asentimiento.

—He encontrado las escrituras en el archivo —dije deseando desviar la atención hacia el plano profesional—. Todavía no he tenido tiempo de consultarlas, pero si te parece bien podríamos elaborar un primer borrador antes de ir al notario.

Luther asintió y desplegué los papeles sobre la mesa. Había una escritura de 1976 a nombre de mi abuela. La escritura más nueva, a nombre de Mauro Altarriba, databa de 2002 y se había firmado en una notaría de Barcelona pocas semanas después de la muerte de Lucilda. El papel todavía conservaba cierta blancura a pesar de los veinte años transcurridos, y quizá fue por ese contraste por lo que pude distinguir un folio mucho más antiguo en la parte de atrás de la carpeta. Luther me observó con atención mientras lo apartaba del resto. Era otra escritura, pero esta era manuscrita y databa de mucho tiempo antes. Me costó distinguir la fecha, pero me pareció leer «diciembre de 1942». Reconocí el nombre y la firma de mi abuela Lucilda a los pies del documento, y me sorprendió comprobar que no era la única que figuraba allí. Había la rúbrica de otras dos mujeres: Soledad Müller y Dorotea Dalmau Daurella. Me perdí unos instantes en los trazos firmes de la tinta bajo los nombres. Allí tenía la evidencia de que mi abuela las había conocido: a la autora de las cartas que había estado leyendo y a la misteriosa señora Dalmau que se mencionaba en ellas. Pero ¿quiénes eran? ¿Por qué la abuela nunca me había hablado de ellas?

—Parece la escritura anterior —se aventuró Luther.

Me limité a asentir sin saber muy bien qué decir.

—Me suena mucho este nombre —murmuró Luther, y apuntó

hacia la vieja escritura—. ¿No se llamaba Soledad la mujer que escribió las cartas?

Suspiré y abrí el bolso. No tenía demasiado sentido ocultarle nada de aquello si íbamos a ser socios. Además, quizá como historiador pudiera ayudarme. Saqué el pequeño fajo con los escritos y se los tendí a Luther.

—Sí, aunque las firmó con otro apellido. Supongo que se trata de la misma persona, ¿no? En las cartas también hablaba de esa tal Dorotea Dalmau.

—¿Sabes quiénes son?

—No tengo ni la más remota idea.

## RUMBO AMERICA

*17 de septiembre de 1936, Barcelona*

Cuando llegaron a la Casa Dalmau, los sirvientes corrían de un lado a otro. La mayoría hacía las maletas, quizá dispuestos a huir del país o con la idea de alistarse en el ejército. La única que parecía no querer marcharse era Emilia, que había vivido allí toda la vida. Dorotea y la señorita Felipa se quedaron en la entrada unos instantes, desconcertadas ante el frenesí que había provocado la noticia de la inminente guerra. Dorotea todavía era incapaz de comprender la magnitud de lo que estaba ocurriendo, se decía que tan solo serían unos días convulsos, a lo sumo unas pocas semanas, hasta que el Gobierno de la República pudiera redirigir la situación. Sin embargo, los demás no parecían opinar lo mismo. Lo vio en los ojos de Abigail, que por primera vez no miraba al mundo con soberbia, sino con miedo. Su padre estaba a su lado, sosteniéndola por el brazo con el mismo gesto de preocupación. Al verlas entrar, Alfredo pareció aliviado.

—Aquí estás —masculló con disgusto—. ¿Tenías que salir justo hoy?

Aunque la reprimenda era para Dorotea, su padre no apartaba los ojos de la señorita Felipa.

—Se supone que la hemos contratado para darle una educación a mi hija, no para que se la lleve de excursión por la ciudad.

Alfredo apuntaba hacia la institutriz con un dedo amenazante.

—Pero, padre…

Alfredo la miró con tal ira en la mirada que la obligó a callar.

—Está usted despedida.

Dorotea fue incapaz de defender a la señorita Felipa. Se quedó paralizada de miedo al ver el rostro furibundo de Alfredo. No solía golpearla, pero no era la primera vez que lo veía fuera de sí, y sabía lo que ocurriría si lo provocaba. Así que bajó los ojos llenos de lágrimas y guardó silencio. La señorita Felipa le dedicó una sonrisa llena de lástima antes de volverse hacia la salida.

—Nunca te avergüences de quién eres —le dijo.

Su padre se acercó a la señorita Felipa con cierta brusquedad y la invitó a salir de un empujón. Después cerró con un portazo.

—Y tú, vas a marcharte a América —añadió mirando a Dorotea.

Ella parpadeó unas cuantas veces; quizá no había entendido bien el mensaje.

—¿A América? —logró repetir.

—Con la tía Margarita.

Dorotea lo miró como si se hubiera vuelto loco. Su padre detestaba a la tía Margarita. Aunque era su hermana menor, nunca se habían llevado bien, y cuando ella había huido a Estados Unidos con un músico al que había conocido en uno de los conciertos del Liceo, su padre había cortado cualquier relación. Dorotea creía que ni siquiera mantenían el contacto, y no solo le sorprendió que la mencionara, sino que quisiera enviarla a vivir con «la libertina» de Margarita, como solía referirse a ella.

—Pero acabo de volver a casa —replicó.

Su padre resopló.

—¡Estamos en guerra, Dorotea! ¿Es que no lo entiendes? Va a morir gente, van a bombardear la ciudad. No quiero que estés aquí cuando eso suceda.

Dorotea abrió la boca. Aquello era lo más parecido a una declaración de amor que le había dedicado su padre.

—¿Pero y usted, padre?

—Yo no puedo dejar mis negocios, la fábrica lo es todo para mí, ya lo sabes.

Dorotea negó con la cabeza y una terrible idea se apoderó de ella.

—Lo único que quiere es deshacerse de mí de nuevo, porque ella me odia.

Dorotea señaló a Abigail, que la miraba como si la hubiera ofendido profundamente.

—Jamás me has molestado —mintió su madrastra con voz aguda.

Abigail se llevó una teatral mano al pecho para fingir que sus palabras le dolían. Nadie, ni siquiera Alfredo, la creyó.

—¿Puedes dejarnos a solas? —le pidió.

Su madrastra apretó los labios y se marchó repiqueteando tan fuerte con los tacones que podría haber terminado por perforar el suelo ajedrezado.

—Tienes que abandonar el país por tu propia seguridad —zanjó su padre.

—¿Y ella? ¿Ella sí puede quedarse? —contestó indignada—. ¿Acaso las bombas no caerían igual sobre ella que sobre mí?

Su padre se amasó el cabello claro y denso; Dorotea entendió que

lo estaba llevando al límite. Temió una explosión de ira, pero en vez de eso, Alfredo le hizo un gesto para que lo siguiera hasta su despacho. Dorotea cerró la puerta tras de sí y esperó de pie a que dijera lo que tuviera que decirle. Su padre abrió el tercer cajón del escritorio y le pidió que se acercara a él. Cuando Dorotea estuvo a su lado, Alfredo tocó un pequeño mecanismo que había bajo una alfombrilla parduzca. Escuchó un clic y vio que Alfredo apartaba la tela hasta dejar al descubierto un departamento secreto, en el que apenas cabía una carpeta con un fajo de folios.

—Aquí está mi certificado de últimas voluntades.

—¡Padre! —le horrorizó aquel descubrimiento—, ¿para qué me cuenta esto?

—Si muriera en la gu…

—¡No diga eso!

—Puede pasar, Dorotea. Cuanto antes lo asumas, mejor.

—Si tan claro lo tiene, ¿por qué se queda?

—No puedo abandonar toda una vida de trabajo.

—¿Pero sí que puede abandonarme a mí?

Alfredo suspiró y por primera vez en su vida le pareció agotado.

—Te pareces demasiado a ella.

Dorotea se quedó muda. Hacía más de seis meses del fallecimiento de su madre, y no la había vuelto a nombrar; ni siquiera para su cumpleaños o en el aniversario de su boda. Alfredo nunca le llevaba flores al cementerio y había eliminado cualquier fotografía o retrato de la casa, como si Priscila nunca hubiera existido.

—Eres igual de terca —prosiguió—, y cuando me miras con sus

ojos apenas soporto el recuerdo. Quizá por eso me cueste tenerte cerca.

Dorotea siguió en silencio unos momentos.

—¿No me envió al internado para estar a solas con Abigail?

Alfredo sonrió con desgana.

—Era más cómodo que las dos lo creyerais así: Abigail estaría contenta y tú no me odiarías tanto.

Dorotea se llevó una mano a la boca para evitar soltar una blasfemia.

—Sé que no soy un buen padre, pero soy el único que tienes —terminó diciendo—. Ahora, ve a preparar las maletas.

Dorotea sintió que se le enrojecían las orejas de rabia, no sabía si contra su padre, contra Abigail o contra el destino que se le imponía. Dio media vuelta dispuesta a marcharse a su habitación.

—Partirás mañana al alba, antes de que la ciudad se haya convertido en un auténtico avispero.

Dorotea dio un portazo y se marchó llorando a su cuarto.

A la mañana siguiente el Hispano Suiza de su padre la esperaba en la puerta de la Casa Dalmau, con un chófer dispuesto para llevarla hasta el puerto de Barcelona. El único lacayo que quedaba en la casa, un hombre mayor que no tenía adónde huir, la ayudó a cargar las maletas en la parte trasera del vehículo y le dedicó una reverencia. Dorotea miró hacia la casa una última vez; desconocía cuándo regresaría, pero estaba segura de que, cuando lo hiciera, habrían cambiado muchas cosas. Apoyó la frente contra la ventana y esperó a que el coche

arrancara para echarse a llorar en silencio. Ni Alfredo ni Abigail le habían dedicado palabras amables antes de su partida. Tan solo le pareció intuir una sombra tras la ventana del despacho de su padre antes de perder de vista la mansión.

# EL DÍA QUE ME QUIERAS

*23 de septiembre de 1936, Jaca*

Los días pasaron lentos desde la partida del señorito. No llegaban noticias de Álvaro ni de su padre; doña Urraca lanzaba las copas de jerez contra las baldosas cuando una doncella la irritaba, cosa que era cada vez más frecuente. Le molestaba hasta la presencia de una mosca. Fue como si el tiempo se hubiera detenido durante la ausencia del señorito: cada uno lidió con sus miedos como pudo. Doña Ángela estaba más crispada de lo habitual y solía pagarlo con la pobre Natividad, que terminaba llorando en alguna esquina. Jacinta se dedicó a comer más bizcochos, si es que eso era posible, y Lucilda vagaba por los rincones en busca de recuerdos escurridizos: abrazaba las camisas de Álvaro, acariciaba sus libros, besaba sus corbatas.

Las pesadillas volvieron para atormentarla cada noche. Sus sueños estaban repletos de serpientes venenosas y arañas de veinte ojos. Lo peor era cuando veía a Álvaro de espaldas con un abismo negro a su alrededor. Se despertaba llorando y empapada en sudor. Algunas veces incluso se le revolvía el estómago y terminaba vomitando en la bacinilla que se había acostumbrado a guardar bajo la cama.

Cuando habían transcurrido dos meses eternos, doña Ángela la mandó llamar para que se reuniera con ella en sus dependencias. Le resultó extraño; por norma general daba las órdenes en la cocina o en los salones. Se le encogió el pecho a medida que se acercaba a la

puerta del cuarto del ama de llaves. Iba a llamarle la atención por lo despistada que andaba, ¿qué otra cosa iba a ser sino? Había quemado una toalla con la plancha y las pastas de almendra le quedaban insípidas. No la echaría por eso, ¿verdad? Llevaba tantos años en la Villa que no habría sabido qué hacer si la despedían.

Doña Ángela la esperaba con la puerta abierta. La hizo pasar con un gesto y le pidió que cerrara tras ella. Su rostro era un laberinto de expresiones que no supo descifrar.

—Últimamente la he notado ausente.

Lucilda bajó la mirada. Había sido bastante benevolente al resumir sus descuidos con aquella simple palabra.

—Disculpe, doña Ángela, ando distraída por culpa de la guerra.

No mentía: la atemorizaba la idea de perder a Álvaro en uno de los frentes que estaban empezando a formarse en varios puntos de la península.

—Todos tememos las consecuencias de la guerra, Lucilda, pero sé que hay algo más.

Lucilda hubiera echado a correr.

—No me pasó por alto cómo el señorito Álvaro la miró antes de marcharse —continuó suspicaz—. Le tengo aprecio, Lucilda, lo sabe de sobra, pero no toleraré ese tipo de comportamiento entre mis doncellas.

Lucilda cerró los ojos y no se atrevió a negarlo; hubiera resultado inútil.

—Le ruego que hable con él a su vuelta para cortar lo que sea que haya entre ustedes.

Le temblaron los labios y a punto estuvo de echarse a llorar avergonzada por la imprudencia de sus actos. Sin embargo, doña Ángela se acercó tanto a ella que la descolocó. De pronto puso una mano sobre su vientre y la miró a los ojos. Lucilda casi pudo ver su alma reflejada en ellos. El ama de llaves negó y suspiró, después separó la mano de su barriga y se marchó más inclinada de lo que recordaba, como si sobre sus hombros tuviera un nuevo secreto con el que cargar.

Lucilda tardó un par de semanas más en percatarse del secreto que había descubierto doña Ángela: estaba encinta. El uniforme ya no le abrochaba y el delantal lucía ligeramente abultado. Trató de recordar la última vez que había tenido el período, pero no fue capaz. Había estado tan emocionada con su romance que había olvidado todo lo demás, incluso las precauciones. ¿Qué iba a hacer ahora? Deseó todavía con más fuerzas poder reunirse con Álvaro. Estaba segura de que con él de vuelta todo se solucionaría: la abrazaría y le prometería un futuro juntos; una vida para los tres.

Se levantaba cada día mirando por la ventana, ansiosa por verlo regresar. Sin embargo, seguían sin noticias de él ni de su padre. Pasó otro mes y su estado empezó a ser evidente. Tuvo que arreglarse el uniforme para hacerlo más holgado y disimular su ganancia de peso. Sabía que aquella solución tan solo le valdría unas pocas semanas más; se le agotaba el tiempo. Rezaba cada día a los pies de la cama, contaba las cuentas del rosario que Jacinta le había regalado para su decimoquinto cumpleaños y lloraba desesperada contra la almohada.

Sus plegarias fueron escuchadas: Álvaro regresó con su padre un atardecer de viento; la tierra del camino se mezclaba con el horizonte rojizo de un verano agonizante. Lucilda casi se echó a sus brazos, pero se contuvo al verlo. Estaba más delgado que cuando se había marchado, y su cabello lucía más oscuro, como si se le hubiera apagado. Los ojos tampoco parecían los mismos, y Lucilda temió que hubiera dejado de amarla.

Lo esperó en la buhardilla. Tenía la esperanza de que la visitara esa misma tarde, pero no apareció. Se dijo que estaría demasiado cansado para un reencuentro, así que se fue a la cama cuando tocaron las doce. Intentó no darle importancia, pero esa noche sus sueños fueron más oscuros que nunca. En ellos una serpiente engullía el cuerpo de Álvaro y lo escupía en forma de despojos. No pudo volver a dormirse.

A la mañana siguiente, horneó pastas de almendra. Aunque había perdido su toque especial con la prolongada ausencia de Álvaro, por lo menos no le habían quedado insulsas. También preparó un jugo de naranja y el mejor café que pudo encontrar teniendo en cuenta la escasez causada por la guerra. Casi echó a correr por las escaleras en dirección al despacho del señorito, pero se obligó a acompasar los pasos para no volcar el contenido que llevaba en la bandeja. Le extrañó ver la puerta cerrada. Álvaro sabía que a esa hora le subiría el desayuno y acostumbraba a dejarla entornada. Le llamó la atención la música triste de un gramófono, que traspasaba las paredes como el anuncio de la muerte. Lucilda depositó su carga sobre uno de los aparadores del pasillo y se alisó la falda antes de llamar. No obtuvo

respuesta, quizá no la había escuchado con los acordes arremolinados de aquellos violines. Se atrevió a abrirla sin permiso.

Álvaro se había aseado, pero seguía llevando el uniforme militar. Sostenía entre los dedos uno de los cigarrillos que ahora lo acompañaban siempre, y vio que sobre el escritorio repleto de papeles descansaba un vaso de coñac junto a una botella vacía. Por su aspecto, dedujo que no había dormido en toda la noche. También era evidente que continuaba ebrio. Quiso abrazarlo, pero lo vio tan distinto que no se atrevió. Sentía que se trataba de un completo desconocido.

—Estoy ocupado, puedes dejar aquí el desayuno —dijo señalando la mesita auxiliar.

—Te he echado de menos… —Lucilda dio un paso hacia él y acarició con cuidado su cabello apagado.

Álvaro levantó los ojos hacia ella como si la viera por primera vez. La atrajo con fuerza hacia él hasta sentarla sobre su regazo y empezó a besarla con ansia, como si hubiera olvidado su amabilidad en el campo de batalla. Lucilda lo detuvo.

—Espera, tengo algo que contarte.

Él la miró con cierto fastidio, pero terminó asintiendo para que empezara a hablar.

—Estoy embarazada.

Lucilda tuvo que levantarse de su regazo cuando Álvaro se incorporó bruscamente. La estudió con unos ojos que se habían vuelto turbios como el agua estancada y se detuvo en la curva ya evidente de su vientre.

Álvaro se dio la vuelta para mirar hacia el jardín de la Villa.

Lucilda vio sus hombros recortados contra el sol que se colaba por la ventana y tuvo la certeza de que ya había visto antes esa imagen. Era el hombre de sus sueños: al que se acercaba y al que jamás podía alcanzar, el amor sin rostro que le daba la espalda.

—Ese niño no es mío.

A pesar del calor estival que todavía no había abandonado la casona, Lucilda sintió cómo la invadía un frío inexplicable. Le entró por la planta de los pies y recorrió hasta el último rincón de su cuerpo. Creyó que las lágrimas brotarían en forma de escarcha, pero las sintió líquidas y calientes contra la piel.

—Márchate —espetó Álvaro al ver que se quedaba parada en medio de la estancia—. Y no te atrevas a insinuar de nuevo que soy el padre de ese bastardo.

Lucilda no pudo emitir ningún sonido que no fuera un llanto ahogado. Salió del despacho corriendo y se refugió en su habitación. No cumplió con ninguna de sus tareas de la mañana; se dejó caer en su jergón y sus ojos se perdieron en las humedades del techo de su habitación de sirvienta. Quería creer que todo era un malentendido, pero las palabras de Álvaro no dejaban lugar a dudas. La repudiaba, y jamás admitiría su paternidad. ¿Cómo había podido ser tan estúpida? Le había entregado su corazón y su honra, y la abandonaba cuando más lo necesitaba. ¿Por qué no había hecho caso de sus sueños? Estaba claro que iba a llevarla al pecado como la serpiente del paraíso. Incluso había visto el momento en el que le daba la espalda. Pero no había podido, ni querido, creerlo.

—Doña Ángela está buscándote.

Era Jacinta, que aporreaba la puerta sin demasiados reparos. Lucilda no contestó, ¿qué iba a decirle? No podía presentarse ante el ama de llaves con los ojos hinchados y la nariz enrojecida por el llanto. Al no recibir respuesta, Jacinta abrió la puerta y se quedó parada al verla en ese estado. Entró en el cuarto y cerró para tener más intimidad.

—Ese malnacido lo ha hecho. Te ha dejado, ¿verdad?

Lucilda rompió a llorar. Jacinta la abrazó y la meció como si todavía fuera la niña indefensa que había llegado a la Villa siete años atrás.

—Con el tiempo lo olvidarás.

¿Cómo iba a olvidarlo si llevaba el fruto de su lujuria en las entrañas? Jacinta le acarició el cabello, despeinado bajo la cofia torcida.

—Tenías razón. No me quiere, solo he sido un entretenimiento más.

Estalló de nuevo contra el hombro de Jacinta, que se limitó a consolarla con siseos de madre.

—¿Hizo lo mismo con Enriqueta? —quiso saber.

El pensamiento le resultaba demoledor. Se había creído distinta, única para él, y al final tan solo era otra muchacha más a la que había engatusado con su gallardía.

—Traté de advertirte, pero estabas tan enamorada…

Lucilda se secó la cara con un pañuelo, pero sus mejillas no duraron mucho secas.

—Estoy… —Lucilda no terminó la frase, pero se tocó la barriga

para que comprendiera la vergüenza de lo que había hecho.

Jacinta cerró los ojos.

—Tenía la esperanza de estar equivocada.

—¿Lo sospechabas?

—Llevo años intentando que engordes sin ningún éxito —repuso con una sonrisa triste—, y justo ahora...

—¿Qué voy a hacer, Jacinta?

—Hay alternativas, mi niña —contestó agarrándole la cara para que la mirara a los ojos—, no tienes por qué tenerlo.

Lucilda había escuchado historias aterradoras de matasanos que sacaban a los hijos de las entrañas de sus madres antes de que pudieran nacer.

—No voy a deshacerme de él: es una criatura de Dios.

Jacinta suspiró.

—Imaginé que dirías algo así. ¿De qué sirve tanta fe, cariño?

—¿Enriqueta fue a uno de esos sitios?

Jacinta asintió.

—Se lo quitaron a tiempo, pero no podrá tener más hijos.

Lucilda se estremeció. Tan solo tenía diecisiete años; no se había planteado formar una familia, pero estaba segura de que quería ser madre. Enriqueta había pagado con un elevado precio su insensatez. Ella también afrontaría las consecuencias de sus actos, solo que de un modo distinto.

A la tarde se sintió un poco mejor y fue capaz de ir en busca de doña Ángela. El ama de llaves estaba en la cocina dando órdenes a

Natividad, que fregaba el suelo con vehemencia. Cuando doña Ángela la vio, frunció los labios en una expresión que no supo reconocer. Nunca antes la había visto en su rostro. Le hizo un ademán con la cabeza para que la siguiera hasta su habitación. Lucilda cruzó el pasillo lentamente, como si la suela de sus zapatos estuviera recubierta de una resina pegajosa que le impidiera avanzar.

Doña Ángela cerró la puerta con más fuerza de la necesaria y se cruzó de brazos frente a ella. Tenía las orejas rojas; Lucilda había aprendido que se convertían en llamas incandescentes cuando estaba enfadada.

—Siento ser yo la que le diga esto, Lucilda —su voz era calmada, pero pudo percibir la ira contenida tras sus palabras—, pero tiene que marcharse de Villa Montesinos.

Lucilda se sintió desfallecer. Doña Ángela se colocó a su lado y la sostuvo para evitar que cayera al suelo. La ayudó a sentarse en una silla de madera vieja y le ofreció un vaso de agua.

—¿Por qué?

—Me temo que el motivo es evidente.

Lucilda pudo adivinar que doña Ángela no estaba furiosa con ella, sino con la situación. Puede que también con la injusticia de un despido que la dejaría desamparada; estaban en guerra, y si ya era difícil encontrar un trabajo en esa situación, sería imposible hacerlo embarazada.

Doña Ángela evitó mirarla y Lucilda intuyó que había algo más que no le estaba contando, quizá fuera su último intento de protegerla de la realidad del mundo.

—Quiero que me lo diga.

Doña Ángela jugueteó con las llaves que llevaba siempre anudadas a su cintura. Después la miró con aquellos ojos tan negros como su traje de viuda.

—Don Álvaro le ha contado a doña Urraca que está usted encinta de Ramiro.

—¡Ramiro no ha tenido nada que ver en esto!

—Lo sé, pero no puedo hacer nada por ustedes: tendrán que buscar otro empleo. Les prepararé sendas cartas de recomendación.

—¡No pueden echarlo a él también! —masculló, y su voz se extinguió en un susurro—: No es culpable de nada…

—A veces nuestros actos tienen consecuencias nefastas para los demás —se lamentó.

—Usted sabe que es casi imposible encontrar trabajo en los tiempos que corren, no es justo que Ramiro…

—Nada de esto es justo —la cortó—, pero Ramiro saldrá adelante. En cambio, usted…

—Nadie me dará trabajo en mi estado —admitió con una nota de pánico en la voz.

Doña Ángela asintió y se acercó al escritorio. De allí recogió un fajo de billetes y se lo tendió.

—No quiero la caridad de Álvaro —contestó con el poco orgullo que le quedaba, aunque sabía que en esa bolsa se encontraba la única oportunidad que tenía de sobrevivir.

Doña Ángela dejó caer la mano a un lado, flácida, como si hubiera esperado esa respuesta. Dejó el dinero en su sitio y dio media vuelta.

Abrió uno de los cajones de un secreter de pino y sacó el zurrón del que habían salido las diez pesetas que le había pagado a su madre por ella. Se lo entregó y le hizo cerrar sus manos alrededor.

—Son mis ahorros —confesó doña Ángela—. No es mucho, pero con esto tendrá para pasar todo el invierno, hasta que nazca la criatura.

—No puedo aceptarlos.

—Hágalo; quizá si la hubiera educado con mayor rectitud no estaría en esta situación, pero siempre fue mi debilidad. Deje que asuma mi parte de culpa.

Lucilda se emocionó y bajó la mirada para que no la viera llorar. Sabía que sin ese dinero moriría antes de ver una nueva estación. Ella y un hijo nonato. Al final, aceptó el último regalo de doña Ángela. Se guardó el zurrón en un bolsillo y se despidió con una leve reverencia. Encontró a Jacinta al otro lado del pasillo con los ojos llorosos. Sospechaba el motivo por el que doña Ángela llevaba todo el día buscándola. La abrazó en silencio y le susurró palabras amables.

—No tengo para ofrecerte nada más que mi amistad —se lamentó —. Pero si me necesitas, aquí seguiré.

Lucilda apretó sus brazos en torno al cuerpo rechoncho de Jacinta y aspiró el aroma a dulces que siempre desprendía. Sospechaba que no volvería a verla. Como madre soltera se convertiría en una apestada para el resto de la sociedad, y no podía arrastrar a su amiga con ella al pozo de la ignominia.

Salió de Villa Montesinos aquella misma tarde, con un petate en el que había guardado las pocas pertenencias que había acumulado

durante los años de servicio: el vestido de domingo con el que había acudido a su primera cita con Álvaro, la novela *Crimen y Castigo*, un retrato en carboncillo desvaído por las lágrimas y un hijo en el vientre.

## EL PRIMER TREN

*30 de septiembre de 1936, cercanías de Canfranc*

Soledad notó un hormigueo en la nuca: alguien la observaba. Dio una vuelta sobre sí misma en la habitación, pero la oscuridad de la noche apenas le permitió distinguir las sombras angulosas de los muebles de la cabaña. De pronto escuchó unos ruidos suaves e insistentes. Tic, tic, tic. Una uña golpeando un cristal. Tic, tic. Se volvió hacia la ventana. Tic. Entonces la vio. Sor Angustias la miraba a través del cristal con las cuencas vacías. Le dedicó una sonrisa deshecha y un gusano se escapó de entre sus dientes corroídos. Se acercó tanto al vidrio que su aliento de muerta dejó una imprenta de vaho. Volvió a llamar con unos dedos demasiado huesudos, manchados de tierra putrefacta.

—Te esperaré en el infierno —gruñó con voz cavernosa.

Soledad gritó. Entonces alguien la zarandeó con fuerza. Abrió los ojos aterrada, esperando encontrarse con las garras de Sor Angustias alrededor de su cuello. Pero tan solo se encontró con la mirada preocupada de Alicia.

—¿Otra pesadilla?

Soledad suspiró y esperó a que su corazón se calmara antes de hablar; no quería asustar a su hermana.

—No es nada.

Alicia no la creyó. Llevaban dos semanas escondidas en la casa del guardés bajo la protección de Carlos. Y cada noche se despertaba aterrorizada por las pesadillas. La culpa, en vez de apaciguarse con el

paso de los días, se volvía más acuciante. A veces soñaba con hermosas manzanas rojas colgando del árbol del Paraíso, que terminaban pudriéndose en sus manos en cuanto las tocaba, como en el pecado original. Otras, las peores, Sor Angustias se le aparecía a los pies de la cama o tras la ventana para llevarle mensajes de ultratumba. No se lo había contado a Alicia, ni tampoco a Carlos, pero no hacía falta; ambos sabían lo que la atormentaba.

Los días eran monótonos. No podían arriesgarse a salir de la cabaña por temor a que alguna de las monjas o de las huérfanas del hospicio las descubrieran, así que se pasaban el día leyendo las novelas que Carlos les traía de la biblioteca. Cuando se cansaba de leer, Soledad habría levantado la vista para observar el paisaje, pero no se atrevía a mirar hacia la ventana. Estaba convencida de que un día vería a Sor Angustias estando despierta, esperándola para llevarla con ella al averno.

Carlos llegaba al anochecer, después de la última ronda de vigilancia a los alrededores del convento. Soledad y Alicia lo esperaban con la cena preparada. No eran platos demasiado suculentos: patatas hervidas, algún potaje insípido o carne requemada. Soledad intentaba aderezar los platos con especias y guarniciones, pero los resultados eran nefastos. Aun así, Carlos se lo comía todo sin protestar y siempre le dedicaba una sonrisa agradecida.

Aquella noche, Carlos se retrasó. La cena, un guiso de garbanzos, se había enfriado en el plato. Soledad miró a Alicia preocupada, pero ninguna dijo nada y cenaron en silencio. Aunque Carlos le había demostrado de sobra que podía confiar en él, continuaba temiendo

que un día lo pensara mejor y terminara delatándola a las autoridades. ¿Y si llegaba tarde porque estaba en el cuartel de policía de la ciudad? Cuando la puerta se abrió a medianoche, estaba segura de que llegaría acompañado de un par de guardias para llevarla a prisión. Sin embargo, llegó solo y con una maleta vacía en la mano.

—He localizado a Gertrude Müller.

Soledad se estrujó las manos. Había depositado todas sus esperanzas en una mujer a la que ni siquiera conocía, y ahora se daba cuenta de que lo más probable era que no las ayudara. ¿Por qué habría de hacerlo? Le había tendido la mano a su madre hacía más de un año, seguramente ya ni lo recordaría.

—Le envié una carta a la dirección que me indicaste, y me ha llamado esta mañana al cuartel.

Carlos iba de vez en cuando al cuartel de Jaca, donde estaba su regimiento militar.

—Os acogerá en su casa.

Soledad sintió que le flaqueaban las piernas, como si toda la fortaleza que había fingido empezara a resquebrajarse al sentir que tenía un lugar adónde ir. De repente un montón de miedos la invadieron. ¿Y si se portaba mal con ellas? En realidad, no sabía nada sobre la señora Müller. «No puede ser peor que Sor Angustias, ni que madre», se dijo.

Alicia dio un salto de alegría y tomó las manos de Soledad entre las suyas.

—Por fin nos vamos a ir de aquí.

Soledad sonrió, aunque de pronto sintió que un agujero negro se

abría paso en su corazón. Tendría que separarse de Carlos y no volvería a verlo.

—Ve a la habitación a preparar el equipaje —le dijo Carlos a Alicia, tendiéndole la maleta.

Cuando se quedaron solos, Carlos la estudió unos instantes.

—No pareces muy convencida.

—Es solo que… Alemania está muy lejos.

«Muy lejos de ti».

—Será tan solo una temporada. La señora Müller parece agradable, estoy seguro de que os cuidará bien.

Soledad asintió.

—Os he sacado un par de billetes. Partiréis al alba, en el primer tren.

—¿Desde Barcelona?

—Desde Canfranc.

En vez de una simple estación de tren, Canfranc le pareció uno de los palacetes franceses de los que su padre le había hablado de niña, digno de un cuento. Observó la simetría perfecta de la fachada, las puertas ribeteadas, los hierros forjados que se entrelazaban en armonía con el hormigón. Se fijó en los bloques de pizarra típicos de los Pirineos que coronaban el tejado y le otorgaban una personalidad muy distinta a cualquier edificio que hubiera visto antes. Tuvo la sensación de que no sería la última vez que estaría allí.

Carlos las condujo hasta el interior de la estación. Era tan luminosa que los cristales parecían los vitrales de una catedral. Las

paredes del vestíbulo estaban decoradas con suntuosas cenefas florales, y una escalinata blanca bajaba hasta las vías del tren. En el aire flotaban los sueños y las prisas de los viajeros, que caminaban atareados de un lado a otro con la esperanza de no perder el tren. Se percató de que montones de familias con niños se agolpaban en la taquilla. Supuso que tan solo querían comprar un pasaje para cruzar la frontera a Francia en busca de un futuro mejor del que les esperaba en un país en guerra. Carlos las acompañó hasta el andén cargando con el equipaje. Soledad se fijó en que apretaba la mano alrededor del asa de la maleta, como si pesara mucho, cuando en realidad apenas había dentro un par de mudas.

—El tren llegará en tres minutos —anunció observando el reloj que colgaba del muro.

Tres minutos y no volvería a verlo. Carlos le tendió la maleta a Soledad, que la aceptó con delicadeza, como si se tratara de una especie de ofrenda. El sonido de la locomotora cortó el silencio y una nube de humo los envolvió con su olor a azufre. El tren había llegado.

—Recordad, debéis hacer el transbordo en París y bajar en Hamburgo.

Soledad asintió y observó cómo el tren se detenía frente a ellos. Alicia se despidió de Carlos con un fugaz abrazo, y a Soledad le pareció diminuta arropada por aquellos brazos fuertes. Ojalá pudiera ella arrebujarse entre ellos para siempre.

—Gracias por ayudarnos, teniente —dijo Alicia con sincero agradecimiento.

Luego le dirigió una mirada de soslayo a Soledad y le dedicó una

sonrisa cómplice.

—Te esperaré dentro.

Entonces Alicia agarró la maleta, volvió a despedirse del teniente con un alegre movimiento de mano y subió al tren sin mirar atrás. En cambio, Soledad se quedó con los pies pegados al suelo; no podía apartar los ojos de Carlos. Había sido incapaz de confesarle su amor, y ahora era demasiado tarde. «De todos modos, él jamás te habría correspondido», se dijo. ¿Cómo iba a hacerlo si la miraba como si todavía fuera una niña?

—Volveremos a vernos, Soledad.

Se le entrecortó la respiración cuando Carlos depositó un suave beso en su mejilla. El teniente no se retiró enseguida, dejó que sus labios abrasaran su piel por un instante más de lo que mandaba el decoro. Soledad aspiró el aroma cálido que desprendía y giró el rostro. Sus ojos se engarzaron por un segundo, y Soledad percibió una mirada distinta. El agudo silbato del tren avisó de la inminente partida.

—Carlos, yo…

Él puso un dedo sobre sus labios y negó.

—No lo digas.

Soledad lo observó desconcertada unos instantes. ¿Sabía lo que tenía que confesarle? ¿Tan transparentes eran sus sentimientos?

Otro silbido acuciante. Soledad miró en dirección al tren y vio a Alicia en una ventana. Le hacía gestos para que entrara. No les quedaba tiempo.

—Volveremos a vernos, teniente.

Y se marchó sin volverse a mirarlo. Sabía que si lo hacía sería

incapaz de marcharse.

## SEGUNDA PARTE

# La huida

## LA ESCALERA

*1 de septiembre de 2022, Barcelona*

Nos llevó más de tres meses poner en orden la documentación para poder empezar las obras, pero en cuanto tuvimos todos los permisos, avisamos a la empresa que haría la reforma. Los andamios, las lonas blancas y el sonido de los taladros invadieron el cine al día siguiente. No teníamos tiempo que perder. Las viejas telarañas fueron sustituidas por el polvo blanco de la masilla, y los suelos quedaron cubiertos de plásticos arrugados con manchas de pintura. El olor a rancio de las moquetas se entremezcló con el sudor de los trabajadores formando una masa que me resultaba irrespirable. Quizá por eso iba tan poco por allí. Sentía que estaban profanando la memoria del Cine Imperial, como si hubieran abierto la tumba de un antiguo faraón para decorarla con muebles de Ikea. Prefería centrarme en mi trabajo en la inmobiliaria para no pensar en la intromisión que aquellas obras suponían en el legado de mi abuela. Era Lucilda quien había escogido las viejas máquinas de palomitas que ahora estaban sustituyendo por unas más relucientes; también los sillones aterciopelados del vestíbulo, que habían retirado para colocar bancos metálicos. El suelo de ajedrez no había corrido mejor suerte; ahora se agrietaba bajo los potros para dejar espacio a unas enormes y elegantes baldosas, tan brillantes que parecían espejos. Cada vez que veía a uno de los hombres tironear de una moqueta sentía que me estaban arrancando lo poco que me

quedaba de mi abuela. Hasta el diseño de las entradas había cambiado por completo. Ya no se trataba del dibujo circense tan típico de los setenta. Ahora consistía en una fina lámina blanca con el título impreso de la película. Incluso dentro de poco dejarían de existir, sustituidas por los cupones que se podían comprar online en la web que estábamos preparando. Sentía que estaba traicionando a mi familia. Por supuesto, Mauro me insistía en que nada de eso tenía sentido. «Tu abuela estaría muy orgullosa de que retomaras el negocio», solía repetirme, «lo que estás haciendo son cambios necesarios, ¿quién vendría sino a un cine tan viejo?». Sin embargo, yo seguía evitando acudir al moderno local en el que se estaba convirtiendo el Cine Imperial. Poco tenía ya que ver con el refugio de mi infancia.

—¿Va todo bien? —me preguntó Luther una de las pocas tardes en la que decidí pasarme por allí—. ¿Hay algo que no te guste?

Apenas podía mirarlo a la cara. Mi socio se estaba encargando de todo el trabajo mientras yo miraba hacia otro lado, incapaz de afrontar la realidad. Sin embargo, Luther nunca se quejaba y seguía pidiéndome opinión. Puede que tan solo lo hiciera porque era la socia mayoritaria o porque, en el fondo, era buena persona. Estaba segura de que yo no habría tenido tanta paciencia. A pesar de que seguía sin confiar plenamente en él, veía cómo se estaba esforzando por que el negocio saliera adelante y casi había desechado mis sospechas sobre sus intenciones ocultas. Casi. Seguía pareciéndome extraña semejante inversión, por no hablar de la tolerancia ante mis impertinencias. Cada vez que mostraba disconformidad con algún cambio, Luther

hacía todo lo posible por modificarlo hasta que fuera de mi agrado.

—No, está todo bien —contesté.

—Tu cara no dice lo mismo.

Aunque me esforzaba por mantener cierta distancia con él, Luther luchaba por acortar el espacio.

—De verdad, no es nada.

—No te gusta el color de las butacas, ¿es eso?

No pude contenerme más y exploté injustamente contra él:

—¿Por qué te interesa tanto mi opinión? Tú también eres el dueño.

Entonces lo miré. Luther seguía empeñándose en acudir a la obra con sus caros trajes de corte italiano, que terminaban manchados de arriba abajo. Me fijé en un lamparón blanco que recorría casi la totalidad de su hombro y que ascendía hasta su cara, dándole un toque algo aniñado a su rostro por lo general serio. Se me escapó una sonrisa.

—Perdona —decidí sincerarme para que no pensara que era una imbécil—, el color de las butacas es perfecto. Es que no llevo muy bien… todo esto.

Luther me miró desconcertado.

—¿Te refieres a las obras?

Suspiré. Si íbamos a ser socios tendría que aprender a confiar un poco en él. Contarle cómo me sentía no iba a perjudicarme de ninguna forma, ¿no?

—Sí, toda esta modernidad es como si… —me costaba encontrar las palabras ante su intensa mirada— como si estuviera borrando el

pasado.

Luther asintió.

—Comprendo.

Me resultó curioso su acento al pronunciar aquella palabra, como si tuviera algún tipo de pelea con las erres. ¿Dónde habría nacido? Mientras que yo le estaba contando mis pensamientos más íntimos, seguía sin saber de él poco más que el nombre. No pude acallar mi curiosidad.

—¿De dónde eres?

Luther se rascó la nuca y torció la comisura de los labios.

—Soy alemán.

Enseguida me di cuenta de que no había respondido exactamente a mi pregunta. Seguía sin saber dónde vivía, dónde se había criado ni qué estaba haciendo en Barcelona. Pero me di por satisfecha, de momento.

—¿Por eso no vienes mucho por el cine? —preguntó Luther para volver al tema que nos ocupaba.

Estaba claro que no se sentía cómodo hablando de sí mismo. Dudé un instante antes de contestar.

—Sí, no es fácil para mí ver cómo se convierte en un cine moderno.

—Tengo algunas ideas, ¿te parece bien si tomamos un café y te las cuento?

Quise negarme, pero él pareció leerme el pensamiento:

—Ya tenemos nuestro despacho listo, y me acaban de instalar la cafetera. Vamos, no puedes decir que no.

Así que lo seguí al interior del remodelado edificio. Apenas reconocí el lugar: las obras habían avanzado mucho desde la última vez. Los suelos ya no estaban repletos de virutas de serrín y masilla, ni había plásticos por todos lados; en el aire ya no flotaba ningún olor acre, sino el aroma dulzón de los muebles nuevos. Luther abrió una puerta blanca que no reconocí; también las habían cambiado. Tras ella se encontraba un coqueto despacho con un par de mesas, ya equipadas con ordenadores y material de oficina.

—¿Qué te parece?

Tuve que admitir que había convertido el viejo almacén donde se guardaban los carretes de las películas en una oficina de lo más acogedora. Un par de cuadros daban color a las paredes blancas, y una colección de plantas terminaba de dar vida al lugar.

—También han instalado un sistema de seguridad para que podamos estar tranquilos; así podemos guardar aquí la recaudación.

Miré hacia una discreta cámara que habían colocado en una esquina y que apuntaba a una pequeña caja fuerte en la pared. Sonreí. Al menos protegeríamos nuestras ganancias.

—Me gustará trabajar aquí —admití.

Aunque la verdad era que todavía no me hacía a la idea de regentar el cine junto a Luther. Por un momento pensé que el espacio era pequeño, y tuve que reconocer que tan solo tenía esa sensación porque él estaba dentro. Compartir una oficina se me antojaba un acto demasiado íntimo. Pero no lo dije, me limité a observar cómo Luther encendía una cafetera Breville que debía de haberle costado una pequeña fortuna. Él preparó un café con arte de barista y me lo

tendió. La leche tenía tanta espuma que, después del primer sorbo, me apresuré a limpiarme los labios con una servilleta; nada me hubiera resultado más humillante que un bigote blanco.

—¿Y cuáles son esas ideas de las que me querías hablar?

Necesitaba que Luther empezara hablar, lo sentía demasiado cerca y quería centrarme en otra cosa que no fueran sus ojos, que me observaban, atentos, por encima de la taza.

—Está claro que no te sientes cómoda con la reforma —soltó sin rodeos.

Quise esconder la cara detrás de la taza, pero era demasiado pequeña.

—Lo he estado pensando, y quizá el enfoque no sea el correcto —añadió Luther antes de que pudiera inventarme alguna excusa—. Al principio me extrañó tu actitud. No terminaba de entender por qué te desentendías de la remodelación, pero poco a poco vi el motivo: no hemos mantenido el espíritu original del local. Y hoy me lo has terminado de confirmar.

—No quiero decir que esté mal lo que se ha hecho —me apresuré en aclarar. No quería herir sus sentimientos.

—No —admitió él—, pero todo esto me ha hecho reflexionar. Puede que el público se sienta del mismo modo que tú. Los vecinos que en algún momento vinieron al Cine Imperial querrán reencontrarse con el lugar que frecuentaban en su juventud, con la sala en la que besaron por primera vez a su pareja hace veinte años, la misma a la que solían ir con sus amigos de la infancia, o con sus padres. No querrán un cine moderno sin personalidad.

No podía apartar los ojos de Luther. Su discurso me había conmovido. ¿Era eso lo que el cine significaba para el barrio? No lo había pensado así hasta ese momento, y el descubrimiento se convirtió en propósito.

—Devolveremos a la vida al antiguo Cine Imperial —dije con decisión.

Luther sonrió y sus ojos brillaron con la certeza de que había hecho lo correcto al hablar conmigo.

—Lo primero de todo será quitar esos bancos metálicos, parecen de hospital —sugerí.

Luther soltó una carcajada.

—Mañana mismo llamaré a la decoradora. Va a querer matarnos, estaba encantada con su diseño.

—Puedes decirle que hable conmigo, asumiré mi parte de responsabilidad —repliqué con una sonrisa—. Al fin y al cabo, debí decirlo antes.

Luther le quitó importancia con un movimiento de mano y dio otro sorbo antes de volver a hablar:

—Con lo que nos cobra, más le vale no quejarse demasiado. Por cierto, Leonor, quería mostrarte algo desde hace días, pero no he tenido ocasión.

Arqueé las cejas y asentí. Luther se terminó el café de un trago y lo depositó sobre la mesa. Después me pidió que lo siguiera por los pasillos del cine. Dejé la tacita en un lateral del escritorio y fui tras él. No pude evitar reseguir la forma de su espalda con los ojos a medida que Luther avanzaba por el corredor. Tan solo alumbraban sus pasos

un puñado de luces cálidas que habían instalado recientemente; la iluminación se me antojó sensual, como si la penumbra invitara al pecado. Me descubrí elucubrando sobre cómo sería el tacto de la tela del traje de Luther. «Suave, seguro». Como si él hubiera escuchado lo que pensaba, se giró para mirarme. Me sonrió por encima del hombro y volvió la vista al frente. Empecé a imaginar un sinfín de cosas que podrían llegar a ocurrir si lo detenía, si lo agarraba de la mano para que me mirara de nuevo. Sin embargo, mis fantasías se desvanecieron cuando Luther se detuvo frente a unas escaleras. Estaba claro que no habían modificado nada de esa zona. El mármol de los peldaños estaba descantillado, y mostraba un gris mucho más apagado que el del resto del cine.

—Estas escaleras conducen hasta una puerta de madera —explicó Luther—, pero está cerrada. ¿Sabes adónde lleva? No quisiera tener problemas. Si es una vivienda puede que no tengamos permisos para...

Tuve que aferrarme a la pared y tomar aire antes de interrumpir su discurso:

—Suben al piso de mi abuela Lucilda —la voz me salió entrecortada, como los escalones—, lleva veinte años cerrado.

Luther se volvió hacia mí y sus ojos grises se volvieron más oscuros, quizá por la negrura de los secretos que ambos escondíamos.

—Lo siento, no quería incomodarte —se apresuró a decir él al percibir mi tensión.

Miré hacia la madera ajada que parecía desafiarme desde lo alto. Apenas era capaz de recordar cómo era el piso de mi abuela. De niña había pasado la mayor parte del tiempo correteando por las salas de

proyecciones de abajo. Tan solo conseguía que me vinieran algunos destellos del aspecto del salón de mi abuela. Si no me fallaba la memoria, el sofá lucía una excesiva tapicería rebosante de flores, pero era el lugar más confortable en el que había estado. Solía sentarme allí a ver dibujos animados mientras me comía un trozo de queso tierno que no había vuelto a probar en todos esos años; lo había buscado en montones de charcuterías, supermercados e incluso por internet, pero ninguno sabía igual que el que me daba mi abuela. Luego estaba la mesa de comedor de contrachapado oscuro a conjunto con unas sillas de cuero negro que eran demasiado pequeñas para mi abuelo, que siempre había sido un hombre corpulento. Me pregunté si mis escurridizos recuerdos se corresponderían en algo con lo que quedaba tras esa puerta. Había sido mi padre quien había acudido por última vez a casa de Lucilda después del funeral. Habría metido todas sus pertenencias en cajas para donarlas o guardarlas en algún rincón. Sin embargo, nunca habíamos hablado de ello. ¿Y si Mauro había sido incapaz de tocar nada? ¿Y si estaba todo tal y como ella lo había dejado aquel día? Su muerte había sido tan inesperada, tan terrible… Lucilda no había tenido tiempo de despedirse de nada ni de nadie. Se habría preparado su café como cada mañana y habría besado la vieja fotografía de mi abuelo antes de bajar al cine, como la había visto hacer siempre. Y habría cerrado la puerta de su casa sin saber que nunca más volvería a entrar. De pronto una idea se hizo hueco entre mis pensamientos, con la inoportuna curiosidad como estandarte de una batalla que tarde o temprano tendría que librar: sabía que debía enfrentarme a mi pasado si quería descubrir más sobre mi abuela,

sobre una juventud de la que, al parecer, sabía poco o nada.

—¿Crees que habrá algo sobre esas dos mujeres? ¿Quizá más cartas que hablen de Dorotea y Soledad? —me escuché preguntar.

Luther se encogió de hombros y miró hacia la puerta, puede que preguntándose qué secretos encerraba.

—Es posible —terminó admitiendo.

Apreté los labios.

—Mi padre todavía debe conservar la llave.

Di un paso hacia la escalera, dispuesta a subir, a acercarme un poco más al pasado, aunque no tuviera la llave. Pero Luther alargó su mano hasta la mía para detenerme. Me percaté entonces de que yo temblaba, quizá nerviosa ante la perspectiva de adentrarme en unos recuerdos en los que no estaba preparada para profundizar.

—No tenemos por qué entrar —me dijo él en un susurro—. Por lo menos, no hasta que estés lista.

Me volví hacia él. Había subido un peldaño y nuestros rostros se encontraban a la misma altura. Estábamos muy cerca, como si la estrechez del pasillo nos hubiera obligado a acercarnos sin darnos cuenta. No pude evitar bajar la vista hasta los labios de Luther. Dejé escapar un suspiro entrecortado al imaginarlos sobre los míos, y aquella fue la señal que le hizo avanzar. Luther me besó con cuidado al principio, puede que temiendo recibir una bofetada por su osadía. Sin embargo, me aferré a él como si fuera una balsa salvavidas. Necesitaba dejar la mente en blanco, y el deseo era lo único que podía hacer que olvidara todo lo demás. Pasé la mano por la espalda de Luther y me estremecí ante el delicado tacto de la tela. Mis dedos se

aventuraron por el cabello de la nuca, mucho más corto que el del flequillo. «Es tu socio». La inoportuna voz de la razón hizo su aparición justo cuando Luther me había arrinconado contra la pared. Tuve que lidiar unos instantes contra mí misma antes de pedirle que se detuviera porque, en el fondo, no quería que parara.

—No podemos mezclar los negocios con… otras cosas.

Luther abrió la boca para protestar, pero salí corriendo como una cobarde. Sabía que, si me quedaba con él un instante más, me convencería para cometer una locura.

# EL CLIENTE

*1 de abril de 1939, Jaca*

Lucilda cortó los panecillos recién tostados y los untó con la mermelada de arándanos que ella misma había elaborado unos días atrás. No les quedaba mantequilla, pero estaba segura de que nadie se quejaría. Cuando terminó, los colocó en el centro de la sencilla mesa de madera. Aquella casa nada tenía que ver con Villa Montesinos: las comidas se realizaban en la cocina, y no en un suntuoso salón repleto de cubertería de plata y lámparas de araña. Lucilda abrió el armario de la alacena y suspiró al comprobar que no quedaban más que cuatro patatas. Miró en la fresquera y encontró un poco de queso y fiambre. Decidió que serían un buen acompañamiento para los panecillos dulces. Justo cuando estaba preparando un poco de zumo de naranja, escuchó pasos a su espalda. Antes de que pudiera volverse, unos brazos rodearon sus piernas con cierta torpeza.

—¡Madre! ¿Todo esto es para mí?

Lucilda se giró con una sonrisa.

—No, Mauro, ya sabes que tienes que compartirlo con las chicas.

—¿Y cuándo vienen? —su hijo se cruzó de brazos con enfado infantil—. Tengo hambre.

Lucilda miró el reloj de pared; ya era mediodía. Las chicas no tardarían en aparecer por allí. Solían despertarse hambrientas después de una noche entera de trabajo y entraban en tromba por la puerta, dándose codazos por quedarse con el panecillo más jugoso. Por suerte,

Lucilda se encargaba de que siempre hubiera comida suficiente para todos, aunque en los últimos tiempos le había resultado difícil. A pesar de los buenos contactos de Madame Lambert, la guerra empezaba a no tener piedad con nadie. Por mucho que contaran con los favores de los militares, a esas alturas incluso a ellos les resultaba difícil conseguir provisiones, y la despensa estaba cada día más vacía. Si seguían así, Lucilda no sabía qué sería de ellas.

—¡Madre! —Mauro estaba indignado—. ¿Que cuándo vienen?

—Ya estamos aquí —dijo una voz adormilada desde la entrada de la cocina.

Ana, la más veterana de las chicas, estiró los brazos para desperezarse mientras Olivia, la más joven, no podía contener un par de bostezos. Resultaban una pareja variopinta: Ana era alargada como una espiga de trigo; en cambio Olivia era tan bajita que a veces costaba encontrarla, aunque poseía las curvas de la diosa Venus.

—¿Y las demás? —preguntó Lucilda.

No solían saltarse el desayuno.

—Nora se quedó hasta muy tarde con un cliente y Azucena bajará enseguida.

Efectivamente, Azucena asomó por el umbral de la puerta justo en ese instante, con su belleza etérea envolviendo cada uno de sus movimientos. Su piel era tan blanca que a veces parecía que fuera a desaparecer. Los saludó con un leve movimiento y se sentó a la mesa, que ya habían empezado a ocupar las demás. Lucilda estaba colando un poco de zumo cuando otra voz la sobresaltó.

—No pensaréis zamparos todo eso sin mí.

Nora también entró a la cocina y se unió a sus compañeras. Su rostro aniñado no daba ninguna muestra de que hubiera dormido poco. Lucilda sonrió cuando Nora empezó a parlotear sobre nimiedades con su particular acento extranjero. Nadie sabía de dónde era, y ese misterio le granjeaba más clientes. Por eso, nunca terminaba de aclarar si era francesa, alemana o inglesa. Su cabello era tan rubio que bien podría haber pasado por albina en algún circo ambulante. Pero era demasiado bella para eso.

Lucilda se sentó a la mesa y Mauro se apresuró a subirse a su falda. Acarició el cabello dorado de su hijo y le besó la coronilla mientras él empezaba a dar cuenta del desayuno. En cuanto Mauro terminó, Lucilda se levantó para subir el desayuno a los aposentos de Madame Lambert, que nunca comía con ellas. «Me gusta tomar las tostadas en la cama», le había dicho, aunque Lucilda sospechaba que lo hacía por las chicas. Ambas sabían que, si bajaba a compartir mesa con ellas, las risas distendidas se evaporarían como la escarcha matutina. Aunque Madame Lambert nunca trataba mal a ninguna de las muchachas, todas, incluso la descarada de Nora, le tenían respeto. Era una de aquellas personas que generaban cierto temor en los demás, con su porte altivo y una mirada inteligente que amedrentaba al más valiente. Su fuerza había mantenido alejados a los maleantes durante la guerra, o quizá había sido por la buena relación que mantenía con algunos de los coroneles más importantes del ejército sublevado, que la visitaban con frecuencia desde el cuartel de Jaca.

Lucilda llamó tres veces a la puerta, pero Madame Lambert no respondió. Dudó si marcharse de vuelta a la cocina, pero temía que le

dedicara una de sus incisivas miradas si la dejaba sin desayunar, así que finalmente abrió y asomó la cabeza con cierta prudencia. Se sorprendió al verla fumando en el balcón, con los pensamientos perdidos en el horizonte y el humo envolviendo su impecable melena castaña. El teléfono estaba descolgado sobre el escritorio.

—Adelante, Lucilda. Puedes dejar el desayuno sobre la mesilla de noche.

No sucedía nada en la casa sin que Madame Lambert lo supiera, pero ¿cómo había visto que estaba allí si estaba de espaldas?

—¿Ocurre algo, Madame? —se atrevió a preguntar.

Madame Lambert no se quitaba el camisón de raso ni la bata de seda antes de las dos de la tarde. Sin embargo, estaba vestida, incluso llevaba sus delicados zapatos de charol ya puestos. Como si fuera a salir.

—Ha terminado la guerra —anunció, y sus palabras volaron envueltas en una nube gris.

Lucilda no estaba segura de que Madame Lambert estuviera feliz, era difícil saber qué estaba pensando.

—Es una buena noticia, ¿no?

—Sí, supongo que sí.

Aunque Lucilda supo por el tono de su voz que era una mentira. Puede que, después de todo, Madame Lambert tan solo mantuviera contactos con el ejército sublevado por su propia conveniencia, no porque creyera en sus ideales. ¿Era republicana después de todo? Nunca lo sabría, ella jamás realizaba juicios de valor que pudieran poner en riesgo el negocio.

—Esta noche vendrán muchos clientes a celebrarlo. Procura que las chicas estén preparadas.

La dispensó moviendo sus largos dedos, que terminaban en una perfecta manicura de color carmín.

—¿Va a ir a alguna parte? —quiso saber Lucilda, y volvió a mirar su vestido.

—Voy a ver si consigo alcohol para esta noche en el mercado negro. Ya sabes que no es fácil encontrarlo.

Lucilda asintió. Ella había intentado comprar bebida en otras ocasiones, sin ningún éxito. Tan solo Madame Lambert conseguía hacerse con algunas botellas de whisky importadas y un poco de ron de estraperlo. Nadie sabía quiénes eran sus contactos, ni sus fuentes.

Madame Lambert no se equivocó. Aquella noche los soldados llegaron a la posada en decenas, pidiendo vino y alcohol sin escatimar en gastos: tenían una victoria que celebrar. Lucilda se apresuraba en servir las copas lo más rápido que podía, aunque apenas daba abasto ella sola. Las chicas habían subido a sus habitaciones, y estaban demasiado ocupadas contentando los deseos de los militares como para echarle una mano.

—Oye, guapa, echa más vino aquí.

Lucilda sintió una mano sobre su trasero y dio un brinco. Cuando entró a trabajar en la casa, algunos de los clientes habían intentado propasarse con ella, pero Madame Lambert les dejó claras las normas. Ella tan solo era la camarera. Y hacía casi tres años que no sufría un incidente de ese tipo. Lucilda se volvió hacia el dueño de la mano con

la intención de reprenderlo, sin embargo, se quedó paralizada cuando lo reconoció. Los mismos ojos de topo, la papada porcina que en vez de leche goteaba vino.

—¿Bautista?

Se arrepintió de haber pronunciado su nombre. Si no lo hubiera dicho, quizá él no habría entornado la mirada ni la hubiera mirado con la sonrisa de suficiencia que no había olvidado a pesar de los años.

—¿Hermanita? —soltó una carcajada—. No sabía que ahora eras ramera.

Lucilda se aferró a la jarra de vino y miró a su alrededor en busca de una escapatoria que no encontró.

—Soy camarera —aclaró, aunque le tembló la voz.

Bautista soltó una carcajada.

—No imaginaba que pudieras caer tan bajo —prosiguió arrastrando las erres—. ¿No avergonzaste suficiente a tu familia quedándote preñada de vete a saber qué desgraciado?

Lucilda sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas. No pasaba un solo día en el que no se arrepintiera de haber acudido a sus padres después de que la echaran de Villa Montesinos. En vez de ayudarla, su madre la había abofeteado y su padre había soltado insultos de los que ni siquiera conocía el significado. «Estás muerta para nosotros», había gritado su madre, histérica. «Márchate y no vuelvas nunca», había rematado su padre. Después de eso, Lucilda había vagado por todos los barrios de Jaca en busca de una casa en la que necesitaran una doncella, una limpiadora o una moza, lo que fuera. Pero nadie le dio

trabajo. Algunos ponían la guerra como excusa, otros se limitaban a mirar su estómago abultado y encogerse de hombros. Cuando se terminaron las puertas a las que llamar, acudió al último lugar en el que se había imaginado trabajando. El último recurso. La casa de Madame Lambert era uno de aquellos lugares prohibidos para las muchachas decentes. Sin embargo, ella ya no tenía honor, y su creciente barriga así lo había ido pregonando por la ciudad. En cuanto la había visto entrar, Madame Lambert había resoplado. «¿No sabes que justo eso es lo que intentamos evitar aquí?», había dicho señalando su vientre. Lucilda ya se había dado media vuelta cuando la voz de la mujer la había detenido. «Las chicas necesitan a alguien que se ocupe de las tareas domésticas», había dicho, «tendrás comida y un techo bajo el que cobijaros tú y tu hijo, pero no puedo pagarte». Lucilda había asentido y casi se había abrazado a ella. No le importaba el dinero, tan solo necesitaba un hogar en el que tener a su bebé y poder vivir en paz, lejos de sus heridas. Después Madame Lambert se había acercado y había tomado su rostro entre las manos con tanta delicadeza que casi la había asustado. «Eres guapa. Cuando nazca la criatura, revisaremos las condiciones; quizá tú también puedas satisfacer a algún cliente». Lucilda se había estremecido ante el pensamiento, y Madame Lambert lo había notado. «¿Acaso te crees mejor que mis chicas?». Lucilda había negado con la cabeza. «La mala suerte, o en tu caso la mala cabeza, os trae a mi puerta, pero aquí encontráis una familia; una de verdad».

—Échame más vino, he dicho —insistió Bautista.

—Son dos pesetas —dijo extendiendo la mano hacia su hermano.

Él soltó una risotada.

—Eres una descarada —gruñó furioso.

La agarró de la muñeca con la que sostenía la jarra y el vino amenazó con salirse de la cerámica.

—Suéltala, Bautista —advirtió una voz masculina.

Entonces Lucilda reparó en que su hermano no estaba solo. Lo acompañaba un hombre poco mayor que él. También vestía uniforme militar y era corpulento, aunque no del mismo modo grasiento que Bautista. No, aquel hombre parecía hecho de acero. Y eso mismo debió de pensar su hermano, porque la soltó inmediatamente. Los ojos del desconocido se detuvieron en los de ella un instante antes de volverse hacia Bautista, pero fue suficiente para que Lucilda sintiera algo que creía muerto hacía mucho tiempo.

De pronto, su hermano volcó la copa de un golpe y se puso en pie. Lo poco que quedaba de vino se deslizó por la mesa como gotas de sangre.

—Me voy —gruñó.

Lucilda lo vio desaparecer con Nora y no supo si aquello le hizo sentir alivio o náuseas. Se disculpó con el compañero de Bautista y le llenó la copa hasta arriba.

—Invita la casa —susurró antes de volver a la barra para continuar sirviendo pedidos.

Tan solo quedaban cuatro borrachos berreando viejas canciones de guerra cuando Lucilda decidió retirarse a descansar. Mauro ya dormía en la pequeña cama que habían acondicionado junto a la suya. Lucilda

lo besó en la frente y empezó a quitarse la ropa cuando llamaron a la puerta. Volvió a anudarse el vestido y acudió a abrir. Le extrañó ver a Madame Lambert al otro lado. No solía molestarla una vez había terminado su jornada. Sin embargo, la mujer la miraba de un modo distinto, y le hizo un gesto para que saliera al pasillo. Lucilda obedeció enseguida; no quería despertar a Mauro.

—Siento molestarte a estas horas, pero un cliente quiere verte.

Lucilda la miró sin comprender.

—Está esperándote en mi habitación.

—Acordamos que no ejercería…

Lucilda sintió ganas de vomitar al recordar aquella única vez.

—Y no te lo pediría después de lo que pasó —replicó—, pero me ha asegurado que tan solo quiere hablar contigo.

Lucilda rio con ironía.

—¿Y se lo ha creído? Aquí nadie viene a hablar.

—Si te sientes más segura, puedes dejar la puerta abierta. Me ha prometido que no te tocará. Necesitamos cada céntimo, Lucilda, la guerra nos ha pasado factura a todos.

Lucilda cerró los ojos. Le debía demasiado a esa mujer como para negárselo.

—Está bien, espero que le haya pagado bien.

Madame Lambert sonrió, una sonrisa sincera que no solía mostrarle a mucha gente. Lucilda se encaminó a la habitación y el perfume a jazmín que solía desprender su jefa la rodeó. El hombre estaba de espaldas en el mismo balcón en el que Madame Lambert había fumado aquella mañana; parecía absorto en el paisaje nocturno.

En cuanto la escuchó, se volvió y regresó a la estancia. Lucilda no tardó ni un segundo en reconocer al acompañante de su hermano. Se tensó.

—¿Qué… es lo que quiere? —balbuceó.

—Disculpe, no quiero incomodarla. Solo quería estar un rato más con usted.

Lucilda entornó los ojos con desconfianza.

—¿Le ha enviado Bautista para reírse de mí?

—Lamento decirle que su hermano es un patán; no le haría caso en nada.

Lucilda tuvo que reprimir una sonrisa.

—¿Entonces no son amigos?

—No, estamos en el mismo regimiento. Vinimos con varios soldados más, pero nos separamos al entrar. Ya sabe…

Lucilda comprendió que sus compañeros debían estar probando las delicias de Ana o Azucena.

—Yo no ejerzo —dijo de pronto.

Él ladeó la cabeza, como si no la comprendiera.

—No soy prostituta —aclaró.

—Eso ya lo sé; lo ha dicho antes.

—¿Entonces por qué estamos aquí?

—¿De verdad es necesario que le confiese cuánto me ha gustado?

Lucilda se sonrojó tanto que creyó que explotaría.

—No tengo tiempo para amoríos.

Antes de que saliera huyendo despavorida, escuchó que él decía algo a sus espaldas:

—Me llamo Darío.

Se volvió una última vez a mirarlo y su sonrisa descarada casi la desarmó. Sin embargo, continuó avanzando hasta su habitación y cerró la puerta con llave. Se metió en la cama y se tapó hasta arriba con las mantas, como si pudieran protegerla de lo que acababa de sentir.

# LA VOLATILIDAD DE LOS SUEÑOS

*25 de abril de 1939, Los Ángeles*

Dorotea se apeó del tren en la estación central de Los Ángeles. Sonrió con nostalgia al recordar la primera vez que había estado allí, hacía ya tres años. Aquel día el tren se había detenido con un chirrido y había tenido que apresurarse a agarrar su maleta para que no se escapara del compartimento. Se había recompuesto un poco la ropa y había mirado por la ventanilla con los nervios arañándole el estómago. Aunque en ese entonces tan solo la había visto en una vieja fotografía, la había reconocido enseguida. Andaba en círculos en el andén número cuatro mientras miraba el reloj con cierta ansiedad. Sostenía un pequeño cartel con el nombre «Dorotea Dalmau». Cuando se había acercado hasta ella, se habían estudiado en silencio. Tan solo unas pequeñas arruguitas en torno a los ojos azules de Margarita delataban que estaba alcanzando ya la madurez. Dorotea se había dado cuenta de que su tía estaba tan asustada como ella. «¿Eres Dorotea?», había preguntado con voz suave. Dorotea había asentido con la vista gacha; sin embargo, en cuanto se había atrevido a mirarla de nuevo, se había dado cuenta de que la tía Margarita era completamente opuesta a su padre: tenía la mirada amable y una sonrisa tan grande que le ocupaba toda la cara. Al instante había sabido que se llevarían bien.

Dorotea caminó por el andén sin ningún tipo de duda esta vez; había hecho ese mismo recorrido cada día durante los últimos dos años. Llegó a la salida de la estación y una marabunta de coches, taxis

y camiones le dio la bienvenida a la gran ciudad. Bocinas, humo y charlas animadas de los transeúntes la envolvieron. Miró hacia los elevados rascacielos; todavía le robaban el aliento. Cuando se recuperó del vértigo, empezó a andar. Vio su reflejo en el escaparate de una joyería; se le había desdibujado el labial. Abrió el bolso para sacar el pintalabios y un espejito circular que siempre llevaba consigo. Después de levantar la tapa, se retocó el carmín. La vio en cuanto cerró el espejo. Casandra. Estaba parada frente a ella y sostenía un cigarrillo en la mano. Se le cayó al lado de unos modernos pantalones; solo ella se atrevería a vestirlos. La vio abrir mucho los ojos, del mismo color de la miel.

—Dorotea.

Tragó saliva y el momento se alargó. No sabía qué decir ni qué hacer. Todavía era incapaz de borrar la imprenta de sus labios. De ese extraño beso. Decidió huir. Alejarse de lo que no comprendía. Levantó la mano, impulsada por el resorte de la vergüenza, y paró un taxi. Correteó con sus tacones hasta el vehículo que se había detenido a un lado de la calzada. El conductor la miró con una ceja arqueada en cuanto la vio tan agitada.

—A la Franklin Academy —pidió sin resuello.

El hombre la miró con fastidio. Tan solo estaba a un par de manzanas. Sin embargo; no dijo nada más y arrancó. Dorotea se volvió hacia la luna trasera y vio cómo Casandra se hacía pequeña, hasta desaparecer. Cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre el sillón, como si de pronto un enorme cansancio la hubiera invadido. Trató de pensar en otra cosa. En la audición; en los resultados. Iban a

anunciarlos hoy, no podía, ni quería, distraerse con la maraña que sentía en el pecho.

Dorotea bajó del taxi frente al lujoso edificio colonial en el que se alojaba la Franklin Academy. Todavía le costaba creer que hubiera logrado entrar en aquella prestigiosa academia de actores. Una mañana su tía la había escrutado a través de la taza de café del desayuno. «¿A qué te gustaría dedicarte?». Cuando Dorotea le había confesado que quería ser actriz, lejos de soltar una carcajada, la tía Margarita había asentido con solemnidad. «Conozco una buena academia», había dicho poco después, «seguro que Andrew tiene contactos para que puedas entrar». Y fue el tío Andrew precisamente quien le abrió las puertas de la Franklin Academy dos años atrás.

Nada más entrar en la recepción, Tiffany se abalanzó sobre ella para estrecharla entre sus brazos regordetes. Dorotea la había conocido en su primer día de clase, y enseguida habían congeniado. Tiffany era la mejor actriz de su promoción, de eso no cabía duda, pero no solían darle ningún papel. Su rostro estaba todavía lleno de granos adolescentes que se resistían a abandonar su piel, y en Hollywood tan solo buscaban caras bonitas. Sin embargo, eso no parecía desanimarla, y Dorotea la admiraba por ello.

—Te han escogido para el papel protagonista de *The Midnight Rose* —anunció Tiffany entre gritos de júbilo.

Dorotea no movió ni un músculo. Se quedó mirando la pancarta del tablón de anuncios de la academia que anunciaba que ella era la elegida: «Protagonista de *The Midnight Rose*, de los estudios

Paramount». No podía creerlo. Dorotea se sintió eufórica y triste a partes iguales. Un terrible pensamiento cruzó su mente: le habían dado el papel por el cabello rubio, sus ojos ambarinos y las proporciones adecuadas de su cuerpo, que se ajustaban a la perfección a los cánones de belleza. No por su talento, desde luego. Tiffany también se había presentado a la audición, y había actuado infinitamente mejor.

Esperaba ver decepción en el rostro de su amiga, sin embargo, Tiffany la miraba tan emocionada como si fuera ella quien fuera a protagonizar la película. Dorotea se sintió culpable y apartó la mirada.

—Vamos, no te preocupes por mí —dijo Tiffany riendo—. Sé muy bien que hasta que no deje de comer tortitas y chocolate nadie apostará por mí.

—Pero tú eres mejor —protestó.

—Déjate de tonterías. ¿Cómo no te iban a coger después de la gran actuación que hiciste en *The girl in the train*?

Dorotea sonrió al recordar su primer papel importante. No había sido una película con un gran presupuesto —de hecho, se trataba de un film corto—, pero el argumento era bueno y el resultado había sido excelente. Se sentía orgullosa de haber participado en un proyecto como aquel.

—Venga, celebrémoslo a la salida de las clases —sugirió Tiffany—. En el *Cups & Cake* tienen *happy hour* hasta las cinco, vamos a seguir engordando la leyenda.

Cuando terminaron las lecciones, Tiffany la agarró del brazo para

arrastrarla a la salida de la academia. Dorotea se detuvo en seco al ver a la tía Margarita esperándola en la puerta. Daba vueltas en círculos como un tigre enjaulado, estaba pálida y su melena corta, que solía llevar pulcramente peinada, lucía descolocada, como si hubiera llegado corriendo hasta allí. Dorotea contuvo la respiración.

—¿Ocurre algo, tía?

Tiffany la soltó del brazo, quizá percibiendo la inquietud que flotaba en el ambiente.

—Mejor dejamos el *Cups & Cake* para mañana —murmuró su amiga.

Dorotea asintió y vio cómo Tiffany se perdía en el horizonte.

—Te invito a tomar un batido en *The Crab's* —dijo la tía Margarita en cuanto se quedaron solas.

La tía Margarita bebía batidos a todas horas: de frambuesa, de chocolate e incluso de piña. Decía que en España no existían delicias así. La primera vez que la había llevado a *The Crab's,* Dorotea no había podido resistirse a pedir uno de esos brebajes. En cuanto había dado un par de sorbos, había decidido que también le gustaban. Sin embargo, aquella tarde, cuando se sentaron a una de las mesas del local, no percibió el ánimo alegre que solía derrochar su tía. Removía su batido con desgana, sin apenas levantar la mirada hasta ella.

—¿Qué ha pasado, tía?

La tía Margarita le tendió un telegrama. Su manicura roja estaba descascarillada: se había mordido las uñas. Solo lo hacía cuando algo la inquietaba en exceso. Dorotea no necesitó más de un segundo para leer el escueto mensaje, y todo su mundo se derrumbó.

*Dorotea debe regresar. STOP. La guerra ha terminado. STOP. Alfredo Dalmau.*

Dorotea apenas percibió que el ligero papel se escurría entre sus dedos; salió volando hasta el montón de servilletas arrugadas que se acumulaban en el suelo. No lo recogió. No necesitaba volver a leerlo. Miró a su tía y empezó a negar con la cabeza.

—No puede hacerme esto. Ahora no.

No había recibido noticias de su padre durante toda la guerra. Ni una miserable carta, ni mucho menos un telegrama. Ella sí que le había escrito, al menos al principio, pero tampoco había obtenido respuesta. Quería pensar que era difícil, casi imposible, que llegara correo desde España dadas las circunstancias, y que las comunicaciones eran impracticables. Sin embargo, sabía de amigas que sí tenían noticias de sus seres queridos, aunque llegaran a cuentagotas. La única certeza que había tenido de que su padre y Abigail seguían vivos era que nadie le había notificado lo contrario. Aunque en realidad tampoco estaba muy segura de que, de haber ocurrido alguna desgracia, las noticias hubieran llegado hasta ella.

—Cariño, no sabes cuánto lo lamento. Sabes de sobra que desearía tenerte aquí conmigo para siempre. Pero es tu padre.

—¡Él no puede decidir por mí! Me envió aquí sin preguntar y no ha dado señales de vida en todo este tiempo. Y ahora que soy feliz, ahora que empiezo a cumplir mi sueño…

Rompió a llorar. La tía Margarita la rodeó con los brazos y trató

de consolarla con movimientos suaves.

—Me han cogido para el papel protagonista —anunció entre sollozos—. Voy a ser Mary en *The Midnight Rose*…

Y aunque usó el presente, sabía que debía hablar en pasado. Vio cómo la tía Margarita se alegraba por un instante, justo antes de caer en la cuenta de que, si regresaba a Barcelona, jamás podría aceptar la oferta de la Paramount. Se quedaría a las puertas de cumplir su sueño.

—No voy a regresar: mi futuro está aquí.

La tía Margarita tomó su cara entre las manos y le secó las lágrimas. Luego asintió.

—Contestaré a su telegrama. Le pediré que espere un tiempo, para que puedas hacer la película.

Sin embargo, su padre se mostró implacable. Dorotea perdió la cuenta de los telegramas que envió la tía Margarita suplicando que la dejara quedarse unos meses más, hasta que terminara de grabar. Pero no lo consiguió. Al cabo de un par de semanas, Dorotea recibió una carta de Alfredo, en la que no dejaba lugar a dudas.

*Querida Dorotea,*

*Sabía a lo que me exponía cuando te dejé a cargo de mi hermana. Margarita siempre ha tenido la cabeza llena de pájaros. Cree que los sueños pueden cumplirse, solo porque ella vive permanentemente en uno. Pero la realidad es distinta y, si hubiera vivido esta guerra, vería las cosas desde otro punto de vista. Por eso, te lo pido a ti, con la esperanza de que*

*tengas mejor juicio que ella: regresa a casa, Dorotea. Tienes unas obligaciones que cumplir. Yo ya no soy tan joven, y necesitamos un heredero que proteja nuestro legado y continúe con el negocio. Vuelve al lugar en el que te corresponde estar.*

*Si estos no son argumentos suficientes para ti, te recuerdo que eres menor de edad y que, por ello, tengo la potestad de reclamarte. No lo hagas más difícil y no pongas a tu tía en un aprieto. La ley está de mi lado, y estoy seguro de que no querrás agradecer su hospitalidad con pleitos.*

*Alfredo Dalmau de Setcases*

Esa noche se emborrachó. Se fue con Margarita a uno de aquellos clubes donde se fumaba y se bebía sin descanso al son del swing; su tía estaba empeñada en mostrarle las partes nobles de la ciudad, y las no tan nobles. «Tienes que conocer todas las realidades que te rodean, que ya bastante tiempo has vivido en una burbuja», solía decirle con una sonrisa de niña traviesa. Sin embargo, esa noche no dijo nada. Se limitó a beber junto a ella sin hablar del asunto que tanto les preocupaba. Luego Margarita la sacó a bailar y, por un instante, olvidaron el yugo que parecía querer tirar de ella hacia Barcelona.

La mañana siguiente los rayos de sol de la ventana le provocaron un alarmante tamborileo en las sienes. Bajó a desayunar y la tía Margarita la estudió con una sonrisa compasiva.

—¿Quieres un cigarrillo? —Le ofreció la cajetilla—. Es lo único que me quita la resaca.

Dorotea aceptó y se tomó el café en silencio. Nunca le mencionó

la carta a su tía. Sabía que, si se la mostraba, habría despertado el lado más beligerante de Margarita y que, efectivamente, habrían terminado en un juicio que ninguna de las dos podía ganar. Así que se tragó las lágrimas y los sueños y, esa misma mañana reunió a Margarita y el tío Andrew en el salón.

—Quiero agradeceros todo lo que habéis hecho por mí durante estos tres años. Mi vida no sería la misma si no os hubiera conocido, pero debo volver a Barcelona.

La tía Margarita sacó un cigarrillo y empezó a fumar. Las caladas eran rápidas y superficiales.

—¿Por qué has cambiado de opinión? —La tía Margarita entornó los ojos.

Dorotea sabía que era suspicaz, y jamás se hubiera creído una mentira. Así que dijo lo más cercano a la verdad que se le ocurrió:

—Es mi deber.

Margarita se puso en pie y le dio un abrazo. El humo del cigarrillo las envolvió con su olor acre.

—No sé con qué malas artes te habrá convencido ese hermano mío, pero si no te tratan bien en casa, este siempre será tu hogar. Sabes que eres para mí la hija que nunca tuve.

## LA MECANÓGRAFA

*27 de abril de 1939, Hamburgo*

Soledad guardó las notas mecanografiadas en la carpeta y sonrió. Cada vez se sentía más cómoda con la máquina de escribir; estaba segura de que en breve podría conseguir trabajo como secretaria en algún gabinete.

—Soledad, ¿vendrás esta noche a la fiesta en casa de Arno?

Magda la miraba esperanzada, y fue incapaz de negarse.

—Claro, por qué no.

Magda le dedicó una amplia sonrisa. Soledad no sentía especial interés por la fiesta, pero Magda era su mejor amiga y estaba enamorada de Arno. No podía dejarla en la estacada. Sin ella, no habría conseguido adaptarse a Hamburgo. Al principio todo le había resultado difícil: el idioma, la gente, las costumbres. Pero Magda lo había hecho mucho más fácil y, aunque era su única amiga, no se sentía sola.

—Nos vemos a las siete, entonces.

Magda se despidió y Soledad caminó hasta casa, con la esperanza de que Tante Gertrude estuviera allí. Seguro que ella sabría aconsejarla sobre qué ponerse. No es que fuera la primera fiesta a la que acudía, pero siempre se sentía desaliñada, como si las demás chicas cuidaran mucho más su apariencia. Incluso Alicia vestía mejor que ella a pesar de ser poco más que una niña.

Sonrió cuando reconoció los zapatos de tacón de Tante Gertrude

en el recibidor. Sin embargo, enseguida se percató de que no estaba sola. Escuchó la voz de un hombre desde la entrada y prestó atención durante unos segundos. No estaban hablando en alemán, sino en español. Le costó reconocer su propia lengua materna, y no fue por el desuso, sino porque ambos tenían fuertes acentos. Tante Gertrude marcaba las erres con excesiva rotundidad, mientras que su interlocutor las arrastraba. Debía de ser de origen francés. Soledad asomó la cabeza tímidamente para observarlos. No estaba bien espiar a nadie, pero Tante Gertrude siempre la animaba a satisfacer su curiosidad. Así que no se sintió tan mal por fijarse en el invitado. Llevaba un traje elegante y parecía alterado mientras hablaba; no paraba de gesticular y mesarse el cabello castaño claro. «Estallará en cualquier momento», le oyó decir. Era bastante más joven que Gerturde y le pareció atractivo. Entonces, como si se hubiera sentido observado, clavó sus ojos verdes en el espacio donde se encontraba ella. La había visto. Soledad decidió entrar con la intención de disimular que había estado espiándolos.

—Ah, Soledad, estás aquí —dijo Tante Gertrude con su amplia sonrisa—. Te presento a Gérard Lemêtre. Es un buen amigo mío.

—Encantada de conocerlo, señor Lemêtre.

El hombre no le quitó los ojos de encima mientras le estrechaba la mano. Y Soledad se percató de que quizá era todavía más joven de lo que había creído en un principio.

—Es un placer, señorita Moliner. Gertrude me ha hablado mucho de usted.

Soledad miró a Tante Gertrude y se sonrojó. ¿Qué le habría dicho

de ella? Como si Gérard hubiera adivinado la pregunta que no había llegado a formular, volvió a dirigirse a ella:

—Dice que es una gran mecanógrafa.

—Bueno, no se me da mal —reconoció con una sonrisa.

—En fin, yo ya me marchaba. Como siempre, ha sido un placer volver a verte, Gertrude.

Gérard besó el dorso de la mano de Tante Gertrude y le hizo una pequeña reverencia con la cabeza a Soledad. Después se colocó un sombrero gris y salió sin decir nada más.

Soledad miró a Tante Gertrude y arqueó las cejas, interrogándola. Sabía que tenía algunos amantes, pero el señor Lemêtre no encajaba del todo en su perfil. Solía rodearse de hombres algo más maduros.

—No es lo que piensas.

—No, claro que no.

Ambas empezaron a reír.

—¿Dónde está Alicia? —preguntó entonces Tante Gertrude.

—Debe de haberse entretenido por el camino —respondió no muy convencida.

Alicia no solía decirles adónde iba ni con quién, y Soledad llevaba un tiempo preocupada por la actitud de su hermana. Ya no le contaba nada, y se había encerrado en sí misma.

—No me gusta el rumbo que está tomando —dijo Tante Gertrude manifestando sus propios pensamientos.

—Tan solo es una etapa.

Ella misma también había pasado un año difícil cuando había llegado a Alemania. Había abandonado un amor no correspondido en

España, y sus heridas habían tardado meses en sanar; de hecho, cuando recordaba a Carlos sentía que todavía no lo habían hecho del todo. Algunas noches se descubría pensando en él mientras miraba por la ventana. Sobre todo, le inquietaba no saber si habría sobrevivido a la guerra. Era militar, después de todo, ¿qué posibilidades había de que no hubiera pisado el frente en los tres largos años que había durado el enfrentamiento? Tan solo la tranquilizaba pensar en lo que él mismo le había revelado: que su padre no habría permitido que corriera ningún peligro. Se convencía de que estaba bien cada vez que la asaltaba la angustia. «Si estuviera muerto, lo sabría», se decía, y apretaba un puño contra su corazón. Otras veces se sorprendía preguntándose dónde estaría, si sería feliz o si pensaría en ella alguna vez. Alicia había dejado de preguntarle por él hacía tiempo, ya no hablaban de chicos; ni de nada, en realidad.

—Me han invitado a una fiesta esta noche —anunció Soledad con la intención de dejar de pensar—. ¿Me podrías prestar uno de tus vestidos?

Gertrude Müller era la mujer más hermosa que conocía, con unos ojos azules transparentes como el agua y unas curvas que, a pesar de la edad, no perdían la forma. Además, era igual de alta que ella, pero se movía con la delicadeza de una mariposa. Gracias a Tante Gertrude tenía la esperanza de poder sentirse femenina algún día.

—¿Algún chico interesante en el horizonte? —quiso saber Tante Gertrude con una sonrisa traviesa.

—Sabes que no.

—Oh, claro, eres mujer de un solo hombre. No sé qué debía tener

ese tal Carlos, pero…

Soledad resopló. Deseó no haberse sincerado con ella sobre sus sentimientos, aunque su enfado duró poco. Nunca podía estar molesta con Tante Gertrude durante mucho tiempo.

—No soy mujer de nadie —replicó.

—Bien dicho. Vamos al vestidor, a ver qué puedo prestarte.

Después de una hora revolviendo el armario, se decidieron por un vestido blanco roto con encaje en la parte del escote, ceñido a la cintura. Soledad se miró en el espejo con una sonrisa de satisfacción. El color contrastaba con su melena de ondas oscuras. Tante Gertrude aplicó un poco de carmín a sus labios.

—El rojo queda perfecto con esos ojos negros que tienes —afirmó—. Te faltan los tacones.

Soledad negó cuando le enseñó su vasta colección de zapatos. Odiaba parecer más alta de lo que ya era, así que se decantó por sus sempiternas bailarinas beige.

—Como desees —suspiró Tante Gertrude—. No sé a quién quieres impresionar, pero lo vas a dejar sin palabras.

Soledad soltó una carcajada. Tante Gertrude era de las pocas personas que conseguía hacerla reír.

—Tan solo quiero que dejen de mirarme como a un cachorro abandonado.

Y era cierto. Todas sus compañeras del curso de mecanografía vestían a la última moda, con distinguidos tocados y un maquillaje tan cuidado que en ocasiones se cuestionaba el tiempo que debían de

pasar frente al espejo para conseguir tal resultado. En cambio, ella solía llevar prendas de ropa muy sencillas; el único requisito era que no fueran negras. Ese color le recordaba al convento, a una Sor Angustias que todavía la perseguía en sueños. Tan solo a Magda parecía no importarle su aspecto desaliñado; en parte, se había querido arreglar por ella, para que, por una vez, no tuviera motivos para avergonzarse de ir junto a alguien tan desgarbado.

Soledad llegó puntualmente a la fiesta. La casa de Arno era una mansión con un inmenso jardín, en el que habían montado un par de carpas con refrigerios para los invitados. Sonaba música alemana de fondo. Soledad buscó a Magda con la mirada, pero no la encontró por ningún lado. Se sintió ridícula ahí parada frente a la casa, así que avanzó en dirección a las carpas con la intención de tomar algo hasta que llegara su amiga. Encontró una fuente con ponche y se sirvió un poco. Notó que sus compañeras de mecanografía la observaban; miraban de reojo su atuendo como si se hubiera disfrazado. Se arrepintió al instante de haber querido impresionarlas y trató de ignorar los cuchicheos. Se bebió el ponche de un trago y dejó el vaso vacío sobre la mesa.

—Estás preciosa esta noche.

Soledad se volvió hacia la voz masculina que acababa de llamarla. Era Arno, que se acercaba con dos copas en la mano. Vestía con orgullo el uniforme de las SS de Hitler; acababa de entrar en el cuerpo. Soledad disimuló su disgusto aceptando la bebida que él le ofrecía.

—Una fiesta magnífica, sin duda —dijo ella tratando de ser cortés.

—¿No te acompaña Magda?

—Eh, sí, creo que aún no ha llegado.

—Mejor.

Soledad frunció el ceño.

—Me gustaría enseñarte la casa.

Quiso decirle que prefería esperar a Magda en el jardín, pero no quería ser grosera con el anfitrión, así que terminó siguiéndolo hasta el interior de la mansión. Arno la guio en un amplio recorrido por infinidad de salones, a cada cual más suntuoso. Luego insistió en enseñarle las habitaciones del piso superior. Soledad lo siguió con cierta reticencia, y supo que había cometido un error cuando Arno cerró la puerta de la estancia en la que se encontraban. Ella lo miró con miles de preguntas en los ojos.

—¿Qué haces? —logró susurrar.

—Necesitaba hablar contigo a solas. Magda no se despega de ti.

Soledad esperó a que Arno dijera lo que tuviera que decir. Sin embargo, en vez de hablar, el chico se acercó a ella y la agarró por la cintura. La besó antes de que pudiera apartarse, con tanta fuerza que tuvo que reunir todo su coraje para darle un empujón.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Él la miró desconcertado.

—Siempre andas preguntando por mí, creí que…

Soledad palideció. Sí, era cierto que preguntaba por él. Pero solamente porque Magda se lo pedía, porque quería saberlo todo del chico del que estaba enamorada. Soledad tan solo la había ayudado a

obtener información. Se sintió la amiga más horrible del planeta.

—Lo siento, ha sido un malentendido —se apresuró en aclarar Soledad.

—No me lo creo, sé que te has vestido así para mí. No seas tímida...

Arno la agarró del brazo para volver a acercarla a él. Apretó sus labios contra su cuello, y Soledad empezó a forcejear. Escuchó la seda del vestido romperse bajo los dedos ansiosos de Arno. Soledad le dio otro empujón y él trastabilló hacia atrás. Por un instante, mientras lo veía caer, su rostro se convirtió en el de Sor Angustias. Le pareció escuchar de nuevo la carne abriéndose al paso de la vara, los estertores de la muerte. Y cuando vio la cabeza de Arno impactando contra el suelo, observó espantada un reguero de sangre. Se quedó sin respiración unos instantes, hasta que el chico se incorporó y se llevó una mano a la cabeza para comprobar que estaba herido.

—¡Maldita zorra española! —gruñó.

Soledad aprovechó para abrir la puerta y salir corriendo de allí. Cuando llegó al vestíbulo, trató de adecentarse el pelo y arreglar el tirante que se había rasgado. Antes de que pudiera recobrar la respiración, se encontró de frente con los familiares ojos de Alicia. No sabía que su hermana también estaba invitada a la fiesta. Alicia la miraba con una mezcla de exasperación y curiosidad. Se estaría preguntando por qué iba tan arreglada y al mismo tiempo con el vestido hecho jirones.

—No sabía que vendrías.

—Si no, ¿no hubieras venido? —soltó Soledad con las pocas

fuerzas que le quedaban.

Alicia sonrió, pero no fue un gesto cariñoso, sino más bien de desdén.

—¿De verdad quieres saberlo? Siempre llamas la atención —se quejó en voz baja—. Vas vestida como una pordiosera, como si todavía estuviéramos en ese maldito orfanato. ¿No ves que llevas el vestido roto?

—No soy estúpida, he tenido un… accidente.

—Siempre tienes excusas. No me avergüences más. Estoy harta de que nos miren como a dos pobres huerfanitas.

Soledad la miró furiosa. Recordó cada trozo de pan que había dejado de comer por ella, cada vez que la había abrazado en las noches oscuras del convento. ¿Dónde estaba su hermana pequeña? Aquella niña inocente y miedosa se había convertido en una mujer tan hermosa como superficial. Y estaba claro que se avergonzaba de ella, ahora no tenía dudas de por qué siempre la evitaba, ni de por qué ya no le contaba nada.

—Siento ser una decepción para ti.

Alicia resopló y continuó con su camino, seguida por un par de amigas tan rubias y tan guapas como ella. Soledad sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas y regresó a casa con el corazón abatido.

Nunca le contó a Magda lo que había ocurrido con Arno, ni por qué cuando llegó, ella ya no estaba en la fiesta.

# VIEJOS ARCHIVOS

*2 de septiembre de 2022, Barcelona*

Desperté cuando la habitación todavía estaba a oscuras. Miré el reloj y entorné los ojos al ver que tan solo eran las cinco de la mañana. Resoplé y salí de entre las sábanas; sabía que no podría volver a dormirme. Tenía demasiadas cosas en la cabeza: para empezar, aquel beso. Intentaba convencerme de que no debía darle más importancia. Éramos dos adultos, y aunque existiera cierta atracción entre nosotros, seríamos capaces de controlarnos y comportarnos como profesionales. Me mentía a mí misma diciéndome que no sucedería nada más con Luther y volveríamos a la relación cordial que habíamos mantenido hasta entonces. Sin embargo, cada vez que me acercaba un vaso de agua a la boca, recordaba el sabor de sus labios, y me descubría fantaseando con la calidez de sus manos alrededor de mi cintura. Y todos mis buenos propósitos parecían tambalearse. Me preparé una infusión con la esperanza de tranquilizarme. No solo era Luther quien me robaba el sueño, también estaba el piso de la abuela Lucilda. Trataba de no hacerme demasiadas preguntas acerca de lo que esconderían sus muros, cerrados tantos años atrás. ¿Habría allí alguna pista que la relacionara con las dos misteriosas mujeres de las cartas? Había barajado la idea de preguntarle a mi padre si todavía quedaban algunos enseres dentro, pero enseguida la había desechado, no quería hacerle recordar malos momentos. Así que si deseaba saber en qué estado estaban las últimas pertenencias de mi abuela, tendría que

acceder al piso yo misma. Sin embargo, no me veía capaz de hacerlo sola. ¿Y si me asaltaban todos los recuerdos de golpe? ¿Y si volvían las terribles palabras que le había dicho en esa última discusión? No lo hubiera soportado. Cuando la tisana se disolvió en mi lengua conseguí relajarme un poco y decidí que, por el momento, le pediría la llave del piso a mi padre. Después sería cuestión de tiempo reunir el valor suficiente para entrar.

Recorrí mi apartamento con la mirada. Estaba desordenado, pero tenía tan pocas cosas que apenas se notaba. En realidad, tan solo dormía allí. El resto del día lo pasaba en la inmobiliaria o en el cine. No le había encontrado mucho sentido a prestar atención a la decoración: me bastaba con un sofá bastante incómodo, una insulsa mesa con un par de sillas y una televisión que nunca encendía. Me engañaba diciéndome que era un lugar temporal, que pronto encontraría un hogar. Pero ya llevaba allí cinco años, desde que había dejado a César. Recordar a mi exmarido me provocó una náusea que se entremezcló con la infusión. No pude evitar que mis ojos vagaran hasta una caja de cartón que se encontraba en lo alto de una estantería. Poco después de separarnos, había guardado todos los recuerdos de casi diez años de relación en aquella caja. No la había vuelto a abrir, pero tampoco la había tirado. No significaba que no lo hubiera superado, por supuesto. Solamente que no quería deshacerme de años de viajes y aventuras tan solo por haber elegido a un mal acompañante. O eso quería creer.

Revisé el correo electrónico mientras desayunaba una tostada, así por lo menos mantendría la mente ocupada y alejaría el espectro de

los recuerdos. Pasé buena parte de la mañana gestionando inmuebles en la página web y, cuando llegó el mediodía, creí que ya era una hora prudente para llamar a mi padre. No solía dormir hasta tarde, pero no quería espantarlo con una llamada demasiado temprana.

—¿Cómo van las obras? —quiso saber.

—Muy bien, creemos que terminarán en un mes.

—Eso es estupendo.

Sonreí contra el auricular. Mi padre parecía ilusionado con la nueva vida que íbamos a darle al Cine Imperial y estuvimos hablando sobre ello durante unos minutos. No encontraba el modo de que la pregunta que quería hacerle no sonara brusca, así que al final decidí formularla sin dar más rodeos:

—Papá, ¿todavía guardas la llave del piso de la abuela? —Aunque intenté que mi tono de voz sonara despreocupado, una nota se derrumbó al final de la frase.

Hubo un silencio prolongado al otro lado.

—¿Papá?

—Sí, sí, claro que la guardo. ¿Por qué?

—Bueno, me gustaría echar un vistazo a sus cosas.

Otro silencio. Sentí la necesidad de explicarme, pero no sabía por dónde empezar. No quería marearlo con la historia de aquellas dos misteriosas mujeres, al menos no hasta que supiera quiénes eran.

—Cuando se fue, apenas pude despedirme de ella —dije y, aunque era cierto, me sentí mezquina por encubrir mis verdaderas intenciones —, me gustaría volver a ver su casa e intentar cerrar una etapa.

Mi padre pareció satisfecho con la respuesta.

—Por supuesto, te la puedo llevar a la inmobiliaria en una hora, si quieres.

—¡Fabuloso! Te invito a comer al Giovanni's. Es el italiano que hay en la esquina.

—Pensaba que no me lo pedirías nunca. No te ofendas, cariño, pero estoy harto de las lasañas precocinadas que me preparas cuando voy a verte.

Me eché a reír.

Los albañiles ya habían terminado su jornada de trabajo cuando entré en el cine. Todo permanecía extrañamente silencioso, como si, después del ajetreo del día, el mismo edificio estuviera durmiendo. Sonreí al entrar en una recepción que se parecía mucho a la de mis recuerdos. Allí estaban las máquinas de palomitas vintage, los butacones adamascados, la moqueta roja y resplandeciente. Lo nuevo y lo antiguo se habían fusionado para completar la esencia que había llegado a creer perdida. Tenía que reconocer el buen trabajo de Luther, que había trasladado a la perfección mis inquietudes a la decoradora. Paseé por las salas y me maravillé al comprobar el parecido con las originales; habían mantenido incluso los palcos de la sala principal, que se asemejaban más bien a los de un teatro. No estaba segura de que en realidad fueran a usarse, pero le daban al espacio un viejo esplendor que no había visto en ninguna otra sala de cines.

—¿Qué te parece?

Me volví y el aire quedó atrapado en mis pulmones por un

instante. No esperaba encontrarme con nadie, y mucho menos con Luther. Me odié a mí misma al verme balbucear como una estúpida antes de lograr dar con una respuesta coherente.

—Ha quedado fantástico.

Luther sonrió, y toda mi convicción sobre mi supuesta profesionalidad se resquebrajó. No pude más que dirigir una mirada a su boca, curvada hacia arriba de un modo demasiado sensual. Deseé que mi socio hubiera sido un hombre orondo de setenta años; las cosas hubieran sido más fáciles.

—Tengo la llave del piso de mi abuela —anuncié sin saber por qué.

No había querido revelarlo tan pronto, pero necesitaba llenar el silencio de algún modo. Cualquier cosa con tal de no hablar sobre lo que había ocurrido entre nosotros. Luther inclinó la cabeza hacia un lado, sorprendido.

—¿Estás preparada para entrar en su casa? —preguntó él con cautela.

Bajé la mirada hasta mis manos; jugueteaba con la llave que me había dado mi padre, dándole vueltas alrededor de los dedos. No estaba segura de querer volver al pasado, pero sabía que nunca lo estaría. Y necesitaba hacerlo. Aunque el motivo inicial fuera investigar si había alguna pista sobre Dorotea y Soledad, en el fondo había algo de cierto en lo que le había dicho a mi padre: debía cerrar el capítulo de mi vida que quedó truncado hacía veinte años. Necesitaba despedirme de Lucilda.

—Sí. —Mi propia voz me sorprendió por lo firme que sonó.

Luther asintió y se hizo a un lado para que pudiera acceder al pasillo que conducía al piso de mi abuela. Al ver que se quedaba atrás, lo miré con un gesto interrogativo.

—¿No vienes?

—Solo si tú quieres.

Tener a Luther al lado me reconfortaba en cierta manera. Nunca me atrevería a hacerlo sola.

—Sí, por favor.

Nos encaminamos a las escaleras, y traté de esquivar la pared contra la que Luther me había besado. El simple recuerdo me hizo estremecer. Si él pensó algo parecido al pasar por allí, lo disimuló con entereza.

Cuando llegué al último peldaño, me detuve a mirar la llave que sostenía en la mano. Estaba oxidada, pero por lo demás parecía común y corriente. Tomé aire y la introduje en la ranura. Me costó unos minutos de forcejeo lograr que la cerradura desengrasada cediera a su paso. Al fin, la puerta se abrió con un crujido que resonó por el angosto pasillo. Accedí al zaguán y busqué un interruptor. Casi me sorprendí de que las viejas lámparas lograran iluminarse; aunque la luz era débil y titilante parecía suficiente para moverse por el interior del piso sin problemas. Crucé el corredor de la entrada y terminé en el salón. Me detuve a contemplar los muebles de contrachapado de cerezo tan típico de los años ochenta. Estaban llenos de polvo, pero se mantenían intactos, como si hubiera viajado en el tiempo y Lucilda fuera a aparecer por la puerta de la cocina con sus pastas de almendra. Preparaba unos dulces deliciosos, y hasta aquel instante lo había

olvidado. Cerré los ojos y casi pude aspirar el aroma. Me paseé por el salón y acaricié el sofá, tan floreado como recordaba. No me atreví a sentarme para comprobar si seguía siendo igual de cómodo que cuando era niña.

—Mira, allí hay un montón de cajas.

La voz de Luther me devolvió a la realidad. Miré hacia el rincón que me señalaba, junto a la mesa del salón. Una montaña de cajas de cartón parecía contener lo que los muebles ya no guardaban. Cuberterías, manteles, viejas revistas. Las pertenencias de Lucilda permanecían amontonadas en el olvido. Supuse que guardarlo todo allí debió de ser lo más duro para mi padre. Siempre se tiene la esperanza de que alguien vuelva hasta que quitas su ropa del armario, hasta que la doblas y la guardas por última vez, sabiendo que el olor que aún permanece en la tela ya nunca volverá a rodearte con sus brazos.

—Estas están etiquetadas por años.

Agradecí haber entrado con Luther. Su punto de vista pragmático me ayudaba a anclarme a la realidad, a no perderme en el dolor.

—Quizá sean álbumes de fotos —sugerí.

Observé las cajas con detenimiento; efectivamente estaban clasificadas por lustros. Si queríamos encontrar algo sobre Dorotea y Soledad, tendríamos que empezar por los años cuarenta, de cuando databan las cartas. Busqué entre el montón hasta que di con las más antiguas. Eran dos cajas: una iba de 1942 a 1947 y la otra de 1948 a 1953. Dudé unos instantes, pero al final decidí abrir una de ellas con sumo cuidado para no romperla. Luther se colocó junto a mí, tan cerca

que me vi envuelta en su aroma masculino. Traté de ignorar su respiración cerca del oído. Él estaba concentrado en la caja y por suerte no parecía darse cuenta del efecto que causaba en mí. Terminé abriendo el paquete y encontré montones de papeles y archivadores. Parecían los libros de cuentas de la época en la que se había inaugurado el cine.

—Vaya, esto sí que es una sorpresa —dijo Luther.

—Necesitaremos horas para analizar todo esto…

Ojeé con cierta curiosidad aquellos papeles, estaba segura de que encontraríamos una pista, pero no podíamos quedarnos allí de pie el resto de la tarde.

—¿Me ayudas a llevar estas dos cajas a mi casa?

Luther abrió la boca unos instantes, como si fuera a decirme que no era una buena idea que nos quedáramos a solas en un apartamento, pero pareció pensarlo mejor y terminó asintiendo.

Abrí la puerta de mi apartamento y Luther paseó sus ojos grises por el salón desangelado. Sin cortinas ni cuadros, sin una sola fotografía. No pude evitar justificarme ante la evidente falta de calidez.

—Es temporal.

Luther dejó sobre la mesa las dos cajas repletas de papeles, y temí que las débiles patas de la mesa no soportaran el peso.

—¿Tienes prisa? —pregunté.

—No.

—¿Te apetece tomar algo? Un café, agua…

—Un café está bien.

Me metí en la cocina y encendí la cafetera. De pronto recordé que Luther era un gran aficionado al café, y que yo tan solo contaba con una vieja cafetera italiana que por supuesto no cumpliría con los elevados estándares de su paladar. Suspiré cuando un líquido más bien negruzco salió del aparato.

—¿Quieres azúcar? —pregunté levantando la voz para que llegara hasta el salón.

—No, gracias.

Sin un poco de azúcar el brebaje estaría imbebible, pero aun así serví un par de tazas en una bandeja y añadí como acompañamiento unas cuantas galletas que encontré en el fondo de la despensa.

—Me gustaría ayudarte con esto —dijo Luther señalando las cajas con la cabeza—. Seguro que encontramos información interesante.

Asentí. Cualquier ayuda era buena, no tenía ni idea de por dónde empezar, y no podía olvidar que Luther era historiador, seguro que tenía muchos más recursos que yo para llegar al fondo de la cuestión.

—Podríamos empezar por la primera caja —sugerí mientras depositaba la bandeja frente a él.

Contuve una sonrisa cuando el rostro de Luther se contrajo ante el primer sorbo de café. Trató de disimularlo dando un bocado a una de las galletas, pero pareció arrepentirse. Cogí una para comprobar qué ocurría y descubrí, horrorizada, que estaba revenida. Llevaban tanto tiempo en el armario que lo más probable es que estuvieran caducadas.

—Soy una anfitriona terrible —mascullé.

De pronto Luther estalló en una carcajada.

—Eso te hace todavía más encantadora. —No pude adivinar si hablaba en serio—. ¿Nos ponemos con los archivos?

Me levanté y coloqué una pila de papeles sobre la mesa. Luther empezó a revisarlos con ojo crítico, pero no debió de encontrar nada interesante; los iba apartando hacia un lado. Cogí otro puñado y me senté junto a él. No había más que libros de cuentas.

—Parece que los inicios del cine fueron modestos —concluyó Luther—. Las primeras semanas no acudía mucha gente; sin embargo, a finales de 1942 debió de ocurrir algo importante. Mira.

Observé la hoja de cuentas y vi que a partir de diciembre de ese año las salas se habían llenado casi siempre por completo. El Cine Imperial se había convertido en un éxito de la noche a la mañana.

—¿Qué crees que debió pasar?

—¿Publicidad? —sugerí.

Luther se encogió de hombros y continuó mirando documentos amarilleados por el paso del tiempo. Sus dedos empezaron a teñirse del polvo de los años.

—¡Mira esto!

Luther tiró de mí para acercarme a lo que acababa de encontrar, y su contacto me sobresaltó. Conseguí centrarme en lo que me estaba enseñando: era una vieja fotografía, en la que aparecían tres mujeres. No me costó identificar a la abuela Lucilda en el centro. Hubiera reconocido aquella cabellera oscura y los enormes ojos risueños en cualquier lado.

—La del centro es mi abuela —dije con una sonrisa—. ¿Crees que las otras dos son…?

Luther ladeó la cabeza, dubitativo.

—No estoy seguro. Aquí hay más.

Tomé las fotografías de sus manos con cierta avidez. En la mayoría aparecía Lucilda junto a esas dos mujeres: vendiendo entradas en la taquilla, cenando animadamente en el apartamento de arriba, riendo en una de las salas del cine. Parecían felices. Vi que Luther volteaba las instantáneas una por una.

—¿Qué buscas?

—Antes la gente solía apuntar nombres, fechas y lugares en el dorso de las fotografías.

—¿Hacían eso?

Luther rio.

—Sí, al menos mi abuela lo hacía.

Lo estudié con curiosidad.

—¿Estabas muy unido a tu abuela?

Luther carraspeó, incómodo, y me di cuenta de que no quería hablar de su familia.

—¡Aquí está! —dijo Luther, feliz de poder volver al tema que nos ocupaba.

Observé la anotación que me señalaba.

*Dorotea, Lucilda y Soledad. Imperial, septiembre de 1942.*

Quise ver la imagen. Las tres estaban frente al cartel principal del cine, sonrientes y muy elegantes. Sería el día de la inauguración.

Pasamos un par de horas más revisando papeles, hasta que la

noche nos impidió ver nada. Me percaté de que habíamos estado tan enfrascados en la investigación que ni siquiera nos habíamos dado cuenta de que nos estábamos quedando a oscuras. Me levanté y encendí la luz de pie que había junto al sofá.

—Debería marcharme a casa —dijo Luther estirando los brazos.

Llevaba la camisa ligeramente abierta y el cabello revuelto. A lo largo de la tarde me había fijado en que, cuando pensaba en algo, no paraba de mesarse los mechones más largos, cerca del flequillo. Pensé que, con ese aire descuidado, estaba incluso más atractivo. Esta vez él pareció leerme el pensamiento y se acercó a mí. Sabía lo que iba a ocurrir, y no podía permitirlo de nuevo, así que di media vuelta y me puse a recoger la bandeja del café. Luther dio un paso atrás.

—Será mejor que me vaya.

—Si quieres podemos continuar mañana —dije para no sonar tan distante.

Él pareció conformarse y esbozó una sonrisa.

—¿Podrás tener las manos quietas esta noche? —soltó de repente.

Me ruboricé tanto que creí que se me incendiaría la cara.

—Me refiero a los papeles —concretó—. Tienes que prometerme que no avanzarás sin mí.

—Claro, los papeles —balbuceé.

Luther sonrió con aire travieso y se marchó. Nunca supe si el comentario había sido una pequeña venganza por mi rechazo o una simple casualidad.

# SOLO UNA CITA

*1 de julio de 1939, Jaca*

Lucilda preparó una enorme bandeja con cruasanes y bollos rellenos de mermelada y la depositó sobre la mesa con una sonrisa. A pesar de que todavía se notaban los estragos de la guerra, lograba hacerse con raciones de comida más generosas, aunque fuera en el mercado negro. Madame Lambert movía los hilos que fueran necesarios para que a sus chicas no les faltara de nada: jabones, perfumes y maquillaje inundaban cada rincón de la casa. Sobre todo, el carmín. Lucilda no solía pedir prestado ninguno de aquellos lujos; no estaban reservados para ella. Pero era jueves, y sabía que Darío vendría a verla. Se repetía cada día que no estaba interesada en un romance: no pensaba caer en las redes de ningún hombre más. Nunca. Sin embargo, con cada semana que pasaba, aumentaba la necesidad de arreglarse para el momento de la visita. Solía colocarse sus mejores galas —un vestido de satén de color verde oscuro que Nora le había regalado por su último cumpleaños— y se peinaba la melena oscura. Entraba en el tocador de sus compañeras y acariciaba el maquillaje con dedos nerviosos, preguntándose cómo quedaría sobre su tez olivácea, pero al final nunca lo tocaba.

—¡Qué buena pinta!

Lucilda dio un respingo al ver que Nora había entrado en la cocina. Se había sentado a la mesa sin que se diera cuenta y ya estaba dándole un bocado a uno de los panecillos.

—¿Dónde están las demás? —preguntó Nora con la boca llena.

—Todavía no han bajado.

—¿Y Mauro?

—Sigue durmiendo.

—O sea, que estamos solas…

Lucilda la miró con los ojos entornados. Conocía lo suficiente a Nora para adivinar que quería decirle algo.

—¿Qué pasa? —quiso saber, incapaz de contener una sonrisa.

—Hoy es jueves.

—Sí, ¿y qué? —Intentó hacerse la ingenua, pero sabía por qué lo decía.

—Vendrá ese soldado tuyo —anunció con voz melosa.

Lucilda puso los ojos en blanco.

—No es mi soldado, ni siquiera lo conozco.

—Y eso que lleva tres meses viniendo a verte. Pobre hombre…

—Ya sabes que no hay nada entre nosotros —soltó, demasiado brusca.

Nora sonrió con descaro.

—¿Y por qué te pones tan nerviosa al hablar de él?

Lucilda se sonrojó, pero no dijo nada.

—Si quieres puedo mostrarte cómo volverlo loco…

—¡No digas tonterías! —la cortó Lucilda, volviéndose para que no viera cómo se le habían incendiado las mejillas.

Hacía más de tres años de la última vez que había estado con Álvaro. Desde entonces, no había echado de menos la compañía masculina. Sin embargo, desde que había conocido a Darío no podía

evitar preguntarse cómo sería estar rodeada por sus brazos, ni cómo besarían sus labios.

—¡Madre!

Mauro apareció por la puerta y Lucilda nunca se había sentido tan feliz de que su hijo interrumpiera una conversación. Así, por lo menos, podría seguir negando lo evidente ante Nora.

Darío llegó puntual a su cita, y Lucilda ya lo estaba esperando en la habitación de Madame Lambert. Su nerviosismo era muy distinto al del primer día. No temía que Darío fuera a hacer nada indecente; todos parecían haber entendido a la perfección las condiciones del trato: la puerta siempre estaría abierta y Lucilda tan solo le daría conversación durante una hora. Sin embargo, la presencia de aquel hombre la desestabilizaba cada vez más. A Darío no parecía importarle el precio exorbitante que marcaba Madame Lambert, a pesar de que no creía que fuera especialmente rico. No llevaba relojes suizos como los de Álvaro y, aunque su ropa se veía de buena calidad, era evidente que no estaba hecha a medida. Sin embargo, a Lucilda le parecía un hombre demasiado sobrio para moverse en ese ambiente. Por no decir que era demasiado atractivo como para tener que pagar por un poco de compañía. No lograba entender por qué seguía visitándola, cuando era obvio que podía tener a cualquier mujer decente. Se preguntaba una y otra vez qué habría visto en ella.

—Buenas noches, Lucilda.

Darío estaba en el umbral de la puerta, pero no sonreía como las otras veces. Llevaba una camisa blanca de manga corta y unos

pantalones oscuros, demasiado elegantes para un lugar como ese. Se quitó el sombrero y lo colgó en el perchero; después la miró. Ella balbuceó un saludo justo al tiempo en que él entraba y cerraba la puerta tras de sí. Lucilda se quedó mirando al pomo como si se estuviera derritiendo bajo su mano. ¿Por qué había cerrado? Condujo la vista hasta Darío, y se quedó embobada al ver aquellos ojos negros clavados en ella con resolución.

—¿Qué ocurre? —preguntó con un hilo de voz.

—No puedo seguir así, Lucilda.

Ella entreabrió los labios para decir algo, pero los volvió a cerrar. Darío dio un paso y se situó frente a ella, tan cerca que Lucilda dejó de respirar.

—Llevo meses gastando mis ahorros por arañar tiempo contigo. ¿Y qué he conseguido?

No parecía enfadado con ella, sino más bien decepcionado consigo mismo.

—Pensé que terminarías sintiendo algo por mí, que con el paso de los días dejarías de verme como a un estorbo; quizá fui demasiado pretencioso.

—Nunca me has parecido un estorbo —logró articular.

Darío le dedicó una sonrisa cansada, como si lo que acababa de decir no fuera lo que deseaba oír.

—No voy a ocuparte más tiempo, Lucilda —dijo después de un silencio.

—¿No vas… a volver? —preguntó.

—No, a no ser que tú me lo pidas.

Lucilda bajó la mirada hasta sus pies. ¿Era eso lo que quería? ¿Ver a Darío en la habitación de Madame Lambert con la puerta abierta el resto de su vida? ¿O acaso no volver a verlo? No; pero tampoco estaba segura de lo que deseaba en realidad. Él malinterpretó su silencio.

—Será mejor que me vaya.

Darío dio media vuelta para recoger su sombrero y se dirigió a la puerta, dispuesto a marcharse.

—¡No! ¡Espera!

Lucilda alargó el brazo y lo detuvo con más fuerza de la necesaria. Darío se volvió y miró la mano que se aferraba a su camisa. Hasta entonces nunca lo había tocado. Lucilda siempre se había encargado de mantener las distancias. Sin embargo, ahora se veía incapaz de soltarlo. Lucilda tiró un poco más de él, como si temiera que fuera a marcharse de todos modos. En vez de eso, Darío se acercó peligrosamente a ella, y se detuvo a un suspiro de sus labios, el espacio justo para que pudiera percibir su aliento cálido, invitándola a algo que creía olvidado.

—Tan solo te pido una cita de verdad —susurró él contra su boca —. Permíteme invitarte a cenar.

Lucilda ni siquiera podía pensar en otra cosa que no fuera besarlo. Casi podía sentir las palabras en sus labios.

—Sí.

Darío sonrió, pero siguió inmóvil. ¿Por qué la estaba torturando?

—No haré nada que no desees —dijo con la voz rota.

Lucilda no pudo resistirse más y lo agarró de la nuca para recorrer el espacio que los separaba. Sus labios se encontraron con ansia

devoradora. Darío la condujo hasta la puerta y se apoyaron con tanta fuerza que golpearon la madera. Ninguno de los dos parecía percatarse de otra cosa que no fueran sus bocas y sus manos, que volaban de un lado a otro de sus cuerpos. De pronto, Lucilda lo apartó con la respiración entrecortada.

—Será mejor que nos detengamos aquí.

Darío asintió, aunque estaba tan agitado como ella.

—Vendré a buscarte mañana, ¿a las nueve?

Lucilda asintió sin mirarlo. Estaba demasiado avergonzada por lo que acababa de ocurrir. Sin embargo, él la tomó por la barbilla y la obligó a levantar la vista.

—No hay nada de malo en esto.

Y depositó un suave beso sobre sus labios justo antes de marcharse.

—¿Qué pasó ayer? —preguntó Nora con interés.

—¡Nada!

Lucilda depositó la bandeja con el desayuno sobre la mesa de la cocina. Esa mañana se había quedado dormida. Había pasado toda la noche despierta, rememorando el sabor de Darío, incapaz de apartar el pensamiento de sus brazos alrededor de su cuerpo. Tan solo había logrado conciliar el sueño con la llegada del amanecer.

—¿Por eso estaba la puerta cerrada? —quiso saber Azucena, enlazando las manos bajo el mentón.

—Tan solo estuvimos hablando.

—Claro, ¿y por eso dabais aquellos golpes contra la puerta? —

apuntó Ana.

Lucilda se cubrió el rostro con las manos para ocultar su vergüenza.

—Solamente fue un beso —confesó.

—¡Al fin! —proclamó Olivia.

Las demás aplaudieron.

—Me debes dos pesetas —dijo Ana, alargando la mano hacia Nora.

Nora puso cara de fastidio.

—¿Habéis apostado? —preguntó Lucilda, aguantando la risa.

—Es que ibais tan lento… —se quejó Nora.

—¿Y puedo saber en qué consistía el juego?

—Ana dijo que tardarías tres meses en rendirte a sus encantos, y Olivia apostó que cinco; Nora consideraba que sería por lo menos medio año, y Azucena, que es una optimista, creía que te habría conquistado en un mes.

—No me lo puedo creer. ¿Ninguna me veía capaz de resistirme?

—Por favor, ¿tú lo has visto? ¡Ya desearíamos nosotras tener clientes así! ¿Quién iba a decirle que no a esos ojos negros?

—¡Ya basta! —atajó Lucilda, sonrojándose.

—¿Va a volver esta noche? —preguntó Nora.

—Vamos a salir a cenar.

Las chicas vitorearon y empezaron a reír.

—¡Tenemos que dejarte algo especial! —Nora la agarró del brazo y empezó a subir las escaleras.

—Debo llevarle el desayuno a Madame Lambert, y vamos a

despertar a Mauro con tanto jaleo.

—No haremos ruido; aprovechemos que todavía están durmiendo.

Nora la llevó hasta su habitación. Había una enorme cama con dosel en el medio, deshecha después de una de sus noches de pasión con un cliente. Abrió un enorme armario y dejó a la vista una gigantesca colección de vestidos de noche, desde lo más elegante a lo más evidente. Lucilda se sonrojó ante la visión de algunas de aquellas prendas de ropa.

—Este vestido te quedará perfecto —anunció Nora mientras sacaba un modelo de color burdeos con textura aterciopelada—. Atrevido y sobrio a la vez, no podrá quitarte los ojos de encima.

Lucilda se inquietó con solo imaginarse a Darío mirándola como la noche anterior.

—Además, lleva una única cremallera en la espalda, muy fácil de quitar. Por si…

—¡Nora!

—Qué remilgada eres —dijo entre risas—. Mira, debajo puedes ponerte esto.

Lucilda abrió los ojos desorbitadamente cuando le mostró un par de piezas de lencería que le parecieron demasiado para ella.

—Creo que prefiero mi ropa interior.

—Oh, lo vas a espantar con esas bragas de abuela.

Lucilda no pudo evitar echarse a reír.

—¿Quieres ser la abuela Lucilda?

—Claro que no…

—¡Pues ponte esto!

Añadió un conjunto de ropa interior sobre el vestido y se lo tendió.

—Pero si no vamos a hacer nada.

—Claro, claro; pero por si acaso.

Lucilda aceptó el regalo.

—Ah, y no te olvides de añadir carmín. Nunca falla.

Nora le tendió un pintalabios que Lucilda había querido probar muchas veces antes, pero que no había osado ponerse.

—¿Me prometes que te lo pondrás todo?

—Sí, señora.

Nora la abrazó.

—Sé que él es el adecuado —susurró contra su pelo.

Lucilda tuvo que reconocer que Nora tenía razón: aunque aquel vestido era algo atrevido, le quedaba como si lo hubieran diseñado para ella. Resaltaba unas curvas que en realidad no tenía; seguía siendo tan delgada como la muchacha frágil que había llegado a Villa Montesinos años atrás, aunque ya nada tuviera que ver con ella. Se miró en el espejo y se aplicó el carmín sobre los labios. Decidió que quedaba bien con su tono de piel y su cabello oscuro, y felicitó en silencio a su amiga por la sabia elección.

Escuchó el timbre y bajó las escaleras corriendo. Sin embargo, cuando llegó al recibidor, Madame Lambert ya había abierto. La miraba con una curiosa expresión en el rostro, pero no dijo nada.

—Tu cita te espera —anunció.

Darío también se había vestido para la ocasión. Llevaba un traje

de verano de color azul marino, que lo hacía parecer incluso más alto. Pensó que como pareja debían resultar cuanto menos curiosos: ella tan pequeña, él tan grande. Darío la observó durante unos instantes y le tendió el brazo para que se agarrara a él; ella lo aceptó.

—Disfrutad de la velada —escuchó que decía Nora desde el balcón.

Cuando salieron a la calle, la brisa nocturna la recibió con su caricia. A pesar de ser el mes de julio, no era una noche especialmente calurosa.

—Estás… —Darío se quedó sin palabras, pero su mirada ardiente lo dijo todo.

Lucilda supo entonces a qué se refería Nora cuando le había dicho que no podría apartar los ojos de ella. Y lo cierto era que le gustaba sentir su mirada sobre la piel. También le gustaba observarlo cuando estaba distraído.

Darío la llevó a un restaurante del centro de la ciudad. Había pocas mesas y la luz era muy tenue, pensada para dar cierta intimidad a sus comensales. Lucilda agradeció la penumbra, así Darío no podría ver lo nerviosa que la ponía su modo de mirarla.

—Llevamos tres meses hablando y ni siquiera sé cuál es tu plato favorito —se quejó él.

—El cabrito.

Darío entornó las cejas.

—Vaya, una mujer con las ideas claras.

Lucilda rio.

—No tanto, como habrás podido comprobar.

Darío sonrió y alargó la mano hasta la de ella.

—No tengo prisa, Lucilda. Tan solo quiero conocerte.

Lucilda sintió el tacto cálido de sus dedos y su corazón empezó a latir más deprisa. No pensaba que pudiera volver a sentirse así. Había estado convencida de que el amor por Álvaro Montesinos había sido único e irrepetible. Sin embargo, ahora se daba cuenta de que quizá, después de todo, tan solo había sido deseo.

El camarero se acercó y Darío pidió un plato de cabrito y unas costillas. Lucilda se llevó las manos a la cara en un grito ahogado.

—¿Estás loco? Nos va a costar una fortuna.

—Hoy no tienes que preocuparte por eso.

Lucilda se removió incómoda en su asiento; hacía mucho tiempo que nadie hacía algo así por ella. Los únicos regalos que había recibido en los últimos años eran algunos vestidos y perfumes que había heredado de las chicas. No estaba segura de querer ser especial para alguien, aunque quizá lo único que temía era confiar de nuevo en otro ser humano. Darío debió de notar su tensión, porque volvió a acariciar su mano.

—Relájate, vamos a olvidarnos de toda esta noche.

Lucilda sonrió y decidió hacerle caso a aquellos ojos negros, que parecían querer leer cada gesto de su rostro.

En cuanto trajeron la comida y el vino, la conversación fue volviéndose cada vez más distendida. Lucilda ya había adivinado que Darío tenía sentido del humor, pero nunca hubiera imaginado que pudiera reírse tanto con sus anécdotas sobre el ejército. Cuando terminaron los postres, el sonido de un cucú resonó cerca de su

cabeza. Al volverse descubrió un viejo reloj de pared del que sobresalía un pajarillo: marcaba las once. Lucilda se puso en pie de un golpe.

—¿Qué ocurre? —preguntó Darío, alarmado.

—Tengo que volver a casa de Madame Lambert inmediatamente. Mi turno empieza a las once.

Darío acarició su antebrazo con cuidado y la hizo sentarse de nuevo.

—No te preocupes por eso; está todo arreglado.

—¿Cómo? No lo entiendo.

—He… reservado toda la noche contigo.

Lucilda volvió a ponerse en pie y lo miró airada.

—¿Cómo te atreves?

Darío se levantó con gesto desconcertado e intentó detenerla. Sin embargo, Lucilda fue más rápida: sacó un fajo de billetes del bolso y lo depositó sobre la mesa antes de salir corriendo del local. Darío chasqueó la lengua y la siguió hasta el exterior. No le costó encontrarla; apenas había logrado recorrer un par de calles cuando la alcanzó. La tomó del brazo para detenerla y la obligó a mirarlo. La soltó cuando vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento, Lucilda —dijo conteniendo el aliento—. No quería ofenderte. Yo solo…

—¿Solo qué? —inquirió, rabiosa—. ¿Crees que pagando voy a pasar la noche contigo?

—No, por Dios. Esa no era mi intención.

—¡Te dije que no era prostituta!

Un par de viandantes que pasaban por su lado los miraron con curiosidad, y Lucilda bajó la mirada, avergonzada por haber gritado aquello en mitad de la calle.

—Tan solo deseaba que Madame Lambert te diera la noche libre, no quería perder la oportunidad de pasar tiempo juntos y…

—Esa decisión me correspondía a mí.

Darío retrocedió un paso y se mesó el cabello oscuro, que se había peinado hacia atrás.

—Perdóname, tienes razón.

Lucilda se giró para enjuagarse los ojos con un pañuelo de algodón blanco.

—¿Lo he estropeado todo? —preguntó él con el rostro demudado.

Lucilda relajó un poco su expresión.

—No quiero que vuelvas a pagarle ni un céntimo a Madame Lambert por estar conmigo.

—Lo prometo —juró él con efusividad.

—Ahora me gustaría volver a casa.

Darío apretó los labios, pero aceptó su decisión y la acompañó en silencio hasta la puerta.

—¿Podré seguir visitándote?

—Los martes. —Era su día libre—. A las siete.

—Los martes a las siete —repitió con una sonrisa.

—Tengo un hijo —dijo ella de pronto.

—Lo sé. Bautista lo mencionó aquel día.

—Mauro es lo más importante para mí —aclaró—. No quiero que nada de lo que ocurra entre nosotros lo perjudique, así que te

mantendrás lejos de él hasta que yo lo crea conveniente.

Darío tragó saliva por la dureza de sus palabras. Lucilda siempre había sido dulce y atenta con él, incluso tímida. Pero no le había temblado la voz al hablar de su hijo.

—Por supuesto.

Antes de entrar, Lucilda le dedicó una sonrisa tan fugaz que Darío llegó a pensar que lo había imaginado.

# ASFIXIA

*1 de septiembre de 1939, Barcelona*

Dorotea se agarró con fuerza al pasamanos de la escalera y tomó aire. No se sentía con fuerzas para soportar otra de las soporíferas fiestas que organizaba su padre en la Casa Dalmau. «¿Dónde tenías escondida a esta belleza?», preguntaría uno de los orondos socios de Alfredo mientras la miraba con lascivia. «Ha heredado el porte de su madre», diría una mujer como si ella no pudiera escucharla. «¿Todavía no está casada?», remataría otra en un cuchicheo mientras se agarraba a su impoluto collar de perlas. Siempre era lo mismo, semana tras semana, velada tras velada. Emilia la ayudaba a colocarse complicados vestidos de terciopelo, lentejuelas o seda; le recogía la melena rubia en tocados dignos de una princesa y terminaba por maquillarla con maestría para resaltar sus ojos del color de la miel. Todo para representar una actuación en la que no había pedido tomar parte. Después Dorotea bajaba a la planta principal y su padre la exhibía por el salón de baile como un trofeo, con la esperanza de que alguno de los hombres de negocios que frecuentaban sus fiestas terminara por fijarse en ella. Sabía que el único deseo de Alfredo era casarla para que engendrara un varón, el que su madre nunca pudo darle. El pensamiento le resultaba estremecedor.

Aquella noche no parecía distinta. El aire que se respiraba en la mansión era asfixiante, y el corpiño apretado bajo su vestido de color marfil no hacía más que aumentar la sensación. Cuando llegó al final

de la escalinata, su padre la esperaba con el brazo preparado para guiarla por el salón. Abigail la escrutaba con su mirada oscura desde la entrada, ataviada con un carísimo diseño verde hierba de Balenciaga.

—A ver si esta noche consigues marido de una vez —susurró Abigail cuando pasó por su lado.

Luego le sonrió como si fuera la madrastra perfecta. Los labios de Dorotea temblaron y sintió las lágrimas pugnando por encontrar una salida. Sin embargo, levantó la barbilla y miró al frente. No estaba dispuesta a que nadie notara su incomodidad.

El cuarteto de cuerda empezó a tocar a medida que se acercaban a la pista, y Dorotea se vio obligada a bailar un vals con su padre para inaugurar oficialmente la velada. Cuando terminó la canción, los músicos comenzaron a tocar una melodía más animada. Muchos de los asistentes se sumaron a la fiesta, y Dorotea aprovechó para retirarse a un rincón. Se dejó caer en uno de los sillones de terciopelo azul y esperó a que pasara uno de los camareros para hacerse con un par de copas de cava. Se las bebió de un trago. Pensó que la tía Margarita estaría orgullosa de verla beber como un marinero. Y agarró otra copa.

—¿No está disfrutando de la fiesta?

Dorotea dio un pequeño respingo en la silla y casi volcó la bebida sobre el esmoquin del caballero que acababa de acercarse. Levantó la vista y se encontró con unos cautivadores ojos azules, que la observaban con un destello de diversión.

—Si le digo la verdad, no me gusta bailar, pero echaba de menos

un poco de celebración—añadió él.

Se sentó en el sillón junto al suyo. Dorotea se vio obligada a sonreír, y él le devolvió media sonrisa. Era atractivo. Algo mayor que ella, quizá, pero eso le pareció más interesante.

—¿Es socio de mi padre? No recuerdo haberlo visto antes.

—Eso es porque he vuelto de la guerra hace apenas unas semanas.

—¿Así que es usted militar?

—Sí. —Sus ojos se enturbiaron—. ¿Y usted a qué dedica su tiempo, señorita Dalmau?

Estaba claro que no quería hablar de su pasado en la contienda.

—Así que sabe quién soy.

—Cómo no iba a saberlo, es usted toda una celebridad.

—Permítame dudar de que sea tan famosa.

Dorotea no pudo contener una sonrisa irónica. Eso es lo que podría haber llegado a ser en Hollywood si su padre no la hubiera reclamado en Barcelona.

—Ya lo creo. No deja indiferente a nadie: las mujeres la envidian, y sus maridos no pueden quitarle los ojos de encima.

—Es usted muy observador, y demasiado sincero.

El hombre soltó una carcajada y Dorotea no pudo evitar pensar que era uno de los hombres más guapos con los que se había encontrado.

—Debo confesarle que yo tampoco puedo dejar de mirarla.

Dorotea bajó la vista, incapaz de sostener la intensidad de su mirada. Antes de que pudiera decir nada más, el hombre se levantó. Entonces se percató de que otro joven estaba haciéndole señas desde

la pista de baile.

—Si me disculpa, me reclaman —dijo él.

—Oh, sí, por supuesto.

El hombre besó el dorso de su mano y Dorotea sintió un súbito calor al notar sus labios sobre la piel. Cuando se marchó, todavía tardó unos minutos en lograr que su corazón volviera a latir a un ritmo normal.

Dorotea había perdido la cuenta de las copas de cava. Seguía repantingada en el sillón, y estaba convencida de que su postura no era nada adecuada para lo que se esperaba de una dama. Casi sonrió al pensar en lo que diría Miss Potter si la viera, pero le importaba poco. Tan solo quería evadirse de aquel mundo superficial que la había engullido con sus joyas, lujos y vestidos. Resopló cuando vio a su padre acercarse. Estaba segura de que no se libraría de sus reproches.

—Estás borracha. Otra vez —gruñó Alfredo tirando de su brazo para ponerla en pie sin demasiada delicadeza.

Dorotea sonrió con descaro.

—Eres una perdida, igual que tu tía —masculló Alfredo entre dientes.

—Si tanto le molesta, hágame regresar a América. Todos estábamos mejor.

—Cállate y compórtate por una vez. Quiero presentarte a alguien.

—No me interesa.

Su padre apretó la mano que todavía tenía cerrada en torno a su

brazo. Dorotea hizo ademán de encogerse, pero siguió mirándolo con suficiencia.

—Vas a venir, y pobre de ti que me avergüences.

Alfredo la arrastró hasta la pista de baile, donde un grupo de hombres charlaba, quizá tan achispados como ella. Sin embargo, parecía que a nadie le molestara que estuvieran ebrios. La irresponsable era ella; siempre ella. Su padre tan solo la soltó cuando esos hombres ya la habían visto acercarse. Marcharse habría sido demasiado grosero incluso para ella, aunque no dejó de juguetear con esa posibilidad en su mente. No le pasó por alto la camaradería que sobrevolaba el ambiente animado del grupo: debían de conocerse bien.

—Señores, les presento a mi hija, Dorotea.

Ella paseó sus ojos por los hombres; no pensaba dejarse amedrentar ni simular que era una tímida señorita. La mayoría tenían la edad de su padre, excepto un par o tres que debían de rondar la treintena. Alfredo empezó con las formalidades mientras se veía obligada a soportar los besuqueos en los nudillos de su mano.

—Y este es el teniente Carlos de Arzúa, un héroe de guerra —dijo su padre señalando a uno de los más jóvenes.

Dorotea se fijó en él. Era apuesto, con unos ojos cálidos de color oscuro. Le sonrió y le estrechó la mano con educación, pero no se la besó. Otra mujer se hubiera ofendido y lo hubiera interpretado como un desplante, pero ella lo entendió como un gesto de respeto. Eso le gustó, parecía distinto al resto, aunque no hubiera sabido decir en qué. Carlos de Arzúa se hizo a un lado y dejó paso a otro hombre. Y

Dorotea se perdió en sus ojos azules y dejó de ver nada más.

—Usted…

—¿Se conocen? —quiso saber Alfredo con una sonrisa curiosa.

—Hemos sostenido una conversación muy interesante al principio de esta encantadora velada —respondió él sin quitarle los ojos de encima a Dorotea.

—Entonces ya sabrá quién es el coronel Álvaro Montesinos.

—No tenía el placer —repuso ella con una sonrisa.

Álvaro Montesinos tomó su mano entre las suyas y la besó más tiempo del que era apropiado. Su padre no pudo disimular una sonrisa. Terminadas las presentaciones, el grupo pareció olvidarse de su presencia y empezó a hablar de hazañas militares que la asqueaban sobremanera. Dorotea sentía que las paredes se movían, y se apoyó en una mesita auxiliar para mantener el equilibrio. Se arrepintió de haber tomado esa última copa de cava; había sido excesivo.

—¿Querría concederme el siguiente baile, señorita Dalmau? —escuchó que decía una voz a su lado.

Casi se sobresaltó al descubrir a Álvaro junto a ella. ¿Cuándo se había acercado? Dorotea no pudo evitar una sonrisa de desdén.

—Pensé que no le gustaba bailar —susurró para que solo pudiera escucharla él.

—Eso depende de la compañía. Además, creo que a ninguno de los dos nos apetece hablar de guerra esta noche.

Dorotea soltó una risita y se dejó guiar hasta donde se encontraban el resto de las parejas. Álvaro pasó una mano por su cintura y empezó a moverse al ritmo de una lenta melodía. Sus ojos se

engarzaron durante unos segundos, y Dorotea sintió que sus mejillas arreboladas por el alcohol se calentaban todavía más. Se agarró al coronel con más fuerza para no tropezar.

—Gracias por rescatarme —se atrevió a decir.

Álvaro rio y la acercó un poco más a él.

—Quizá alguien debería rescatarla de mí…

Dorotea se mordió el labio inferior y se percató de que la mirada de Álvaro se había desviado hasta su boca. Pero no se movió, siguió bailando sin apartar la vista de su rostro. Cuando se extinguieron las últimas notas de la melodía, Álvaro le dedicó una ligera reverencia.

—Nada me gustaría más que seguir bailando con usted toda la noche —confesó, mirándola fijamente.

Dorotea se sorprendió pensando que no le importaría en absoluto seguir entre sus brazos hasta el amanecer. Se preguntó si el alcohol tendría algo que ver.

—Pero me temo que no sería apropiado —prosiguió él—. Por eso, si no le importa, me gustaría venir a visitarla mañana.

Dorotea enarcó las cejas. ¿Le estaba pidiendo una cita? Se humedeció los labios y sintió de nuevo los ojos de Álvaro sobre ellos.

—Por supuesto —balbuceó cuando logró volver a respirar.

Dorotea se probó todos los vestidos de su extenso ropero. Ninguno la convencía.

—El de color malva es muy bonito —apuntó Emilia.

—¿No es demasiado discreto?

Quería impresionar a Álvaro.

—¿El rojo, pues?

—No, demasiado obvio...

Dorotea gimió desconsolada y se dejó caer sobre la cama. Las ondas al agua que Emilia se había esmerado en hacerle estuvieron a punto de deshacerse para desesperación del ama de llaves. Sin embargo, aguantaron. Dorotea nunca había estado tan nerviosa por ver a alguien. Cuando por fin se decidió por un elegante traje chaqueta de color azul celeste, alguien llamó a la puerta de su habitación. ¿Habría llegado ya? Miró el reloj, todavía faltaban cinco minutos. Mejor, estaba deseando verlo y comprobar si la hacía sentir igual que la noche anterior. Llevaba todo el día preguntándose si le habría parecido tan atractivo a causa del alcohol. ¿Y si no era tan guapo como recordaba? Qué más daba, se dijo. La presencia de Álvaro en la fiesta había sido como un soplo de aire fresco en su vida, y no podía desperdiciar algo así. Sin embargo, cuando se abrió la puerta de su cuarto y comprobó que se trataba de su padre, su pecho lleno de esperanza se desinfló. Alfredo entró sin pedir permiso y la miró de arriba abajo. Su padre terminó asintiendo, como si aprobara la indumentaria que había elegido.

—Álvaro Montesinos me ha pedido permiso para visitarte. Debiste impresionarlo, todavía me pregunto cómo, con lo bebida que estabas... Espero que no desperdicies esta oportunidad: es un gran partido.

Dorotea resopló. Lo último que deseaba era satisfacer las ansias de su padre por que encontrara un marido conveniente; sin embargo, Álvaro le había gustado demasiado como para descartarlo tan solo para importunar a Alfredo. Además, si conseguía conquistarlo quizá

lograra salir de aquella casa en la que cada día se asfixiaba un poco más.

—Os prestaré el Hispano Suiza para que deis un paseo por la ciudad.

Alfredo debía de estar desesperado por deshacerse de ella si les dejaba uno de los afamados coches que guardaba en el garaje y mandaba pulir minuciosamente cada semana.

—Gracias, padre, es todo un detalle —soltó con ironía.

Alfredo la miró con desprecio, pero no dijo nada más. Se limitó a dar media vuelta. Justo antes de salir, dijo:

—Álvaro te está esperando abajo.

El corazón de Dorotea dio un brinco al mismo tiempo que su padre cerraba de un portazo. Se colocó los zapatos de tacón y tomó su bolso.

—Deséame suerte —le dijo a Emilia con una sonrisa justo antes de salir y bajar corriendo por la escalinata.

Álvaro la esperaba al pie de la escalera, con un traje informal de color gris oscuro. Dorotea sintió que se le entrecortaba la respiración. Era todavía más guapo de lo que recordaba en la ensoñación provocada por el alcohol.

—Es un honor poder disfrutar de su compañía esta tarde, señorita Dalmau —dijo ofreciéndole el brazo.

Dorotea se agarró a él con cierta timidez, y sintió la calidez de su piel a través de la tela del traje. ¿Por qué seguía haciendo tanto calor en el mes de septiembre? Álvaro le abrió la puerta del coche para que

se acomodara en el asiento del copiloto y Dorotea tuvo que recolocarse la falda para no mostrar más de lo que era recatado.

—¿Adónde le apetecería ir?

—¿No nos llevará el chófer?

—Me gusta conducir —dijo él con una sonrisa.

Dorotea lo miró sonriente; no tendrían carabinas.

—Al mirador de Montjuic. Me encanta ver Barcelona y el mar desde las alturas.

—Sus deseos son órdenes para mí.

Álvaro condujo con suavidad, y Dorotea aprovechó que estaba concentrado en la carretera para observar sus rasgos perfectos con atención: su nariz recta, sus labios carnosos, la barbilla elegante. De pronto él se volvió hacia ella un instante.

—¿Le gusta lo que ve, señorita?

Dorotea carraspeó. ¿Tan evidente había sido? Bajó la mirada hasta su falda y se apretó las manos. Álvaro colocó una mano sobre la suya con delicadeza.

—No quería importunarla.

—No… no lo ha hecho —tartamudeó, sintiéndose cada vez más estúpida.

Quizá debería haber tomado un poco de whisky para insuflarse valor antes de acudir a la cita. La noche anterior se había sentido mucho más segura de sí misma, desde luego.

Dorotea divisó el castillo de Montjuic en la lejanía. En realidad, tenía poco de castillo y se asemejaba más bien a una fortaleza. Álvaro cruzó el puente del foso con el coche y subió por una de las rampas

hasta el patio. De pronto se sintió incómoda. ¿Y si él no quería estar allí? Por lo que tenía entendido, Montjuic había sido uno de los puntos conflictivos durante la Guerra Civil. Emilia le había contado que desde allí habían bombardeado a la población de la ciudad. Casi podía ver el humo de los cañones disipándose entre las nubes, la sangre manchando las piedras centenarias y bajando hasta el mar. Le inquietó pensar que el hombre que tenía a su lado pudiera haber disparado alguna de esas armas. También había oído que las fuerzas policiales y militares habían convertido el castillo en un lugar siniestro en el que entraban personas de las que nunca se volvía a tener noticias; que se escuchaban los fusiles retumbando en la lejanía. ¿En cuánto de todo eso habría participado Álvaro? ¿Sabría lo que había ocurrido tras aquellos muros?

—Quizá no ha sido buena idea venir… —murmuró Dorotea de pronto.

Ese sitio ya nada tenía que ver con el de sus recuerdos. Ahora era una enorme tumba y no el mirador mágico al que subía a ver los atardeceres con su madre.

Él aparcó el coche y la estudió unos instantes.

—No luché aquí, si eso es lo que le preocupa.

Dorotea sintió que parte de la presión que se había alojado en su pecho se aflojaba.

—De todos modos, será mejor que vayamos directamente al mirador —sugirió él, quizá entreviendo su incomodidad.

Bajaron del coche y caminaron hasta el exterior de la fortaleza. Dorotea volvió a respirar en paz cuando se acercaron a la atalaya

desde la que se podía ver la ciudad. Seguía siendo tan verde y poblada de árboles como recordaba. Cerró los ojos y respiró el aire limpio del atardecer. No pudo evitar preguntarse qué habría hecho Álvaro en la guerra: si tenía las manos manchadas de sangre. No era una ingenua, sabía que para sobrevivir habría tenido que matar, pero aun así…

—Pregúntemelo —dijo él de pronto.

Ella lo miró desconcertada.

—Lo que está rondando por esa cabeza…

Dorotea suspiró.

—¿En la guerra, usted…? —fue incapaz de terminar la pregunta.

—Sabe que sí. Era eso o morir.

Ella asintió en silencio y se tragó las lágrimas de pena por todos los hombres que se habían visto arrojados hacia aquella terrible decisión.

—Lo siento —susurró ella.

—Estoy vivo, supongo que es lo que cuenta —replicó Álvaro sin apartar la mirada de la ciudad, que parecía postrarse ante ellos.

El sol se perdía ya tras las montañas.

Dorotea alargó la mano hasta la de él, que se aferraba a la barandilla de madera del mirador. Su piel estaba fría. Solo entonces Álvaro la miró y sus ojos, que se habían oscurecido al hablar de muerte, volvieron a su color habitual. Dorotea se acercó y puso la cabeza contra el pecho de Álvaro. Sintió su respiración pausada justo antes de que la rodeara con los brazos. Luego él acarició su cabello rubio y bajó la barbilla hasta apoyarse en ella. Entonces Dorotea alzó la mirada. Estaba tan cerca de él que un fresco olor a hierbabuena

enturbió sus sentidos, y no supo si provenía de Álvaro o de los árboles. En cualquier caso, sus labios sabían a menta. Lo supo en cuanto él recorrió la distancia que los separaba y atrapó su boca con cuidado. Dorotea se aferró a su camisa y sintió, por primera vez en mucho tiempo, que le importaba a alguien. Y sin saber muy bien por qué, la imagen de Casandra besándola en el internado se coló en un rincón de su mente.

# LA ISLA

*3 de septiembre de 1939, Hamburgo*

—¿Cómo hemos podido llegar a esto?

Soledad lanzó el periódico sobre la mesa auxiliar y miró a Tante Gertrude desolada.

—¿No tuvimos suficiente con la Gran Guerra ni con la Guerra Civil española? —masculló.

Tante Gertrude puso una mano sobre su hombro y se dejó caer en el sofá junto a ella.

—Me temo que la humanidad nunca aprende, Soledad. Las nuevas generaciones están dispuestas a cometer los mismos errores que sus padres.

—¿Pero invadir Polonia? ¡Es de locos!

—Hitler tiene la mirada puesta en el pasillo de Danzig desde hace años. Lo cierto es que no me sorprende.

—¿Y qué va a pasar ahora?

Tante Gertrude no tuvo tiempo de responder. La puerta de casa se abrió y Soledad pudo reconocer los pasos de Alicia en el zaguán. Últimamente siempre llevaba tacones, como si con ellos quisiera elevarse por encima de los demás. Aunque Soledad estaba de espaldas a la entrada, se vio obligada a girarse hacia su hermana cuando vio el rostro lívido de Tante Gertrude.

—Pero ¿qué…? —Soledad se quedó muda.

Alicia las observaba desde el umbral de la puerta como si no

comprendiera su reacción. No llevaba el vestido rosa pálido con el que había salido aquella mañana, sino que lucía una camisa blanca con corbata y una falda de color pardo: el uniforme de la liga nacionalsocialista de mujeres. La cruz gamada relucía en su brazo derecho.

—¿Has perdido el juicio? —inquirió Soledad incapaz de contener su indignación.

Había oído hablar de las ramas femeninas de las juventudes hitlerianas, pero jamás hubiera imaginado que Alicia pudiera unirse a una de ellas.

—Estamos en guerra —dijo como si su postura fuera evidente—. Arno dice que debemos tomar partido

—¿Arno? ¿De qué conoces tú a Arno?

Soledad todavía recordaba demasiado bien el tacto de sus manos ansiosas sobre su ropa; casi podía escuchar de nuevo la tela del tirante de su vestido rasgarse bajo sus dedos; el aliento a alcohol contra su boca. Notó cómo la bilis ascendía por su estómago. ¿Ese indeseable se había acercado a Alicia?

—Es un buen amigo —se limitó a contestar su hermana.

—¿Un buen amigo? —escupió Soledad—. Te lo advierto, mantente alejada de él, quiere aprovecharse de…

—¿¡Qué sabrás tú?! —Alicia estalló—. Ni siquiera tienes amigas, tan solo esa sucia judía.

Soledad no fue consciente de haber levantado la mano hasta que escuchó el sonido de la bofetada contra la mejilla de Alicia. Todo se quedó en silencio unos instantes, incluso el viento acuciante del

exterior pareció cesar de repente. No podía creer lo que acababa de hacer; nunca había sido violenta. De pronto, la lejana imagen de su madre golpeándola la noche en la que conoció a Tante Gertrude volvió vívida a su memoria. ¿Se estaba convirtiendo en alguien como Abigail? Se obligó a desechar esos pensamientos.

—No vuelvas a decir algo semejante; ni de Magda ni de nadie —dijo Soledad al fin, cortando el silencio.

Alicia la miró con ira. No quedaba ni rastro de la niña indefensa a la que había protegido en el orfanato. Aquella sociedad corrupta se la había llevado, y no estaba segura de poder traerla de vuelta. Alicia levantó una de las comisuras de sus labios en una sonrisa cínica.

—Quizá después de todo no seas tan distinta a Sor Angustias.

Soledad sintió la opresión en el pecho como si su hermana le hubiera clavado un puñal. Le dolió tanto que incluso bajó la mirada en busca de una mancha de sangre en su vestido azul. Pero no encontró nada.

—Ya basta, Alicia —zanjó Tante Gertrude interponiéndose entre las hermanas—. Ve a tu habitación.

—Por supuesto, ponte de su parte, como siempre —gruñó con desdén antes de desaparecer por las escaleras.

Soledad no pudo evitar estallar en un llanto silencioso. Tante Gertrude pasó un brazo por su espalda y la condujo hasta el sofá del salón. Se sentó junto a ella y le acarició el cabello con el mismo cuidado que el día en el que le había confesado lo ocurrido con Sor Angustias en el convento. Soledad lloraba en raras ocasiones, y solía hacerlo en absoluta intimidad. Creía que mostrar sus sentimientos la

hacía parecer débil. Sin embargo, sabía que Tante Gertrude jamás la juzgaría.

—La estoy perdiendo —masculló—. Y actuando así no hago más que alejarla. Siento que lo estoy haciendo todo mal.

—En ocasiones las ideas son más poderosas que los sentimientos, cariño —susurró Tante Gertrude mientras tomaba su rostro entre las manos—. Y el fascismo se ha apoderado de casi todo. Tú no tienes la culpa.

—Pero tendría que haberla educado mejor, transmitirle unos valores…

—Eres su hermana, no su madre. Esa responsabilidad no te correspondía a ti y, sinceramente, creo que has hecho mucho más de lo que hubieran podido hacer otros en tu lugar. Eres valiente, Soledad, no dejes que te hagan creer otra cosa.

Soledad se mordió el labio y se secó las lágrimas con la mano antes de que Tante Gertrude tuviera oportunidad de tenderle su pañuelo de batista.

—Cada día me pregunto qué habría pasado si mi madre no nos hubiera abandonado. Puede que Alicia no se hubiera vuelto tan fría.

—Desde luego, no voy a ser yo quien defienda a Abigail, pero no todo depende de los padres. Al final somos nosotros quienes elegimos ser de un modo u otro. Y Alicia toma sus propias decisiones, por muy erróneas que sean.

Soledad asintió y se recostó contra el sofá. Era la primera vez que Tante Gertrude nombraba a su madre desde que habían llegado a Alemania. Siempre había evitado el tema, y Soledad no pudo resistir

la curiosidad. Necesitaba hablar de otra cosa para olvidar la imagen de Alicia vestida con esa ropa.

—¿De qué conocías a mi madre?

Tante Gertrude miró por la ventana y suspiró; luego dirigió sus ojos límpidos hacia ella. Soledad adivinó que tras aquella mirada se escondían muchos secretos.

—En realidad, era a tu padre al que conocía.

—¿Mi padre? —Soledad arqueó las cejas, sorprendida.

Soledad no había vuelto a hablar de Pedro desde que había muerto de esas fiebres, ni siquiera con Alicia. Era tan solo una niña y al principio el recuerdo había sido demasiado doloroso. Con el tiempo, el sentimiento se había convertido en una bruma espesa que había encerrado en alguna parte de su pecho.

—Sé que nos escuchaste aquella noche —susurró Tante Gertrude como si temiera que alguien las oyera—; la noche en la que Pedro murió.

Soledad tuvo que tragar saliva. En su inocencia infantil había creído que había sido una espía discreta. Ahora veía con claridad que una niña jamás podría haber engañado a Gertrude.

—¿Sabes qué ocurrió? —Soledad se atrevió a formular la pregunta que llevaba años silenciando—. ¿Cómo cogió esas fiebres?

Abigail se había limitado a contarles que su padre había enfermado durante su último trabajo. No les dejó despedirse de él, ni ver su cuerpo antes de enterrarlo en el cementerio de Poblenou. Su madre se había limitado a vestirse de luto y llevarlas al camposanto con un velo de viuda que ocultaba la ausencia de lágrimas. Soledad

había querido preguntarle por qué no lloraba, por qué no gritaba de dolor como otras mujeres que habían perdido a sus maridos. Pero su propia tristeza la había silenciado; se había mantenido en pie junto a Alicia, y Soledad se había aferrado a la mano de su hermana como si su vínculo fuera lo único que le quedara en esta vida.

Soledad se percató de que Tante Gertrude estaba manteniendo algún tipo de debate interno: sus manos se encontraban cerradas sobre la falda y apretaba los labios con fuerza, como si así pudiera impedir que la verdad saliera de su boca.

—Se le infectó una herida —terminó diciendo.

Soledad la miró desconcertada.

—Mi madre nunca mencionó una herida.

—Me temo que no fue lo único que olvidó mencionar.

Le extrañó detectar un destello de amargura en sus palabras; no era propio de Tante Gertrude. Soledad siempre había sospechado que había algo oculto en el pasado de sus padres, pero la actitud de Gertrude no le dejó lugar a dudas.

—¿Qué fue lo que pasó? Ya no soy ninguna niña.

—Llevas razón; tienes derecho a conocer la verdad. Creo que será mejor que tomemos un refrigerio. ¿Te apetece un whisky?

Soledad abrió la boca para contestarle que todavía no tenía edad para beber, pero Tante Gertrude ya se había levantado hasta el aparador donde guardaba el alcohol y estaba sirviendo un par de copas. Volvió a acercarse hasta Soledad y le tendió una de ellas. Se sentó de nuevo en el sofá y dio un generoso trago de su bebida antes de comenzar a hablar.

—En 1922 Alemania estaba sumida en una crisis terrible por culpa de las consecuencias de la Gran Guerra. Cuando mi padre perdió el empleo en la fábrica de harina en la que trabajaba, supo que ya no nos quedaba nada allí. Nos pidió a mi madre y a mí que hiciéramos las maletas y poco después llegamos en barco a Mallorca. Aunque no conocía el idioma ni la cultura de aquella isla remota a la que nos había llevado mi padre, me pareció un oasis. Toda mi infancia había vivido en un país en guerra, en calles ruinosas llenas de piedras, armas y destrucción. Mi padre montó una pequeña panificadora y mi madre y yo lo ayudábamos con el negocio. Me pareció un milagro tener comida todos los días en nuestra mesa, y nuestra casita en El Terreno se convirtió en un buen hogar para mí. Así fue durante casi diez años.

»Pronto me di cuenta de que más alemanes buscaban refugio en la isla. Muchos eran intelectuales judíos, pacifistas y antifascistas que sospechaban lo que ocurriría pronto en Europa y huían en busca de un futuro mejor. Ya me conoces, siempre he sido una amante de las causas perdidas, así que me dediqué a ayudar a esos recién llegados a encontrar un nuevo hogar. Así fue como conocí a tu padre.

Soledad se removió impaciente. Sabía que su padre era mallorquín y que se había trasladado a Barcelona poco antes de que ella naciera, pero Pedro no solía hablar de su pasado en la isla, como si fuera un secreto que debiera proteger.

—Pedro se dedicaba a alojar a los refugiados en la pensión que regentaba junto a tu madre, con la que se había casado un par de años antes. Yo me encargaba de trasladar a los migrantes con la furgoneta que mi padre había comprado para el reparto del pan, así que fue

cuestión de tiempo que coincidiéramos. Al principio no hablábamos demasiado. Pedro era un hombre tímido, pero no se me escapaban las miradas que me lanzaba cuando pensaba que no lo veía.

Una sonrisa melancólica se paseó por los labios de Tante Gertrude, y Soledad imaginó que aquellos habían sido años más felices.

—Debo confesarte que estaba enamorada de él; supongo que era ese tipo de amor platónico que una tiene de adolescente.

Soledad fue incapaz de contestar ante semejante confesión.

—Pero no se lo dije entonces. No fui capaz de reaccionar hasta que fue demasiado tarde: Abigail se quedó embarazada. No soportaba verlos juntos, y puedes imaginar que a tu madre tampoco le gustaba que yo estuviera cerca de tu padre, así que me alejé. Yo seguía transportando a los refugiados, aunque ya no solía entrar en el hostal como antes. Prefería no encontrarme con tus padres. Un día me informaron de que los expatriados ya no se alojarían con Pedro y después de unas cuantas preguntas descubrí que se había marchado con Abigail a Barcelona. Se me rompió el corazón. Pasaron dos años hasta que volví a saber de él. Me escribió una carta.

Tante Gertrude se levantó del sofá y se acercó al secreter que se encontraba en un rincón del salón. Soledad observó su copa y se decidió a dar un trago; algo le decía que iba a necesitarlo. Sintió el alcohol abrasando su garganta de camino al estómago.

Tante Gertrude se acercó hasta ella y le tendió un sobre que se veía amarillento.

—Léela.

Soledad dio otro sorbo y dejó el whisky sobre la mesa. Después

abrió la carta con manos nerviosas. Cuando leyó las palabras que había escrito su padre, casi pudo escuchar su voz en la lejanía, como si hubiera vuelto junto a ella, aunque fuera por un instante.

*Querida Gertrude,*

*Lamento no haberte escrito antes, pero no he conseguido reunir el valor suficiente para hacerlo hasta ahora. He sido un cobarde todo este tiempo, y ambos sabemos por qué: debería haber sido capaz de confesarte lo que sentía por ti, pero no quería fallarle a Abigail. De algún modo me sentía responsable de ella, le había hecho un juramento, y no quería faltar a mi promesa, menos aun sabiendo que estaba encinta. Sin embargo, ahora estoy desesperado y sé que solamente tú podrás entenderme.*

*Poco después de que naciera Soledad, Abigail empezó a alejarse de mí. Creí que era normal, que necesitaba tiempo y espacio para adaptarse a la nueva situación. Sin embargo, cada vez pasaba más tiempo fuera de casa, y yo no tenía ni idea de adónde iba cada tarde. Me quedaba con la niña sin rechistar, incapaz de pedirle explicaciones a Abigail. Nunca he sido un hombre celoso, lo sabes bien, pero su comportamiento me resultaba de lo más extraño. Unos meses más tarde las cosas parecieron arreglarse y Abigail vino de nuevo a mí. Creí que tan solo había sido una crisis y que saldríamos adelante juntos. Poco después me confesó que estaba embarazada de nuevo. Estaba tan feliz con la noticia que no fui capaz de ver las señales: seguía saliendo hasta tarde, se arreglaba más que antes y gastaba un dinero que no teníamos en vestidos demasiado caros. Pero se lo consentí todo. En el fondo me sentía culpable por seguir pensando en ti*

*cada vez que cerraba los ojos. Te veía con tanta nitidez que era como si te tuviera frente a mí, con tus ojos claros observándome con esa inocencia tan tuya. Y era incapaz de mirar a Abigail a la cara. Quizá si lo hubiera hecho me habría dado cuenta de que me estaba engañando. No lo vi claro hasta que empezaron a llegar gardenias todos los domingos. Ella las escondía, claro; pero un día intercepté al mensajero en la entrada. El pobre hombre no pudo negarse a que leyera la pequeña tarjeta que venía junto al paquete. «Amor mío, te espero en nuestro apartamento a las siete. A.D». Tardé unos minutos en devolverle las flores al mensajero. Cuando lo hice, me aseguré de dejar la nota en el sobre cerrado, tal y como me la había encontrado. Si quería llegar al fondo del asunto, tendría que seguir a Abigail. Esa tarde dejé a Soledad con la vecina y caminé discretamente tras mi esposa como un acosador; no estoy orgulloso de ello, pero necesitaba saber si aquellas palabras significaban lo que parecía.*

*Me sentí un completo imbécil cuando Abigail se lanzó a los brazos de otro hombre como si él fuera su hogar, pero lo peor fue descubrir la identidad de su amante. Había visto todos los días su cabello rubio, esos ojos verdes que estudiaban con cautela todo lo que ocurría en sus fábricas. Abigail estaba teniendo una aventura con mi jefe, Alfredo Dalmau. En vez de abalanzarme sobre ellos y pedir explicaciones, di media vuelta y regresé junto a Soledad; mi pequeña fue mi único consuelo. Había fracasado como marido, pero me negaba a hacerlo como padre. Así que esa oscura tarde le prometí a mi hija que estaría a su lado hasta mi último aliento.*

*No fue difícil simular que no sabía nada cuando Abigail volvió a casa. Ni siquiera solía hablar conmigo o con la niña, así que cenamos en silencio mientras la furia se agolpaba en mi garganta cerrada. Me la tragué junto a*

*los pocos garbanzos que fui capaz de cenar. Decidí que esperaría a que esa locura terminara. Alfredo Dalmau era un hombre discreto y estaba casado; se aseguraría de que nadie descubriera su relación clandestina o acallaría los rumores si algo llegara a saberse. Enseguida supe que lo que Abigail había herido era mi orgullo masculino, no mi corazón. Fue entonces cuando me di cuenta de que nunca fue suyo. Su dueña está muy lejos de mí ahora, en una pequeña isla en medio del mar.*

*No he logrado reunir el valor suficiente para escribirte estas palabras hasta que Alicia ha nacido: es rubia y tiene los ojos verdes. Abigail no ha querido ni siquiera tomarla en brazos, como si no fuera suya. Supongo que le molesta ver las consecuencias de sus actos con tanta claridad. La pequeña me ha acariciado la cara con sus manitas y no he podido evitar acunarla; ella no tiene la culpa de los pecados de sus padres. Así que he decidido aceptarla como mía y así se lo he hecho saber a Abigail. Me ha mirado con los ojos muy abiertos, aterrada al percatarse de que lo sabía todo. No ha intentado disculparse, yo tampoco se lo he pedido.*

*Te escribo esta carta desde el barco, Gertrude. Necesito verte, y espero que sepas perdonarme por todos estos años de silencio.*

*Siempre tuyo,*

*Pedro Moliner*

Soledad se cubrió la boca con manos temblorosas. Dejó la carta en la mesa y se bebió lo que quedaba de whisky de un golpe, como si con ello lograra asimilar mejor lo que acababa de leer.

—Alicia es… ¿una Dalmau?

Todos conocían a la familia Dalmau en Barcelona. Alfredo era propietario de la mitad de la ciudad y solía frecuentar las más altas esferas. La prensa y las revistas de sociedad hablaban de él y su flamante esposa constantemente. Aunque Soledad todavía recordaba con amargura cómo se había enterado por los periódicos del escándalo que había supuesto que Alfredo se casara con Abigail apenas seis meses después de que él enviudara, jamás habría imaginado que Alfredo Dalmau fuera en realidad el padre de Alicia. Eso lo hacía todavía peor. ¿Cómo podía su madre haberlas abandonado así? ¿Sabría Alfredo que en realidad tenían una hija en común? Algo le decía que no.

—Lo siento, Soledad —murmuró Gertrude acariciando la mano en la que todavía sostenía la copa vacía.

Se quedaron en silencio durante unos minutos. Soledad podía sentir la mirada apenada de Gertrude. Detestaba que los demás sintieran lástima de ella, pero en esta ocasión no le molestó.

—No puedo decírselo a Alicia, ahora no.

—Quizá debas esperar un momento mejor —estuvo de acuerdo Gertrude.

Soledad asintió. Ahora comprendía por qué ella y su hermana eran tan distintas. Alicia había heredado los rasgos delicados, el cabello rubio y los ojos verdes de Alfredo Dalmau. Por eso nunca pudo ver a Pedro en ella; habría sido imposible.

—¿Qué pasó después? —quiso saber con tal de apartar aquellos pensamientos—. No, espera. Necesito más de esto.

Soledad le alargó el vaso vacío a Tante Gertrude, que asintió con solemnidad y le sirvió otra copa de whisky.

—Tu padre vino a verme a Mallorca —explicó mientras se sentaba de nuevo en el sofá—. Supongo que imaginas lo que ocurrió.

Soledad se llevó la mano a la frente y la miró con incredulidad.

—¿Fuisteis amantes?

Tante Gertrude suspiró.

—Pedro fue mucho más que eso para mí. Lo amé hasta el día en que murió; de hecho, aún lo sigo queriendo.

Soledad se mordió el labio.

—La herida que le provocó la muerte… ¿cómo se la hizo?

—Luchando por sus ideales.

—¿Qué quiere decir eso?

—Poco después de llegar a Barcelona, Pedro se afilió al partido comunista y empezó a tomar parte en sindicatos obreros. Obviamente, Abigail, que ya era amante de Alfredo Dalmau, no lo veía con buenos ojos. Discutían a menudo sobre el tema. Cuando venía a verme me explicaba los asuntos en los que andaba metido, y yo temía cada vez más que algo malo le sucediera.

—¿Venía a visitarte a menudo? —No pudo contener su curiosidad.

—Creo que le decía a Abigail que le había salido un trabajo y desaparecía durante unos días para reunirse conmigo. Me imagino que ella sabía la verdad, pero nunca dijo nada.

Soledad recordó las extrañas ausencias de su padre, y por fin comprendió que él también había llevado una doble vida. No fue capaz de reprochárselo, dadas las circunstancias.

—La cuestión es que ese mes de junio recibí una nota de Abigail. Estaba furiosa conmigo porque la ausencia de Pedro se estaba alargando más de lo habitual y las vecinas empezaban a chismorrear. Puedes imaginar cómo saltaron mis alarmas al recibir la carta: Pedro no había estado conmigo. Tomé el primer barco a Barcelona y en cuanto llegué empecé a buscarlo por los barrios obreros en los que solían tener lugar las reuniones sindicalistas. Lo encontré malherido en un callejón. Lo llevé a casa y traté de detener la hemorragia lo mejor que pude. Quise avisar a un médico, pero Abigail se negó. Dijo que ella se ocuparía de su marido y me echó de casa. Eso fue lo que viste aquella noche.

Soledad negó horrorizada.

—Mi madre no llamó a ningún doctor —musitó con un hilo de voz.

Los ojos de Gertrude se llenaron de lágrimas.

—¿Crees que lo dejó morir a propósito? —cuestionó Soledad, sobrecogida.

Se cubrió el rostro ante semejante idea. ¿Era eso posible? ¿Abigail se había querido deshacer de su padre para poder casarse con su amante?

Gertrude la abrazó.

—¿Y si ella estuviera detrás de su muerte? —siguió Soledad.

—No. Abigail es capaz de muchas cosas, pero no de eso —contestó Gertrude—. Quizá no tenía dinero para el médico, o pensó que no era tan grave. Cuando me enteré de la muerte de Pedro, investigué y no tardé en dar con sus asesinos. Eran unos matones a los que había

pagado uno de los prohombres de Barcelona, así que tampoco fue Alfredo.

—¿Quién fue entonces?

—Un burgués que se la tenía jurada. No le des más vueltas, ya me encargué de que ese desgraciado pagara por ello —dijo Gertrude, y sus ojos cristalinos se volvieron oscuros por un instante.

En vez de espantarla, aquello la alivió de algún modo. Soledad dio cuenta del segundo vaso de whisky y empezó a sentir la cabeza algo embotada.

—Quizá deberíamos dejar esto por hoy —dijo Gertrude tomando la copa de entre sus dedos—. Te acompaño a la cama. Será mejor que descanses.

# LA CASA DALMAU

*3 de septiembre de 2022, Barcelona*

Me miré en el espejo y terminé de retocarme el pintalabios. De pronto me sentí estúpida por haberme arreglado para quedarme en casa revisando viejos archivos con Luther. Sin embargo, no podía evitar la expectación bailando en la boca del estómago. Hacía tiempo que no me sentía así; César me había hecho tanto daño que no había querido saber nada de ningún hombre en los últimos cinco años. Sin embargo, mis barreras estaban empezando a debilitarse con Luther; quizá pudiéramos tener una oportunidad. No todos los hombres del mundo serían desleales y embusteros, ¿verdad? Negué mirando mi propio reflejo. ¿Dónde estaba mi resolución de limitarme al plano profesional con él? Me recordé que debía guardar las distancias. El timbre sonó antes de que pudiera terminar de debatir conmigo misma. Luther estaba apoyado en el marco de la puerta, y me mostró una espléndida botella de Rioja con una sonrisa traviesa.

—He pensado que necesitaríamos un poco de alegría si vamos a pasar la tarde del sábado leyendo documentos antiguos.

Solté una risita. ¿Qué clase de carcajada infantil había sido aquella? Me reprendí por mi comportamiento pueril. Tendría que controlarme si no quería que pensara que era una completa idiota.

Pasamos al salón y le ofrecí asiento en uno de los sillones que había junto al sofá. Por la mañana me había encargado de vaciar el contenido de la caja sobre la mesa para que tuviéramos un acceso más

sencillo a la información.

—Veo que ya está todo preparado —observó Luther—. Espero que no te hayas adelantado.

—No, he ordenado los documentos con los ojos cerrados para no ver nada —mentí.

Él me dedicó una sonrisa torcida.

—Por supuesto, señorita Altarriba.

Empezamos a hojear los libros de cuentas y las anotaciones que mi abuela había realizado en los márgenes de algunos de ellos. Sin embargo, no parecía haber nada fuera de lo normal a parte del súbito éxito que había cosechado el Cine Imperial en el año 42. Ya había anochecido cuando alcé la vista del enésimo documento que revisaba.

—Aquí no hay nada…

Me levanté del sillón y me estiré para desentumecer los músculos. Me sentí algo cohibida cuando me percaté de que Luther me había estado mirando.

—Voy a abrir el vino —solté, y me refugié en la cocina.

Agarré el abridor y forcejeé con la botella; el corcho se resistía.

—¿Necesitas ayuda con eso?

De pronto sentí el pecho de Luther contra mi espalda y sus brazos a cada lado para acceder a la botella. Contuve la respiración cuando cogió el sacacorchos de entre mis dedos con estudiada lentitud. Me estremecí al sentir su aliento cálido en el oído y me obligué a mantener la cabeza fría. Di media vuelta dispuesta a poner distancia entre los dos. Sin embargo, no tardé en darme cuenta de mi error. Ahora sus ojos grises estaban demasiado cerca y me tenía acorralada

contra el mármol.

—Voy al salón a por un par de copas —dije con la voz demasiado aguda.

Luther se hizo a un lado para dejarme escapar. Caminé hasta el aparador con el corazón desbocado y me felicité por el autocontrol. Había estado a punto de rendirme y dejar que me besara; casi había perdido el mundo de vista. Solo lo había visto a él por un momento. Pero sabía cómo habrían terminado las cosas y no quería dar pasos en falso a esas alturas de mi vida.

Luther no tardó en reunirse conmigo, con la botella convenientemente abierta. Tomó las copas que yo había dejado sobre la mesa y sirvió el Rioja.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté—. Con los documentos, quiero decir.

Cerré los ojos por mi inoportuna selección de palabras, pero Luther, lejos de parecer ofendido, sonrió divertido al ver que me ruborizaba.

—Eres historiador —mi boca continuó hablando sin control—; seguro que no es la primera vez que te encuentras con un callejón sin salida en una investigación.

Luther dio un sorbo de vino y pareció meditar la respuesta mientras lo degustaba. Mi mente traicionera se imaginó su lengua jugueteando con el líquido.

—En su última carta, Soledad mencionaba la Casa Dalmau.

—Cierto, la casa familiar —recordé, intentando centrarme.

—Me he tomado la libertad de informarme sobre ella —explicó

Luther—. Resulta que todavía está en pie y ahora es una casa museo.

Lo miré esperanzada. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? En el museo encontraríamos montones de información sobre la familia Dalmau y, por lo tanto, de Dorotea.

Luther rebuscó algo en sus bolsillos y sacó la cartera. De ella extrajo un par de boletos.

—He comprado dos entradas para mañana, si tienes el día libre.

—¡Por supuesto! —exclamé emocionada.

Luther sonrió.

—Entonces tenemos una cita.

Me atragante con el vino.

Me presenté en la Casa Dalmau diez minutos antes de la hora que había acordado con Luther. Era temprano y la suave brisa de principios de septiembre me erizó el vello de los brazos. No me importó demasiado; estaba embelesada con aquella magnífica mansión de estilo modernista. Por la arquitectura deduje que debían de haberla construido a inicios del siglo XX, o quizá finales del XIX. La fachada de piedra estaba repleta de adornos ondulados que representaban un bosque salvaje. Si cerraba los ojos podía imaginarme las ninfas, las aguas salvajes y el aroma a hierba húmeda. En la zona frontal había un enorme balcón que sobresalía del edificio como si se tratara de un mirador y me pregunté qué se vería a esa altura. Mis ojos siguieron acariciando los ribetes de cada rincón hasta llegar a un rosetón central donde se alternaban cristales verdes, azules y rojizos, que reflejaban la joven luz del día con un brillo inusual. Había más ventanas y

pequeños balcones distribuidos por el resto de la casa, pero mi visión se quedó atrapada en la señorial verja de hierro forjado que me separaba de un pequeño jardín de estilo inglés; todavía estaba cerrada. Me acerqué hasta ella y conduje mis dedos por las formas irregulares del metal.

—Es magnífica, ¿no crees?

Me volví hacia Luther, que acababa de llegar. Vestía con camisa y tejanos; habría desechado la idea de colocarse un traje en domingo. Se lo agradecí en silencio; así por lo menos mi vestido de cuadros vichy de estilo bohemio no desentonaba tanto.

—No imagino cómo debe ser vivir en un lugar así.

—Puede ser muy solitario —replicó Luther.

Tuve la sensación de que no estaba hablando de la Casa Dalmau en particular, y volví a preguntarme quién era él en realidad. ¿Dónde se había criado? ¿De dónde había sacado la fortuna que había pagado por el tercio del Cine Imperial? Antes de que pudiera interrogarlo, una joven guía salió del interior de la casa y se acercó hasta la valla. La abrió con cierta reverencia y nos saludó con una sonrisa.

—Usted debe de ser el señor Bécquer —dijo la chica sin apartar la vista de Luther.

No me pasó por alto cómo lo miró de arriba abajo.

—Antes de comenzar la visita deben anotar sus datos en el libro de registros —explicó.

Vi un grueso tomo colocado sobre un soporte metálico. Apunté mi nombre, mi dirección y mi documento de identidad y luego le cedí el bolígrafo a Luther.

—Empezaremos el recorrido por los jardines —explicó la joven cuando terminamos. Nos guio hacia el interior de un espacio donde los lirios, los geranios y las margaritas crecían con cierto desorden alrededor de la casa, como si la estuvieran abrazando con sus frondosos tallos verdes. Me fijé en un par de bancos solitarios que descansaban en mitad de un camino; conducía a ninguna parte y terminaba perdiéndose entre las ramas de los árboles. La guía pareció percatarse.

—Esos bancos los diseñó Priscila Daurella, la primera mujer de Alfredo Dalmau, cuando se construyó la mansión en 1914.

—¿Por qué el camino está cortado?

—Priscilla era una amante de la botánica. Ella se encargaba de seleccionar las plantas y coordinar los trabajos de jardinería y diseño de los espacios exteriores. Sin embargo, en 1917 enfermó tras dar a luz a su única hija y todo se paralizó. Alfredo Dalmau se negó a contratar a nadie para concluir el trabajo, quizá aferrado a la esperanza de que su mujer se recuperara. Sin embargo, Priscila murió en 1935 después de años de agonía, dejando el jardín sin acabar. El señor Dalmau nunca culminó su obra, puede que en honor a su memoria o por descuido. Nunca lo sabremos.

Comprendí por qué ese lugar rezumaba tanta tristeza, y me imaginé el espíritu de Priscila acariciando los tallos abandonados de sus amadas plantas.

La guía nos condujo hasta el interior de la casa: era tan majestuoso como el exterior, y parecía que los muebles y la decoración fueran originales. La mayoría eran de roble oscuro y

estaban protegidos por cintas rojas para que los visitantes no pudieran estropearlos con sus manos curiosas. Primero accedimos al salón, donde nos encontramos con una mesa digna de reyes dispuesta con toda la cubertería y cristalería que debió utilizarse en las fiestas de la época en la que los Dalmau todavía habitaban la casa. Me fijé en el amplio sofá y los sillones que se encontraban en uno de los laterales, junto a la ventana. Debía de haber sido allí donde Dorotea le había entregado a Soledad las últimas voluntades de su madre. Quizá habría sido la ventana por la que Dorotea había inspeccionado la calle con nerviosismo. Sus zapatos se habrían posado sobre el mismo suelo ajedrezado que ahora pisaba yo. ¿Qué secretos habían ocultado aquellas dos mujeres? ¿Y mi abuela? Me inquietaba pensar que quizá, después de todo, no conociera a Lucilda tan bien como había creído.

—¿Todo data de la época de la construcción de la mansión? —preguntó Luther.

—Sí, absolutamente todo —contestó la muchacha, feliz de poder satisfacer su curiosidad—. Las alfombras, los cuadros, los tapices e incluso la vajilla que ven expuesta datan de la primera década del siglo XX. ¿Quieren ver el piso de arriba?

—Por supuesto —replicó él.

Subimos una hermosa escalinata de mármol blanco que aún lucía espléndida a pesar del paso de los años. El suelo de madera nos dio la bienvenida con un crujido. También era original y, aunque estaba pulido, sí que se podía adivinar el transcurso del tiempo en él. La guía nos mostró la habitación del matrimonio Dalmau, el despacho de Alfredo y varias estancias para invitados. Al final nos llevó hasta un

invernadero a rebosar de gardenias; el aroma que desprendían me resultó mareante.

—¿Qué hace aquí un invernadero? —quise saber.

Lo habitual era que se situaran en alguna parte del jardín o, como mucho, en alguna sala de la planta baja. Me pareció de lo más excéntrico que se encontrara en el piso de las habitaciones. La guía sonrió con cierta travesura.

—Oh, es una historia curiosa, y algo escandalosa, si me permiten. Después de la muerte de su primera esposa, Alfredo Dalmau volvió a casarse con la viuda de uno de los capataces de sus fábricas. Se llamaba Abigail Escuder. Dicen las malas lenguas que Abigail y Dorotea Dalmau, la hija fruto de su primer matrimonio, no se llevaban nada bien. Alfredo envió a Dorotea a Estados Unidos durante la Guerra Civil y parece ser que Abigail aprovechó su ausencia para transformar la que era su habitación en un invernadero. Pueden imaginar la que se armó a su regreso.

La miré sorprendida. ¿De veras alguien podía ser tan mezquino? Al ver mi gesto de incredulidad, la guía se encogió de hombros.

—Tan solo son cuentos de viejas, no sabemos cuánto hay de cierto. La cuestión es que hay un invernadero junto a los dormitorios.

Y continuó con su recorrido, hablando sin cesar. No fui capaz de prestarle demasiada atención mientras desgranaba los detalles de las obras de arte que se exponían en vitrinas y paredes. No paraba de pensar en Dorotea; no parecía que hubiera tenido una vida fácil a pesar del dinero que poseía su familia.

—Dorotea, ¿qué fue de ella? —pregunté de pronto,

interrumpiendo el discurso de la joven.

—Esa es otra historia interesante, ya lo creo.

Luther parecía tan impaciente como yo a mi lado, y ninguno de los dos dijo nada. La guía mantuvo el silencio unos segundos más para generar expectación y quise zarandearla.

—Se casó con un hombre igual de rico que ella, un gobernador militar que se codeaba con Franco, un tal Álvaro Montesinos, y se trasladó a Jaca. Según los documentos, Dorotea heredó la Casa Dalmau en julio de 1941 y la mansión permaneció cerrada desde entonces.

—¿A qué se refiere? ¿No regresó a Barcelona?

Por la carta que había leído, Dorotea había vuelto a la ciudad por lo menos una vez.

—Dorotea nunca volvió a vivir en la casa. La heredó y así consta en las escrituras, pero sabemos que no la habitó después de la muerte de su padre, nadie conoce los motivos. Quizá estaba mejor en Jaca, quién sabe.

—¿Y qué pasó con ella?

—Esa mujer fue un misterio hasta el final —dijo la guía con un asentimiento—: desapareció sin dejar descendencia. Fue vista por última vez en febrero de 1943.

—¿Desapareció?

—Eso es. Unos años más tarde se la dio por muerta y la propiedad pasó a ser del Estado. Hasta hoy.

Salimos de la visita más confundidos de lo que habíamos entrado, aunque teníamos varios datos con los que empezar a trabajar. La guía

nos despidió con una sonrisa y no se me pasó por alto que le tendió un papelito a Luther, en el que pude distinguir su número de teléfono junto a un corazón. Tuve que hacer un esfuerzo por disimular una mueca de disgusto.

—Pediré hora para ir al registro civil —sugirió Luther cuando nos quedamos a solas—. Seguramente allí encontremos más información.

Asentí.

—Por lo menos, ya tenemos un hilo del que tirar.

## LA MIEL DE SUS LABIOS

*15 de marzo de 1941, Barcelona*

Emilia terminó de anudarle el vestido hasta el cuello. Dorotea se miró en el espejo con cierta desolación: no era lo que esperaba. Ella había imaginado uno de esos modelos elegantes que dejaban al descubierto los hombros para cubrirlos con suaves encajes. Sin embargo, la madre de Álvaro se había empeñado en aquel diseño que le recordaba más bien al hábito de una monja. «Una novia debe ser recatada», había exclamado doña Urraca cuando Dorotea había sugerido aligerar el escote y eliminar el cuello vuelto. No se había atrevido a rechistar. Esa mujer le provocaba un pavor que poca gente le había causado en su vida; ni siquiera Abigail, con sus desplantes y su mirada lacerante le había infundado tanto miedo.

—Está usted impresionante —dijo Emilia con una sonrisa.

El ama de llaves no parecía haberse percatado de su disgusto, y siguió acomodándole el velo sobre el recargado tocado que su suegra había elegido. Había tratado de insinuarle a Álvaro que quizá su madre se estaba inmiscuyendo demasiado en los preparativos de la boda, pero él se había limitado a abrazarla con una sonrisa mimosa. «Ya sabes cómo son las madres, les gusta controlarlo todo». Ella lo había mirado sin mucho convencimiento. «No te preocupes, cuando cases a alguna de nuestras hijas podrás encargarte de todo». Dorotea había sentido un líquido viscoso ascendiendo por la boca del estómago. No se había planteado demasiado la idea de ser madre.

Hasta hacía poco su único sueño había sido ser actriz; no había cabida para una familia en la vida que se había imaginado. Sin embargo, allí estaba, de camino al altar. ¿Qué otra cosa podía hacer? Álvaro le gustaba: era un hombre amable y la trataba bien. No podía decir lo mismo de Alfredo y Abigail, y cuando Álvaro le había propuesto matrimonio no le había parecido descabellado compartir su vida con él. Seguro que serían felices juntos. Decían que el amor llegaba con el tiempo. Álvaro era atractivo y estaba bien posicionado, además tenía cualidades de sobra para enamorarse de él. De hecho, quizá ya lo estaba. ¿No era amor desear verlo todas las tardes para poder deshacerse del ambiente desquiciante de su casa? Sí, seguro que sí. Serían muy felices.

Lo único que la hacía sentir insegura de ese paso era no haberle hablado sobre sus aspiraciones a su prometido. Movió la cabeza para quitarse esa sensación de encima y se convenció de que no habría problema en perseguir sus sueños, por muy casada que estuviera. Álvaro parecía un hombre comprensivo y cariñoso: seguro que no pondría impedimentos en que se dedicara a ser actriz en sus ratos libres. Sonrió por primera vez aquella mañana.

Era un día gélido de marzo, y antes de partir hacia la iglesia Emilia le colocó un chal de pelo blanco sobre los hombros. Estaba segura de que la época elegida para celebrar la boda daría mucho de qué hablar. Inicialmente habían fijado la fecha para el enlace en junio, aunque todos habían estado de acuerdo en no esperar tanto tiempo. Después de un año de compromiso, su padre había insistido en adelantar la fecha para impedir que Álvaro se lo pensara demasiado,

como si temiera que fuera a echarse atrás al descubrir la verdadera naturaleza de Dorotea. Álvaro, por su parte, parecía deseoso de formar una familia cuanto antes, y también había estado de acuerdo en acelerar los preparativos. «La guerra ya me ha robado demasiado tiempo». Y Dorotea, aunque había sentido vértigo por la velocidad de los acontecimientos, necesitaba escapar de la prisión en la que se sentía junto a su padre y Abigail. Así que habían llegado al consenso de hacer caso omiso de los rumores: la boda les convenía a todos, y nadie se atrevería a decir una palabra frente a ellos. Qué más daba si los vecinos pensaban que Álvaro y ella habían mantenido algún tipo de relación ilícita antes del matrimonio. El pensamiento hizo que se sonrojara. Aunque la tía Margarita le había hablado de lo que ocurría en el lecho de una pareja, no tenía ni idea de cómo debía comportarse, y pensar en ese momento la llenó de inquietud. Álvaro se había mostrado respetuoso en todo momento, y no había intentado ir más allá de sus tímidos acercamientos, que habían consistido en cuatro besos furtivos y unos cuantos abrazos.

Alfredo la esperaba a las puertas de la iglesia, vestido con uno de sus trajes confeccionados a medida, que supuso que estrenaba para la ocasión. Dorotea se agarró de su brazo con la misma poca energía con la que lo solía hacer en los insulsos bailes que daba en la Casa Dalmau. Por suerte, ya no tendría que asistir más a ninguno de ellos. El circo había terminado. Suspiró con cierto alivio cuando vio a Álvaro esperando al otro lado del pasillo. Estaba radiante, con un elegante esmoquin oscuro que contrastaba con el brillo de sus ojos azules. Sonrió nada más verla, y eso la tranquilizó. Casi pudo olvidar

los miles de ojos que la estaban juzgando en aquel instante, dejó de escuchar los collares de perlas meciéndose en los cuellos de las damas y el perfume embriagador de las flores se perdió en el olor familiar a hierbabuena que desprendía Álvaro. Y ella también sonrió. Sin embargo, cuando notó los ojos de doña Urraca fijos en ella a través del velo, su rostro se tensó.

Se hicieron una fotografía a la salida de la iglesia. Los invitados los rodearon para felicitarlos y envolverlos en besos y abrazos que acabaron por agobiarla. Álvaro, en cambio, parecía encantado con tanta atención.

Dorotea apenas pudo probar bocado durante el abundante banquete con el que Alfredo había decidido agasajar a los invitados. Tuvo que ir de mesa en mesa charlando con políticos, hombres de negocios y burgueses que no le interesaban lo más mínimo. Por suerte, Álvaro se encargaba de conducir la conversación, mientras ella se dedicaba a sonreír y asentir como si se tratara de una muñeca con el rictus congelado.

—No pareces muy contenta —le susurró doña Urraca mientras se aireaba con un enorme abanico de lentejuelas.

Dorotea no entendía que pudiera tener calor en pleno mes de marzo, ni de dónde sacaba esos diseños tan extravagantes.

—Tan solo estoy algo abrumada, doña Urraca —se disculpó con una sonrisa.

—Oh, ahora debes llamarme madre.

A Dorotea se le giró el estómago. Esa señora nunca sería su madre.

Tensó una sonrisa y asintió.

—Pronto terminará la fiesta y podrás descansar—intervino Álvaro.

Sin embargo, aquello no la tranquilizó. No sabía si estaba más nerviosa por estar rodeada de personas a las que prácticamente no conocía o por saber que la noche de bodas se acercaba a una velocidad vertiginosa. No pudo quitarse esa sensación de la boca del estómago durante el resto de la celebración: comió un poco de la tarta de novios por puro compromiso, bebió tan solo unos sorbos de champán y bailó como si fuera un maniquí al que no le habían engrasado las articulaciones. Todo bajo la atenta mirada de su suegra, que no perdía detalle de su incomodidad.

Al final de la velada le dolían los pies y tan solo deseaba irse a dormir. Cuando los primeros invitados empezaron a marcharse, sin embargo, deseó que se quedaran un poco más. No estaba preparada para quedarse a solas con su marido. La palabra todavía le resultaba ajena, como si fuera demasiado grande para ella. Mientras Alfredo despedía a los últimos rezagados, Abigail se acercó hasta los novios contoneando tanto las caderas que Dorotea creyó que podría partirse por la mitad. Cuando su madrastra bebía, era incluso más descarada de lo habitual.

—Hemos preparado la suite de invitados —dijo con su sonrisa más elocuente.

Dorotea estaba segura de que Abigail había percibido su nerviosismo, y casi pudo ver cómo se regodeaba en su inseguridad.

—Esta es una noche especial —remató.

A Dorotea empezaron a sudarle las manos, y apenas fue capaz de

sostenerse en la barandilla a medida que ascendían a los aposentos que les habían preparado. En cambio, Álvaro parecía tranquilo, como si todo aquello no fuera con él.

—Que paséis un feliz fin de fiesta.

Dorotea pudo escuchar la risita ahogada de Abigail y cerró los ojos con fuerza. La detestaba, y lo único que evitó que bajara a decirle lo que pensaba de ella fue que al día siguiente partirían hacia Jaca. Así lo habían acordado: Alfredo costearía la boda en Barcelona y Álvaro podría llevarse a su flamante esposa a su tierra natal. A Dorotea no le había parecido mal; cualquier cosa sería mejor que quedarse en casa. Además, por lo que le había contado Álvaro, Villa Montesinos era un lugar espléndido y lleno de color. «Te encantará, allí todo es auténtico», le había dicho.

Cuando Álvaro cerró la puerta de la habitación tras ellos, el silencio le aprisionó el pecho. Dorotea no reparó en la cama repleta de cojines ni en las mantas aterciopeladas; tampoco vio las velas perfumadas ni los pétalos de rosa. Tan solo podía mirarse los pies, que descansaban sobre una hermosa alfombra persa. Se quedó allí parada como si se tratara de un mueble más de la lujosa alcoba.

—Quizá necesites ayuda con el vestido —dijo Álvaro de pronto.

Dorotea levantó la mirada, espantada. ¿Insinuaba que debía desvestirse? Como si estuviera leyendo sus pensamientos, Álvaro se dirigió a la mesita de noche y encendió una pequeña lámpara. Luego apagó la luz principal.

—¿Así mejor?

No. Pero no osó contestar. Tragó saliva y empezó a desabrochar los botones del cuello, que parecían querer estrangularla. Álvaro la miraba sin ningún disimulo, y se sintió desnuda incluso antes de estarlo. Cuando llegó a la zona de la espalda, le fue imposible continuar. Álvaro se acercó lentamente e hizo el trabajo que quedaba por ella. Sintió sus dedos acariciarle la nuca y recorrerle la columna vertebral; se estremeció.

—No tengas miedo —susurró él contra su cuello.

Álvaro terminó de quitarle el vestido con manos seguras, y Dorotea se cubrió como pudo con los brazos. Él la condujo hasta la cama en silencio y la ayudó a acomodarse entre los cojines; después la tapó con una de las mantas. Dorotea no se atrevía a mirarlo, y clavó la vista en el techo repleto de cenefas de colores. Quizá fueran los nervios, pero tuvo la sensación de que las molduras se movían como si se tratara de un caleidoscopio. Escuchó el frufrú de la ropa: Álvaro se estaba desvistiendo. Notó que las mantas se movían y percibió un peso justo a su lado; se había colado bajo las sábanas. Ahora los dos estaban desnudos. Dorotea apretó las manos contra el colchón, incapaz de moverse.

—Te prometo que iré con cuidado para que no te duela demasiado.

¿Doler? Dorotea se sobresaltó. Nadie la había avisado de que fuera a doler. La tía Margarita le había insinuado que era posible que al principio no le gustara demasiado, pero no había hablado de dolor. Y, por supuesto, Abigail no le había dado ningún tipo de consejo al respecto. Se tensó cuando sintió el peso de Álvaro sobre ella. Por

primera vez, el olor a hierbabuena que desprendía su piel se le antojó demasiado. No podía respirar. Él no pareció darse cuenta de su incomodidad y comenzó a besarle el hueco del cuello. Dorotea apretó los labios; no le gustaba sentirse expuesta. Antes de que se diera cuenta, sintió las manos de Álvaro por todos lados; incluso en lugares que ni ella misma se había atrevido a explorar. Tenía frío, y estaba segura de que temblaba. ¿Por qué él seguía besándola? ¿Y por qué ella no era capaz de articular palabra? Deseaba pedirle que se detuviera, pero era como si alguien se hubiera apoderado de su cuerpo, como si ya no le perteneciera. Notó que Álvaro se recolocaba sobre ella y le separaba los muslos; entonces sintió un dolor punzante en la entrepierna y una invasión. No pudo reprimir un grito.

—Solo es al principio, tranquila.

Pero no fue así. Dorotea siguió mirando el techo con la esperanza de encontrar una distracción que le impidiera pensar en el escozor que sentía en su interior. Álvaro continuó moviéndose rítmicamente sobre ella, hasta que de su garganta salió un gruñido gutural. Luego rodó hasta el otro lado del colchón. La pesadilla había terminado. Dorotea se volvió para que no viera las lágrimas y se hizo un ovillo.

—Buenas noches, querida —la voz de Álvaro le sonó lejana. Después él apagó la lamparita, y no tardó en escuchar sus ronquidos.

No hubo luna de miel. Europa estaba en guerra y Álvaro tenía demasiados asuntos que atender en Villa Montesinos y en el cuartel de Jaca, así que, a la mañana siguiente, Dorotea se vio obligada a subirse a un coche repleto de baúles en los que Emilia había intentado meter

todas sus pertenencias. Ambas sabían que lo que se quedara en la Casa Dalmau acabaría arrinconado en un desván, o peor. Abigail se encargaría de eliminar cualquier rastro que pudiera quedar de su paso por esa casa, igual que había hecho con las cosas de su madre. Dorotea sintió un regusto amargo en los labios al pensar en ello, y el consuelo de su nueva vida ya no fue suficiente. Después de la noche de bodas, la idea de un nuevo hogar junto a Álvaro ya no le parecía tan idílica. Se apoyó contra la ventanilla del asiento del copiloto y recordó avergonzada cómo Abigail y doña Urraca la habían mirado a la hora del desayuno. Dorotea apenas había sido capaz de sentarse erguida por culpa del dolor que le quemaba entre los muslos. Había tenido que soportar la risita descarada de Abigail. «Veo que lo pasasteis bien anoche», había soltado. Doña Urraca, a su lado, la había inspeccionado con aquellos pozos abisales que tenía por ojos sin pronunciar ni una palabra.

Alfredo se acercó hasta su ventanilla y la instó a bajarla. Tuvo que admitir que le sorprendía que se hubiera molestado siquiera en bajar a despedirlos; pensaba que se limitaría a observarlos desde la ventanilla de su despacho. Sin embargo, su padre se había vestido con uno de sus mejores trajes y había observado cómo los lacayos acomodaban el equipaje en el Hispano Suiza que les había regalado con motivo de sus nupcias.

—Recuerda lo que te dije antes de tu viaje a América.

Dorotea lo miró sin comprender. Alfredo se acercó un poco más y susurró:

—En mi despacho están mis últimas voluntades. Continúan siendo

tiempos convulsos…

Ella le dirigió una mirada contrariada.

—No va a pasar nada, padre.

—Nunca se sabe. Buen viaje, hija.

Alfredo puso una mano sobre su hombro y Dorotea se sintió extraña, como si no supiera demasiado bien qué hacer con aquel gesto de afecto. ¿Dónde guardaba una el cariño que se le había negado durante tantos años? Antes de que pudiera decir nada más, su padre dio media vuelta y se metió en la casa. Abigail, que había observado la escena desde la escalinata, lo siguió sin decir adiós.

Dorotea se vio obligada a apartar la mirada de su padre. Una humedad inesperada empezaba a emborronarle la vista. A unos metros de distancia del camino de la entrada encontró a Doña Urraca colocando bien la solapa del abrigo de Álvaro, como si todavía fuera un adolescente desgarbado. Su marido soportaba los cuidados con un ademán irritado en el rostro. Cuando estuvo satisfecha con los últimos retoques, doña Urraca se subió al segundo coche que habían dispuesto para la partida, un elegante Chevrolet de color granate.

Unos minutos más tarde, la puerta del conductor del Hispano Suiza se abrió y Dorotea vio cómo Álvaro se acomodaba en el asiento del piloto; se le encogió el estómago cuando le recorrió el brazo en una caricia. Él no se percató de la tensión que le había provocado el contacto.

—Pronto estaremos en casa —le dijo con una sonrisa que en otro tiempo le habría parecido hermosa.

Dorotea logró esbozar una mueca y miró hacia la carretera,

incapaz de encontrarse con los ojos azules de su marido. Temía que se diera cuenta del cambio que esa noche había supuesto para ella. En vez de acercarlos, como se suponía que debería haber hecho, Dorotea sentía que se había abierto entre ellos un abismo oscuro que no podría volver a cruzar. Pensar en que Álvaro se metería en su cama de nuevo le impedía respirar. Quizá estaba exagerando, se dijo, a ninguna mujer podía gustarle aquello, y todas lo soportaban. Puede que la tía Margarita tuviera razón y tan solo fuera molesto la primera vez. Sin embargo, no pudo convencerse de ello. Todo le había resultado grotesco: los movimientos, el peso asfixiante sobre ella, los besos resbaladizos recorriendo cada rincón de su cuerpo, la invasión.

—Estás muy callada. ¿No estás contenta? —dijo Álvaro cuando salieron por el camino y se perdieron en las carreteras de la ciudad.

—Claro —mintió.

Él le dedicó una sonrisa condescendiente, creyendo que su tristeza se debía al hecho de abandonar la Casa Dalmau.

—Pensé que no estabas muy unida a tu familia…

—Y no lo estoy.

Esa certeza la hizo sentirse sola, más sola de lo que se había sentido jamás.

# CONFIANZA

*16 de marzo de 1941, Jaca*

Lucilda se encontraba en una enorme sala de proyecciones repleta de butacas de color burdeos. Por un instante pensó que se trataba de un recuerdo del *Cine Maravilla*, casi esperaba que Ramiro apareciera a su lado, como aquella tarde de hacía tantos años. Sin embargo, pronto se percató de que las alfombras, la pantalla e incluso las suntuosas decoraciones de las paredes nada tenían que ver con el cine de barrio al que ella había acudido. Era un lugar distinto, que no reconocía. Se paseó por la sala vacía y acarició el terciopelo de los asientos. Olía a nuevo. Escuchó un repiqueteo en la lejanía, como si alguien estuviera aporreando una puerta a cierta distancia. Siguió el sonido por un pasillo oscuro y eterno, que parecía no llevar a ninguna parte. Los golpes estaban cada vez más cerca, hasta que uno de ellos zumbó en su oído.

Se despertó, y abrió los ojos sobresaltada.

—Madre, ¿qué es eso?

Mauro se había acercado a los pies de su cama. Lucilda le despeinó la cabecita.

—No lo sé, vuelve a la cama. Iré a ver.

Lucilda se colocó una bata por encima del camisón. Volvió a escuchar un estruendo; alguien estaba llamando a la puerta de la casa de Madame Lambert sin demasiados miramientos. Miró el reloj, eran cerca de las seis de la mañana; ya no quedaban clientes borrachos que

pudieran armar escándalo, y era demasiado temprano para que fuera el lechero.

—Abre la puerta, ¡ramera!

Mauro la miró asustado.

—No vayas, Madre.

—No te preocupes, cariño. Enseguida vuelvo.

Lucilda quería tranquilizarlo, pero se le había formado un nudo en el estómago. No era una voz que conociera y, por descontado, el tono no sonaba nada amigable. Bajó las escaleras y se dispuso a abrir la puerta. Sin embargo, una mano suave la detuvo. Era Nora. Estaba pálida como si hubiera visto un fantasma.

—No abras.

—¿Qué ocurre?

—Es mi marido.

Lucilda arqueó las cejas. Nora nunca había mencionado a ningún marido, y había dado por supuesto que todas las chicas que trabajaban para Madame Lambert eran solteras.

—¡Que abras! —gruñó la voz masculina al otro lado—. ¿Cómo has podido? Eres mía, ¿me oyes?

Nora cerró los ojos con fuerza. Lucilda notó que temblaba, así que le pasó un brazo por encima del hombro.

—Ve arriba —le ordenó—. Yo me encargo.

—No, es muy violento —dijo Nora sin moverse del sitio.

—¿Qué es este escándalo?

Madame Lambert acababa de bajar de su habitación. A pesar de las horas iba peinada y maquillada, y se había colocado una bata de

satén sobre la fina camisola con la que solía dormir.

—Es Jonás —balbuceó Nora en un susurro.

Los ojos por lo general calmados de Madame Lambert centellearon al escuchar el nombre. Estaba claro que conocía la historia de Nora.

Antes de que ninguna de las tres pudiera reaccionar, la puerta cedió ante uno de los empellones del hombre y quedó colgando por una de las bisagras. Las tres dieron un paso atrás al ver la figura amenazante recortada contra la luz del amanecer. El tal Jonás resoplaba como un toro a punto de embestir. Clavó sus ojos iracundos en Nora, y Lucilda pudo apreciar unas venas rojas que querían estallar cerca de sus iris negros como el carbón.

—¡Puta!

Jonás se abalanzó sobre Nora, la arrinconó contra la pared y apretó las manos alrededor de su cuello con tal fiereza que Lucilda temió que la hubiera matado con el golpe. Tanto ella como Madame Lambert corrieron a socorrerla y se lanzaron sobre los brazos robustos del hombre. Sin embargo, estos no se movieron ni un ápice. Los ojos de Jonás estaban idos, y tan solo se veía en ellos la determinación animal de matarla. Nora boqueaba en busca de un aire que abandonaba sus pulmones sin remedio. Lucilda miró a su alrededor, desesperada. Encontró un paragüero de metal y corrió a por él. Sin calcular demasiado, lo lanzó contra el hombre. Su intención era dejarlo sin sentido de un golpe, pero tan solo consiguió desestabilizarlo. Por lo menos había soltado a Nora. Entonces Jonás clavó sus monstruosos ojos en Lucilda, como si se percatara por primera vez de que Nora no estaba sola.

—Os voy a matar a todas —gruñó.

Lanzó un puñetazo que alcanzó a Lucilda en la mandíbula y la estrelló contra el aparador donde Madame Lambert guardaba la cristalería para ocasiones especiales. El mueble se volcó bajo su peso y un terrible estruendo de vidrios rotos reverberó por toda la casa.

Jonás tomó uno de los cristales del suelo y se acercó amenazante hacia Lucilda, dispuesto a cumplir con su amenaza.

—¿Madre?

Lucilda no supo lo que era el verdadero miedo hasta que vio al pequeño Mauro a los pies de la escalera. El niño observaba aterrado a la figura encapotada que blandía aquella arma improvisada. Lucilda quiso gritarle que se marchara, que volviera al refugio de la habitación, pero las palabras se le encallaron en la garganta. La sola idea de que Mauro pudiera sufrir algún daño la paralizó.

Entonces se escuchó una detonación.

La voz que había quedado atrapada en su cuello se liberó de repente. Lucila gritó mientras Jonás caía arrodillado al suelo y se llevaba la mano al hombro. Una sangre oscura manchaba la camisa del hombre y bajaba por el brazo. Lucilda se arrastró hasta Mauro y lo abrazó, alterada, como si con su cuerpo pudiera protegerlo. Solo entonces fue capaz de mirar en dirección al disparo. Darío estaba parado en el umbral de la puerta, con el brazo extendido y un arma apuntando a Jonás.

—Lárgate si no quieres que el próximo tiro sea en la frente. —Su voz sonó tan calmada que dio más miedo que si lo hubiera dicho gritando.

Jonás lo miró con el rostro atormentado y renqueó hasta la salida. Cuando pasó por su lado, miró a Darío como si se tratara del mismísimo diablo, pero no se atrevió a rechistar y se perdió por las calles de la ciudad.

Darío corrió hasta las escaleras y envolvió a Mauro y Lucilda en un abrazo.

—¿Estáis bien?

—Sí, solamente es una rozadura.

Darío tomó a Lucilda de la barbilla con delicadeza y le ladeó el rostro. Tenía el labio hinchado y un fino hilo de sangre le manchaba las comisuras. Luego examinó un par de cortes en las palmas de las manos y en las rodillas, que se había hecho al caer sobre el aparador.

—Vamos a curar esto.

Madame Lambert se apresuró a llegar hasta ellos. Tomó a Mauro del hombro con cuidado.

—Vamos a la cocina, Mauro, hoy tenemos melindros con chocolate. ¿Te apetecen?

Mauro miró a Lucilda con la duda en la mirada, pero ella asintió con una sonrisa, y Madame Lambert alejó al niño del caos rápidamente.

—Te llevaré a la habitación —dijo Darío, y levantó a Lucilda de repente.

Iba a quejarse, pero sentirse entre sus brazos la calmó, así que se limitó a rodear su cuello y dejarse llevar.

—¿Es aquí? —preguntó Darío cuando llegaron al rellano del piso superior.

Lucilda asintió y Darío abrió la puerta de su pequeño dormitorio. A pesar del tiempo que hacía que se conocían, tan solo se había visto con Darío en la habitación de Madame Lambert. Además, desde que habían empezado a salir sin arreglos económicos de por medio, Lucilda había preferido quedar en lugares públicos. No quería que pensara que era una mujer fácil; lo cierto era que temía que le ocurriera lo mismo que con Álvaro Montesinos. No quería enamorarse, pero Darío se lo estaba poniendo muy difícil, y en el fondo se había rendido a sus encantos. Pero ¿y si él también se aprovechaba de ella para dejarla después sola y con el corazón roto? No podía permitírselo. Ahora tenía un hijo y debía ser responsable. Se repetía cada día que Darío no era como Álvaro. Estaba demostrando ser un hombre paciente y bondadoso; no se había quejado ni una sola vez de sus evasivas, pero aun así…

Darío la depositó sobre el colchón y le apartó el cabello de la cara.

—¿Te duele? —le acarició el labio con cuidado.

Lucilda negó.

—Tan solo ha sido un susto.

Darío la abrazó de nuevo.

—Cuando lo he visto con ese trozo de cristal… Pensé que iba a matarte.

—Y esa era mi intención. —Lucilda se dio cuenta de que le debía la vida—. Gracias.

Unos golpecitos los distrajeron y Darío acudió a la llamada. Era Nora. Entró en la habitación con una bacinilla y materiales de cura.

—Traigo agua caliente y gasas —dijo con la vista gacha, sin

atreverse a mirar sus heridas—. Lo siento tanto…

Lucilda vio el cuello enrojecido de su amiga, las marcas moradas de los dedos sobre la piel.

—No hay nada que sentir —se apresuró a decir—. No es culpa tuya.

—Debí haberos advertido de que algo así podía ocurrir. Jonás siempre ha sido de naturaleza salvaje, pero jamás imaginé que llegara a este extremo.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Lucilda; sabía que ningún tipo de violencia era fácil de compartir.

—Creo que a las dos nos irá bien. Pero primero será mejor que dejes que te cuiden.

Nora depositó la bacinilla sobre la mesita de noche y le dedicó una sonrisa antes de desaparecer por la puerta.

Darío introdujo una gasa dentro del agua caliente y empezó a limpiarle las heridas. Lucilda aprovechó para observar sus movimientos, los ojos oscuros con los que observaba su piel magullada, la pequeña arruga que se le formaba al fruncir el ceño.

—Ese desgraciado, como vuelva a verlo…

Lucilda le acarició la cara para que la mirara.

—Podrías haberlo matado.

—Y lo hubiera hecho, tiene suerte de que tenga tan mala puntería.

Los dos se echaron a reír, quizá para liberar la tensión.

—¿Qué hacías aquí? ¿No estarías esperándome tan temprano?

Algunas mañanas se veían para dar un paseo por el barrio, pero jamás se encontraban antes de las diez, cuando Lucilda ya había

terminado las tareas de casa y salía a comprar.

—Estaba haciendo la ronda nocturna.

Lucilda se percató entonces de que vestía un uniforme de color azul marino con una franja roja. Sabía que Darío era uno de los serenos encargados de vigilar las calles para mantener el orden nocturno, pero nunca lo había visto antes de servicio.

—Pues me alegro de que estuvieras trabajando.

—Y yo.

Darío depositó un beso sobre su cabello negro y la ayudó a tumbarse en la cama.

—Será mejor que descanses. Volveré a la tarde para ver cómo estás.

Lucilda iba a protestar, pero vio tal resolución en su mirada que no se atrevió a contrariarlo. Además, quería volver a verlo pronto.

Nora entró en la habitación poco después de que despertara de la siesta. No sabía muy bien cuándo se había quedado dormida, pero supuso que las emociones del día habían sido demasiado. Su amiga también parecía más tranquila cuando se sentó junto a ella.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó Lucilda.

—Asustada, pero se me pasará.

Lucilda asintió.

—Deberías denunciarlo.

Nora rio con desgana.

—¿Para qué? ¿Para que me acusen de sodomita y sea yo la que termine en la cárcel?

Lucilda bajó la mirada; sabía que tenía razón. Habían perdido muchas otras cosas en la guerra, a parte de la República.

—Cuando lo conocí fue precisamente su carácter lo que me atrajo de él —dijo con una mueca—. Yo trabajaba en una fábrica en París, y Jonás había ido a Francia a probar suerte. Se encargaba del mantenimiento de las máquinas y siempre encontraba una excusa para acercarse a mi telar: que si el cambio de una tuerca, que si un rodillo no funciona... No tardó en cortejarme. Yo era joven e inexperta, e interpreté su carácter impetuoso como algo bueno. Sin embargo, poco después de casarme con él me di cuenta de mi error: empezó a mostrarse celoso de lo que vestía y de con quién salía. Luego comenzaron los gritos y los golpes. Pensé que mi suerte había cambiado cuando me quedé embarazada; estaba tan emocionada... Pero un día llegó borracho a casa y se enfadó porque no había comprado vino. Me dio tal paliza que perdí al niño. Cuando me recuperé, hui sin mirar atrás. Y así fue como conocí a Madame Lambert.

Lucilda se estremeció al escuchar la historia. La abrazó y pudo sentir las lágrimas de Nora contra su mejilla.

—No te preocupes, de eso hace mucho tiempo —dijo Nora secándose con el dorso de la mano.

—No permitiremos que vuelva a acercarse a ti.

—Y no creo que lo haga. De todos modos, me he preparado por si decide arriesgarse —repuso con una sonrisa de satisfacción.

—¿Qué has hecho?

—Una mujer debe ocuparse de su propia protección —explicó, y

sacó dos pequeñas pistolas de debajo de la falda—. Esta es para ti. Ese patán es vengativo.

Lucilda miró el arma con aprensión. Al ver que Nora no parecía tener intención de retirarla, decidió aceptarla. La guardó en un cajón bajo llave, y se juró no usarla jamás. Nora se levantó de la cama y se dirigió a la puerta. Antes de salir se volvió hacia ella con una sonrisa pícara. Volvía a ser la chica alegre de siempre:

—Madame Lambert me ha dado la noche libre. Puedo quedarme con Mauro, si quieres.

Lucilda la miró con extrañeza.

—Vamos, pobre hombre. ¿Cuánto lleváis saliendo? ¿Ocho o nueve meses?

Lucilda sintió que le subía el rubor hasta la punta de las orejas.

—Darío no parece de los que tienen gustos extraños —le aseguró Nora.

Lucilda se estremeció ante el comentario. Intentaba enterrar con fuerza esa maldita noche de hacía dos años, pero sabía que era un lastre que todavía arrastraba, y que quizá arrastraría siempre.

—Creo que puedes confiar en él.

Lucilda se enfundó un vestido verdoso antes de que llegara Darío. Se miró en el espejo con una mueca, poco convencida. Nora le había asegurado que aquel modelo era justo lo que necesitaba para seducirlo, pero ¿no era demasiado? Se había recogido el cabello oscuro en un moño alto, que dejaba al descubierto su nuca delicada y parte de la espalda.

—Estás guapa, Madre —dijo Mauro cuando la vio—. ¿Vas con ese señor?

Lucilda se sintió morir. ¿En qué momento su hijo había crecido tanto? Apenas tenía cuatro años, pero parecía que tuviera más.

—Sí, es un buen amigo.

Mauro sonrió, feliz.

—Me gusta verte contenta.

La abrazó y Lucilda sintió que algo muy cálido llenaba su pecho. Estrechó el cuerpecillo de Mauro contra el suyo y le dio un beso en la coronilla rubia.

—Hazle caso a Nora en todo lo que te diga y pórtate bien.

El niño asintió y corrió hasta su amiga, que lo tomó por el hombro.

—¿Quieres que vayamos a pintar? —preguntó Nora.

El niño gritó de alegría, y los vio desaparecer hacia el piso superior. Lucilda respiró más tranquila, pero en cuanto escuchó el timbre, el nudo volvió a su estómago como si nunca se hubiera marchado de allí. Darío la miraba con una sonrisa y un ramo en la mano. Siempre le traía flores así que, dependiendo de la época del año, la habitación de Lucilda se perfumaba con aroma de rosas, margaritas o tulipanes. Esta vez eran hortensias de invierno. Lucilda aceptó el regalo y lo puso en agua para que se mantuviera fresco hasta su llegada. Se puso nerviosa al pensar que no tenía ni idea de cuándo sería eso. Darío, en cambio, no parecía sospechar nada de lo que rondaba por su mente.

—Estás muy bonita.

Lucilda sonrió tímidamente y agradeció el maquillaje que Nora le había facilitado para cubrirse el labio morado.

—¿Te apetece dar una vuelta o prefieres descansar aquí?

Lucilda sonrió.

—Creo que estará bien tomar el aire.

—¿Pero estás recuperada?

—Sí, de verdad; tan solo han sido unas cuantas magulladuras.

Darío asintió y le ofreció el brazo para que se apoyara en él. La llevó a dar un paseo por el centro de la ciudad como solían hacer, pero Lucilda no lograba calmarse. Apenas podía concentrarse en la conversación que estaban teniendo. Darío hablaba sobre su trabajo de vigilante y le contaba anécdotas que ella ni siquiera era capaz de escuchar.

—¿Quieres que vayamos a cenar? —se aventuró cuando vio que Darío emprendía el camino de regreso a la casa de Madame Lambert.

Él la miró sorprendido, pero asintió.

—Claro, ¿dónde te apetecería ir?

Lucilda bajó la mirada hasta sus pies, incapaz de mirarle a los ojos mientras decía:

—Podría cocinar algo para ti, en tu casa.

Darío se detuvo y ella retiró la mano de su brazo. Estaba demasiado avergonzada como para tocarlo.

—Claro —dijo él después de un carraspeo—; es por aquí.

Reanudaron el paso, pero Lucilda se mantuvo a cierta distancia. Darío se paró ante el portal antiguo de una de las calles del casco viejo.

—No es gran cosa —dijo a la vez que abría la puerta.

Era un apartamento sencillo, sin apenas decoración y algo desordenado. Aun así, a Lucilda le pareció acogedor: contaba con un sofá mullido, una mesita auxiliar cubierta de papeles y periódicos, una estantería repleta de libros y una estufa que Darío enseguida encendió.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó él acercándose a un minibar.

—Vino estará bien —aceptó ella.

Un poco de alcohol no le haría mal y quizá así lograra calmar los nervios. Darío abrió una botella de tinto y le sirvió una copa.

—¿Qué te gustaría cenar? —quiso saber Lucilda.

Se esforzaba por sonar natural, pero escuchó su propia voz entrecortada. Darío la miró con intensidad y se acercó hasta ella, que se había quedado de pie junto al sofá. Acarició su rostro con una sonrisa traviesa.

—¿De verdad me lo preguntas?

Lucilda se quedó sin aire y, en contra de lo que ella deseaba, Darío se alejó. Lo vio entrar en una sala contigua al salón. Lo siguió conteniendo la respiración, y casi se echó a reír cuando descubrió que se trataba de la cocina y no de un dormitorio que invitara al pecado. Darío sacó un par de ollas.

—¿Te gusta la *ratatouille*?

—¿Sabes cocinar?

Él rio.

—Es uno de mis encantos ocultos.

Lucilda se sonrojó de nuevo, pero él no se dio cuenta.

—Era el cocinero de mi grupo en el ejército —explicó—. No suena

muy valiente, pero alguien tiene que alimentar a las tropas.

Lucilda rio por fin y eliminó parte de la tensión acumulada. Lo observó moverse entre los fogones, fascinada por su destreza. En menos tiempo del que había imaginado, tenía frente a ella un estofado de aspecto exquisito.

—Huele de maravilla —lo felicitó.

—Pruébalo —la animó, acercando una cuchara hasta sus labios.

Lucilda sopló con cuidado y después abrió la boca, consciente de que toda la atención de Darío estaba puesta en aquella zona de su rostro. Saboreó la Ratatouille con los ojos cerrados.

—Ya sé quién se encargará de la próxima cena de gala en casa de Madame Lambert.

Darío se echó a reír.

Cenaron rodeados por la luz suave de un candelabro y el calor de la estufa los acompañó en una conversación mucho más distendida de lo que Lucilda se había esperado. Hacía años que no se encontraba a solas con un hombre, pero Darío la ayudaba a sentirse cómoda.

—¿Te gusta la tarta? —preguntó él mientras sacaba un delicioso tiramisú de la fresquera—. ¿Quieres tomarla en el sofá? Estaremos más cómodos.

Lucilda asintió y se dirigió al salón. Se acomodó en el sofá y Darío apareció unos minutos más tarde con un par de platillos llenos hasta arriba de dulce. Le tendió uno de ellos y se sentó a su lado. Lucilda se perdió en el sabor que se extendía por su paladar unos segundos. Había cerrado los ojos sin darse cuenta, y cuando los abrió se encontró con la mirada de Darío. La había estado observando. Lucilda sintió

que el calor le subía por las mejillas; no sabía si era consecuencia del vino o de la cercanía de la estufa. Deseó que Darío diera por fin un paso más, pero parecía dispuesto a dejarle todo el espacio del mundo. ¿Por qué no la besaba de una vez?

—No soy una chica decente —dijo ella de pronto.

Darío se echó hacia atrás en los cojines, sorprendido por semejante confesión.

—¿A qué viene eso? Eres la mujer más decente que conozco. Que trabajes en casa de Madame Lambert no significa que...

Lucilda resopló.

—Tengo un hijo del señorito de la villa donde trabajaba —lo interrumpió—. Podría mentir y decir que me obligó a yacer con él, pero me lancé voluntariamente a sus brazos. Soy una desvergonzada.

La dureza de sus propias palabras la sorprendió por el rencor que se guardaba a sí misma.

—Todos nos dejamos llevar a veces y…

—No ha sido el único —confesó con un hilo de voz.

Darío se quedó en silencio. Ella suspiró. No entendía muy bien por qué le estaba contando eso ahora, pero necesitaba sincerarse con él. Quizá así aligerara la carga que le pesaba en el alma.

—Hubo otra vez, en casa de Madame Lambert —murmuró tan flojo que creyó que no la escucharía—. Hacía un año que vivía con ella ocupándome de las tareas domésticas. Sin embargo, un cliente se encaprichó de mí. Le ofreció una fortuna por una noche conmigo. Estábamos en plena guerra y nos moríamos de hambre; necesitábamos dinero. Madame Lambert fue la única que no me dio la espalda

cuando me quedé encinta, y me sentía en deuda con ella, así que acepté la oferta.

Se vio obligada a hacer una pausa por la dureza de los recuerdos: los golpes, las humillaciones y la risa de ese hombre diabólico que todavía resonaba en sus peores pesadillas.

—Fue la peor noche de mi vida, y prefiero no recordarla. —Vio que la mandíbula de Darío se tensaba—. Tardé semanas en recuperarme y por su culpa no podré tener más hijos.

—Lo siento mucho. —La abrazó—. Eres la mujer más valiente que conozco.

Aquello la dejó sin palabras.

—Estás dispuesta a todo por la gente que quieres; nada más importa. No deberías hablar mal de ti misma.

Lucilda abrió la boca para protestar, pero antes de que pudiera decir nada, sintió los labios dulces de Darío sobre los suyos; sabían a chocolate y café. Al cabo de un tiempo él se separó unos centímetros. La tomó de la cara con delicadeza.

—¿No te importa que no pueda tener hijos?

Había temido contárselo y que él saliera corriendo, pero Darío se encogió de hombros, como si no tuviera importancia.

—Ya tenemos a Mauro.

Lucilda tuvo que esforzarse por contener las lágrimas. Él continuó observando cada detalle de su rostro. Le acarició la mejilla con el pulgar.

—Ahora entiendo muchas cosas. Debes saber que yo jamás te haría daño.

Lucilda cerró los ojos y dejó que sus palabras la acariciaran. Al ver que Darío no tenía intención de avanzar, fue ella quien volvió a acercarse. Rodeó su cuello con los brazos y lo atrajo con delicadeza.

—Tú eres diferente, Darío —susurró contra sus labios.

Darío se inclinó sobre ella y la besó con suavidad. Aunque había ido a su casa con otra intención, no pudo evitar quedarse dormida contra su pecho mientras él le acariciaba el cabello. Había sido un día demasiado largo.

# LA RADIO

*17 de marzo de 1941, Hamburgo*

Era cerca de medianoche cuando Soledad escuchó las voces. Al principio pensó que era el murmullo del viento, que se colaba por las rendijas de las ventanas. Sin embargo, pronto identificó un susurro ronco: una voz masculina que provenía del piso de abajo. Le resultó extraño. Tante Gertrude no solía traer a ninguno de sus amantes a casa, quizá por no escandalizarlas o porque no confiaba en ellos. Se preguntó si Alicia también lo estaría escuchando. Lo dudaba mucho. Su hermana tenía el sueño profundo y, además, su habitación se encontraba alejada de la escalera. Soledad se cubrió con una bata de felpa para evitar que el frío le calara los huesos y se acercó a la puerta. Puso el oído sobre la madera, pero tan solo logró que los murmullos se distorsionaran. Abrió un poco, tampoco consiguió distinguir las palabras. Hubo algo en aquella voz que le resultó familiar; no era la primera vez que la escuchaba. Decidió salir con sigilo. Se escondió tras una de las balaustradas de la escalera y desde allí pudo discernir la conversación.

—Han intensificado mucho la vigilancia en las fronteras —dijo el hombre en español, y al instante identificó el ligero acento francés.

Se trataba de Gérard Lemêtre, el hombre al que Tante Gertrude le había presentado en una ocasión.

—No deberías haberte arriesgado a venir —replicó Gertrude con tono preocupado—. Si te descubren, eres hombre muerto.

—Por eso estoy aquí. Me encuentro inmerso en una misión en la estación de Canfranc y no voy a poder alejarme de allí en los próximos meses.

Soledad sintió que se le retorcía el estómago al recordar la estación; allí se había despedido de Carlos, y cada día se arrepentía de no haberlo besado, aunque fuera tan solo una vez. Ahora ni siquiera sabía si estaba vivo o muerto, si la recordaba o había quedado relegada a un rincón olvidado de su memoria.

—Te he traído esto para poder comunicarnos —continuó Lemêtre.

Soledad asomó la cabeza entre los pilares de la escalera y atisbó un extraño aparato circular escondido dentro de una lata de guisantes. Distinguió una especie de bobina y algunos cables que sobresalían de su interior y se conectaban a unos auriculares como los que utilizaban las teleoperadoras. ¿Era una de esas radios ilegales de las que hablaba la gente? Sintió un arañazo en el estómago. Si las descubrían con algo así en casa…

Sin embargo, Gertrude no titubeó. Asintió y aceptó el aparato que Lemêtre le tendía.

—Escóndela en la alacena; nadie debe saber que la tienes.

—Por supuesto.

—Desde la estación seré capaz de desenmascarar las intenciones de los nazis en la frontera. Contactaré contigo cada viernes por la noche y deberás transmitir las noticias que te pase a la célula de Hamburgo. Si no acudo a alguna de las citas, significará que me han descubierto. En tal caso, destruye el aparato.

Gertrude tardó unos segundos en contestar, como si estuviera

asimilando la información.

—Estarás en la boca del lobo —la escuchó susurrar.

—No voy a quedarme de brazos cruzados, Gertrude, lo sabes bien.

Escuchó a Tante Gertrude suspirar con resignación.

—Haré todo lo que esté en mi mano —accedió.

—Te lo agradezco. Debo marcharme.

Soledad distinguió la figura elegante de Gérard Lemêtre acercarse a la salida. Como si se hubiera sentido observado, miró hacia arriba en la escalera. Soledad se escondió tras el pilar y contuvo la respiración. Estaba segura de que, si soltaba el aire de los pulmones, él lo percibiría. Apretó los ojos cuando escuchó que sus pasos se alejaban. Finalmente, la puerta se cerró y suspiró aliviada. Sin embargo, la calma no duró más que un instante efímero:

—Ya puedes bajar, Soledad. —La voz de Tante Gertrude sonó más dura de lo habitual.

Soledad se pasó las manos por la cara y salió de su escondite, avergonzada por haber sido tan torpe. Bajó las escaleras con cuidado y siguió a Tante Gertrude hasta la cocina. La mujer no dijo nada durante unos minutos, se limitó a colocar una tetera con agua sobre los fogones y a preparar un poco de té de frambuesas; la casa siempre olía a frutos silvestres. Gertrude sirvió un par de tazas y se sentó en una de las sillas. Le hizo un gesto a Soledad para que la acompañara y le ofreció un poco de infusión.

—No deberías espiar a la gente —dijo.

Soledad dejó escapar una risa desganada.

—¿Y no es eso lo que haréis vosotros con esa radio? ¿Espiar a los

nazis?

Gertrude le dedicó una mueca irónica.

—¿Me guardarás el secreto?

—Por supuesto. Sabes que los odio.

Tante Gertrude asintió y dio un sorbo de la bebida.

—Sin embargo, temo que algo malo te ocurra. Es peligroso —añadió Soledad.

—Tan solo es un transmisor en una lata de conservas, y yo soy una mujer. Nadie en su sano juicio sospecharía de la pobre Tante Gertrude.

—Oh, vamos, nadie se cree que seas una inocente solterona.

Tante Gertrude aguantó una carcajada para no despertar a Alicia.

—Con el tiempo te darás cuenta de que la gente ve lo que quiere ver. Ese es nuestro verdadero poder.

—Me gustaría ayudarte —dijo Soledad con resolución.

Estaba harta de ver cómo el fascismo ganaba adeptos a su alrededor. Le habían arrebatado la voluntad a su hermana, y ahora sabía que esos movimientos extremistas también eran los responsables de la muerte prematura de su padre. No podía quedarse sentada y mirar cómo todo ocurría a su alrededor sin que ella hiciera nada por evitarlo. Todas esas muertes, tantos inocentes...

Sin embargo, Tante Gertrude negó.

—Tú lo has dicho: es peligroso, y le prometí a tu padre que cuidaría de vosotras. Fue lo último que me pidió en su lecho de muerte, y no voy a faltar a mi palabra.

Soledad resopló molesta, pero sabía que no había discusión

posible. Dejó la taza llena sobre la mesa y dio media vuelta.

—Me voy a la cama.

La arboleda del parque estaba cubierta de un manto blanco que parecía querer quedarse todo el invierno. Nevaba cada noche, y Soledad observaba impotente desde su ventana cómo el frío se extendía por toda Europa, igual que las ideas peligrosas contra las que quería luchar. Aquella mañana no le importaron las temperaturas ni el viento gélido: decidió salir a caminar. Necesitaba estirar las piernas y airear sus pensamientos; empezaba a sentirse atrapada. No le quedaba nada ni nadie allí: Magda se había alejado de ella en cuanto le había advertido que Arno no era un buen hombre; Alicia hacía tiempo que había desaparecido bajo una máscara de superficialidad; y ahora Tante Gertrude se limitaba a dejarla al margen. Por mucho que lo hiciera para protegerla, no la ayudaba a sentirse útil. Avanzó por un sinuoso camino de tierra a través del parque que había frente a su casa. Llevaba hasta varios edificios: un mirador, un pequeño invernadero y un antiguo criadero de mariposas. Se sentó en uno de los bancos helados frente al edificio de estilo neoclásico que había sido un museo botánico en otra época. Entonces escuchó unos sonidos extraños, una especie de gritos ahogados y gruñidos. ¿Venían de dentro de la construcción? Le extrañó que hubiera alguien allí. El lugar estaba abandonado desde la Gran Guerra, y no había más que ruinas. Los ladrones y los vagabundos se habían encargado de desvalijar su interior hacía décadas, y tan solo quedaban allí dentro cuatro butacones raídos, mantas mugrientas y cristales rotos. Aun así,

decidió ir a ver. Quizá había alguien atrapado y necesitaba ayuda. La idea la inquietó. ¿Y si entraba allí y se le caía el techo encima? Nadie sabía que había salido y nadie la encontraría; moriría congelada bajo los escombros. Apartó esos pensamientos y empujó la puerta, que no opuso ninguna resistencia; apenas se mantenía erguida, colgando de las bisagras como si pendiera del hilo de una telaraña. Efectivamente, no había más que muebles destartalados sin ninguna utilidad, mostradores rotos y herramientas oxidadas. Volvió a escuchar los gemidos; provenían del fondo de una de las salas donde en otro tiempo se habían expuesto una serie de bonsáis importados de Japón. Llegó hasta la habitación y se quedó paralizada ante lo que vio. Un hombre rubio con el uniforme de las SS de Hitler yacía sobre una mujer. Ella gritaba, pero lo rodeaba con las piernas mientras susurraba palabras contra su cuello. Soledad dio un paso atrás, avergonzada por aquella visión, por ser tan estúpida. ¿Cómo no había pensado en eso? Sin embargo, al caminar de espaldas, golpeó un viejo aparador de metal que resonó con estruendo. Los gemidos cesaron y el hombre se incorporó. Se subió los pantalones enseguida y se volvió hacia Soledad. Ella tuvo que apoyarse en la pared por la impresión. El tipo que le clavaba unos fríos ojos azules era Arno, y la muchacha que se estaba recomponiendo la ropa no era otra que su hermana. Su niña. Su pequeña Alicia; en brazos de Arno.

—¿Cómo…? —ni siquiera logró gritar.

—Márchate, Soledad —dijo Alicia una vez se puso en pie.

—¿Te estaba forzando? —consiguió preguntar.

—¡Por supuesto que no! —chilló su hermana.

Alicia estaba roja por el esfuerzo, el frío y el bochorno.

—Ya la has oído —espetó Arno—. ¡Lárgate!

Soledad lo ignoró y agarró a su hermana del brazo.

—¡Vámonos!

Soledad la arrastró con ella a pesar de las protestas de la pareja. Arno la insultó mientras salían del museo botánico. Sus gritos se escucharon hasta que hubo recorrido la mitad del camino. Soledad entró en casa y se llevó a Alicia a su habitación, sin ni siquiera saludar a Tante Gertrude, que se estaba tomando el primer café de la mañana. Cerró la puerta de un golpe y solo entonces soltó a su hermana.

—¿Estás loca? —gruñó Alicia frotándose el brazo.

—Eso debería preguntártelo yo.

—¿No eres tan liberal? —espetó—. ¿O es que solamente eres falsa? No te importa que Gertrude tenga decenas de amantes, pero yo no puedo tener novio.

—¿Novio? —farfulló incrédula—. Ese tipo es un desgraciado.

Alicia levantó la mano para abofetearla, pero Soledad la detuvo a tiempo y la tomó por la muñeca.

—No te atrevas.

—No tienes derecho a meterte en mi vida —dijo Alicia deshaciéndose de su agarre—. Ni a insultarlo.

—Arno intentó aprovecharse de mí —dijo, incapaz de ocultarle la verdad. Debía explicarle el tipo de hombre con el que estaba saliendo. Sin embargo, Alicia la miró como si le hubiera dicho que Arno era un dragón.

—Ya veo lo que pasa aquí —masculló Alicia con una sonrisa de

incredulidad—: estás celosa.

—Por Dios, no estoy celosa, Alicia…

Soledad sentía que empezaban a flaquearle las fuerzas. Era como discutir contra un muro.

—Te molesta que sea feliz.

—¡Claro que no!

—Siempre has sido una egoísta —la acusó—. Terminamos aquí por tu culpa. Si no hubieras matado a Sor Angustias no tendríamos que haber huido.

Soledad tuvo que apoyarse en la cama. No podía creer lo que estaba escuchando. Ese nefasto accidente había ocurrido por proteger a Alicia de las garras de la madre superiora.

—¿Qué…?

—Lo que oyes. Toda mi vida ha sido una desgracia por tu culpa. Madre nos abandonó a las dos porque no te soportaba. Y cuando ya empezaba a acostumbrarme al convento…

—¡Jamás te hubieras acostumbrado! —gritó—. Nos moríamos de hambre, ¿acaso no te acuerdas?

—Ahora que soy feliz no lo puedes aguantar. Sor Milagros tenía razón, el diablo corre por tus venas.

Soledad dio media vuelta y salió dando un portazo. Las lágrimas le quemaban la piel como si fueran ácido. Bajó la escalera trastabillando y pasó junto a una atónita Tante Gertrude. Salió a la calle y corrió por las aceras heladas. Cuando ya no pudo más, se apoyó contra un edificio en ruinas. Y gritó. Gritó por todo lo que había perdido, por lo que ya no recuperaría nunca; por todos los años

de llanto contenido. Porque, muy en el fondo, se sentía una asesina. Por mucho que intentara no pensar en ello, la mancha la perseguiría para siempre. Podía vivir con ello si lograba ver a Alicia feliz; pero ahora ella la odiaba. ¿Cómo habían llegado a aquello? Se dejó caer por la pared y se quedó hecha un ovillo sobre la nieve. Luego todo se volvió borroso. Entre brumas sintió el peso de una manta sobre los hombros, el arrullo de la voz de Tante Gertrude, su abrazo cálido y su voz lejana: «Volvamos a casa».

# ESCUDER

*4 de septiembre de 2022, Barcelona*

Cuando llegué, Luther me estaba esperando apoyado en el banco frente al registro civil. Llevaba una camisa de color azul cielo que no hacía más que destacar los ojos que cambiaban de color a su antojo. Me sonrió y me tropecé con una de las baldosas típicas de Barcelona, que sobresalía con malicia entre sus compañeras. Luther me agarró de un brazo para evitar que me diera de bruces con el banco y me sentí torpe. ¿Por qué cada vez que lo miraba me desconcentraba hasta perder la capacidad de caminar? Me coloqué bien el vestido, que se me había subido, y carraspeé.

—Has llegado temprano —dije.

Él asintió y me hizo un gesto para que entrara en el registro, me sostuvo la puerta y entró detrás de mí. El edificio era mucho más grande de lo que había imaginado, y tenía el aspecto señorial de las construcciones de principios del siglo XX. Me sentí intimidada por la grandeza y por la cantidad de personas que se encontraban tras los mostradores, removiendo papeles y tecleando furiosamente en los ordenadores. Seguro que no nos darían ninguna información. En las películas parecía sencillo, pero era consciente de que en realidad no era tan fácil obtener datos personales de terceras personas por parte de la administración. Miré a Luther con cierta reticencia.

—¿Estás seguro de que esto va a servir de algo? No creo que nos den información personal de Dorotea…

—Por supuesto que sí.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Existe un registro de personas fallecidas que cualquier persona puede consultar, es información pública. Tan solo necesitamos saber el nombre y los apellidos.

Lo miré asombrada. Por un momento había olvidado que era historiador; sabía lo que hacía.

Luther esperó su turno, paciente, y cuando el número que le habían asignado al entrar se iluminó en la pantallita de recepción, se dirigió al mostrador que le indicaban. Una mujer de mediana edad con aspecto de estar muy aburrida lo analizó con un destello de interés en la mirada. Me costaba asimilar el efecto que causaba en las mujeres; era evidente que no era a la única que le parecía atractivo y aquello me molestaba más de lo que quería admitir.

—Venía a consultar el registro de defunciones —explicó.

La mujer arqueó las cejas.

—Para eso no era necesario que viniera, caballero —respondió la mujer bajándose las gafas en un gesto de coquetería—. Bastaba con consultar alguno de los directorios que hay en línea.

—Por supuesto, pero imaginé que aquí tendrían información más completa.

Luther se apoyó en el mostrador con un ademán estudiado y le dedicó una sonrisa torcida. Ella le correspondió y negó con la cabeza.

—No podré darle más información que la que se encuentra publicada —dijo ella con una sonrisa lacónica.

—Claro, jamás la pondría en un compromiso.

Por supuesto que lo haría, pensé a punto de echarme a reír. Parecía un experto embaucador, tendiendo sus telas de araña alrededor de su presa. La mujer soltó un gorjeo que me recordó al de una cacatúa y lo miró indecorosamente.

—¿Sería tan amable de dejarme ver su carné de identidad?

Luther abrió su cartera y sacó una tarjeta de identificación que pertenecía a Venezuela. Aquello me dejó descolocada. ¿No había dicho que había nacido en Alemania? Pareció percatarse de mi sorpresa y volvió a colocar el carné en su sitio con un rápido movimiento. Justo antes de que cerrara la billetera, atisbé el retrato de una mujer mayor muy elegante que debía de rondar los noventa años.

—¿De quién quiere consultar la defunción?

Miré de reojo la ristra de ordenadores disponibles al público, en los que estaba segura de que se podía consultar esa información sin necesidad de ocupar el tiempo de la funcionaria. Una cola de ciudadanos malhumorados miraba la escena tan resignados como yo. Escuché el repiqueteó del pie de un hombre que estaba detrás de mí y el resoplido de una mujer.

—Dorotea Dalmau Daurella —dijo Luther.

La funcionaria tecleó el nombre en su ordenador y volvió a colocarse las gafas para mirar la pantalla.

—Dorotea Dalmau nació en Barcelona en 1919. —Se detuvo un instante, quizá extrañada por lo que acababa de leer—. Se denunció su desaparición el dieciocho de febrero de 1943 y se la declaró oficialmente muerta en 1953.

—¿Eso quiere decir que la encontraron?

—No. Después de diez años sin noticias, a los desaparecidos se los da por muertos.

No teníamos nada nuevo. Lo que nos estaba diciendo era lo mismo que nos había indicado la guía de la Casa Dalmau.

—¿Quién denunció la desaparición? —quise saber.

Ni yo misma me había planteado la pregunta hasta que brotó de mis labios. La mujer se volvió hacia mí y me observó como si se percatara por primera vez de que yo también estaba allí. Me removí incómoda ante su escrutinio.

—Esa información no es pública. —Arrugó las cejas y miró hacia Luther, puede que preguntándose qué tipo de relación teníamos.

—Quizá pueda hacer una excepción, Inmaculada —sugirió él leyendo el cartelito que colgaba del pecho de la susodicha con voz melosa.

La mujer llevó los ojos al cielo.

—Solamente se lo digo porque la denunciante ya murió —replicó haciéndose la dura.

Di un ligero paso al frente y tuve que contenerme para no lanzarme sobre el mostrador y girar la pantalla que ella estaba mirando con tanta parsimonia.

—La desaparición la denunció una tal Lucilda Viñuales.

Me agarré a mi bolso porque no tenía otro lugar en el que sostenerme. Luther me miró y le dediqué una mueca de desconcierto. ¿Qué pintaba mi abuela en toda esa historia? ¿Qué sabía ella de Dorotea?

—¿Y Soledad Moliner? —pregunté con un hilo de voz.

Luther se volvió desconcertado, aunque se apresuró en disimularlo.

—No la entiendo —dijo la mujer, molesta de nuevo por mi intervención. Estaba claro que yo le sobraba.

—¿Podría indicarme los datos del fallecimiento de Soledad Moliner? —insistí.

La mujer llevó los ojos al techo, pero se resignó a teclear el nombre que le había indicado.

—¿Sabe el segundo apellido? —preguntó hastiada.

—Eh… no.

—Pues hay cinco registros con ese nombre —concluyó, y clavó sus diminutos ojos negros en mí—: una Moliner García, Moliner López, Moliner Beltrán, Moliner Escuder y Moliner Osuna.

Terminó de recitar los nombres y me quedé en silencio unos instantes, hasta que una luz se iluminó en mi cabeza.

—¿Ha dicho Escuder?

—Eso he dicho.

Escuder. Como Abigail Escuder, la segunda esposa de Alfredo Dalmau. En la carta de Soledad que habíamos encontrado en el cine mencionaba que ella y Dorotea eran hermanastras. Entonces, Abigail Escuder debía de ser la madre de Soledad. Sonreí al juntar aquella pequeña pieza del rompecabezas. Luther me miraba intranquilo ante mi repentino silencio. Al fin tomé conciencia de que estaba haciendo esperar a todo el mundo.

—Pues eso, Soledad Moliner Escuder —dije con una sonrisa

triunfal—. Necesito su información.

Escuché el clic del ratón y esperé a que la funcionaria volviera a hablar.

—Nació en Barcelona en 1922 y… vaya —la mujer se detuvo un instante—. También desapareció el dieciocho de febrero de 1943.

—¿El mismo día que Dorotea? —atiné a preguntar.

—Eso parece.

Abrí la boca para volver a interrogarla, pero la mujer no me dejó.

—Supongo que querrá saber quién denunció la desaparición.

Asentí ansiosa.

—La misma mujer: Lucilda Viñuales.

Solté el aire que había estado conteniendo. No tenía claro qué significaba todo aquello, pero no podía ser casualidad.

—Oigan, no tenemos todo el día —gruñó el hombre que esperaba su turno en la fila.

Me volví y observé avergonzada que habíamos acrecentado la cola en por lo menos diez personas más.

—Muchas gracias, eso es todo —dijo Luther agarrándome del brazo para alejarme de allí.

—Un segundo, esa tal Soledad, ¿se casó?

La mujer puso los ojos en blanco.

—Ya le he dicho que…

Pero no me dio tiempo a escuchar sus quejas ni la de mis compañeros de cola. Luther me había sacado a rastras del registro. Me topé con su ceño fruncido a la salida del edificio.

—¿Por qué nos vamos? Quizá podríamos haberle sonsacado algo

más —me quejé.

—Ya nos ha dicho todo lo que puede constar en ese registro —soltó, seco—, no tiene sentido que nos quedemos más.

Luther parecía molesto, y no lograba comprender por qué.

—¿Qué demonios te pasa? —espeté soltándome de su agarre en cuanto salimos a la calle.

—¿A mí? Nada —repuso, y se encogió de hombros.

—¿Es que no te das cuenta de lo que acabamos de descubrir? Hay algo extraño detrás de esta historia. ¿Recuerdas las cartas que encontramos en el cine? —solté, incapaz de contener mi excitación—. Ahora entiendo por qué Soledad se refería a Dorotea como su hermanastra: resulta que sus padres estaban casados en segundas nupcias. Y no solo eso, las dos desaparecieron justamente el mismo día. Un poco turbio, ¿no?

—Sí.

Lo miré molesta por tanto monosílabo. Estaba claro que estaba irritado, y yo no alcanzaba a comprender el motivo.

—¿Te apetece un café? —preguntó él de repente.

Lo observé descolocada y terminé asintiendo. Lo seguí en silencio mientras se adentraba por las callejuelas del barrio gótico. Sus hombros estaban más tensos de lo habitual, y tuve que esforzarme por que no escapara de mí; sus pasos eran mucho más largos que los míos. Se detuvo frente a una antigua cafetería y me abrió la puerta en un gesto de caballerosidad que en esta ocasión me molestó. Después de mostrarse tan esquivo no podía comportarse como si fuera un galán. Pero no dije nada y me limité a entrar; luego elegí la mesa que se

encontraba en el rincón más alejado de la cristalera.

Vino un camarero a tomarnos nota y ninguno de los dos dijo nada hasta que tuvimos frente a nosotros unos cafés humeantes y un par de cruasanes. Di un bocado y de pronto afloraron en mi mente las otras incógnitas que había descubierto en el registro civil.

—¿Eres venezolano? Pensé que eras alemán.

Luther se lamió los labios, no supe si por incomodidad o para saborear la espuma del café.

—Sí, tengo la doble nacionalidad —se limitó a decir.

Cuando vi que no pensaba darme más explicaciones, lo miré con fijeza.

—Eres una caja de sorpresas. —Mi incisivo comentario ni siquiera lo hizo parpadear.

Luther parecía estar muy lejos de allí. Sin embargo, no pensaba rendirme; al menos, no sin intentar sacarle algo de información primero. Estaba harta del hermetismo de mi socio, ¿quién era y qué ocultaba? Cada día veía más claro que no me lo estaba contando todo, y aquello me ponía nerviosa. Sobre todo, porque cada día me sentía menos capaz de controlar lo que sentía por él. Ya me había enamorado una vez de un embustero, no quería cometer el mismo error y, aunque no me atrevía a ponerle nombre a mis sentimientos, tenía que reconocer que Luther ocupaba buena parte de mis pensamientos; de día y de noche.

—Tu abuela era muy hermosa —probé, suponiendo quién era la mujer que había visto en el retrato de su cartera.

Luther se atragantó con el café y me clavó una mirada que no

supe interpretar.

—Vi la foto en tu billetera —expliqué, incómoda.

—No era mi abuela.

Se levantó de repente y se marchó sin decir nada más, dejándome con el café ya frío entre las manos y la palabra en la boca.

# PURO TEATRO

*16 de marzo de 1941, Jaca*

Dorotea sentía las lumbares entumecidas después del largo camino en el Hispano Suiza. Al principio, Álvaro se había esforzado por mantener una conversación. Le había hablado sobre su trabajo en el cuartel de Jaca como coronel, de las importantes misiones que llevarían a cabo pronto con sus aliados alemanes, de la gloria que llevaría a su nombre y a España. Dorotea ni siquiera le había escuchado, se había limitado a contestar con monosílabos sin poder eliminar la opresión que se había alojado en su pecho desde la noche anterior. Al cabo de un buen rato, Álvaro la había mirado con cierto disgusto. «¿No te interesa lo que te estoy contando?», había preguntado, ofendido. Ella se había apresurado en dedicarle una sonrisa vacía. «Claro que sí, tan solo estoy un poco mareada». Álvaro no dijo nada más en todo el trayecto. Dorotea se sintió culpable y aliviada al mismo tiempo. Prefería no tener que oír su voz y dejar que el silencio sanara sus heridas; sin embargo, no podía evitar pensar que estaba siendo una mala esposa. No debería sentir aquella repulsión por él, se suponía que tenía que gustarle que la abrazara y le dedicara atenciones, pero lo único que podía hacer era recordar cómo Álvaro se había apoderado de su cuerpo sin que ella pudiera hacer o decir nada por evitarlo; como si fuera su dueño.

Álvaro detuvo el coche frente a la puerta principal, donde un séquito de doncellas y lacayos aguardaba su llegada; estaban alineados

y vestidos con uniformes inmaculados. Imaginó que la rigidez de doña Urraca tendría algo que ver. Una mujer enjuta de unos cincuenta años que vestía de negro se acercó hasta su vehículo para darles la bienvenida.

—Es un honor tenerle de vuelta, señor —dijo bajando la mirada con una sumisión que Dorotea adivinó fingida.

—Querida, te presento a doña Ángela, el ama de llaves —la presentó Álvaro.

—Es un placer conocerla, señora Dalmau —replicó la mujer.

Álvaro se dirigió a la entrada de la casa, donde un mayordomo lo esperaba dispuesto a recogerle el abrigo. Se quitó el chaquetón de piel sin ni siquiera mirarlo y se lo tendió.

—Hemos preparado las estancias del ala este para que su esposa pueda acomodarse —explicó el mayordomo.

Álvaro lo miró con una ceja arqueada, como si la decisión le hubiera molestado.

—No quiero aposentos separados: compartiré la habitación principal con mi esposa.

Dorotea se sintió desfallecer. ¿Eso significaba que lo de anoche iba a repetirse todos los días? Hubiera preferido una habitación propia, en la que tener su intimidad y sentirse de nuevo ella misma. Desde la boda se había visto sumida en una vorágine de acontecimientos que le impedía pensar con normalidad. Sin embargo, su voz la traicionó de nuevo y fue incapaz de protestar. ¿Cómo iba a justificar que necesitaba su espacio? Como recién casada lo normal hubiera sido que quisiera pasar tiempo junto a su flamante esposo, y no salir corriendo

en dirección contraria.

El mayordomo asintió, avergonzado, y se apresuró a colgar el abrigo en el perchero. Después se situó junto a Dorotea, esperando a que ella le entregara el suyo.

—Estoy bien así, gracias —lo dispensó ella.

El frío no la había abandonado en todo el día, y estaba convencida de que, si se quitaba algo de ropa, terminaría enfermando. Doña Urraca llegó entonces hasta ellos y depositó su chaquetón de pieles sobre el brazo todavía extendido del mayordomo.

—Doña Ángela —pidió doña Urraca con voz severa—, mande que me preparen un té.

—Como guste, señora.

El ama de llaves se apresuró en desaparecer por un pasillo; imaginó que llevaría a las cocinas. Solo entonces Dorotea se percató de la magnificencia de aquella casa solariega. Era tan espaciosa y luminosa como Álvaro le había descrito: enormes ventanales coronaban los salones, las habitaciones y las bibliotecas que descubría a su paso. Los muebles, las cuberterías y las cristalerías brillaban con luz propia, con la plata debidamente pulida; cortinas, alfombras y tapices decoraban cada estancia con sus estampados cálidos y coloridos; los suelos inmaculados reflejaban las figuras que habitaban sobre ellos. Y aun así, Dorotea la sintió fría. Glacial. En ese instante supo que allí tampoco sería feliz, y el desasosiego la obligó a agarrarse a la barandilla de la escalinata de mármol que ascendía a las habitaciones.

—¿Se encuentra bien, señora?

Dorotea se volvió hacia la voz angelical que había hablado. Se trataba de una doncella muy joven, debía de contar solo quince o dieciséis años, y la observaba con unos enormes ojos de color chocolate.

—Sí, estoy un poco cansada del viaje.

—¿Desea que le prepare un baño caliente?

Se sintió agradecida por la sugerencia. Quizá sumergirse en agua y jabón la ayudaría a sentirse menos sucia, a eliminar el rastro de besos que Álvaro había dejado sobre su piel.

—Sí, gracias. ¿Cuál es tu nombre?

—Natividad, señora.

Efectivamente se encontró mucho mejor después del baño caliente. El frío pareció atenuarse y empezó a sentirse de nuevo dueña de sus actos. Cuando salió del servicio, comprobó que Natividad se había encargado de colocar un par de gruesos troncos en la chimenea para caldear la habitación y había depositado sobre la cama un bonito vestido de abrigo.

—¿La ayudo a vestirse, señora? —preguntó la joven.

Dorotea asintió. No parecía sencillo ponerse aquel corsé ni se sentía con fuerzas para anudar los lazos de la espalda. Al instante recordó los dedos de Álvaro desabotonando su vestido de novia y tuvo que mover la cabeza para deshacerse del pensamiento.

Natividad se apresuró en colocarle las piezas más complicadas, en un silencio cómodo que le agradó. Pensó que la muchacha podría ser su doncella personal: era dulce, solícita y discreta.

—¿Es bonita Jaca? —preguntó de pronto.

Natividad levantó la vista de las horquillas que estaba colocando en su melena.

—Oh, sí, tiene muchos sitios preciosos. Además, hay restaurantes, cines y teatros, como en las grandes ciudades —explicó la joven con ojos soñadores.

—¿Teatros?

—Sí, dos de ellos. El Teatro Principal es el más importante.

Dorotea sonrió por primera vez desde la boda. Con tanto personal, adivinaba que en la Villa no habría mucho más que hacer a parte de supervisar el servicio y algún asunto puntual. Detestaba aburrirse y sabía que, si disponía de demasiado tiempo para pensar, su mente regresaría a la noche de bodas. Sí, estaba decidido. El teatro sería una buena manera de evadirse: iría a la ciudad y preguntaría si existía un grupo de actores al que pudiera sumarse; sería magnífico retomar el contacto con su mayor pasión.

Llamaron a la puerta poco después de que Natividad terminara de acicalarle el pelo. Era Álvaro. Clavó su mirada azul en la doncella y le hizo un gesto para que se retirara. Natividad le dedicó una tímida reverencia y salió de la habitación.

—Estás preciosa —le dijo a Dorotea cuando se quedaron solos.

Ella tragó saliva y vio cómo Álvaro dirigía una mirada lasciva hacia su cuello. De pronto sintió que el vestido era demasiado escotado. Él se acercó y depositó un beso suave sobre su clavícula.

—Si mi madre no nos estuviera esperando para cenar, te quitaría esa ropa ahora mismo —le susurró.

Ella se tensó y carraspeó nerviosa.

—Será mejor que no la hagamos esperar.

Pasó por su lado para salir de la alcoba a toda prisa y sintió su mirada en la nuca mientras bajaba las escaleras.

—Mañana tendríamos que revisar los menús semanales —dijo doña Urraca casi sin darle tiempo a sentarse a la mesa.

Habían sacado la mantelería de hilo fino y la cubertería de plata para celebrar su llegada, además de un portentoso festín que podría haber servido a más de diez personas, aunque tan solo eran ellos tres. Don Cosme, el padre de Álvaro, se encontraba fuera por asuntos del ejército.

—¿Los menús? —Dorotea arqueó las cejas en un claro gesto de sorpresa.

—Como nueva señora de la casa tendrás que hacerte cargo de este tipo de asuntos domésticos, ¿no crees? —inquirió su suegra.

Dorotea miró a Álvaro desconcertada, pero él no levantó la mirada del pollo rustido que les acababan de servir. Parecía molesto por su rechazo en la alcoba. Intentó no pensar en ello y volvió a mirar a doña Urraca. Aunque nadie le había dicho nada sobre la supervisión de los menús, sabía lo que se esperaba de alguien en su posición. Sin embargo, en la Casa Dalmau era Abigail quien se encargaba de esos temas y había supuesto que en Villa Montesinos sería doña Urraca quien hiciera ese papel, al menos, por un tiempo. Estaba segura de que no querría que le usurpara poder nada más llegar; la estaba poniendo a prueba.

—Oh, por supuesto —terminó diciendo para no decepcionarla—. Me encantará revisarlos junto a usted, doña Urraca.

Supo que su respuesta le había agradado, aunque su suegra no le sonrió.

—Recuerda que puedes llamarme madre.

—Sí, claro. —Carraspeó—. Me apetece acercarme a la ciudad para conocerla un poco mejor —sugirió Dorotea—. He visto que hay un par de teatros y me gustaría comprobar si tienen algún grupo de actores. Quizá me acerque mañana por la tarde.

—¿Para qué quieres saber si tienen un grupo de actores? —preguntó Álvaro. Había dejado de degustar su plato para mirarla.

—Me haría ilusión apuntarme.

—¿Apuntarte? —esta vez fue doña Urraca la sorprendida.

—Sí, bueno, en Estados Unidos estudié en una academia de Hollywood y…

—¿Para ser actriz? —escupió Álvaro con incredulidad.

Dorotea calló de pronto; aquella conversación no estaba yendo como había imaginado.

—Ni hablar —sentenció doña Urraca—. El mundo de la farándula está lleno de mujeres perdidas.

Dorotea se levantó de la mesa, ofendida.

—Es un arte, y no consiento que diga esas cosas.

—¡Dorotea! —Álvaro la miró con una furia desconocida en la mirada—. Mi madre tiene razón, no voy a tolerar que mi esposa se mueva en determinados círculos.

Dorotea sintió que las lágrimas afloraban a sus ojos y se marchó a

la habitación sin apenas haber probado un bocado de la cena.

Lloró aferrada a la almohada durante más de media hora. Cuando consiguió calmarse, le pidió ayuda a Natividad para quitarse el vestido. La muchacha acudió solícita a la llamada y le tendió un camisón de encaje blanco. Dorotea miró el conjunto con aprensión: no quería ponerse nada que fuera mínimamente seductor.

—Prefiero uno de algodón —dijo.

Natividad asintió y le trajo un camisón largo hasta los tobillos que bien podría haber sido de la mismísima doña Urraca. Le pidió a la doncella que se retirara y se metió en la cama. Con un poco de suerte podría conciliar el sueño y dejar atrás la desazón que le había producido la conversación de la cena.

Estaba dormida cuando sintió una mano que se colaba por debajo de su ropa. Abrió los ojos sobresaltada, creyéndose presa de una pesadilla. Sin embargo, aquellos dedos que reptaban por su vientre eran reales. No tardó en envolverla el olor a hierbabuena mezclado con alcohol. Álvaro se había metido en la cama. Dorotea apretó los labios cuando la mano se detuvo sobre uno de sus pechos para apresarlo bruscamente después.

—No vuelvas a llevarme la contraria —le susurró Álvaro al oído.

Se estremeció de miedo con el contraste del aliento caliente en la mejilla y la frialdad de su voz. Álvaro tiró de ella para ponerla boca abajo en la cama y colocó todo el peso de su cuerpo sobre la espalda de Dorotea. La poseyó sin ninguna delicadeza, sin ni siquiera mirarla o besarla. Si había creído que la primera vez había sido horrible, jamás

podría olvidar la segunda. Se sintió peor que un animal al que habían vendido al mejor postor. Sus gritos, igual que sus ilusiones, quedaron silenciados contra el cojín.

Agradeció despertarse sola. Álvaro debía haberse marchado al romper el alba y no se había molestado en dedicarle ni una muestra de cariño. Puede que fuera mejor así. Dorotea no hubiera soportado tener que regalarle una sonrisa. Se incorporó en la cama y sintió un dolor lacerante en la entrepierna, aunque más llevadero que la noche anterior. Vio que tenía las muñecas amoratadas; había estado tan horrorizada por el acto que ni siquiera había reparado en que Álvaro la había inmovilizado con tanta fiereza. Quiso llorar, pero no le salieron las lágrimas. ¿Qué iba a hacer ahora? Se había sentido prisionera en la Casa Dalmau y se había precipitado a los brazos de un hombre creyendo que sería su salvación; sin embargo, lo único que había hecho era adentrarse en una cárcel incluso peor. Adivinaba que su futuro en Villa Montesinos sería lúgubre y miserable, y las pocas esperanzas que había tenido de ser feliz se habían esfumado para siempre.

Revisó los menús con doña Urraca sin poner el más mínimo interés. Se ganó un par de reprimendas por parte de su suegra, pero poco le importaron. Le daba igual si comía guiso de perdiz, solomillo con almendras o merluza a la marinera, lo único que quería era que la dejaran en paz y olvidar por un instante el destino que ella misma se había forjado. ¿Por qué había aceptado ese matrimonio? Tendría que haberlo pensado mejor, quizá si hubiera pasado más tiempo

conociendo a Álvaro se habría dado cuenta de que en realidad no la amaba; ni ella a él. Había sido una ilusa al creer que estaban enamorados y que aquel enlace era su única salida.

Por la tarde decidió salir a ver la ciudad para olvidar sus amargos pensamientos. Sospechaba que ninguno de los Montesinos vería con buenos ojos que fuera sola por las calles atestadas de gente, así que le pidió a Natividad que la acompañara. La muchacha se mostró encantada de hacerle de guía y le explicó con todo lujo de detalles la historia de cada piedra que se había levantado en el casco histórico. Sobre todo, le contaba leyendas populares de veracidad dudosa; sin embargo, no la contrarió y escuchó todo lo que le decía con una sonrisa. Por lo menos sus cuentos le hacían olvidar por un momento lo desgraciada que se sentía.

Cuando llegaron a la zona de cines y teatros, algo se revolvió en su interior. La imagen de Casandra, con su carácter indomable, acudió a ella de repente, seguida de la sonrisa de la señorita Felipa, su fugaz institutriz; le pareció escuchar las palabras de aliento de la tía Margarita por que persiguiera sus sueños. Y decidió no rendirse tan pronto. ¿Quiénes eran Álvaro o doña Urraca para prohibirle nada? Tan solo quería formar parte de un grupo de teatro, seguro que eso no era ningún crimen ni nadie pondría en entredicho el apellido Montesinos por ello. A pesar del miedo que le atenazaba la garganta, decidió acercarse un poco más al Teatro Principal.

—¿Desea verlo por dentro, señora? —preguntó Natividad con cierta curiosidad.

—Sí, eso estaría muy bien —afirmó con una sonrisa.

Las dos mujeres subieron la escalera que llevaba hasta la entrada. Dorotea empujó uno de los enormes portones de madera lacada de aquel espléndido edificio con sus guantes de cabritilla, y escuchó los pasos quedos de Natividad tras ella. Un recepcionista les dedicó una amable sonrisa. Debían de ser las primeras clientas de la tarde.

—¿Desean unas entradas para la función de esta noche? —preguntó el joven.

Dorotea se acercó hasta el mostrador y se quitó los guantes; empezó a juguetear con ellos, nerviosa.

—En realidad, venía a preguntar si existe algún grupo de actores que acepte nuevos integrantes —se atrevió a decir con la voz más baja de lo que le hubiera gustado.

El chico pareció emocionado con la idea.

—¡Por supuesto! No hay demasiados actores en una ciudad tan pequeña, y cualquier colaboración es bienvenida.

El recepcionista rebuscó en un cajón y le entregó un panfleto arrugado.

—Aquí tiene el nombre y la dirección del coordinador del grupo, el señor Estellés. Puede enviarle una nota para acordar una entrevista o, si prefiere hablar con él en persona, suele venir a su despacho los miércoles por la tarde.

Dorotea asintió agradecida y se guardó el panfleto que le había entregado en uno de los bolsillos de su abrigo antes de regresar a Villa Montesinos un poco más animada.

## JUSTICIA

*17 de marzo de 1941, Jaca*

Lucilda terminó de vestirse y sonrió al mirar por la ventana. El sol resplandecía en una luminosa mañana de invierno y le acariciaba el rostro a través del cristal. Mauro seguía dormido; le retiró un mechón de cabello rubio que caía sobre sus ojos y depositó un beso en su frente. No recordaba haber sido tan feliz en mucho tiempo. Por fin la vida le sonreía: tenía un hijo maravilloso, un buen trabajo, un techo sobre sus cabezas y el amor de un hombre honrado.

Todo habría sido perfecto si las pesadillas no hubieran aparecido de nuevo, como si su subconsciente no quisiera que lograra alcanzar la paz. Cada vez que dormía veía una serpiente a los pies de su cama: se colaba entre las sábanas para terminar enroscándose en sus tobillos y tiraba de ella para arrastrarla al vacío. Escuchaba sus siseos mientras caía, sentía sus escamas escurridizas apretándole la piel. Y tan solo lograba despertarse con sus propios gritos de angustia o cuando Mauro la zarandeaba para sacarla del sueño.

Pero esa mañana no estaba dispuesta a dejar que las pesadillas le amargaran el día. Había quedado con Darío a las once en el Café Orleans que había a la vuelta de la esquina. Seguro que el sabor dulce del chocolate deshecho terminaría de borrar el regusto a veneno que la serpiente le había dejado en la boca. A pesar de que lo veía cada día, sentía que nunca tenía suficiente de él. Eso la asustaba y la fascinaba a partes iguales. Temía volver a dejar su destino en manos

de un hombre: la última vez había sido un desastre.

Bajó a la planta principal con sigilo para no despertar a las chicas y empezó a preparar el desayuno. Se asustó al notar una presencia tras ella y a punto estuvo de soltar la jarra de zumo de naranja cuando descubrió a Nora en el umbral de la puerta. Llevaba un vestido vaporoso tan azul como el cielo despejado que prometía ese día.

—Por Dios, un poco más y me matas de un susto —dijo Lucilda con una risa nerviosa—. ¿Qué haces despierta tan temprano?

—Madame Lambert opina que mis vestidos ya están viejos, así que me ha mandado ir de compras. Ya sabes que la señora Petriz solamente nos atiende a primera hora: dice que no quiere que malogremos la imagen del negocio. Siempre tan preocupada por la mala fama. A ver quién le dice que su marido es uno de nuestros mejores clientes…

Lucilda se echó a reír, sintiéndose más dichosa todavía. Aquello significaba que pronto tendría vestidos nuevos que heredaría de Nora. Empezó a fantasear con ponerse uno de los modelos más atrevidos tan solo para dejar a Darío sin aliento.

—¿Otra vez pensando en tu sereno?

Lucilda se sonrojó.

—Oh, vamos, no tienes por qué avergonzarte. Yo también andaría por las nubes si un hombre así suspirara por mí. —Nora se acercó a la fuente con cruasanes recién hechos y se llevó uno a la boca con una sonrisa descarada—. En fin, *mon amour*, me marcho, que se me hace tarde.

Lucilda escuchó la puerta de la entrada cerrarse y volvió a

concentrarse en su tarea con una sonrisa bobalicona en los labios.

No debían de haber pasado más de quince minutos cuando escuchó que la puerta se abría de nuevo con unos golpes torpes. Salió de la cocina y se dirigió al zaguán secándose las manos en el delantal.

—¿Qué te has olvi…?

Las palabras murieron a medio camino entre su garganta y los labios cuando descubrió a Nora apoyada en la pared con el rostro ceniciento y las manos apretadas contra el abdomen. Una mancha oscura se expandía por su vestido celeste a una velocidad vertiginosa. Tardó unos segundos en comprender que lo que brotaba de entre sus dedos era sangre.

—Nora… ¿qué?

Corrió hasta ella y llegó justo a tiempo de sostenerla y evitar que cayera al suelo. Nora trató de decir algo, pero se atragantó y Lucilda vio con espanto como un reguero rojo salía de su boca.

—¡Un médico! —gritó con la esperanza de que alguna de sus compañeras la escuchara y fuera en busca de ayuda—. ¡Socorro!

Un sudor frío empezaba a perlar la frente de Nora, y Lucilda retiró el cabello que se pegaba a su mejilla. Dirigió la vista hasta la herida, que la muchacha seguía taponando inútilmente con las manos. Lucilda arrancó un trozo de tela de su falda y retiró los dedos trémulos de Nora para cubrir la zona con la venda improvisada; un agujero de bala atravesaba el vestido y el abdomen de su amiga. Lucilda ejerció presión sobre la herida y trató de contener las lágrimas.

—¡Ayuda! —gritó de nuevo.

Por fin escuchó ruidos en el piso de arriba. La primera en bajar fue Madame Lambert, que observó horrorizada la escena.

—¡Un médico! —la apremió Lucilda.

Madame Lambert salió corriendo a la calle, sin importarle la bata medio abierta ni que se le manchara el bajo de su camisón de seda verde.

Lucilda volvió la atención hacia su amiga y Nora le sonrió débilmente; sus ojos parecían estar muy lejos de allí y Lucilda sintió que su alma la estaba abandonando.

—Quédate conmigo, Nora. Aguanta. ¿Quién te ha hecho esto?

Nora separó sus labios y apenas logró que brotara de ellos un susurro; sin embargo, fue suficiente para que Lucilda pudiera leer un nombre: Jonás.

Lucilda apretó los dientes y tuvo que reprimir el acceso de furia; de nada le serviría maldecir a ese bastardo ahora. Se concentró en apretar las manos contra la herida. Empezó a sollozar al comprobar que la tela que había depositado sobre la zona apenas unos instantes atrás estaba empapada. Y entonces supo que, aunque Madame Lambert llegara con un médico en ese mismo instante, era demasiado tarde para Nora.

—Debí haber regresado a París —musitó Nora con sus últimas fuerzas—. Lejos de él.

—Pagará por esto. —Lucilda acarició con cuidado el rostro de su amiga y dejó un camino de sangre en su pómulo.

—Al menos encontré en esta casa una familia…

Nora cerró los ojos.

—¡Nora! —masculló Lucilda.

Sin embargo, Nora no contestó.

Nunca volvería a hacerlo.

Tampoco le dedicaría una sonrisa descarada, ni la aconsejaría sobre su relación con Darío. No volvería a pintar con Mauro, ni a animar las comidas con sus carcajadas. Nora se había ido.

Lucilda lloró aferrada a su cuerpo hasta que llegó Madame Lambert acompañada de un galeno, que observó la situación con cierta incomodidad. Estaba claro que la pobre muchacha estaba muy lejos de poder salvarse. Se agachó junto al cuerpo de Nora y negó con la cabeza al comprobar que ya no tenía pulso.

—¡Haga algo! —gimió Lucilda.

El médico la miró como si fuera estúpida.

—Ni aunque estuviera en un hospital podría salvarla, señorita. Lo siento.

Pronto entendió que ese hombre no quería verse involucrado en una muerte violenta; menos aún si esta había tenido lugar en un prostíbulo. Lucilda miró a Madame Lambert con un gesto desesperado, pero sabía que ella tampoco podía hacer nada. Lucilda cerró los ojos y se echó a llorar mientras el médico se alejaba de ellas embozado en su capa y tapándose el rostro con el sombrero.

La policía no tardó en llegar. Para entonces, todas las chicas, excepto Ana, que se había quedado con Mauro, estaban junto a la puerta de la casa de Madame Lambert, velando el cuerpo de Nora entre lágrimas y lamentos. Un par de agentes cubrieron el cadáver con una manta y empezaron a prepararlo para llevarlo al depósito.

—Ha sido Jonás. Ese desgraciado la ha matado —mascullό Lucilda entre dientes.

Uno de los policías la miró entonces y sacó una libreta en la que no apuntó nada.

—¿Estaba usted aquí cuando ocurrió?

—No, pero ella me lo dijo antes de…

—¿Entonces no lo vio con sus propios ojos?

Lucilda frunció el ceño.

—No.

—¿Y quién es Jonás?

—Su marido.

El policía miró a su compañero con un gesto que Lucilda no supo interpretar.

—Disculpe, ¿no es esto una casa de mujeres de compañía?

—Sí, ¿qué importa eso?

—¿Ella trabajaba aquí?

—Eh… —Lucilda no lograba comprender adónde llevaba esa conversación—. Sí.

—Es decir, la víctima era una prostituta y estaba casada. ¿Sabe que el adulterio es un delito?

— ¡Y el asesinato también!

—Por supuesto, por supuesto —dijo el policía alzando los brazos —. Tan solo digo que quizá el marido tuvo sus motivos.

—¿Está justificándolo? —Lucilda estuvo a punto de abalanzarse sobre el hombre, pero Madame Lambert la agarró del brazo y la apartó del interrogatorio. A pesar de la firmeza que mostraba, Lucilda

notó que sus manos temblaban.

—Señores, ya les hemos dicho todo lo que sabemos —intervino la madama—. A partir de aquí, confiamos en que hagan su trabajo.

Madame Lambert arrastró a Lucilda al interior de la casa y le hizo un gesto a las demás chicas para que se resguardaran de las miradas reprobatorias de los vecinos que habían salido a la calle a husmear. En cuanto se cerró la puerta, Lucilda clavó sus ojos oscuros en Madame Lambert.

—No van a hacer nada, ¿verdad?

Madame Lambert colocó una mano sobre su hombro y la miró con una pena infinita en los ojos.

—Como mucho interrogarán a ese desgraciado, y en cuanto comprueben que realmente es su marido, no harán nada contra él. Para ellos la vida de una mujer no vale nada, y menos la de una de nosotras.

—¡Pero esto no puede quedar así!

Lucilda era incapaz de creer que un asesinato a sangre fría quedara impune. No estaba dispuesta a aceptar una realidad tan terrible.

—Escúchame, Lucilda, si te enfrentas a él o a las autoridades terminarás como Nora —la advirtió Madame Lambert—. No es la primera vez que soy testigo de cómo miran hacia otro lado.

Lucilda la miró con indignación. ¿Es que nadie iba a hacer nada al respecto?

—No quiero que te hagan daño a ti también —le imploró Madame Lambert, y su voz sonó temblorosa.

Lucilda se vio abrazada por la madama, y pronto descubrió que la mujer estaba llorando sobre su hombro. La sintió desinflarse entre sus brazos. Después Madame Lambert subió las escaleras hasta su habitación, arrastrando los pies como si de pronto hubieran transcurrido dos décadas y su cuerpo ya no fuera joven.

Lucilda pasó horas encerrada con Mauro en su habitación. Aunque Ana lo había protegido del barullo y enseguida se lo había llevado lejos de todo, el pequeño era consciente de que algo había ocurrido y se encontraba inquieto.

—¿Por qué estaba Nora en el suelo?

Lucilda se mordió el labio inferior y lo abrazó.

—Estaba durmiendo.

—¿Pero no tiene cama?

—Claro, pero le ha entrado mucho sueño.

Lucilda escondió la cara en el hombro del niño para que no viera las lágrimas que surcaban sus mejillas.

—¿Se habrá despertado ya?

—¿Te acuerdas del cuento de Bella durmiente?

—Sí, el de la princesa que duerme para siempre en una torre.

—Pues Nora es ahora como la bella durmiente.

—Entonces no se despertará hasta que el príncipe venga a rescatarla —replicó, algo contrariado.

Lucilda asintió mientras se tragaba las lágrimas, pero Mauro se dio cuenta.

—¿Por eso lloras?

Mauro pasó su pequeña manita por las mejillas de Lucilda para secarle la cara. Ella no pudo más que asentir. El pequeño la abrazó de nuevo y le dio un par de besos torpes en la cabeza.

—No estés triste, Madre, seguro que su príncipe vendrá pronto.

Lucilda se quedó con Mauro hasta bien entrada la tarde, incapaz de reaccionar. No quería salir de esa habitación, ni de la casa. Detestaba la idea de cruzar de nuevo el zaguán donde Nora había muerto o pisar la calle en la que Jonás le había arrebatado la vida. Nada tenía sentido. ¿Para qué luchar tanto por salir adelante si alguien podía quitártelo todo sin ninguna consecuencia? No comprendía cómo los policías podían haberse mostrado tan insensibles ni tan descuidados con su trabajo, como si la vida no valiera nada en esa ciudad.

De pronto recordó que no había acudido a su cita con Darío. Se llevó las manos a la cara y decidió que no podía seguir allí escondida, debía ir a verlo para contarle lo sucedido. Mauro se había quedado dormido junto a ella y parecía tranquilo. No quiso despertarlo, así que salió al pasillo para encontrarse con Ana; le pidió que cuidara de su hijo mientras estuviera fuera.

No sabía dónde localizar a Darío, pero ya estaba anocheciendo e imaginó que pronto empezaría con su ronda nocturna por los barrios de la ciudad. Pensó que la mejor opción sería acudir al cuartel donde se preparaban los vigilantes y los serenos, con la esperanza de que estuviera allí. No tardó en llegar, el local se encontraba a tan solo un par de manzanas de la casa de Madame Lambert. Se trataba de una construcción no demasiado grande, con un par de salas desangeladas y

algunos despachos destartalados. También le habían dicho que había un pequeño calabozo para aquellos que molestaran a sus vecinos por las noches. Al entrar se encontró con un joven guarda tras un viejo mostrador, que la miró como si se tratara de una aparición. A pesar de que se había cambiado la ropa manchada de sangre, estaba segura de que, con su cabello largo, despeinado, y la tez pálida debía de parecer un fantasma en mitad de la noche.

—Estoy buscando a Darío —dijo sin esperar a que el muchacho le preguntara.

El joven frunció el ceño como si no la hubiera comprendido.

—Es un sereno —aclaró.

El tipo siguió mirándola dudoso.

—Espere aquí, le preguntaré a un compañero si lo conoce.

Lucilda lo observó alejarse de la garita para entrar en uno de los despachos que había intuido desde la entrada. Esperó durante unos minutos, y cuando ya se estaba impacientando, escuchó la puerta de la entrada abrirse de golpe. Se volvió justo a tiempo de recibir una oleada de aire frío que provenía del exterior. Darío estaba frente a ella con su uniforme impecable. La agarró del brazo con suavidad para llevarla hasta la calle. Allí la abrazó con fuerza.

—Lo siento mucho, Lucilda, ya me he enterado de lo ocurrido.

Lucilda no pudo más que romper a llorar entre sus brazos. Darío la apretó contra él como si con ello pudiera insuflarle fuerzas; sus piernas flaqueaban.

—¿Cómo ha podido pasar algo tan espantoso? —masculló ella contra su cuello.

—Tendría que haber acabado con él cuando pude —gruñó Darío, impotente.

Lucilda se separó de él y lo miró a los ojos. Una idea cruzó por su mente. ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Darío tendría contactos entre los guardas de la ciudad, seguro que podría convencer a la policía de que investigaran el caso y encarcelaran a Jonás de una vez por todas.

—La policía no parece que vaya a mover un dedo por hacer justicia —dijo agarrándolo del brazo—. Tienes que convencerles de que lo acusen.

Darío se removió incómodo, luego suspiró. Rehuyó su mirada antes de hablar, como si no estuviera orgulloso de lo que iba a decirle.

—Ya lo he intentado. Llevo todo el día peleándome con mis superiores, pero todos miran para otro lado.

—¿Por qué? ¿Cómo es posible?

—Jonás es primo del intendente del cuartel de policía.

Lucilda terminó de desinflarse. Todas sus esperanzas parecían volar con el viento nocturno, que los golpeaba con sus garras gélidas.

—No es justo. ¡No es justo! —gritó furiosa.

Darío volvió a sostenerla para que no se derrumbara y Lucilda terminó de comprender que la justicia no era igual para todos.

# EL CINTURÓN

*15 de abril de 1941, Hamburgo*

Soledad estaba leyendo *Asesinato en el Orient Express* arrebujada en su cama cuando escuchó unos golpes en la puerta. Miró el reloj de pared de su habitación y vio que marcaba las once y veinte de la noche. ¿Quién podía querer algo a esas horas? Salió de entre las mantas y se colocó una bata de lana antes de ir a ver qué ocurría. Alicia también había escuchado la llamada, y se encontraron en el pasillo que daba a las escaleras. Su hermana ni siquiera la miró. Desde su discusión no le había dirigido la palabra, y Soledad tampoco había hecho nada por acercarse a ella. Todavía retumbaban en su mente las acusaciones de Alicia, y no se veía capaz de perdonarla. Ambas se asomaron a la balaustrada a tiempo de ver a Tante Gertrude abrir la puerta de la entrada con la cara soñolienta.

Todo pasó muy deprisa.

La puerta dio un golpe brusco contra la pared cuando un par de agentes de las SS entraron en el recibidor sin mediar palabra. Uno de ellos apartó a Tante Gertrude sin ninguna delicadeza y se coló en el salón. Empezó a abrir los cajones del aparador, retiró el sofá y buscó tras los cuadros como si tuviera muy claro cuál era su objetivo. Soledad tuvo un mal presentimiento. Bajó las escaleras a toda prisa y se colocó junto a Tante Gertrude, que permanecía inmóvil junto al otro agente. Se abrazó a ella mientras el tipo registraba la casa y,

aunque Gertrude trataba de mantener la calma, Soledad percibió que temblaba. Cruzaron una mirada elocuente; ambas sabían lo que estaban buscando: la radio.

—¿Se puede saber qué están haciendo? —se atrevió a decir Tante Gertrude cuando aquel hombre rompió parte de la cristalería al retirarla de un armario.

El policía se volvió hacia ella con una mirada que no dejaba lugar a dudas: si se atrevía a desafiarlos, terminaría en un agujero oscuro en el que nadie la encontraría. Soledad escuchó cómo Tante Gertrude tragaba saliva. Apretó su mano para tratar de darle fuerzas.

El hombre continuó con el registro; al ver que no encontraba lo que andaba buscando, se volvió hacia su compañero con un gesto de impaciencia.

—Mira en la cocina —ordenó.

Soledad sintió que se le helaba la sangre cuando el tipo que estaba junto a ellas se colaba entre los fogones para examinar hasta el último rincón de los armarios. Mientras, el otro seguía revisando en los cajones y muebles del comedor. Cerró los ojos con fuerza cuando escuchó el ruido de más cristales rotos, cubiertos revueltos, ollas y cazuelas que terminaron esparcidos por el suelo.

—Aquí no hay nada —gruñó el de la cocina.

Soledad se relajó un poco, pero la calma no duró demasiado:

—¿Has mirado en la despensa? —sugirió el otro.

Trató de disimular su desasosiego; recordaba que Tante Gertrude había ocultado la radio en una lata de guisantes que había colocado en el armario superior de la alacena. Era cuestión de tiempo que la

encontraran. Tante Gertrude le dirigió una mirada aterrorizada. Tan solo se escuchaban sus agitadas respiraciones entremezcladas con el crujido de paquetes de comida y el tintineo de latas entrechocando.

—La tengo.

Soledad cerró los ojos.

Tante Gertrude ahogó un suspiro.

El hombre que se había colado en la despensa salió con el bote de guisantes en la mano y una sonrisa triunfal. Se la pasó a su compañero, que examinó los cables mientras asentía. El agente se dirigió a ellas con una sonrisa maliciosa y zarandeó la radio frente a sus narices.

—¿Es tuya? —le preguntó a Soledad.

Soledad tragó saliva. A punto estuvo de decir que sí con tal de proteger a la única persona que las había ayudado desde que llegaron a Alemania. Sin embargo, Tante Gertrude la apartó a un lado y se colocó frente al hombre. Elevó la barbilla al mirarlo y clavó sus ojos azules en él.

—Es mía.

Al tipo pareció hacerle gracia su osadía y miró a su compañero:

—Una traidora con carácter. Al jefe le gustará.

El otro soltó una carcajada, y Soledad se estremeció.

—Ellas no tienen nada que ver —añadió Tante Gertrude; su voz tembló levemente.

El agente de las SS miró hacia arriba y localizó a Alicia, que no se había movido de la balaustrada, como si se tratara de una estatua de mármol.

—Lástima.

Soledad apretó las mandíbulas y dio un paso al frente. Por muy furiosa que estuviera con su hermana, no permitiría que nadie la tocara.

—En fin, nos llevamos a esta —concluyó agarrando a Tante Gertrude del brazo.

—¡No! —gritó Soledad, e intentó interponerse.

Lo único que logró fue que el hombre la derribara de un golpe. Soledad se llevó la mano a la mandíbula y comprobó que le salía sangre del labio. El tipo la miró con desprecio.

—Más vale que no vuelvas a cruzarte en mi camino.

Sintió que le quemaban los ojos de rabia. Gertrude le dio un codazo al hombre que la retenía y se zafó de él para agacharse al lado de Soledad. La abrazó fugazmente al tiempo que le susurraba algo para que tan solo pudiera escucharla ella:

—Ve en busca de Gérard Lemêtre. Él sabrá qué hacer.

El agente que había recibido el codazo arrancó a Tante Gertrude de sus brazos y le dio una sonora bofetada antes de arrastrarla hasta una camioneta. Soledad corrió tras ella, pero tan solo pudo ver cómo la metían en la parte trasera de malos modos. El golpe de las puertas metálicas al cerrarse retumbó en sus oídos. Todo había ocurrido en menos de diez minutos.

—¿Qué estás haciendo? —inquirió Alicia.

Soledad no la miró; continuó amontonando la ropa en las maletas. No tenían tiempo que perder, ni tiempo para lamentos o lágrimas.

Cada minuto que Tante Gertrude pasara en los calabozos de las SS podía marcar la diferencia entre la vida y la muerte. Había oído historias terribles sobre la Gestapo y sus interrogatorios. Tenía que ir en busca de Gérard Lemêtre cuanto antes. Él le había explicado a Gertrude que estaría en la estación de Canfranc para tratar de conseguir información de los nazis; y allí era donde pensaba encontrarlo.

—Nos vamos.

—¿Cómo que nos vamos?

—Tan solo una persona puede ayudar a Tante Gertrude.

Alicia la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Ha colaborado con los enemigos, Soledad. No hay salvación posible.

Soledad se detuvo en seco y miró a su hermana por primera vez en días.

—¿Pero tú de parte de quién estás? —gruñó.

—No se trata de eso. Arno dice que no hay sitio en el Reich para los traidores…

—¡Me importa un comino lo que diga Arno!

—No sé qué pretendes, pero no cuentes conmigo —soltó Alicia.

—No voy a dejarte aquí: vienes conmigo a Canfranc.

—¿Qué? ¿Regresar a España? —preguntó incrédula—. Ni hablar.

—No te estoy pidiendo permiso.

—¡No puedes obligarme!

—Por supuesto que puedo, te recuerdo que eres menor de edad y tengo tu tutela.

Alicia apretó los puños con tanta fuerza que los nudillos se le tornaron blancos. Se marchó a su habitación hecha una furia, con la intención de encerrarse allí, pero Soledad la siguió. Entró sin pedir permiso y sacó una maleta del armario; después empezó a colocar todas las mudas de Alicia en el interior, mientras su hermana la miraba con odio. A Soledad no le importó, lo primordial era sacar a Gertrude de la cárcel. Además, no pensaba tolerar que Alicia se quedara en Alemania bajo la influencia de Arno por más tiempo. Rebuscó algo de ropa interior en una cómoda y de pronto se detuvo al encontrar un cinturón de hombre. Era de cuero, azul oscuro, y enseguida reconoció la insignia de las SS.

—¿Qué hace esto aquí? —le preguntó sacando la prenda para que su hermana pudiera verla con claridad.

Alicia enrojeció.

—¿Es de ese desgraciado?

—¡No te atrevas a insultarlo! —lo defendió Alicia.

Un escalofrío recorrió la columna vertebral de Soledad, y tuvo una intuición.

—¿Ha estado aquí? ¿Arno ha estado aquí? —inquirió.

Alicia arqueó las cejas y balbuceó:

—Hace tres días, pero fue poco tiempo y…

Soledad resopló y lanzó el cinturón al suelo.

—¿Lo dejaste solo en algún momento?

Alicia se quedó en silencio unos instantes.

—Bueno, me dijo que tenía hambre y fue a buscar algo a la…

Sus palabras se quedaron flotando en el aire.

—¿Quién crees que puede haber advertido a la policía de la radio de la alacena, Alicia? —dijo con ironía.

—¡Él no haría algo así!

Soledad se rio con desgana.

—Ya lo creo que sí. No hay lugar para traidores, ¿no? ¿Tú sabías que iba a denunciarla?

Los ojos de Alicia se anegaron de lágrimas, y por primera vez en mucho tiempo a Soledad le recordó a la niña inocente que había sido.

—No, claro que no… —dijo con un hilo de voz—. De todos modos, Tante Gertrude no debería haberlo hecho. ¡Es ilegal y va en contra del Reich!

Soledad se pasó la mano por la cara. Era inútil perder el tiempo discutiendo. Terminó de recoger las cosas de Alicia y sacó la maleta al pasillo para colocarla junto a la suya.

—Ponte el abrigo, nos marchamos —le ordenó.

—Pero…

—He dicho que nos marchamos.

Alicia se mordió el labio y agarró su equipaje antes de seguir a Soledad, que cerró la puerta de la casa sin mirar atrás.

## CARTAS DE AMOR

*14 de septiembre de 2022, Barcelona*

No había sabido nada de Luther en los últimos diez días. No se había presentado en el cine como era habitual, ni siquiera me había enviado un mensaje que justificara su ausencia: simplemente había desaparecido. Aquella mañana entré en el despacho que compartíamos y lo sentí frío y vacío sin él. Sin querer me había acostumbrado a su presencia. No es que trabajáramos juntos todo el tiempo, parte de mi día lo seguía dedicando a la inmobiliaria, pero cuando estaba allí, él siempre andaba de arriba abajo con los preparativos de la inauguración y las últimas supervisiones de las obras. Miré en dirección a su silla y me pregunté qué diablos le pasaba conmigo. Primero se había mostrado atento, incluso seductor; y de repente se había vuelto hermético como una tortuga que se escondía en su caparazón.

Pasé el día enfrascada en los ajustes de la página web que habíamos elaborado para la venta de entradas y supervisé los anuncios para el lanzamiento del negocio que le habíamos encargado a una prestigiosa agencia de publicidad. Habíamos planeado realizar el gran estreno en diciembre; creíamos que la Navidad podría ser una buena excusa para promocionar el antiguo Cine Imperial, aprovechando el espíritu nostálgico que reinaba en esas fechas. Quedaban apenas tres meses para ese momento y no teníamos tiempo que perder, quizá por

eso me molestaba tanto su ausencia. Entre la inmobiliaria y el cine no me quedaban horas en el día para comer o dormir. Me había adelgazado bastante y mi padre observaba con preocupación las ojeras que se habían asentado de forma permanente bajo mis ojos. «Terminarás enfermando», me decía preocupado; pero yo le quitaba importancia y seguía adelante. No le había confesado que Luther parecía haber abandonado el proyecto. Puede que en el fondo me sintiera un poco culpable. No había sido una colaboradora fácil de tratar y, cuando por fin parecía que nos entendíamos, había empezado a hacerle preguntas que le incomodaban. Pero es que no comprendía sus motivos. ¿Qué había de malo tener una doble nacionalidad o llevar un retrato de su abuela, o quien quiera que fuese esa mujer, en la cartera? No había razón para avergonzarse ni para ocultarlo.

Apagué el ordenador del cine a las nueve de la noche, agotada después de todo un día de trabajo entre mis dos negocios. Tan solo quería volver a casa y tumbarme en el sofá junto a una buena copa de vino. Sin embargo, nada más salir del despacho adiviné una figura alta esperando junto a las taquillas. Me sobresalté. No esperaba a nadie a esas horas y estaba segura de haber cerrado la puerta con llave. ¿Cómo había entrado? Me acerqué con pasos inseguros. Quizá en vez de aproximarme a la sombra debería haber dado media vuelta y llamar a la policía. Cuando estuve a un par de metros, respiré aliviada. Conocía aquellos ojos azules, que parecían todavía más grisáceos en la penumbra.

—Luther.

Me miró tan serio que por un momento creí que iba a renunciar a

todo: me diría que no quería seguir adelante con esa colaboración y que me revendía mi parte. Sin embargo, no hizo nada de eso. Se acercó a mí y continuó mirándome.

—Lo siento mucho. —Por su tono deduje que no solía pedir disculpas—. Me comporté como un estúpido.

—¿Y has tardado diez días en darte cuenta?

No pude evitarlo. Estaba cansada y en el fondo su ausencia me había herido más que por simples motivos profesionales. No quería admitir que había echado de menos su sonrisa descarada ni su voz ronroneante.

—A veces soy un poco lento —replicó, y me dedicó una de aquellas muecas torcidas que amenazaban con derrumbar cualquier resistencia.

—He ido desbordada —me quejé, aunque mi voz no sonó tan dura como pretendía.

—Te lo compensaré. ¿Qué tal si te invito a cenar?

Mis tripas sonaron a modo de respuesta. Tan solo había tomado un insípido sándwich en todo el día. Luther tuvo que reprimir una sonrisa, pero un hoyuelo lo delató.

—Está bien. Pero que sea en un sitio caro.

Se echó a reír y me abrió la puerta para que saliera delante de él. Me guio hasta un restaurante del Eixample que debía de costar una fortuna. Todo eran lujos a mi alrededor: manteles de hilo, lámparas de araña que parecían sacadas de un salón del siglo XIX, cubertería de plata y cristalería tan fina que temí que se quebrara bajo el Rioja que pidió. Me acomodé en mi butaca con tapicería adamascada y abrí la

carta con la intención de elegir el plato más caro de la carta para vengarme por su desplante de los últimos días. Sin embargo, al ver los precios me lo pensé mejor. Me parecía un abuso. Lo miré con gesto espantado.

—Pide lo que te apetezca —insistió.

Al final opté por un filete con *parmentier* de patata y él pidió una lubina al horno. En cuanto nos sirvieron los platos me miró de nuevo de un modo que no sabía interpretar.

—Las relaciones con mi familia son complicadas —dijo de pronto —. No me gusta mucho hablar de ello.

¿Lo decía por el retrato de la anciana? Tragué el trozo de carne que me había puesto en la boca y asentí. Supuse que me contaba aquello para justificar su extraño comportamiento. Esperé una explicación más elaborada sobre esas relaciones, pero no añadió nada.

—Entiendo —terminé diciendo para romper el silencio.

—Siento haber desaparecido de este modo —continuó—. No llevo bien que me presionen.

Solté los cubiertos y lo miré indignada.

—No te presioné: tan solo te hice un par de preguntas personales.

Luther resopló.

—No suelo hablar de mi vida personal.

—Eso me ha quedado claro.

Le di un mordisco al filete para tratar de aplacar mi furia. ¿No se suponía que había venido a disculparse? ¿Por qué pretendía hacerme sentir como una entrometida?

—No quería ofenderte —dijo mesándose el pelo—. No sirvo para

estas cosas…

Lo miré de nuevo y él alargó la mano hasta acariciar mis dedos.

—Soy orgulloso —reveló—, me cuesta reconocer mis errores más de lo que me gustaría. No debería haberme marchado de aquel modo ni ausentarme tantos días del trabajo. Ha sido muy poco profesional por mi parte.

Estuve a punto de retirar la mano para mantenerme en mi postura, pero el tacto de su piel cálida era tan agradable…

—Está bien, acepto tus disculpas.

Él sonrió.

—He estado pensando en nuestra investigación —dijo después, dando por zanjada nuestra disputa—. Creo que deberíamos volver a buscar en las cajas de tu abuela, puede que encontremos alguna pista sobre la desaparición de Dorotea y Soledad: una última foto, una carta o algún movimiento de fondos sospechoso.

—Yo también he estado dándole vueltas. Me inquieta que fuera mi abuela quien denunciara ambas desapariciones. ¿Y si tuvo algo que ver?

Luther torció el gesto.

—No lo creo; si hubiera estado involucrada no se habría arriesgado a denunciar. Hubiera querido mantener un perfil bajo y dejar que el mundo se olvidara de ellas.

—O quizá tan solo quería que se certificara su muerte al cabo de diez años —sugerí horrorizada por lo que iba a decir.

—¿Por qué querría algo así?

—Para quedarse con la totalidad del cine.

Luther arqueó las cejas y se atragantó con la lubina. Tuvo que dar un sorbo de vino.

—Pero no encaja con mi abuela —continué, llevándome una mano a la barbilla—. Lucilda era la mejor persona que he conocido; jamás haría algo así.

Resoplé, aquel misterio seguiría siendo indescifrable a no ser que encontráramos algo nuevo en las cajas.

—Tienes razón, volvamos a mirar en los viejos archivos de mi abuela —concluí—. ¿Tienes algo que hacer después de cenar?

Abrí la puerta de mi casa con ciertas dificultades; empecé a preguntarme si no habría bebido demasiado. Quizá no estuviera en plenas facultades para resolver un enigma como al que nos enfrentábamos, pero estaba impaciente por descubrir algo más y no quería esperar al día siguiente. Además, me sentía eufórica, fruto de las más de tres copas de vino que había tomado durante la cena. Luther, en cambio, parecía sobrio, aunque también lo había visto tomar más de una copa. Supuse que la diferencia de tamaño no jugaba en mi favor: Luther era alto y atlético, mientras que yo era más bien poca cosa.

Me ardían las mejillas y tenía más calor de lo habitual. Conseguí llegar hasta las cajas con dignidad, sin tropezar con ningún mueble. Me disponía a sacar un montón de papeles para colocarlos sobre la mesa del salón cuando Luther apareció a mi lado.

—Ya lo hago yo.

Tomó la enorme caja que yo habría sido incapaz de mover ni con

una grúa y la depositó sobre la mesa. Empezó a sacar papeles con eficiencia y me sentí abrumada. No tenía muy claro si era por culpa del exceso de alcohol o por haber estado tantos días sin verlo, pero me pareció que estaba más atractivo que nunca. Llevaba la camisa arremangada de tal forma que pude adivinar unos antebrazos que no parecían de oficinista; sus manos firmes acariciaban los papeles con delicadeza e imaginé cómo sería que aquellos dedos recorrieran mi espalda. Desvié la mirada hasta su rostro para que mis pensamientos no siguieran por esos derroteros. Luther tenía el ceño fruncido mientras estudiaba los documentos y un mechón rebelde cubría sus ojos claros. Estaba tan concentrado que no parecía darse cuenta de mi escrutinio. O eso creía yo. De pronto levantó la mirada y se me entrecortó la respiración.

—¿Vas a ayudarme o piensas seguir analizándome el resto de la noche? —dijo con sorna.

—No te estaba mirando.

—Por supuesto que no.

Luther sonrió y continuó sacando papeles de la caja. Sus dedos revoloteaban de un lado a otro y yo no sabía adónde atender con tanta información que se desplegaba ante mis ojos: cuentas, facturas y cartas de notarios y abogados que no aportaban nada nuevo a nuestra investigación. De pronto Luther se detuvo frente a un documento. Me asomé sobre su hombro y me invadió la fragancia de su colonia. Me sentí tentada de besar su cuello, pero me contuve; no podía comportarme como una adolescente con las hormonas revolucionadas.

—Parece una carta de amor —dijo empezando a leerla.

Me acerqué todavía más a él. Nuestros brazos se rozaban y podía sentir el calor que desprendía su piel a través de la tela; incluso notaba su respiración acompasada cerca de mi frente. Si levantaba la cabeza en ese instante, podría llegar a rozar su nariz con la mía. Sin embargo, me obligué a centrar mi atención, o lo que quedaba de ella, en la misiva.

*25 de septiembre de 1942, Canfranc*

*Querida Soledad,*

*Te echo de menos cada minuto que paso atrapado en esta estación infame. El peligro me acecha cada noche, cada mañana; siento que es cuestión de tiempo que me descubran y termine muerto en una cuneta o, peor aún, en uno de esos campos de trabajo que los nazis tratan de ocultarle al mundo. Mi único consuelo es saber que estás a salvo, lejos de esta locura.*

*Entiendo que quieras seguir colaborando desde tu nueva posición en el cine, pero no quiero que te arriesgues de más. Nunca me perdonaría que te ocurriera algo por mi culpa; y Gertrude, tampoco. Sé lo comprometida que estás con la causa y no deseo que te desentiendas de lo que está ocurriendo en Europa, pero te pido prudencia. Estoy seguro de que encontraremos un modo de colaborar.*

*Junto a esta carta te envío un anillo. Si presionas sobre el diamante central descubrirás que tiene un diminuto compartimento. Te ruego que si deseas comunicarte conmigo de manera urgente introduzcas una nota en su*

*interior y me lo hagas llegar a través de uno de nuestros correos. Haré todo lo posible por responder lo más rápido que pueda en caso de que me necesites. Me he tomado la confianza de grabar en él mis iniciales, con la esperanza de que cuando todo esto termine pueda convertirse en un anillo de compromiso. No quiero que me contestes ahora, prefiero escuchar la respuesta de tus labios. Hasta entonces no me queda más remedio que recordar con nostalgia el tiempo que pasamos juntos para no sumirme en la desesperación.*

*Siempre tuyo,*

*Gérard Lemêtre*

Era una carta de amor conmovedora. Estaba claro que Soledad y ese hombre habían tenido una relación que se había visto truncada por algún motivo que se me escapaba. El nombre del remitente me resultaba vagamente familiar y de pronto recordé que coincidía con el destinatario de los primeros escritos de Soledad que había encontrado en el cine.

—Vaya, parece que Soledad tenía un admirador —dijo Luther.

—¿Qué crees que significa todo esto?

—Por el secretismo que ocultan sus palabras deduzco que estaban metidos en líos de espionaje, puede que formaran parte de la Resistencia, aunque no puedo estar seguro sin más información —explicó.

—Pero eso era en Francia, ¿no? Y si no recuerdo mal, Canfranc

está en España.

—Sí, pero la estación a la que se refiere está en la frontera entre los dos territorios. Y por el nombre está claro que Gérard Lemêtre era francés.

—¿Crees que valdría la pena visitar la estación? —sugerí.

—Es posible, quizá encontremos alguna pista sobre ellos. Organizaré una salida para el fin de semana que viene, si te va bien.

Asentí y Luther volvió a concentrarse en otro puñado de documentos que había esparcidos sobre la mesa. Yo ya no era capaz de leer nada con claridad, enturbiada como estaba por el vino y la emoción de haber encontrado un hilo del que tirar. Sin querer mis ojos vagaron hasta el cuello abierto de la camisa de Luther. ¿Cuándo se había desabrochado el primer botón? Quizá siempre había estado así, pero no pude evitar imaginar lo que ocultaba aquel trozo de ropa. Me sonrojé más, aunque supuse que ya debía de parecer un farol con las mejillas encendidas. De repente Luther dejó el documento que estaba leyendo sobre la mesa y se volvió hacia mí con una sonrisa.

—¿Ahora tampoco me estás mirando?

No supe qué decir. Luther se acercó más a mí y sentí que el corazón se me subía a la garganta. Mi estómago empezó a dar casi tantas vueltas como mi cabeza. Luther alargó una mano hasta mis labios y paseó el dedo índice por ellos, como si se tratara de un camino que deseaba recorrer desde hacía mucho tiempo. Sus ojos, que hasta ahora había mantenido fijos en los míos, bajaron hasta mi boca. Dio un paso más y tuve que apoyarme en la mesa para que no me fallaran las piernas. ¿Iba a besarme? Recorrió el espacio que separaba

nuestros labios y se detuvo a un suspiro de mí.

—Esto complicaría las cosas…

Sabía que tenía toda la razón. Esa atracción era muy inoportuna. Era mi socio y mezclar los negocios con las pasiones no solía llevar a nada bueno. Pero él era demasiado para mí. Quería un beso, aunque fuera solo uno… Lo agarré del cuello de la camisa para acercarlo más. Fue toda la respuesta que necesitó. Pasó una mano por mi nuca y apretó sus labios contra los míos. Sentí su lengua recorrer mi boca con avidez y emití un suave gemido. Luther apartó los papeles con el brazo y me sentó en la mesa sin dejar de besarme. Rodeé su cintura con las piernas, perdida en las sensaciones que me provocaban sus labios apasionados. Desabroché el segundo botón de su camisa y pasé una mano por el hueco que dejaba para llegar hasta su pecho. Besé la forma cuadrada de su mandíbula con la intención de fundirme en su cuello. Iba a seguir con mi descubrimiento cuando unas notas estridentes nos desconcentraron. Luther se separó de mí a regañadientes y observó su teléfono móvil.

—Tengo que contestar…

Se refugió en la cocina y lo escuché hablar en la lejanía.

—No, todavía no se lo he dicho.

No fui capaz de discernir qué más decía, pero parecía molesto. Cuando regresó, la atmósfera sensual que nos había envuelto hasta hacía unos minutos se había roto por completo. Me sentí incómoda, y comprobé que él no parecía estar mejor: su rostro era serio y distante.

—Debo marcharme —anunció.

Me limité a asentir y traté de ocultar mi decepción como pude.

Luther no tardó más de un minuto en recoger sus cosas.

—Te avisaré sobre la salida a Canfranc.

Volví a asentir. Y se marchó. Otra vez.

## EL CAMISÓN

*18 de abril de 1941, Jaca*

Álvaro se había marchado un par de días atrás al cuartel de Jaca por asuntos de trabajo, y Dorotea pudo respirar un poco mejor por primera vez desde la boda. Aunque la presencia de doña Urraca en la Villa la seguía importunando, por lo menos no tendría que soportar los embistes de Álvaro durante las noches que estuviera ausente. Se sentía mejor, y aquella tarde de miércoles le apetecía dar un paseo. Doña Urraca había salido junto a Natividad a comprar unos manteles de organza para una gala que se celebraría el fin de semana, así que no tenía a nadie que la acompañara. No le importó; dudaba que alguien se enterara de que había salido sola. En vez de pedirle al chófer que la llevara hasta el centro, prefirió caminar tranquilamente hasta la ciudad. El paisaje de campos que rodeaba la finca conseguía calmarla: se imaginaba volando libre entre los trigales, alejándose de todo. Se ensimismó en cada detalle: los tallos ambarinos, los árboles verdosos que colindaban el camino, los colibríes emitiendo gorgoritos alegres. Sin que apenas se diera cuenta, sus pasos cambiaron la tierra por los adoquines: había llegado a Jaca. Había mucha gente en las calles; era un día laborable en el que los tenderos vendían las pocas mercancías que tenían al abasto en el mercado de la plaza central, las camionetas recorrían las calles cargadas de víveres para los soldados del cuartel y los vecinos se agolpaban en corrillos para ponerse al día de los últimos chismes. La vida seguía después de la guerra, aunque no

faltaba miseria. Las colas para conseguir algo de comida con las cartillas de racionamiento continuaban siendo más largas de lo que deberían y se le encogió el corazón al ver a algunos niños pidiendo limosna en las esquinas. Abrió el monedero y se acercó a uno de los chiquillos, que no paraba de mirarla con los ojos hundidos. Tenía el cabello graso pegado a la frente y lo único que lo protegía del frío era una vieja gorra de lana y un abrigo raído demasiado grande.

—Señora, una ayuda, por favor —demandó con voz lastimera.

Le tendió unas cuantas monedas y el chico le dio las gracias con la boca pequeña. Dorotea continuó con el paseo; sin embargo, notó que el mozuelo la seguía. Por un instante temió que fuera a robarle, pero se quitó esos pensamientos de la cabeza. No debía contar más de ocho años, y saltaba a la vista que no podía hacerle ningún daño. Además, las calles estaban atestadas de gente que acudiría en su ayuda si algo ocurría.

Sus pasos se detuvieron frente al Teatro Principal. No había sido su intención llegar hasta allí, aunque se preguntó si su subconsciente la había conducido hasta la puerta con segundas intenciones. Al fin y al cabo, era miércoles. Esa era la tarde en la que el señor Estellés, el coordinador del grupo de teatro, acudía a su despacho. Se quedó en la puerta unos instantes. Quería entrar, por supuesto que quería. Sin embargo, todavía recordaba la brusquedad de Álvaro al tomarla aquella noche; no lo olvidaría jamás. Aun así, sabía que si se quedaba en esa casa sin hacer más que revisar los menús junto a doña Urraca y aguantando los malos modos de su marido se volvería loca. La actuación era su única vía de escape: deseaba convertirse en otra

persona. Terminó cediendo a sus deseos y entró en el recibidor, donde se encontró con el mismo joven que la había atendido la otra vez.

—Buenas tardes, señora —le dijo con una sonrisa—. ¿Ha venido a hablar con el señor Estellés?

Al parecer la recordaba perfectamente. Dorotea asintió con timidez.

—Permítame el atrevimiento, pero me recuerda usted a una de esas actrices de Hollywood, sería fabuloso que estuviera en nuestro grupo.

Dorotea no pudo evitar sonreír con cierta pena. ¿Qué hubiera sido de ella si se hubiera quedado en Los Ángeles con la tía Margarita? No sabía si habría triunfado o no, pero por lo menos habría sido más feliz, de eso no le cabía duda.

—Gracias.

—El despacho es la cuarta puerta a la izquierda —añadió el joven señalando hacia el pasillo que se abría frente a ella.

Dorotea se despidió de él y siguió las indicaciones hasta una puerta de caoba tan elegante como el resto del edificio. Llamó con cierta reticencia, pero se convenció de que no estaba haciendo nada malo. Tan solo sería un pasatiempo para poder soportar su vida. Además, nadie tenía por qué enterarse. Inventaría alguna excusa para poder acudir a los ensayos: un grupo de costura o tomar el té en alguna otra casa noble serviría. Ya pensaría algo para disfrazarse el día de la función y que nadie la reconociera.

—Adelante.

Dorotea entró y se encontró con un señor mayor parapetado tras

un escritorio repleto de libros abiertos y papeles desperdigados sin ningún tipo de orden. El hombre la miró por encima de un bigote blanco que se enroscaba hacia arriba con cierta gracia.

—¿En qué puedo ayudarla?

—Yo… —volvió a vacilar—. Me gustaría apuntarme al grupo de teatro.

El señor Estellés, que se había mostrado serio hasta ese momento, le dedicó una enorme sonrisa.

—Por supuesto, ¿puedo saber su nombre?

Conversaron durante más de una hora. Dorotea le contó su recorrido en el mundo del cine, y el señor Estellés pareció impresionado por sus andanzas en Hollywood y los estudios en la academia. Ni siquiera le realizó una prueba. Le tendió un guion y le explicó la obra en la que estaba trabajando el grupo, *Tres sombreros de copa*, que pretendían estrenar en el mes de septiembre. Ella aceptó el papel que le ofrecía. No era gran cosa, pero suponía un buen comienzo y estaría entretenida. Se guardó el libreto bajo el abrigo y salió del teatro mucho más animada: ahora tenía un objetivo y algo por lo que levantarse cada mañana.

En cuanto puso un pie en la calle le pareció volver a ver al pilluelo de antes rondando por los alrededores del teatro, aunque no pudo estar segura. Ya había anochecido y la ciudad se había vaciado. Se ajustó el abrigo al cuello y se arrebujó en la bufanda antes de emprender el camino de regreso con pasos apresurados. Tuvo la sensación de que alguien la seguía, pero se convenció de que no eran más que sus propios miedos los que la acechaban.

Llegó a Villa Montesinos pasadas las siete de la tarde. Se estremeció al descubrir el Hispano Suiza en la puerta: Álvaro había regresado del cuartel. Trató de pensar en una excusa antes de toparse con él. Pensó que su idea sobre el grupo de costura funcionaría y entró en la casa fingiendo una calma que en realidad no sentía. Suspiró aliviada al comprobar que su marido no estaba en el salón; se había encerrado en el despacho, supuso que para terminar de cerrar algún asunto que le había quedado pendiente. No estaba segura de que eso fuera una ventaja: cuando trabajaba hasta tarde solía hacerlo acompañado de una botella de coñac.

Subió a cambiarse y Natividad la asistió con su habitual serenidad. La ayudó a colocarse un sencillo vestido de algodón beige y Dorotea le pidió que le dejara preparado uno de los anodinos camisones blancos que acostumbraba a llevar para no suscitar el interés indeseado de Álvaro. Cuando bajó a cenar, se encontró con que doña Urraca no estaba en el salón. Aquello le extrañó: su suegra no perdía la oportunidad de incomodarla con sus miradas de desdén y sus frivolidades. En el amplio salón tan solo estaba Álvaro, sentado a la mesa con su habitual traje oscuro. Estaba fumando un puro y no tardó en detectar que tenía la mirada turbia: efectivamente había estado bebiendo. Intentó no mostrar su miedo y se dirigió a él como si nada pasara.

—¿Y tu madre? ¿Se encuentra indispuesta?

Él le clavó una mirada azul polar. Dorotea tragó saliva.

—Quería hablar contigo a solas.

Ella asintió y retiró la silla para sentarse frente a él a la mesa. Sus piernas no la habrían sostenido de haber continuado de pie. Sentía un terror que no sabía cómo controlar.

—Por supuesto, ¿qué ocurre? —dijo tratando de sonar despreocupada.

Álvaro alargó entonces la mano por encima de la mesa con una lentitud estudiada. Tenía un papel arrugado entre los dedos. Dorotea no alcanzó a leerlo hasta que lo depositó frente a ella: era el panfleto informativo que el recepcionista del Teatro Principal le había entregado unas semanas atrás. No supo qué decir. Estiró una mano hasta la copa y dio un trago del vino blanco que alguien les había servido para ganar tiempo. Su marido seguía escrutándola, y para cuando Dorotea depositó la bebida de vuelta sobre la mesa, sus dedos temblaban sin control.

—Tan solo es publicidad —mintió.

Álvaro torció el gesto y apretó las mandíbulas.

—¿Dónde has estado esta tarde? —preguntó con tono mordaz.

Los labios de Dorotea temblaron.

—En un grupo de costura.

Álvaro se levantó como un resorte y lanzó toda la cena por los aires con un movimiento brusco. Dorotea ahogó un grito y cerró los ojos cuando las copas impactaron contra el suelo hasta hacerse en mil pedazos; los platos no corrieron mejor suerte y la cerámica se hizo añicos sobre el suelo de madera de roble; la salsa del asado que acababan de servir empezó a escurrirse por el suelo y manchó los impolutos manteles blancos.

—¿Te crees que soy estúpido? —gruñó acercándose a ella.

Dorotea retrocedió en la silla, pero no tuvo tiempo de ponerse en pie. Álvaro la agarró del brazo y la zarandeó hasta colocarla a su altura.

—Te han visto entrar en el teatro esta misma tarde.

Dorotea recordó la extraña sensación de sentirse observada; y supo que aquel niño que pedía limosna la había estado espiando.

—¿Es que ahora me vigilas? —se atrevió a decir con la poca osadía que le quedaba.

El atrevimiento le costó una bofetada que retumbó por las paredes del salón. Dorotea trastabilló hacia atrás y cayó al suelo con la mejilla ardiendo de dolor. Álvaro se agachó y la agarró del pelo con fuerza para obligarla a mirarlo.

—Te vigilo porque eres traicionera y mentirosa. Como la nueva señora de Montesinos tienes unos deberes y unas obligaciones —explicó con dureza—, y no permitiré que pongas mi nombre ni el de mi familia en entredicho. Es mi última advertencia.

Dorotea lo observó espantada. ¿Qué había querido decir con eso? ¿Qué podía hacerle peor de lo que ya le había hecho? ¿Estaba amenazando con matarla? No se atrevió a preguntárselo. Vio tanta resolución en esos ojos gélidos que temió conocer la respuesta.

—De ahora en adelante quiero que te comportes como se espera de ti —añadió agarrándola con fuerza por las mandíbulas.

Dorotea sintió el regusto de la sangre en la boca. Le había partido el labio.

—Y ahora pídele a Natividad que te prepare un camisón como

Dios manda; estoy harto de verte con esos ropajes de vieja.

Álvaro la soltó y se marchó hacia las escaleras que llevaban a la alcoba que compartían, pero se detuvo cuando había subido un par de escalones.

—No tardes en venir a la cama, esta noche será especial.

Una lágrima se escurrió por la mejilla de Dorotea.

# LA NOTA

*18 de abril de 1941, Jaca*

Lucilda no se acostumbraba al vacío que reinaba en la casa de Madame Lambert. Todas hacían un esfuerzo por seguir adelante a pesar de la muerte de Nora: las noches continuaban siendo festivas, con clientes rodeados de champán; las chicas vestían conjuntos seductores que no dejaban a nadie indiferente, repletos de sedas y encajes; las risas y los comentarios lujuriosos poblaban hasta el último rincón de los dormitorios. Sin embargo, cuando se apagaban las luces y desaparecía el último cliente, todo quedaba sumido en el silencio fúnebre que las había acompañado desde aquel día. Ninguna de las chicas se atrevía a entrar en la que había sido la habitación de Nora, y Madame Lambert la había cerrado con llave sin tocar nada, casi como si se tratara de su sepultura. Los desayunos ya no eran animados y comían lo que Lucilda preparaba sin apenas darse más que los buenos días. Ninguna reía, ninguna lloraba; tampoco hablaban de lo sucedido. No hacía falta: la desgracia flotaba en el ambiente como una presencia ominosa.

Lucilda había tenido que tirar toda la ropa que le había regalado Nora: era incapaz de ponérsela sin derramar lágrimas de pena y rabia; su olor todavía impregnaba las telas. Mauro seguía creyendo que algún príncipe rescataría a su amiga durmiente, y Lucilda se veía incapaz de explicarle que eso nunca ocurriría.

Por lo menos Darío se mostraba paciente y comprensivo. A Lucilda

no le apetecía salir desde lo ocurrido, y sus citas se limitaban a escuetos paseos por el centro de la ciudad en los que también reinaba el silencio. Darío trataba de entablar conversación, pero Lucilda seguía sumida en su mutismo. En el fondo, no podía evitar culparle de la pasividad de las autoridades ante el crimen. Con su silencio, Darío no hacía más que aumentar la rabia que llevaba semanas corroyendo su espíritu. ¿Por qué él no hacía algo más? ¿Por qué no se revelaba contra sus superiores? Lucilda sabía que no estaba siendo justa. Darío era un simple sereno, ni siquiera era vigilante; nada podía hacer contra un intendente corrupto. Aun así, le dolía que no lo hubiera intentado, como si se hubiera rendido hacía tiempo ante un sistema que no era igual para todos.

—Lucilda, no puedes seguir así —se atrevió a decirle Darío una tarde de paseo.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Así, ¿cómo?

—No comes, no duermes; ni siquiera me hablas ya —se lamentó—. Te estás consumiendo poco a poco. Piensa en Mauro…

Lucilda detuvo sus pasos con brusquedad y lo miró tan fijamente que le escocieron los ojos.

—Eso es lo que estoy haciendo —espetó clavando un dedo en su pecho—. No quiero que mi hijo crezca en un mundo injusto, capaz de ocultar un crimen. No te atrevas a darme lecciones.

Lucilda emprendió de nuevo la marcha, y Darío tuvo que correr tras ella para que no se le escapara.

—No quería ofenderte.

—Pues lo haces, con tu silencio lo haces cada día.

Ahora fue él quien se detuvo. La tomó de la mano con cuidado y la miró a los ojos, tratando de leer en ellos el motivo de su irritación.

—No te entiendo.

—Los estás encubriendo, Darío; si nadie denuncia sus abusos, el sistema seguirá igual de corrupto.

Él miró a un lado y a otro. A Lucilda le pareció que estaba incómodo, como si temiera que los transeúntes que pasaban a su alrededor pudieran escucharlos.

—Es mejor no decir estas cosas en mitad de la calle —masculló agarrándola del brazo—. Vayamos a mi casa.

Lucilda había escuchado historias de vecinos que se denunciaban los unos a los otros por declaraciones menos ofensivas contra el régimen; incluso por acusaciones inventadas. Aun así, la exasperó que Darío se mostrara temeroso. Se dejó arrastrar hasta su portal y subió las escaleras tras él, pisando fuerte cada escalón. Estaba tan enfadada que era incapaz de contener la ira, necesitaba dirigirla hacia alguien, aunque supiera que Darío no era culpable de nada.

Cuando entraron en el pequeño departamento, Darío cerró la puerta y se volvió hacia ella. La calma que él había mostrado en la calle había desaparecido por completo, y la miró furioso.

—¿Estás loca? Podrían haberte escuchado.

—¿Y qué? Todos saben que lo que he dicho es cierto.

—Si alguien te denuncia…

—¿Qué pasa? —lo interrumpió incapaz de controlarse—. Si me detuvieran, ¿también te quedarías de brazos cruzados?

Darío resopló y se pasó una mano por el pelo castaño. Luego la observó, indignado.

—¿De veras crees que me he quedado de brazos cruzados? ¡No soy tan cobarde! Me la he jugado sacando toda la información que he podido, pero ya te dije que no había nada más que hacer. Ese desgraciado de Jonás está bien conectado, y si seguimos indagando, lo único que conseguiremos es una bala en la cabeza.

Lucilda lo miró horrorizada. Darío jamás le había hablado con tanta crudeza.

—No seríamos los primeros —continuó él—. Hace cosa de un año, un hombre se acercó al cuartel de policía a denunciar la violación de su hermana a manos de un soldado. El acusado era el hijo de un importante teniente militar. La pobre muchacha tuvo que declarar delante de un tribunal que no era más que una pantomima; por supuesto, nadie la creyó. El hermano luchó por un juicio justo, y ¿sabes cómo terminó la historia? Ambos desaparecieron del mapa: nunca se volvió a saber de ellos.

Lucilda apretó los labios espantada, pero continuó mirándolo enojada.

—España hace tiempo que dejó de ser un país justo, Lucilda.

Darío se acercó a ella y le tomó el rostro entre las manos. Lucilda quiso apartarse, pero la calidez de sus ojos la detuvo.

—Comprendo cómo te sientes, pero no pienso permitir que te pongas en peligro inútilmente. Me importas demasiado —susurró posando la frente sobre la de ella.

Ella suspiró, rendida.

—A veces pienso que sería mejor llevarme a Mauro lejos de este lugar —confesó—, de este ambiente embrutecido. ¿Qué futuro le espera aquí?

No lo había pensado hasta ese instante, aunque sabía que era un deseo imposible: con lo poco que tenía ahorrado no podría salir del país. Sin embargo, al pensarlo sintió vértigo. No quería dejarlo todo atrás. Las chicas la necesitaban más que nunca, y no podía abandonar ahora a Madame Lambert. Tampoco se veía con fuerzas para alejarse de Darío.

—Puedes odiarme todo lo que quieras, pero quédate conmigo, Lucilda —le pidió él bajando la vista hasta sus labios.

Lucilda no pudo evitar que su enfado con él se diluyera como la escarcha bajo el sol. Estaba en lo cierto: si seguía acusando al régimen en mitad de la calle terminaría muerta en un callejón. Tenía que pensar en Mauro, ella era la única familia que tenía, y debía protegerlo.

—Tienes razón, debería pensar en mi hijo y en su seguridad, pero estoy tan furiosa y me siento tan sola…

—Ahora me tienes a mí.

Las lágrimas saladas de Lucilda se mezclaron con un beso. Darío la abrazó y ella lo rodeó con los brazos, pero era tan corpulento que apenas lograba unir las manos en su espalda. Él se separó un instante y la miró con los ojos inundados de deseo:

—Eres preciosa… —dijo.

Lucilda se perdió en su voz gutural y en sus labios. La última vez que se había dejado llevar por sus sentimientos había terminado sola y

en la calle. Sin embargo, algo le decía que Darío era distinto. Tenía que serlo. Volvió a besarlo y él soltó un pequeño gruñido cuando capturó su boca con los labios. La condujo con cuidado hasta el sofá.

—Puedo detenerme, si quieres… —murmuró él.

Lo besó de nuevo por toda respuesta. Ya habían esperado demasiado, y la vida le había mostrado lo efímera que podía llegar a ser. Darío suspiró y la recostó con cuidado sobre los cojines. Lucilda podía sentir cómo él cuidaba cada movimiento para no incomodarla: la desvistió despacio y dejó un reguero de besos tras sus manos firmes, le deshizo la trenza lentamente, le acarició el cuerpo con reverencia, y tan solo se quitó la ropa cuando ella se lo pidió.

—Te he deseado desde el primer momento en que te vi… —susurró Darío contra su cuello.

Lucilda no pudo reprimir un gemido. Buscó la boca de Darío con ansia y lo apretó con más fuerza. Él la besó sin contenerse esta vez, y Lucilda notó el peso de su cuerpo desnudo sobre ella. Se sintió arropada, como si Darío fuera una coraza que pudiera protegerla de aquel mundo hostil.

Lucilda se incorporó algo alterada al descubrirse sola en mitad de la penumbra, rodeada de muebles que no le eran familiares. Entonces reconoció el salón de Darío: recordó la tarde que habían pasado juntos. No pudo evitar sonrojarse y esbozó una sonrisa tímida; se recostó en el sofá mucho más tranquila y se cubrió con las mantas al comprobar que todavía estaba desnuda. Miró a su alrededor en busca de algo que ponerse, pero no encontró su ropa en la oscuridad.

¿Cuándo se había hecho de noche? A tientas consiguió localizar la camisa que había llevado Darío y se la puso apresuradamente. Le llegaba casi a la altura de las rodillas; se sintió diminuta. ¿Por qué Darío la había dejado sola? De pronto tuvo miedo a que la hubieran abandonado de nuevo. No, él nunca haría eso, se dijo. Respiró aliviada cuando escuchó ruidos en la cocina. Caminó con cuidado de no toparse con ningún mueble y pasó junto a un viejo reloj de pared, que marcaba las once y veintitrés de la noche. Se asomó al umbral de la puerta de la cocina y lo descubrió preparando una tortilla de patatas entre los fogones.

—¿Tienes hambre? —le preguntó con una sonrisa radiante.

Lucilda se sintió algo abrumada; Darío tan solo llevaba los pantalones puestos y una sencilla camiseta interior que dejaba al descubierto sus brazos. Sintió el deseo de abalanzarse sobre él de nuevo, pero se contuvo.

—Claro —respondió ella, y se sentó a la pequeña mesa para dos que había en un rincón.

Darío le sirvió un plato humeante y ella aspiró el aroma antes de empezar a comer.

—¿No puedes dormir? —preguntó Lucilda.

Él arqueó las cejas un poco descolocado.

—Se me hacía difícil mantener mis manos lejos de ti —replicó al final.

Ella soltó una carcajada y él le colocó un mechón de pelo oscuro tras la oreja.

—No sabes cuánto he echado de menos oírte reír.

Lucilda suspiró y terminó asintiendo. Sabía que tenía razón; no podía continuar hundiéndose en la pena, tenía que mirar hacia adelante. Aunque solamente fuera por Mauro.

Cuando terminaron de cenar, Lucilda se colocó la falda y los zapatos. No volvió a ponerse su jersey; prefería llevar la camisa de Darío, que la envolvía con su aroma a sándalo.

—Debo regresar a casa de Madame Lambert antes de que se preocupen por mí.

No había avisado de que iba a ausentarse, y ya habían pasado demasiadas horas desde su partida.

—Te acompaño —dijo él.

—¿No trabajas esta noche?

—Hoy libro.

Ella sonrió. Salieron a la calle y caminaron agarrados de la mano, mecidos por la brisa nocturna que cubría las calles. Darío la acompañó hasta casa de Madame Lambert. Lucilda abrió la puerta y lo miró con gesto apenado. No quería separarse de él. Darío pareció pensar lo mismo y la besó apasionadamente en el zaguán, reticente a dejarla marchar. El sonido de las risas del salón de baile los acunaba en la lejanía.

—¿Trabajas mañana? —le preguntó él.

—Sabes que sí.

Darío chasqueó la lengua y depositó otro beso sobre sus labios.

—¿Cuándo volveré a verte?

—El martes —replicó ella con las mejillas arreboladas.

—No hace falta que me devuelvas la camisa —le susurró él al oído

—. Te queda mejor que a mí.

Lucilda se echó a reír y Darío aprovechó el gesto para besarla en el cuello.

—Contaré los minutos hasta el martes.

—Y yo los segundos.

Al final Darío se marchó. Lucilda evitó acercarse al salón principal; no le apetecía encontrarse con clientes pesados en su noche libre: quería seguir flotando en su burbuja. Subió las escaleras que conducían a su habitación como si estuviera caminando sobre una nube. Abrió la puerta y, tal y como había supuesto, Mauro ya dormía, arropado por un par de gruesas mantas. Depositó un beso sobre su frente y el niño se removió. Lucilda empezó a desvestirse para ponerse el pijama, pero se lo pensó mejor: prefería dormir con la camisa de Darío para sentir que todavía se encontraba entre sus brazos.

A la mañana siguiente amaneció con una sonrisa en los labios y el cabello revuelto. Vio que el reloj marcaba más de las diez; se había dormido y Mauro parecía estar ya despierto. Escuchaba sus pasitos en el piso de abajo. Suspiró y decidió colocarse un vestido. No tenía tiempo que perder si no quería que Madame Lambert la regañara por no tener el desayuno listo cuando se despertaran las chicas. Sin embargo, al sacarse la camisa de Darío, escuchó un crujido en el bolsillo del pecho que la hizo detenerse. Había algo allí. Rebuscó con los dedos y dio con un pequeño papel. Se acercó a la ventana para poder leerlo con la claridad del día que se colaba entre las cortinas.

*Te espero mañana en el Hotel Mur a las doce.*

*A.*

Lucilda se obligó a cerrar la boca. No podía creerlo. El Hotel Mur era una pensión humilde y respetable, aunque era por todos conocido que muchas parejas iban allí alegando estar casadas, cuando en realidad no lo estaban. ¿Quién era esa tal A. que citaba a Darío? ¿Tenía una amante? La burbuja de amor explotó entre sus manos. ¿La habían vuelto a engañar? Estuvo a punto de romper a llorar, pero se contuvo. Quizá estaba exagerando, a lo mejor tan solo era un amigo, se dijo con un hilo de esperanza. No podía estar segura de que se tratara de una mujer con tan poca información. Tenía que descubrir la verdad. Se miró al espejo con el corazón encogido. ¿Y si la verdad era que se había aprovechado de ella? ¿Había vuelto a ser una estúpida cegada por el amor? Decidió acudir a la cita para descubrirlo, por mucho que doliera. Tenía dos horas para trazar un plan.

# CANFRANC

*18 de abril de 1941, Canfranc*

Soledad se apeó del tren y la visión de la estación la golpeó con la misma fuerza que la primera vez. Habían pasado casi cuatro años y ya no era la niña de entonces, pero se sintió diminuta frente a la grandeza del edificio: la miríada de ventanales, la magnificencia de la construcción, las paredes de pizarra; nada parecía haber cambiado. Sin embargo, cuando empezó a avanzar se dio cuenta de lo equivocada que estaba. En las casetas de control había muchos más guardias y personal del ejército del que recordaba; temió haberse aventurado demasiado. ¿Y si descubrían el motivo por el que había viajado hasta allí? Se quitó la idea de la cabeza: era imposible que supieran de su relación con Tante Gertrude ni que venía de Alemania con la intención de rescatarla con la ayuda de Gérard Lemêtre. Levantó la barbilla para ocultar su miedo y le hizo un gesto a Alicia para que la siguiera. Su hermana obedeció a regañadientes. Apenas habían hablado en todo el viaje. Alicia se había hundido en su sillón y había clavado los ojos en el paisaje. Soledad no era capaz de saber en qué pensaba, puede que en Arno, quizá en el país que se había visto obligada a dejar atrás en contra de su voluntad. Soledad intentaba mantener la calma, no le gustaba ver a su hermana tan disgustada, pero estaba segura de estar haciendo lo correcto. Debía alejarla de todo aquello por mucho que le doliera.

Cuando atravesó el andén, recordó sus últimos momentos con

Carlos; tuvo que tragar el nudo que se le había formado en la garganta. ¿Por qué no conseguía olvidarlo a pesar del tiempo y la distancia? Trataba de convencerse de que ese amor platónico era fruto de una idealización adolescente. Seguro que si lo veía ahora no lo encontraría tan atractivo. Puede que tan solo se hubiera enamorado de él porque había sido la única persona que las había ayudado durante su reclusión en el maldito convento. Eso no podía tener nada que ver con el amor de verdad, se repetía. Aun así, sus ojos escrutaron las vías, los andenes y los bancos con la vaga esperanza de encontrarlo allí: obviamente no había ni rastro de él. Suspiró y continuó caminando con su escaso equipaje. ¿Adónde irían ahora? Sabía que debía encontrar al señor Lemêtre, pero esa estación era inmensa y no tenía ni idea de por dónde empezar. «Me envían a una misión en la estación de Canfranc y no voy a poder alejarme de allí en los próximos meses», le había escuchado decir el día que le había llevado la radio a Tante Gertrude. Por lo menos sabía que tenía que estar allí; no había pasado demasiado tiempo desde su visita y estaba segura de que aún no se habría marchado de Canfranc, a no ser que lo hubieran desenmascarado los nazis. Desechó la idea: él era su única esperanza.

Soledad estaba enfrascada en sus pensamientos y no se percató de un par de guardias que las observaban con una sonrisa maliciosa. Uno era alto y enjuto, mientras que el otro tenía una figura bajita y rechoncha. Hubieran resultado una pareja cómica de no haber sido por el uniforme verdigris y sus gorras de plato. El alto le dio un codazo a su compañero y las señaló con la cabeza. Avanzaron hasta ellas y cuando Soledad vio que les cerraban el paso ya era demasiado

tarde para dar media vuelta.

—Buenas tardes, señoritas. ¿Serían tan amables de mostrarme su documentación?

Aunque las palabras eran educadas, el tono del hombre no dejaba lugar a dudas: no iba a dejarlas pasar sin más. Soledad tomó aire. Disponían de los pasaportes falsos que Tante Gertrude les había conseguido nada más llegar a Alemania para evitar preguntas incómodas. Así las autoridades no hubieran podido rastrearlas en caso de haberse descubierto lo ocurrido en el convento. En los papeles constaban los nombres de Soledad y Alicia Müller y las fotografías mostraban a dos muchachas bastante más jóvenes de lo que eran ahora. Soledad sacó los documentos con dedos temblorosos. ¿Y si se percataban de que no eran auténticos?

—Con que Müller, ¿eh? —dijo el hombre más pequeño, y su papada rebotó sobre el cuello del uniforme—. ¿Son ustedes alemanas?

—Sí —contestó Soledad.

—Pues habla usted muy bien nuestro idioma —concretó el alto dando un paso hacia ella y escrutando su rostro.

—Mi madre era española.

El tipo ladeó el rostro como si no terminara de creerla.

—¿Y su salvoconducto?

Soledad apretó los labios. No había pensado en eso. ¿Necesitaban algún tipo de permiso especial para cruzar la frontera? Por supuesto que sí, ahora le resultaba evidente. Se sintió estúpida. Empezó a frotarse las manos con nerviosismo y vio que el hombre le dedicaba una mueca burlona.

—No lo tiene, ¿me equivoco?

Soledad cerró los ojos y negó. La mano de aquel hombre se cerró alrededor de su brazo como un cepo; quiso deshacerse de él de un movimiento brusco, pero la sujetaba con firmeza. Miró a Alicia alarmada, su hermana ya estaba en manos del otro. Las arrastraron hasta un pequeño despacho situado en un lateral de la estación. Antes de entrar, Soledad tan solo tuvo tiempo de leer «jefe de aduanas» en un tosco cartel metálico que sobresalía de la piedra de la pared. Quiso echarse a llorar. ¿Qué harían ahora con ellas? ¿Las enviarían a una de esas horribles prisiones para mujeres de las que había oído hablar? Los guardias se limitaron a depositarlas con malos modos sobre unas sillas. El más bajito se apresuró a atar sus muñecas al reposabrazos con unas esposas. Después se alejaron de ellas y Soledad escuchó que la puerta se cerraba con llave a sus espaldas. Las habían dejado solas.

Alicia la miró con amargura.

—Estarás contenta. ¿Para esto me has traído aquí?

Soledad le dedicó una mueca de disgusto.

—Si tu querido novio hubiera mantenido la boca cerrada, seguiríamos en Alemania —espetó, incapaz de contenerse.

Su hermana le dedicó una mueca furibunda, pero antes de que pudieran continuar discutiendo escucharon una llave que giraba en la cerradura. Se miraron espantadas y se sumieron en un silencio tenso. Con las ataduras ninguna de las dos podía volverse para ver quién estaba entrando en la sala. Los pasos sonaron seguros y elegantes. Soledad contuvo el aliento y esperó a que la persona que iba a decidir su destino se posicionara frente a ellas. A punto estuvo de echarse a

llorar cuando reconoció aquellos ojos verdes que la observaban con una mezcla de incredulidad y estupor. Suspiró aliviada. ¿Él era el jefe de aduanas?

—¿Qué hace aquí, señorita? —logró articular Gérard Lemêtre cuando se repuso de la sorpresa.

Soledad miró de reojo a su hermana, no estaba segura de poder confiar en ella. Si le hablaba al señor Lemêtre de lo que le había pedido Gertrude delante de Alicia, ¿correría su hermana a contárselo a los nazis? Como si él leyera la reticencia en sus ojos, decidió optar por otra estrategia.

—Qué maleducado, lo primero que debería hacer es desatarlas. Hablaré con ese par de insensatos —dijo mientras sacaba un manojo de llaves de su bolsillo.

Gérard Lemêtre vestía con la misma elegancia que recordaba. Llevaba un traje de color gris marengo con un chaleco entallado y una impoluta camisa blanca. En su pecho se leía una placa con el distintivo del jefe de aduanas. El hombre se acercó primero a Alicia y la liberó con un rápido movimiento; después hizo lo mismo con Soledad. Nunca lo había tenido tan cerca, y se sintió cohibida por su aroma a colonia fresca y el ligero contacto de sus dedos en la muñeca.

—Espero que no las hayan importunado demasiado —se disculpó.

—No ha sido nada —mintió Soledad. Todavía tenía el corazón acelerado por el miedo.

—¿Se conocen? —intervino Alicia, que los observaba con extrañeza.

—Es una larga historia —contestó Lemêtre evasivamente.

Alicia apretó las mandíbulas, pero no insistió.

—Las llevaré a un lugar más tranquilo.

Soledad y Alicia siguieron al hombre hasta el ala izquierda de la estación, todavía más elegante que el resto del edificio. Gérard Lemêtre las guio por unas escaleras de madera que conducían al vestíbulo del lujoso Hotel Internacional. Más tarde, Soledad descubriría que allí se alojaban los pasajeros adinerados que estaban de paso por Canfranc: diplomáticos, hombres de negocios y también espías. Gérard Lemêtre las hizo esperar en los butacones que se encontraban a la entrada mientras hablaba con la recepcionista del hotel. La mujer se deshacía en palabras amables que no podía escuchar desde allí, pero la sonrisa no dejaba lugar a dudas de lo atractivo que encontraba a su interlocutor. Soledad llevó los ojos al techo, rogando al cielo que jamás se viera así de alterada por culpa de un hombre, por muy guapo que fuera.

El señor Lemêtre regresó después de lo que le pareció una eternidad con dos llaves en la mano.

—He pedido un par de habitaciones para hacer más cómoda su estancia en Canfranc.

—¡Pero no podemos pagarlas! —se lamentó Soledad.

Antes de salir de Alemania había hecho acopio de todo el dinero que había encontrado en la casa, pero no era mucho: lo justo para subsistir unas semanas. Sería imposible pagar dos estancias en un hotel tan lujoso como aquel.

—No deben preocuparse por ello: yo me encargo —replicó él.

Por la convicción que vio en su mirada, Soledad supo que sería

inútil discutir, así que aceptó una de las llaves que le tendía. Alicia recogió la otra sin comprender nada de lo que estaba ocurriendo. Soledad no se molestó en explicarle por qué ese hombre las estaba ayudando; no podía fiarse de su hermana. Alicia tampoco mostró más curiosidad, y Soledad supuso que se estaba guardando las preguntas para cuando se quedaran a solas. Su hermana le hizo un breve gesto de agradecimiento al señor Lemêtre.

—Me gustaría descansar un poco —dijo Alicia.

—Por supuesto —contestó Gérard Lemêtre.

Alicia desapareció por el pasillo en dirección a su habitación y los dejó a solas en el vestíbulo. Soledad apretó los labios sin saber muy bien qué decir. Él tomó la maleta que aún descansaba en el suelo.

—La acompaño a su habitación.

En cualquier otro podría haber sonado como una invitación indecente, pero Soledad entendió que quería hablar con ella en un lugar donde nadie pudiera escucharlos.

Soledad no había estado nunca en una alcoba así. Los muebles eran de caoba oscura con elementos decorativos tallados con suma delicadeza; parecían obras de arte. Una enorme cama con un dosel de organza se situaba en el centro y prometía noches de sueño reparador. Los suelos, los tapices y las cortinas otorgaban un aire solemne a un cuarto ya de por sí noble. Un amplio ventanal dejaba a la vista la cara más hermosa de los Pirineos. Antes de que pudiera agradecerle al señor Lemêtre que se hiciera cargo de su estancia allí, él la interrumpió:

—¿Qué ha ocurrido?

Soledad soltó el aire que había estado conteniendo desde que había bajado del tren.

—Han detenido a Gertrude.

Le explicó la visita de aquellos agentes de las SS a su casa: el registro, los destrozos y el descubrimiento de la radio. Él la escuchó con el rostro sereno, aunque pudo detectar un destello de alarma en sus ojos verdes. Cuando Soledad terminó con la historia, el señor Lemêtre se pellizcó el puente de la nariz. Se dejó caer sobre la silla del escritorio sin importarle demasiado las conveniencias. Parecía concentrado y preocupado a partes iguales. Se quedó en silencio unos minutos, y Soledad no se atrevió a interrumpir sus pensamientos.

—Creo que sé cómo podemos sacarla de dónde sea que la hayan llevado —dijo al fin.

Soledad sonrió aliviada. Al ver el gesto serio de Gérard Lemêtre, la sonrisa se esfumó de sus labios.

—No será fácil, y desde luego entraña mucho peligro —añadió él.

Soledad se sentó en un rincón de la cama, desinflada. Tendría que haber imaginado que no iba a ser tan sencillo; al fin y al cabo, estaban hablando de los nazis y la Gestapo.

—¿Cuál es el plan? —quiso saber, disimulando su abatimiento.

—Primero tendremos que averiguar adónde la han llevado; probablemente esté en uno de esos malditos campos de trabajo —explicó.

Soledad tragó saliva al imaginarse a su querida Tante Gertrude sometida a castigos terribles. Tuvo que contener las lágrimas.

—Cuando sepamos dónde se encuentra, propondremos un

intercambio.

—¿Un intercambio? —repitió sin acabar de comprender sus palabras.

—Los nazis no son los únicos que cuentan con prisioneros de guerra, señorita —contestó—. Estoy seguro de que querrán recuperar a alguno de sus agentes a cambio de la libertad de Gertrude.

Soledad empezó a comprender.

—¿Qué tenemos que hacer?

—No será rápido, y como le he dicho es muy peligroso.

—No me importa; se lo debo todo a esa mujer.

Gérard Lemêtre pareció satisfecho con la resolución que vio en su mirada.

—¿Por qué la detuvieron? ¿Qué hacía con esa radio? —inquirió Soledad.

—Esto que voy a contarle no puede salir de aquí —dijo clavando sus ojos en ella—. Pondría en peligro a demasiada gente si llega a saberse.

—Le doy mi palabra.

Él hizo una larga pausa, como si estuviera determinando si era digna de confianza. Al fin pareció decidirse:

—Los nazis han abierto varias rutas con las que transportan hasta Madrid y Lisboa el oro, las obras de arte y los relojes expoliados de sus víctimas. Su objetivo es llegar hasta Suiza, donde lo depositan todo en bancos. También usan los trenes para llevar a Alemania la blenda y el wolframio proveniente de las minas de Teruel y Galicia, con los que después construyen sus tanques de guerra.

»En Francia se están movilizando varios grupos en contra del nazismo. Por ahora nos organizamos en células individuales, pero estamos trabajando junto al coronel Rémy para coordinarnos mejor y poder hacerles frente como es debido. Mi cometido aquí es descubrir las rutas ilegales que están siguiendo los nazis e informar de todos esos movimientos a mis compañeros para lograr interceptar las mercancías y sabotear los convoyes.

—¿Qué tiene todo esto que ver con la detención de Gertrude?

—Ella me ayudaba a traspasar la información a través de la radio que se le incautó.

Soledad se cubrió la boca con las manos. No había imaginado la gravedad del asunto.

—¿Los nazis lo saben? ¿Saben lo que hacía ella?

—Alguien debió sospechar y los informó. Quizá incluso realizaron escuchas.

Soledad resopló. No quería ni imaginar lo que le harían a Gertrude por haber traicionado a su país de aquel modo.

—Tenemos que liberarla —masculló—. ¿Cómo vamos a hacer ese intercambio?

—Existen más colaboradores que podrán ayudarnos a averiguar adónde la han llevado. Ese será nuestro primer objetivo. A parte de las radios, tenemos otras formas de comunicarnos: correos que viajan en tren infiltrados como pasajeros para entregar mensajes de forma segura.

—Entonces, ¿podemos usar esa red de comunicación para preguntar por ella?

—Creo que la célula de Lisboa nos podrá dar la información que necesitamos —reflexionó él en voz alta, llevándose la mano al mentón.

—¿Y cuándo podremos enviar el correo? —preguntó Soledad, impaciente.

Gérard Lemêtre se pasó la mano por la nuca; parecía incómodo.

—Hace tres semanas detuvieron al informante que cubría esa ruta…

—¿Eso qué significa? —preguntó.

—Que no tengo modo de comunicarme con quien puede ayudarnos en Lisboa.

—Yo misma lo haré.

—¿Disculpe?

—Yo cubriré esa ruta.

—Es una insensatez —dijo—. No sabe dónde se está metiendo, y Gertrude jamás me perdonaría si algo le ocurriera.

—Si nos quedamos de brazos cruzados, ella no podrá perdonarle nada porque estará muerta —replicó con una dureza que le sorprendió incluso a sí misma.

Gérard Lemêtre sopesó sus palabras y finalmente asintió.

—Está bien.

## GÉRARD LEMÊTRE

*17 de septiembre de 2022, Barcelona*

Apenas hablé en todo el camino a Canfranc; no sabía qué decirle a Luther. Me había enviado la información de nuestro viaje por correo electrónico y se había limitado a esquivarme cada vez que nos cruzábamos en el cine. Cuando yo entraba en el despacho, él salía. No entendía a qué venía su actitud. Puede que lo ocurrido en mi apartamento no fuera lo correcto, pero éramos adultos. Aun así, no pensaba ser yo la que diera el paso de aclarar las cosas entre nosotros. Era él quien se estaba comportando de un modo errático: primero parecía desearme y luego salía corriendo a la primera oportunidad. Definitivamente, lo mío no eran las aventuras. Siempre me salían mal.

—¿Quieres que nos detengamos a tomar un café? —preguntó cuando llevábamos un par de horas en el coche.

El ambiente estaba enrarecido en la cabina, que me parecía cada vez más pequeña a pesar de tratarse de un todoterreno espacioso. Terminé asintiendo, no por qué necesitara la cafeína, sino porque quería alejarme de él, aunque fuera por unos minutos. Luther detuvo el vehículo en un área de servicio y me pasé quince minutos encerrada en el servicio, mojándome la cara y la nuca. Algunas mujeres me miraban de soslayo, quizá preguntándose qué me ocurría. Al final suspiré y me miré en el espejo. Tenía ojeras; apenas había sido capaz de conciliar el sueño esa noche. Mi orgullo me impedía reconocer que la sola presencia de Luther me inquietaba y que pasar un fin de

semana entero con él iba a ser una tortura para mis nervios. Quizá fue en ese instante, al ver el rostro demudado que me devolvía el reflejo, cuando me di cuenta de que me había enamorado de él como una idiota. ¿Cuándo había ocurrido? Resoplé y me armé de valor para salir del lavabo. No podía quedarme allí para siempre.

—¿Te encuentras bien? No tienes buena cara —apuntó Luther en cuanto regresé a la cafetería.

Lo fulminé con la mirada: si estaba así era por su culpa. Sin embargo, no se lo dije y me limité a encogerme de hombros.

En mi ausencia había pedido un par de cafés que humeaban entre sus dedos. Me tendió uno de ellos y me señaló unos cruasanes que descansaban sobre la mesa.

—No sabía si tendrías hambre —dijo.

Agarré una de las pastas y la engullí con cierta ansiedad. Siempre me pasaba lo mismo. Cada vez que mi autoestima se veía golpeada por un disgusto amoroso me lanzaba a los brazos de la bollería industrial en busca de consuelo. Él me miró extrañado y, por si no me hacía sentir suficientemente mal, añadió:

—Veo que sí.

—¿Cuál es el plan en cuanto lleguemos? —pregunté, deseosa de desviar la atención hacia otro tema de conversación.

—He reservado un par de habitaciones en una pensión. Dejaremos las maletas y acudiremos a la estación para una visita guiada. Seguro que nos pueden contar muchas cosas.

Asentí y no dije nada más. Me terminé otro cruasán y lo seguí hasta el coche.

Llegamos a Canfranc cuando el sol del mediodía estaba en lo más alto del cielo. Luther había elegido una pequeña fonda que parecía acogedora. Me recordó a una de esas casitas encantadas, con estrechos balcones rebosantes de geranios y un cartel de madera que nos daba la bienvenida. Bajé mi escaso equipaje del maletero y me dirigí hacia la entrada sin esperar a mi acompañante. Sin embargo, Luther me alcanzó antes de que llegara a la puerta; al parecer, sus piernas largas le daban cierta ventaja. Una anciana risueña y más bien pequeña nos esperaba tras el mostrador. En cuanto entramos nos dedicó una amplia sonrisa y nos pidió los datos de la reserva. Luther le mostró un documento y la recepcionista asintió.

—¿Desean habitaciones contiguas?

—No será necesario —me apresuré en contestar.

Por mí, como si nos ponían a uno en cada punta del hotel. De hecho, sería mucho mejor. La mujer asintió y, después de entregarnos las llaves, empezó a darnos indicaciones sobre el horario de desayunos y posibles rutas de senderismo.

—En realidad, estamos interesados en la estación de Canfranc —la interrumpió Luther.

—Por supuesto —replicó ella con una risita—. Cómo no, la mayoría de los turistas viene por la estación. En este folleto tienen toda la información sobre las visitas guiadas. Lo cierto es que es magnífica, es una pena que haya estado abandonada tantos años…

—Muchas gracias —contestó Luther con una de sus encantadoras sonrisas antes de tomar el catálogo que le ofrecía la mujer.

Se volvió hacia su maleta, pero antes de tomarla volvió a girarse hacia la anciana, como si de repente hubiera recordado algo.

—Nos gustaría saber si hay algún museo en la zona. Estamos realizando una investigación sobre los años cuarenta en la estación.

—Oh, ¿son periodistas?

—No, tan solo estamos interesados en la historia.

—Lamento decirle que no tenemos ningún museo —dijo la mujer con verdadera pena—. Me imagino que al ayuntamiento no le llega para tanto, y no será porque esas paredes no tengan nada que contar…

Luther se resignó, pero antes de que pudiera terminar de agarrar su equipaje, la mujer dio un pequeño brinco.

—Ahora que lo pienso, puedo presentarles a alguien.

Luther torció la cabeza con curiosidad.

—Se trata de Manuel, es un amigo muy querido. Sus padres regentaban la fonda Ros en aquella época —la mujer nos dedicó una sonrisa críptica—: se enteraba de todo lo que pasaba en Canfranc. Lleva tiempo jubilado y está muy aburrido, seguro que estará dispuesto a hablar con ustedes.

Luther me miró con una sonrisa y yo tuve que disimular lo que ese gesto provocaba en mí.

—Será un honor que nos ayude a concertar una cita con él —dijo Luther con formalidad.

—Les avisaré tan pronto como hable con Manuel.

La estación de Canfranc me dejó sin aliento. Era mucho más grande de

lo que había imaginado, la construcción no dejaba lugar a dudas de la importancia que había tenido en otra época. Sin embargo, al acercarnos, empecé a detectar detalles de su decadencia: campanas oxidadas, relojes que habían desaparecido mucho tiempo atrás; otros que ya no marcaban la hora. A mi paso encontraba puertas y ventanales destartalados, cristales rotos, molduras deslucidas, habitaciones vacías con documentos desperdigados por el suelo, la tinta borrada irremediablemente por las inclemencias del tiempo. Ya nunca sabríamos de su importancia histórica. Al final, me dio la sensación de que me encontraba ante una ballena varada entre montañas, agonizante bajo el sol, el viento y la nieve que la atacaban sin piedad año tras año. A pesar de que todavía no había terminado el verano, sentí que mi vestido era demasiado ligero y me estremecí al pensar en aquella construcción abandonada a su suerte.

El guía, un hombre de unos cincuenta años que parecía feliz con su trabajo, nos esperaba a las puertas de la estación. En cuanto nos acercamos nos facilitó un casco para protegernos en caso de desprendimientos. Eso no me tranquilizó, pero nos aseguró entre risas que era un entorno estable; después nos invitó a entrar. Por suerte no había demasiada gente en nuestro grupo, así que podíamos hacerle todas las preguntas que quisiéramos.

El vestíbulo era casi tan impresionante como el exterior, con las paredes alternando colores beige y tonos vino. Saltaba a la vista que lo habían restaurado no hacía mucho, y los bajorrelieves de los techos lucían con todo el esplendor de antaño.

Después de mostrarnos algunas salas más, bajamos a las vías.

Empezó a explicarnos los distintos tipos de sistemas de raíles que se encontraban en la estación y el porqué de cada decisión que se había tomado durante su construcción. Casi había perdido el hilo, absorta por los detalles que me rodeaban, cuando escuché que el guía decía:

—A principios de los años 40 esta estación fronteriza entre Francia y España se convirtió en un lugar clave para la guerra. En el hotel que se encontraba en este mismo edificio se movían hombres de negocios, espías y agentes dobles que pasaban información a través de la red ferroviaria.

Miré a Luther, que asintió con disimulo, casi tan seguro como yo de que estábamos cerca de encontrar algunas respuestas. El hombre siguió avanzando entre los raíles oxidados. Esquivé unos cuantos hierros como pude hasta ponerme a su altura; quería tenerlo al lado para escucharlo mejor.

—En noviembre de 2001 encontraron en este rincón un montón de cestas abandonadas que contenían documentos antiguos: resultaron ser muy relevantes para completar la historia de la estación durante los años de la II Guerra Mundial.

Me estremecí al imaginar miles de papeles amontonados de cualquier manera a la intemperie. ¿Cómo podían haber quedado expuestos de aquella manera durante tantos años? ¿Y cómo habían logrado sobrevivir a la lluvia y la nieve?

—Nadie sabía de su importancia —continuó el guía, como si hubiera leído mis pensamientos—. Sin embargo, la gestión de ese patrimonio escrito ha sido un poco dudosa, si les digo la verdad.

—¿Y de qué trataban esos documentos? —preguntó una mujer con

curiosidad.

—Eran documentos del tránsito de mercancías por la frontera.

—¿Y qué interés pueden tener? —quiso saber el que parecía su marido.

—Ahí reside el quid de la cuestión, señores y señoras: esos documentos eran confidenciales, y demuestran que por esta frontera atravesaron trenes cargados con blenda y wolframio hacia Alemania para la construcción de tanques nazis. Se suponía que un régimen neutral como el español tenía prohibido ese tipo de negocios, pero a la vista está que no se cumplieron las reglas. Por otro lado, también se encontraron documentos aduaneros sobre el paso de oro en dirección a Suiza como pago de esos convoyes; también cruzaban camiones cargados con obras de arte y riquezas expropiadas a los prisioneros de guerra.

—¿Y todo esto no se ha sabido hasta ahora? —pregunté, incapaz de contenerme.

—En todos los pueblos hay rumores —replicó él con una sonrisa —; si le preguntan a cualquier persona mayor de esta zona, les contará lo que vio o escuchó siendo niño. Pero hasta que se encontraron estos documentos, tan solo eran eso: historias.

El guía caminó unos instantes alrededor de los cestillos de mimbre medio deshechos, y volví a cuestionarme en qué estado habrían encontrado la información.

—Lamentablemente se perdieron también muchos datos. Algunos documentos terminaron siendo ilegibles. De todos modos, tenemos constancia de que por aquí no tan solo pasaban materiales de guerra y

oro. También cruzaban trenes enteros con judíos que conseguían escapar de la Alemania nazi y de la Francia ocupada. ¿Cómo creen que era eso posible con la Gestapo apostada en esta misma frontera?

Ninguno de nosotros habló. No teníamos ni idea de cómo podían haber pasado trenes completos de refugiados frente a los nazis sin que nadie se percatara.

—Sencillo —terminó respondiendo a su propia pregunta—: Gérard Lemêtre, el jefe de aduanas, movía los hilos como un habilidoso titiritero.

Abrí la boca y fui incapaz de contener mi emoción. Ahí teníamos una de las incógnitas de nuestra investigación. ¿Quién era en realidad el hombre con el que Soledad había estado escribiéndose cartas?

—Gérard Lemêtre fue uno de los espías más discretos y habilidosos de su tiempo, aunque pocos lo conocen. Era demasiado humilde para atribuirse el mérito que por derecho le correspondía: salvó a miles de judíos gracias a esos trenes y contribuyó a que los aliados ganaran la guerra mediante el envío de valiosa información. Pero nunca quiso una medalla. Cuando le preguntaban sobre lo que había conseguido, decía que había actuado como lo habría hecho cualquiera en su lugar.

El guía continuó con su periplo entre hierros deformados y casetas que parecían a punto de sucumbir bajo el peso de la gravedad, exponiendo más datos sobre la arquitectura e historia del lugar; pero no volvió a mencionar al señor Lemêtre. Para cuando terminó la visita, mi cabeza bullía con miles de cuestiones sobre ese hombre y Soledad. ¿Qué tipo de relación habían tenido? ¿Había sido ella

también una espía? ¿Y qué tenía todo aquello que ver con mi abuela?

Llegamos a la pensión donde nos alojábamos ya bien entrada la noche. A pesar de las largas horas de luz de los días de septiembre, nos habíamos alargado recorriendo los exteriores de la estación, como si las viejas piedras pudieran terminar de contarnos lo que queríamos saber.

La anciana de la recepción pareció alegrarse cuando entramos por la puerta, como si llevara horas esperando nuestra llegada.

—Buenas noches, ¿han disfrutado de la visita?

—Sí —contesté con una sonrisa—; la estación es más espectacular de lo que había imaginado.

—Suele causar esa impresión. ¿Les apetece cenar algo?

Luther me miró y arqueó una ceja a modo de pregunta. No me apetecía en absoluto cenar con él, pero estaba hambrienta después de horas caminando, así que terminé asintiendo.

La anciana nos guio hasta un pequeño comedor situado en uno de los laterales de la fonda. No había más de cuatro mesas de roble antiguo, decoradas con la elegante austeridad de las casas de montaña. Me puse algo rígida al comprobar que no había nadie más; los turistas franceses debían de haber cenado hacía horas. Me senté y me abracé las manos en el regazo, concentrando mi atención en los cuadros campestres que decoraban las paredes. Incluso me entretuve en analizar el hierro forjado que protegía la chimenea. Luther carraspeó y me obligué a mirarlo.

—Siento haberme marchado así el otro día.

Levanté la barbilla. No quería reconocer delante de él cuánto me había dolido su huida. Me había pasado días preguntándome si había hecho algo mal. Por suerte, la posadera apareció en ese instante y me ahorró tener que responder. Nos tomó nota de los menús y nos dedicó con una sonrisa antes de anunciar:

—He hablado con mi amigo Manuel, dice que pueden ir a verle mañana sobre las once a su casa, si les va bien. Vive aquí mismo, en la calle Felipe V, en el número trece.

Me obligué a sonreírle, aunque me costaba concentrarme con la mirada de Luther puesta en mí.

—Por supuesto, allí estaremos —terminé diciendo—. Muchas gracias por su ayuda.

La mujer asintió y se marchó decidida hacia la cocina, en busca del primer plato.

—¿No vas a decir nada? —murmuró Luther cuando se hubo marchado.

En realidad, no deseaba hablar con él. Ya se había disculpado una vez por su extraña actitud, y no quería entrar en una dinámica tóxica. Odiaba el tipo de relaciones repletas de altibajos. Ya había pasado por una y no tenía ningún interés en repetir la experiencia.

—Me marché porque no estaba seguro de que no fueras a lamentarlo al día siguiente —confesó al final sin apartar los ojos de mí.

Lo miré sorprendida y antes de que pudiera replicar, la posadera trajo los platos que habíamos pedido. Si ella notó mi incomodidad, lo disimuló muy bien. Suspiré aliviada en cuanto volvimos a estar solos y

empecé a remover la sopa que me acababan de servir.

—Eso me corresponde a mí decidirlo, ¿no crees? —solté.

Me arrepentí de ser tan dura cuando lo vi titubear. Puede que tan solo se preocupara por mí, pero seguía dolida: me había martirizado la duda de qué había de malo en mí para espantarlo así.

—Lo siento, habías bebido y no quería que pensaras que me aprovechaba de la situación. Luego no supe cómo gestionarlo, estaba avergonzado por mi propia… vehemencia.

Me sonrojé al recordar la pasión con la que me había besado. Bajé la cabeza, incapaz de sostener la mirada de aquellos ojos grises que me hacían temblar. Di un trago de agua para tratar de calmarme; no sirvió de nada.

—Te prometo que no volveré a marcharme —siguió—. A no ser que tú me lo pidas.

Me estremecí ante lo que implicaban sus palabras. Insinuaba que habría una próxima vez. Volví a darle unas cuantas vueltas a la sopa, pero no me veía capaz de llevarme la cuchara a la boca. Decidí desviar la conversación para no entrar en combustión espontánea.

—Después de lo que hemos descubierto hoy sobre Gérard Lemêtre, ¿crees que él y Soledad formaban parte de la Resistencia?

Luther pareció descolocado ante mi súbito cambio de tema, pero asintió con entereza.

—No me cabe la menor duda.

—¿Y crees que ese tal Manuel tendrá más información?

—Seguro que algo aporta.

Luther continuó comiendo en silencio. De vez en cuando me

lanzaba miradas cargadas de intención, pero yo fingía no darme cuenta. Bebía agua cuando no podía sostener más la tensión, como si pudiera esconderme detrás de un cristal transparente.

Al terminar la cena, nos despedimos de la anciana, que se retiró a sus aposentos, cansada del largo día. Luther y yo nos dirigimos hacia el pequeño ascensor que nos llevaría hasta el tercer piso, donde nos habían asignado dos habitaciones, una en cada punta del pasillo. En cuanto entré en el elevador, clavé los ojos en mis zapatos. Luther se acercó a mí y se me detuvo el corazón. Entonces comprobé que estaba presionando el botón que nos llevaría a nuestro destino. Se separó y miró unos instantes al techo, como si estuviera meditando algo; después volvió a acercarse al teclado y pulsó el botón de emergencia. Me agarré a las frías paredes de acero cuando el ascensor se detuvo de un golpe. Antes de que pudiera preguntarle qué diablos hacía, ya me estaba besando. Sentí sus labios ardiendo sobre los míos, y agradecí estar apoyada para no caer ante el temblor que me provocó aquel beso. Me aferré al cuello de su camisa y lo apreté contra mí. No sé cuánto tiempo pasamos enredados en los brazos del otro, pero cuando quise darme cuenta le había desabrochado la camisa por completo y mi sujetador asomaba de manera indecorosa por el escote del vestido.

Luther se separó de mí con la respiración pesada y volvió a activar el ascensor sin decir nada. En cuanto llegamos al tercero me agarró de la mano y se apresuró en llevarme hasta su habitación. Antes de abrir la puerta me besó de nuevo en mitad del pasillo como si quisiera darme tiempo para pensar mejor lo que estábamos haciendo. Sacó la llave de su bolsillo y abrió la puerta de su cuarto sin apartar los labios

de mí. Yo me sentía como una bailarina entre sus brazos, y me dejé guiar hasta el diminuto escritorio que había junto a la entrada. Volcamos las copas de cava que habían dejado como cortesía y no pude evitar soltar una carcajada. Luther me sostuvo el rostro entre las manos y me miró.

—¿Estás segura de esto?

Asentí sin romper el contacto con sus ojos.

—Hoy solo he bebido agua —murmuré contra sus labios.

Luther atrapó mi sonrisa con su boca y deslizó una mano por mi muslo, que había quedado expuesto por el vestido. Lo rodeé con las piernas, quizá para evitar que volviera a salir corriendo. Él me levantó de la mesa para depositarme sobre la cama sin apartar sus labios de mí. Le arranqué la camisa de un tirón antes de que pudiera tumbarse. En algún momento perdí la noción de dónde empezaba mi cuerpo y dónde terminaba el suyo. Nos movíamos como si fuéramos uno solo, desdibujados entre suspiros y jadeos, que nos envolvieron como la noche.

## LA ALACENA

*19 de abril de 1941, Jaca*

Dorotea estuvo tentada de no levantarse de la cama. Quería quedarse oculta bajo las sábanas para siempre, quizá pudieran protegerla de las vejaciones de Álvaro. Aquella noche su marido había sido especialmente cruel. Prefería no pensar en ello, pero las imágenes volvían a ella una y otra vez, como si estuvieran anidando en su retina: la mirada furibunda de Álvaro mientras la poseía, el desprecio en cada golpe que asestaba a su ya magullado cuerpo. Estaba segura de que terminaría por matarla. Un día no podría resistir más los embistes y se desplomaría para no volver a abrir los ojos. A veces pensaba que sería lo mejor. No tenía ningún sentido seguir viviendo, ¿de qué servían tantas riquezas si terminaban tratándola peor que a un animal? ¿para qué tanta ostentación si no le permitían salir de casa sola ni cumplir sus sueños?

Natividad entró en la habitación con su discreción habitual y retiró las cortinas a la hora de siempre. El sol de primavera le abrasó los ojos y Dorotea retiró la mirada. Cuando la doncella terminó de alisar los visillos, se volvió hacia ella. Natividad palideció al ver el estado en el que se encontraba. El cabello revuelto caía sobre su espalda, repleta de arañazos sangrantes. Su rostro no debía tener mejor aspecto: notaba el labio caliente y sentía palpitaciones en las mejillas, como si tuvieran un corazón propio. El camisón estaba

rasgado, y había manchas rojizas salpicando distintas zonas de las sábanas y de su cuerpo. Natividad logró reponerse de la impresión unos segundos más tarde. La escuchó tragar saliva antes de decir:

—Le prepararé una tina de agua caliente.

Dorotea la habría abrazado si no le hubieran dolido tanto las articulaciones. Un baño era justo lo que necesitaba para arrancarse la sangre seca y la humillación de la piel. La doncella se retiró al aseo contiguo; el sonido del agua le llegó como un gorgoteo adormecedor y logró serenar un poco su ánimo. Natividad apareció unos minutos más tarde y la ayudó a levantarse de la cama. No la soltó, quizá sospechando que sus piernas no la sostendrían. Cuando llegaron al servicio, la doncella le retiró los restos del camisón y los depositó hacia un lado sin mediar palabra. Luego la condujo hasta el interior de la tina y comenzó a lavar sus heridas con cuidado. Dorotea cerró los ojos y trató de no pensar en el escozor que el jabón le provocaba en la carne maltrecha y agradeció que Natividad no dijera nada: lo último que necesitaba eran preguntas o palabras de aliento. Ambas sabían que estaba atrapada en aquella situación y que nadie podría remediarlo. De nada servirían falsedades o esperanzas sobre tiempos mejores. Álvaro jamás cambiaría y ella no podría dejar de odiarlo ni aunque fuera el último hombre sobre la faz de la Tierra.

Antes de que la ayudara a arreglarse, Dorotea le pidió que la dejara un momento a solas. Natividad pareció reticente a abandonarla en ese estado, pero al final obedeció. Dorotea fue hasta su abrigo y recuperó el libreto que el señor Estellés le había dado la tarde anterior. Caminó muy despacio hasta la chimenea, en la que el fuego

crepitaba, alegre, ajeno a sus desgracias. Dorotea miró el guion, que contenía sus últimas esperanzas. Y lo lanzó a las llamas. Lo observó arrugarse y ennegrecerse hasta convertirse en cenizas.

Para cuando Dorotea bajó al salón a desayunar, Natividad había logrado esconder con eficacia los moratones de su rostro con una buena capa de maquillaje. También le había adecentado el cabello para que no se percibieran los enredos y la había ayudado a colocarse un bonito vestido de algodón de color verde oscuro. Nadie deduciría lo que había ocurrido esa noche si no la miraba a los ojos: no existían cosméticos que pudieran disimular la tristeza. Sin embargo, doña Urraca no se molestó en mirarla a la cara. Se limitó a darle los buenos días mientras tomaba uno de los cruasanes que rebosaban de la bandeja de pastas. Dorotea se sentó frente a ella con cierta tensión.

—¿No está Álvaro?

Doña Urraca levantó la mirada del plato y clavó sus ojos negros en ella como si pudiera atravesarla.

—Ya ha desayunado.

Dorotea asintió; aquello era todo lo que deseaba saber: que no tendría que lidiar con él, por lo menos, no tan temprano.

Una de las doncellas se acercó y le sirvió un poleo menta. Se le revolvió el estómago cuando la envolvió el olor a hierbabuena. Disimuló una arcada y se cubrió los labios hinchados con una servilleta.

Dorotea percibió un brillo de curiosidad en la mirada de doña Urraca.

—¿Tienes náuseas? —quiso saber su suegra.

Sí, pero no por el motivo que ella creía.

—Estoy bien, gracias.

Doña Urraca miró entonces hacia su vientre plano y chasqueó la lengua.

—Una mujer joven como tú ya debería haber quedado encinta —soltó—. Y me consta que Álvaro le pone empeño; quizá seas tú la que no se esfuerza lo suficiente.

Dorotea se levantó de la mesa y apretó los puños con tanta fuerza que perdieron el color. La miró con los ojos encendidos, pero no contestó. ¿Qué iba a decirle? ¿Que preferiría morirse antes de concebir un vástago del monstruo de su hijo?

Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas de rabia y salió corriendo antes de que doña Urraca tuviera la satisfacción de verla llorar. Caminó por el pasillo del servicio con la visión nublada por el llanto, casi a tientas, en busca de un lugar oscuro en el que refugiarse. No quería que Natividad o cualquier otro miembro del servicio fueran testigos de su desdicha, pero lo prefería a que Álvaro o doña Urraca la encontraran llorando en la biblioteca o en alguna de las zonas nobles de la casa. Así llegó hasta la puerta de la pequeña alacena que había junto a la cocina: nadie la buscaría allí. Colocó la mano en el pomo justo a tiempo de escuchar unas risitas. Se detuvo en seco. No sabía qué estaba ocurriendo en el interior de la despensa, pero prefería no saberlo. Iba a dar media vuelta justo cuando la puerta se abrió. Una doncella que no debía contar más de dieciocho años salió, distraída, mientras se recolocaba la falda. Tenía la cofia torcida y un par de

mechones se escapaban de ella. Chocó con Dorotea y dio un paso atrás, extrañada. Entonces, la muchacha levantó la mirada y la sonrisa que todavía bailaba en sus labios se congeló.

—Disculpe —balbuceó la joven bajando la cabeza.

Antes de que pudiera responder, la chica se marchó prácticamente corriendo. Dorotea siguió su recorrido con cierta sorpresa y casi olvidó el motivo que la había llevado hasta allí. Imaginaba que existían escarceos dentro del servicio, pero nunca le habían interesado los chismes, así que se volvió dispuesta a marcharse y olvidar lo que había visto. Sin embargo, una voz la obligó a detenerse:

—¿Qué haces aquí?

Dorotea sintió un escalofrío recorriendo su espalda. Estuvo tentada de huir, pero se obligó a girarse y enfrentar la mirada de esos ojos azules, que la observaban con desdén. Álvaro se ajustó la correa del cinturón sin ningún tipo de pudor.

—Venía a por un refrigerio —tartamudeó.

¿Un refrigerio? Se sintió estúpida. ¿Por qué no era capaz de increparlo? Acababa de encontrarlo retozando con una de las sirvientas de la casa. Él, que se atrevía a sermonearla sobre la decencia de su apellido y la imagen que debían dar. Él, que le había prohibido estar en un grupo de teatro por el qué dirán. ¿No existían normas para él? Por supuesto que no: Álvaro Montesinos podía hacer lo que le viniera en gana donde y cuando quisiera, sin temor a represalias. Dorotea apretó los labios y notó que las lágrimas que habían desaparecido instantes atrás volvían a hacer acto de presencia.

—¿Qué estabas haciendo con esa chica? —se atrevió a preguntar.

Detestó el tono lastimero de su propia voz. Álvaro le dedicó una sonrisa descarada.

—¿Tú que crees?

Dorotea abrió los labios, pero no emitió ningún sonido. ¿Ni siquiera pensaba negarlo? Después de meses casada con Álvaro lo conocía lo suficiente como para saber que no era un hombre fiel. Muchas veces se metía en la cama apestando al perfume de otra, pero no le importaba: esas noches por lo menos no la tocaba. También sospechaba que entre algunas de sus aventuras se contaba personal del servicio; no le pasaba desapercibido cómo las doncellas lo miraban con deleite al verlo por la casa, y estaba segura de que él sabía aprovecharse de cada oportunidad. Sin embargo, una cosa era intuirlo y otra muy distinta comprobarlo con sus propios ojos. Ante su silencio, Álvaro decidió exhibir su lado más cínico.

—Quién sabe, puede que alguna criada me dé eso de lo que tú eres incapaz.

Dorotea negó tan levemente que pareció más bien un temblor. No podía referirse a amor ni pasión. Suponía que no era aquello lo que Álvaro esperaba de su matrimonio después de todo; no después de cómo la trataba.

—No sé qué quieres decir —logró articular.

Álvaro recorrió el espacio que los separaba y alargó la mano hacia ella. Dorotea dio un paso atrás por puro instinto, como un ciervo asustado. Se topó con la pared y los ladrillos descubiertos arañaron su vestido. Álvaro continuó avanzando y colocó una mano sobre su estómago. Dorotea sintió el calor de su piel a través de la tela y la

fragancia a menta mezclada con sexo la envolvió. Una nueva oleada de náuseas se apoderó de ella.

—Un hijo, Dorotea. Quizá ellas lo hagan mejor que tú.

Entonces la soltó y se marchó sin decir nada más. Dorotea soltó el aire que había contenido y se dejó caer hasta el suelo. Se abrazó las rodillas, presa de un sollozo que nacía de lo más hondo de su ser.

Dorotea pasó el resto de la mañana vagando por la villa como un espectro. No sabía qué hacer ni a quién acudir. Estaba desesperada y no se había sentido tan sola en su vida. Incluso llegó a plantearse escribirle a su padre en busca de auxilio, pero lo descartó. Aunque Alfredo se prestara a ayudarla si le contaba la verdad, estaba segura de que Abigail se encargaría de convencerlo de lo contrario con tal de no tenerla de vuelta en la Casa Dalmau. Por otro lado, todavía le quedaba algo de orgullo. ¿Qué iban a pensar si apenas cuatro meses después de la boda ya quería abandonar a su marido? Estaba segura de que la acusarían de ser una niña caprichosa y malcriada, en vez de apoyarla por todo lo que estaba sufriendo en manos de los Montesinos.

Al final se encerró en su habitación y tomó papel y pluma mientras encendía uno de los cigarrillos que mantenía ocultos en su mesita de noche. Sacó del primer cajón un fajo de cartas de la tía Margarita. Había contestado a cada una de ellas con palabras escuetas, incapaz de revelarle su verdadera situación. Sin embargo, esta vez se armó de valor. Seguro que ella sabría aconsejarla y si no, por lo menos le serviría para desahogarse; si no hablaba con alguien terminaría por

enloquecer.

*Querida tía Margarita,*

*Espero que tú y el tío Andrew os encontréis bien cuando recibas esta misiva. Lamento no haberte escrito como es debido hasta ahora, pero no me veía con fuerzas para hacerlo: las cosas en mi matrimonio no marchan bien. La verdad es que me siento muy desdichada, y no se lo puedo confesar a nadie más que a ti. Desearía que no estuvieras a miles de kilómetros para que me estrecharas entre tus brazos y me aseguraras que todo va a salir bien.*

*Tenías razón cuando me dijiste que no debía precipitarme con la celebración de la boda, que antes conociera mejor a mi futuro marido. Ojalá te hubiera hecho caso y no me hubiera dejado llevar por las prisas de salir de la Casa Dalmau y su entorno asfixiante. Pensaba que mi decisión era acertada, que estaría mejor en cualquier otro lugar. ¡Qué equivocada estaba! La libertad que tanto ansiaba me ha sido arrebatada de nuevo: no puedo pasear sola, Álvaro y su madre ni siquiera me permiten asistir a grupos de teatro. Por si no fuera suficiente, empiezan a presionarme por no quedar encinta. Sé que todavía es pronto, pero me exigen resultados como si la boda hubiera sido una mera transacción en la que mi parte del trato fuera darles un heredero. ¿Qué debería hacer, querida tía? Necesito tus sabios consejos una vez más.*

*Espero que las cosas en Los Ángeles os vayan bien. Cuéntame las novedades del mundo del espectáculo para olvidar mi desdicha, aunque sea durante unos minutos.*

*Deseando recibir tu respuesta,*

*Dorotea*

Cuando depositó la pluma en el tintero se sentía algo mejor. Aunque no había sido capaz de confesarle a su tía la verdadera naturaleza del comportamiento de Álvaro, notaba un poco menos pesada la carga. ¿Cómo iba a contarle que su marido la maltrataba? Estaba segura de que la tía Margarita habría cruzado el océano para enfrentarse a él. Y la familia Montesinos era demasiado poderosa, más ahora con el régimen de Franco. No quería ponerla en esa tesitura.

Miró por la ventana cuando escuchó el motor del Hispano Suiza encenderse en la lejanía. Álvaro acababa de subirse al vehículo. Por el modo de acelerar, le pareció que llevaba prisa. Estuvo a punto de preguntarle a dónde iba, pero en realidad no le importaba: como si quería marcharse al mismísimo infierno. Dorotea atisbó la hora en el reloj de pulsera que descansaba en un rincón del escritorio: no eran más de las doce del mediodía.

## EL HOTEL MUR

*19 de abril de 1941, Jaca*

No eran más de las doce del mediodía. Lucilda miraba el reloj que coronaba la cafetería del Hotel Mur. La pensión no era demasiado grande, pero el comedor en el que se encontraba era lo suficientemente espacioso para que una mujer como ella no llamara la atención. Se había recogido el cabello en un moño y lo había escondido bajo un amplio sombrero de ala ancha. Ocultaba sus ojos tras unas enormes gafas de sol que le había tomado prestadas a Ana y se había colocado un vestido de traje y chaqueta que no era para nada su estilo. Estaba segura de que ni siquiera su propio hijo podría reconocerla con aquella fachada de mujer elegante. Por si acaso, se parapetó tras la cubierta de un libro que había elegido para la ocasión. Miró nerviosa hacia la puerta. ¿Dónde estaba Darío? En la nota lo citaban a las doce en ese mismo lugar. No era habitual que se retrasara. Como si hubiera escuchado sus pensamientos, Darío apareció por la puerta de la recepción justo en ese instante. Lucilda se hundió en la silla y un latigazo de culpa la atenazó. ¿Y si había quedado con un amigo? ¿Qué clase de confianza demostraba espiándole así? Una parte de su conciencia le dijo que no debía sentirse mal: la habían engañado demasiadas veces a lo largo de su corta vida. Era normal que desconfiara; aún más después de encontrar la nota secreta en el bolsillo de su camisa. «Te espero mañana en el Hotel Mur a las doce. A.». ¿Quién se escondía tras esa inicial?

Lucilda no pudo ocultar su alivio cuando Darío se dirigió a la cafetería en vez de tomar el ascensor que subía a las habitaciones; significaba que no acudía a un encuentro furtivo con una amante. Al menos, no directamente. Tuvo que contener la respiración cuando los ojos de Darío vagaron por el salón en el que se encontraba, en busca de la persona con la que había quedado. Su mirada pasó sobre ella durante un instante, pero no pareció reparar en su identidad. Al comprobar que su cita todavía no había llegado, Darío tomó asiento en una mesa cercana a la suya. Lucilda agradeció que se sentara de espaldas; no hubiera soportado fingir indiferencia frente a él si se trataba de una mujer.

Pasaron diez minutos interminables sin que nadie acudiera al encuentro. Lucilda empezaba a creer que Darío iba a marcharse solo cuando la puerta del hotel se abrió con decisión.

Nada hubiera podido prepararla para aquello.

No después de tantos años.

Tras la cristalera de acceso a la cafetería se encontraba Álvaro Montesinos, más apuesto aún de lo que recordaba. Los años le habían otorgado una madurez que sumaba atractivo a unos rasgos que en el pasado quizá habían sido demasiado aniñados. Sus ojos azules escudriñaron la sala y Lucilda se creyó morir cuando se detuvieron sobre ella un instante más de lo que marcaba el decoro. No podía saber quién era, ¿verdad? Era imposible. El corazón le latía tan fuerte en el pecho que temió que se detuviera ante el ritmo desacompasado. Sin embargo, él se limitó a hacerle un gesto galante con el sombrero. No la había reconocido. Lucilda se permitió volver a respirar. Casi se

había puesto en pie dispuesta a marcharse. No podía quedarse en el mismo lugar que él, era demasiado arriesgado. Sin embargo, sus piernas no respondieron cuando Álvaro tomó asiento frente a Darío.

A.

A. de Álvaro Montesinos.

La extrañeza del encuentro la desconcertó tanto que se limitó a quedarse allí sentada, con aquel libro que parecía querer escurrirse de sus manos. Sentía el tacto de las páginas cortantes contra la yema de sus dedos. Fue entonces cuando se percató de que estaba apretándolo con demasiada fuerza. No entendía nada. ¿Qué tenían que ver los dos hombres? ¿Cómo podían unirse su pasado y su presente de un modo tan retorcido? No estaba segura de querer quedarse allí, pero era incapaz de moverse.

—¿Alguna novedad? —preguntó Álvaro en cuanto se quitó el sombrero.

Unos rayos de sol se reflejaron en su cabello dorado.

Darío sacó unos papeles de una carpeta en la que Lucilda no había reparado antes. A esa distancia no podía estar segura, pero le parecieron fotografías.

—No, todo sigue igual, exceptuando el incidente del otro día.

Álvaro asintió, como si aquello fuera justo lo que deseaba escuchar.

—Manténgalos vigilados. Puede que la situación cambie pronto, las cosas no están saliendo como esperaba.

Darío pareció dudar un instante.

—¿Quiere decirme algo más? —inquirió Álvaro con mirada

acerada.

Darío carraspeó.

—No, señor Montesinos.

—Bien, si surge cualquier imprevisto, contacte en esta dirección. No se acerque a la Villa, podría resultar sospechoso.

—Como usted mande.

Lucilda frunció el ceño. ¿Desde cuándo Darío era tan servicial? ¿Y de qué diablos estaban hablando? Parecía un asunto delicado, o cuanto menos, secreto.

Álvaro dio por terminada la conversación y se puso en pie. Lucilda se hundió en la silla cuando clavó de nuevo sus ojos azules en ella. Álvaro se ajustó el sombrero y volvió a saludarla con una sonrisa. Lucilda sintió que el corazón se le desbocaba, pero no por culpa de un amor renovado. No. Si alguna vez había dudado sobre cómo se sentiría al tenerlo de nuevo delante, ahora ya conocía la respuesta. Álvaro Montesinos, el hombre al que le había entregado su virtud, no le provocaba más que repulsa. Puede que fuera incluso más bien parecido que antaño, pero Lucilda ya no tenía una venda cubriendo sus ojos: podía ver con claridad la clase de hombre que se escondía bajo ese aspecto atractivo. Y no era alguien a quien deseara acercarse.

Por fin Álvaro se marchó, y dejó en el ambiente un suave olor a menta tras sus pasos. Lucilda arrugó la nariz. Ese aroma era el único que no había podido tolerar durante su embarazo, y todavía hoy, después de tantos años, seguía sin soportarlo.

Darío se levantó poco después de que Álvaro abandonara el local. La mesa estaba vacía: ninguno de los dos había pedido nada para

tomar, como si hubieran sabido de antemano que la conversación iba a ser escueta. Lucilda levantó el libro para cubrirse el rostro justo en el momento en el que Darío pasaba por su lado. Cuando por fin se quedó sola, dejó caer el pesado tomo sobre la mesa y se quedó absorta mirando al vacío. ¿Qué iba a hacer ahora? Había descubierto que Darío no la engañaba con otra mujer, debería estar satisfecha. Sin embargo, no podía quitarse la desazón del pecho. De todos los hombres para hacer negocios que existían en el mundo, Darío había ido a elegir al padre de su hijo. ¿Cómo iba a enfrentar la situación? Por supuesto, no podía confesarle a Darío que lo había estado vigilando, ni mucho menos que Álvaro Montesinos era el padre de Mauro. Tendría que ser más discreta. Puede que seguir de cerca sus pasos fuera lo más sensato, por lo menos hasta que supiera qué extraño asunto se traían entre manos. Aquello no la consoló. No quería ensuciar su bonita relación con Darío, pero necesitaba respuestas.

Sacó un billete de su bolso y lo depositó sobre la mesa. Era demasiado dinero para el simple café que había pedido, pero ni siquiera reparó en ello. Se marchó de allí con un peso en el estómago que sabía que no sería capaz de digerir.

# BLENDA

*20 de mayo de 1941, Canfranc*

Soledad sirvió un par de cafés a los camioneros suizos que acababan de detenerse en la estación. Aunque no tenía experiencia como camarera, el señor Lemêtre había pensado que su dominio del alemán podía serles de mucha utilidad, así que había conseguido que la propietaria del Hotel Internacional de la estación de Canfranc le diera un puesto tras la barra del bar. Gérard Lemêtre le había asegurado que la mayoría de los clientes eran conductores que estaban de paso de camino a Suiza y que, entre ellos, quizá hablaran sobre las mercancías más comprometidas. Su labor consistía en escuchar discretamente esas conversaciones; nadie sospecharía que ella hablaba el idioma. En el mes que llevaba en el puesto, Soledad no había captado nada demasiado relevante, el único cargamento que había descubierto era un camión que procedía de Alemania lleno de relojes y cadenas de oro y plata. «Se los quitan a esa panda de judíos», había dicho uno de los camioneros con el pecho henchido de orgullo; su compañero había dado alguna vuelta de más al refresco que había pedido. «Pues a mí me dan un poco de lástima», había contestado con la boca pequeña. Soledad había corrido a informar a Gérard, pero al final no habían tenido tiempo suficiente para interceptar la carga. Desde entonces no había llegado a sus oídos nada interesante.

Soledad empezaba a estar ansiosa. Quería ayudar a Tante Gertrude cuanto antes, pero el señor Lemêtre insistía en que no podía

pedir ayuda a la célula de Lisboa sin ofrecerles ninguna información interesante a cambio: así que allí estaba aguzando el oído para ver si por fin lo lograba. Se desinfló un poco cuando los camioneros que acababan de llegar empezaron a hablar sobre sus familias y las vacaciones que estaban planeando. No parecía que ese día fuera a ser muy distinto de los anteriores. Los dos hombres dieron cuenta de las bebidas y pidieron un pequeño refrigerio, supuso que para aguantar hasta la hora del almuerzo. Pagaron sin apenas dirigirle una mirada y se marcharon por donde habían venido. Soledad suspiró. Empezó a recoger las tazas vacías que habían dejado sobre la barra cuando descubrió que uno de ellos había olvidado la documentación del transporte. Contuvo la respiración y miró alrededor. Afortunadamente no había demasiada gente en la cafetería a aquellas horas, así que alargó la mano con disimulo y ocultó los papeles bajo la barra. Los ojeó a toda prisa; estaba segura de que el hombre pronto se daría cuenta de su descuido. Entornó los ojos para comprender la letra manuscrita en un alemán bastante deficiente. Sin embargo, logró comprender el contenido del cargamento: blenda. El camión estaba cargado de hierro que serviría para la fabricación de tanques alemanes. Contuvo una sonrisa y trató de serenarse. Memorizó la matrícula del transporte y su ruta para facilitársela a Gérard. Lo siguiente que debía hacer era no levantar sospechas, así que le pidió a Loreta —la compañera que fregaba platos en la cocina— que cubriera su puesto durante un tiempo, y salió de detrás de la barra. Se abalanzó hacia la salida del restaurante, en dirección a los muelles de carga donde solían descansar los camiones. No le costó dar con el

camionero. Estaba terminando de ajustar las correas de la parte de atrás del transporte cuando lo alcanzó.

—Disculpe —le dijo en español—, creo que ha olvidado esto.

El hombre la miró sin comprender, hasta que vio la documentación que Soledad zarandeaba en su mano derecha. El tipo se envaró, y ella pudo ver con claridad como la nuez de su cuello subía y bajaba: aquel tipo de descuido podía costarle el puesto, y quizá algo más. El camionero miró a ambos lados, con la esperanza de que ninguno de sus compañeros lo hubiera visto. Tomó los papeles de la mano de Soledad y asintió.

—*Danke schön* —contestó escuetamente, justo antes de meterse en el camión y dar un portazo.

Soledad lo vio desaparecer, y no pudo borrar la sonrisa que empezó a dibujarse en sus labios. Tenía que hablar con el señor Lemêtre cuanto antes.

Gérard Lemêtre era un hombre de acción; Soledad había comprobado que solía estar al pie de las vías o en los muelles de carga, gestionando el paso de las mercancías con agilidad. Sin embargo, esta vez lo encontró en su despacho. Llamó a la puerta con cierta timidez; él le dio paso. Soledad entró y cerró la puerta tras ella. El señor Lemêtre dejó los papeles que estaba leyendo sobre su escritorio de caoba y la miró con esos ojos verdes que le provocaban una sensación extraña en la boca del estómago.

—Buenos días, señorita Müller —dijo con una sonrisa.

—Creo que tengo algo que podría interesarle a la célula de Lisboa

—susurró apoyándose contra la puerta.

Gérard Lemêtre asintió con lentitud y le hizo un gesto para que tomara asiento frente a él. Soledad obedeció y se dejó caer en la silla sin demasiada delicadeza. Le pareció detectar un atisbo de sonrisa en los labios del jefe de aduanas.

—Soy todo oídos.

Soledad le contó lo que había descubierto, y Gérard cambió su pose relajada por un ceño fruncido. Se había inclinado hacia delante y tenía las manos cruzadas bajo su barbilla, como si de ese modo pudiera pensar más deprisa en cómo sacar provecho a la información que le estaba contando. Cuando Soledad terminó, el señor Lemêtre asintió.

—Estoy seguro de que les interesará lo que acaba de decirme.

Soledad cerró los ojos, aliviada; al fin podía hacer algo por ayudar a Tante Gertrude. El señor Lemêtre se levantó de su butaca y sacó papel de carta del viejo secreter que había justo a la derecha de su escritorio. Volvió a sentarse y empezó a escribir una misiva de la que Soledad apenas entendió nada. Estaba cifrando el mensaje, de modo que a ella le resultaba ilegible; él no hizo nada por explicárselo. Creería que era mejor así. Cuanto menos supiera, menos podría contar si alguien la descubría. Se demoró algo más de media hora en terminar. Soledad aguardó, retorciendo los dedos de las manos sobre la falda de su uniforme. Gérard Lemêtre dejó la pluma y guardó la carta en un sobre antes de tendérsela. Soledad la cogió con el pulso tembloroso.

—Esta misma tarde parte un tren hacia Madrid. Allí deberá

entregarle la misiva a nuestro contacto; él lo hará llegar hasta Lisboa. Se trata del vendedor de periódicos de la estación. Lo reconocerá porque siempre deja sobre el mostrador un ejemplar de *Guerra y Paz*.

Soledad asintió repetidas veces para hacerle entender que comprendía su misión.

—¿Está segura de esto? Todavía está a tiempo de echarse atrás —le advirtió él.

Ella negó.

—Estoy completamente segura.

—Trate de no llamar la atención. Nadie sospechará de una muchacha joven.

Soledad se puso en pie y se dirigió a la puerta, dispuesta a marcharse con su preciada misiva.

—Ah, por cierto —la interrumpió—, dígale que el mensaje es de parte del rey de Canfranc.

Soledad se volvió hacia él tratando de contener una carcajada.

—¿El rey de Canfranc? No es muy modesto por su parte.

—No lo elegí yo —replicó él encogiéndose de hombros, y le dedicó una amplia sonrisa que hizo que sus piernas se tambalearan.

El traqueteo del tren hacía que su cuerpo se meciera como en una cuna. Soledad cerró los ojos e inspiró, intentando llenar sus pulmones vacíos. Tan solo logró incrementar la sensación de ahogo. Fijó sus pupilas en los abedules que rodeaban las vías, se balanceaban de un lado al otro ante el avance del convoy. Le pareció que las ramas se apartaban un instante antes de colisionar contra el metal rojizo del

vagón, como si temieran ser arrolladas. O descubiertas. Soledad se lamió los labios y miró a su alrededor fingiendo estar tan aburrida como el resto de los pasajeros. Unas filas más adelante, dos hombres hablaban sobre un negocio entre susurros. Una pareja de mineros se sentaba a un lado, con la mirada tan apagada como el carbón. Tres chicas cotorreaban con unas risitas agudas que se le clavaron en los oídos. Una viuda que lucía un luto estricto jugueteaba con la tela descosida de su bolso de seda negra. De pronto, aquella mujer levantó la vista y reparó en ella. Le dedicó una sonrisa y Soledad apartó la mirada. Se maldijo por su indiscreción. No debía llamar la atención. Lo único que tenía que hacer era quedarse allí sentada hasta que llegara a su destino. «No hables con nadie, ni siquiera los mires», se repetía. Volvió la vista hacia el paisaje, como si los bosques que empezaban a teñirse del verde de la primavera pudieran calmarla. Unas golondrinas revoloteaban alrededor de sus nidos en un baile hipnótico, quizá preparándose ya para la inminente época de cría.

—Señorita, ¿me deja ver su billete?

Soledad ahogó un grito y se volvió hacia la voz con gesto aterrorizado. «Tan solo se trata del revisor, estúpida». Le tendió su pasaje tratando de ocultar el temblor de sus dedos.

—Todo en orden. Gracias. —Aquel hombre orondo le devolvió sus papeles junto con una sonrisa amable bajo el mostacho.

Soledad se reclinó en su asiento y suspiró. Justo en ese momento, la puerta metálica de su vagón se abrió con un chirrido brusco. Soledad observó con el rostro demudado al oficial de la Gestapo que se recortaba en el quicio de la puerta. Por un instante, creyó que

volvía a estar en Alemania. Algo en el hombre le resultaba familiar, pero no era capaz de verle el rostro con claridad. Tan solo pudo atisbar cómo arrugaba la nariz bajo su gorra de plato, como si tratara de husmear a su presa. ¿Y si la reconocía? Soledad se levantó con toda la calma de la que fue capaz y caminó lentamente hacia la puerta contraria. Tenía que cambiar de coche. Quizá en la cafetería pasaría desapercibida. Posó la mano sobre el pomo, que notó incluso más helado que su propia piel.

—Eh, señorita, ¿adónde va? —El acento alemán le erizó el vello de la nuca. Apretó los ojos.

—Oh, ¡por fin! —escuchó que decía la viuda. A través del cristal observó que se abalanzaba sobre el oficial con un par de aspavientos —. Creo que me han robado la cartera. Han ido en esa dirección.

Soledad vio que el oficial apretaba las mandíbulas y daba media vuelta hacia dónde le empujaba la señora. Soledad aprovechó la oportunidad. Abrió la puerta y se escabulló por el pasillo. Entonces, corrió. Golpeó algún brazo, varios hombros. Se tropezó con unas piernas. Pero no se volvió. Avanzó sin mirar a nadie. Tan solo escuchaba su propia respiración agitada. Y las ruedas del tren rodando sobre los raíles con fruición. Al final, logró llegar hasta el servicio. Entró en uno de los excusados y se apoyó contra la puerta cerrada. Abrió su bolso atropelladamente. El tren dio un giro imprevisto y se le cayó un pintalabios y un frasco de colonia. Enseguida todo se inundó con un aroma asfixiante. Rebuscó bajo el forro de la bolsa hasta que dio con un sobre doblado. Apretó la misiva contra su pecho y cerró los ojos tan fuerte que creyó desaparecer. Tenía que esconderla mejor.

Volvió sus ojos hasta el pintalabios que todavía rodaba por el suelo. Lo tomó y vació su contenido, manchándose los dedos de carmín. Enroscó el mensaje dentro del pequeño tubo y lo metió de nuevo en el compartimento secreto de su bolso. Se sentó en el suelo, ocultando la cara entre las rodillas. Puede que terminara vomitando. La azafata anunció la siguiente estación. Madrid. Tan solo quedaban unos minutos. Unos segundos más y habría logrado su objetivo.

El intercambio no fue complicado. En cuanto había llegado a Madrid, había localizado el quiosco que Gérard Lemêtre le había indicado. La novela *Guerra y Paz* le había dado la bienvenida desde el mostrador. «¿Le quedan periódicos del día?», había pedido con una sonrisa tímida. El vendedor, un hombre mayor del que nadie habría sospechado tampoco, había asentido y le había tendido un ejemplar. Soledad había sacado un par de pesetas de su monedero. Se las había tendido junto al pintalabios. El hombre la había mirado sin comprender. «De parte del rey de Canfranc», había susurrado ella. El quiosquero le había dedicado una sonrisa tan fugaz que habría pasado desapercibida para cualquier otro. Después Soledad había esperado un par de horas para volver a subirse a un tren, por si alguien la observaba.

Se recostó contra la ventanilla y se dejó envolver por el paisaje y el murmullo adormecedor del convoy. Había pasado tantos nervios que, ahora que todo había quedado atrás, sus músculos se relajaron hasta permanecer laxos.

Se despertó cuando una voz metálica anunciaba la llegada a Canfranc. Sobresaltada, tomó su bolso y se apeó del tren. Cuando sus pies estuvieron en el suelo firme del andén, se recompuso el vestido, arrugado después de tantas horas de viaje. También se atusó el cabello, que se le había enmarañado durante el sueño. Por algún motivo, no quería mostrarse desaliñada ante Gérard Lemêtre. Cuando se sintió presentable, se dirigió a su despacho con paso decidido; los tacones reverberaban en las vías ya vacías.

Llamó a la puerta con los nudillos; sin embargo, estaba tan ansiosa por informarle del éxito de su misión que no esperó a que le diera permiso para entrar. Abrió sin demasiado cuidado, y toda la satisfacción que había sentido instantes atrás se esfumó de pronto. De espaldas a ella, de pie, se encontraba el oficial de la Gestapo que la había intentado interceptar en el tren. Ahora llevaba su gorra de plato bajo el brazo, y la observaba con una sonrisa tan blanca como su piel aria. Parecía un cartel de propaganda nazi: alto, elegante, cabello rubio y unos impecables ojos azules. Aunque lo que realmente la estremeció fue que ya había visto antes aquella mirada cargada de desdén.

—Señorita Müller —introdujo el señor Lemêtre—, le presento a Arno Becker. Será el oficial de la Gestapo encargado de supervisar algunos convoyes.

Arno le tendió la mano, pero Soledad no se movió. Estaba segura de que él había sido el artífice de la detención de Tante Gertrude; tan segura como de que no se encontraba allí por casualidad. ¿Acaso las había seguido hasta Canfranc para vigilarlas? ¿Sospechaba lo que

estaban tramando para liberar a Gertrude?

Gérard Lemêtre carraspeó y Soledad por fin reaccionó. Terminó tomando la mano de ese hombre detestable. Su piel se encogió cuando entró en contacto con la de él.

—Es un placer volver a verte —murmuró Arno con voz ronca—. ¿Alicia no te ha avisado de mi llegada?

Soledad le soltó la mano como si de pronto se hubiera quemado. ¿Su hermana sabía que ese desgraciado estaba en Canfranc? ¿Desde cuándo?

—¿Se conocen? —Ahora el sorprendido era Gérard, que los observaba con una mezcla de estupefacción y desconfianza.

—Podríamos decir que sí —concluyó Arno—. Nos veremos por aquí, Soledad.

Y con esto se cuadró, entonó un *Heil Hitler* y desapareció por la puerta, dejando el ambiente cargado de dudas y horror.

# LINGOTES DE ORO

*18 de septiembre de 2022, Canfranc*

Cuando abrí los ojos tardé unos segundos en orientarme. La habitación no era la de mi insulso apartamento, sino un lugar mucho más cálido y acogedor. Entonces recordé dónde estaba, y con quién. Volví el rostro hacia mi derecha y me encontré con Luther, todavía desnudo y completamente dormido. No pude evitar sonrojarme y subí la colcha para cubrir mi propio cuerpo. Lo observé sin decir nada, parecía un ser de otro mundo. Lo cierto es que nunca había visto a nadie con las facciones tan perfectas, como si se tratara de una escultura. De pronto abrió los ojos, y el gris azulado me sobresaltó. Me sonrió y me atrajo hacia su pecho, acortando el poco espacio que aún quedaba entre nosotros.

—No te habrás arrepentido ya, ¿verdad?

Solté una carcajada y me dejé envolver por sus brazos. Me besó mucho más lento que la noche anterior, quizá queriendo saborear el instante. Después sus labios se volvieron más exigentes. Me dejé llevar; no podía resistirme a ninguna de sus caricias. Nuestros cuerpos terminaron otra vez enmarañados entre las sábanas, como si fueran dos imanes incapaces de mantenerse alejados. Cuando pude coordinar mis pensamientos de nuevo, había pasado más de una hora. Luther me hacía perder la cordura y la noción del tiempo.

—Creo que nos hemos quedado sin desayuno —se lamentó mirando el reloj de pared.

Estaba tan bien que apenas me di cuenta de la hora. Eran casi las once.

—¡No podemos hacer esperar al señor Manuel! —dije levantándome agitada.

Coloqué mis pies, descalzos, sobre el suelo y me estremecí al sentir el tacto rugoso de la moqueta. Nunca me había gustado tocarla. Correteé en busca de mi ropa y de unos calcetines para aliviar la sensación. Me sonrojé cuando sentí la mirada de Luther sobre mi cuerpo.

—¿Piensas quedarte ahí mirando todo el día?

—Podría.

Le lancé un cojín que había terminado sobre la silla del escritorio. Se echó a reír y se puso en pie. No pude evitar deleitarme en las formas angulosas de su cuerpo, y retiré la mirada para evitar sucumbir de nuevo al deseo. Teníamos una cita ineludible. Nos vestimos y bajamos hasta la recepción. La posadera nos dedicó una sonrisa pícara, y supe que se había dado cuenta de que nadie había dormido en mi habitación. Me sonrojé y me pregunté si nos habría escuchado a través de las paredes.

—Les he preparado el desayuno para llevar —dijo tendiéndonos un par de bocadillos; todavía estaban calientes.

Luther se lo agradeció con una de sus mejores sonrisas.

La calle Felipe V no estaba demasiado lejos de la pensión. No nos costó encontrar el número trece, una vieja casita unifamiliar con cierto encanto rústico; la pintura de la fachada estaba algo

desconchada y se notaba que el dueño ya no tenía demasiado interés en hacer reformas. Quizá por eso pude imaginarme cómo había sido en otra época. Luther llamó al timbre y la puerta, cuya aldaba estaba oxidada, se abrió al momento. Supuse que Manuel debía de haber estado esperándonos, impaciente. Me sentí culpable por llegar cinco minutos tarde a la cita de alguien que iba a ayudarnos desinteresadamente. Sin embargo, al hombre no pareció molestarle nuestro retraso y nos dedicó una amable sonrisa antes de hacerse a un lado para dejarnos pasar.

—¿Les apetece tomar café? —preguntó con la cortesía que caracterizaba a la gente de aquel lugar.

Quise negarme, pero me apetecía demasiado un café después de una noche sin descanso, así que asentí con timidez. Luther imitó mi gesto.

—Dos cafés, entonces. Pasen, pasen. Siéntense en el sofá, enseguida estoy con ustedes.

El anciano nos guio hasta un saloncito que debía de haber permanecido igual desde los años setenta: las baldosas del suelo estaban decoradas con cenefas algo recargadas, las ventanas permanecían cubiertas por cortinas y visillos que amarilleaban; los muebles, de una ligera tonalidad cereza, estaban repletos de muñecas de porcelana que podían verse a través de las vitrinas. Sobre un aparador descansaban un montón de fotografías con marcos de oro y plata. En ellas aparecía un matrimonio, en todas sus etapas: una instantánea en blanco y negro del día de su boda; la última, de una mujer con la tez cetrina abrazada al hombre que la había acompañado

toda su vida. No me costó adivinar que era viudo, y que la casa había permanecido igual desde que la esposa había fallecido. Me obligué a apartar la mirada de las imágenes cuando el hombre regresó con una bandeja en la que traía una vieja cafetera italiana y un platillo con pastas.

—Rita me dijo que están ustedes interesados en la historia de la estación de Canfranc.

Nos sirvió un par de tazas de un brebaje oscuro que no era muy distinto al que yo misma preparaba en casa. Miré de reojo a Luther y contuve una sonrisa cuando lo vi tragar estoicamente.

—Sí, estamos investigando la época en la que Gérard Lemêtre era el jefe de aduanas —contestó Luther.

—¡Oh, Monsieur Lemêtre!

—¿Lo conoció?

—Por supuesto, todos lo conocíamos. Lo llamábamos el rey de Canfranc.

—¿Por qué lo llamaban así? —Luther estaba echado hacia adelante mientras hacía las preguntas.

—Porque no ocurría nada en esa estación sin que él lo supiera.

—¿Entonces cree que conocía todo el tráfico de mercancías que pasaban por la frontera?

—Ya lo creo, y no era el único. Recuerdo una ocasión en la que vi el oro con mis propios ojos. Yo debía de contar poco más de ocho años, pero mi hermano mayor ya tenía edad de trabajar. Por unas pocas pesetas los mozos más jóvenes se encargaban de cargar los lingotes que venían en camiones hacia el interior de los vagones. Me

enteré de que mi hermano iba a ser uno de esos chicos y, con la curiosidad típica de los niños, lo seguí hasta los muelles. A través de un hueco de la ventana los pude ver. Brillaban de un modo que ni siquiera puedo explicar.

—¿Y Monsieur Lemêtre permitía el paso de esos cargamentos aun sabiendo su procedencia? —intervine.

No quería sonar ofensiva, pero si el oro era de los nazis, no podía proceder de nada bueno.

—Claro, no le quedaba más remedio; al final, las órdenes venían de arriba. Pero no crea que Monsieur Lemêtre se quedaba de brazos cruzados: durante años pasó la información de los materiales que cruzaban la frontera a los Aliados, aunque en aquel momento nadie lo sabía. También se dedicaba a salvar a refugiados y los ayudaba a cruzar el puente de Soport. Lo cierto es que supo rodearse de gente leal y pudo hacer mucho por la causa.

—Entonces, ¿era un miembro de la Resistencia?

—Sí, y era un pez gordo, aunque lo ocultaba muy bien bajo su personalidad afable y elegante; nadie habría sospechado. Se codeaba con los mandos de la Gestapo como si fueran amigos, cuando en realidad actuaba todo el tiempo a sus espaldas.

Luther asintió. Yo no podía dejar de mirar al anciano, impresionada por lo que estaba contando.

—¿Sabe si en algún momento lo ayudó una mujer?

—Ay, ¡mujeres! A Monsieur Lemêtre nunca le faltaron chicas alrededor, era un verdadero dandi. No es de extrañar, incluso a mí me parecía apuesto —soltó una carcajada.

Luther pareció decepcionado.

—Entonces, no hubo ninguna en especial… —murmuró.

—Yo no he dicho eso —terció el anciano—. Siempre hay una mujer especial en la vida de un hombre.

Luther me miró un instante, y yo me removí nerviosa en mi asiento.

—Creo que se llamaba Soledad —dijo después de pensarlo un momento—. Llegó una primavera junto a su hermana pequeña. Ninguna de las dos era muy habladora, pero Soledad era amable con nosotros. Trabajaba en el bar de la estación y muchas veces nos daba la comida que sobraba. Aunque él intentaba disimularlo, Monsieur Lemêtre la perseguía con la mirada. No es que Soledad fuera una belleza, pero era alta y tenía unos enormes ojos castaños que parecían poder verlo todo. Era una de esas mujeres cuya sola presencia impone respeto. Muchas veces estaban juntos, pero si tuvieron o no una relación, solamente lo llegaron a saber ellos.

—¿Qué pasó con ella? —pregunté, presa de la curiosidad.

—No lo sé. Un día ya no estaba en el bar, y nadie volvió a verla.

Regresamos a Barcelona aquel mismo día. La historia que nos había contado Manuel nos tuvo todo el camino de vuelta haciendo suposiciones de las que ninguno de los dos estaba seguro. Aunque la excursión a Canfranc nos había brindado muchas respuestas, nos había dejado más incógnitas. ¿Qué había pasado con Soledad? ¿Por qué había desaparecido de la noche a la mañana?

Las luces nocturnas de Barcelona me parecieron artificiales

después de haber pasado el fin de semana en los Pirineos. En el fondo no quería que nuestro viaje terminara tan pronto. Me había sentido en una nube, rodeada de naturaleza y de los brazos de Luther. Temía volver a la realidad y descubrir que él no sentía nada por mí, que esa noche tan solo había sido una aventura más. Luther detuvo el todoterreno frente a mi bloque de pisos y puso una mano sobre la mía, como si supiera lo que estaba pensando.

—Este fin de semana ha sido muy especial para mí —murmuró, y se acercó para besarme.

Cerré los ojos y lo abracé; no quería soltarlo, pero estaba cansada y ambos debíamos trabajar al día siguiente. Luther sacó la cartera de su bolsillo y extrajo una tarjeta blanca con el dibujo de un viejo edificio.

—Me estoy alojando en el Hotel Palace —dijo—. Eres bienvenida siempre que quieras.

Y me tendió la llave de su habitación. Sabía que Luther no vivía en Barcelona, pero me sentí como si me estuviera entregando las llaves de su hogar. Sonreí y la acepté. Volví a besarlo antes de bajar del coche.

## FOTOGRAFÍAS

*22 de mayo de 1941, Jaca*

Lucilda apenas era capaz de sostenerle la mirada. Sus ojos vagaban de un lado a otro del pequeño salón del apartamento de Darío, como si fueran pájaros enjaulados que buscaran un lugar por donde escapar. Darío le hablaba ilusionado sobre los planes que podrían hacer juntos durante el fin de semana; incluía a Mauro en la salida. Lucilda sabía que era su forma de demostrarle que quería seguir adelante con la relación, que no le importaba en absoluto que tuviera un hijo de otro hombre y que los aceptaba a los dos. Sin embargo, no podía sonreírle sinceramente. La imagen de Álvaro Montesinos en la cafetería del Hotel Mur la atormentaba. Las pesadillas habían regresado con virulencia. Ahora empezaba a comprender por qué la maldita serpiente había hecho acto de presencia en sus sueños de las últimas semanas: la serpiente era Álvaro; su pecado, su mayor error. Y había regresado a su vida. Algo le decía que ese encuentro fortuito era tan solo el principio, podía percibir el peligro acechando, las escamas viscosas apretándole las muñecas, subiendo por los tobillos, para terminar rodeándola e inmovilizándola por completo.

—¿Te encuentras bien? Te noto ausente —quiso saber Darío.

Lucilda se sintió culpable al ver su expresión preocupada. Quizá estaba exagerando. No era tan extraño que se conocieran. Al fin y al cabo, todos tenían tratos con los Montesinos en la zona; por algo era la familia más importante de Jaca. No tenía sentido que entrara en esa

vorágine de desconfianza: seguro que se trataba de un negocio sin más importancia.

—Tan solo ando un poco distraída —mintió.

Darío la tomó de la mano.

—Ni siquiera te has tomado el café. ¿Seguro que va todo bien?

Lucilda miró hacia la taza que se había enfriado frente a ella. Su estómago no aceptaba comida desde que había visto a Álvaro, como si su mera presencia le removiera las tripas.

—Debo de estar incubando algo —se excusó de nuevo, retirando la mano en un gesto inconsciente.

Darío apretó los labios y se echó atrás en la silla de la pequeña mesa del comedor. Lucilda supo que no la creía, y detestó ser tan transparente. ¿Por qué sus ojos reflejaban siempre lo que sentía?

—¿Querrás quedarte a cenar? —preguntó Darío después de un silencio incómodo.

Lucilda se sobresaltó. Aunque deseaba con todas sus fuerzas volver a estar con él, no podía comportarse con normalidad por mucho que lo intentara. Si se quedaba más tiempo con Darío, él terminaría por sonsacarle la verdad, y sentía que debía ser cuidadosa con los pasos que diera. Por lo menos, hasta que supiera algo más sobre la naturaleza de los negocios que se traían entre manos los dos hombres. En los últimos días se había planteado en varias ocasiones la posibilidad de preguntarle directamente de qué conocía a Álvaro, fingir que los había visto por casualidad. Sin embargo, no sabía mentir y, lo peor de todo, temía que Darío le contara un embuste. No podría soportar más engaños.

—Asumiré que es un sí —dijo él poniéndose en pie—. Iré a comprar cebollas y un poco de pan para el estofado.

Lucilda quiso detenerlo en cuanto vio que se colocaba el abrigo con cierta brusquedad. Debía contestarle que no se quedaría a cenar, que tenía asuntos que atender en casa de Madame Lambert, pero se quedó inmóvil al percibir su enfado. Darío no solía molestarse por nada. Sin embargo, su rostro estaba serio y apretaba las mandíbulas como si estuviera conteniendo las palabras que en realidad quería decirle. Lucilda desvió la mirada. Podía comprender que le irritara su actitud: se habían acostado y después ella se había alejado de él como si fuera un animal peligroso. Para Darío nada debía de tener sentido, aunque Lucilda agradeció que fuera lo suficientemente galante para no presionarla. Escuchó el portazo y cerró los ojos. Por fin estaba sola.

Lucilda miró el reloj de la salita. Eran casi las ocho y Darío todavía no había regresado. Sospechaba que el hecho de ir a comprar tan solo había sido una excusa para poner espacio entre ellos, seguro que Darío necesitaba dar un paseo y ordenar sus pensamientos. Lucilda suspiró y deseó no haber encontrado jamás aquella dichosa nota en el bolsillo de su camisa.

De pronto tuvo una idea: si Álvaro le había enviado una misiva, no sería la primera. Quizá hubiera más, o cualquier otro tipo de correspondencia en algún lugar del apartamento. Se quedó quieta unos momentos, barajando la posibilidad de registrar los cajones del salón, del dormitorio, de cualquier mueble que encontrara a su paso. Se lo quitó de la cabeza. No era ninguna entrometida. Sin embargo…

Se puso en pie como impulsada por un resorte y empezó la búsqueda por la cómoda del salón. No encontró más que panfletos informativos de algunos negocios del barrio: nada interesante. Continuó por los armarios de la cocina con el mismo éxito. Regresó al salón, impelida por el sentimiento de culpa, y volvió a sentarse en la silla, con las manos recogidas sobre el regazo. Al cabo de unos minutos se levantó de nuevo, inquieta, y se asomó a la ventana. Darío no estaba por ninguna parte, todavía tenía tiempo de investigar un poco más. A pesar de la opresión en el pecho, cruzó el pasillo que la llevaría hasta el dormitorio. Nunca había estado allí. La tarde que había pasado con Darío no se habían movido del sofá.

La puerta estaba cerrada, pero cedió con un leve movimiento. Lucilda entró y se percató de que la decoración de la estancia era tan espartana como el resto de la casa, quizá incluso más: una pequeña cama, un armario viejo y un pechero en el que descansaban algunas prendas mal colgadas. Lo único que llamaba la atención era un enorme escritorio repleto de cajones. Le extrañó que un sereno tuviera tantos documentos esparcidos por encima de la mesa. Hasta donde sabía, Darío no era un gran amante de la burocracia o, por lo menos, nunca le había hablado de papeles ni trámites.

Se acercó un poco a los documentos y agradeció haber aprendido las letras. Quizá era lo único bueno que le había dejado Álvaro, a parte de Mauro. Empezó a leer y concluyó que se trataba de informes de varias personas. No alcanzó a entender quiénes eran ni qué relación podían tener con Darío. Quizá fueran vecinos a los que debía investigar en su función de sereno, aunque le pareció una idea

desatinada. Su trabajo se limitaba a vigilar las calles y avisar en caso de detectar alguna conducta inadecuada; nada más. Continuó hojeando los documentos sin comprender demasiado bien el hallazgo. Finalmente decidió abrir el primer cajón. Se topó con una cámara fotográfica bastante moderna; le sorprendió que Darío jamás se la hubiera mostrado. Eran aparatos muy caros, y cualquiera que poseyera una presumía delante de sus conocidos. Frunció el ceño y la cogió para examinarla con cierta curiosidad. Estaba recubierta por una capa de cuero marrón, y la marca *Kodak* destacaba en el frontal. Nunca había visto una de cerca, le pareció magnífica y temió romperla con su torpeza. Volvió a dejarla en su sitio y, al hacerlo, el cajón emitió un sonido sordo. Golpeó con los nudillos el terciopelo rojo que hacía las veces de fondo y detectó que había algo más debajo: un compartimento secreto. Dudó si abrirlo o no; destapar secretos siempre traía consecuencias, y no sabía si estaba preparada para afrontarlas. Sin embargo, no podía quedarse con la duda. ¿Qué escondía Darío? ¿Tendría algo que ver con los negocios que manejaba con Álvaro? Al final se decidió por levantar el doble fondo. La fina tapa de contrachapado se escurrió de entre sus dedos. No reparó en el sonido que hizo al golpear el suelo. De pronto se había quedado sorda, incluso había dejado de respirar, como si estuviera suspendida en el aire.

Frente a ella había un puñado de fotografías.

Sonrisas en blanco y negro.

Abrazos capturados en el tiempo.

La mirada de Mauro. Y la suya.

No era posible. ¿Por qué Darío los había retratado a escondidas? Sintió que algo se resquebrajaba en su interior, algo que ya habían roto una vez. Cayó de rodillas en el suelo, con las instantáneas temblando en sus manos. El rostro de su hijo se emborronó por culpa de las lágrimas y apenas fue capaz de leer las notas que había detrás de cada una de las imágenes. En todas se repetían los mismos nombres: Lucilda y Mauro Viñuales, acompañados del momento en el que se había tomado la fotografía. Lucilda observó con espanto que las fechas se remontaban a marzo de 1939. Eso significaba que Darío ya sabía quién era cuando se habían conocido en casa de Madame Lambert: su acercamiento no había sido fortuito. Desplegó todas aquellas pruebas en el suelo y no pudo contener un sollozo cuando descubrió una imagen de ella comprando carne tan solo una semana atrás. La verdad la golpeó con la dureza de un mazo: Darío llevaba espiándolos más de un año. La había estado engañando todo el tiempo. No la amaba, era probable que ni siquiera le gustara y que esos meses hubiera estado fingiendo con tal de tenerla cerca. Su relación había sido una farsa. ¿Qué clase de ser ruin era capaz de algo así? Por un momento pensó que Álvaro y él tenían más en común de lo que creía: ambos eran seres despiadados, serpientes que se habían enroscado en su vida con siseos y mentiras.

Estaba tan sumida en su propio dolor que no escuchó los pasos que se avecinaban por la escalera. Tampoco oyó la puerta de la entrada abrirse bajo la pesada llave oxidada. Ni siquiera se volvió cuando sintió una presencia a su espalda. Lo único que pudo llegar a sus oídos fue una bolsa de papel que caía al suelo: un par de cebollas

rodaron por el entarimado; el pan se resquebrajó al caer y una explosión de migas detonó a su alrededor. Luego vino la exhalación, la sorpresa, el estupor.

—Lucilda, puedo explicártelo.

# CONCEPCIÓN

*22 de mayo de 1941, Jaca*

Dorotea removía el café con desgana. No le apetecía comer, y notaba que su cuerpo estaba cada vez más débil. Natividad le había advertido en varias ocasiones que los vestidos empezaban a quedarle demasiado holgados. «Debería comer, señora, o terminará enfermando», solía advertirle, preocupada. Sin embargo, Dorotea no cambiaba. Poco le importaba ponerse enferma. En ocasiones se planteaba la posibilidad de dejar de existir, de dejar de respirar el mismo aire infesto que Álvaro. La muerte no podía ser peor.

—¿Piensas seguir dándole vueltas al café mucho tiempo más?

Dorotea se obligó a levantar la vista hasta doña Urraca, que se encontraba desayunando a la otra punta de la mesa. Aquella mañana Álvaro se había marchado temprano al cuartel, así que estaban solas. Su suegra ya se había tomado parte del té y untaba con cierta desidia un par de tostadas con mermelada de arándanos. Dorotea se fijó en el cuchillo, que doña Urraca movía lentamente sobre el pan. La mermelada era casera: un mejunje pegajoso y rojo intenso con demasiado azúcar que la cocinera se empeñaba en elaborar con las frutas de temporada.

Aunque Dorotea detestaba desayunar en compañía de doña Urraca, las mañanas en las que Álvaro se ausentaba solían ser tranquilas. Su suegra se limitaba a comer mientras leía alguna gaceta femenina y la ignoraba como si se tratara de un mueble más del salón.

Por eso le sorprendió tanto que se dirigiera a ella, incluso que hubiera reparado en que le daba vueltas a la cucharilla como si fuera un carrusel.

—Natividad —añadió entonces doña Urraca—, prepárale un vestido decente a doña Dorotea. El azul estará bien.

Natividad le dirigió una mirada dubitativa a Dorotea antes de marcharse a toda prisa. Dorotea se preguntó qué tenía de malo el sencillo vestido de algodón que había elegido esa mañana. No era ostentoso, pero era lo más cómodo para pasarse el día encerrada en la villa.

—Vamos a salir.

Dorotea arqueó las cejas. Lo último que deseaba era dar un paseo con su suegra, pero tampoco podía negarse; hubiera resultado demasiado grosero, y Álvaro no le perdonaría que le hiciera un desplante así a su madre. Se estremeció tan solo de pensar en el castigo. Terminó asintiendo, dejó la cucharilla junto a la taza de café, intacta, y se dirigió hacia su habitación sin decir nada. No le pasó inadvertida la mirada de desaprobación de doña Urraca hacia su esbelta cintura cuando pasó por su lado. Aunque ni ella ni Álvaro habían vuelto a mencionarlo, la ausencia de un heredero pesaba en el ambiente como una losa.

Dorotea detestaba ese vestido de color celeste; era llamativo y se sentía como un pavo real. Doña Urraca se lo había comprado una mañana en la que habían acudido a la casa de modas del centro de la ciudad, poco después de la boda. La única pretensión del conjunto era

dejar clara su posición y su fortuna. Sin embargo, Dorotea se sentía empequeñecer dentro de aquellas telas. Odiaba la incomodidad del corsé, que se le clavaba en las costillas con cada traqueteo del carruaje. El sombrero no era mucho mejor: las plumas le impedían ver con claridad las calles a través de la ventana.

—¿Adónde vamos? —quiso saber.

Doña Urraca no acostumbraba a llevarla a sus citas. Dorotea sabía que su suegra tenía una agitada vida social: meriendas con amigas, almuerzos en clubes de la alta sociedad, bailes en los palacetes más destacados de la zona. Pero solía dejarla al margen, como si creyera que Dorotea no era digna de tales celebraciones.

Su suegra la miró con hastío, puede que molesta por su pregunta. Estaba segura de que la prefería cuando estaba callada, que era la mayor parte del tiempo.

—Ya lo verás.

Dorotea apretó los labios, como una niña impaciente a la que acaban de reprender por su curiosidad.

El carruaje tardó algo más de media hora en llegar a su destino. Por las casas ordenadas y limpias dedujo que se encontraba en un barrio decente, aunque modesto. No había ni rastro de las casonas como Villa Montesinos que poblaban la zona alta de la ciudad. El lacayo ayudó a doña Urraca a apearse del carruaje y Dorotea comprendió por qué no habían acudido con el Hispano Suiza: hubiera llamado demasiado la atención.

Dorotea siguió a su suegra hasta el umbral de una casa más grande que las demás. ¿A quién iban a visitar? La pregunta le

quemaba en la punta de la lengua, pero se obligó a mantener la boca cerrada. Doña Urraca llamó al timbre y esperaron un par de minutos a que una asistenta acudiera a la puerta. No tenía la presencia de doña Ángela, ni siquiera vestía un uniforme tan pulido como el de Natividad. Se trataba de una muchacha simple con la mirada apagada.

—¿Qué desean?

—Tenemos una cita con el doctor Uribe.

Dorotea dio un paso atrás. Sin embargo, doña Urraca apresó su muñeca con un movimiento rápido, obligándola a permanecer a su lado. La asistenta se metió por un pasillo de paredes blancas.

—¿Para qué necesitamos a un médico? —susurró para que tan solo su suegra pudiera oírla.

Doña Urraca no contestó, se limitó a apretar la mano con la que la agarraba para asegurarse de que no se marchara.

La asistenta volvió poco después, acompañada de un hombre mayor con bata blanca y un fonendoscopio colgando del cuello. A Dorotea no le gustó la mirada que le devolvieron aquellos pequeños ojos a través de unos lentes amarillentos.

—¿Es esta la joven? —dijo mirando a Dorotea.

Doña Urraca asintió y Dorotea la miró, descolocada. No comprendía nada. ¿Por qué estaban allí? Hasta donde ella sabía, su salud se encontraba en perfecto estado.

—Pasen a la consulta —ordenó, y la voz le resultó aguda para ser la de un hombre.

Dorotea notó que doña Urraca tiraba de su brazo. No quería seguirla, pero estaba tan desconcertada que sus piernas se movieron

automáticamente. No podía montar un espectáculo en mitad de la consulta.

El doctor Uribe las condujo hasta un consultorio desangelado: paredes blancas, una licenciatura torcida en la pared y una camilla con extrañas extensiones en la zona inferior. Las invitó a sentarse en el par de sillas que se encontraban frente a un viejo escritorio.

—¿Y bien? Cuénteme, señora Dalmau —dijo clavando sus ojos de ratón en Dorotea—, ¿desde qué edad tiene el período?

Dorotea abrió la boca, ofendida, y miró a doña Urraca.

—Disculpe, pero no entiendo qué hacemos aquí —atajó.

El médico le dedicó una sonrisa.

—No tiene de qué avergonzarse, no es usted la primera mujer con problemas para concebir.

Dorotea se puso en pie de un salto.

—¡Yo no tengo ningún problema!

Doña Urraca tiró de ella con tal fuerza que la obligó a sentarse de nuevo en la silla.

—Escúchame bien —susurró su suegra entre dientes—, hemos venido para solucionarlo. No seas desagradecida.

Dorotea soltó una risa desganada.

—¿Desagradecida?

—Álvaro ha estado de acuerdo —añadió—, y no querrás contrariarlo. Aunque no lo creas, conozco bien a mi hijo. No le gustará que le desobedezcas.

Dorotea tragó saliva. Toda su valentía acababa de esfumarse. Cerró los ojos para contener las lágrimas.

—Entonces —zanjó el médico—, ¿cuándo tuvo su primera menstruación?

Dorotea tuvo que responder a un puñado de preguntas sobre su intimidad, a cada cuál más humillante. «¿Sus períodos son regulares?». «¿Hay en su familia antecedentes de problemas para concebir?». «¿Sabe que el ciclo de una mujer dura veintiocho días? Debe yacer con su esposo en el día catorce para tener más posibilidades de concebir». «Luego quédese un tiempo tumbada con las piernas en alto». Dorotea quería gritar. Deseaba agarrar a ese médico enclenque por las solapas de su bata blanca y zarandearlo hasta que se le acabaran las preguntas. Sin embargo, el hombre no parecía percatarse de su incomodidad.

—Bien, pasemos a la exploración.

—¿Exploración? —repitió.

El médico señaló aquella extraña camilla y asintió.

—Quítese la ropa.

—No voy a desnudarme.

Doña Urraca resopló:

—Si no lo haces, habrá consecuencias.

¿Consecuencias? ¿No la humillaba ya lo suficiente su hijo como para ahora tener que desnudarse frente a un hombre que no comprendía la situación?

—Quiero asegurarme de que eres capaz de darnos un heredero. Empiezo a creer que nos has estado engañando todo este tiempo; puede que no seas capaz de engendrar y nos lo hayas ocultado.

—¡Jamás haría algo así!

—No importa. Álvaro quiere saber que eres apta, y eso haremos.

Dorotea se quitó la ropa. No pudo contener las lágrimas cuando se colocó una fina tela con olor aséptico sobre el cuerpo. Luego se tumbó. Comprobó, horrorizada, para qué servían cada una de las extensiones articuladas que había visto en la zona baja de la camilla. El doctor Uribe le colocó una pierna sobre cada una de ellas y la dejó expuesta. Dorotea lloró en silencio y apartó la mirada hacia la pared. No quería que doña Urraca la viera; o quizá era ella quien no quería verla. Cuando pensaba que la situación no podía ser peor, sintió las manos enguantadas del hombre hurgando en su interior. Se contrajo.

—Relájese, señora Dalmau, o le haré daño —advirtió.

Dorotea no pudo relajarse, y sintió cada uno de los movimientos como un dolor lacerante que se extendía por su interior. Le pareció eterno. Casi tanto como las noches en las que Álvaro la sometía. Tan solo logró volver a respirar cuando el médico retiró la mano. Escuchó el sonido del látex al golpear la papelera. Cerró las piernas y sintió que algo húmedo se escurría por sus muslos. Estaba segura de que era sangre.

Se vistió con la mirada gacha, sin atreverse a hablar. El doctor Uribe le ofreció la silla junto al asiento en el que se encontraba doña Urraca, pero Dorotea no la aceptó. No hubiera sido capaz de sentarse con ese dolor.

—Como desee —concluyó el médico antes de acomodarse en su butaca.

Se recostó hacia adelante y entrelazó los dedos bajo su barbilla. Luego se dirigió a doña Urraca, como si ella no existiera, cuando

acababa de explorar su cuerpo como si se tratara de un animal.

—A priori, no detecto ninguna anomalía en el útero ni en la matriz. Como le dije en la primera consulta que me realizó, una mujer joven puede llegar a tardar entre seis meses y un año en concebir. Deben tener paciencia y seguir los consejos que les he dado. Aproveche esta semana, está ovulando.

Dorotea tuvo que reprimir el llanto durante todo el camino de vuelta. Las irregularidades del terreno le resultaban insoportables, y en cada traqueteo tenía que acallar un alarido de dolor. Lo peor fue la sonrisa de satisfacción de doña Urraca.

Dorotea daba vueltas frente a la puerta del despacho de Álvaro. Sabía que era territorio prohibido, su espacio, en el que detestaba que nadie lo molestara. Allí trataba asuntos delicados que nadie debía conocer, así se lo había dicho poco después de casarse. Sin embargo, no podía dejar a un lado lo que había ocurrido esa mañana. Todavía le dolían el cuerpo y el orgullo; debía poner ciertos límites o él y su madre continuarían haciendo lo que se les antojara con ella. Y no era ningún objeto. Se acercó a la puerta entreabierta, decidida a hacerse escuchar. Se detuvo en seco cuando detectó una voz masculina que no era la de su marido. Le resultaba vagamente familiar, aunque le costaba recordar dónde la había escuchado antes.

Se pegó a la puerta para poder ver por la pequeña rendija y localizó a Álvaro, de espaldas a ella. Frente a él se encontraba un hombre algo más joven. Era alto, apuesto y tenía unos penetrantes ojos oscuros. Entonces recordó dónde lo había visto: en el baile donde

había conocido a Álvaro un año atrás. Carlos de Arzúa. Así se llamaba, si no le fallaba la memoria.

—¿Está seguro, teniente? —preguntaba Álvaro.

—Sí, me acaban de confirmar que hay una red de espías en la estación de Canfranc. Piénselo, se trata de un puerto fronterizo entre dos países, uno de ellos en guerra y medio ocupado. Las posibilidades son infinitas.

—¿Qué se sabe sobre ellos?

—Poca cosa. Creemos que hay un correo que transporta mensajes por la red ferroviaria en el último tren diurno. Sospechamos que puede tratarse de una mujer; la apodan «la sombra».

—Sí, he oído hablar de ella; dicen que siempre viaja en el último tren —escupió Álvaro—. Trasládese a la estación de Canfranc de forma inmediata. Avisaré a mi contacto de la Gestapo, llegó hace unos días a la estación y seguro que le será de utilidad. Mantenga vigilados a todos los que trabajan allí: cuanto más inocentes le parezcan, más estarán escondiendo. Nunca falla.

Dorotea vio cómo Carlos de Arzúa asentía y se cuadraba frente a su superior. Después tuvo que correr a esconderse para que no se topara con ella al salir del despacho. Lo observó marcharse y, cuando creyó que era seguro, acudió de nuevo a la puerta. Puso la mano sobre el pomo y tomó aire antes de entrar.

Álvaro le dedicó una mirada inquisitiva nada más verla.

—¿Qué haces aquí?

No podía esperar amabilidad de él.

—Esta mañana tu madre me ha llevado a un obstetra —soltó sin

más dilaciones—. Ni siquiera me habéis consultado. No podéis hacer esto.

—Eres mi mujer, no debo consultarte nada.

Álvaro dio un par de pasos hacia ella y la tomó del rostro con un gesto brusco.

—Mi madre ya me ha dicho que está todo bien —dijo muy cerca de ella—. Es un alivio.

Dorotea se mordió el labio. ¿Qué había esperado? ¿Apoyo? ¿Que reconociera que no habían obrado bien? Álvaro tenía un objetivo, lo demás le daba igual.

—Espérame esta noche, por lo visto es el momento ideal.

Dorotea tembló.

—Ahora márchate, estoy ocupado.

Dorotea salió de allí a trompicones. Si había algo peor que las torturas a las que Álvaro la sometía en la cama, era la anticipación. Pasó toda la tarde imaginando lo terrible que sería: el peso sobre ella, el olor a hierbabuena, los golpes, las manos por todas partes.

Al final del día, llegó a una conclusión: terminaría enloqueciendo si continuaba así. Debía escapar de esa situación, y tan solo podía contar consigo misma. Nadie vendría a rescatarla, no saldría de aquella casa si no lo hacía por sus propios medios. Pero ¿qué podía hacer contra Álvaro y doña Urraca?

## RESISTENCIA

*23 de mayo de 1941, Canfranc*

—¿Tú lo sabías?

Alicia la miró sin comprender.

Desde que habían llegado a Canfranc apenas se dirigían la palabra. Soledad pasaba los días trabajando en la cafetería de la estación, y no tenía ni idea de a qué dedicaba su hermana el tiempo libre. Suponía que a mirarse en el espejo y elegir vestidos con los que gastar el sueldo que a ella tanto le costaba conseguir. O eso creía por el aspecto impoluto que siempre lucía.

—¿Saber el qué?

—Que Arno está aquí.

No hizo falta que Alicia respondiera; el ligero movimiento de la comisura de sus labios la delató.

—¿No pensabas decírmelo?

—¿Para qué? ¿Para que volvieras a separarnos?

Soledad llevó los ojos al techo de la habitación. Gérard les había conseguido aquella estancia en el hotel de la estación para una larga temporada a un precio irrisorio gracias a sus contactos.

—Olvidas lo que le hizo a Tante Gertrude —advirtió.

—No fue él.

—No seas ingenua, por supuesto que fue él. ¿Y qué crees que hace aquí?

Alicia apretó los labios y la miró con sus preciosos ojos azules

cargados de rabia.

—Ha venido para estar conmigo. ¿Qué más pruebas necesitas de que lo nuestro es verdadero?

Soledad se pasó la mano por la cara y resopló. Tuvo que contener las ganas de zarandear a su hermana para que despertara de la ensoñación.

—Tan solo está aquí para tenernos cerca —insinuó.

Soledad le había dado muchas vueltas a las razones que podían haber llevado a Arno a la estación de Canfranc. La casualidad quedaba descartada: era prácticamente imposible que enviaran al único agente de la Gestapo que conocía justo al puerto fronterizo donde ellas habían acudido para tratar de salvar a Gertrude. Y, por supuesto, el amor tampoco le parecía un motivo de peso; dudaba que Arno fuera capaz de albergar ningún sentimiento.

—Puede que sepa por qué estamos aquí —añadió Soledad.

Tan solo le había contado lo justo a Alicia, que quizá Gérard pudiera ayudarlas a salvar a Gertrude. No le había dado detalles sobre cómo lo estaban intentando ni sobre la información que se dedicaba a pasar a través de la red ferroviaria durante sus viajes a Madrid. Gérard se encargaba de buscarle coartadas para sus escapadas: un envío especial de la cafetería, asuntos en la ciudad relativos a los papeles del negocio o incluso la selección de nuevos proveedores. Cualquier cosa servía para encubrir sus ausencias, cada vez más frecuentes. Hasta donde sabía, Alicia no sospechaba nada, y no podía arriesgarse a que descubriera la verdad. Estaba segura de que, si se lo contaba, tarde o temprano terminaría diciéndoselo a alguien, o peor aún, a Arno

Becker.

—Por supuesto que no sabe por qué estamos aquí —refunfuñó Alicia, presa de un súbito enrojecimiento—. Y si lo supiera, lo más probable es que nos ayudara.

—Ni se te ocurra explicárselo —espetó Soledad.

El tono elevado de su voz la traicionó, y Alicia entornó los ojos.

—¿Hay algo que yo no sepa?

—No hay nada que saber —concluyó, recuperando la compostura —. Lo único que importa es que te mantengas alejada de él.

—No pienso hacer eso después de lo que nos ha costado reencontrarnos.

—Mira que eres obtusa.

—Si estás celosa, tan solo tienes que mirar un poco a tu alrededor; seguro que encuentras algo parecido.

—¿Disculpa?

Soledad no comprendía el giro que le estaba dando a la conversación, aunque no era la primera vez que la acusaba de tener envidia de su relación con Arno.

—Oh, vamos, no me digas que no te has percatado de cómo te mira el señor Lemêtre.

Soledad sintió, muy a su pesar, que se ruborizaba. Quizá no había querido darse cuenta, pero era cierto que de un tiempo a esta parte notaba que Gérard la observaba más de lo habitual. Sus ojos se volvían encontradizos, y su mirada verde hacía que le temblaran las manos cuando él le daba uno de los correos que debía llevar hasta Madrid. Sin embargo, siempre había sido correcto y jamás había

insinuado nada.

—No digas estupideces.

Soledad salió de la habitación sin despedirse. Tan solo cuando se encontró en la calle con la suave brisa de la primavera acariciándole el cabello, se percató de que Alicia se había salido con la suya: había zanjado la discusión sobre Arno.

Aquella tarde alguien le dejó una nota tras la barra del bar. Gérard la citaba en su despacho al anochecer. No era la primera vez que el jefe de aduanas la mandaba llamar de ese modo tan peculiar; sin embargo, después de la conversación con Alicia, Soledad se sintió más inquieta de lo habitual al pensar en encontrarse a solas con él.

No solía reparar demasiado en su aspecto, pero antes de acudir a la cita se metió en el servicio de señoras para mirarse en el espejo. Tenía el cabello revuelto después de todo el día sirviendo cafés, así que se lo atusó como pudo y se rehízo el recogido. Se golpeó suavemente las mejillas para darle color a un rostro que estaba demasiado pálido; lo achacó a los nervios. Vio que sus labios estaban algo cortados por los cambios de temperatura y se colocó un poco de aceite para hidratarlos y darles luminosidad. Después se quitó el delantal y pasó las manos sobre el sencillo vestido beige que se había puesto ese día. De haberlo sabido, habría elegido otro un poco más elegante. Sin embargo, ya no había tiempo de cambiarse de ropa. Tendría que valer.

Llamó a la puerta con los nudillos temblorosos. Gérard abrió y miró a ambos lados del pasillo para asegurarse de que nadie los viera.

Soledad no sabía si aquella cautela era por su reputación o para no levantar sospechas sobre sus actividades clandestinas. Al comprobar que estaban solos, Gérard se hizo a un lado para que pudiera entrar. Soledad cerró la puerta tras ella y se apoyó sobre la madera; era suave, quizá la hubieran pulido hacía poco.

—¿Va todo bien? —preguntó él, detectando su inquietud.

—Sí.

—Parece nerviosa, señorita Müller. ¿Es por ese tipo de la Gestapo?

Soledad resopló y le dedicó un gesto ambiguo. Prefería que Gérard pensara que era la presencia de Arno y no la suya la que hacía que se sintiera así. Gérard dio un paso hacia ella y recortó la distancia.

—¿De qué lo conoce?

Soledad se obligó a centrarse.

—Sospecho que fue él quien delató a Gertrude —soltó con disgusto—. Estudiábamos en el mismo centro y teníamos un círculo de amigos común en Hamburgo. Se acercó mucho a Alicia, mantenían una relación.

Soledad le contó que Arno debía de haber encontrado la radio cuando él y Alicia estaban a solas en casa de Gertrude, tan solo un par de días antes de la detención. Gérard apretó las mandíbulas. Solía mantener la calma, pero Soledad pudo ver con claridad cómo la situación lo enfurecía.

—¿Y qué hace aquí? ¿Las ha seguido?

—Diría que sí. Alicia está enamorada de él y me temo que la utiliza para conseguir información.

Gérard la tomó por los hombros y Soledad se tensó; no la había

tocado nunca. Trató de acompasar su respiración para que él no notara el efecto que le causaba ese gesto.

—Debe tener mucho cuidado. Estoy seguro de que si ha llegado hasta aquí es porque sospecha de ustedes. Puede que crea que colaboraban con Gertrude.

Soledad se humedeció los labios. Gérard bajó la mirada hasta ellos. Ella suspiró. Él se acercó más; subió la mano del hombro hasta su mejilla.

—No se preocupe, sé cómo tratar con esa gente. Me encargaré de mantenerlo al margen.

Soledad no fue capaz de contestar. Tan solo podía pensar en su cercanía. ¿Cómo sería besar a un hombre? Prefería no recordar el intercambio forzoso con Arno. Gérard pareció leer sus dudas y se aclaró la garganta. Iba a dar un paso atrás cuando Soledad lo agarró tímidamente de la manga de la camisa. No quería que se marchara. Gérard no necesitó palabras para entenderla, y acortó la distancia que los separaba. Se quedó quieta un instante, mientras sentía los labios suaves de Gérard sobre los suyos. Soledad suspiró y luego le devolvió el beso con ansiosa torpeza. Le pareció percibir una leve sonrisa cuando él se separó. Era evidente que ella no tenía experiencia, y Soledad se avergonzó de su propio ímpetu. Sin embargo, Gérard no dijo nada más. Tan solo le acarició la barbilla con cuidado antes de volverse hacia el escritorio.

—Me ha llegado información sobre Gertrude —dijo mientras recogía unos papeles que habían estado descansando sobre la mesa, e hizo una pausa antes de continuar—: se encuentra en el campo de

prisioneros de Neuengamme.

Soledad agradeció tener todavía la puerta contra su espalda. No sabía si era mejor la incertidumbre de si Gertrude estaba viva o muerta, o saber a ciencia cierta que se encontraba en uno de esos horribles lugares.

—La buena noticia es que, ahora que conocemos su paradero, nos será más fácil negociar.

Soledad asintió.

—No podemos dejarla ahí por más tiempo —contestó ella, con la mayor entereza de la que fue capaz—. Se escuchan cosas terribles.

Gérard asintió y sacó un sobre de su secreter.

—Por eso he preparado esta carta, mañana al alba deberías partir con el primer tren para entregarla cuanto antes a nuestro contacto.

Soledad se percató de que había dejado las formalidades a un lado. Su corazón se aceleró, no supo si por ese detalle o por la próxima misión.

—Así lo haré.

—Ya pensaré en una buena excusa para tu hermana.

Soledad se acercó a él para recoger la carta y se quedaron mirando unos instantes. Gérard tomó su rostro entre las manos y depositó otro beso sobre sus labios.

—Ten mucho cuidado.

Soledad se levantó de la cama cuando todavía no había amanecido. Apenas había logrado conciliar el sueño; estaba nerviosa. Deseaba entregar aquel correo lo más pronto posible para poder ayudar a

Gertrude. No soportaba la idea de que estuviera encerrada en un lugar mugriento, en condiciones infrahumanas. Aunque ninguna fuente oficial lo decía, había montones de rumores sobre lo que ocurría en los campos de concentración. En el fondo esperaba que se tratara de exageraciones, pero su intuición le decía que los nazis eran capaces de todo.

Alargó la mano hacia el primer cajón de su mesilla de noche, donde había ocultado la carta en el interior de una de sus novelas. En un principio no logró dar con ella y, presa del pánico, encendió una pequeña vela para alumbrarse. Respiró más tranquila cuando localizó el libro en un rincón, con la misiva ladeada en su interior. Frunció el ceño. ¿La había dejado tan a la derecha? ¿Y de una manera tan descuidada? Le resultó extraño. Solía ser muy maniática con esas cosas, detestaba el desorden y los elementos disonantes. Nunca dejaría la carta torcida. Quizá le había dado un golpe mientras rebuscaba en el cajón. Pero ¿y si…? Miró hacia la cama de su hermana. ¿Se habría atrevido Alicia a husmear entre sus cosas mientras dormía? Aterrada ante la posibilidad de que hubiera leído el contenido de la carta, comprobó el cierre del sobre. Sus latidos se relajaron al comprobar que estaba intacto. De todos modos, recordó que Gérard escribía con un lenguaje cifrado.

—Sé lo que estás haciendo.

Si por sus venas hubiera corrido agua, se habría congelado. Alicia seguía tumbada en la cama, de espaldas a ella; una manta de cuadros escoceses cubría sus hombros y, aunque su voz no había sido más que un susurro, el mensaje había sido muy claro. Soledad abrió la boca: no

supo qué decir. Cualquier cosa que añadiera, cualquier excusa o mentira podía girarse en su contra. ¿Hasta dónde sabía su hermana en realidad? Puede que no tuviera pruebas, quizá ni siquiera se refiriese a la carta. ¿Y si la había visto besarse con Gérard en el despacho? Puede que solamente se refiriera a eso.

Alicia se incorporó en el lecho y por fin se volvió hacia ella. Su mirada era acusatoria.

—Trabajas para ellos —añadió por si todavía tenía dudas sobre lo que decía.

Soledad guardó el libro dentro del bolso, asegurándose de que la carta quedaba bien oculta. La vela que todavía sostenía en la otra mano proyectaba sombras trémulas en las paredes; era incapaz de mantener el pulso firme.

—No sé de qué me hablas —zanjó.

Lo mejor sería no dar explicaciones. Salió de la habitación con un portazo y echó a correr hacia el andén número dos, del que partiría su tren.

Soledad se removió en el sillón que le habían asignado, pero no conseguía encontrar una postura cómoda. Todavía estaba nerviosa, puede que no lograra quitarse esa sensación de inseguridad en todo el día. Quería correr a contarle a Gérard que su hermana la había descubierto. Él sabría cómo gestionarlo. ¿Debía enfrentarla? Quizá lo mejor sería intentar negociar con ella, pero Alicia era demasiado testaruda, y con las ideas fascistas que le habían metido en la cabeza, sospechaba que no tendría piedad. No la había tenido con Gertrude.

«Arno dice que no hay sitio en el Reich para los traidores». Esa era su sentencia. ¿La delataría? Miró por el enorme ventanal del tren con la intención de distraerse. Si seguía con divagaciones, terminaría naufragando en un mar de dudas.

Entonces lo vio: uniforme oscuro con un abrigo hasta los tobillos, gorra de plato y postura desafiante. Aunque estaba segura de que Alicia no podía haber hablado con Arno todavía, un sudor frío empezó a recorrerle la espalda cuando lo localizó en el andén. Por suerte estaba de espaldas a ella y no pudo ver su expresión atemorizada. De haberla visto, habría sospechado al instante. Arno charlaba con otro hombre uniformado, aunque no se trataba de un oficial de la Gestapo, sino de un teniente español. Era incluso más alto que él, quizá por eso pudo ver sus ojos. Oscuros como la noche. No era posible; pero no había duda.

Aquella mirada todavía la perseguía en sueños.

¿Cuántas veces había deseado volver a verlo?

Y ahora, sin embargo, una maraña se alojó en su estómago. ¿Por qué Carlos estaba hablando con Arno? ¿Y qué hacía en Canfranc?

El tren arrancó antes de que pudiera formularse más preguntas. No apartó los ojos de él mientras empequeñecía en el horizonte.

## EL ANILLO

*5 de octubre de 2022, Barcelona*

Maldito minibar. O bendito, según se mire. Durante las últimas semanas nos habíamos encontrado en la habitación del hotel de Luther. Era una maravilla: espaciosa, minimalista, y siempre olía a limpio. Me encantaba estar allí con él; me sentía como una amante clandestina, aunque sin nada que ocultar y sin ningún sentimiento de culpa. Era un idilio perfecto. Habíamos llegado a una especie de pacto silencioso y no comentábamos nada del trabajo cuando estábamos juntos. Por otro lado, en el cine nos tratábamos como dos socios bien avenidos, y nadie hubiera adivinado nuestra relación si no se fijaba demasiado en el modo de mirarnos. Tampoco hablábamos de sentimientos, sospechaba que él no estaba todavía en esa fase y yo, pese a saber que estaba enamorada de él, prefería avanzar con calma. A veces también nos veíamos en mi apartamento, aunque me daba un poco de reparo que terminara descubriendo la caja en la que todavía conservaba recuerdos de mi matrimonio. Además, temía que mi padre apareciera por casa uno de esos días y se encontrara con Luther en calzoncillos. Hubiera sido una situación bochornosa. Así que normalmente nos encerrábamos en su cómoda y secreta habitación del Palace y dábamos rienda suelta a nuestras pasiones.

Aquella mañana me desperté con dolor de cabeza, envuelta entre las sábanas blancas que aún olían a suavizante. Se me habían enroscado en las piernas de tal manera que por un momento me costó

moverme, hasta que logré liberarme de su suave prisión. Miré hacia al lado y descubrí que Luther no estaba. Escuché la ducha. Suspiré aliviada; a pesar del paso que habíamos dado, todavía tenía la sensación de que saldría corriendo en cuanto tuviera ocasión. Me reprendí por mi incapacidad de confiar en los hombres, César se había encargado de ello. Me rugieron las tripas de un modo tan vergonzoso que agradecí que Luther no estuviera a mi lado para escucharlas. Habíamos pasado la noche sin dormir, y se nos había vuelto a pasar la hora del desayuno. Decidí comer algo del minibar mientras esperaba a que terminara de ducharse. Busqué la carta de precios encima del escritorio, pero no la encontré. No pensaba consumir nada sin antes asegurarme de que no me iba a costar un riñón; sabía lo abusivos que podían llegar a ser los hoteles, y más en las grandes ciudades. Como no di con la carta, la busqué en el armario. Tan solo encontré las instrucciones de uso de la caja fuerte y del servicio de lavandería. Cada vez más hambrienta, me puse a rebuscar dentro de los pocos cajones que había en la estancia. Así fue como llegué a las mesitas de noche; era un lugar poco frecuente para guardar la carta de comidas, pero cosas más extrañas había visto. Por fin di con ella en el cajón de la mesita de Luther. Sonreí al ver que podía permitirme un paquete de galletas, incluso dos. Sin embargo, la expresión se congeló en mis labios cuando descubrí un anillo dorado en el fondo del cajón. Se asemejaba demasiado a una alianza. ¿Era eso posible? ¿Me había dejado engañar de nuevo? No podía ser tan estúpida. Alargué la mano y agarré la joya como si fuera a quemarme en los dedos. La esfera dorada era perfecta, tan solo destacaba un diamante en el centro.

Había un grabado. Contuve la respiración. Esperaba encontrar un nombre de mujer, quizá la fecha del enlace. No sé si lo que descubrí fue peor.

G.L. Nada más.

Entonces reparé en que la alianza parecía antigua, no creía probable que se tratara de su anillo de bodas. Cómo mucho, Luther debía de rondar los cuarenta años, era imposible que esa antigüedad fuera suya. Por un instante me sentí aliviada, me había dejado llevar por mi desconfianza patológica. Sin embargo, algo resonaba en mi mente como un mantra lejano. El aspecto del anillo me resultaba familiar, aunque estaba segura de que no lo había visto nunca. ¿Era eso posible? De pronto recordé dónde había oído hablar antes sobre él, y casi colapsé.

«Me he tomado la confianza de grabar mis iniciales», le había escrito Gérard Lemêtre a Soledad. Las iniciales coincidían, pero quizá me estaba dejando llevar por una fantasía. ¿Cómo iba a tener el anillo Luther? Era del todo imposible. G.L. debía de ser otra persona. «Si presionas sobre el diamante central, descubrirás que tiene un diminuto compartimento», había añadido el señor Lemêtre en su carta. Ahí tenía mi respuesta. Si quería saber si era el mismo, tan solo debía intentarlo. Presioné con mucho cuidado la esfera que, a pesar del paso del tiempo, todavía brillaba. Escuché un clic. Luego se abrió hacia un lado y dejó al descubierto un pequeño espacio para esconder notas. Me lo quedé mirando un buen rato, quizá tratando de asimilar lo que significaba: Luther me había mentido. No con otra mujer, como había hecho César. No, había sido más sutil, y más ruin si cabe. Todas las

dudas que había tenido sobre él inicialmente habían sido fundadas. Me ocultaba cosas desde el principio. No sabía por qué ni qué intenciones escondía, pero me dio muy mala espina. Tuve la sensación de que me había estado utilizando para obtener información, quizá sobre esa tal Soledad, sobre Gérard, sobre Dorotea o incluso sobre mi propia abuela. ¿Por qué no me lo había explicado? Si necesitaba datos para algún trabajo de investigación como historiador, le había dejado claro que no tenía problemas en brindarle los materiales que necesitara. Yo había sido sincera con él. Entonces, ¿por qué ocultarme algo así?

El chorro de agua de la ducha se detuvo; unos instantes después, escuché el pomo de la puerta. Metí el anillo de nuevo en el cajón y lo cerré de un golpe. Me levanté y recogí mi ropa del sillón justo al mismo tiempo en el que Luther salía del baño. Me miró extrañado cuando me puse de espaldas para ocultar mi desnudez. Hasta hacía apenas unos minutos no me importaba que viera cada rincón de mi cuerpo, pero ahora me sentía demasiado humillada. Me vestí a toda velocidad, incapaz de quedarme en la misma habitación que él por mucho tiempo.

—Ha surgido algo en la inmobiliaria —mentí—. Tengo que ir ahora mismo.

—¿Un sábado?

—Sí. Es una venta importante.

Pareció contrariado, pero terminó asintiendo. Me coloque la fina gabardina antes de salir de la habitación; el frío se había apoderado de mi cuerpo, que había ardido hacía apenas una hora en los brazos de

Luther.

Me refugié en mi piso. No me apetecía ver a nadie, quería estar sola para pensar en lo que había descubierto con cierta perspectiva. Lo único que sabía seguro era que no pensaba revelarle a Luther que había encontrado el anillo; lo mantendría en secreto y me dedicaría a investigar sus intenciones en silencio. Seguiría sus movimientos de cerca, estaba segura de que él había hecho lo mismo conmigo sin ningún tipo de remordimiento.

Estaba tan furiosa con él, que no lloré hasta unas horas más tarde, cuando me percaté de que todo había terminado. No se trataba de una discusión sobre puntos de vista distintos. Era una traición. Había quebrantado mi confianza, y sabía que no podría lidiar con ello. Cuando alguien miente una vez, es capaz de hacerlo de nuevo. Eso era lo que había aprendido con César, y no iba a cometer el mismo error dos veces.

Hice algo que no había hecho hasta el momento: busqué el nombre de Luther Bécquer en internet. No encontré nada, ni siquiera un perfil en redes sociales o una fotografía de la orla de la universidad, era como si se tratara de un fantasma. ¿Hasta dónde llegaba el engaño? Empecé a dudar de que ese fuera su verdadero nombre. ¿Podía alguien en el siglo XXI no dejar rastro de ningún tipo en la red? Si quería averiguar algo más, no tenía otro remedio que continuar merodeando a su alrededor hasta que cometiera un desliz que me aportara algún dato sobre él: la fotografía de una anciana en su cartera, su doble nacionalidad… Era cuestión de tiempo que

cometiera otro error en su estudiada actuación. Lo único que no sabía era cómo iba a gestionarlo para que mi corazón no terminara convertido en cenizas. Así que decidí tomarme un tiempo para asimilarlo.

Nunca he sido buena actriz. Luther tardó poco más de dos días en darse cuenta de que lo estaba evitando. No había respondido a sus llamadas ni había ido a verle al hotel. Yo sabía que no habría sido capaz de mantener la compostura y habría terminado por confesarle que sabía la verdad. Por eso esperé hasta que me sentí preparada para presentarme en el Cine Imperial. Para entonces, Luther ya sospechaba que me ocurría algo.

—¿Va todo bien? —me preguntó en cuanto entré en el despacho que compartíamos.

Dejé mi bolso y la chaqueta en el colgador antes de mirarlo. Me obligué a sonreír.

—Claro.

Él entornó los ojos, no me creía. Me senté en el sillón y encendí el ordenador. Me concentré en la pantalla, aunque en realidad no estaba entendiendo nada de lo que leía en los correos electrónicos. Estaba demasiado ocupada fingiendo normalidad. Sentía su mirada clavada en mí. Debí imaginar que no iba a conformarse con esa respuesta.

—Me estás evitando.

Lo miré de nuevo y fingí sorpresa.

—¿Por qué dices eso? Solo he estado ocupada. El cliente que te comenté, el del sábado, quiere cerrar la venta cuanto antes y he estado

liada con los papeles.

Me había pensado muy bien la excusa y me resultaba de lo más verosímil. Él suspiró y se levantó de su butaca. Traté de mantener la calma cuando vi que se acercaba a mí con esos ojos cargados de pasión con los que me miraba antes de besarme. Bajé la mirada. Él me rodeó la cintura y se inclinó sobre mi silla sin dejar de observarme. Casi me perdí en sus ojos grises; los sentí tan turbios y opacos como él. ¿Qué escondía? Tuve que hacer un esfuerzo por carraspear. Si permitía que me besara, estaría perdida. No podía resistirme a él, lo deseaba demasiado. Y aquello tan solo me haría más daño.

—Estamos trabajando —dije con una mueca.

Él resopló.

—Te he echado de menos —susurró en mi oído.

Me estremecí y cerré los ojos por un instante, quizá para dejar de verlo. Me tentaba demasiado.

Me levanté bruscamente y se vio obligado a apartarse.

—Voy a buscar unos papeles, enseguida vuelvo.

Dejé a Luther en el despacho, algo descolocado por mi súbito distanciamiento. Sé que no debería haberme sentido culpable, pero lo hice. Siempre había sido sincera con todo el mundo, y ocultar cosas no iba conmigo. Me sentí sucia. Odié que me obligara a actuar así. Pero se lo merecía. Decidí que lo ahogaría en la incertidumbre. Me acercaría, me alejaría. Jugaría con él como él había jugado conmigo. Sin piedad. Así que me marché del cine sin regresar al despacho.

# DINERO

*22 de mayo de 1941, Jaca*

—Lucilda, puedo explicártelo.

Lucilda no se volvió. Prefería no tener que mirarle a la cara, era como si de repente Darío se hubiera convertido en un completo desconocido. ¿Quién era en realidad? ¿Por qué los había estado fotografiando a ella y a su hijo en secreto?

De pronto todas las piezas empezaron a encajar. El día que Jonás las había atacado en casa de Madame Lambert Darío no estaba de forma casual en la puerta. Había estado allí vigilándolos. Y cuando lo había ido a buscar al cuartel después de la muerte de Nora, ¿por qué el guarda de la puerta la había mirado extrañado? Quizá no conocía a Darío, puede que incluso nunca lo hubiera visto. ¿Su trabajo de sereno también era una farsa? Algo le decía que sí, que tan solo había sido una excusa para tenerla cerca. Se maldijo a sí misma por estar tan ciega.

—Lucilda…

Darío puso una mano sobre su hombro, y por primera vez su contacto la incomodó. Se apartó de él sin girarse.

—No me toques.

Lucilda no se percató de que todavía sostenía entre las manos un par de fotografías. Las había ido arrugando inconscientemente, como si con esa presión pudiera liberar algo de la rabia que sentía. Pensaba que no volvería a sentirse tan estúpida como cuando Álvaro la había

abandonado, pero se había equivocado. Ahora aún se sentía peor, porque ya no era ninguna niña ingenua, y porque no había aprendido de sus errores. Jamás debería haberse vuelto a enamorar. Tendría que haberse mantenido firme.

—¿Qué significa esto? —logró articular al fin.

Escuchó el carraspeo nervioso de Darío y se decidió a encararlo. Con Álvaro ni siquiera había tenido la oportunidad de replicar, por lo menos ahora no se quedaría con las palabras silenciadas en el pecho.

—Sois tú y Mauro.

Lucilda sonrió con incredulidad.

—Eso ya lo veo. Lo que quiero saber es por qué tienes fotografías de nosotros sin mi permiso.

—Me gusta tomar instantáneas sin que la gente pose y…

—¿Tan idiota te crees que soy? —gritó Lucilda.

Casi no se reconoció a sí misma cuando golpeó el pecho de Darío con las fotografías arrugadas. Nunca había sentido una furia tan grande. No solo le había mentido durante meses, sino que ahora se atrevía a intentar seguir con el embuste.

—Nos espiabas desde antes de conocernos —sentenció.

Darío resopló y se mesó el cabello. Miró por la ventana, como buscando una escapatoria de la mirada acusadora de Lucilda.

—Lo siento, de verdad.

—No quiero tus disculpas, quiero que me cuentes la verdad.

Darío se dejó caer en la cama, como si sus piernas no fueran capaces de sostenerlo. Lucilda se quedó en pie frente a él.

—Me odiarás.

—Ya te odio.

Casi lo pudo escuchar tragar saliva.

—Soy detective privado —confesó.

Lucilda contuvo el aliento.

—¿Nos investigabas? ¿A nosotros?

Le resultó del todo inverosímil que alguien pudiera tener interés en ella o en su hijo. Era una simple madre soltera que se había buscado la vida como había podido. Como ella debía de haber cientos, miles de mujeres, y más después de la guerra.

Darío levantó sus ojos marrones hacia ella y Lucilda detestó sentir que todavía lo amaba. ¿Cómo se puede querer a alguien a quien odias?

—¿Para quién trabajas?

Darío cerró los ojos. Tardó unos segundos en responder:

—Para Álvaro Montesinos.

Lucilda fue quien ahora no pudo sostenerse en pie. Tuvo que agarrarse a la puerta. Darío se levantó para ayudarla, pero ella lo detuvo con un gesto.

—No te acerques. ¿Qué quiere Álvaro de mí?

—Álvaro sabía que Mauro era su hijo, por mucho que la versión oficial fuera otra —contó.

Lucilda se sintió enrojecer al comprender que Darío había conocido su pasado desde el principio. ¿Habría pensado que era una cualquiera? ¿Por eso la había seducido? Se recriminó que le importara lo que él creyese. Puede que ella se hubiera dejado llevar por la pasión, pero Darío era un mentiroso. Y eso era mucho peor.

—¿Qué más le da a Álvaro lo que yo haga? No dudó en abandonarnos.

—Quería saber dónde estaba su hijo, aunque no fuera reconocido. Es sangre de mi sangre, me dijo.

Lucilda resopló. Tendría que haberlo supuesto. Los Montesinos tenían fama de no dejar cabos sueltos, querían controlar todo lo que estaba a su alcance. No era de extrañar que Álvaro, incluso sus padres, se hubieran molestado en querer tenerla vigilada. Se imaginó a doña Urraca tejiendo los hilos de su destino como una araña.

—Supongo que te pagó bien —dijo con desdén.

—Lucilda, por favor…

—No voy a ser yo la que te juzgue por intentar ganar dinero —lo cortó—. Sé lo difícil que puede ser la vida, yo misma he tenido que hacer cosas de las que no me enorgullezco. Aun así, siempre he sido honrada y nunca he jugado con nadie. En cambio, tú… ¿Tenías que acercarte a mí? ¿No podías investigarme sin meterte en mi cama?

Incluso a ella le sorprendió la crudeza de sus propias palabras.

—No era mi intención, pero…

—Oh, vamos, ¿a quién pretendes engañar? Era más fácil así. Me tendrías cerca y podrías averiguarlo todo de mí. Era el plan perfecto.

Darío se levantó y dio un paso hacia ella. Intentó acariciarle el rostro, pero Lucilda lo apartó de un manotazo.

—Lo que siento por ti no es ninguna mentira, Lucilda.

—No te atrevas a hablar de sentimientos a estas alturas.

—Pero es la verdad. Me enamoré de ti sin pretenderlo —añadió, clavando en ella esa mirada cálida que tanto la hacía estremecerse.

Lucilda apretó las mandíbulas para insuflarse fuerza. No pensaba ceder a sus embustes.

—Si de verdad me hubieras querido, habrías dejado el trabajo.

Darío se pasó la mano por la cara.

—¿Y crees que no lo intenté? Después de nuestro primer beso, cité a Álvaro para decirle que renunciaba a la investigación. Tú lo conoces. ¿Crees que aceptó mi dimisión?

Lucilda se mordió el labio.

—Me amenazó con hacerte daño.

Darío la tomó de la mano, y esta vez Lucilda no la apartó. Quizá estaba demasiado impactada por lo que acababa de decirle y necesitaba asirse a la realidad de algún modo.

—No podía arriesgarme, así que no me quedó más remedio que seguir haciendo esas fotos —continuó—. Durante estos meses me he sentido un miserable.

Lucilda luchó por que sus ojos no mostraran las lágrimas que pedían salir a borbotones. Quizá estuviera diciendo la verdad, no podía estar segura. Algo se había quebrado entre ellos y, por mucho que quisiera, no podría creer nada de lo que saliera de sus labios. ¿Y si tan solo eran más mentiras para que permaneciera a su lado? Así podría seguir pasándole información a Álvaro. No lo permitiría.

—Lo siento, ya no confío en ti —dijo con la voz entrecortada.

Lucilda apartó la mano que Darío todavía sostenía entre sus dedos.

—No quiero volver a verte.

Darío no replicó. Se quedó parado en el umbral de la puerta de su

habitación como si le hubiera propinado una bofetada. Lucilda no se volvió mientras se dirigía a la salida del apartamento. Hubiera detestado que Darío viera las lágrimas que, al fin, corrían libremente por sus mejillas.

# LA AZOTEA

*29 de mayo de 1941, Jaca*

Dorotea esperó al alba. No quería huir en plena noche, temía perderse por los campos que rodeaban la villa. Cuando aparecieron los primeros destellos de sol en el horizonte, se enfundó una fina capa de verano y tomó un petate en el que había guardado comida y algo de dinero para pagarse un billete de tren. Lo había meditado mucho. No podía abandonar a su marido sin un plan, pero por fin había dado con la solución. Regresaría a Barcelona y le pediría ayuda a su padre, por mucho que le doliera en el orgullo. Una vez allí, sabía que Abigail no se quedaría de brazos cruzados, así que había decidido apartarse de en medio: se embarcaría de nuevo hasta América. Estaba segura de que la tía Margarita la acogería y la protegería de cualquier acción que Álvaro pudiera emprender contra ella. Lo tenía todo bien planeado, lo único que la inquietaba, a parte de la posibilidad de que pudieran descubrirla, era que la tía Margarita no había contestado a su última misiva. Le había hablado de sus intenciones de volver con ella, pero no había obtenido respuesta. Quizá la correspondencia no funcionara bien por culpa de la guerra que estaba asolando Europa y en la que Estados Unidos planeaba participar. No quería creer que su tía le negara el auxilio.

Bajó por la ventana de su habitación aprovechando que Álvaro había madrugado para dirigirse al cuartel. Había colocado varias sábanas atadas una tras otra, como había leído que hacían las heroínas

en algunas de sus novelas favoritas. El descenso fue más complicado de lo que había creído, y estuvo a punto de caer al vacío un par de veces. Sin embargo, por fin logró encontrar el suelo. Suspiró aliviada y se volvió hacia el camino, despejado de carros y automóviles. Ni siquiera los jornaleros habían empezado a laborar en el campo.

Había avanzado unos metros cuando una voz cascada la detuvo.

—¿A dónde te crees que vas?

Dorotea se volvió muy lentamente, como si fuera una estatua de sal. Descubrió, horrorizada, que doña Urraca y Álvaro la esperaban en mitad del camino. No supo qué decir. Era demasiado evidente que estaba huyendo como para mentir o inventarse una excusa. No hizo falta. Álvaro se adelantó y la abofeteó con todas sus fuerzas. Dorotea cayó, rendida por el golpe. Sintió la tierra arañar sus rodillas. Las piedrecitas se clavaron en las palmas de sus manos. Levantó la vista hasta ellos, que la observaban desde arriba como quien mira a un deshecho.

—Nadie abandona a un Montesinos —gruñó Álvaro.

Se agachó hasta ella y la puso en pie agarrándola del brazo con tanto ahínco que le cortó la circulación. Dorotea solo era capaz de balbucear entre sollozos. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿La mataría? ¿Lo permitiría doña Urraca? Miró a su suegra en busca de amparo. Quizá se apiadara de ella, aunque fuera por el mero hecho de ser una mujer sometida a los deseos de su marido.

—Madre…

Sin embargo, no encontró más que oscuridad en sus ojos negros. Doña Urraca dio un paso al frente y lanzó una carta contra sus pies. El

sobre estaba abierto y, a pesar de las lágrimas, pudo reconocer su propia letra en el papel que voló hasta sus zapatos. Era la misiva que le había escrito a la tía Margarita pidiéndole ayuda. Nunca había salido de la villa. Álvaro y doña Urraca sabían de sus intenciones. Y la habían estado esperando. La certeza de que nadie la rescataría la golpeó como un mazo.

—¿Creías que ibas a salirte con la tuya? —escupió su suegra.

—Se te van a quitar las ganas de marcharte, ya lo creo —atajó Álvaro arrastrándola por el camino.

Sus pies apenas tocaban la arena con las puntas, sentía la loneta de sus zapatos rasgarse por el roce de las piedrecillas. Miró de reojo hacia el petate que había quedado tendido en el suelo, junto a sus esperanzas. Notó los dedos de Álvaro abrasándole la piel del brazo, los ojos azules clavados en ella como alfileres que podían penetrar hasta su alma. Doña Urraca se desvió del camino y los dejó solos, como si no quisiera ser testigo de lo que iba a ocurrir. Dorotea estaba paralizada por el miedo, sus piernas, sus labios, incluso sus ojos continuaban sin responder. Lo único que fue capaz de distinguir fue que no se dirigía a la casa principal. Álvaro la llevó por un sendero que conducía hasta los viejos cobertizos, que habían quedado abandonados por el desuso décadas atrás. Sacó una llave herrumbrosa del bolsillo y abrió una puerta robusta. Todo crujió, como si nadie hubiera entrado en ese edificio desde hacía mucho tiempo. Era un lugar frío y oscuro. Apenas quedaban restos de lo que un día había sido: unas cuantas herramientas sucumbían al óxido en un rincón, un puñado de heno estaba desperdigado por el suelo, pasto de los ratones. Álvaro la

empujó hacia el interior de una habitación situada en uno de los laterales. Era más oscura si cabe, bastante pequeña. Las paredes, de piedra, parecían algo torcidas, puede que quisieran ceder y abandonar este mundo, como ella. Álvaro entró y la ató con una de las cadenas que se debían de haber utilizado para que asnos y caballos no escaparan. Dorotea notó el metal raspar la piel de sus muñecas, la sangre de algunos cortes manchó su capa. Miró a Álvaro con ojos suplicantes; sabía que no serviría de nada pedir clemencia, pero tenía que intentarlo. Él ni siquiera la miró. Le arrancó la ropa de un tirón, y la dejó desnuda. Dorotea sintió el frío invadir cada rincón de su cuerpo, a pesar de que las temperaturas en el exterior ya empezaban a ser agradables. Sollozó. Temió lo que le haría a continuación. Sin embargo, Álvaro no la tocó. La miró de arriba abajo con desdén y después cerró la puerta de un golpe.

*Clic, clic.* No debería haberlo hecho. Sí. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Esa luz? No, no era el sol. Allí nunca entraba el sol. «Pobre señora Dorotea, ha perdido el juicio». No era cierto, tan solo estaba desesperada. Pero quizá sí que iba a volverse loca. ¿El grifo goteaba? Lo hacía para torturarla: sabía que tenía sed. *Clic, clic*. No eres más que un trozo de hierro oxidado. Basta. ¿Cuánto tiempo había pasado? Día, noche, no lo sabía. Los barrotes lo cubrían todo. Y esas paredes. Frías y húmedas como la lengua de un reptil. Ni siquiera podía apoyarse en ellas. Tan lejos, tan cerca. Quería gritar. No le salía la voz. La había perdido hacía demasiado tiempo. ¿La cordura? No. La voz. ¿Eso eran pasos? Sí. Venía otra vez. *Clic, clic.* ¿Traería comida?

Puede que la hubiera envenenado. Mejor. Así todo terminaría. No tiembles, Dorotea. Tienes que ser fuerte. El crujido de la puerta. El frufrú de sus pantalones. El quejido de la llave en la cerradura. La suela de sus botas refregándose sobre las piedrecitas. Y esa luz… Sus labios se movían. Estaba hablando. Casi no lo oía, como si estuviera muy lejos. «Vas a pudrirte aquí». No le importaría si por lo menos no la tocara nunca más. Pero Dorotea calló. Él se acercó, su olor a hierbabuena la envolvió. No podía moverse; la asaltó una arcada. Álvaro tiró un cuenco con agua contra el suelo, como si fuera el de un perro. Las gotitas lo salpicaron todo a su alrededor. La salpicaron a ella. No. No hubo suerte. No era comida. Su sonrisa ladina. Sus ojos azules. Gélidos. La agarró por la barbilla y la besó. Con rabia. La soltó. Dorotea respiró. El agua estaba lejos. El ruido de las cadenas era insoportable. Había tanto silencio allí… *Clic, clic*. Menos el grifo. Ese nunca callaba. ¿Qué esperaba? ¿Que aguantara toda la vida? Cobarde, era un cobarde. Y ella también. Tendría que haber huido antes.

—Espero que estés disfrutando de tu estancia en el infierno.

Álvaro se marchó. Oscuridad.

La dejaron salir de su cautiverio una semana más tarde. No fue por piedad, ni por caridad. Poco les importaba cómo se sintiera. Debían guardar las apariencias. Aquella noche era la celebración del cumpleaños de Álvaro, y hubiera resultado muy complicado justificar la ausencia de Dorotea en un día tan señalado.

Cuando le abrieron la puerta de la que había sido su prisión, no pudo sostenerse en pie. Fue Natividad la encargada de ayudarla a

levantarse del suelo cubierto de orines de rata. Dorotea observó cómo la doncella arrugaba la nariz; probablemente ella apestaba tanto como la celda. La muchacha tuvo el buen gusto de no hacer ningún comentario, se limitó a agarrarla por los codos para ayudarla a subir hasta su alcoba.

Natividad ya se había encargado de preparar un baño caliente. La desvistió y la ayudó a asearse. La doncella tuvo que frotar con ahínco para arrancar la mugre de su piel. Su cabello rubio estaba turbio, y tan solo recuperó su brillo después de aplicar tres dosis de champú.

—Está usted todavía más delgada… —comentó.

Dorotea desvió la mirada, que había mantenido clavada en el suelo, hasta el espejo más cercano. Le pareció ver el reflejo de un cadáver. No quedaba ni rastro de sus curvas y tuvo la sensación de haber envejecido una década. Sus pómulos estaban hundidos y su tez se veía tan pálida que resultaba preocupante.

—¿Quiere que le suba un caldo caliente? —sugirió la muchacha.

Dorotea asintió casi sin fuerza. Apenas había comido. Ni siquiera recordaba la última vez que le habían dado agua. De hecho, habría bebido de la tina humeante en cuanto la había visto, pero se había refrenado. No quería humillarse más.

Natividad la ayudó a salir de la bañera y le puso un vestido demasiado grueso para el mes en el que se encontraban, pero lo agradeció. Debía de estar temblando de frío.

La muchacha regresó poco tiempo después con una bandeja cargada de comida. No solamente traía algo de sopa, sino también tentempiés variados: tostadas con embutidos de los pirineos, pastel de

fresas, tarta de queso y arándanos, incluso un estofado de ternera. A pesar del desánimo, su estómago rugió con fiereza, así que dio buena cuenta de ello. Después se sintió mucho mejor. Natividad se había quedado a su lado, observando con una sonrisa cómo iba ganando algo del vigor que le habían arrebatado.

—Le he traído el periódico —susurró como si se tratara de una travesura—. He supuesto que querría ponerse al día.

Dorotea tuvo que contener las ganas de llorar. Esa chica era la única persona que parecía preocuparse por ella. Alargó la mano hasta la de Natividad y se la apretó con cuidado.

—Gracias por cuidar de mí.

Natividad asintió y se marchó para dejarla a solas con su lectura. Se perdió en el olor a tinta, en las páginas amarillas. Sus ojos vagaban distraídos de una noticia a otra, sin que le pareciera leer nada nuevo: políticos, guerras, estafadores, robos y asesinatos. Lo de siempre. De pronto sus ojos se detuvieron sobre un titular, y un escalofrío le recorrió la columna. «Mujer envenena a su esposo y a su suegra en la localidad de Zamora». Leyó la noticia. Todos culpaban a la esposa, a quien acusaban de tener algún tipo de trastorno mental. Dorotea observó la fotografía en blanco y negro de la mujer que acompañaba al artículo. Por un instante, creyó verse a sí misma: la mirada desesperada, los labios agrietados, la sombra de algún golpe mal disimulado en el rostro. Cerró el periódico y se tumbó en la cama.

Miró al techo. ¿Qué iba a hacer? Si huía, podían volver a capturarla, y no soportaría otra estancia en aquella habitación inmunda. Tampoco podía escribirle a la tía Margarita ni a su padre,

tenían su correo vigilado. Y por supuesto, se negaba a permanecer en esa casa por más tiempo. Tan solo existía una alternativa. Volvió a mirar la noticia del periódico que había abandonado junto a las sábanas. ¿Sería ella capaz de algo así?

Dorotea aprovechó que la casa bullía con las preparaciones de la fiesta para colarse en la alacena. Deseó haber escuchado un poco más en las lecciones de Miss Potter sobre hierbas y brebajes. Quizá así hubiera sido capaz de reconocer un veneno entre todas las especias que parecían mirarla con superioridad desde sus estantes, erguidas dentro de sus palacios de cristal. Decidió ser más práctica. Puede que no tuviera ni idea de medicina, pero sabía que el salfumán mataba hasta a las ratas. Se dirigió al estante en el que se guardaban los productos de limpieza. Miró la botella durante unos minutos, como si estuviera debatiendo con ella si lo que iba a hacer era una locura. Por supuesto que lo era. Nunca le había gustado la violencia. Pero tenía que elegir entre su vida o la de los Montesinos. Sabía que, de seguir en la villa, terminarían por matarla. De un modo u otro. Al final tomó la botella y sacó un pequeño frasco de su vestido. Vertió un poco de líquido en su interior y tuvo que taparse la nariz al percibir los efluvios que se desprendían de la mezcla. Tan solo rezó por que nadie notara el olor.

Dorotea pidió que se sirviera un té de menta a las cinco; algo fuerte para disimular el hedor del salfumán. Se sentó en la cómoda de su alcoba y se espolvoreó las mejillas para darse un poco de color; después, aplicó carmín a sus labios. Se acicaló el tocado y se miró

unos instantes en el espejo. Pensó que, por lo menos, ya no estaba tan pálida. Temía que alguien fuera capaz de leer en su rostro lo que había planeado. Respiró hondo y se dedicó un asentimiento a sí misma. Había de hacerse.

Bajó la escalinata exterior de la villa en dirección a los jardines, donde se encontraba dispuesta la mesa repleta de puntillas blancas en la que se serviría la merienda. Doña Urraca ya estaba allí, sentada en su mecedora de cerezo. Cuando se acercó a ella, la mujer apenas levantó la vista del tapiz que estaba bordando. Dorotea atinó a ver un niño Jesús en aquella especie de estampita zurcida a base de punto de cruz. Siempre había odiado los motivos religiosos. Le daban escalofríos. No entendía qué gracia le veía la gente a poner crucifijos, rosarios o cuadros del Señor en el cabecero de la cama. Parecía que te observaran con esos ojos huecos, como si se estuvieran riendo de tus desgracias. Pero, claro, eso no podía compartirlo con su suegra. «Si de verdad existiera un Dios, ella ya estaría ardiendo en los infiernos», pensó mientras se sentaba en frente.

—Cuando lo termine, podrías ponerlo en tu mesita de noche —sugirió doña Urraca mostrándole el tapiz—. Quizá así logres engendrar por fin un heredero. Ah, y deberías tomar jengibre, dicen que va bien para quedar encinta.

Dorotea trató de mantener la compostura. Había aprendido a disimular sus emociones en la casa en la que estaba atrapada. Doña Urraca no perdía la oportunidad de hacerle saber que no era suficiente para su hijo. Y aunque Dorotea aguantaba los desplantes estoicamente, esa mujer la iba carcomiendo por dentro como una

larva. Llevaba soportándola un año. Un largo año.

—Claro, doña Urraca, lo pondré sobre el tapete que me regaló las pasadas Navidades.

—Ya sabes que prefiero que me llames madre —dijo en tono condescendiente.

El reloj de cucú que descansaba sobre una mesita auxiliar anunció las cinco de la tarde con una cantinela alegre. Doña Urraca le dedicó un sutil gesto a Natividad para que sirviera el té. Dorotea observó embelesada cómo el líquido caía dentro de la taza, dejando una bruma humeante en el aire. Había llegado la hora.

—¿Dónde está Álvaro?

Si iba a hacerlo, debía ser a la vez. Si uno de los dos sospechaba algo, terminaría en la horca, o algo peor.

—Enseguida vendrá —contestó doña Urraca, concentrada en su estampita—. Estará ultimando los detalles para la celebración de esta noche.

Dorotea aprovechó su distracción para sacar el frasco del bolsillo de su vestido de tafetán verde; lo hizo bailar entre los dedos durante unos instantes. Volvió a mirar a su suegra, tan absorta como antes. Había de hacerse, se repitió. Alargó la mano hasta la taza de té que tenía más cerca y vertió el contenido del vial con disimulo. Tragó saliva. Después le tendió una taza a doña Urraca; la aceptó con una sonrisa tan falsa que le provocó náuseas. Su suegra se acercó el té a los labios. Dorotea vio cómo expandía sus fosas nasales para absorber el aroma a menta. Doña Urraca entreabrió los labios. El líquido caliente empezó a avanzar hacia su boca. Dorotea no pudo soportarlo y lanzó

un manotazo. La taza salió volando por los aires y acabó estrellándose contra el césped.

—¿Se puede saber qué haces?

—Disculpe, madre, había una mosca.

Doña Urraca la miró con desdén y se levantó de la mecedora. Había algo de té sobre su falda.

—De veras que no sé qué vio mi hijo en ti. Voy a prepararme para la fiesta de esta noche.

Su suegra se marchó con pasos furiosos hacia el interior de la villa. Dorotea miró con aprensión hacia los restos de la taza, que yacían hechos pedazos en el suelo. Si alguien se hubiera tomado la molestia de mirar, se habría percatado de que la hierba alrededor había amarilleado súbitamente, como quemada por un ácido, o un veneno.

Dorotea había perdido la cuenta de cuánto champán había tomado durante la cena. Aprovechó que los asistentes estaban demasiado ocupados agasajando al anfitrión para ahogar sus desgracias en el fondo de la copa. Al final, estaba tan ebria que tuvo que sentarse en una butaca, incapaz de caminar con dignidad. Una mujer elegante de aspecto estirado se acercó hasta ella. No era bonita, pero sabía cómo arreglarse para causar sensación.

—Quizá no quiera avergonzarse bebiendo más de la cuenta —le dijo con una sonrisa condescendiente.

Dorotea, a pesar de su estado, captó la ironía. No le gustó que le dijeran lo que tenía que hacer en su propia casa. Le dedicó una sonrisa

tirante a aquella desconocida.

—¿Y usted es…?

—Oh, claro, no nos han presentado. Me llamo Eugenia, soy la mujer del teniente Carlos de Arzúa.

Los ojos de Dorotea se pasearon por el salón, hasta que dio con él. El teniente estaba junto a Álvaro. Parecía tan serio y compuesto como siempre, y su copa estaba llena. Todavía no había empezado a beber, cuando todos sus compañeros estaban ya medio borrachos, incluido Álvaro.

—¿Conoce a mi marido? —A Eugenia no le había pasado por alto que lo había localizado.

Dorotea movió la mano con cierta torpeza, como si apartara un insecto.

—Solo de vista.

Dorotea dio otro sorbo de su bebida, dispuesta a perder el mundo de vista. No quería ver más lujos, más risas superfluas, perlas y perfumes que se mezclaban en una falsa explosión de color.

—Como iba diciendo, no debería beber más. Está abochornando a su marido.

Esta vez Dorotea clavó su mirada en la mujer. Soltó un resoplido al comprender por qué parecía tan ofendida por su actitud.

—¿No me diga que es usted otra de sus amantes?

—¡Cómo se atreve!

Dorotea se puso en pie y se tambaleó; unas gotitas de champán se escaparon del cristal y se posaron en sus manos como si se tratara de escarcha dorada.

—Mire, no me apetece que me sermoneen.

—¿Qué está pasando aquí?

Dorotea volvió a tropezarse con su propio vestido y Álvaro tardó un segundo en percatarse de su estado de embriaguez. Ladeó la cabeza y la miró de un modo aterrador. Dorotea sabía que no le haría nada en público, pero empezó a temblar al pensar en el castigo que la esperaba en su alcoba.

—Luego hablaremos de esto —gruñó, acercándose tanto a ella que pudo percibir el calor que emanaba a través del traje—. Espérame en la habitación.

Dorotea subió las escaleras, pero no fue hasta la estancia que compartía con su marido. No hubiera aguantado otra noche bajo su cuerpo, no soportaría su olor ni sus maltratos ni una sola vez más. Se negaba a continuar. Cuando llegó al piso superior, siguió ascendiendo por una escalera exterior, algo oculta. Llevaba a la azotea, el lugar más alto de toda la Villa. Había subido allí antes, cuando deseaba estar sola. Sin embargo, esa noche buscaba una paz más permanente.

Sacó una cajetilla de cigarros que alguien había dejado olvidada en una de las mesas durante la cena, encendió un pitillo y le dio un par de caladas. Cerró los ojos mientras saboreaba el humo, el vacío. Si iba a terminar con todo, por lo menos lo haría bebiendo y fumando. Casandra hubiera estado orgullosa. Recordó el beso y admitió, por primera vez, que le había gustado. Quizá era el único que había disfrutado de verdad. Ahora ya no importaba.

Se asomó a la azotea. Miró hacia abajo. Había una caída de diez o

quince metros, dudaba que pudiera sobrevivir. Lo último que deseaba era terminar sus días lisiada en Villa Montesinos, a merced de su marido y su suegra. Si iba a hacerlo, debía hacerlo bien. Se subió al escalón y sintió el aire envolver sus brazos, su cintura, sus piernas a través de la tela del vestido. Era esa brisa fría y peligrosa de las alturas, pero le pareció el abrazo de un ángel. Estaba tan cerca de alcanzar la paz…

—No lo haga.

La voz la obligó a abrir los ojos. Estuvo a punto de ignorar la llamada, como si jamás la hubiera escuchado. Puede que ya estuviera más allá de cualquier salvación.

—Sea lo que sea, estoy seguro de que puede solucionarse.

Dorotea se volvió con una sonrisa triste; nada tenía arreglo. Carlos de Arzúa estaba a unos cuantos pasos, tratando de calmarla con lentos movimientos de manos.

—No sé qué ha ocurrido, pero le aseguro que no vale la pena perder la vida por ello.

—Hay cosas peores que la muerte.

—No puede ser tan terrible.

—Si yo le contara…

—Cuéntemelo.

—¿Para qué?

—Quizá pueda ayudarla.

Dorotea bajó del escalón. No tenía nada que perder. Si Carlos de Arzúa no podía ayudarla, siempre podría volver a la azotea. Seguiría allí, esperándola.

## OJOS VERDES, OJOS PARDOS

*10 de junio de 1941, Canfranc*

Soledad se había dedicado a esquivar a Alicia. No podía darle explicaciones; temía que cualquier cosa que le contara llegara a oídos de Arno. Ya no se sentía segura en Canfranc. La presencia de la Gestapo era cada vez mayor, y a los oficiales nazis se le sumaban militares del régimen de Franco. Lo peor era saber que Carlos estaba entre ellos. No lo había vuelto a ver por la estación, pero sospechaba que era cuestión de tiempo que regresara. ¿En qué andaría metido? No se imaginaba al hombre tranquilo, amante de la naturaleza de Sudamérica, metido en tramas de espionaje. Pero quizá lo había juzgado mal. Al fin y al cabo, cuando se habían conocido ella era tan solo una niña enamorada. Puede que lo hubiera idealizado. ¿La recordaría él? Si se encontraban de frente, ¿sería capaz de reconocerla? Sabía que ya no quedaba mucho en ella de aquella adolescente desgarbada, pero aun así…

Soledad estuvo a punto de volcar uno de los cafés que estaba preparando cuando vio a Alicia entrar en el bar de la estación. No solía visitarla, ni mucho menos mezclarse con los viajeros. Su hermana acostumbraba a estar por los jardines que rodeaban la estación, leyendo algún libro u observando el paisaje. O en brazos de Arno. No lo sabía, y tampoco quería saberlo.

—¿Podemos hablar? —preguntó Alicia cuando llegó hasta ella.

Soledad la conocía lo suficiente como para detectar que estaba

alterada, por mucho que intentara disimularlo con su mirada altiva.

—Sí, espera un momento.

Soledad se secó las manos en el delantal y llevó hasta la mesa más cercana la bandeja con el café. Era una forma de ganar tiempo. ¿Querría Alicia hablar de la carta que había descubierto? ¿De su colaboración con Gérard? Cuando regresó, le hizo un gesto a su hermana para que salieran. Un poco de aire fresco le aclararía las ideas. Necesitaba estar despejada para enfrentarse a lo que fuera que su hermana tenía en mente.

—Tú dirás —la invitó cuando llegaron al pequeño patio trasero de la cafetería.

Alicia se quedó en silencio unos momentos y paseó sus ojos por los bosques que rodeaban la estación, como si quisiera perderse en ellos.

—Voy a casarme con Arno —dijo sin atreverse a mirarla.

Soledad frunció el ceño. ¿Casarse con un agente de la Gestapo? ¿Acaso se había vuelto loca? No le había gustado aquella relación desde el principio, pero jamás hubiera sospechado que las cosas llegarían tan lejos.

—No puedes hacer eso —replicó cuando logró encontrar la voz—. Ya sabes lo que opino de él.

—Poco importa ya lo que pienses.

Soledad ladeó la cabeza, había algo inusual en la forma de hablar de Alicia. Era como si de repente toda la seguridad la hubiera abandonado. No le había gritado, tampoco la había insultado por oponerse a su matrimonio.

—¿Qué ocurre? —Le vino a la cabeza una idea horrorosa—. ¿Ha sido agresivo contigo?

—¿Qué? —La miró como si no comprendiera a qué venía eso.

Debería haberlo imaginado: Alicia seguía sin creer que Arno hubiera sido capaz de propasarse con ella cuando vivían en Alemania. Soledad se consoló pensando que, por lo menos, eso significaba que siempre había sido amable con Alicia.

—Te noto rara —se atrevió a indagar.

Alicia suspiró y bajó la mirada hasta sus pies. Por un instante volvió a ser la niña desamparada del orfanato.

—Estoy embarazada.

Soledad se apoyó en el banco que había junto a la pared. Maldito. Maldito Arno. Alicia tan solo tenía diecisiete años. Apenas era una niña. Soledad tomó una bocanada de aire entrecortado, que no logró alcanzar sus pulmones.

—No tienes por qué casarte con él —terminó diciendo—. Conozco a gente que podría ayudarte a…

—Quiero tenerlo —sentenció Alicia, como si estuviera blasfemando.

—De acuerdo. Te ayudaré con lo que necesites, pero no te cases con él.

—¿Y ser una apestada el resto de mi vida? No. No pienso ser una de esas madres solteras de las que todo el mundo habla a la espalda.

—Alicia, por favor…

—No será una boda como la que había imaginado, pero quiero estar con él. Ya le he dicho que sí. Tan solo quería que lo supieras.

Alicia empezó a andar en dirección contraria para alejarse de ella, como si diera la conversación por terminada. Soledad se quedó inmóvil. ¿Cómo habían llegado a esa situación? Se culpó por no haberle prestado suficiente atención a su hermana. Sabía de sobras que Alicia tenía relaciones con Arno, pero no se le había ocurrido que pudiera quedar encinta. Al fin y al cabo, ¿qué sabía ella de los hombres? Odió ser tan inexperta. Era la hermana mayor, debería haberla asesorado. Pero ¿cómo? Si ni siquiera había pasado de los besos con Gérard.

—Alicia…

Pero su hermana no la dejó hablar.

—La boda será dentro de dos semanas, en la ermita del pueblo. Me gustaría que estuvieras. Después regresaré a Alemania con Arno; este nunca ha sido mi hogar.

Y se marchó.

Gérard le dejó una nota tras la barra para que fuera a verlo por la tarde. Tenían una especie de código secreto. Se veían al anochecer, refugiados tras las cuatro paredes de su despacho. A veces hablaban sobre política, sobre planes de futuro, sobre Gertrude y la Resistencia. Sin embargo, Soledad sabía que ese día no sería una buena conversadora. No se tomó el tiempo habitual para arreglarse. Poco le importaba su aspecto dada la situación. Estaba demasiado aturdida por lo que Alicia le había contado, por su boda inminente, por su embarazo. Sentía que había fallado como hermana, que era un fracaso. Deseó tener a Tante Gertrude a su lado, ella habría sabido qué

hacer. Lloró escondida en el baño. La echaba tanto de menos… Y ni siquiera sabía si estaba bien. ¿Cómo iba a estarlo en un campo de concentración?

Acudió a la cita con pasos lentos, como si tuviera un plomo sobre cada pie. Cuando Gérard la vio entrar con aquel gesto compungido, se levantó rápidamente de la butaca. Cerró la puerta y tomó su rostro entre las manos.

—¿Qué ha pasado?

Le gustaba que supiera cómo se encontraba sin necesidad de palabras. Soledad se echó hacia adelante y apoyó la cabeza en su pecho. Intentó calmarse escuchando los latidos del corazón de Gérard. Él la rodeó con los brazos y le acarició el cabello.

—Alicia va a casarse con Arno —murmuró Soledad contra su camisa.

Escuchó cómo Gérard se quedaba con el aire suspendido en los pulmones durante un momento. Después lo soltó de golpe. Se separó de ella para mirarla a los ojos.

—Supongo que has intentado disuadirla.

Soledad asintió y apretó los labios para contener el llanto. Pensaba que ya había llorado suficiente en el servicio, así lo delataban sus ojos rojos. Sin embargo, parecía que no. Gérard capturó una lágrima con el pulgar. Luego volvió a abrazarla.

—Se marchará, Gérard —masculló, incapaz de contenerse—. Volverá con él a Alemania y yo no podré protegerla.

—Le pediré a mis contactos que velen por ella —contestó él con su resolución habitual—. Si ocurriera algo, serías la primera en saberlo.

Soledad ni siquiera fue capaz de encontrar las palabras para agradecérselo. Tan solo pudo agarrarse a él con más fuerza, como si fuera una cuerda salvavidas que le impedía hundirse en la oscuridad más densa.

Las dos semanas pasaron deprisa. Soledad lo vivió como una cuenta atrás que se escurría entre sus dedos como los granos de un reloj de arena. Alicia, por su parte, estaba ocupada con los preparativos del enlace y apenas apareció por la estación. Se pasaba el día en el pueblo, seleccionando menús, sedas y flores para la decoración del restaurante y la ermita y, por supuesto, diseñando su propio vestido de novia. Casi brillaba, feliz, aunque Soledad detectaba cierto aire de decepción en ella. Sabía que no era por su inminente marcha; Alicia le había dejado claro desde el principio que odiaba Canfranc. Su hermana no deseaba que su boda con un alto mando de la Gestapo fuera tan modesta. Puede que hubiera imaginado la celebración en algún castillo, rodeada de gente importante y con los lujos más insospechados. Sin embargo, tendría que conformarse con el público del pueblo de Canfranc y unos apaños más modestos. El tiempo iba en su contra. Soledad no sabía de cuánto estaba embarazada, pero el vientre de Alicia empezaba a intuirse.

La noche antes de la boda, Soledad se encerró en la cafetería de la estación. No encendió las luces, se quedó a oscuras, alumbrada tan solo por los focos lejanos de algún tren, cuya luz se colaba entre las persianas. Agarró una de las botellas de vodka que el dueño guardaba celosamente en la trastienda y se la acomodó al lado. Tan solo había

dado un par de tragos cuando sintió una presencia a su espalda.

—No te encontraba.

Era Gérard. Soledad se volvió hacia él y suspiró.

—¿Quieres? —Le mostró la botella.

Él sonrió y se sentó junto a ella en la barra del bar. Tomó el vodka de entre sus manos y dio un pequeño sorbo. Ni siquiera frunció el ceño cuando el líquido corrosivo bajó por su garganta. Soledad supuso que estaba acostumbrado a beber; debía de ser una herramienta útil para sacarle información a los demás.

—¿Cómo estás? —le preguntó él, poniendo una mano en su espalda.

Soledad lo miró desesperada.

—No me hago a la idea. Mañana Alicia dejará de estar bajo mi tutela. Él decidirá por ella, Gérard. Y no es un buen hombre.

—Lo sé.

Soledad apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Siento que podría haber hecho más por retenerla a mi lado.

—No es cierto, no puedes luchar contra los sentimientos de alguien, Soledad.

Gérard la miró con esos ojos verdes, y Soledad se preguntó si todavía estaban hablando de Alicia.

—Esta noche no quiero hablar más de ella —murmuró Soledad después de un largo silencio—. Ojalá pudiera olvidarme de todo.

Soledad clavó sus ojos en Gérard. Estaban muy cerca. ¿Podría él enturbiar sus pensamientos con un beso? Soledad recortó la distancia que los separaba y posó sus labios sobre los de Gérard. Él se dejó

llevar. Se puso en pie y apretó a Soledad contra él; ella todavía estaba sentada en uno de los taburetes y rodeó su cintura con las piernas para sentirlo más cerca. Escuchó la respiración entrecortada de Gérard ante aquella invitación. Él se separó con cierta reticencia:

—Has bebido.

—Solo dos tragos.

—No quiero que te arrepientas de nada.

—No lo haré.

Gérard la agarró por la nuca y la volvió a besar. Jamás la habían besado así; pudo sentir el deseo, la pasión contenida durante semanas. Cerró los ojos cuando sintió sus labios en el cuello, era una sensación agradable. ¿Por qué no lo había hecho antes? Gérard bajó una de las manos hasta el muslo que ella todavía tenía a su alrededor. Poco a poco fue deslizando los dedos por su piel, hasta desabrocharle la falda. Soledad ni siquiera se percató de cuándo le había quitado el resto de la ropa. Agradeció la penumbra que los envolvía.

—No es justo que tú sigas vestido —murmuró contra los labios de Gérard.

Él sonrió y se quitó la americana. Luego se aflojó la corbata. Soledad desabrochó los botones de la camisa de Gérard y paseó las manos por su pecho. Terminó de desvestirlo sin apartar la mirada; la curiosidad era mayor que la vergüenza. Jamás había visto a un hombre desnudo. Le gustó lo que vio y sonrió.

—¿Satisfecha? —ronroneó él besando una zona sensible de su cuello.

Soledad sofocó un suspiró.

—Bastante.

Gérard la tomó en brazos y la llevó hasta un sofá que había en la trastienda. La tumbó y la miró con cierta cautela.

—¿Has hecho esto antes?

Ella se mordió el labio inferior. Negó. Gérard volvió a besarla, esta vez mucho más lentamente. Después recorrió todos los rincones imaginables de su cuerpo con pequeños besos. Para cuando se tumbó sobre ella, lo había conseguido; Soledad lo había olvidado todo: la inminente boda de su hermana, las preocupaciones, el alcohol. Tan solo estaban ellos dos.

Soledad abrió los ojos y se encontró recostada sobre el pecho de Gérard. No recordaba cuándo se había quedado dormida. Habían vuelto a hacer el amor en mitad de la noche, supuso que habían sucumbido al sueño poco después. Gérard se movió, pero continuó con los ojos cerrados. Soledad sonrió y acarició su cabello castaño. ¿De verdad había ocurrido? Cuando lo había visto por primera vez en casa de Gertrude, jamás hubiera imaginado que mantendrían ese tipo de relación.

De pronto recordó la boda de su hermana, y la felicidad que había sentido hasta hacía unos segundos se esfumó. Gérard abrió los ojos y la miró.

—¿Tan mal he estado? —preguntó con una mueca al ver su cara.

Soledad rio, muy a su pesar.

—Sabes que no eso.

Gérard la tomó de la mano para animarla.

—Todo irá bien.

—Debo ir a prepararme. La boda es en dos horas.

Él asintió, pero la retuvo un instante.

—Quizá no sea el mejor momento para decirte esto.

Soledad lo miró horrorizada. ¿Más malas noticias? Pero Gérard sonreía.

—¿Qué ocurre?

—No quería contártelo hasta estar seguro, pero creo que necesitas algo que te anime: estamos negociando la liberación de Gertrude; las conversaciones avanzan positivamente.

—¿De veras?

Lo abrazó con fuerza y sonrió nerviosa. No podía creer que algo estuviera saliendo bien, por primera vez en su vida.

Soledad se puso un vestido de gasa de color azul cielo. Era lo mejor que tenía. Le sentaba bien, aunque no disimulaba su altura. Se calzó unas bailarinas para que el tacón no incrementara más centímetros su figura. No solía mirarse tanto en el espejo, pero no quería avergonzar a Alicia; sabía lo importante que eran las apariencias para ella. Se peinó con cuidado la melena oscura. Puede que la llevara demasiado larga, caía salvaje por sus omoplatos, así que decidió hacerse unas ondas al agua para ordenarla un poco.

La mayoría de los invitados ya estaban alrededor de la ermita. Había asistido todo el pueblo, incluido Gérard. Habían decidido ir por separado; no sería bueno que se rumoreara sobre ellos ni sobre su relación. Alguien podría terminar averiguando a lo que se dedicaban,

y eso no les convenía.

El sacerdote todavía no había abierto el templo, Arno esperaba en la puerta, vestido con el uniforme de gala de la Gestapo. No parecía nervioso. Hablaba con un grupo de militares. Soledad los observó desde la distancia. Parecían hacerle algunas chanzas al novio, que reía despreocupadamente. Al final, los soldados se dispersaron y tan solo uno de ellos se quedó junto a Arno. Soledad creyó que se hundía el suelo bajo sus pies cuando vio que se trataba de Carlos. No lo había soñado. Él era el soldado a quien había visto en el andén durante su último viaje a Madrid. Se acercó con cuidado. No quería que la viera, pero necesitaba saber de qué estaban hablando. El ambiente festivo se había evaporado y parecían estar teniendo una conversación seria. Soledad se refugió en uno de los laterales de la ermita para ocultarse tras el muro y poder aproximarse a ellos sin que se percataran de su presencia.

Su corazón se desbocó cuando volvió a escuchar su voz. No la recordaba tan ronca, era como el ronroneo de un gato, acariciaba sin tocar. ¿Por qué seguía poniéndose tan nerviosa? Ya no era ninguna cría.

—Debo regresar a Alemania, unos asuntos del *Führer* me reclaman allí —escuchó que decía Arno.

Carlos asintió, estaba tenso.

—Dejo en sus manos la misión —añadió Arno con su fuerte acento alemán—. En cuanto descubra la identidad de los espías de Canfranc...

—…se lo haré saber —terminó Carlos por él.

Soledad ahogó una exclamación. Carlos estaba allí para

desenmascararlos: a ella y a Gérard. Horrorizada, comprendió que se había convertido en su enemigo.

Antes de que pudiera reponerse, el cura apareció con su sotana blanca, preparado para la ceremonia. Abrió la pesada puerta de la ermita y los invitados comenzaron a acceder. Soledad sabía que debía entrar. No podía quedarse fuera, hubiera resultado de lo más extraño que la hermana de la novia no acudiera al enlace, pero el simple hecho de pensar en compartir espacio con Carlos la mantuvo inmóvil. No sabía qué podía esperar de él ahora que estaba en el bando contrario.

Al fin, se armó de valor y entró en el recinto. Los invitados la observaron con curiosidad; todos sabían quién era. Saludó a algunos de los clientes habituales de la cafetería con una sonrisa fingida mientras avanzaba por el pasillo. Le temblaban las piernas. Sintió los ojos pardos de Carlos sobre ella y trató de no corresponder a su mirada, pero no pudo evitarlo. Se quedaron engarzados unos instantes, en los que creyó que el tiempo se había detenido. Por supuesto que Carlos la había reconocido. Se había quedado paralizado. Soledad apartó la vista y por fin alcanzó el primer banco, reservado para la familia.

Alicia llegó diez minutos después. Estaba linda, como siempre. Vestía de blanco impoluto, con un diseño algo amplio en la zona del vientre para disimular el secreto que albergaba en su interior. Arno se infló como un pavo; Alicia era una belleza de la que presumiría en las fiestas con sus compañeros nazis. Ella era lo que podía esperar de toda buena esposa, incluso ya tenía a su heredero en camino. Arno desvió

la mirada de su flamante novia hasta Soledad y le dedicó una sonrisa de suficiencia. Sabía que le estaba robando a la persona más importante de su vida, y se enorgullecía de ello. Soledad mantuvo la calma a la vista de todos, pero apretó los dedos de sus manos tan fuerte que se hizo sangre con las uñas.

Carlos no se quedó para el banquete, y Soledad pudo respirar más tranquila. No tendría que enfrentarse a él; al menos, no por el momento.

La fiesta se le hizo eterna. No pasó de alguna conversación poco trascendental con los clientes de confianza de la cafetería, y no se atrevió a acercarse a Gérard. Por un lado, no quería levantar sospechas, pero por otro, se sentía demasiado agitada por el encuentro con Carlos. No quería que Gérard adivinara que la presencia de otro hombre la alteraba de aquel modo. ¿Qué hubiera pensado de ella?

Tampoco tuvo valor de acercarse a su hermana hasta que terminó el convite. Estaba radiante, parecía que se había repuesto de la decepción y disfrutaba de su boda. Soledad no quería empañar su felicidad. Sin embargo, cuando la mayoría de los invitados ya se hubieron retirado, fue Alicia quien la buscó.

—Nos marchamos ya —anunció.

Soledad creyó detectar algo de pena en su mirada. Puede que a Alicia también le doliera tener que separarse, aunque tratara de disimularlo por todos los medios.

—Espero que seas feliz —dijo Soledad. Y lo pensaba sinceramente.

Detectó un leve temblor en los labios de Alicia.

—Puedes dormir tranquila —dijo entonces su hermana—. Jamás revelaré tu secreto. Después de todo, eres mi única familia.

Soledad sabía de qué hablaba. Con esas palabras admitía que había leído la carta y que conocía la verdad sobre sus actividades de espionaje. Pero aun así la protegería. Soledad notó que parte del peso que había estado llevando sobre sus hombros se aliviaba. Abrazó a Alicia, no pudo evitarlo.

—Siempre estaré cuando me necesites —susurró contra el cabello rubio de su hermana pequeña.

—Lo sé.

# CRIMEN Y CASTIGO

*20 de octubre de 2022, Barcelona*

No había visto a Luther en las últimas semanas. Me aseguraba de ir al cine solamente cuando sabía que él no iba a estar, y dejaba sus mensajes y llamadas sin contestar. Puede que fuera una cobarde, quizá debería haberlo enfrentado. De ese modo me hubiera ahorrado el sufrimiento que vino después; pero el ser humano es orgulloso. Así que me dediqué a esquivarlo.

—¿Qué vas a hacer este fin de semana? —quiso saber mi padre, que me hablaba con voz paciente a través del teléfono.

Mauro me conocía lo suficiente como para saber que no estaba pasando por un buen momento y, aunque se esforzaba por no entrometerse demasiado, se preocupaba por mí.

—No lo sé. Supongo que quedarme en casa.

—Deberías salir, conocer a gente…

—Prefiero leer —atajé.

Lo escuché suspirar.

—Todo esto no tendrá que ver con César, ¿verdad?

Sonreí con pena. César había pasado a la historia, ahora era otro el responsable de haberme roto el corazón. Sin embargo, no quería contarle la verdad. ¿En qué lugar me dejaba haber iniciado una relación con mi socio para fracasar apenas un mes después?

—No, papá, no he vuelto a saber nada de César desde hace años. Ya está superado.

Miré la caja que descansaba sobre la estantería del comedor. ¿De verdad ya no me dolía el fracaso de mi matrimonio? ¿Ni su infidelidad?

—Está bien, si quieres venir a casa a comer tan solo tienes que decírmelo.

—Sí, vamos hablando.

En cuanto colgué, me levanté del sofá y fui a por una escalera. La coloqué cerca de la estantería repleta de libros y me encaramé a ella con torpeza: las alturas nunca habían sido mi especialidad. Alcé las manos y tanteé hasta que di con la caja que contenía mis recuerdos. Me la coloqué debajo del brazo y empecé a descender. Después de tropezarme con un par de escalones, llegué al suelo. Llevé la caja hasta el sofá y la abrí. Un montón de álbumes de fotos, incluido el de la boda, descansaban bajo una pátina gris. Los acaricié como si fueran ancianos a los que alguien había abandonado. Me di cuenta de que llevaba años mintiéndome a mí misma. No había superado nada. Lo supe en cuanto las lágrimas cayeron sobre el polvo de las portadas y dejaron impresas su evidencia acuosa. Puede que César ya no me importara, y ya no me avergonzaba admitir que estaba divorciada. Pero todavía no soportaba la idea de confiar en alguien; era como si esa parte de mí se hubiera roto. Había creído que Luther sería capaz de reconstruirla, que con él sería diferente. Y, al final, me habían vuelto a engañar. Lo poco que había avanzado, se había desmoronado junto a aquel anillo.

Me levanté del sofá cuando me repuse del llanto y me dirigí a la cocina. Tomé una bolsa de basura y vertí todo el contenido de la caja

sin dedicarle un último vistazo. Bajé al contenedor en zapatillas y batín; no me importaba que los vecinos vieran mi aspecto desaliñado ni mis ojos rojos. Quería dejar el pasado donde correspondía: atrás. No volvería a guardar el dolor entre cuatro tapas de cartón. Me enfrentaría a mis propios fantasmas y superaría las mentiras de Luther. Cuando estuviera preparada, lo enfrentaría. De mientras, me dedicaría a investigar en solitario el pasado de mi propia familia. Con la investigación que habíamos iniciado juntos, me había dado cuenta de que desconocía muchas cosas sobre mi abuela, y no pensaba continuar en la inopia.

Después de comer una ensalada bastante insulsa, me aposenté en el sofá junto a uno de los archivos que había rescatado del piso de mi abuela Lucilda. Puede que encontrara alguna pista más sobre lo que había ocurrido en el cine en los años cuarenta. Ojeé un montón de papeles viejos sin ninguna importancia: más libros de cuentas, facturas y pedidos. Sin embargo, en el fondo de todo encontré un pequeño hatillo; se trataba de un pañuelo de cuadros vichy que envolvía algo rectangular y firme. Lo desanudé para descubrir que escondía una novela: *Crimen y Castigo*. Las hojas estaban apelmazadas por la humedad, y su tacto era rugoso. Aun así, pude apreciar la calidad de la edición. Era un tomo de coleccionista que en su época debía de haber costado una pequeña fortuna. Por lo que tenía entendido, mi abuela venía de una familia muy humilde que la había enviado a servir a una casa siendo muy joven. ¿Cómo podría haberse costeado algo así? Abrí las cubiertas y descubrí una dedicatoria en la guarda principal.

*Para Lucilda,*

*tan dulce como sus pastas de almendra.*

*Álvaro Montesinos*

Me sorprendió ese nombre al pie de la dedicatoria. ¿Quién era ese tal Álvaro Montesinos? Mi abuela nunca me había hablado de él y, hasta donde yo sabía, no había tenido otro novio que no fuera mi abuelo. O eso me habían dicho. Era evidente que también me habían ocultado la verdad, pero ¿por qué? Después de todo, no era tan inusual tener varias parejas. No siempre el primer amor es la persona con la que acabas compartiendo el resto de tu vida. No era tan ingenua como para creer en el amor verdadero, no después de lo que la vida me había enseñado. Aun así, me pregunté si mi padre sabría quién era ese hombre, y algo me dijo que no. Me lo hubiera dicho en algún momento.

Continué ojeando el ejemplar que tenía frente a mí, pero no encontré más dedicatorias entre sus páginas. Cuando me disponía a guardarlo, noté cierto espesor en la cubierta trasera. La abrí y descubrí que un par de cuartillas se habían quedado pegadas a ella. Las separé con mucho cuidado, para no dañar el papel, y observé la primera de ellas. Me sorprendió hallar un retrato esbozado a carboncillo. Por las fotografías antiguas que había visto, sabía que se trataba de mi abuela. Alguien había capturado sus rasgos con una inquietante viveza, era como si sus ojos risueños me estuvieran devolviendo la mirada, como si sus labios me sonrieran. Fue como tenerla delante de nuevo, solo que mucho más joven de lo que yo la había conocido. ¿Qué edad debía de tener cuando la habían pintado? Dieciséis o diecisiete años, a

lo sumo. Encontré una firma al pie. Me costó entender la grafía, pero deduje que el autor del dibujo era el mismo Álvaro que le había regalado el libro.

El otro papel era una carta. La letra se veía tosca, como si la hubiera escrito un niño que todavía no dominaba del todo la escritura. Iba dirigida a él, aunque supuse que, si estaba allí, nunca se había llegado a enviar.

*Querido don Álvaro,*

*Disculpa si te ofende mi falta de formalidad. Quizá debería tratarte de usted; después de todo, me quedó claro que para mí tan solo podías ser don Álvaro, el señor de Villa Montesinos. Tampoco importa demasiado: sé que está misiva nunca te llegará; no tengo intención de enviarla. No quisiera que pensaras que necesito algo de ti, ni tu dinero ni tu atención me importan. La escribo para mí, para expresar todo lo que no puedo decirte. Fui una ingenua al creer que te habías enamorado de mí, que juntos podíamos tener un futuro. Pero tú fuiste un cobarde; te aprovechaste de mi inocencia, de mis sentimientos más puros, y ni siquiera fuiste capaz de mirarme a los ojos para decirme que no querías estar conmigo. Enviaste a doña Ángela con tus infaustas noticias, y me abandonaste en la calle en plena guerra.*

*He pensado muchas veces en quemar el libro que me regalaste. ¿Acaso esa novela era una premonición de lo que iba a suceder conmigo? Al fin y al cabo, el castigo que recibí por amarte fue mucho mayor que el crimen. Y aún lo sigo pagando, a veces creo que tu mala sombra me perseguirá toda la vida. Pero ¿sabes qué? todavía conservo ese libro. Creía que me*

*ayudaría a no olvidar que podía volver a suceder, que confiar en la persona equivocada a veces puede salir muy caro. Y, sin embargo, he tropezado dos veces con la misma piedra. Me he enamorado del tipo al que enviaste a espiarme. ¿No es absurda mi vida? Parezco destinada a elegir al hombre equivocado.*

*Tampoco he quemado el retrato que me hiciste. En ocasiones me gusta observar qué aspecto tenían mis ojos inocentes antes de que terminaras con esa pureza de espíritu de un golpe. Puede que sea una sentimental. Pero me has obligado a hacerme fuerte. Y por tu culpa deberé seguir siéndolo: ahora que he encontrado un hogar en el que me siento mucho más querida de lo jamás pude sentirme en tu casa, me obligas a abandonarlo por mi propia seguridad, y la de mi hijo.*

*Lucilda*

Releí la carta un par de veces, sorprendida. Me costaba reconocer a mi abuela en esas palabras amargas. Lucilda siempre había tenido un carácter afable, y pronto comprendí que ese hombre debía de haberle hecho mucho daño para que le dedicara un escrito así. Supuse que Lucilda la escribió unos años después de la ruptura, antes de conocer a mi abuelo; el tono rezumaba el rencor de una doble traición. ¿Quiénes eran los dos hombres de los que hablaba? Lamenté que no hubiera escrito la fecha, aunque deduje que tuvo que ser antes de 1941. En los libros de cuentas del cine que había encontrado, mi abuela había mejorado mucho en la grafía de su escritura. Su letra de niña había pasado a ser una hermosa serie de curvas y ribetes que hoy en día serían objeto de envidia.

Lo que más me inquietaba era el hijo del que había hablado. Hasta donde yo sabía, mi padre no tenía hermanos. Pero no podía estar hablando de él. Mauro había nacido dentro del matrimonio, ¿o estaba equivocada? ¿Sabría él algo? Lo cierto es que no me atrevía a preguntárselo.

Mis ojos se detuvieron de nuevo en la parte inicial de la misiva. «Villa Montesinos». Imaginé que debía de ser una de esas casonas antiguas que tanto poderío tenían en los pueblos y ciudades pequeñas por aquel entonces. Si no estaba equivocada, mi abuela había nacido en los Pirineos, así que debía de encontrarse por la zona. Saqué el ordenador portátil de la funda y lo puse sobre la mesa. Esperé pacientemente a que se encendiera y en cuanto tuve el explorador frente a mí, tecleé el nombre. No tardaron en aparecer unos cuantos resultados. Sonreí al percatarme de que la casa seguía en pie. Por la imagen satélite que me devolvió Google Maps deduje que había perdido parte de su esplendor; se veía desmejorada. Aun así, observé que había un vehículo frente a la zanja. Parecía habitada. Por primera vez en días sentí un poco de alegría: ya tenía algo que hacer para dejar de pensar en Luther. Visitaría Villa Montesinos. Sin él.

## UN ÚLTIMO MENSAJE

*30 de junio de 1941, Canfranc*

Todavía le costaba hacerse a la idea de no volver a ver a Alicia en mucho tiempo. Soledad vagaba por la estación como un espectro, sirviendo cafés sin prestar demasiada atención. Por suerte, los clientes eran amables con ella y no se quejaban de sus descuidos. Aunque en los últimos años se hubieran distanciado, era la primera vez que se separaba de su hermana. Se había acostumbrado a velar por ella desde niñas, y se le hacía extraño no tener que cuidarla. Era como si le hubieran amputado una extremidad. Lo único que la ayudaba a no sentirse tan desesperada era la noticia que le había dado Gérard: las negociaciones para la liberación de Tante Gertrude avanzaban positivamente.

—¿Cómo estás? —le preguntó Gérard una noche en la que se encontraron a escondidas en su despacho.

—La echo de menos —murmuró contra su pecho.

Gérard la abrazaba cuando lo necesitaba, la besaba con dulzura y la mecía hasta que sus preocupaciones se difuminaban entre sus brazos. Sin embargo, Soledad se sentía culpable. Desde que había visto a Carlos en la boda de su hermana no podía mirar a Gérard a la cara. Tenía la sensación de que lo estaba traicionando, aunque ni siquiera hubiera hablado con el teniente. Le dolía admitir que Carlos se había colado en su mente como el agua en una grieta. Se descubría buscándolo por los andenes, en los trenes, en la cafetería, incluso por

el vestíbulo de la estación. Lo peor eran las pesadillas. Muchas noches soñaba que hacía el amor con Gérard para terminar descubriendo que los ojos que la miraban, en vez de verdes, se habían vuelto pardos; los labios que la besaban ya no eran los del jefe de aduanas, el cuerpo que la envolvía era más fuerte, la voz más ronca. Y cuando despertaba, cubierta de sudor, lo único que podía hacer era tratar de calmar las ansias de su cuerpo recordándose quién era Carlos, para qué bando trabajaba. Pero su corazón no obedecía, y seguía martilleando en su pecho hasta el amanecer. Algunas preguntas, del todo inoportunas, terminaban poblando sus pensamientos: ¿Besaría Carlos como imaginaba? ¿Su piel olería realmente a madera recién cortada?

—Es natural que la eches en falta —concluyó Gérard, y depositó un beso en su coronilla antes de separarse de ella.

Se dirigió hasta su escritorio y abrió el primer cajón.

—He recibido nuevas informaciones sobre Gertrude —dijo con una sonrisa que tan solo podía vaticinar buenas noticias—. La liberación está muy cerca, tan solo debemos entregar este último mensaje y se hará efectiva.

Soledad se mordió el labio para ocultar su emoción. No podía creerlo. Deseaba gritar, llorar, saltar, incluso reír. Cualquier cosa para liberar la tensión que llevaba acumulándose en su interior desde que la habían detenido. Sin embargo, lo único que hizo fue acercarse hasta Gérard y recoger la misiva que él le extendía.

—¿Cuándo debo partir?

Si por ella hubiera sido, se habría subido al primer tren, pero Gérard controlaba la asiduidad de los envíos; no quería arriesgarse a

que los descubrieran por su impaciencia.

—Dentro de tres días.

Soledad le dedicó una mueca.

—¿Tanto?

Gérard hizo caso omiso de su queja.

—Creo que sospechan que usamos el último tren diurno, así que cambiaremos el horario y partirás al alba.

Ella asintió.

—Está bien. ¿Y cuál es el plan para sacar a Gertrude de Alemania?

—Sabes que por seguridad no debería contártelo.

Soledad se acercó hasta él y le dedicó una mirada gatuna.

—Solo un poco.

Gérard suspiró y la besó durante un tiempo, incapaz de contenerse. Cuando se separó de ella, ambos tenían la respiración agitada.

—Gertrude se exiliará en Venezuela. Un tren la llevará del campo de concentración hasta una ciudad costera. Desde allí tomará el barco.

Soledad no pudo ocultar su decepción.

—¿Creías que podría venir aquí? —preguntó Gerard con tono compasivo.

Soledad no había pensado en nada en concreto, pero la idea de que un océano la separase de Gertrude le dolía. Quería volver a verla, abrazarla después de todo lo que habría sufrido en ese lugar. Pero sabía que lo que proponía Gérard era lo más sensato, y lo más seguro.

—Entiendo.

Gérard asintió y le apartó el cabello del rostro.

—¿Por dónde íbamos? —Volvió a besarla.

Ella cerró los ojos y se aferró al pecho de su camisa. Gérard nunca lo sabría, pero Soledad luchó contra sí misma para no imaginarse que quién atrapaba sus labios era Carlos.

Soledad había perfeccionado su técnica. Guardaba los mensajes en el doble fondo de una cajita de maquillaje de la que nadie hubiera sospechado. Tampoco es que se sintiera demasiado observada; los guardias no creían que una mujer joven se dedicara a actividades en contra del régimen. Se fijaban más en los hombres, sobre todo si eran humildes o parecían nerviosos. Así que en cada viaje se vestía con su mejor traje chaqueta, uno de color crema que Gérard había encargado para que no llamara la atención. Era elegante pero discreto. Después de unos cuantos viajes había descubierto que, si algún vigilante la miraba, no era por suspicacia. Le había costado darse cuenta de que con los años había dejado atrás a la adolescente demasiado alta para convertirse en una de esas mujeres con presencia imponente que había admirado de niña. Alguien parecido a Tante Gertrude. Así que, si se topaba con la mirada de algún hombre, se limitaba a sonreír con desinterés y a fingir que miraba la naturaleza por la ventana.

Sin embargo, ese día estaba intranquila; su estómago se revolvía, como si estuviera tratando de advertirle de que algo no iba bien. Se decía que eran los nervios; era su última misión para lograr liberar a Tante Gertrude. Era de vital importancia que ese mensaje llegara a su contacto en Madrid. No podía fallar ahora.

Habían cruzado varios puentes, que proyectaban claroscuros en

los asientos del tren, y Soledad había logrado relajarse. Había cerrado los ojos para acompasar su respiración al traqueteo del convoy. Sin embargo, cuando los abrió toda su calma se evaporó.

Carlos acababa de entrar en el vagón.

Llevaba el uniforme, así que debía de estar de servicio. Avanzaba distraído, consultando un libreto, y no pareció reparar en ella. Soledad sintió que se le secaba la garganta como el pozo de un desierto. Se quedó paralizada. Lo tenía a apenas cinco pasos, era cuestión de tiempo que la viera. ¿Por qué Carlos se encontraba en ese tren? Sabía que él estaba destinado en la estación de Canfranc para desenmascarar a los espías que pasaban información a través del tráfico ferroviario. Y ella era uno de ellos. Si la descubría allí, empezaría a sospechar. ¿Cómo iba a justificar una salida a Madrid? ¿Qué motivos podía tener ella para viajar a la capital? Trató de ser racional. Gérard había inventado miles de excusas para Alicia, tan solo tenía que reproducir alguna de ellas. No era tan complicado. No. No quería enfrentarlo. Por muchos motivos. Se había convertido en enemigo. Pero fantaseaba con él todas las noches. Incluso de día.

Se levantó. Con suerte, lograría refugiarse en la cafetería o en el baño antes de que él se percatara de su presencia. Le dio la espalda y avanzó rápidamente hasta la puerta que llevaba al vagón anexo. Sin embargo, su voz la alcanzó como una tempestad.

—¿Soledad?

No se detuvo. Continuó hasta la salida como si no lo hubiera escuchado. Tampoco sería tan extraño. Las ruedas metálicas rascaban los raíles con furia en ese punto del trayecto. El ruido era

ensordecedor. Soledad abrió la puerta y la cerró tras de sí con fuerza. Sin embargo, antes de que pudiera alcanzar el acceso al siguiente coche, Carlos abrió la puerta que acababa de cerrar. La tomó de la mano para detenerla. El rechinar de las vías silenció su exclamación entrecortada. Carlos la obligó a volverse tirando de su brazo. Se quedaron mirando más tiempo del que era adecuado, pero ninguno de los dos parecía dispuesto a romper ese momento. Soledad sentía que le flaqueaban las piernas. Entraron en una zona montañosa repleta de curvas, y los movimientos bruscos del tren se acentuaron en ese punto de unión entre los vagones. El espacio era reducido, y las paredes parecían querer golpearla, lanzarla contra él, como si fuera un destino irremediable. El convoy tomó una curva a demasiada velocidad y ella trastabilló. Carlos la sostuvo por la cintura. Estaban cerca. Demasiado cerca.

—Sabía que eras tú —dijo él.

Soledad seguía atrapada en su mirada. ¿Se refería a que sabía que ella era la espía? ¿O a que ella era, simplemente, ella?

—Has crecido —apuntó al ver que Soledad no parecía dispuesta a hablar.

No la soltó. Y Soledad era incapaz de pensar con claridad al sentir su mano en la curva de su espalda. Se obligó a decir algo para que no creyera que era estúpida.

—No esperaba encontrarte aquí —dijo, fingiendo una sonrisa.

Como si él hubiera percibido su tensión, retiró la mano. Soledad sintió frío de pronto.

—¿Viajas a Madrid? —quiso saber él.

—Sí, trabajo en el restaurante de la estación de Canfranc. Están teniendo problemas con un proveedor de la capital.

—¿Y te envían a ti a solucionarlo? —preguntó, y entornó los ojos.

Nadie había dudado antes de su excusa. Pero claro, era una camarera, y él lo sabía. No se trataba de la propietaria del local ni la encargada, ¿qué sentido tenía que se ocupara ella de esa parte del negocio?

—El dueño está enfermo —se apresuró en decir—, así que me ha tocado ir a mí.

Soledad se encogió de hombros. Carlos asintió con lentitud, como si no estuviera del todo convencido de que lo que explicaba fuera verdad. Soledad casi podía escuchar los engranajes de su propio cerebro buscando una escapatoria. No podía quedarse allí con él. A parte de que terminaría cayendo al suelo por culpa de las irregularidades del terreno, sabía que cada minuto que pasara junto a Carlos, más peligroso se volvía. Era suspicaz, no iba a tardar en averiguar que escondía algo.

—Te vi en la boda de Alicia —dijo él de pronto.

—Sí, fue un día hermoso.

—No parecías demasiado feliz.

Soledad se tensó y lo miró con dureza. Habían pasado años, pero la seguía leyendo como si se tratara de un libro abierto.

—Voy a la cafetería a airearme un poco —atajó.

—Me alegro de volver a verte —escuchó que decía a su espalda—. Si me necesitas, estaré en la estación de Madrid toda la tarde.

Pero Soledad no respondió. Dio media vuelta y se marchó. Tuvo

que hacer un gran esfuerzo por contener sus piernas, que deseaban salir corriendo hasta la cafetería. Cuando dejó de notar su mirada en la nuca, se refugió en el baño. Se quedó allí encerrada hasta que llegaron a Madrid.

Nada más bajar del tren, Soledad sintió de nuevo los nervios atenazándole el estómago. Si Carlos la veía entregando el mensaje, estaría perdida. Se encaminó hasta el puesto de venta de periódicos y suspiró cuando localizó a su contacto, sentado en una banqueta demasiado enclenque para su cuerpo orondo. Se acercó hasta él y le pidió un diario. Pagó con un billete y ocultó la carta tras él. Nadie, ni aunque la estuviera estudiando atentamente, podría adivinar que entre sus dedos se escondía un mensaje. Su contacto le sonrió y asintió a modo de respuesta. Ya estaba hecho. Había logrado entregar el mensaje que liberaría a Gertrude de las fauces de los nazis.

No regresó en el tren diurno. Carlos le había dado una valiosa información al decirle que pasaría toda la tarde allí. Eso significaba que no podía regresar enseguida si no quería volver a toparse con él merodeando por la estación. Se dirigió a la ciudad y pasó el día en el parque del Retiro, hasta que la noche la sorprendió. Se encaminó de nuevo a la estación con cierto temor: las calles estaban desiertas, y se veía algún maleante acechando. Sus pasos resonaban rápidos sobre los adoquines. El silencio parecía perseguirla.

Cuando logró llegar a la estación sintió un gran alivio. Había sido una insensata al adentrarse así en una ciudad que no conocía. Miró a todos lados y no encontró rastro de Carlos, así que se dirigió a la

taquilla y compró un billete para el tren nocturno. El camino era más largo y tomaba más horas, pero no le importó. Tan solo deseaba llegar a Canfranc cuanto antes y dejar de sentir vértigo.

Gérard la esperaba en el andén. Lo vio desde la ventanilla. Caminaba de un lado a otro como si no supiera dónde colocar las piernas. No era habitual que se dejara ver a aquellas horas por la estación, y menos que esperara a una mujer a la vista de todos. Sin embargo, su rostro pálido y su cabello revuelto le indicaron que llevaba horas preocupado. En cuanto bajó, Gerard se abalanzó sobre ella en un abrazo que se prolongó tanto que, de haber habido alguien más allí, no hubiera tenido ningún tipo de duda sobre la relación que mantenían.

—Pensé que te habían descubierto —susurró contra su pelo sin soltarla.

—Me encontré con el teniente.

—¿Carlos de Arzúa?

—¿Lo conoces? —quiso saber ella.

—Sí, hemos hablado un par de veces. Está aquí para cazarnos, y me consta que es un hombre inteligente: debes tener mucho cuidado con él.

Soledad contuvo el aire, y no fue capaz de confesarle que se conocían de antes, que Carlos había sido su primer amor; que seguía pensando en él.

—Entonces, ¿te ha visto?

Soledad asintió.

—Mierda.

—¿Qué ocurre?

—Creo que sospecha de ti.

Soledad sintió más frío todavía, a pesar de que era una noche calurosa.

—¿Por qué dices eso?

—Llevo semanas fijándome en él. El día de la boda no te quitó los ojos de encima, y cada vez que lo he visto rondando por aquí miraba hacia el interior de la cafetería, como si quisiera asegurarse de que seguías allí. Te está vigilando.

—Quizá solamente es curiosidad…

Soledad quería pensar que lo que le estaba diciendo Gérard se debía a que se conocían de antes. Pero, si eso era cierto, ¿por qué no había entrado en la cafetería a saludarla como habría hecho cualquier persona? ¿Él también tenía una doble cara?

—No es curiosidad, Soledad. Es peligroso.

—¿Y qué quieres hacer?

—No puedes quedarte aquí.

—¿Qué?

—Es cuestión de tiempo que te descubra. Me han dicho que es un tipo insistente; si desconfía de ti, no parará hasta desenmascararte. Y, por lo que parece, alguien le ha soplado que quien pasa la información es una mujer joven.

—No puedo marcharme.

No tenía adónde ir, pero no lo dijo. Alicia había regresado a Alemania, Tante Gertrude se refugiaría en Venezuela, ¿qué otro hogar

podía haber para ella si abandonaba la estación?

Gerard la tomó por ambas mejillas para obligarla a mirarlo a los ojos.

—No me perdonaría que algo malo te ocurriera, Soledad.

La besó con intensidad bajo la noche estrellada, sin importarle quién pudiera verlos.

—Te quiero —añadió.

Soledad se quedó sin palabras. Le acababa de declarar su amor y ella no era capaz de contestarle. ¿Le correspondía? ¿Sentía lo mismo por él? Unas semanas atrás no hubiera dudado, pero la presencia de Carlos lo había desbaratado todo.

—No quiero alejarme de ti —dijo ella al final. Y era cierto.

Gérard pareció satisfecho con la respuesta.

—Yo tampoco, pero no tenemos más remedio. Mañana partirás a Barcelona.

Soledad sintió un escalofrío. No había regresado a su ciudad natal desde que era una niña, desde que su madre las había abandonado en el convento. Quiso rechistar, pero la mirada de Gérard le decía que no había alternativas. Y en el fondo lo sabía.

—Allí tengo contactos, podrán ayudarte si lo necesitas. Y nadie se extrañará de que regreses a tu ciudad.

Soledad rompió a llorar y se abrazó a él. Gérard le había proporcionado seguridad en uno de los peores momentos de su vida, y no quería dejarlo atrás. Él volvió a besarla; un beso salado, con sabor a lágrimas y despedidas.

Ninguno de los dos se percató de que había alguien más en los

andenes. Estaban demasiado aturdidos. Unos ojos pardos centellearon a la luz de la luna antes de que su dueño diera media vuelta para desaparecer en la oscuridad.

Soledad partió a Barcelona a la mañana siguiente, con un equipaje tan escaso como cuando había llegado, pero con un nuevo peso en el alma: el de no haber sido sincera con Gérard.

—Te escribiré todas las semanas —le prometió él.

Ella asintió y lo besó.

—Esperaré ansiosa tus noticias.

No fue capaz de revelarle que Carlos no era tan solo su enemigo. Era mucho más.

# EL HEREDERO

*30 de junio de 1941, Jaca*

Lucilda lo había meditado mucho, pero no por ello dolía menos. Las chicas la miraban apenadas desde el umbral de la puerta de su habitación. Ana se aferraba al hombro del pequeño Mauro.

—¿Estás segura? —preguntó Madame Lambert, que se acababa de unir al grupo—. Ya sabes que esta siempre será tu casa.

Lucilda abrazó a la madama, que se tensó un poco. Manchó su bonita bata de seda verde con lágrimas de tristeza y agradecimiento. Si no hubiera sido por esa mujer, quizá ella y Mauro hubieran muerto de hambre en la guerra; o de frío en la calle.

—Lo sé, pero no puedo quedarme. No sabiendo que Álvaro conoce mi paradero. Llevo semanas pensando en qué puede interesarle de nosotros, y no se me ocurre nada bueno.

Además, allí la asaltaban demasiados recuerdos de su noviazgo con Darío, aunque eso no lo dijo. No quería ni mencionarlo. Le había explicado lo ocurrido a Madame Lambert, pero prefería no volver a repetirlo; intentaba fingir que ese hombre no había existido. Tan solo era un modo de engañarse a sí misma. La acechaba en sueños, en forma de serpientes venenosas, arañas y ramas retorcidas de árboles en mitad de tempestades. Tenía la sensación de que lo había hecho todo mal: volver a enamorarse, dejar que alguien tuviera de nuevo acceso a su corazón. Lo único que agradecía era no haber permitido que Mauro se encariñara demasiado con él, como si en el fondo

supiera que Darío no se quedaría a su lado por mucho tiempo.

—No permitiría que Álvaro Montesinos os pusiera un dedo encima —le aseguró Madame Lambert.

Pudo ver verdadera determinación en su mirada; después de lo de Nora, Madame Lambert había jurado hacer cualquier cosa por proteger a su particular familia.

—No quiero poneros en esa tesitura. Es lo mejor; está decidido.

Madame Lambert suspiró y terminó asintiendo. Las chicas la envolvieron en un abrazo que le calentó el alma. Quizá iniciara un camino incierto a una ciudad desconocida con un niño de apenas cuatro años, pero sabía que siempre tendría su apoyo, y eso le daba unas fuerzas que necesitaba más que nunca.

Llamaron al timbre y Madame Lambert arrugó el ceño, extrañada. Eran las doce del mediodía, no solían recibir visitas a esas horas. La madama se disculpó y bajó las escaleras. Regresó al cabo de unos minutos con el rostro más pálido de lo que lo había tenido antes de marcharse.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lucilda.

—Es él.

—¿Álvaro? —musitó con la voz ahogada.

Madame Lambert negó.

—Darío.

Lucilda cerró los ojos, no sabía qué era peor.

—Le he dicho que no quieres hablar con él, pero insiste en quedarse hasta que escuches lo que tiene que decirte.

Lucilda apretó las mandíbulas. ¿Cómo se atrevía a poner

condiciones después de lo que le había hecho? Estaba tan furiosa que la propia ira le hizo querer enfrentarse a él. Ana se percató de sus intenciones.

—Yo me quedaré con Mauro.

Lucilda asintió y bajó las escaleras con tanto ímpetu que la madera crujió con un lamento a cada pisada. Darío la esperaba en el zaguán, vestido con un sencillo traje gris, algo arrugado. Detestó pensar que lucía abatido y más delgado que la última vez que se habían visto, como si la culpa no lo dejara descansar. Mejor, se dijo.

—Creo que dejé bien claro que no quería volver a verte.

Sus palabras parecieron golpearlo como si le hubiera propinado una bofetada.

—He intentado respetar tu voluntad, Lucilda, pero te necesito. Necesitaba verte.

Lucilda soltó una risa de incredulidad.

—¿De veras piensas que voy a creer una palabra de lo que digas?

—Por favor…

Dio un par de pasos hasta ella. Se detuvo a escasos centímetros y le tomó las manos. Lucilda las apartó como si fueran llamas.

—Márchate.

—Sé que te vas a Madrid —reveló Darío.

—Veo que sigues espiándome.

—Estoy enamorado de ti —insistió—. No era lo que pretendía, pero es la verdad. Es cierto que acepté el encargo de Álvaro y empecé a investigarte a distancia para conseguir información. Me avergüenza reconocer que me obsesioné contigo: estudiaba tus fotografías a todas

horas, fantaseaba con la idea de que me miraras algún día. Entonces conocí a tu hermano y no desaproveché la oportunidad de acercarme a ti. Empezó como un trabajo, pero te quiero de verdad.

Lucilda se quedó en silencio unos instantes. Darío parecía sincero, pero ¿no se lo había parecido todo el tiempo? Y le había estado mintiendo. ¿Cómo iba a creerle ahora? Con él no podía confiar en su instinto, sus propios sentimientos le nublaban el juicio. Y se había prometido no sucumbir a sus deseos si Darío volvía a aparecer.

—Ya es tarde para esto. Lo siento.

Lucilda le hizo un gesto para que se marchara. Darío suspiró, vencido. Empezó a caminar hacia la salida, pero se detuvo unos instantes antes para mirarla de nuevo a los ojos.

—No he venido solo a darte una explicación —dijo—. Álvaro ha cambiado de planes.

—¿Cómo dices?

—Te prometo que, si hubiera conocido sus intenciones desde el principio, jamás hubiera aceptado el trabajo.

—¿De qué estás hablando?

Sin querer, Lucilda se había acercado a él y lo había tomado por los brazos para hacerlo hablar. El contacto le provocó un estremecimiento que trató de disimular como pudo. Quizá fuera la última vez que lo tocaba; la última vez que lo veía. Tragó la bola que se le había formado en la garganta; densa.

—Álvaro no puede concebir un hijo con su esposa.

Lucilda lo soltó y dio un paso atrás. Tuvo un mal presentimiento.

—¿Y qué tiene eso que ver conmigo?

—Necesita un heredero; y Mauro es su único hijo.

Lucilda negó repetidamente con la cabeza.

—No. Dejó de ser su hijo el día en el que nos abandonó.

—Quiere reclamarlo como suyo. He venido a advertirte.

—No puede hacer eso…

El pánico se iba extendiendo por todo su cuerpo como una plaga.

—Él es un terrateniente poderoso y tú…

—Piensa decir que soy una prostituta —adivinó ella.

Darío asintió.

—¡Maldito! —estalló Lucilda, horrorizada por la idea de que la separaran de su hijo—. Malditos seáis los dos.

No podía decirle a Álvaro todo lo que deseaba, así que pagó su impotencia con Darío. Por haber formado parte de los planes del hombre al que ahora detestaba, por haberla engañado, por seguir amándolo a pesar de las mentiras. Lo golpeó en el pecho con dureza; él no hizo nada por apartarse, como si creyera que se lo merecía. Terminó abrazándola mientras ella lloraba.

—Me ha pedido que me lo lleve —confesó él cuando se calmó.

Lucilda levantó la mirada y se separó de él, espantada. No confiaba en Darío, pero no lo creía capaz de secuestrar a Mauro. Sin embargo, ya no estaba segura de nada y, por un interminable instante, creyó que iba a acatar las órdenes de su jefe.

—¿De verdad me crees capaz de hacerte algo así? —inquirió él al ver su gesto de terror.

—No lo sé.

Darío cerró los ojos, dolido.

—Voy a encubrirte —terminó diciendo—. Quizá así algún día puedas perdonarme. Márchate lejos con tu hijo. Y no me digas adónde vas.

Lucilda notaba sus propios labios temblar. No le dijo que dudaba que algún día pudiera perdonarlo. Tampoco le dijo que en el fondo le dolía no volver a verlo. Ni que deseaba darle un último beso. En vez de eso, dio media vuelta sin mediar palabra y empezó a subir hacia el piso de arriba, dispuesta a terminar de hacer las maletas. A medio camino, escuchó la puerta cerrarse. Entonces se derrumbó. Se aferró a la barandilla de la escalera y se agarró con fuerza el vestido en la zona del pecho, como si así pudiera protegerse de tanto dolor.

Llegaron a la estación de Canfranc gracias a la buena voluntad del panadero, que se ofreció a llevarlos en su furgoneta a primera hora de la mañana. Solía repartir el pan por el barrio y era un buen amigo de Madame Lambert. Mauro pasó todo el camino agarrado a su falda. Lucilda podía percibir el miedo de su hijo: abandonaban el único hogar que el pequeño había conocido, a su familia. Lucilda detestó exponerlo a una vida tan difícil. Tan solo quería que fuera un niño feliz, pero el desgraciado de Álvaro parecía dispuesto a arrebatarle cualquier oportunidad.

Se apearon de la furgoneta y Lucilda le dio las gracias al panadero con una sonrisa deslucida. Luego agarró su equipaje. No llevaba demasiado: un par de mudas para ella y tres para Mauro; Platero, el peluche favorito de su hijo; la novela *Crimen y Castigo* con el retrato que Álvaro le regaló una vez y una carta que le había escrito esa

misma noche para desahogarse. Nunca se la entregaría. Igual que nunca admitiría que en un compartimento secreto de la maleta había guardado la pistola que Nora le había entregado poco antes de morir. Ya no se sentía segura.

Lucilda se encaminó hasta las taquillas con Mauro aferrado a su otra mano y estudió las ciudades a las que viajaban los trenes que anunciaba el cartel. Descartó marcharse a Madrid. Darío le había revelado que sabía que aquel era su destino, así que debía cambiarlo. Tenía que proteger a su hijo costara lo que costase, aunque implicara buscar una alternativa que todavía la asustara más. Vio que el siguiente tren partía en diez minutos. Iba a Barcelona. Era una ciudad relativamente grande, quizá allí tuviera mejores oportunidades que en Valencia o Sevilla. Tomó aire y carraspeó antes de dirigirse al vendedor:

—Dos billetes para Barcelona, por favor.

# EL BASTARDO

*30 de junio de 1941, Jaca*

Dorotea no podía creer que hubiera llegado el día. Después de las nefastas consecuencias de la vez anterior, no se habría visto con ánimo de volver a intentar una huida si no hubiera sido por la ayuda de Carlos de Arzúa. Se había preguntado en muchas ocasiones si se trataría de una trampa. Al fin y al cabo, el teniente era un subordinado de su marido. Puede que Álvaro y doña Urraca hubieran tramado ese plan para hundirla todavía más, y ella estuviera siendo una ingenua. Sin embargo, algo en la mirada de ese hombre la instaba a confiar en él; quizá fuera simple desesperación. Tras meses de malos tratos, quería tener la esperanza de que todavía existía gente decente dispuesta a ayudarla.

Aquella noche en la azotea, Carlos le había salvado la vida. El teniente podría haber dejado las cosas como estaban, permitir que se arrojara al vacío, pero le había tendido la mano y había escuchado su historia en silencio. Le había gustado que no la mirara con pena; era un sentimiento inútil. En vez de eso, le había prometido que la ayudaría a salir de esa situación. «¿Cómo piensa hacerlo?», le había preguntado ella con recelo. Se había sincerado con él sobre la agresividad de Álvaro, pero no estaba dispuesta a que le dieran falsas esperanzas. «Puedo sacarla de esta casa, si es lo que desea», había dicho Carlos de Arzúa. «¿Por qué haría usted eso? Es arriesgado, y ni siquiera me conoce». El teniente había guardado silencio un largo rato

y sus ojos habían mirado a las estrellas que los observaban expectantes desde el cielo. «Quizá si alguien hubiera hecho lo mismo por mi madre, no la habría encontrado flotando en la bañera». Dorotea había tragado saliva. Ni siquiera había sido capaz de darle el pésame o dedicarle un simple «lo siento». La crudeza de sus palabras se había mezclado con la noche.

Después de eso, Carlos le había hecho llegar una nota con las indicaciones para la fuga. Lo único que sabía era que un coche la estaría esperando a las puertas de la finca a la una de la madrugada de la noche del treinta de junio.

Seguía dudando sobre las verdaderas intenciones de Carlos. Aunque su respuesta había sido tan dura que tan solo podía ser sincera, seguía pensando que el teniente arriesgaba mucho por alguien a quien no conocía. Estaba traicionando a su mando, y en el ejército ese tipo de comportamientos se castigaban con penas que prefería no imaginar. Por eso todavía no había decidido si arriesgarse a acudir a la cita. ¿Y si era Álvaro quien la esperaba en el coche? Un escalofrío recorrió su columna vertebral ante el pensamiento. Si la primera vez la había encerrado en un cobertizo hediondo durante una semana, ¿qué haría ahora? Cerró los ojos y suspiró.

Decidió salir al jardín. El sol del verano empezaba a castigar algunos de los rosales favoritos de doña Urraca. Casi sonrió al verlos resecos y marchitos. No le gustaban las plantas. Abigail se había encargado de que odiara cualquier cosa que tuviera un tallo verde y olor silvestre. Se paseó entre los arbustos y pasó la mano por ellos, se clavó una espina. Se lamió la sangre. La herida la ayudaba a

asegurarse de que todo era real, de que no estaba soñando con su futura partida.

De pronto escuchó unas voces que provenían de la zona boscosa. Creyó que se trataría de un par de sirvientes; sin embargo, reconoció la voz de Álvaro en uno de ellos. Dio media vuelta. No quería volver a interrumpir uno de los vergonzosos encuentros que parecía mantener con las criadas sin ningún tipo de pudor. Pero entonces escuchó a su interlocutora. Se trataba de doña Urraca:

—No será fácil reconocer a un bastardo.

—Nadie tiene por qué saber quién es su verdadera madre —alegó Álvaro.

Dorotea se detuvo tras los matorrales cercanos a los cipreses entre los que discutían madre e hijo. ¿De qué demonios estaban hablando?

—Ese crío debe de tener cuatro años, será imposible decir que es de la pusilánime de tu esposa.

—No importa, le daré mi apellido y ella lo criará como suyo. Nadie se atreverá a hacernos preguntas.

Doña Urraca arrugó el gesto, no parecía convencida.

—¿Y cómo piensas arrebatárselo a la madre? Si no recuerdo mal, en su día no nos reclamó nada. El dinero no parece moverla.

—No me importa. Ese niño es mío, y haré lo que sea para nombrarlo mi heredero. No voy a quedar como un impotente por culpa de la yegua estéril que tomé como esposa.

—Quizá podrías repudiarla —le sugirió doña Urraca.

Por primera vez vio un gesto de inseguridad en los ojos de Álvaro.

—¿Y si pasara lo mismo con otra mujer? —La pregunta fue un

susurro tan bajo que apenas lo escuchó.

Doña Urraca soltó una débil carcajada.

—Nunca has tenido problemas para dejar encinta a cualquier criada o mujerzuela. ¿A qué vienen esas dudas ahora?

Álvaro cerró los ojos y se dejó caer en uno de los bancos que había al lado de uno de los cipreses.

—Durante la guerra, recibí una herida en… —se frotó las sienes— esa zona, ya sabe. Los médicos pudieron quitar la metralla y apenas se nota, pero…

Doña Urraca se tapó la boca, espantada, y se sentó junto a él. Puso una mano en su hombro.

—¿Por eso no supimos nada de ti ni de tu padre durante meses?

Él asintió.

—No queríamos que se supiera. La cuestión es que, desde entonces, ninguna mujer me ha vuelto a acusar de dejarla encinta.

Dorotea se mordió el labio desde su escondite, horrorizada ante lo que estaba escuchando. ¿La habían hecho pasar por todo eso cuando en realidad era él quien tenía un problema? Apretó las ramas del arbusto con las manos para evitar gritar de rabia.

—Está bien. Hazlo entonces. Pero para mí siempre será un bastardo —espetó doña Urraca con desdén antes de marcharse.

Dorotea corrió a esconderse mejor para que no la vieran. Encontró cobijo tras una pequeña caseta que utilizaba el jardinero y vio cómo doña Urraca desaparecía con el contoneo hiriente de sus caderas. Cuando quiso darse cuenta, Dorotea estaba llorando. Si había tenido alguna duda, se había disipado con lo que acababa de escuchar. No

solo le habían ocultado el posible problema de Álvaro y la habían hecho sentir culpable durante meses. No. También estaba la vida de ese pobre niño. No pensaba ser cómplice de ningún secuestro y, por supuesto, se negaba a criarlo junto a Álvaro. Sería condenar a una criatura inocente y, mientras estuviera en su mano, ni un alma más sufriría a manos de su marido.

Dorotea bajó por la ventana usando la misma técnica que la otra vez: un puñado de sábanas y vestidos atados entre sí. Estaba a medio camino cuando sintió que se empezaba a balancear como un péndulo, sin control. Miró hacia arriba y maldijo entre dientes cuando comprobó que uno de los chales de seda que había utilizado estaba desgarrándose. No le dio tiempo a llegar al suelo. De repente sintió que perdía cualquier conexión con el mundo. No había tierra bajo sus pies, ni nada a lo que aferrarse en el aire.

Escuchó sus propios huesos impactar contra el suelo. Gruñó para no emitir ningún sonido que delatara su presencia en mitad de la noche. Se quedó paralizada unos instantes, con un dolor punzante en el costado derecho, sobre el que había caído. Debía de haberse roto una costilla. Sin embargo, suspiró con cierto alivio cuando comprobó que podía mover las piernas. Al fin y al cabo, era lo único que necesitaba para llegar hasta el coche. Comprobó que seguía llevando la cartera con el dinero en el bolsillo; era su único equipaje.

Comenzó a caminar por el camino de tierra, tratando de amortiguar sus pasos con sigilo. El aire de la noche era caliente, y tenía la sensación de que ardía en sus pulmones. Llevaba una mano

contra el tórax, en un vano intento por que cada respiración no se sintiera como una puñalada. Si conseguía escapar, lo primero que tendría que hacer sería visitar a un médico.

Logró ver un vehículo oscuro al final del camino. Carlos de Arzúa no había mentido; por lo menos, no en eso. Tan solo deseaba llegar al coche para poder sentarse, descansar e intentar absorber algo del oxígeno que parecía resistirse a entrar en su cuerpo. Vio a alguien en el asiento del conductor. El miedo la atenazó de nuevo. Quería pensar que se trataba de un chófer, pero ¿y si era Álvaro?

Sus pasos renqueantes se detuvieron. Dudó. Entonces entrevió el cabello oscuro del hombre que iba al volante. No podía ser su marido, él era rubio. La opresión que había sentido cedió, y sonrió. Se dispuso a avanzar hasta el vehículo, pero una voz a su espalda la sobresaltó:

—Ilusa. Ya decía yo que esos ruidos no podían ser normales…

Deseó gritar de rabia y no se atrevió a volverse. Habría reconocido la voz ajada de doña Urraca en cualquier lugar.

—No escaparás de nosotros —añadió su suegra—. Ahora eres nuestra.

Dorotea se giró para enfrentarla. Le sorprendió que estuviera sola.

—Cuando Álvaro se entere… —continuó la mujer.

Dorotea negó. Negó de nuevo. No pensaba permitir que se enterase. O si lo hacía, ella estaría ya muy lejos. Arrancó a correr hacia el coche, pero le costó coordinar sus pasos con la falta de aire. Doña Urraca, a pesar de la edad, fue rápida. La agarró por el brazo y tironeó de ella para arrastrarla hasta la villa. Dorotea se resistió. Empezó a mover sus extremidades como si la hubiera poseído un

animal salvaje.

—¡Suélteme! —gritó mientras seguía intentando zafarse de ella.

Las uñas de doña Urraca se le clavaron en el brazo descubierto. Sintió la sangre caer por su antebrazo. Su suegra lanzó un manotazo para golpearla en la cara, pero la alcanzó en el cuello. Le costó tomar la siguiente bocanada de aire, como si se le hubiera cortado el acceso. Su suegra aprovechó para tirar de ella y obligarla a andar unos cuantos pasos. Cuando logró volver a respirar, hincó los talones en el suelo.

—¡No! ¡No pienso volver!

Doña Urraca lanzó otro golpe. Esta vez fue un puñetazo en las costillas. Todo se volvió borroso a su alrededor. Creyó que eran lágrimas de dolor, pero era el mundo, que parecía nublarse. Su visión se fundió a negro.

Cuando volvió en sí, doña Urraca la había arrastrado hasta el principio del camino, donde se encontraba el abrevadero para los caballos. Sentía las piedrecitas del camino clavándose en su espalda, quemada ya por el roce de la tierra. La imagen de la Villa, que había creído dejar atrás, la espabiló. No podía permitir que la atraparan esta vez. Sabía que sería su final. Doña Urraca continuó tirando de ella sin ningún tipo de cuidado. Dorotea aprovechó que creía que seguía inconsciente. Lanzó una patada furiosa contra los muslos de su suegra, que se balanceó. Perdió el equilibrio. Desde el suelo, Dorotea vio cómo doña Urraca trastabillaba en un intento baldío por aferrarse a algo que impidiera la caída. Las manos se movían asiendo el aire vacío. Los pies pataleaban en busca de terreno. Cayó hacia atrás.

Dorotea ahogó una exclamación. Escuchó el cráneo estamparse contra el abrevadero. El crujir del gancho al que se ataban los caballos al penetrar la carne, el hueso. Doña Urraca la miraba con los ojos desorbitados. Soltó un gorgoteo.

—Ayúdame…

Dorotea, que seguía en el suelo, reculó, espantada. Se clavó las piedras en las palmas de la mano. Escuchó sus propios pies resbalar en la arena mezclada con sangre. Su suegra continuaba clavada como una res en el matadero, agonizante. Doña Urraca alargó una mano hasta ella y volvió a pedir auxilio. Dorotea permaneció inmóvil unos segundos más, atrapada por la imagen. Al final, logró ponerse en pie. Dio un par de pasos hacia doña Urraca, dispuesta a ayudarla. Sin embargo, se detuvo cuando estaba a un metro.

—Ayúdame, por favor —suplicaron aquellos ojos negros.

Los mismos que la habían mirado con desprecio desde el primer día. Esos ojos que no habían dudado en vejarla, en insultarla, en dejarla en manos de un maltratador. Los pozos abisales que habían querido arrastrarla con ella hasta los infiernos.

Y Dorotea retrocedió.

—No lo hagas; no me dejes aquí —masculló doña Urraca con sus últimas fuerzas.

La sangre seguía brotando sin parar; se derramaba sobr el camisón de organza. Dorotea echó a correr en dirección contraria, con el pulso acelerado. No recordó el dolor en las costillas, ni la falta de aire. Lo único que podía ver era a doña Urraca colgada del gancho del abrevadero como un ventrílocuo que tan solo podía mover su

espantosa boca.

No fue consciente de llegar al coche. Lo único que vio fue el rostro común de un hombre desconocido, que le hablaba una y otra vez. Sus palabras parecían incapaces de llegar hasta ella. Se dio cuenta de que no escuchaba nada: los grillos ya no cantaban, las alimañas se habían callado. Lo único que oía era el gorgoteo sangriento que salía de la boca de su suegra, aunque sabía que era imposible escucharlo desde allí.

El conductor la agarró de los hombros. La zarandeó.

—No podemos quedarnos aquí toda la noche —la apremió—. ¿Adónde la llevo, señorita?

Dorotea lo miró sin comprender. Entonces, recordó. Su plan. La huida. Se obligó a tomar el control de su propio cuerpo, aunque fuera tan solo por unos instantes.

—A Barcelona.

Su padre sabría qué hacer.

**TERCERA PARTE**

# La libertad

## DOÑA ÁNGELA

*22 de octubre de 2022, Jaca*

Las contraventanas debían de haber sido de un beige pálido, casi blanco. Ahora, sin embargo, estaban cubiertas de una pátina gris que les hacía perder el brillo de antaño. Algunas lamas se habían desprendido del resto y pendían de un hilo, como si fueran ahorcados que insistían en aferrarse a la vida. La fachada no había corrido mejor suerte. Supuse que el estucado había sido de color crema, aunque a duras penas lograba reconocerlo entre los desconchados provocados por la humedad. Villa Montesinos estaba relativamente cerca de los Pirineos, e imaginé que el clima había sido tan cruel con la casona como con la estación de Canfranc. Viento, lluvia, granizo, sol y nieve se habían ensañado con cada rincón. Algunas tejas se habían desprendido, dejando calvas enfermas en el tejado. Los cristales estaban agrietados; la madera de las puertas, carcomida. Estuve a punto de dar media vuelta. No me parecía prudente adentrarme en una ruina sin la supervisión de un profesional ni el equipo adecuado. ¿Y si se me caía el techo encima? Entonces vi a la anciana. Se balanceaba en una mecedora situada en una especie de porche, o lo que quedaba de él. Los bancos de hierro forjado estaban oxidados y la escalerilla de acceso se había derruido parcialmente. Me pregunté cómo esa mujer habría llegado hasta allí sin romperse la cadera. Debía de rondar los noventa años, y todo en ella era blanco: el cabello cano

anudado en un moño, el rostro pálido, los ojos claros; un elegante vestido de color marfil. Por un momento temí que se tratara del fantasma de una antigua propietaria, pero me convencí de que era real cuando levantó la vista del tapete que estaba tejiendo para mirarme. Me sonrió. Tomé aire y continué avanzando hasta ella, sin atreverme a poner un pie en esos escalones que amenazaban con terminar de desprenderse de la estructura.

—¿Te has perdido?

La mujer miró hacia el coche de alquiler; lo había aparcado a unos metros del camino. Dudé unos instantes.

—No. Eh… ¿Esto es Villa Montesinos?

Saqué mi teléfono del bolsillo y le mostré la pantalla de mi navegador GPS, como si la pobre pudiera ver algo a aquella distancia. Tenía los ojos velados. Me sentí estúpida. Probablemente bordar ya suponía un gran esfuerzo para su vista.

—El GPS me ha indicado que era por aquí, pero…

—No te esperabas encontrarla en este estado —terminó por mí.

Apreté los labios, no quería ofenderla. Lo cierto era que no había viajado hasta allí pensando en encontrarme con una mansión medio abandonada. Lo que necesitaba eran respuestas.

—¿Es usted la propietaria? —me atreví a preguntar.

—Se podría decir que sí.

Fruncí el ceño. A pesar de la contestación ambigua, no insistí.

—Verá, he venido porque no hace mucho encontré una carta de mi abuela. —Decidí que si le contaba los motivos que me habían llevado hasta allí, quizá quisiera ayudarme—. En ella hablaba sobre

esta Villa, había servido aquí.

La mujer dejó el tapete a un lado y me estudió con atención.

—¿Cómo se llamaba tu abuela?

—Lucilda Viñuales.

Se quedó en silencio y continuó mirándome. Después sonrió.

—Supongo que te pareces a ella. Tienes sus mismos ojos.

Tardé unos instantes en ser capaz de contestar.

—¿La conocía?

—Sí. ¿Quieres sentarte conmigo? —me hizo un gesto para que me acercara.

Miré a la escalera derruida y pareció leer mis pensamientos.

—Por ahí no podrás. Entra por la puerta principal y encontrarás este acceso a mano derecha.

Me señaló una portezuela que había tras ella. Debía de comunicar el porche con la casa. Asentí y me dirigí a la entrada. Empujé la enorme puerta de roble y me sorprendió comprobar que estaba abierta. ¿Acaso esa mujer no tenía miedo de los ladrones? Cuando entré, comprendí que allí no quedaba nada de valor. Vi viejas manchas en el suelo de madera, donde en su día debían de haberse encontrado los muebles: aparadores, estanterías, secreteres y cuberterías enteras habían desaparecido con el paso de los años. Quizá los habían vendido para hacer unas reformas de las que ya no había rastro. Crucé el salón principal, en el que tan solo quedaban unas antiguas cortinas de terciopelo rojo y un sofá con la tapicería desgastada. Llegué hasta la puerta que me había indicado la anciana con la sensación de ser testigo de la caída de un gigante. ¿Qué habría

pasado con la familia que había vivido allí? ¿Cómo había llegado esa casa a un estado tan decadente?

Cuando la vi de cerca me di cuenta de que era mayor de lo que había juzgado en un inicio. Quizá fuera centenaria. Las arrugas surcaban su piel como las grietas de un desierto.

—Así que la nieta de Lucilda. Acércate, deja que te vea.

Me senté en uno de los bancos que había visto antes; ignoré el quejido del hierro oxidado bajo mi peso. Alargó la mano hasta mí y me acarició la cara.

—Sí, los mismos ojos —confirmó.

—Entonces, ¿era usted amiga de mi abuela? —pregunté con la intención de reconducir la conversación.

No quería echarme a llorar, y saber que me veía parecido con Lucilda me emocionaba, como si mi abuela siguiera viviendo en mí de algún modo. Me recompuse al ver que asentía.

—Ella me ayudó mucho cuando llegué a esta casa. Yo era tan solo una niña, asustada y muerta de hambre. Lucilda, en cambio, llevaba años sirviendo para la familia. Sabía cómo funcionaban las cosas aquí y me protegía de las reprimendas de doña Ángela cuando rompía algo por culpa de mi torpeza.

—¿Doña Ángela? —No había oído hablar nunca de ella.

—Sí, era el ama de llaves en aquel entonces. A mí me provocaba pavor, incluso tenía pesadillas con ella. Pero Lucilda se llevaba bien con todo el mundo, incluso con doña Ángela.

—Mi abuela nunca me habló de este lugar —reflexioné en voz alta.

—Supongo que tenía sus razones.

La miré con curiosidad. Al parecer, esa mujer sabía más que yo de la historia de mi abuela.

—¿Y qué razones podía haber?

—Acompáñame dentro, empieza a refrescar.

Traté de no ponerme nerviosa ante el súbito cambio de tema. Quizá la pobre mujer empezara a tener algo de demencia. Decidí no contrariarla y la ayudé a ponerse en pie. Con pasos muy cortos, llegamos hasta el interior de la casa. Pensé que hacía más frío dentro que fuera: los techos altos, las habitaciones desprovistas de muebles y alfombras y el aire vacío no ayudaban a generar calor. Aun así, no se lo dije. Me guio hasta un salón con las paredes recubiertas de un papel pintado repleto de flores. Era más pequeño que el resto de las estancias. Deduje que ahí debía ser donde pasaba la mayor parte del tiempo. Decorado con austeridad, tenía todo lo necesario para vivir: un sofá, una cama, una mesa y un armario donde debía de guardar la ropa. Lo abrió y estiró las manos hasta el estante de arriba, atestado de cajas de zapatos. Sacó una de ellas y la inspeccionó con calma. Por un momento, creí que había olvidado mi presencia, pero entonces se volvió hacia mí con resolución.

—Lo he guardado todos estos años.

Me tendió un paquete rectangular envuelto en tela verde. Lo observé con curiosidad antes de abrirlo. Me encontré con un libreto manuscrito, parecía un diario. Sonreí al pensar que se trataría de las memorias de mi abuela.

—No es de Lucilda —se apresuró en aclarar la anciana—, pero

creo que te interesará: lo escribió doña Ángela. Lo encontré en su habitación cuando recogía sus cosas tras su muerte.

—¿Cuánto hace de eso? —pregunté, presa de la curiosidad.

La mujer soltó una suave carcajada.

—Más años de los que debes tener tú —concluyó—. Solo quedábamos nosotras, ¿sabes? El destino quiso que permaneciera en esta casa junto a la vieja doña Ángela. Si de niña me lo hubieran dicho, habría huido despavorida. Pero era una buena mujer, en el fondo, y nos hacíamos compañía.

—¿Y los propietarios?

—¿Los Montesinos?

Asentí.

—Murieron también, y ningún heredero reclamó la propiedad —se encogió de hombros, como si el asunto no fuera con ella.

Hojeé algunas páginas del diario y pronto comprendí que la anciana tenía razón: la letra, que parecía sacada de un cuaderno de caligrafía, no podía ser de mi abuela. Sabía que Lucilda había aprendido a escribir tarde, así que no estaba segura de si conocía las letras cuando había trabajado en la casa.

—¿Mi abuela no dejó nada aquí? ¿Alguna carta?

Quería volver a escuchar su voz, aunque fuera a través del tiempo y de la tinta.

—Él le enseñó a leer.

—¿Disculpe? ¿Quién?

Pensé que divagaba de nuevo, pero debo admitir que la mujer estaba más lúcida de lo que había creído en un principio.

—Álvaro Montesinos. Era el señorito de la casa.

Arqueé las cejas al reconocer el nombre. Era el tipo al que mi abuela le había escrito esa carta cargada de rabia.

—Iban cada tarde a la orilla del río, aquí mismo —señaló hacia un lugar trasero de la casa—. Creían que nadie los veía, pero yo me topaba con ellos algunas veces cuando iba a hacer la colada. Al principio tan solo miraban algunos libros, pero luego…

Calló, y yo me quedé en tensión. ¿Insinuaba que mi abuela había tenido un romance con el señorito de la casa?

—¿Ellos dos mantuvieron una relación? —pregunté sin demasiados remilgos.

La mujer me miró, y de pronto aquellos ojos velados parecieron ver mucho más de lo que yo veía.

—Yo no soy la persona adecuada para responder a eso —replicó con una sonrisa.

Quise preguntarle quién lo sería entonces. Nadie más tenía respuestas o, si las tenían, me las habían ocultado.

—Será mejor que leas el diario. Allí encontrarás lo que buscas.

Después de eso se marchó en dirección a la cocina, o eso deduje. No supe qué hacer, así que la seguí. Me preguntó si quería quedarme a cenar. Me disculpé alegando que estaba cansada del viaje; tampoco quería molestar. La anciana me acompañó hasta la puerta principal y me dio un efusivo abrazo.

—Otra vez tienes que quedarte; me ha gustado conocerte.

—Y a mí —dije con sinceridad—. Pero no sé tu nombre.

—Oh, claro, qué desconsiderada. Me llamo Natividad.

No era un hotel lujoso, pero me serviría para pasar la noche. No me veía capaz de regresar a Barcelona a esas horas, así que pedí una habitación sencilla y me arrebujé en la cama en cuanto me dieron la llave. El diario de doña Ángela me quemaba en las manos. A pesar del cansancio no lo dejé en la mesita de noche hasta la mañana siguiente. No podía esperar; por las palabras de Natividad deducía que ahí dentro se encontraban las respuestas a algunas de mis preguntas. Aunque no era especialmente antiguo, las hojas estaban apergaminadas. Miré la fecha en la primera página, databa de finales de los años setenta.

*5 de octubre de 1978,*

*Nunca he escrito un diario, me parece un tanto sentimentalista y poco útil. Sin embargo, supongo que cuando uno llega al final de su vida necesita poner sus actos en retrospectiva, y debo reconocer que no estoy orgullosa de todos ellos. Quizá por eso escribo estas palabras. Puede que sea ese mismo motivo el que lleva a la gente a plasmar sus memorias: la culpa. Me pesa especialmente en el alma lo acontecido a principios de la fatídica guerra. Aunque me he repetido millones de veces que en mi posición poco más podía hacer, sé que no debería haber dejado desamparada a aquella pobre muchacha. Lucilda, se llamaba. Nunca supe qué fue de ella, y me marcharé de este mundo con ese pesar.*

*Todo empezó en la primavera de 1936. Aunque no había pasado por alto las miradas que Álvaro Montesinos le dirigía a la muchacha, confié en que ella tuviera buen juicio. Era por todos sabido que el señorito de la casa*

*era un mujeriego. Debo admitir que no le hacía falta perseguir a las mujeres, su porte regio y su talante hacían el trabajo por él. Así que debí imaginar que Lucilda no podría resistirse a sus encantos. No era la primera en caer en sus redes, y las otras no habían salido bien paradas de sus historias de amoríos. Pero no dije nada hasta que fue demasiado tarde. Todavía me pregunto qué fue lo que me detuvo de darle una buena reprimenda a la muchacha para alejarla de él. Quizá era que, en el fondo, le tenía demasiado cariño. Admito que Lucilda era mi debilidad. Llegó a la casona siendo muy joven, raquítica y sin amor. Intenté tratarla igual que al resto del servicio, pero no podía evitar sentir cierta pena por ella, así que la cuidaba a escondidas, para que nadie más se percatara de que veía en ella a la hija que nunca tuve. Puede que fueran sus ojos grandes y oscuros. Cuando los miraba tan solo veía en ellos nobleza. Y eso era muy difícil de encontrar en tiempos de penuria.*

*La cuestión es que actué tarde y mal. Cuando quise darme cuenta, el vientre de la muchacha ya sobresalía por debajo de su delantal; calculé que debía estar de tres o cuatro meses. Le hice saber que eso no era posible bajo este techo, pero ella no se amedrentó. Vi en su mirada que confiaba en él. Le hubiera encomendado su alma a ese diablo. Entonces me temí lo peor. Sabía lo que Álvaro había hecho las veces anteriores. Se aprovechaba de las chicas y, si quedaban encinta, las enviaba lejos para deshacerse del error. Sin embargo, Lucilda era orgullosa. Un orgullo que no sé si le sirvió o acabó por llevársela por delante. No me sorprendió la orden de que la echara de la Villa, pero me golpeó igualmente. La guerra acababa de empezar, y sabía que la pobre chica no encontraría trabajo en esas condiciones, y menos con la barriga ya abultada. Lo único que pude hacer*

*fue ofrecerle mis ahorros para que ella y ese bebé que parecía dispuesta a tener no murieran en mitad del frío invierno.*

*No supe nada de ella hasta casi cuatro años después. Ramiro me dijo que la había visto trabajando en un prostíbulo, acompañada de un crío pequeño al que llamaba Mauro. Se me encogió el corazón. Estuve varios días barajando la posibilidad de ir a verla. Al fin y al cabo, necesitaba quitarme ese peso del alma. No me atreví a acercarme durante una semana entera. Temía lo que pensaría la gente si me veían acercarme a un lugar de pecado como ese. Me estremecía pensando en lo que habría sufrido aquella niña a mano de hombres lujuriosos, y al final me decidí a ir a por ella. La sacaría de allí y le ofrecería alguna alternativa. Sin embargo, cuando acudí a la casa, me despacharon. «Aquí no hay ninguna Lucilda», me dijo una mujer elegante que se hacía llamar Madame Lambert. Insistí, diciéndole que quizá usaba otro nombre, pero negó de nuevo y me cerró la puerta en las narices. No me quedó más remedio que rendirme. Estuve atenta a rumores durante varios años, pero nadie volvió a mencionarla. Lucilda se había evaporado.*

El diario continuaba hablando sobre algunos descuidos más de aquella señora. No me interesaba demasiado, pero no dejé de leer con la esperanza de encontrar más información. Cuando cerré la última página, me di cuenta de que había perdido el tiempo. No volvía a mencionar a mi abuela. Me tumbé en la cama y miré al techo, todavía sobrecogida por lo que había leído. ¿La abuela Lucilda se había prostituido? ¿Mi padre era hijo de ese señorito? ¿Entonces quién era el hombre al que yo había creído mi abuelo hasta el momento? ¿Sabrían

la verdad él y mi padre? Lo cierto era que no podía preguntárselo como si tal cosa. Si Mauro no conocía sus verdaderos orígenes, sería cruel que se lo dijera yo a estas alturas de su vida. ¿O era lo justo? Pasé el resto de la noche en vela, dándole vueltas a mi descubrimiento.

# VACÍO

*1 de julio de 1941, Barcelona*

Dorotea supo que algo no iba bien en cuanto vio la Casa Dalmau. Las puertas y las ventanas, que solían estar abiertas para dejar entrar la luz del sol, se encontraban cerradas. Aunque la mansión no se veía descuidada, de ella exudaba un aire de abandono que la inquietó. Era como uno de esos olores rancios que se van colando poco a poco en la nariz. Quizá tan solo fueran imaginaciones de su mente emponzoñada por la desgracia. Había pasado todo el trayecto desde Jaca atormentándose con imágenes de la muerte de doña Urraca: los ojos vacíos, el pecho inmóvil, el reguero de sangre resbalando por su sien. Respiró hondo antes de llamar al timbre. Necesitaba toda la fuerza que fuera posible para enfrentarse a su padre. No sabía cómo iba a explicarle lo ocurrido. Se convencía a sí misma de que no había hecho nada malo. Al fin y al cabo, no había empujado a su suegra expresamente. Sin embargo, era incapaz de creerse sus propias mentiras. La había abandonado mientras agonizaba. Esa era la única verdad. Una verdad que la perseguiría para siempre. Cuando decidió que no podía quedarse en la calle por más tiempo, llamó a la puerta. Tardaron en abrir, mucho más de lo que estaba acostumbrada. Se encontró con los ojos pardos de Emilia, más acuosos y envejecidos de lo que recordaba, como si aquel año hubiera pesado sobre su alma y su cuerpo como una losa. Supuso que ella no debía de correr mejor suerte, porque el ama de llaves tardó unos segundos en reconocerla.

Puede que su cabello despeinado y los restos de sangre seca que había tratado de quitar de su ropa no ayudaran.

—¡Señorita Dorotea!

Se preguntó por qué parecía tan sorprendida de verla por allí. Era cierto que no había visitado a su padre ni una sola vez en el tiempo que llevaba casada, pero no debería ser tan extraño que acudiera a ver a su familia. Dorotea miró por encima del hombro de Emilia y vio que no había nadie más en la casa. El silencio era estremecedor. No se oían lacayos ni doncellas trajinando con la cubertería y los manteles, como solía ser habitual. Tampoco se escuchaban las voces que solían poblar esas cuatro paredes.

—¿Dónde está todo el mundo?

Emilia apartó la vista.

—Después de lo ocurrido nadie quiso quedarse, decían que… bueno, que nadie les pagaría.

Dorotea estaba cada vez más desconcertada, pero antes de que pudiera formular ninguna pregunta Emilia la agarró del brazo para hacerla entrar.

—¡Qué desconsiderada soy! —dijo el ama de llaves—. ¿Quiere tomar un refrigerio para reponerse del viaje? Imagino que estará cansada.

«No sabes cuánto». Dorotea se limitó a asentir y siguió a Emilia hasta el salón. Las cómodas y los sofás estaban cubiertos con mantas blancas, incluso las cuberterías estaban guardadas en sus cajas correspondientes, en vez de expuestas en los aparadores. Emilia se apresuró en retirar todas las telas en silencio. Estaban inmaculadas, y

ni una sola mota de polvo revoloteó a su alrededor cuando lo hizo. Era como si las acabara de colocar.

Emilia desapareció unos minutos en la cocina y volvió con una bandeja repleta de té y pastas. Dorotea se sintió mal por haber accedido a tomar un refrigerio; en realidad, tenía el estómago cerrado, y dudaba mucho que fuera capaz de comer después de lo que había vivido en las últimas horas. Aun así, se obligó a tomar una galleta y a dar pequeños sorbos de la bebida. No quería parecer desconsiderada.

—Siéntate conmigo, Emilia, ¿quieres?

Dorotea no supo si obedeció por obligación o si realmente la había echado de menos. Quiso pensar que lo segundo.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está mi padre?

Emilia la estudió con desconcierto.

—¿Quiere decir que no lo sabe? —Su voz era apenas un susurro, como si temiera que alguien pudiera escucharla.

—Por Dios, Emilia, ¿saber el qué?

Dorotea dejó la galleta y el té de nuevo en la bandeja. Si antes apenas podía probar bocado, la nueva inquietud que se estaba asentando en su estómago la haría vomitar de un momento a otro.

—Mandé una carta a Villa Montesinos para informarla, señorita. ¿No la recibió?

Dorotea apretó las manos que contenía en el regazo. Por supuesto. Álvaro y doña Urraca debían de haber interceptado cualquier comunicación con su familia, igual que habían hecho con la tía Margarita. Todo para que no pudiera pedir ayuda. Los maldijo entre dientes, pero después recordó lo que había hecho y bajó la mirada.

—No, debió de extraviarse.

—Ay, cómo voy a decírselo yo ahora… —masculló Emilia, quizá olvidando que seguía delante de ella.

—¿Estamos arruinados? ¿Es eso?

No era la primera familia adinerada de Barcelona que lo perdía todo por culpa de la guerra que estaba asolando Europa. Había oído rumores sobre los Serrat y los Bernat, pero no había pensado que los negocios textiles de su padre se pudieran resentir también.

—No, señorita, verá… Hace cosa de un mes se presentaron aquí dos guardias. Era primera hora de la mañana y no esperábamos visita. En cuanto los vi en la puerta sospeché que algo no iba bien, pero jamás pensé que… Ya le decía yo al señor que esos automóviles suyos eran peligrosos, pero él se reía. Me decía que con miedo no se podía vivir. Y mire, al final…

—¿Qué pasó?

No quería sonar impaciente, pero Emilia parecía muy nerviosa y se estaba temiendo lo que iba a decirle.

—Tuvieron un grave accidente. Su padre y la señora Abigail. Ellos no… no sobrevivieron.

Dorotea se quedó quieta, como si el tiempo se hubiera detenido a su alrededor. Las ideas se sucedían en su cabeza de forma desordenada, como una vorágine de culpa y rencor que amenazaba con tragársela hasta lo más profundo de la oscuridad. Álvaro le había ocultado durante un mes que su padre estaba muerto. ¿Cómo podía ser tan cruel? No solo la había privado de su libertad, sino que le había quitado el derecho a un último adiós, a despedirse de él y

lamentar su pérdida. Luego recordó que el destino había querido que se vengara de él de la peor forma posible, y los ojos oscuros de doña Urraca se aparecieron ante ella. Continuó sumida en ese trance unos minutos. Intentó recordar qué era lo último que le había dicho su padre, pero no pudo. Lo que le vino a la mente fue el apretón cariñoso que le había dedicado antes de marcharse a Jaca. Puede que fuera la única muestra de cariño que le había brindado en toda su vida. Alfredo había sido frío y desconsiderado con ella, y aun así pronto se encontró llorando sobre el hombro de Emilia. Él era su única familia, lo último que le quedaba en este mundo. Ahora estaba sola. Sola de verdad. Emilia trató de consolarla con suaves golpecitos en la espalda, y la meció como solía hacer cuando solo era una niña.

Entonces la asaltó un terrible pensamiento. Si su padre estaba muerto, ya nadie podría ayudarla a escapar de las garras de Álvaro. ¿Qué le impedía acudir a la Casa Dalmau para hacerla pagar por sus crímenes? Estaba segura de que en cuanto se repusiera del golpe la perseguiría sin descanso. Supo que no podía quedarse allí. Tampoco lo deseaba. Los recuerdos que habitaban ese lugar hubieran terminado de hundirla. Volvió a esconder el rostro contra el hombro de Emilia.

—¿Por qué no te marchaste tú también? —logró preguntar tiempo después.

—Este siempre ha sido mi hogar, ¿adónde iba a ir? Además, no me parecía bien abandonarla así, sin más.

Dorotea trató de dedicarle una sonrisa, pero tan solo logró una triste mueca.

—Gracias, Emilia. Necesito pensar, estaré en la habitación de

invitados.

Pasó el resto del día encerrada en aquel cuarto anodino que su madrastra había mandado decorar con tan poco gusto, como si temiera que los invitados fueran a quedarse por tiempo excesivo si era demasiado acogedor. Ahora ya no importaba. Tampoco iba a quedarse allí más que una noche. Sabía que la Casa Dalmau sería el primer lugar al que Álvaro acudiría.

Salió de la estancia al anochecer, agobiada por todo lo que había estado meditando. Le pidió a Emilia que se sentara junto a ella en el salón.

—¿Quiere cenar alguna cosa, señorita?

—No tengo apetito, gracias, Emilia. Me gustaría hablar contigo.

Escuchó cómo el ama de llaves tragaba saliva, quizá temiendo que fuera a despedirla y cerrar la casa de forma permanente. Dorotea se aclaró la garganta y le hizo un gesto para que se sentara a su lado en un sofá con tapicería de damasco.

—Me gustaría pedirte algo.

Emilia frunció el ceño, pero asintió.

—Claro, lo que sea.

—No voy a poder quedarme —soltó—. Por la confianza que te tengo, voy a ser sincera contigo: he abandonado a mi esposo.

Emilia se cubrió la boca con las manos. Antes de que pudiera animarla a arreglar las cosas con él, añadió:

—No me trataba bien. Y ninguna mujer merece eso.

Emilia apretó los labios y asintió lentamente. Puso una mano

sobre la de Dorotea, puede que sospechando el calvario que la había llevado de vuelta a su hogar de juventud.

—No quiero que él me encuentre, ¿entiendes?

—Le prometo que no lo hará. Por lo menos si está en mi mano.

Dorotea se sintió arropada por primera vez en mucho tiempo.

—Necesito a alguien que se quede al frente de la casa en mi ausencia; te pagaré un sueldo acorde a las funciones y podrás quedarte aquí el tiempo que desees.

—Por supuesto, será un placer.

—La única condición sería que me informaras de cualquier movimiento extraño o comunicación que te haga sospechar de que Álvaro está en Barcelona, buscándome.

—Así lo haré, señora Dalmau.

El cambio en su trato sonó solemne. Y Dorotea supo que Emilia siempre sería una compañera fiel.

Después del pacto con Emilia, acudió al despacho de su padre. Se quedó parada en la puerta, sintiéndose una intrusa. Podía ver la imagen de Alfredo sentado en aquel escritorio como si todavía lo tuviera delante. Y la certeza de que no volvería a verlo la golpeó inesperadamente. Se aferró al dintel mientras la asaltaba una ola de llanto y tuvo que calmarse para poder seguir respirando. ¿Qué iba a hacer ahora? Se encontraba tan sola y perdida sin él… No se había dado cuenta de la seguridad que le aportaba saber que su padre estaba en algún lugar del mundo, por muy ajeno a su vida que fuera. Sin embargo, ahora que lo sabía muerto y enterrado el dolor de la soledad

era casi insoportable. Se armó de valor y cruzó el umbral. Abrió el tercer cajón del escritorio con las manos temblorosas. Después apretó un mecanismo que encontró bajo la alfombrilla de color marrón. Cuando escuchó un clic retiró la tela para encontrarse con el departamento secreto que Alfredo le había mostrado hacía ya tanto tiempo. Encontró una carpeta con un fajo de papeles. No se atrevió a sentarse en el sillón de su padre para leer lo que acababa de recuperar. Todavía podía escuchar el eco de sus palabras: «Aquí está mi certificado de últimas voluntades». Salió del despacho a trompicones y subió hasta la habitación de invitados. Quizá si leía aquel alegato fuera del despacho no lo sintiera tan cerca, tan asfixiante.

Se tumbó boca abajo en la cama y empezó a hojear los documentos. Eran las escrituras de las fábricas y todas las propiedades de su familia. También había una carta firmada por un notario de la calle Balmes de Barcelona. Supuso que serían las últimas voluntades.

*CERTIFICADO DE ÚLTIMAS VOLUNTADES*

*Yo, Alfredo Dalmau de Setcases, lego las fábricas de la calle Industria y el Vapor Aymerich a mi hija Dorotea Dalmau Daurella. Quedará como única heredera de la Casa Dalmau y tendrá libre acceso a las cuentas para el uso y disfrute de todo el patrimonio.*

*En el caso de que mi mujer, Abigail Escuder García, me sobreviviera, recibirá una paga vitalicia de veinte mil pesetas anuales y podrá hacer un uso usufructuario de la Casa Dalmau hasta su muerte.*

*Alicia Moliner Escuder y Soledad Moliner Escuder, hijas de mi esposa, recibirán una herencia de cincuenta mil pesetas cada una al día de mi muerte. También recibirán un tercio de la propiedad del local de la calle Provenza de Barcelona cada una, a compartir con mi hija.*

*Alfredo Dalmau de Setcases, en Barcelona a 5 de junio de 1936.*

Dorotea lo releyó un par de veces. Ni siquiera sabía que Abigail tuviera hijas; jamás las había mencionado. Le pareció cruel incluso para ella. ¿Qué clase de madre dejaba de lado así a su propia sangre? Justo en ese momento se deslizó un sobre de entre los papeles. Tan solo había unas palabras escritas en el frontal: «Últimas voluntades de Abigail Escuder. Para Soledad». No le costó identificar la letra de su madrastra, y aunque tenía curiosidad sobre qué le habría escrito a su hija, guardó el sobre cerrado. Sintió pena por esas dos jóvenes. No tenía ni idea de dónde estaban ni cómo iba a encontrarlas, pero se prometió entregarles lo que su padre y Abigail habían dispuesto para ellas en sus últimas voluntades.

## EL PANTEÓN

*1 de julio de 1941, Barcelona*

Se quedó tras una de las farolas que alumbraban las calles; el perezoso amanecer todavía no era capaz de iluminarlas. Se asomó con discreción y observó la casa. Era una auténtica muestra del modernismo catalán de inicios de siglo, con sus balcones de hierro forjado, cenefas florales en la fachada y cristaleras repletas de color. Se quedó allí más de media hora, intentando esquivar las miradas suspicaces de los vecinos, que debían de preguntarse qué hacía una mujer allí parada tanto tiempo. Sin embargo, Soledad no podía reunir el valor suficiente para llamar al timbre de la Casa Dalmau. Sabía que aquella era la residencia de su madre, la última familia que le quedaba en Barcelona y quizá la única persona que pudiera ayudarla a asentarse en la ciudad. Y, aun así, no tenía claro si quería volver a verla. No había sido una buena madre; ni siquiera había sido una buena persona. Las había abandonado en el convento para casarse e iniciar una nueva vida junto al amante que había ocultado durante años. ¿Qué podía esperar de ella? Lo más probable era que le volviera la espalda, y entonces habría renunciado a su orgullo para nada. Permaneció inmóvil un rato más, observando las ventanas y puertas cerradas, parecía que no viviera nadie allí. De pronto sintió miedo: quizá se hubieran mudado hacía años. Ella ni siquiera lo sabría. Abigail no se hubiera molestado en informarla sobre su nueva dirección, lo sabía en el fondo de su alma. Cuando creía que sus

piernas no aguantarían por más tiempo esa tensión, la puerta de la mansión se abrió. Contuvo el aliento. ¿Y si era su madre? Aunque no lo creía probable —Abigail no se levantaba jamás antes de las once—, se sintió estúpida cuando comprobó que se trataba de una sirvienta. A juzgar por su atuendo debía de ser el ama de llaves. Soledad achicó los ojos para verla mejor. Era algo mayor, dedujo que debía de llevar toda la vida en la casa. Portaba un cesto de mimbre bajo el brazo, dispuesta a hacer la compra en el mercado. La siguió con la mirada, hasta que la mujer se detuvo frente a una vecina. Estaban lo suficientemente cerca como para que pudiera escucharlas desde su escondite.

—Buenos días, Emilia, ¿vas a hacer la compra? ¿tan temprano?

El ama de llaves asintió con solemnidad.

—¿No crees que te esfuerzas demasiado? —dijo la vecina—. Al fin y al cabo, no van a volver.

Emilia se tensó, y apretó el cestillo contra su pecho, como si quisiera ocultar su corazón.

—Puede, pero debo tener la despensa llena por si…

—No creo que la hija vuelva —soltó la vecina—. Esa desvergonzada no vino ni al entierro de su padre.

—No tolero que hables así de la señora Dorotea. —Emilia estaba tan crispada que los nudillos se volvieron blancos alrededor del asa.

La vecina apretó los labios hasta dejarlos finos como el filo de un cuchillo.

—¿Por qué los defiendes? Alfredo Dalmau no os trataba bien, y su mujer se daba unas ínfulas… Nadie la soportaba en el barrio.

—La señora Abigail era algo especial, sí, pero deberías guardarle

un respeto a los muertos.

—Puede que tengas razón, tampoco merecían terminar así… ¡Qué desgracia! Qué desgracia…

Soledad tuvo que sostenerse en la farola. Ni siquiera la luz que irradiaba lograba dar un poco de color a su rostro. ¿Su madre estaba muerta? ¿Desde cuándo? Le temblaba todo el cuerpo. Aquello sí que no lo esperaba. Habría podido lidiar con un rechazo, con la ignorancia, incluso con los gritos. ¿Pero la muerte? Le pareció grotesco enterarse así de que su madre había fallecido. ¿Cómo era posible que nadie la hubiera informado? Habrían enviado aviso al último lugar en el que las habían registrado, el convento, y naturalmente, no habían hecho nada por tratar de localizarla. De hecho, ya ni siquiera tenía el mismo nombre. Ahora era Soledad Müller.

Y era huérfana.

Se quedó un tiempo más sosteniendo su cuerpo contra el hierro frío de la farola. Al final se marchó, dando tumbos hasta la posada más cercana, como si, en vez de haber pasado la noche en un tren, lo hubiera hecho en una taberna de mala muerte.

Tardó dos días en ser capaz de salir a la calle. Se sentía como un jarrón vacío al que se le habían secado las flores. Tan solo había sido capaz de empezar a escribirle una carta a Gérard, que había dejado inacabada. Quizá más adelante reuniera el coraje para terminarla. Le costaba hablar de sus propios sentimientos, más aún cuando involucraban a su madre y la turbulenta relación que habían

mantenido.

Cuando tuvo fuerzas para salir de la habitación que había alquilado en una sencilla posada del centro de la ciudad, deambuló por las calles durante horas, tratando de encontrar un camino a ninguna parte. Se percató demasiado tarde de que sus piernas la habían llevado hasta el cementerio de Montjuic. Sospechaba que estaría allí: la gente adinerada elegía aquel lugar para el descanso eterno. Tomó aire y se acercó a la caseta de información que había a la entrada.

—Buenas tardes —la saludó un hombre con inusitada alegría.

—Estoy buscando la tumba de Abigail Escuder —dijo con voz cavernosa.

No había hablado con nadie desde que se había enterado de la noticia. Tampoco había llorado.

El hombre no necesitó ni mirar en el libro de registros. Soledad supuso que la desgracia de una familia tan célebre no se olvidaba fácilmente.

—Ah, está en el Panteón de los Dalmau. Al final de todo, a mano derecha.

Soledad sintió una punzada de decepción. ¿Qué había esperado, que el recepcionista le dijera que Abigail Escuder no estaba enterrada allí? ¿Que había elegido descansar junto a su primer esposo? Era absurdo. Su madre nunca había amado a su padre, puede que nunca hubiera querido a nadie más que a sí misma; ese pensamiento le dolió como si le hubieran clavado un puñal.

—Gracias.

Soledad atravesó el cementerio con lentitud, como si de sus pies colgaran las losas que veía a su paso. No quería llegar hasta el panteón. Cuando viera su sepultura, no habría vuelta atrás. La muerte de su madre sería una certeza palpable. A pesar de todo lo que Abigail la había hecho sufrir, no sabía si sería capaz de aceptar que ahora estaba sola y que la única familia que le quedaba, Alicia, se había marchado a vivir lejos y había roto todo contacto con ella.

Se detuvo a unos metros de los panteones de las familias más adineradas. Cada pabellón parecía más ostentoso que el anterior, como si los ricos quisieran demostrar su fortuna hasta en ese momento. Era un espejismo: al final, la muerte los alcanzaba a todos por igual. Soledad sabía que allí estaría el de la familia Dalmau, alzándose imponente ante los demás. Contuvo el aliento y se acercó. No tardó en dar con el panteón justo donde le había indicado el hombre de la entrada. Era un edificio tan suntuoso como la propia Casa Dalmau, con esculturas de ángeles talladas en el mármol oscuro que presidía la entrada. La puerta de hierro, negra, estaba entreabierta. Soledad accedió al interior y se le erizó la piel al sentir el aire pétreo. La asaltó un aroma a incienso y velas tristes y tuvo la tentación de cubrirse la nariz; nunca le había gustado el olor de las iglesias. Ante ella había media docena de sepulcros, inmaculados. No había sobre ellos ni una mota de polvo y encontró flores frescas en cada una de las tumbas. Estaba segura de que alguien se encargaba de cuidarlas, puede que fuera un servicio propio del cementerio. Observó los nombres y le llamó la atención el de Priscila Daurella, la primera

mujer de Alfredo Dalmau. Se preguntó qué habría opinado de estar enterrada junto a Abigail. Estaba curioseando otros nombres con tal de no dirigirse al lugar donde yacía su madre, por eso no se percató de la presencia hasta que escuchó el repiqueteo de un tacón sobre el suelo de mármol blanco que adornaba el interior. Soledad se sobresaltó; otra mujer se encontraba frente a la tumba reciente de Alfredo Dalmau. No lloraba, pero tenía los ojos tristes. Por su vestido de alta costura y su porte elegante, Soledad imaginó que debía de ser alguien de la familia. Por un instante, consideró la posibilidad de que se tratara de un fantasma. Aquella belleza espectral, con un cabello rubio impoluto, recogido con elegancia, y una mirada de color ámbar que parecía traspasarlo todo. Sin embargo, se convenció de que era de carne y hueso cuando la joven se giró hacia ella y la observó con curiosidad.

—Disculpe, volveré luego —se apresuró a decir Soledad.

No quería interrumpir el duelo de nadie.

—No es necesario, me vendrá bien algo de compañía —dijo la muchacha. Su voz era melodiosa, como la de una actriz de cine—. Este lugar es tan solitario…

Soledad se quedó ahí parada, sosteniendo el pequeño bolso frente a su falda, como si pudiera protegerla del dolor. Por fin dirigió la vista hacia la tumba colindante a la de Alfredo Dalmau. La de su madre. Leyó el epitafio y tuvo que ahogar un sollozo amargo.

*Aquí descansa Abigail Escuder.*

*Esposa y madre ejemplar.*

Al parecer, cuando uno moría, la gente olvidaba quiénes habían

sido en realidad y lo que habían hecho durante su vida. Sobre todo, se obviaban los pecados.

—¿Nos conocemos? —preguntó de pronto la desconocida—. No me suena haberla visto antes.

—Yo… Eh…—Soledad balbuceó durante unos segundos antes de encontrar las palabras—: Soy la hija de Abigail.

Por si quedaba alguna duda, Soledad señaló con la cabeza hacia la tumba de su madre.

—Oh —la joven pareció sorprendida, luego se repuso—. Vaya, lo siento mucho.

—Yo también.

Estuvieron durante unos minutos en silencio.

—No quisiera importunarla en un momento como este —dijo la chica—, pero tengo algo para usted.

Soledad la miró con el ceño fruncido. La muchacha carraspeó y retiró la vista, intimidada.

—Disculpe, no me he presentado —rectificó—. Soy Dorotea Dalmau, la hija de Alfredo.

Sus palabras se quedaron suspendidas entre ellas, como si fueran algo tangible: eran hermanastras, y no se conocían de nada.

—Supongo que es un placer conocerla —dijo Soledad.

Dorotea se removió incómoda ante la ironía que escondía su tono.

—Si quiere, puede venir esta tarde a la Casa Dalmau —dijo con formalidad—. Como le decía, debo entregarle una cosa.

—¿De mi madre?

Dorotea asintió. Soledad la estudió unos instantes, valorando si

quería o no recibir lo que fuera que tenía su hermanastra.

—¿A las cinco le va bien? —terminó preguntando Soledad.

—Sí, por supuesto.

Soledad observó la tumba de su madre en una despedida silenciosa: no iría a verla el día de Todos los Santos, ni le llevaría flores asiduamente. No volvería jamás. Le hizo un gesto cortés a Dorotea con la cabeza y salió del panteón sin decir nada más.

## EL RITZ

*2 de julio de 1941, Barcelona*

Lucilda arrastraba los pies, aunque apenas eran las cuatro de la tarde. Estaba cansada de buscar. Tan solo llevaba unos días en Barcelona y empezaba a creer que era una ciudad hostil. Se había pasado horas enteras recorriendo las casas de la zona alta con la esperanza de que alguien le diera trabajo. Sin embargo, en cuanto veían a Mauro agarrado de sus faldas, la miraban con acritud. Había inventado una historia sobre un marido militar que había muerto en la guerra, pero eso no ablandaba a nadie. Barcelona estaba llena de viudas. «Si te damos un empleo, ¿qué piensas hacer con el crío?», le preguntaban, y no sabía qué decir. Porque la verdad era que no iba a dejar a su hijo solo en el hostal donde se alojaban. Mauro era demasiado pequeño y, además, no estaban en un buen barrio. Tampoco confiaba en el casero. El tiempo que había trabajado con Madame Lambert le había enseñado a reconocer a cierto tipo de hombres, y ese no era de fiar. La desnudaba con la mirada cada vez que cruzaba la puerta, y estaba segura de que aprovecharía cualquier oportunidad para extorsionarla; no iba a arriesgarse.

—Madre, tengo hambre.

Lucilda bajó la mirada hacia Mauro, que caminaba a su lado con un gesto tan abatido como el suyo. Rebuscó en el vestido hasta dar con un pequeño monedero. Tan solo le quedaban un par de monedas. Cerró los ojos. ¿Cómo iba a pagarle al casero a la semana siguiente?

Su mente proyectó una idea horrorosa; la desechó de un manotazo. Primero tendría que sobrevivir al día. Se acercó a un puesto de comida ambulante y regateó todo lo que pudo para conseguir una hogaza de pan con algo de queso duro. Se lo tendió a Mauro, que lo empezó a engullir con ansia.

—¿Y usted, madre?

—Yo no tengo hambre.

Lucilda estaba mareada, no había probado bocado desde hacía un día, y su vista empezaba a fallar. Veía luces blancas a los laterales, como si estuviera flotando en algún limbo. Ni siquiera lo vio venir. Un hombre con uniforme elegante acababa de salir de una portería cargado con varias maletas. Un enorme arcón cubría su visión. Cuando Lucilda quiso darse cuenta, ya estaba en el suelo, con Mauro gritando nervioso a su lado.

—Disculpe, ¿se encuentra bien? —preguntó el hombre.

Lucilda se concentró en enfocar la vista hacia él. Era apenas un adolescente, y la miraba acongojado.

—Si, estoy perfectamente.

Lucilda quiso ponerse en pie, pero le fallaron las fuerzas. El muchacho se apresuró en sostenerla.

—No lo parece. ¿Por qué no entra y toma un refrigerio?

Lucilda levantó los ojos hasta el edificio que señalaba el chico. Era el lugar más lujoso que había visto nunca. La fachada estaba cubierta de ornamentos modernistas y los balcones lucían elegantes balaustradas cubiertas de terciopelo rojo, como si se tratara de un teatro. La entrada se encontraba cubierta por un porche con cortinas

del mismo color. Su mirada deambuló por las esculturas de la parte superior hasta dar con un cartel ribeteado. El Ritz.

—No puedo entrar. No es lugar para…

No llevaba mucho tiempo en la ciudad, pero todos sabían que el Ritz era el hotel más opulento de Barcelona. ¿Cómo iba una andrajosa como ella a tomar un refrigerio allí?

—No se preocupe, corre a cuenta de la casa. Hablaré con el encargado y le explicaré lo ocurrido.

Iba a negarse. No quería poner en un aprieto a aquel joven y estaba segura de que su jefe lo amonestaría por hacer entrar a una desarrapada a la recepción del hotel. A ningún cliente le gustaría verla allí. Y en ese momento sus tripas rugieron tan fuerte que incluso el muchacho pudo escucharlas. Lucilda bajó la mirada.

—Vamos, le serviré algo caliente.

No pudo oponer más resistencia y se dejó arrastrar hasta uno de los butacones que decoraban la recepción. El muchacho desapareció después de asegurarle que regresaría en unos minutos. Lucilda ni siquiera se atrevía a alzar la vista de sus zapatos. No quería encontrarse con las miradas reprobatorias de los clientes o de los mismos trabajadores. Sintió las manos de Mauro apoyarse sobre sus piernas, quizá tan sobrecogido como ella ante tanta riqueza. Lo tomó en brazos y lo sentó sobre su regazo.

—Vamos a esperar aquí.

El chico no llegaba, y empezó a ponerse nerviosa. ¿Y si alguien la acusaba de estar allí para robar? ¿Cómo iba a explicar que había entrado invitada por el botones? Escuchó unos pasos decididos sobre

el mármol, que se encaminaban hacia ella. Desde luego, no sonaban igual que los del adolescente desgarbado que la había dejado allí. Sospechó que se trataba del encargado en cuanto unos zapatos lustrosos se detuvieron frente a ella.

—Disculpe, yo… —empezó a balbucear.

—¿Lucilda? ¿Eres tú?

Lucilda se sobresaltó y dejó de arrastrar sus ojos por el suelo. Arqueó las cejas.

—¿Ramiro?

El hombre que se encontraba frente a ella apenas tenía algo que ver con el joven al que habían echado de Villa Montesinos por su culpa. Ahora lucía un elegante chaqué con pajarita y una sonrisa segura en el rostro.

—Qué coincidencia.

—Yo…

Lucilda se quedó sin palabras. Cuando la habían echado de la Villa se había visto en una situación tan desesperada que apenas le había dedicado un pensamiento al pobre chico.

—Siento mucho lo que ocurrió —terminó diciendo.

Volvió a bajar la mirada.

—Tú no tuviste la culpa.

Lucilda se aclaró la garganta y miró a Mauro de reojo. No le gustaba hablar de su pasado delante de su hijo. Tenía la esperanza de que un día olvidaría todo lo que habían tenido que pasar para salir adelante. Quizá Ramiro se percató de su incomodidad, porque se arrodilló frente al niño.

—¿Te gustaría jugar con un tren eléctrico? Tenemos uno en la habitación de aquí al lado.

Los ojos de Mauro se abrieron tanto que el azul se confundió con la luz que entraba por los techos acristalados.

—¿Puedo, madre?

Lucilda asintió con una sonrisa y el pequeño se marchó acompañado de un par de muchachas del servicio.

—Gracias.

Ramiro se sentó en la butaca más cercana a la de Lucilda.

—Siempre me pregunté qué había ocurrido —empezó—, me echaron sin darme demasiadas explicaciones. Solo que me acusaban de…

Miró en dirección a la habitación en la que se encontraba Mauro.

—Lo lamento mucho —susurró Lucilda—, no sé de dónde sacaron esa idea.

Estaba roja de vergüenza y se sentía todavía más mareada que en la calle. Ramiro le hizo una señal a una de las doncellas y pronto apareció con una bandeja repleta de pastas, café y limonada. El hombre vertió parte del refresco en un vaso y se lo ofreció.

—Perdona, estaba tan sorprendido que he olvidado mis modales.

Lucilda lo aceptó con un gesto de cortesía y tuvo que hacer un esfuerzo por no bebérselo de golpe y abalanzarse sobre las pastas.

—Come algo también —la animó.

Lucilda tomó una de las pastas con cuidado y se la llevó a los labios. Casi se deshizo en su lengua, no había probado nada tan exquisito, ni siquiera en Villa Montesinos se servían manjares así.

Puede que tan solo fuera el hambre.

—Imagino que Álvaro nos vio a la salida del cine —dijo Lucilda retomando la conversación—. Era celoso y…

—Él es el padre —asumió Ramiro.

Lucilda asintió.

—Supongo que no puedo negarlo —añadió con una mueca.

—No —admitió Ramiro—. Se parece a él.

Se quedaron en silencio, con todo lo ocurrido flotando entre ellos como un elemento decorativo más de aquella suntuosa recepción.

—¿Cómo llegaste a ser el encargado de servicio del Ritz? —preguntó Lucilda.

Él pareció agradecido de poder hablar de otra cosa que no fuera del turbulento pasado que habían compartido.

—Ah, eso. Es una larga historia.

Lucilda continuó mirándolo interesada; disponía de pocas cosas, pero el tiempo no le escaseaba. Ramiro se aclaró la garganta.

—No encontré nada en Jaca. La expectativa de la guerra pesaba demasiado en todas las casas, así que no tuve otro remedio que emigrar. Me habían dicho que había mucho trabajo en Barcelona, y era cierto. Pero tuve que malvivir un tiempo trabajando en una fábrica textil. Allí conocí a Maurici, un buen amigo, con más aspiraciones que yo, debo decir. Con el tiempo se cansó de la explotación a la que nos sometían los capataces y se movió para encontrar una nueva posición. Entró en el servicio del Ritz, como chófer. Cuando llevaba un tiempo aquí, me informó de que había una vacante como lacayo, así que probé suerte. No tenía ninguna esperanza, pero las buenas referencias

de Maurici me abrieron las puertas. Después fue cuestión de suerte. A los dueños les gustaba cómo trabajaba, y me fueron ascendiendo poco a poco.

—Siempre fuiste el mejor —recordó Lucilda.

En Villa Montesinos, Ramiro era quien cargaba con las bandejas más pesadas, y lo hacía con misma elegancia y delicadeza que si llevara una pluma.

—¿Y tú? ¿Qué te ha traído a Barcelona?

Lucilda suspiró.

—Tuve que marcharme de Jaca —explicó, sin atreverse a hablar de Álvaro ni de sus planes—. Pensé que aquí tendría más oportunidades laborales, pero…

Ramiro asintió.

—Lo sé, al principio parece una ciudad sin piedad. Pero tiene su encanto, te lo prometo.

Lucilda se obligó a sonreír. Ramiro la estudió unos instantes y se acarició las uñas, perfectamente recortadas.

—Verás, nos ha fallado la camarera de la cafetería. Me preguntaba si querrías presentarte para el puesto.

Lucilda abrió la boca y la volvió a cerrar.

—Yo… ¡por supuesto! —se apresuró a contestar en cuanto encontró la voz.

Ramiro sonrió.

—Les hablaré de ti a los propietarios.

Lucilda lo tomó de las manos.

—Muchas gracias, Ramiro, no lo merezco; no después de lo que

pasó.

—Eso quedó atrás. ¿Dónde puedo localizarte?

Lucilda escribió con letra tosca la dirección de la posada en un papel que Ramiro le tendía. Él entrecerró los ojos al ver el nombre.

—¿Te alojas aquí?

—Sí…

—Ten cuidado con el dueño. Me han contado algunas cosas sobre él.

Lucilda sintió que la congoja subía por su estómago.

—Lo tendré.

Había pasado una semana desde su encuentro fortuito con Ramiro, pero no había tenido más noticias de él. Quizá tan solo había tratado de ser amable con ella. Sabía que era bastante difícil entrar a trabajar en un lugar como el Ritz, ella no sería suficiente. Tendió su muda en el pequeño patio en el que Mauro jugaba con un cochecito de madera y volvió a entrar en su destartalada habitación. No contaban con más que una cama para los dos, un armario descolgado, una mesa y un par de sillas viejas. Estaba alisando las sábanas de la cama recién hecha cuando llamaron a la puerta. Se recolocó la falda y abrió, con la esperanza de que el cartero llegara con alguna nota para ella, quizá de Ramiro. Sin embargo, se topó con los ojos del casero, que le recordaban a los de un buitre en busca de carroña.

—¿Dónde está el pago de la semana?

Lucilda tragó saliva. Había estado temiendo ese momento.

—No lo tengo todavía, pero pronto conseguiré algo de dinero y…

—De eso nada. O pagas, o a la calle.

—Pero tengo un niño pequeño y…

—Quizá haya una manera —la cortó.

Lucilda apretó los labios y dio un paso atrás cuando el casero se acercó a ella. La golpeó un olor a pescado que le provocó una arcada. El hombre no se detuvo y la agarró por la nuca. La besó sin ningún tipo de delicadeza, Lucilda tuvo que contener el vómito. Lo apartó de un golpe en el pecho.

—¡Qué se ha creído!

El casero soltó una carcajada furibunda.

—¿De verdad crees que alguien se traga esa historia de la viuda remilgada?

El casero la tomó con fuerza de la cintura y posó una mano en su pecho. Empezó a manosearlo sin cuidado.

—Sé lo que eres —le gruñó en el cuello, envolviéndola en ese hedor nauseabundo.

Procuró no temblar. De pronto le pareció escuchar de nuevo las palabras de Ramiro. «Ten cuidado con el dueño. Me han contado algunas cosas sobre él». Lo empujó con más fuerza, hasta estamparlo contra la pared. Él la miró furioso y levantó el puño hacia ella. Lucilda sabía que le daría una paliza para tomarla por la fuerza. Mauro estaba fuera, podría entrar en cualquier momento. ¿Qué haría entonces? ¿Lo mataría?

—Le pagaré el doble —soltó—. Si me deja en paz, la semana que viene le pagaré el doble.

El hombre se detuvo, con el brazo todavía en alto. Pareció meditar su oferta unos instantes y después gruñó a modo de asentimiento. Se marchó sin decir nada más.

Lucilda se dejó caer al suelo y se abrazó las rodillas para ocultar el sonido de su llanto.

Las noticias llegaron dos días después. Lucilda apenas se atrevía a dormir y, si no hubiera sido porque no tenía ni un mísero centavo para alojarse en otro sitio, ya habría huido de aquella posada de mala muerte. Sin embargo, cuando el cartero llamó a su puerta con una nota de Ramiro, agradeció no haberlo hecho.

*El puesto es tuyo. Te espero hoy a las cinco para formalizar el contrato. Ramiro.*

Sus lágrimas se mezclaron con la tinta.

*23 de octubre de 2022, Jaca*

La encontré de nuevo sentada en la mecedora del porche. Continuaba trabajando con los intrincados hilos de su tapete, como si no hubiera pasado ni un segundo desde que me marché.

—Buenos días, Natividad —saludé para no sobresaltarla.

La anciana levantó su mirada vidriosa.

—Oh, la nieta de Lucilda —recordó. Luego me sonrió.

Suspiré aliviada, por un momento había creído que no sabría quién era. La edad a veces tiene esa forma cruel de ensañarse con nuestros recuerdos.

—Pasa, pasa —me animó.

Rodeé la casa, tal y como me había indicado el día anterior y pronto me encontré junto a ella. Me senté en el mismo banco herrumbroso.

—¿Hoy sí me dejarás invitarte a un té? ¿Has desayunado?

Me sonrojé y ella adivinó la respuesta. La verdad es que no había querido perder el tiempo desayunando en el hotel. Necesitaba hablar con alguien de mis descubrimientos; quizá Natividad pudiera darme más información. No es que pudiera comentar mis avances con Luther. No sabía muy bien en qué punto estaba nuestra relación, si es que podía llamarse así. Lo cierto es que yo seguía evitándolo y no respondía a sus mensajes ni a sus llamadas. Al principio no se había dado por vencido, pero ahora sus intentos de ponerse en contacto

conmigo se espaciaban más en el tiempo, como si continuara marcando mi número más por rutina que por otra cosa. A veces me sentía mezquina por comportarme como una cría, pero luego me recordaba que me había mentido, que todo el tiempo había tenido aquel anillo en su poder. Y me daba miedo descubrir sus verdaderas intenciones. Puede que, después de todo, solo se hubiera acercado a mí por interés, y no por los motivos que yo, ilusa de mí, había creído. Quizá no hubiera sentido la misma atracción que yo, quizá tan solo fuera un mero pasatiempo para conseguir el fin que justifica los medios. No tenía ni idea de quién era él, ni de qué pasaba por su cabeza, y eso me aterrorizaba.

—Iré a buscar unas galletas.

Natividad se levantó de la mecedora con más agilidad de la que había esperado y se dirigió hacia la cocina antes de que pudiera ofrecerme a ir yo. Me quedé de pie, esperando como una tonta. Regresó al cabo de poco, cargada con todo tipo de pastas y dulces y los depositó sobre una mesita de madera, tan desgastada como la casa en la que vivía.

—Come, no seas tímida —me animó señalando el manjar.

Tenía hambre, había pasado la noche en vela y eso siempre me abría el apetito, así que me abalancé sobre unas galletas de chocolate, dándole las gracias mientras me sacudía las migas de la barbilla.

—Supongo que ya has leído el diario —dedujo—. Por eso estás aquí.

Me sentí avergonzada de mí misma. Porque tenía razón. Lo más probable era que, si no hubiera encontrado esa información en el

cuaderno, no habría vuelto a visitar a la vieja amiga de mi abuela.

—Sí, y hay muchas cosas que…

—Lo sé —me interrumpió—. No debe de haber sido fácil asumirlo.

—¿De verdad mi abuela se prostituyó? —quise saber, acongojada.

Tenía muchas preguntas, pero aquella era la que más me hacía sufrir. Puede que el hecho de que no fuera nieta biológica del que había creído mi abuelo me inquietara, pero el pensamiento de Lucilda en manos de vete a saber qué tipo de hombres me estremecía. No era capaz de imaginarla, a ella, con su mirada inocente y sonrisa alegre, pasando por algo así cada noche. ¿Cómo había podido ocultarlo durante tantos años? ¿Habría creído que no lo íbamos a comprender, que nos avergonzaríamos de ella? Lamenté que no le hubiéramos dado la confianza suficiente para compartir esa carga.

—No fue así. Hace tiempo me enteré de que en realidad tan solo había sido camarera en la casa de Madame Lambert.

Suspiré aliviada. Me planteé la posibilidad de acudir a ese prostíbulo, quizá alguien la recordara y pudiera darme más información sobre su pasado. Como si Natividad hubiera leído mi mente, añadió con una sonrisa triste:

—No te molestes en ir, cerraron hace más de cuarenta años.

Se quedó callada un tiempo; tan solo me escuchaba a mí misma masticar la galleta, con el trinar de los pájaros de fondo. El silencio no parecía incomodarla, como si tuviera suficiente con la compañía.

—¿Cómo era Álvaro Montesinos? —me aventuré a preguntar al rato.

Aunque jamás lo vería como a mi abuelo, sentía curiosidad por

saber más de él.

Natividad apretó los labios.

—Era un auténtico encantador de serpientes.

Me atraganté con una pepita de chocolate y me vi obligada a dar un sorbo del té, demasiado caliente. Lo sentí bajar por mi garganta como si fuera lava.

—Disculpa, no quería ofenderte.

—No, no me ofende —aclaré cuando pude volver a hablar—. Continúe, por favor.

—La engañó por completo, como a todas.

—¿A todas?

—¿Era muy guapo, sabes? El hombre más atractivo que puedas imaginar: cabello rubio, ojos azules; alto y elegante. No es de extrañar que las doncellas bebieran los vientos por él.

Dejé de comer, por temor a atragantarme de nuevo, y la miré.

—Pero no era buena persona, y su madre no se quedaba atrás.

—¿Su madre?

—Doña Urraca. Nos trataba como si fuéramos escoria, ni siquiera nos miraba y, cuando un trabajador le daba problemas, se deshacía de él sin pestañear.

—¿Eso fue lo que ocurrió con mi abuela?

—Algo así. Digamos que su romance no salió como ella esperaba.

—¿Qué pasó?

—La vieja historia de siempre —dijo, y me pareció que lo lamentaba sinceramente—. Se quedó embarazada y él no quiso hacerse responsable. Doña Urraca se enteró y la echaron a la calle en

plena guerra.

Me mordí el labio, incapaz de creer que se pudiera ser tan cruel. Según mis cálculos, Lucilda no debía ser más que una joven de diecisiete años por aquel entonces. ¿La habían abandonado a su suerte con un bebé en camino? ¿En medio de una guerra?

—Ya te he dicho que no eran buena gente —añadió al ver mi conmoción—. No era la primera en caer en sus redes, ni fue la última, pero sabían ocultarlo a base de mentiras y engaños. Cuando Álvaro se cansaba de ellas, las despedían, como pañuelos de usar y tirar, y al resto nos contaban alguna milonga: que si había vuelto al pueblo, que si se había marchado a cuidar de su madre enferma… ¡patrañas!

Cerré los ojos y lamenté la suerte de mi abuela.

—Álvaro se aprovechaba de nuestra ingenuidad —prosiguió—, veníamos de aldeas cercanas a Jaca, muchas ni siquiera sabíamos leer.

—¿También la engañó a usted?

Me sorprendió mi propia osadía, pero me parecía que a esas alturas de su vida a Natividad no le importaría sincerarse conmigo.

Su sonrisa se volvió amarga.

—No. Yo sabía cómo era en realidad, y no le seguí el juego. Así que… me forzó.

Me cubrí la boca, espantada al descubrir la naturaleza de mi abuelo.

—Lo lamento tanto…

—Usted no tiene la culpa.

—¿No pensó en denunciarlo?

—Nadie acusaba a un Montesinos. Teníamos miedo, así que callé.

—¿Por eso a usted no la echaron de la Villa?

Ella negó.

—Supongo que no les dio tiempo. Doña Urraca murió poco después de que Álvaro… se aprovechara de mí. Después del fallecimiento de su madre, él cambió. Dejó de perseguir a las doncellas y se obsesionó con encontrar a su esposa.

—¿Su esposa? ¿Estaba casado?

No dejaba de sorprenderme toda la historia; cuanto más indagaba, más secretos oscuros asomaban a la superficie, y sospeché que acababa de toparme con uno.

—Oh, sí, pobre doña Dorotea.

Traté de disimular mi palidez tras la taza de té, aunque no le pasó desapercibida mi extraña reacción.

—¿Te encuentras bien, niña? Parece que hayas visto un fantasma.

—No, todo va bien, es que he dormido poco.

Se conformó con la respuesta y se tomó una pastita mientras yo me recomponía. ¿Cuántas mujeres debían de llamarse Dorotea en esa época? No creía que fuera un nombre demasiado común. ¿Podría tratarse de la misma mujer que figuraba en las escrituras? ¿La que había desaparecido misteriosamente el mismo día que Soledad Moliner?

—Esa mujer, Dorotea… ¿era de por aquí?

Mi señuelo funcionó.

—Ah, no, ella vino de Barcelona. Era de una familia muy rica, los Dalmau.

Me aferré a la silla. Era ella. ¿Cómo había terminado mi abuela

abriendo un negocio con la esposa de su amante? Era, cuanto menos, rocambolesco.

—¿Y dice que se obsesionó con encontrarla? ¿Por qué?

—Porque ella lo abandonó, y Álvaro era orgulloso, ya lo creo.

—¿Pretendía hacerla regresar a la fuerza?

—Lo que quería era vengarse.

Tragué saliva, cada vez más convencida de que tras el aspecto de Casanova de Álvaro Montesinos se escondía un lobo peligroso.

—¿Vengarse?

Se hizo un silencio tenso. Puede que Natividad pensara que estaba hablando demasiado. Después de otro sorbo a su tacita de porcelana, suspiró, quizá convencida de que ya a nadie le importaba el pasado.

—Al fin y al cabo, están todos muertos menos yo —murmuró para sí misma, pero la escuché—. Sí, Álvaro quería vengarse de su esposa. Dorotea no solo lo abandonó, con la mancha social que ello representaba. No. En su huida, Dorotea se enfrentó a doña Urraca. Nadie sabe qué pasó, pero la madre de Álvaro apareció muerta junto al abrevadero. Y eso lo cambió para siempre. La suya era una relación peculiar, casi enfermiza, diría yo.

Me imaginé una relación tóxica como la de Psicosis, y me estremecí.

—¿Qué pasó después? ¿La encontró?

Natividad negó.

—Nunca más supimos de él. Se marchó a Barcelona y, simplemente, no regresó.

—No la entiendo.

—Desapareció —como vio que no reaccionaba, insistió—: se evaporó como si fuera bruma.

Parpadeé varias veces. ¿Un tercer desaparecido? ¿Qué diablos había ocurrido?

—¿Cuándo fue eso?

—No lo recuerdo muy bien, en aquel entonces yo intentaba mantenerme alejada de él. Temía que volviera a atacarme si me cruzaba en su camino. Pero debía de ser invierno, puede que mediados de febrero del 43, sí.

Tragué saliva como pude. Las galletas me habían provocado una especie de carraspera que me impedía hablar. Dorotea y Soledad habían desaparecido el dieciocho de febrero de 1943. ¿Lo habría hecho Álvaro el mismo día?

—Después de eso, nadie reclamó la propiedad. El servicio empezó a abandonar la casa. Nadie nos pagaba, así que tampoco se les podía culpar… Al final, tan solo quedamos doña Ángela y yo. Supongo que ella lo hizo por fidelidad a la familia. Creo que guardó la esperanza de que Álvaro regresara hasta el último día, pero el Montesinos, como siempre, resultó ser una decepción. Lo mío fue por puro egoísmo; la verdad es que no me apetecía en absoluto volver a ver al hombre que me había hecho tanto daño, pero no tenía adónde ir, y aquí había un techo sobre mi cabeza y un huerto del que vivir. Cuando nos aburríamos, doña Ángela me enseñaba a leer y escribir. Al final conseguí un empleo ayudando al maestro del pueblo. Me casé con él y vino a vivir con nosotras. Mi Bruno se encargaba de las tierras y de hacer pequeños arreglos para mantener la mansión.

—Parece un buen hombre.

—Lo era. Lo único que me da pena es que no pudimos tener hijos. Siempre pensé que Dios era cruel por castigarme así, después de lo que ocurrió en mi juventud.

Se quedó pensativa, con los ojos clavados en el horizonte, como si estuviera viendo a Bruno arando trigo en uno de los campos. Me percaté de que le temblaban las manos en las que sostenía su taza vacía. Parecía agotada. Me sentí mal por no haberme dado cuenta antes; esa mujer era casi centenaria y contarme todo su pasado debía de haberla dejado cansada.

—Debería marcharme —dije al final.

Ella tenía los ojos cerrados y creí que dormía. Sin embargo, esbozó una pequeña sonrisa.

—Claro, vuelve cuando quieras. Siempre serás bienvenida aquí.

Abrió los ojos y me estudió.

—Puede que, después de todo, seas la heredera legítima, la que doña Ángela esperó hasta el día de su muerte.

—No se preocupe por eso, no voy a reclamar nada —alegué posando una mano en su hombro, frágil.

—Eres como ella…

Entonces sí, pude escuchar un leve ronquido y la respiración acompasada de su pecho. Me marché de allí sin despertarla.

# LA ÚLTIMA INVITADA

*3 de julio de 1941, Barcelona*

Le había dado el día libre a Emilia. Aunque confiaba en ella, Dorotea no quería testigos sobre la visita de aquella tarde. Cuanto más discreta fuera, menos posibilidades habría de que Álvaro la encontrara. De hecho, ya no se atrevía a dormir en la Casa Dalmau. Emilia la había mirado con tristeza cuando le había anunciado que se alojaría en el Hotel Condal. «Pero, señora, ¿dónde va a estar mejor que en su propia casa?». «Si fueras él, ¿cuál sería el primer lugar en el que buscarías?». Emilia había callado y había continuado tendiendo la colada. De vez en cuando la oía suspirar, supuso que le daba pena ver la mansión tan vacía, tan solitaria.

Dorotea recorrió la casa en silencio. Se despidió de cada rincón y de cada recuerdo: buenos y no tan buenos. No volvería a pisar el suelo ajedrezado ni a dormir en la cama con dosel de la habitación de invitados; tampoco degustaría un desayuno en el salón de té ni en la terraza repleta de geranios. Ni siquiera podría pasear por los alrededores sin temor a toparse con Álvaro. Estaba segura. Su instinto la advertía de que no tardaría en ir a buscarla. Por eso había tomado la decisión. Recibiría a Soledad Moliner como su última invitada y, después de eso, desaparecería a la vista de todos. Se alojaría en un hotel distinto cada semana y no llamaría la atención: nada de lujos ni caprichos; tan solo lo imprescindible para que los ahorros que le había legado su padre le fueran suficientes para pasar el resto de su vida sin

apuros. Si se cansaba de vivir en la clandestinidad, quizá podría embarcarse en algún navío con destino a las Américas o Italia. Cualquier cosa sería mejor que malvivir junto al déspota de su esposo.

Soledad llegó a las cinco en punto, justo cuando el reloj de cucú sonaba en el salón principal. Dorotea abrió la puerta y se fijó mejor en ella; con la penumbra del cementerio apenas había podido reparar en su rostro. Lo cierto era que, aunque sus rasgos eran similares a los de Abigail, parecían muy distintas. Sus curvas eran igual de exuberantes, pero Soledad no presumía de ello y vestía de un modo mucho más sencillo, con tonos beige y sin un ápice de tacón. No lo necesitaba. Era alta, quizá la mujer más alta que conocía. Aquella altura y sus ojos oscuros lograron intimidarla. Al contrario que Abigail, no se escondía tras una fachada de sonrisas falsas, y Dorotea notó que la estudiaba con la misma atención que ella. Se aclaró la garganta.

—Buenas tardes, Soledad.

Soledad le dedicó un gesto con la cabeza, pero no dijo nada. Dorotea le pidió que la siguiera hasta el salón y escuchó sus pasos quedos tras ella. Se preguntó cómo lograba que sus zapatos apenas resonaran en el suelo escandaloso.

Dorotea se detuvo en el salón de té. Se volvió hacia Soledad y le ofreció asiento en uno de los sofás.

—¿Para qué quería verme, señora Dalmau?

Dorotea tragó saliva. No esperaba un derroche de efusividad ni palabras amables, pero después de todo eran hermanastras. Se sintió cohibida ante su carácter directo y se preguntó si no se trataría de timidez en realidad. Soledad se retorcía las manos en el regazo, y sus

ojos bailaban de un lado a otro de la estancia, como si estuviera reteniendo cada detalle del que había sido el hogar de su madre.

—No podemos quedarnos aquí demasiado tiempo —dijo Dorotea como si quisiera disculparse por no ofrecerle una bebida.

Sin poder reprimirse, miró hacia la única ventana que tenía el porticón abierto, como si esperara encontrarse a Álvaro observándola desde la esquina de la calle. No vio a nadie sospechoso y devolvió su atención a Soledad. Sus labios llenos estaban desdibujados en una mueca de extrañeza. Parecía querer preguntarle si ocurría algo, así que Dorotea se apresuró en levantarse para acallar sus dudas. Se dirigió a un secreter de nogal oscuro y sacó una llave que pendía de su cuello. Abrió uno de los cajones con cuidado para extraer un fajo de papeles anudado con un lazo granate. De entre ellos sacó un sobre con el lacre todavía intacto; no había osado leer las últimas voluntades de Abigail. Le hubiera parecido una falta de respeto hacía Soledad. Se acercó hasta ella y se lo tendió.

—Son las últimas voluntades de Abigail.

Soledad palideció y sus manos temblaron al recoger el documento. Lo colocó sobre su falda, sin abrir. Dorotea la observó con cautela, le parecía una mujer fuerte, de las que han sufrido demasiado y se forjan una coraza a su alrededor. Alguien como ella. ¿Por eso no abría la carta? ¿Por temor a desmoronarse y que viera su debilidad?

—Puede abrirlo en otro momento —la alentó.

No fue un gesto alegre, pero le sorprendió cómo cambiaba el rostro de Soledad al sonreír. La belleza que se intuía en sus rasgos alcanzaba su esplendor cuando lo hacía, como si se tratara de un sol

que hubiera estado oculto tras las nubes. Dorotea se dirigió entonces al escritorio y tomó un papel. Después anotó la dirección del Hotel Condal con una pluma. Aunque no sabía cuánto tiempo se alojaría allí, Soledad podría encontrarla si la necesitaba durante los próximos días.

—Quizá cuando lo lea desee hablar conmigo —le dijo—, nos dejaron algo más en común a parte de la pena. Pero no quiero adelantarme. Cuando esté preparada, podrá encontrarme aquí.

Le tendió la pequeña nota con la dirección del hotel y pudo ver el desconcierto en el rostro serio de Soledad.

—¿No vive en la Casa Dalmau?

Dorotea no pudo evitar mirar de nuevo por la ventana. Había visto una cabellera rubia cruzando la calle. Respiró de nuevo cuando se aseguró de que no se trataba de Álvaro. ¿Estaba obsesionándose?

—No —dijo en un susurro apenas perceptible—. Ahora me alojo ahí.

Soledad asintió y se levantó del sofá, dando por concluida la reunión. Dorotea agradeció que no se tratara de una de esas personas que se alargaban con discursos innecesarios. La conocía poco, pero le había quedado claro que Soledad hablaba tan solo cuando era imprescindible, ni una palabra de más.

—Cualquier cosa, ya sabe dónde encontrarme —se despidió Dorotea cuando llegaron a la puerta.

Soledad asintió y se marchó, dejando atrás un halo de tristeza que se mezcló con el suyo.

Dorotea decidió marcharse antes de que Emilia regresara. No le

gustaban las despedidas, y estaba segura de que el ama de llaves intentaría que se quedara por todos los medios. Le aseguraría que allí estaba segura, que don Álvaro no podría hacerle daño. Pero ella sabía la verdad: nada ni nadie separaría a su marido de su venganza, no descansaría hasta saciar su sed de sangre. Lo veía perfectamente capaz de incendiar la Casa Dalmau si sospechaba que ella estaba dentro, y no quería arrastrar a nadie en su caída, así que concluyó que lo mejor era alejarse de la casa y de Emilia; ella no tenía la culpa de nada.

Metió toda la ropa que encontró en su armario en una maleta grande. Emilia había cuidado de sus vestidos con esmero y, aunque le irían holgados por culpa de la pérdida de peso, seguían siendo elegantes y estando a la moda. La modista podría ajustárselos si era necesario.

Terminó de hacer el equipaje en poco más de cinco minutos. Añadió una bolsa de terciopelo verde en la que guardó un montón de joyas: un seguro adicional por si las cosas se complicaban y debía huir a otro país. Recorrió el salón con pasos lentos y echó la vista atrás una vez más. Cerró con cautela la única contraventana que estaba abierta para asegurarse de que nadie veía el interior desde la calle. La penumbra fue invadiendo poco a poco cada rincón y, a pesar de no haber sido especialmente feliz en esa casa, un peso nuevo y desconocido se instaló en su pecho. No volvería a pisar ese suelo, ni volvería a respirar el aire puro de los jardines, tampoco escucharía el sonido de la cubertería cada mañana, ni olería a bollos recién horneados. La Casa Dalmau quedaría abandonada a merced del tiempo.

# LA HERENCIA

*3 de julio de 1941, Barcelona*

Le había dado muchas vueltas al sobre. El papel estaba ya algo arrugado, como si un niño hubiera estado jugueteando con él. Soledad miró hacia la pequeña chimenea del salón de la posada en la que se alojaba. ¿Y si le prendía fuego? Así no debería soportar el peso que aquel ínfimo papel le provocaba en el corazón. ¿Acaso merecía Abigail que leyera esa carta? ¿La habría abierto su madre en caso de ser suya? Probablemente no. Así que, ¿por qué le era tan difícil ignorarla y hacerla desaparecer entre las llamas?

Lo cierto es que había estado a punto de leerla a solas en su habitación, pero la idea de hacerlo entre esas cuatro paredes con apenas una ventana le había parecido deprimente. Miró a su alrededor y descubrió que no había más huéspedes en el salón. Imaginó que, con el sol radiante de Barcelona, la mayoría había decidido dar un paseo o tomar aire fresco. Quizá ella debería hacer lo mismo, en vez de estar dándole vueltas a su pasado. Volvió a mirar el sobre y apretó con fuerza la cerilla que tenía en la otra mano.

—¿Noticias complicadas?

Soledad dio un brinco. Se había creído a solas, pero la posadera había aparecido con un cubo y una fregona y estaba limpiando el suelo de la zona común. El hostal no era lujoso, pero estaba limpio y la dueña ponía todo su empeño en que fuera un lugar decente. Incluso la comida era buena.

—Supongo que sí —se limitó a decir Soledad.

La apariencia rechoncha y la sonrisa amigable de la posadera invitaban a la charla, pero Soledad nunca había sido buena entablando conversaciones, y menos cuando el objeto de atención era su madre.

—No la queme.

Soledad enarcó las cejas. ¿Tan evidente era que quería prenderle fuego?

—Lleva mirando ese sobre más de una hora —añadió la mujer.

—Ya…

—Aunque sea difícil, más vale que la lea. Si no se arrepentirá toda su vida. Se lo digo por experiencia.

Soledad apretó los labios. Sabía que tenía razón. Si se deshacía de las últimas voluntades de su madre, estaba segura de que Abigail se le aparecería en sueños para atormentarla. Y ya tenía suficiente con la presencia de Sor Angustias.

Pasó un dedo por la solapa. Lento, como si en realidad esperara que no pudiera abrirse. Sin embargo, el papel se rasgó con facilidad. La posadera asintió y se marchó a limpiar la barra para darle intimidad. Soledad lo agradeció.

*Querida Soledad,*

*Siempre supe que no estaba hecha para ser madre. No me gustaban los niños, como al resto de mis amigas. Aun así, el destino me presentó a tu padre. Creí que lo amaba, que quería formar una familia junto a él. Pero*

*me equivoqué. Cuando naciste, eras un bebé llorón y, al crecer, te convertiste en una niña terca y malcarada. Entonces supe que había cometido un terrible error. Lamento no haber podido quererte. De veras lo intenté. Tu hermana Alicia era diferente: rubia y angelical. Era difícil no apreciarla. Sin embargo, mi rumbo era otro. Por eso os dejé en el convento. Conmigo habríais sido desdichadas; no podía llevaros a mi nueva vida. Mi esposo no tenía por qué soportar la carga que yo llevaba aguantando demasiados años.*

*Toda mi juventud fue un despropósito. A veces creo que hubiera sido mejor que Pedro no se hubiera cruzado en mi camino. Todos hubiéramos sido más felices.*

*A pesar de todo, me siento responsable de vosotras, por ello le he pedido a Alfredo que os tome en cuenta a la hora de redactar una herencia. A ti y a Alicia os legará parte de un local, y también os corresponderá una suma de dinero. Dorotea, su hija, se encargará de informaros de los detalles.*

*Abigail.*

Dejó la carta sobre su falda. Tuvo que reprimir las lágrimas de rabia. Hubiera sido mejor quemarla. Ni siquiera había sido capaz de despedirse con un poco de amor. ¿Tan difícil era fingir que la había amado en algún momento? Por lo menos no se hubiera sentido tan desgraciada. Apretó el papel entre los dedos hasta que lo convirtió en un ovillo. Después, lo arrojó a las llamas.

Soledad miró la fachada del hotel Condal con reticencias. Había

estado a punto de escribirle una nota a Dorotea para rechazar la herencia. No quería aceptar nada que viniera de su madre. Poco le importaba no tener nada que llevarse a la boca; podía encontrar un trabajo y labrarse un futuro sin su ayuda. Había sobrevivido sin ella; podía seguir haciéndolo. Sin embargo, había pensado en Alicia. ¿Y si su hermana necesitaba esa suma de dinero o el local? Estaba preocupada por ella. Desde que se había marchado a Alemania, Soledad le había escrito en varias ocasiones a la dirección de Múnich que le había proporcionado, pero no había obtenido respuesta. Era como si Alicia se hubiera evaporado y no podía decidir por ella, así que no le quedaba más remedio que aceptar la herencia.

Entró con paso decidido hasta la recepción y preguntó por Dorotea Dalmau. La mujer asintió y buscó en el libro de entradas. Pronto arrugó el ceño.

—¿Está segura? No hay ningún huésped con ese nombre.

Soledad la miró desconcertada.

—Sí, me dio la dirección de este hotel.

La recepcionista miró a su compañera, que se encogió de hombros.

—Lo siento, señorita.

Soledad resopló y dio media vuelta, pero entonces una mano en su brazo la detuvo. Era Dorotea. Vestía tan elegante como siempre, pero su cabello estaba despeinado, como si hubiera bajado corriendo desde su habitación. Soledad le dedicó una mirada de interrogación y miró de nuevo hacia la recepción.

—Estoy alojada con otro nombre —explicó en un susurro.

Soledad no dejaba de sorprenderse. ¿De quién huía Dorotea?

Estaba claro que no quería quedarse en la Casa Dalmau; la mansión había permanecido cerrada desde su última visita. Se alojaba en un hotel en su propia ciudad y, para más inri, bajo un nombre falso.

—¿Qué está pasando? —quiso saber.

—No importa, vayamos a un lugar más tranquilo.

Soledad se dejó arrastrar hasta la cafetería del hotel, en la que apenas había gente. Dorotea la invitó a sentarse en una mesa alejada de las ventanas, en un rincón del local. Miró nerviosa hacia la recepción.

—¿Les ha dado mi nombre?

—Sí, claro…

Dorotea chistó.

—No pensé en eso.

—¿De quién se esconde? —preguntó.

—Cuanto menos sepa, mejor.

Soledad se vio tentada de insistir, pero creyó que sería mejor descubrir qué ocultaba usando la discreción. Ya tendría tiempo. Se aclaró la garganta.

—He leído las últimas voluntades de mi madre.

—Entonces ya sabrá lo de la herencia.

Soledad asintió, siempre se sentía incómoda hablando de dinero, y quería terminar con aquello cuanto antes.

—La verdad es que, si fuera por mí, no la aceptaría —explicó—, pero puede que mi hermana necesite el dinero.

Dorotea la miró con extrañeza. Soledad concluyó que era una mujer avispada, no le había pasado por alto la duda en sus palabras:

había quedado claro que no tenía demasiado contacto con Alicia.

—Está bien, en cualquier caso, les pertenece un tercio de un local en la calle Balmes a cada una.

—¿El otro tercio es suyo?

—Sí. Al parecer es un local muy grande.

Soledad reflexionó unos instantes.

—¿Por qué cree que lo hizo? Dejarnos una enorme propiedad compartida.

Sabía de la riqueza de Alfredo Dalmau, no habría tenido problema en dejarles un pequeño inmueble a cada una en vez de una participación de un edificio tan grande.

—No estoy segura, también me extrañó —Dorotea sonó sincera—. Mi padre a veces hacía cosas imprevisibles, aunque esta vez sospecho los motivos.

Esperó a que continuara hablando, temía que, si la interrumpía, dejara de hacerlo. Dorotea parecía frágil y reservada, como si su historia fuera demasiado complicada para compartirla con alguien más.

—Creo que quería que las tres nos conociéramos mejor —concluyó.

Soledad ladeó el rostro. Recordó la historia que le había contado Gertrude. Alicia y Dorotea no eran tan solo hermanastras sobre el papel. Aunque ellas no lo supieran, compartían padre. Valoró la posibilidad de contárselo, pero todavía no estaba segura de poder confiar en ella, así que calló.

—¿No cree que habría sido más fácil hacer que nos conociéramos

mientras vivían?

Dorotea se removió en su asiento.

—No quisiera ofenderla, pero su madre…

—No me ofende —atajó—, no era una buena persona.

Escuchó cómo Dorotea tragaba saliva, quizá había sido demasiado directa. Sin embargo, todavía le duraba el dolor que le había provocado la última carta de su madre. Puede que siempre lo llevara con ella.

—Me temo que éramos una molestia para Abigail —se atrevió a decir al final.

—¿Usted también? —preguntó Soledad, sorprendida.

—O, ya lo creo —Dorotea le dedicó una sonrisa amarga—. Me enviaron a un internado en cuanto se casó con mi padre. Después, con la excusa de la guerra, terminé viviendo tres años en América con mi tía.

—Lo lamento.

—No lo haga, eran las decisiones de mi padre, por mucho que ella estuviera detrás. ¿Y ustedes? ¿Dónde vivieron todo ese tiempo?

Soledad tomó aire y desvió la mirada. No solía compartir esa historia con nadie; temía que la verdad sobre Sor Angustias terminara por alcanzarla.

—Mi madre nos abandonó en un convento.

Dorotea se cubrió los labios con las manos.

—Yo… disculpe, no lo sabía.

Soledad sonrió con aspereza.

—Creo que después de esto, podríamos tutearnos.

—Sí, supongo que sí.

Ambas se quedaron en silencio, removiendo el café con la cucharilla. Soledad respiró el aroma tostado y se llevó la taza a los labios para dar el primer sorbo. No sabía muy bien por qué, pero el hecho de haber compartido su historia con Dorotea la hacía sentir más ligera.

—¿Has pensado qué vas a querer hacer con el local? —preguntó Soledad.

Dorotea se rascó la cabeza.

—La verdad es que le he estado dando muchas vueltas. Por lo que recuerdo tiene varias zonas: una enorme entrada, tres habitaciones pequeñas y cinco salas. También tiene un apartamento en el piso de arriba; se podría montar casi cualquier cosa.

Soledad adivinó un brillo en sus ojos.

—Pero tú ya has pensado en algo —la animó con una sonrisa.

Dorotea se la devolvió y asintió con timidez. Luego tomó un poco de café de su taza.

—Lo cierto es que sí. Me pareció un lugar perfecto para un cine.

Soledad echó los hombros hacia atrás de pura sorpresa.

—¿Un cine?

—Si no quieres, lo entiendo, también podríamos venderlo y repartirnos el dinero o…

Soledad la interrumpió con un gesto. No quería vender nada hasta que supiera qué deseaba hacer Alicia, y por el momento eso parecía imposible.

—Me parece una buena idea —concluyó Soledad—. Aquí todavía

no hay muchos cines, en Alemania los había a montones… Supongo que podría ser un buen negocio.

¿Por qué no sacarle partido al local mientras esperaba a que su hermana diera señales de vida? No entendía mucho de finanzas, pero si no hacían nada con esa propiedad, el rendimiento sería nulo.

—¿De veras te parece bien?

Dorotea sonrió, y Soledad se percató de que lo hacía de verdad por primera vez. Hasta ese momento había sido un gesto opaco que no lograba llegar a sus ojos ambarinos. Sin embargo, ahora toda ella brillaba.

—Veo que te hace ilusión. ¿Por qué un cine?

—Yo… —Dorotea se desinfló un instante—, quería ser actriz. Supongo que a estas alturas ya no podré cumplir mi sueño, pero al menos me queda esto.

Soledad pensó en las posibilidades que le proporcionaría ese negocio: por el local pasarían todo tipo de personas, incluso gente influyente. Podría indagar sobre ellos, sacar algo de información para Gérard y la Resistencia.

—Entonces tendrás tu cine.

Dorotea pidió una botella de cava a la camarera, que la miró extrañada. No eran ni las once de la mañana. Sin embargo, Soledad aceptó la copa y brindó con ella.

—Por un próspero negocio.

Después de brindar volvieron a sentarse.

—¿Te apetecería ver el local? —preguntó Dorotea—. Primero tengo que poner en orden el papeleo y la herencia, calculo que me

llevará un mes, pero podríamos vernos para entonces, si te parece bien.

—Por supuesto. ¿Quieres que quedemos aquí?

Dorotea negó y miró nerviosa a su alrededor.

—No. Me alojaré en otro sitio —explicó en un susurro—, en el hotel Luxor. Puedes preguntar por Bárbara La Mar.

Soledad abrió la boca para preguntar por qué cambiaba de hotel. ¿Era por que le había dado su nombre verdadero a la recepcionista? Sospechaba que sí.

—Está bien. Nos veremos allí.

Soledad dejó la pluma sobre la mesa y miró la carta con angustia. No pensaba enviarla. Aunque tenía confianza con Gérard, le parecía demasiado íntima. Le había abierto la puerta a su dolor, y no estaba segura de que quisiera darle esa llave a nadie. ¿Qué le importaba a él cómo se sentía después de la muerte de su madre? ¿O las sensaciones que le había provocado conocer a su hermanastra? No. No tenía sentido enviar algo así, tan solo lograría preocuparlo. Así que guardó esa misiva en un viejo archivador y la dejó allí para que acumulara polvo. Tomó un papel en limpio y se dispuso a escribir de nuevo.

*Querido Gérard,*

*Las cosas no están saliendo exactamente como había imaginado. Nada más llegar a Barcelona me enteré del fallecimiento de mi madre. Estoy bien. Como sabes, nunca fuimos cercanas.*

*He conocido a mi hermanastra, Dorotea. Parece una buena mujer. Aunque creo que guarda algún secreto, hemos decidido abrir un negocio juntas en un local que hemos heredado. Puede que te parezca absurdo, pero vamos a transformarlo en un cine. Dorotea siempre quiso ser actriz, y dice que es lo más cerca que va a estar de cumplir su sueño. A mí ya no me queda nada, así que no me ha parecido una mala idea. Quizá desde mi nueva posición pueda colaborar contigo de algún modo. Si quieres contactarme, puedes hacerlo a la dirección del cine, te la enviaré en breve. Creo que este será un buen hogar.*

*Siempre tuya, Soledad.*

## OLVIDO

*28 de julio de 1941, Barcelona*

Se había amoldado bien. Lucilda se había hecho con el puesto haciendo gala de la discreción que había aprendido en casa de Madame Lambert: fingía no escuchar lo que decían los clientes de la cafetería y se esforzaba por hacerse la olvidadiza cuando veía a un par de amantes reservando una habitación. Y todo ello con una sonrisa en los labios. Quizá por eso se había convertido en la camarera favorita de las damas que solían ir a merendar cada tarde al Ritz. Tan solo llevaba un mes trabajando allí, pero la mayoría pedían que fuera ella quien las atendiera y solían obsequiar su servicio con buenas propinas. Lucilda nunca había tenido tanto dinero. Calculaba que, si seguía así, podría costearse ropa nueva para ella y Mauro en cosa de un par de meses. Podría por fin dejar de vestir de prestado. Y lo mejor, quizá con el tiempo pudiera alquilar su propia casa, en vez de quedarse en una de las habitaciones de servicio del hotel. No estaban nada mal: eran amplias y los muebles, aunque sobrios, estaban elaborados con madera de buena calidad. Sin embargo, no era un hogar. Y quería que Mauro por fin tuviera un lugar al que poder llamar casa. Ya había cumplido cuatro años e iba siendo hora de que tuviera la estabilidad que necesitaba un niño de su edad.

Aquel día llegaron tarde a la merienda. Las señoras de los mandamases del régimen franquista acostumbraban a ser puntuales como un reloj, puede que influenciadas por el comportamiento militar

de sus maridos, así que Lucilda enseguida sospechó que ocurría algo. Todas lucían sus mejores vestidos de cóctel; coloridos y almidonados con esmero. Incluso llevaban sombreros y los labios pintados. Saltaba a la vista que algunas de ellas habían acudido a la peluquería.

—¿Lo de siempre, doña Lourdes? —le preguntó a la que solía llevar la voz cantante.

La mujer se frotaba la barbilla con los dedos. Lucilda vio el destello rojo de una manicura reciente. Levantó la vista de la carta y la miró indecisa.

—Hoy es un día especial. Tráenos lo mejor que tengas. Queremos sorprender a alguien.

—Por supuesto, hablaré con el chef.

Si hubiera trabajado en una posada de un barrio obrero, le habría preguntado qué celebraban, pero en el Ritz la curiosidad era un pecado; no se hacían preguntas. No había tanta diferencia a cuando trabajaba en casa de Madame Lambert. En el prostíbulo jamás se revelaba el nombre de los clientes, pero una vez estaban dentro, accedían a un mundo de color y diversión en el que no había lugar para los remilgos. En cambio, en el Ritz el servicio debía ser invisible. «Oír, ver y callar», le decían sus compañeras. Así que Lucilda se alejó de la mesa y fue directa a la cocina. Damián, el chef de la tarde, la miró horrorizado cuando le hizo el pedido.

—¿Que las sorprenda? Si no les gusta, me desollarán vivo.

Damián era un poco exagerado, pero no le faltaba razón. Algunos clientes, sobre todo si eran nuevos ricos, parecían esforzarse por poner en aprietos al servicio del hotel. Aunque no le parecía que ese fuera el

caso.

—Puedo decirles que deben elegir un plato de la carta, si lo prefieres.

—¿Qué dices? ¿Y que le vayan con el cuento a Ramiro? Ni hablar, ya tiene bastante con aguantarlos. Ya apañaré algo.

Damián dio media vuelta y se concentró en preparar lo que parecía la masa de un pastel. Lucilda sonrió. Todavía le resultaba curioso el respeto que sus compañeros le tenían a Ramiro, y no porque no lo mereciera. Siempre era amable con ellos y nunca hablaba en un tono elevado. Distribuía el trabajo de manera justa y lo hacía con serenidad y elegancia. No le tenían miedo, pero nadie discutía sus órdenes.

Damián tardó cerca de media hora en prepararlo todo. Por norma general el servicio era más rápido, pero estaba esforzándose por sorprender a sus clientas con un surtido de bizcochos y pasteles típicos de diferentes países europeos. Lucilda había avisado a doña Lourdes de que el pedido, al ser fuera de carta, podía tardar un poco más. No pareció importarle. Para amenizar la espera, Lucila las agasajó con té y pastas. Sin embargo, cuando se acercó a la mesa con la enorme bandeja repleta del dulce manjar que había preparado Damián, una dama a la que no había visto antes arrugó la nariz. Vestía con un traje chaqueta de color azul marino y un enorme collar de perlas blancas adornaba su cuello. El cabello estaba peinado con estudiada precisión. Era mucho más joven que el resto, pero exudaba autoridad, como si fuera la misma dueña del hotel, incluso de la ciudad.

—¿Tanto rato para unos simples bizcochos? —Su voz era aniñada.

Lucilda tuvo que contener la lengua para no soltar el primer improperio que se le ocurrió.

—El cocinero los ha preparado expresamente para ustedes.

—Podría haberlo hecho más deprisa, o pensar en otra cosa. Ya no los queremos.

La mujer apartó la bandeja con cara de asco, hasta dejarla al filo de la mesa. Lucilda carraspeó.

—Pruébelos antes de juzgar, señorita.

Los ojos de la mujer se incendiaron.

—Señora, no señorita. Y te he dicho que te los lleves.

Lucilda vio cómo la mujer empujaba un poco más la bandeja con el dedo índice. Tuvo que agarrarla al vuelo para evitar que todo el trabajo de Damián terminara esparcido contra el suelo. Sin embargo, alguno de los pasteles se chafó al colisionar con otro. Lucilda la miró indignada y abrió la boca para protestar, pero notó una mano suave sobre su brazo. Ramiro acababa de aparecer a su lado.

—Disculpen las molestias, pueden elegir cualquier otra cosa de la carta —se apresuró en decir—. Invita la casa.

Lucilda iba a protestar, pero sintió la leve presión de los dedos de Ramiro en su brazo y lo pensó mejor. Les dedicó una breve reverencia y se retiró para seguir al que ahora era su jefe. Ramiro la llevó a la parte trasera del comedor para que no pudieran escucharlos.

—Damián se ha esforzado mucho como para recibir ese desplante.

Sus mejillas estaban sonrosadas por la rabia. Ramiro sonrió con aire melancólico.

—Todavía recuerdo cómo te enfrentaste a doña Ángela por

Natividad. No se habló de otra cosa en días.

Lucilda no pudo evitar sonreír a pesar del enfado. Se había preguntado muchas veces qué habría sido de aquella muchacha.

—Sin embargo, esa mujer no es doña Ángela. Es Virginia Santés, la esposa de uno de los ministros de Franco —explicó, preocupado—. Te aseguro que no la querrías tener de enemiga.

—Pero el pobre Damián… ¡no sé quién se ha creído que es para despreciarlo así!

—No te ofusques, yo me encargaré de compensar a Damián. Mientras, llévales todo lo que pidan.

Lucilda frunció los labios. Ramiro le acarició la mejilla un instante. Luego, apartó la mano como si se hubiera arrepentido.

—Por favor, atiéndelas con tu habitual sonrisa. Cuentan que es déspota y cruel, pero generosa si sabes cómo tratarla.

—Está bien, lo haré.

Terminó accediendo, aunque en vez de hacerlo por las propinas de doña Virginia, lo hizo para desaparecer de enfrente de Ramiro cuanto antes. ¿Por qué la había acariciado?

Lucilda evitó a Ramiro durante días. No creía que fuera la clase de hombre que se aprovechara de su posición para acercarse a ella; sin embargo, habían pasado muchos años desde que fueran compañeros en la Villa, y no podía estar tan segura. Por eso, cada vez que lo veía entrar en la cafetería corría hasta la cocina, para refugiarse en Damián o cualquiera de los otros dos cocineros. Entablada conversación con ellos sobre cualquier tontería, así se aseguraba de no quedarse a solas

con él.

No había pasado más de una semana cuando Ramiro la llamó a su despacho. Lucilda solo había estado allí una vez, cuando había firmado el contrato de trabajo, y lo recordaba claustrofóbico. Se trataba de una pequeña estancia en la tercera planta del hotel repleta de papeles y archivos que parecían querer derrumbarse sobre el escritorio. Le extrañó que la citara allí. Ramiro prefería bajar a la recepción o a la cafetería para estar cerca de los clientes y sus necesidades o para gestionar el día a día con el servicio. En su despacho tan solo trataba temas delicados: admisiones o despidos. Tragó saliva. ¿Acaso iba a despacharla por su traspié con doña Virginia? Aunque le parecía que había salvado la situación el día de la merienda, quizá la mujer no había quedado satisfecha y había exigido su dimisión.

Llamó a la puerta con muy poca seguridad. De hecho, pensó que Ramiro no la habría escuchado porque tardó en abrir. Cuando lo hizo, la miró con el semblante tan serio que quiso huir. Aun así, Lucilda entró y se sentó en la silla que él le ofreció, convencida de que iba a ponerle delante la carta de renuncia para que la firmara. En vez de aposentarse en su butaca, Ramiro se sentó de lado sobre la mesa. Cruzó los dedos a la altura de sus rodillas y la miró fijamente.

—Quizá sean imaginaciones mías, pero creo que me estás evitando.

Lucilda carraspeó y fue incapaz de sostenerle la mirada.

—No…

—Es evidente que el otro día me propasé —la cortó él—. No debí

tocarte de ese modo. Te pido disculpas por haberte puesto en una situación tan incómoda.

Se contuvo para no suspirar aliviada. Entonces no iba a despedirla, ni iba a pedirle nada indecente.

—No tiene importancia.

Logró sonreírle, pero Ramiro negó.

—Sí, sí que la tiene; al menos, para mí. Debo serte sincero, Lucilda. Cuando te vi después de tanto tiempo me di cuenta de que no te había olvidado.

Lucilda se mordió el labio. No esperaba aquel tipo de confesión.

—Después de lo que pasó, no merezco que…

—Nada de lo que ocurrió fue tu culpa —la interrumpió—. Eras joven y don Álvaro sabía lo que estaba haciendo. Lamento que te vieras envuelta en esa situación. Tan solo quería hacerte saber que sigo admirándote como entonces y que me harías el hombre más feliz si me dejaras acompañarte alguna tarde a dar un paseo.

Lucilda lo estudió con detenimiento. Desde luego, los años le habían sentado bien. Ya no era el muchacho enclenque que recordaba; se había convertido en un hombre, en uno atractivo. Sin embargo, no podía sentir más que cariño fraternal cuando lo miraba. No tenía nada que ver con el fuego que recordaba sentir en brazos de Darío. Cerró los ojos y se maldijo por pensar en él. ¿Por qué no podía, simplemente, olvidarlo? No. Tenía que seguir apareciendo en sus sueños, como una serpiente tentadora que la perseguía hasta los infiernos. ¿Debía ser sincera con Ramiro? Ya lo había lastimado con sus mentiras una vez, no merecía que le diera falsas esperanzas de

nuevo. Sin embargo, ¿qué ocurriría si se sentía rechazado? ¿La echaría del Ritz? ¿Tendría que regresar a la posada y enfrentarse de nuevo al casero? ¿Qué llegaría a hacer para sobrevivir y sacar adelante a su hijo? Ramiro pareció leer el pánico en sus ojos.

—Por supuesto no quisiera aprovecharme de la situación. Te lo estoy pidiendo como hombre, no como jefe. Decidas lo que decidas, esto no afectará a tu empleo de ningún modo.

Lucilda lo meditó unos minutos en silencio, agradeció que Ramiro la dejara pensar sin interrupciones.

—La verdad es que… hay alguien.

Ramiro la miró sorprendido, pero luego asintió.

—Perdona, desconocía que tuvieras pareja. De haberlo sabido jamás me hubiera atrevido a confesarte esto.

—En realidad, no es mi pareja.

Ramiro merecía que le contara la verdad, por lo menos esta vez no quería que sus mentiras terminaran por arrastrarlo.

—Es una situación complicada. Hizo algo que no puedo perdonarle, pero por ahora… sigo pensando en él.

—Entiendo. En tal caso, me haré a un lado. Pero si cambias de opinión, te estaré esperando.

Lucilda sonrió.

—Gracias.

## SECRETOS

*25 de octubre de 2022, Barcelona*

No esperaba encontrarme con él. Había hecho todo lo posible para no coincidir en el despacho del cine: iba a deshoras, cuando estaba segura de que no estaría allí o cuando sabía que se encontraba supervisando alguna tarea en las salas de proyección. Por eso abrí tanto la boca cuando me topé con Luther un domingo por la mañana. Puede que él tampoco me esperara, porque dio un brinco cuando escuchó la puerta y se apresuró a esconder un documento en el primer cajón de su escritorio. Después lo cerró con llave. Traté de no fulminarlo con la mirada. ¿Qué clase de secreto acabaría de ocultar? ¿Puede que algo relacionado con el anillo de Gérard Lemêtre?

—¡Qué sorpresa! —dijo con la voz carente de entusiasmo.

Probablemente estaba enfadado, y no era de extrañar. Para él, después del fin de semana perfecto que habíamos pasado en Canfranc, yo había desaparecido. Me había convertido en un fantasma tras una bomba de humo. Había pasado de echarle en cara que temía mantener una relación sentimental conmigo a ser yo la que no contestaba a sus llamadas; tan solo respondía a los mensajes, y lo hacía con monosílabos. Claro que él no conocía los motivos de mi comportamiento, y yo tampoco tenía intención de contárselos. ¿Qué iba a decirle? «Encontré el anillo de Lemêtre rebuscando entre tus cosas». «Sé que me mientes». No. No serviría de nada enfrentarlo. Ya lo había hecho antes con César, y los mentirosos tienen tendencia a

escudarse tras más embustes. Así que había decidido pagarle con la misma moneda: intenciones ocultas y un halo de misterio. A ver si le gustaba.

Luther carraspeó, puede que llevara demasiado tiempo mirándolo con intensidad.

—¿Ocurre algo, Leonor? Llevas días desaparecida y no contestas al teléfono.

—No. Todo va bien. —Le dediqué una sonrisa tirante.

Por supuesto, no me creyó.

—No lo parece.

Dio un paso hacia mí. Estaba demasiado cerca. Su olor me despistaba hasta el punto de hacerme perder el hilo de los pensamientos. Di un paso atrás, porque sabía que me convertiría en un ser irracional si llegaba a tocarme. Por mucho que lo odiara por sus mentiras, seguía sintiéndome atraída por él. Y lo peor de todo era que lo echaba de menos. ¿En qué me convertía eso?

—¿Hice algo mal aquel fin de semana, Leonor?

—No.

Miré a mi alrededor, incómoda. No era mentira, esos dos días habían sido idílicos. Y no dije nada más. No podía confesarle que en realidad lo que me preocupaba era lo que yo no podía ver, lo que me estaba ocultando. Al principio me había esforzado por simular que no me daba cuenta de que algo no encajaba, pero a estas alturas las evidencias eran demasiado grandes: me había estado mintiendo. ¿Con qué intención? No lo sabía. Así que ahora era yo la que le mentía a él, aunque fuera por omisión. Porque no tenía ninguna intención de

contarle lo que me había dicho Natividad sobre mi abuela y su relación clandestina con el señorito de Villa Montesinos.

Luther alargó la mano y me acarició la mejilla. Se me entrecortó la respiración.

—Sé que te pasa algo, pero te daré el espacio que necesitas. Hasta luego, Leonor.

Y se marchó. No me di cuenta de que no estaba respirando hasta que la puerta se cerró a mi espalda. Se me desinfló el pecho y me dejé caer en la butaca que había junto a mí. Era la de Luther, y aún guardaba su calor. Pasé la mano por la piel marrón, ya desgastada en la zona de las piernas. Luego bajé la mirada. El primer cajón seguía perfectamente cerrado, y no podía evitar preguntarme qué habría guardado con tanto celo en cuanto me había visto entrar. Estuve mirando la cerradura durante más de una hora, en un debate interno que se me hizo insoportable. ¿Hasta qué punto tenía derecho a quebrantar su intimidad? Si forzaba el cajón, no sería mucho mejor que él. Sin embargo… Mi intuición me decía que allí dentro se encontraba la clave de su comportamiento, de sus secretos. Y estaba segura de que me afectaban de algún modo, porque si no, me lo hubiera contado todo desde el principio. ¿O estaba equivocada?

Tardé una hora más en decidirme. Cuando lo hice, busqué un tutorial en YouTube. Me sentí patética, pero la decisión ya estaba tomada. Me tomó otras dos horas conseguir llevar a cabo lo que en el vídeo conseguían en apenas unos minutos. Farfullaba cosas incoherentes sobre la falsa destreza del hombre del tutorial mientras me peleaba con el cerrojo. Para cuando logré forzarlo, el sudor

resbalaba por mi frente y tenía las uñas destrozadas de girar la dichosa horquilla que había introducido por la ranura una y otra vez. Casi me eché a llorar de alegría cuando escuché el clic. Agarré el asa y tiré con fuerza, convencida de que seguiría cerrado. Pero se abrió. El cajón estaba vacío. Tan solo había un sobre en medio de la nada. Parecía antiguo, aunque no demasiado. Quizá tuviera unos quince o veinte años, a lo sumo.

Antes de atreverme a tocarlo, miré hacia la puerta. ¿Y si Luther volvía y me pillaba husmeando entre sus cosas? Me levanté y coloqué una silla tras la puerta para impedir que pudiera entrar. Ahora sí que me sentía como una auténtica delincuente. Resoplé y me acerqué de nuevo a la mesa. Miré mi botín con desconfianza. ¿Qué escondía aquel papel? Terminé por cogerlo con cierta impaciencia y procuré no romper el sobre ni arrugar el papel con mis dedos torpes. Me sorprendió descubrir que se trataba de una carta dirigida a Luther. La desdoblé con cuidado. Ni usando toda mi imaginación se me hubiera ocurrido que aquél era el secreto que escondía.

*Caracas, 13 de octubre de 2004*

*Querido Luther,*

*Te escribo esta carta en uno de mis momentos lúcidos. Cada vez son menos y más cortos. A veces temo no volver a despertar del trance en el que me encuentro sumida la mayor parte del tiempo y quedarme así para siempre. Por suerte, cada vez que vienes a visitarme mi memoria vibra contigo, como si tu presencia me ayudara a anclarme un poco más a mí*

*misma.*

*Si estás leyendo esto es porque ya no me encuentro entre los vivos. No quiero que estés triste por mi ausencia, ni que te enfades conmigo por elegir irme de este modo. No soportaba la idea de terminar convertida en un cuerpo vacío y sin recuerdos. Llevo años deseando reunirme con tu abuelo y me alegro de haber muerto antes de que él se borrara de mi memoria. No hubiera soportado olvidar su sonrisa, su voz, su piel: habría sido como morir dos veces. Así que te pido que respetes mi decisión y no la juzgues. Espero que me lleves en tu corazón, igual que yo te llevaré en el mío. Sabes de sobra que siempre fuiste mi ojito derecho y que te malcrié todo lo que quise, a pesar de las advertencias de tu padre. Es un buen hombre, Luther. Sé que no estáis en buenos términos por mi culpa, pero te aseguro que él tenía sus razones para actuar como lo hizo. Yo le perdoné hace tiempo, espero que tú puedas hacer lo mismo. No me gusta la idea de dejarte solo en el mundo.*

*Tu abuelo y yo compramos dos casas en Venezuela y otras dos en Alemania. También tenemos alguna propiedad en España. He redactado una herencia con mis últimas voluntades, y quiero que todo lo reciba tu padre. Sé lo que pensarás: que él no estuvo aquí cuando más lo necesitábamos, que nos abandonó. Pero te aseguro que no fue del todo así, y en cualquier caso esos bienes le corresponden por derecho. No quiero que te sientas dolido por mi decisión, lo he meditado mucho y creo que es lo mejor. Tú eres muy joven y podrías sentirte abrumado por tantas gestiones, así que lo mejor será que se encargue él por ahora. De todos modos, he incluido una cláusula en la que le exijo que, si acepta la herencia, el próximo heredero seas tú. Mientras tanto, te he legado la casa de*

*Hamburgo; sé que siempre te sentiste más cómodo en Alemania que en Venezuela, y por eso estoy doblemente agradecida de que decidieras trasladarte aquí para cuidarme. Mereces poder ser feliz en el país que amas. Además, te dejaré una buena suma de dinero para que puedas emprender el negocio que quieras. Siempre quisiste hacerlo. Y sé que tendrás éxito en todo lo que hagas.*

*Tu abuela que te quiere,*

*Soledad*

¿Soledad? ¿Esa Soledad? Estuve ahí parada con la carta entre las manos durante al menos diez minutos, hasta que fui capaz de asimilar lo que acababa de leer. Soledad, la mujer que había trabajado para la Resistencia junto a Gérard Lemêtre resultaba ser la abuela de Luther. Ahora comprendía por qué él tenía el anillo. Todo empezaba a cobrar sentido: la compra de un cine en ruinas del que sería casi imposible recuperar la inversión, el extraño interés por las cartas que habíamos encontrado y su empeño en ayudarme a resolver el misterio. No era el hombre altruista que simulaba ser; nada había sido fruto de la casualidad. Lo tenía todo pensado desde el principio. Me tuve que sentar en la butaca y hacer uso de todo mi autocontrol para no arrugar la carta y salir corriendo hasta el hotel de Luther para pedirle explicaciones. Primero necesitaba pensar. Y pensé. Y de pronto una idea terrible acudió a mí mente. Si Luther era el nieto de Soledad, ¿hasta qué punto podía reclamar la parte del cine que había sido de ella? ¿Por eso había accedido al trato desigual con mi padre? Porque sabía que, además de ese tercio, otra parte terminaría siendo suya.

Debo reconocer que me derrumbé. Lloré como si una parte de mí se hubiera roto. No solo por la posibilidad de perder parte del cine de mi abuela de un modo tan ruin, sino porque comprendí que Luther jamás había sentido nada por mí. Tan solo me había utilizado. Puede que hubiera visto claros mis sentimientos hacia él y hubiera decidido que era una buena estrategia para tenerme sumisa. Lo odié. Con todas las fuerzas con las que se puede odiar a alguien. Y decidí que no podía quedarme de brazos cruzados. Tomé una fotografía de la carta y busqué en mi teléfono móvil el número de mi abogado. Entonces me di cuenta de que me temblaban los dedos de un modo tan incontrolable que apenas podía sostener el terminal. Escuché la voz aflautada del señor Vergés a través del auricular.

—Necesito que me asesore.

Debió de notar el nerviosismo en mi voz, porque carraspeó.

—Por supuesto, ¿cuándo le iría bien venir?

—¿Tiene algún hueco esta tarde?

Titubeó. Puede que llevara años sin escuchar a un cliente tan desesperado como lo estaba yo.

—Sí. A las tres.

—Allí estaré.

Y colgué.

# ENCUENTROS

*3 de agosto de 1941, Barcelona*

Esa vez la recepcionista reconoció el nombre. Bárbara La Mar. Por un instante se sintió como en Canfranc, cuando los secretos y las mentiras formaban parte de su vida. Lo cierto es que sentía nostalgia por aquellos tiempos: la estación, con sus vidrieras y su esplendor; la emoción de formar parte de algo grande; saber que, a pesar de los riesgos, estaba ayudando a la causa. También lo echaba de menos a él. Gérard se había convertido en su guía, en su apoyo y, aunque siguieran escribiéndose, necesitaba volver a ver sus ojos verdes llenos de seguridad. Su sonrisa serena. Y sentir de nuevo sus brazos alrededor del cuerpo, como una manta que arropa en las noches de invierno.

—Has venido.

Dorotea la observaba con cierta sorpresa desde la escalinata por la que acababa de bajar. Puede que no se esperara volver a verla. Al fin y al cabo, Soledad había tenido un mes entero para replantearse si quería o no la herencia; podría haber rehusado la oferta sin pestañear. Tan solo alguien insensato, o desesperado, se metería en un negocio nuevo con alguien a quien apenas conocía. Sin embargo, allí estaba frente a ella.

—Por supuesto. Te di mi palabra.

—¿Sigues pensando que lo del cine es una buena idea de negocio?

—Claro, tan buena como cualquier otra.

—Entonces, vayamos a ver el local.

Estaba completamente vacío, pero Dorotea tenía razón. Era perfecto para un cine. A Soledad no le costó imaginar la recepción llena de gente deseosa de ver la última película de su actor favorito en una gran sala, que incluso ya se encontraba inclinada, lista para colocar cientos de butacas. Por primera vez desde que había llegado a Barcelona, Soledad se ilusionó. Sería su proyecto, algo que habrían creado desde cero.

—¿Qué te parece?

Soledad dio un respingo. Había olvidado por completo que Dorotea se encontraba a su lado. Sonrió.

—Es perfecto.

Dorotea soltó el aire que había estado reteniendo, quizá no hubiera estado segura de que aprobara la distribución del local ni la suma de dinero que necesitarían aportar para acondicionarlo antes de ponerlo en marcha.

—¿Cuánto dinero vamos a necesitar? —preguntó Soledad, como si sus pensamientos se hubieran alineado.

—No estoy segura. Puede que buena parte de la herencia…

Soledad vio que titubeaba al contestar. Estaba claro que Dorotea temía que se echara atrás; lo que no sabía era que Soledad no podía hacer otra cosa. Sabía leer y escribir, incluso mecanografía. Pero no había aprendido ningún oficio ni tenía ahorros. Supuso que las monjas no lo habían creído necesario: la misión de una mujer era encontrar marido y formar una familia. Resopló con desdén. No podía estar más

lejos del camino que la sociedad había trazado para ella, así que pensaba arriesgar todo su dinero si con ello lograba tirar un negocio adelante por sí misma, sin depender de ningún hombre.

—¿Por qué Bárbara La Mar? —se oyó preguntar de pronto.

Dorotea pareció desconcertada ante el cambio de tema y se puso más nerviosa incluso que cuando estaban hablando de dinero. Por su falta de aplomo no era una espía y, desde luego, no solía mentir.

—Era mi actriz favorita de cine mudo.

—Sabes que no me refiero a eso.

Dorotea carraspeó.

—¿De quién te estás escondiendo?

Dorotea cerró los ojos.

—De mi marido.

—¿Estás casada?

—Eso me temo.

No se trataba de una relación cordial ni de afecto. Los ojos de Dorotea se habían oscurecido hasta tal punto que habían perdido su característico brillo ambarino. Su sonrisa se había apagado, y las comisuras de los labios no podían estar más tensas.

—¿Qué ha pasado?

Dorotea la miró a los ojos. Soledad vio una culpa terrible en ellos, parecida a la que arrastraba ella misma.

—No quiero convertirte en cómplice.

Soledad se estremeció, porque adivinó que algo espantoso debía de haber ocurrido.

—No voy a juzgarte. Todos cometemos errores.

—No como este…

—Eso no lo sabes.

¿Quizá lo había abandonado? ¿Tendría un amante? Puede que fuera escandaloso, pero no le parecía tan grave. Al menos no lo hubiera sido durante la República. En cualquier caso, fuera lo que fuese que Dorotea hubiera hecho, no podía ser tan horrible y, por supuesto, no pensaba reportarlo. Al fin y al cabo, ella era responsable de la muerte de una monja.

Dorotea se desinfló, como si no pudiera soportar más la carga que llevaba en silencio.

—Yo la maté.

Soledad palideció. Quizá la había malinterpretado. ¿Realmente había dicho eso?

—¿A…quién? —logró preguntar cuando le volvió la voz.

—A mi suegra.

Se escuchó tragar saliva. Volvió a estudiar a Dorotea. No parecía el tipo de persona que agredía a otra, ni mucho menos de las que quitaban la vida.

—¿Quieres hablar de lo que ocurrió? —Su voz sonó cautelosa.

De pronto Dorotea se abrazó el cuerpo con los brazos y empezó a sollozar. Era incapaz de hablar entre tantas lágrimas. Aunque no era muy dada a las muestras de cariño, Soledad puso una mano en su hombro. Estaba claro que lo necesitaba. Esperó paciente durante más de diez minutos, hasta que Dorotea pareció reponerse un poco. Entonces empezó a hablar. Le contó hasta el último detalle del infierno que había vivido durante el último año a manos de su marido

y de doña Urraca. Soledad pensó, por primera vez, que quizá su vida no había sido la más terrible de todas. Cuando terminó de explicarle su historia, los ojos de Dorotea estaban opacos, como si se hubieran vaciado.

—Perdona, no sé porque te cuento todo esto.

—Todos necesitamos expiar nuestra culpa de algún modo.

—Entenderé que vayas a denunciarme a las autoridades.

—No lo haré.

Dorotea la miró sin comprender.

—Pero…

—Fue un accidente, tú no fuiste la responsable.

Escucharse decir esas palabras fue una especie de catarsis, como ver su reflejo en el espejo de la culpa.

—Álvaro no me creerá. Me perseguirá hasta el fin del mundo.

—En eso estamos de acuerdo.

Dorotea la miró espantada. Soledad lamentó que no se le diera mejor consolar a la gente, quizá una mentira piadosa hubiera sido más adecuada.

—No te preocupes —añadió para tranquilizarla—, haremos todo lo posible para que no te encuentre.

Soledad sacó una tarjeta con las señas de la posada en la que se alojaba.

—De todos modos, si necesitas ayuda, podrás encontrarme en el hostal de doña Manolita.

Y le tendió la cartulina.

Regresaron al hotel Luxor dando un rodeo. Sus pasos resonaban sobre los adoquines de flores y tan solo se veían interrumpidos de vez en cuando por el sonido de algún coche. Aunque Soledad no era muy habladora, Dorotea parecía necesitar compañía y se mostraba más tranquila por el simple hecho de tenerla al lado.

Cuando llegaron, Dorotea se volvió hacia Soledad y le dedicó una sonrisa triste.

—Gracias por escucharme y por guardar el secreto.

—No hay nada que agradecer.

Dorotea le dio un fugaz abrazo y entró de nuevo en el hotel.

Soledad ya se estaba alejando cuando lo vio. Se encontraba lejos, pero no le cabía duda de que era él. Acababa de bajar de un automóvil negro, lujoso, y se cubría la frente con la mano para observar el edifico que tenía frente a él. Su uniforme lucía tan impecable como siempre y sus movimientos transmitían seguridad. Caminó hacia la entrada; el portero le dedicó una pomposa reverencia con la cabeza. Los ojos oscuros de Carlos de Arzúa lo estudiaron todo con atención antes de meterse en el edificio, como si temiera que alguien pudiera verlo allí. ¿Qué diablos hacía el teniente en Barcelona? ¿Había venido a por ella? ¿Habría descubierto sus actividades clandestinas? Soledad tuvo el tiempo justo de esconderse detrás de uno de los coches que estaban estacionados en el aparcamiento del hotel para que no la viera. Lo espió a través de la ventanilla del vehículo, que le permitía ver la recepción. Sin embargo, estaba demasiado alejada. Decidió arriesgarse. Cuando lo creyó conveniente, se acercó hasta un rincón del edificio y se parapetó tras una de las enormes macetas que

decoraban el pórtico de acceso. Así estaba mucho más cerca y podía verlo a través de la cristalera. Carlos se encontraba hablando con la recepcionista y le mostraba algo. Un papel. Soledad entornó los ojos. No. Era una fotografía. Vio que la muchacha asentía y le indicaba que fuera hacia la escalinata. Los ojos de Soledad siguieron su dedo y abrió la boca cuando se percató de que señalaba a Dorotea, que todavía no había terminado de subir hasta su habitación. Carlos avanzó con pasos rápidos hasta su hermanastra y la detuvo agarrándola del brazo. Por un instante los ojos de Dorotea se llenaron de pánico, hasta que reconoció al hombre que tenía delante. Después pareció aliviada. Se conocían bien. No le costó adivinar que tenían cierta confianza, casi camaradería. Soledad se arrimó más a la cristalera y maldijo no poder escuchar de qué estaban hablando. ¿Tan pequeño era el mundo? ¿De qué se conocían ellos dos?

# LA PROMESA

*3 de agosto de 1941, Barcelona*

—¿Qué haces aquí?

Carlos no pareció sorprendido por la inquietud de Dorotea, que no paraba de mirar de un lado a otro de la recepción del hotel, como si temiera que Álvaro apareciera frente a ella en cualquier momento.

—Tranquila, estoy solo.

Dorotea respiró aliviada, pero continuó mirándolo con desconfianza. Si bien era cierto que Carlos no había hecho otra cosa que ayudarla, seguía pensando que podía cambiar de opinión en cualquier momento. Puede que sintiera lástima por ella, quizá la situación le recordara a su madre fallecida, pero, aun así, no podía olvidar que era la mano derecha de Álvaro y que este podía llegar a ser muy persuasivo cuando se lo proponía. ¿Y si le ofrecía un ascenso? ¿O más dinero? ¿Sería entonces fiel a sus principios?

—¿Cómo me has encontrado?

—No eres muy original a la hora de ocultarte bajo nombres falsos: Louise Brooks, Lillian Gish, Dolores del Río… Bárbara La Mar. No hay que ser un genio para seguir el rastro de actrices de cine mudo.

Se había creído muy ingeniosa, y lo único que había sido era estúpida. Dorotea apretó los labios.

—Deberías ser más precavida.

—¿Lo sabe él?

—No, pero está en Barcelona.

Los ojos de Dorotea se llenaron de pánico.

—¿Qué? ¿Qué hace aquí?

—Ha localizado a la madre de su hijo.

Dorotea se cubrió los labios con las manos. Sabía lo importante que era aquel niño para Álvaro, y no le cabía duda de que haría cualquier cosa por hacerse con él, como si se tratara de un mueble más de su Villa.

—¿Qué va a hacer? —preguntó temiendo la respuesta.

—Va a llevárselo.

—No puede reclamarlo; ni siquiera tiene pruebas de que es el padre, ningún juez…

—No va a acudir a ningún juez.

Los ojos de Carlos se habían oscurecido tanto que parecían negros.

—¿Piensa secuestrarlo sin más?

—Eso me temo. Si la madre acude a los juzgados, nadie le dará la razón. Ya sabes cómo funcionan las cosas ahora.

Dorotea negó con la cabeza, indignada.

—Deberías esconderte en otro sitio —sugirió Carlos—. El otro día dejó caer que, en cuanto haya recuperado a su hijo, te buscará. Es evidente que empezará por Barcelona, y los hoteles serán el primer sitio en el que mirará después de comprobar que no estás en la Casa Dalmau.

Dorotea se desinfló y tuvo que sentarse en una de las butacas de la recepción. Se cubrió el rostro con las manos y trató de no ponerse a llorar delante de todo el mundo.

—¿Por qué me cuentas esto?

—La verdad es que Lucilda Viñuales me da pena.

Dorotea arqueó las cejas.

—Además, si Álvaro te encuentra y descubre que te he estado ayudando, estoy acabado —sentenció él.

Aunque no era su intención cuestionar a la única persona que la había ayudado en todo aquel tiempo, sabía que Carlos ocultaba algo. Puede que fuera buena persona, pero no parecía del tipo irreflexivo. Estaba segura de que tenía un plan.

—Parece que te interese complicarle la vida a tu jefe.

Carlos carraspeó.

—Puede que tenga otros motivos, pero no vienen al caso.

Dorotea comprendió que no iba a contarle nada más.

—En cualquier caso, gracias.

El teniente le dedicó un gesto con la cabeza. Iba a dar media vuelta para marcharse, pero Dorotea lo llamó.

—¿Dónde está ella?

—¿Ella?

Carlos pareció alarmado.

—La madre del niño.

Entonces vio que el teniente se relajaba.

—Claro, la madre del niño… Trabaja en el Ritz.

Dorotea asintió y lo vio marcharse, pensativo.

Dorotea llamó al timbre del hostal de doña Manolita a las seis de la tarde. Lo había estado meditando durante gran parte del día, y había llegado a la conclusión de que no podía quedarse de brazos cruzados

mientras Álvaro le destrozaba la vida a esa tal Lucilda. Bastante había hecho ya dejándola embarazada y en la calle. No podía permitir que ahora le robara a su hijo. Aun así, no se veía capaz de hacerlo sola. Todavía le tenía miedo y dudaba que algún día dejara de temerlo. Puede que las heridas de su alma se convirtieran en cicatrices con el paso del tiempo, pero había cosas que jamás podría superar. Y ese pánico cada vez que pensaba en él… eso la perseguiría hasta que uno de los dos dejara de respirar.

Doña Manolita resultó ser una mujer afable, con la cara en forma de luna llena y unos graciosos hoyuelos en las mejillas.

—¿Soledad Müller? Claro, sí, la alemana —dijo en cuanto le preguntó por ella.

Dorotea asintió. Soledad le había contado el periplo que había sido su infancia en el convento y su juventud en Alemania; su cambio de nombre. Puede que su hermanastra también tuviera sus motivos para conservarlo.

—Se aloja en la habitación 113. Es la última al final del pasillo de la primera planta.

Siguió las indicaciones de la posadera y recorrió el pasillo con cierta lentitud, escuchando el crujido del viejo suelo de madera a cada paso que daba. Quería pensar bien lo que iba a hacer, porque una vez tomada la decisión no habría vuelta atrás. Sacudió la cabeza para quitarse las dudas de encima. No, por mucho miedo que tuviera, no podía dejar a esa mujer a su suerte. De todos modos, Álvaro la perseguiría hasta la extenuación. ¿Qué más daba enfurecerlo un poco más?

Llamó a la puerta de la habitación de Soledad. Escuchó ruidos, como si su hermanastra estuviera arreglando algunas cosas antes de abrir. Cuando lo hizo, Dorotea vio que estaba un poco agitada. Mientras Soledad se recuperaba de la sorpresa de encontrarla allí, Dorotea le echó un rápido vistazo a la habitación. Era sencilla y se veía limpia y ordenada, salvo el escritorio, en el que había una maraña de papeles y cartas. Le pareció distinguir un anillo de compromiso encima de la mesa, pero no pudo estar segura. Soledad enseguida se percató de la dirección de su mirada y corrió hasta la mesa para guardarlo en el primer cajón. Soledad carraspeó.

—Disculpa el desorden, no esperaba visita.

—Siento presentarme así, pero ha ocurrido algo.

Soledad no se mostró sorprendida. Al contrario, parecía muy interesada en lo que iba a explicarle.

—¿Recuerdas lo que te conté sobre la aventura de Álvaro con una de las criadas?

Soledad asintió y frunció el ceño, como si ese no fuera exactamente el inicio de conversación que había esperado.

—Pues Álvaro la ha encontrado, a ella y a su hijo. Aquí, en Barcelona.

—¿Él está aquí?

—Sí, los ha seguido.

—Pero ¿cómo sabes todo esto?

La pregunta la desconcertó. Lo normal hubiera sido preguntarle qué iba a hacer o si tenía miedo. ¿Qué más daba cómo hubiera obtenido la información?

—Un amigo me ha advertido.

Vio en los ojos de Soledad que quería hacerle más preguntas sobre él, pero calló. Estaba tensa.

—¿Qué vas a hacer? ¿Piensas marcharte?

Soledad había recuperado la compostura y volvía a ser la mujer práctica que siempre le había parecido.

—Primero tengo que advertir a esa pobre chica, no puedo dejar que Álvaro se salga con la suya.

—Si Álvaro se entera de que la has puesto sobre aviso…

—Me matará de todos modos.

Soledad tragó saliva, como si le costara admitir que Dorotea tuviera tan asumidos los riesgos que corría.

—Necesito tu ayuda, Soledad.

Su hermanastra asintió sin dudar ni un instante. Dorotea sonrió, sabía que podía contar con ella. Aunque no la conocía demasiado, no parecía de las que salían corriendo cuando se avecinaban problemas. Más bien al contrario.

—Sé que trabaja en el Ritz y se llama Lucilda. Iría yo misma a advertirla, pero si me topo con Álvaro todo saldrá mal.

—Comprendo.

—¿Podrías ir a buscarla por mí y citarla en el local del cine? Creo que voy a instalarme en el apartamento del piso de arriba una temporada.

—¿Quieres decir que vivirás allí? ¿En el cine?

Dorotea hizo un vago sonido como asentimiento.

—¿Por qué?

—No puedo alojarme más en hoteles o posadas. Por mucho que use un nombre falso, si mi amigo me ha encontrado tan fácilmente, también puede hacerlo él.

—Pero en el local no hay ni camas, ni sofás…

—Da igual. Lo único que importa ahora es que Álvaro no me localice. Y allí no va a buscarme.

—¿Por qué no huyes de España? Sería lo más sensato.

—Lo haré, pero primero tengo que poner en orden la herencia y avisar a Lucilda.

Soledad aprobó su plan con un asentimiento. Dorotea se dirigió a la puerta, pero antes de abrir se volvió hacia ella.

—¿Lo que había antes en el escritorio era un anillo de compromiso?

Sentía curiosidad. Lo cierto es que sabía muy poco sobre su hermanastra, mientras que ella conocía toda su historia. Soledad se retorció los dedos y comenzó a bailar de un pie a otro, como si quisiera salir corriendo.

—Sí.

No dijo nada más.

—¡Vaya! Felicidades. —Al ver su cara de martirio, se vio obligada a añadir—: Supongo.

—Todavía no he aceptado. La verdad es que acabo de recibir la carta con su proposición, pero no me veo capaz de responder.

Dorotea sabía que el tema la incomodaba, pero parecía dispuesta a hablar de ello. Puede que incluso lo necesitara.

—¿Y eso? ¿No te gusta?

Soledad carraspeó y miró por la pequeña ventana, como si estuviera dibujando la silueta de ese hombre sobre el cielo azul.

—No es eso. Gérard es perfecto. Cualquier mujer perdería la cabeza por él.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Que yo ya la perdí hace tiempo por otro hombre.

## LA ADVERTENCIA

*3 de agosto de 1941, Barcelona*

Lucilda no logró la simpatía de Virginia Santés hasta esa tarde. A pesar de que siempre le servía su pastel favorito —una innovadora tarta de zanahoria típica de Inglaterra— con una sonrisa en los labios, la mujer seguía ignorándola como si se tratara de una mosca molesta a la que no tuviera más remedio que aguantar. Por lo menos no había tratado de despedirla usando sus contactos.

—Que te digo yo que me tiene manía —solía decirle a Damián, que aguantaba sus quejas con infinita paciencia.

—Esa le tiene manía a todo el mundo, Lucilda.

Pero ella no estaba tan segura.

—Y la verdad es que no me extraña —añadió el cocinero.

Lucilda arqueó las cejas.

—¿Por qué?

—¿Es que no te has enterado?

—¿De qué se supone que debería enterarme?

—Al parecer, su marido tiene una querida…

—¿Y eso es nuevo? La mayoría tienen una —Lucilda apretó los labios al recordar su propio desengaño—, si no más.

—Si es que no sabes de la misa la mitad —farfulló Damián agitando uno de los batidores lleno de masa de pastel—, resulta que Pablo de Luna estuvo casado antes.

—¿Virginia es su segunda esposa?

—Eso es. Y adivina qué fue antes de eso.

—¿Su amante? —supuso.

—Bien, veo que lo vas cogiendo. Imagínate cómo le está sentando recibir de su propia medicina. Se creería especial, como todas esas pobres ilusas, y pensaba que a ella no le pasaría.

Lucilda carraspeó.

—¿Ahora te da pena esa harpía? —preguntó Damián con sorna.

—No, claro que no.

Pero la verdad era que sí sentía lástima por ella. Era por lo menos quince años más joven que su marido y debía haber pensado que no se cansaría de su juventud y su belleza.

—Debe de temer que la repudie como hizo con su primera mujer. Estoy seguro de que no duerme tranquila.

Damián parecía disfrutar con aquella historia; todavía le guardaba rencor por haber destrozado parte de los pasteles que le preparó el primer día que Virginia había aparecido por el Ritz.

—En fin, basta de cháchara —atajó Damián— y llévale la tarta de una vez. Luego repón el papel higiénico, me han dicho que se ha acabado.

Lucilda tomó la bandeja de porcelana sobre la que el cocinero había depositado el pastel con sumo cuidado y salió de la cocina. Estaba dispuesta a ofrecerle una sonrisa sincera a Virginia Santés, aunque fuera por una vez. No podía evitar empatizar con su desamor. Sin embargo, cuando llegó a la mesa, la silla de doña Virginia estaba vacía. Las demás mujeres charlaban animadas, y de vez en cuando se oía alguna carcajada. «Verás la cara que se le queda cuando se entere

de que es una cabaretera», soltó doña Lourdes. No le costó adivinar de quién estaban hablando. «Ella, con lo digna que es». Otra carcajada. «Aunque no creo que él la repudie, su familia es demasiado poderosa». Lucilda colocó el pastel a un lado y les sirvió el café en silencio. Luego se alejó, sintiéndose aún peor por ella. Ni siquiera el dinero podía arreglar ciertas cosas.

Cuando terminó de servir, rebuscó un par de rollos de papel en el mueble de la despensa. No tardó mucho en dar con ellos. Los envolvió con su funda de puntilla y se dirigió a los servicios. Abrió la puerta como pudo y la empujó con las caderas. Sus manos se aflojaron por la sorpresa y el papel higiénico cayó al suelo. Lo vio rodar con lentitud hasta los tacones morados de Virginia Santés. Estaba frente a la pica, con los ojos llorosos y el pecho agitado. Dio un brinco cuando se percató de que no estaba sola y le dirigió a Lucilda una mirada de desdén.

—Recoge eso y márchate —espetó.

Lucilda recogió el papel y lo colocó en su sitio. Iba a salir tal y como le había ordenado, pero titubeó frente a la puerta. Se volvió hacia doña Virginia y tan solo fue capaz de ver a una mujer herida.

—No vale la pena llorar por un hombre. —Nunca sabría de dónde sacó el valor para decirle aquello—. Son incapaces de amar.

Virginia la miró con una curiosa mezcla de ofensa y agradecimiento.

—Y debería revisar sus amistades. Esas —Lucilda dirigió un rápido movimiento de cabeza en dirección a la mesa en la que se encontraban sus compañeras— tan solo están con usted por puro

interés.

Antes de que Virginia pudiera contestarle, Lucilda se marchó de allí.

A partir de ese momento, Virginia dejó de ignorarla y, cada vez que le llevaba la merienda, Lucilda creía adivinar un amago de sonrisa en la comisura de sus labios. Nunca más volvió a ver a doña Lourdes ni ninguna de sus amigas en el Ritz.

Era una mañana como otra cualquiera. Había servido ya un buen número de cafés y cruasanes cuando una mujer atractiva y muy alta entró en la cafetería. Sus ropas eran sobrias: un simple traje chaqueta de color beige que en cualquier otra hubiera resultado anodino, un sombrero pequeño y zapatos planos. No llevaba joyas, aun así, contaba con esa elegancia innata que desprenden algunas personas sin pretenderlo.

—¿Qué desea tomar la señora? —preguntó Lucilda con una sonrisa amable.

La mujer la estudió en silencio.

—Un café. Solo y sin azúcar.

Asintió y acudió a la barra, donde un barista preparó el pedido con presteza. Lucilda no tardó en llevarle la bebida a la mujer.

—Disculpe, quizá usted pueda ayudarme —dijo esta antes de que Lucilda se marchara a servir otra mesa.

Lucilda la observó con curiosidad.

—Por supuesto, usted dirá.

—Estoy buscando a alguien que trabaja aquí, una camarera.

Lucilda arrugó la frente. Tan solo había otra chica a parte de ella, y estaba en un turno diferente.

—Se llama Lucilda Viñuales.

Dudó por un instante. No conocía de nada a esa mujer, ¿y si era un contacto de Álvaro en la ciudad? ¿Qué otro motivo tendría alguien para tratar de encontrarla? Sin embargo, algo en los ojos marrones que no paraban de estudiarla le dijo que esa mujer ya sabía quién era; lo había sabido desde el principio.

—¿Qué se le presta? —preguntó sin atreverse a admitir su identidad.

—Tengo un mensaje importante para ella. La estaré esperando en esta dirección hoy a las nueve de la noche.

La mujer se levantó de la mesa, como si ya hubiera dicho todo lo que tenía que decir, le tendió una tarjeta de cartulina blanca con una anotación y se marchó con una escueta despedida. Lucilda se percató de que ni siquiera se había tomado el café. Leyó la nota con curiosidad.

Lucilda miró de nuevo al edificio que había frente a ella y entornó los ojos. Parecía un local vacío. Volvió a leer la tarjeta en la que aquella mujer le había escrito la dirección. Estaba en el lugar correcto. Había esperado encontrarse con una casa, o a lo sumo con un café, pero no con un lugar medio abandonado. Cada vez le parecía más plausible la idea de que se tratara de una trampa de Álvaro. ¿Y si era una treta para capturarla y sonsacarle el paradero de Mauro? No sería muy difícil llevarse de su habitación en el Ritz a un niño de cuatro años.

Sintió un escalofrío con tan solo pensarlo. Se planteó seriamente dar media vuelta; todavía no había llamado al timbre y nadie la había visto acercarse. Si no acudía a la misteriosa cita, esa mujer quizá se diera por vencida. Sin embargo, tenía curiosidad y, en el fondo, sabía que la mujer la había reconocido, aunque no se hubieran visto nunca. Sería cuestión de tiempo que volviera a acercarse al Ritz, quizá esta vez acompañada de alguien más peligroso. Lucilda se insufló valor y llamó al timbre.

No tardaron en abrir. La misma mujer que se había presentado en su puesto de trabajo apareció frente a ella con un sencillo vestido de color rosa pálido. Vio que se esforzaba por sonreír, aunque estaba claro que no era un gesto que soliera dibujarse en sus labios.

—Me alegro de que haya venido. Adelante.

No la notó amenazante. Al contrario, parecía estar esforzándose por que se tranquilizara. Lucilda se permitió tomar una bocanada de aire antes de entrar al local y seguir a la desconocida por un angosto pasillo. Pronto se encontró en una enorme recepción, tan vacía como el resto del edificio.

—¿Qué lugar es este? —preguntó.

Lucilda sabía que era imposible, pero sentía que había estado antes allí. ¿No había visto esos techos ornamentados en uno de sus sueños?

—Todavía no es nada, pero pretendemos convertirlo en un cine.

Lucilda torció la cabeza. ¿Iba a convertirse ese local en el cine que había soñado no hacía tanto? Dejó de pensar en eso y se centró:

—¿Pretendemos?

—Sí, verá, no he sido yo la que la ha mandado llamar. Hay alguien que quiere hablar con usted.

Los nervios volvieron a apoderarse de ella. Trató de calmarse diciéndose que Álvaro jamás sería tan cortés. Si la encontraba, se limitaría a llevarse a Mauro, sin preguntas ni buenas formas. Así que debía tratarse de otra persona; o eso quería creer. Terminó asintiendo, tan imperceptiblemente que quizá su interlocutora no lo hubiera visto en medio de la penumbra que ocupaba aquella estancia.

—Acompáñeme, por favor.

Lucilda la siguió, obediente. Sintió la tentación de salir corriendo en varias ocasiones, pero se refrenó. Pronto se encontró en una sala inclinada, imaginó que adecuada para un patio de butacas. Puede que nada de eso fuera mentira, después de todo.

—Hola, Lucilda.

Se sobresaltó. No había visto a la mujer que se acercaba a ellas. Sus tacones sonaban con suavidad a cada paso, como si temiera romper las baldosas. Era la mujer más hermosa que había visto nunca; parecía una actriz de la gran pantalla, con su melena rubia perfectamente peinada y su mirada de color miel. Tardó unos segundos en recordar dónde la había visto y, cuando lo hizo, retrocedió unos cuantos pasos. Era Dorotea Dalmau, la esposa de Álvaro. Las gacetas de sociedad habían reproducido su imagen una y otra vez hacía cosa de un año, cuando se habían casado. Lo cierto es que estaba más delgada y pálida de lo que recordaba, pero no cabía duda de que era ella.

—Será mejor que me marche.

Dio un traspié y una mano la agarró del hombro. Era la otra mujer. Su tamaño le resultó amenazador, pero vio que intentaba calmarla con otra de esas complicadas sonrisas.

—No se asuste, estoy aquí para ayudarla —dijo Dorotea.

Sus palabras hicieron eco en las paredes huecas de la sala. Lucilda no tuvo más remedio que quedarse donde estaba. Temía que, si daba un paso, sus piernas no fueran a sostenerla. ¿Qué asuntos querría tratar con ella la esposa de Álvaro? ¿Sería para convencerla de que le entregara a su hijo? Un escalofrío le recorrió la columna vertebral como si fuera un dedo helado.

—No necesito su ayuda, ni la de su marido.

La indignación empezaba a abrirse paso frente al miedo.

—Creo que sí, al menos la mía —repuso con una nota de orgullo —. Debe cuidarse de él. La ha encontrado y piensa secuestrar a su hijo.

Lucilda se apoyó con la mano en una de las paredes. ¿Era eso cierto? ¿Había dado con ella a pesar de los kilómetros que había recorrido para alejarse de él?

—¿Cómo me ha encontrado?

—No lo sé. Imagino que habrá usado sus contactos; quizá haya contratado un detective.

Lucilda sintió ganas de llorar. ¿Podría Darío haberla traicionado hasta tal punto? Quiso creer que no, pero la duda se clavó en su pecho como un alfiler.

—La cuestión es que no puede quedarse en el Ritz.

Las paredes parecían bailar con movimientos ondulantes. Tuvo

que respirar pausadamente para que el pánico no se apoderara de ella.

—No puedo dejar mi trabajo. ¿De qué vamos a vivir?

Dorotea la miró con determinación.

—Yo me ocuparé de todo. Tan solo aléjese de él. Pueden quedarse aquí el tiempo que necesiten y le aseguraré un empleo en el cine.

Lucilda la estudió en silencio.

—¿Por qué hace esto? ¿Teme que Álvaro reconozca a mi hijo y la deje sin la herencia? Somos una amenaza para usted, ¿quién me dice que no nos traicionará en cuanto salga de esta habitación?

Había aprendido a desconfiar de la gente rica, y sobre todo de sus motivos. Vio cómo Dorotea suspiraba.

—Entiendo que le cueste confiar en mí, pero estoy de su lado. Todavía queda gente con principios.

—Me cuesta creerla.

Otro suspiro.

—He abandonado a Álvaro —confesó.

Lucilda se quedó en silencio y el aire de la sala se volvió denso, con aquella declaración flotando como una bruma venenosa.

—¿Cómo?

—Álvaro Montesinos no es el hombre encantador que parece. Es un monstruo.

Lucilda comprendió entonces que esa mujer había sufrido lo indecible. La escuchó sollozar en mitad de la oscuridad y se sintió mal por haber sido tan dura. Puede que sus motivos fueran nobles.

—Él y su madre me maltrataron desde que llegué a la Villa —explicó con la voz entrecortada—. Al final no pude soportarlo más y

hui.

—Pero no he leído nada de eso en los periódicos…

—Ni lo hará. Ya sabe que es un hombre orgulloso; no permitirá que nadie crea que lo han abandonado. Antes me matará.

Lucilda tragó saliva. Dorotea estaba tan desesperada como ella. Terminó asintiendo.

—No podía quedarme de brazos cruzados sabiendo lo que quería hacer con usted y su hijo. Pero es su decisión, después de todo.

Lucilda reflexionó en silencio. Aunque le costara confiar en ella, sabía que llevaba razón: si se quedaba en el Ritz, Álvaro los encontraría y secuestraría a Mauro para convertirlo en su heredero. La propuesta de Dorotea era su única salida. Asintió.

## LAS ESCRITURAS

*25 de octubre de 2022, Barcelona*

El despacho del señor Vergés estaba en la otra punta de la ciudad, en uno de esos edificios modernos con paredes de cristal. No me gustaba demasiado el ambiente frío del led de oficina, por eso casi siempre nos habíamos visto en la inmobiliaria. Lo cierto es que en condiciones normales tampoco me apetecía viajar más de una hora en metro con varios transbordos para cruzar Barcelona. Sin embargo, mi situación era desesperada, no podía esperar ni un minuto para obtener respuestas. Quería que mi abogado me aclarase qué significaba la carta de Soledad que había encontrado y si tenía algún tipo de validez legal a estas alturas.

Subí a la décima planta con un ascensor tan metálico y repleto de botones luminosos que tuve la sensación de entrar en una nave espacial. La voz mecánica de una operadora me anunció que había llegado al piso adecuado. Bajé y me topé con una recepción blanca, similar al punto de información de un hospital. Carraspeé para que la chica que se encontraba tras la mesa desviara la vista de su enorme pantalla hacia mí. Dio un bote, como si no se hubiera percatado de mi presencia hasta ese momento.

—Tengo una cita con el señor Vergés.

Arqueó una ceja, no debía tener muchas visitas a las tres de la tarde. Supuse que me había dado la cita por hacerme el favor. La mujer fijó los ojos de nuevo en la pantalla y consultó la agenda. Me

apresuré en darle mi nombre, con una nota de impaciencia en la voz.

—Sí, aquí está…

Me relajé un poco y conseguí sonreírle.

—Espere en la salita, enseguida saldrá a buscarla. ¿Le apetece un café?

Dudé un momento. No había comido nada desde el desayuno; los nervios me habían cerrado el estómago. Aun así, mis tripas empezaban a quejarse. Asentí y me dirigí a la sala de espera que me había señalado. Me perdí en las pinturas de paisajes que colgaban de las paredes; en realidad no me decían nada. Me sentía helada por dentro y por fuera. Miré al aparato de aire acondicionado; estaba encendido a pesar de estar ya en octubre. Al cabo de unos minutos la recepcionista volvió con un café humeante. Logró hacerme entrar en calor por un instante, pero en cuanto escuché abrirse la puerta del despacho, el frío regresó. Había llegado la hora. El señor Vergés me esperaba con una sonrisa complaciente, de las que se dedican a los buenos clientes, aunque se presenten a horas intempestivas. Era un hombre de mediana edad, de estatura media, que siempre vestía en colores marrones. Nada destacaba en él. Quizá por eso me aportaba calma. Siempre me había agradado la forma serena que tenía de explicar las cosas, aunque te estuviera comunicando que iban a embargar todos tus bienes. Entré en el despacho y no me sorprendió sentirme algo deslumbrada por tanta cristalera; los muebles blancos no ayudaban a rebajar la sensación de encontrarme en otra dimensión.

—Tome asiento.

Me senté en una de las butacas de polipiel. Como no, eran blancas.

—Usted dirá.

—Necesito consultarle sobre la validez legal de una especie de testamento. Es referente a la propiedad que mi padre me donó hace poco.

—Oh, se refiere al cine.

—Eso mismo. Ya sabe que vendí un tercio, pero sigo siendo propietaria de los otros dos.

El señor Vergés asintió para señalar que me estaba siguiendo.

—Pues bien, resulta que Luther Bécquer, el otro propietario, tenía un as escondido en la manga.

Arrugó el ceño y unas profundas arrugas surcaron su frente.

—Revisando las cosas de mi abuela encontré las viejas escrituras del cine, fechaban de 1942, así que no le comenté nada; las creí obsoletas.

—¿Y qué decían esas escrituras?

Se había inclinado hacia adelante para escucharme de más cerca.

—Al parecer, el cine estaba a nombre de tres mujeres: Dorotea Dalmau, Soledad Müller y Lucilda Viñuales, mi abuela.

—¿Entonces no era totalmente suyo? ¿Cómo pudo heredarlo su padre al completo?

—No lo tengo muy claro. Dorotea y Soledad desaparecieron ese mismo año y se las dio por muertas en 1953.

—¿Desaparecieron?

—Eso parece. La cuestión es que nadie reclamó nada y en 1976 se hizo una nueva escritura solo a nombre de mi abuela. Al morir ella, la propiedad se traspasó a mi padre en el 2002.

El abogado se mordió el labio inferior. Empezaba a ver la complejidad del asunto. Entonces saqué el móvil del bolso y le mostré la fotografía con el contenido de la carta que había encontrado. El señor Vergés se colocó unas gafas de montura metálica para poder leerla bien. Cuando terminó, se aclaró la garganta y se echó hacia atrás en su butaca. Se acarició la barbilla unos instantes.

—Esto complicaría las cosas, pero han pasado muchos años.

Lo miré sin comprender muy bien, entonces se explicó:

—Verá, el derecho intenta que los asuntos legales no se enreden tanto. Por eso existe un plazo de treinta años para consolidar situaciones posesorias.

Debí de poner una cara extraña, porque intentó aclarar lo que acababa de decir.

—Si su abuela ha actuado como única dueña de ese inmueble desde 1976, durante por lo menos treinta años, por mucho que el heredero de Soledad tenga derecho a su parte, se entiende que su reclamación ha prescrito.

Me extrañó que Luther se hubiera tomado tantas molestias por un testamento obsoleto. Estaba segura de que no era del tipo de persona que se lanzaba a una empresa así sin tener antes claro el objetivo. Debía de haberse asesorado primero; tenía que haber algún resquicio por el que su carta sí tenía validez.

El señor Vergés leyó la duda en mi rostro.

—Quizá por eso el señor Bécquer compró un tercio —sugirió—. Sabía que su testamento ya no era válido, pero le unía un valor sentimental y se hizo con la parte que había sido de su abuela.

Arrugué la nariz. Era una explicación plausible, pero no me convencía. De ser así, ¿por qué había tenido que mentir? Si me hubiera contado la verdad desde el principio todo habría sido más fácil.

—¿Está seguro de que no hay ningún modo de que pueda reclamar su parte?

El abogado se rascó la cabeza y miró unos instantes por la ventana, como si estuviera buscando la explicación en los rascacielos de al lado.

—Bueno, hay un modo. Pero es un poco rocambolesco.

Noté un zarpazo en el estómago y lo apremié a seguir con un gesto.

—La única forma de que tenga derecho es que alguien haya reclamado judicialmente su parte de la propiedad antes de esos treinta años. Entonces se habría interrumpido la prescripción.

Estoy segura de que mi rostro se quedó tan blanco como las paredes del despacho, porque el señor Vergés se levantó de la silla y me ofreció un vaso de agua.

—No se preocupe. Eso es poco probable y, además, existen otros condicionantes.

Bebí un poco de agua y la sentí bajar por mi pecho; estaba helada.

—Verá, en el hipotético caso de que alguien hubiera reclamado la propiedad y un juez hubiera dictado sentencia, el nuevo propietario tan solo tendría quince años para ejecutarla. La carta que me ha mostrado es de 2004, por lo que perdieron cualquier derecho de reclamar en 2019.

Suspiré, pero no me quedé del todo tranquila.

—¿Y no cree que si hubiera habido algún tipo de demanda sobre el local usted o su padre se habrían enterado?

No podía estar segura. Lo cierto es que mi padre y yo habíamos sido unos propietarios bastante negligentes en los últimos veinte años. Quizá habían intentado entregar alguna carta certificada de los juzgados y no nos habíamos enterado porque siempre estábamos ausentes.

—¿Podría investigar el caso a fondo? —le pedí—. Quizá haya algo que todavía no sepamos.

Me llamó al cabo de dos días. La voz serena del señor Vergés parecía más nerviosa de lo habitual. Se encalló un par de veces al hablar y me interrumpió en alguna ocasión, cosa que no solía hacer.

—He investigado lo que me pidió —dijo después de unos cuantos rodeos—. Y me temo que tengo malas noticias. ¿Cuándo podríamos vernos?

No tardé ni una hora en llegar a su despacho. En vez de ir en metro, tomé un taxi para ganar tiempo. No me importaba pagar una pequeña fortuna; de todos modos, en ese estado de histerismo habría tomado la combinación incorrecta en el metro.

La recepcionista me reconoció enseguida y me hizo pasar directamente al despacho, sin apenas mediar palabra. El señor Vergés me esperaba sentado en su butaca, con un café y un buen vaso de agua frente a mi asiento. Debía creer que lo necesitaría. Ese detalle, en vez de calmarme, me alarmó. No se alargó con mucha palabrería.

Después de darme los buenos días para no parecer maleducado, fue directo al quid de la cuestión.

—Puede que el otro día me precipitara en mis afirmaciones.

Apreté los labios y lo miré con atención.

—Lo cierto es que la escritura de 1976 es del todo irregular, puesto que no se tuvo en cuenta a los herederos de las otras dos partes. De todos modos, como le comenté, el tema habría prescrito en el 2006 y no habría tenido más repercusiones si no fuera porque…

Lo taladré con la mirada.

—Sí hubo una reclamación en el 2004.

Me sentí como una flor que se marchita.

—¿Eso qué significa exactamente? De todas formas, ¿no dijo que si pasaban quince años desde la sentencia ya no tenía validez? —Lo atropellé a preguntas.

El señor Vergés suspiró.

—Sí, pero pasó algo con lo que no había contado.

—¡Por Dios! ¿Qué fue?

—La reclamación se traspapeló en los juzgados. Ya sabe que hubo cierta saturación hace un tiempo, y a inicios de los 2000 no estaba todo tan automatizado como ahora…

—¿Qué intenta decirme? —lo corté.

Suspiró y me dedicó una mirada de lástima.

—Hasta el 2009 no se encontró la reclamación, durante un proceso de digitalización. Fue entonces cuando se presentó ante los tribunales. La sentencia fue unánime: se reconocía el derecho de los herederos de recuperar su parte del local. La cuestión es que esta

sentencia no prescribirá hasta 2024, así que ese tal Luther Bécquer está en todo su derecho de reclamarte un tercio del cine.

Cerré los ojos para contener las ganas de llorar. Ahí estaba la verdad. Lo que me había estado ocultando todo ese tiempo, el verdadero motivo por el que se había acercado a mí y al Cine Imperial. Si lo que el señor Vergés decía era cierto, Luther no solo era propietario del tercio que había comprado, sino de otro tercio que le correspondía por herencia. Eso lo convertía en el socio mayoritario, y a mí, en una estúpida que se había dejado engañar por sus encantos.

## EL CINE IMPERIAL

*1 de octubre de 1942, Barcelona*

—Uno, dos, tres, ¡sonrían!

Lucilda estiró los labios con timidez. Dorotea se había empeñado en contratar a aquel fotógrafo para inmortalizar el momento. «No todos los días se inaugura un negocio», había dicho con los ojos brillantes de la emoción. Y tenía razón, les había costado dos meses de desvelos lograr acondicionar el local hasta convertirlo en el cine que deseaban. Lo cierto es que habían hecho un gran trabajo. Dorotea había puesto sus conocimientos sobre el mercado cinematográfico al servicio de la empresa, y Soledad había demostrado ser de lo más diligente gestionando proveedores, diseñando los carteles y escribiendo los textos para la prensa. Lucilda se había dedicado a limpiar a fondo y organizar la decoración de las salas para que fueran de lo más acogedoras; también había pedido la intendencia para el pequeño bar que había en la recepción: una máquina de palomitas y todo tipo de refrescos. En su opinión, no había aportado demasiado, pero Soledad y Dorotea la trataban como si fuera una socia más. Nunca antes sus jefes la habían hecho sentir que formaba parte del negocio y a veces creía que explotaría de orgullo por lo que habían conseguido.

Habían acordado que Soledad se encargaría de ser la cara visible del negocio. Tanto Lucilda como Dorotea no podían arriesgarse a aparecer en público y que Álvaro o alguno de sus conocidos las

reconociese. Así que esa noche, Soledad se enfrentaría sola a la inauguración, mientras Lucilda y Dorotea se escondían en la planta de arriba, que habían acondicionado como vivienda. Al principio le había parecido una locura compartir piso con la esposa de Álvaro y su hermanastra, pero lo cierto es que la convivencia era perfecta: ninguna se entrometía demasiado en la vida de las demás, pero sabían que podían contar las unas con las otras. Lucilda había encontrado un refugio para ella y su hijo; Dorotea, la paz que necesitaba y Soledad, algo de compañía. Jamás habrían pensado que tres mujeres tan distintas, casi condenadas a enfrentarse, hubieran podido lograr una amistad tan profunda y silenciosa; se había ido forjando con cada desayuno compartido, con las noches de confesiones frente al hogar de la cocina, con risas y lamentos.

El fotógrafo se marchó y las dejó solas. Lucilda miró el reloj que presidía la recepción. Todavía faltaban unos minutos para la apertura de puertas. Se dirigió a la barra del bar y observó las más de cincuenta copas de cava que había servido para los primeros clientes; estaba tan fresco que burbujeaba en sus oídos. Tomó tres copas y uno de los platos de canapés que había preparado con esmero.

—Creo que nos merecemos un brindis —propuso con una sonrisa tímida.

—Sí, voy a necesitar emborracharme para resistir la tentación de bajar a ver cómo va la noche—contestó Dorotea, tomando una de las copas que le ofrecía.

—Os cambiaría el sitio encantada —farfulló Soledad—. Detesto lidiar con los clientes.

—No los espantes —dijo Dorotea propinándole un codazo. Soledad la miró indignada—. Venga, sabes que tenemos los mejores precios porque tienes a los proveedores atemorizados.

—Cuando sonríes das mucho miedo —añadió Lucilda.

Soledad arrugó la nariz con ofensa fingida y le dio un sorbo a la copa.

—¿Creéis que habrá suficientes copas? —preguntó mirando hacia la barra.

—Supongo que sí. —Lucilda se encogió de hombros.

—En fin, será mejor que vayamos arriba —concluyó Dorotea—. ¿Recordarás cómo activar el proyector?

Soledad puso los ojos en blanco. Se lo había enseñado más de cinco veces, podría decirse que ya era una experta. Asintió y las observó desaparecer por el pasillo.

Lucilda bajó cuando ya era media noche. Supuso que a esas horas ya se habría marchado el último cliente. Dorotea la siguió, sigilosa. Ambas querían saber cómo había ido la primera proyección oficial en el Cine Imperial.

Se encontraron a Soledad bebiendo cava, sola. En la barra había casi tantas copas como antes, intactas, y Lucilda no pudo evitar entornar los ojos; le costó unos instantes comprender lo que había ocurrido.

—Ha sido un desastre, ¿no? —adivinó Dorotea.

Soledad asintió y dio otro trago. Parecía dispuesta a emborracharse para olvidar semejante fracaso.

—Dos clientes. Dos…

Dorotea se dejó caer en el taburete junto a Soledad y agarró una de las copas.

—Pero si apareció en todos los periódicos y revistas locales que abríamos hoy. ¿Cómo puede ser?

—Ya te dije que el Majestic iba a suponer un problema…

Era cierto. Soledad había manifestado su preocupación acerca de las Salas Majestic, el otro cine que había en el barrio. Las instalaciones eran mucho más antiguas y estaba algo desfasado, pero el público era fiel y el negocio estaba asentado. Las tres se desinflaron: habían subestimado a su competencia.

—¿Cómo vamos a arreglar esto? —murmuró Dorotea mientras miraba hacia la calle con un suspiro contenido.

Soledad se rascó la barbilla y miró hacia el fondo de la copa, como si allí estuviera encontrando la inspiración.

—Tendríamos que hacer que todas esas señoras bien que se pasean por las Ramblas decidieran venir —contestó Soledad—. No se puede decir que tengan mucha personalidad. Donde va una, van las demás. Así que si convencemos a una de las más influyentes de que venga al Imperial…

Se quedaron en silencio.

—Pero no conocemos a ninguna de ellas—se lamentó Dorotea—. Puede que mi padre lo hubiera hecho, pero lo cierto es que yo no era la más popular en las fiestas de sociedad.

Soledad se mordió el labio. Las tres conocían el pasado de Dorotea y cómo había boicoteado las fiestas de su padre.

—Quizá yo sí conozca a alguien.

Lucilda se sorprendió de haber hablado casi sin pensar. Sus amigas la miraron con las cejas enarcadas. De las tres, Lucilda era la que tenía el origen más humilde, les debía resultar extraño que tuviera contactos. Se aclaró la garganta.

—Cuando trabajaba en el Ritz, había una señora, Virginia Santés. Creo que le caía en gracia, pero… —La seguridad inicial que había sentido se iba desvaneciendo como el cava de las copas—. Puede que ya ni se acuerde de mí.

—No perdemos nada por intentarlo —la animó Dorotea.

—¿Cómo vas a encontrarte con ella?

—Va al Ritz cada tarde, podría dejarme caer por allí —sugirió.

—Entonces Álvaro podría verte.

Resopló.

—¿Y si vas a verla a su casa?

—¿No es un poco intrusivo? —Conocía a las mujeres como Virginia. No le gustaría que se presentara en su domicilio sin avisar.

—Pues hazte la encontradiza —concluyó Soledad.

Lucilda pensó en ello. Sabía que Virginia Santés vivía en una de las mansiones de Sarriá, en la Avenida Tibidabo. No tenía más que pasearse por delante de la casa hasta que saliera y fingir que había sido fruto de la casualidad. No le pareció mala idea. Terminó tomando una de las copas y se la bebió de golpe.

—Lo haré.

Tuvo que esperar algo más de dos horas para que Virginia Santés

saliera de la mansión. Lucilda sabía que, si alguien del servicio se percataba de que estaba merodeando por los alrededores, la denunciaría a las autoridades o avisaría a la dueña de la casa, por eso se había ido escondiendo tras los plataneros y había observado desde la lejanía los movimientos en el jardín. Por suerte, nadie la vio, y cuando doña Virginia puso un pie en la calle, se las apañó para fingir que estaba allí de casualidad.

—Vaya, doña Virginia, ¡cuánto tiempo! —lamentó que le temblara ligeramente la voz.

La mujer la estudió unos instantes y arrugó el ceño. Lo que temía. No la recordaba. Lucilda se agarró al cestillo de la compra que colgaba del brazo; lo había llevado como excusa por si le preguntaba qué estaba haciendo por allí.

—Ah, la camarera —dijo al fin con voz desapasionada.

Lucilda se sintió aliviada. Por lo menos la había reconocido. Le sonrió con tanta fuerza que le dolieron los músculos de las mejillas, pero doña Virginia permaneció inmutable.

—Te marchaste sin avisar.

Le pareció notar cierto reproche en su mirada.

—La chica que te sustituye es una incompetente; el otro día me trajo el café frío.

Lucilda tuvo que reprimir una sonrisa. Doña Virginia no había cambiado nada.

—¿Por qué no vuelves al Ritz?

Lucilda vio la oportunidad.

—Verá, he empezado un negocio.

Doña Virginia pareció francamente sorprendida.

—¿Un negocio? ¿Tú?

Lucilda trató de no sentirse ofendida y continuó con la historia que tenía que contarle. Si para que el cine tuviera éxito tenía que fingir que era suyo, así lo haría. Era lo que Soledad y Dorotea le habían pedido que hiciera.

—Sí, heredé un local y he montado un cine —explicó.

—¿No será tuyo ese Cine Imperial del que he leído en la prensa?

Lucilda sonrió de nuevo y asintió.

—Vaya. Esto sí que no me lo esperaba. Debo admitir que no dejas de sorprenderme.

—Si le apetece venir con sus amigas, estaré encantada de invitarlas al pase de este domingo.

Virginia la observó con atención y le dedicó un suave movimiento de cabeza antes de continuar con su camino. Por muchas vueltas que le dio, Lucilda fue incapaz de descifrar si ese gesto se trataba de un sí o un no.

Ese domingo Virginia Santés no se presentó en el Cine Imperial. Lucilda la había estado aguardando con un montón de canapés y refrigerios para ella y sus amigas. Soledad y Dorotea se sentaron a su lado en la barra, observando la puerta por la que no entraba ningún cliente.

—Fue una idea estúpida —se lamentó.

—Por lo menos, lo has intentado —trató de animarla Dorotea.

Soledad no dijo nada, pero colocó su mano alrededor de los

pequeños hombros de Lucilda.

—Quizá podamos hacer más anuncios… —sugirió Dorotea.

—Ya no nos quedan más revistas a las que llamar. —Soledad las había contactado a todas.

—Ningún periódico va a nombrarnos más; con suerte, anunciarán la cartelera en la sección de anuncios —añadió Lucilda—. Y sabemos que eso no será suficiente.

Las tres suspiraron a la vez. Lucilda miró el reloj. Eran las nueve y media; hacía más de veinte minutos que había empezado el pase de la noche.

—Supongo que ya no vendrá nadie —murmuró Lucilda levantándose del taburete.

Se acercó a la puerta y bajó la persiana. No había venido ni un mísero espectador.

# LA PROPOSICIÓN

*2 de diciembre de 1942, Barcelona*

Soledad hizo recuento de la caja. No llegaba a dos pesetas. Resopló y cerró la caja para dirigirse al bar. Lucilda y Dorotea la esperaban tras la barra sin demasiadas pretensiones; las tres sabían que ese fin de semana había ido tan mal como los anteriores.

—A este paso tendremos que cerrar antes de que acabe el año —se lamentó.

Lucilda la miró espantada.

—Pero si no queda ni un mes para eso.

Soledad le dedicó un gesto elocuente. Dorotea se llevó las manos a la cabeza y casi se echó a llorar.

—De verdad que no esperaba que fuera un desastre así. Lamento haberos involucrado en esto —se disculpó.

Soledad negó con la cabeza.

—Tú no nos obligaste a nada; tomamos esta decisión como adultas que somos. Y asumiremos las consecuencias.

Lucilda apoyó sus palabras con un asentimiento.

—De todos modos, no puedo permitir que sigáis perdiendo dinero —insistió Dorotea.

Soledad había invertido casi la totalidad de su herencia, y Lucilda llevaba dos meses sin cobrar ni un céntimo. Ninguna de las dos lo había mencionado, pero sabían que Dorotea se sentía culpable.

—Si para el 31 de diciembre seguimos acumulando deudas,

cerraremos —sentenció Dorotea.

Lucilda y Soledad se miraron y empezaron a protestar, pero Dorotea las detuvo con un gesto.

—No hay nada más que hablar.

Y con esto se marchó al piso de arriba. Soledad sabía que Dorotea se encerraría en su habitación y se echaría a llorar en silencio; no quería que la vieran. No era la primera vez que la oía sollozar por las noches, después de alguna pesadilla. Imaginaba que el recuerdo de Álvaro y de doña Urraca la seguía atormentando.

Mauro apareció correteando por la recepción con un coche de madera que Soledad le había fabricado con un tronco y cuatro tapones de botella que se sostenían con tornillos. Se lo había regalado para su cumpleaños, avergonzada por no poder comprarle algo mejor. Sin embargo, el niño lo había aceptado encantado y no se desprendía de él.

—Mauro, ¿aún no estás durmiendo? —Lucilda se llevó las manos a las caderas en un gesto muy maternal que le provocó risa.

Le costaba juntar la imagen de Lucilda, tan pequeña y con unas facciones tan infantiles, con la de madre. Parecía más bien la hermana mayor de Mauro.

—Es que quería ver la película.

—¿Te has colado otra vez en la sala? —preguntó indignada—. Te dije que no son para tu edad.

El pequeño resopló y se cruzó de brazos.

—Madre, ¡ya tengo cinco años!

Soledad tuvo que reprimir una sonrisa. No quería minar la

autoridad de Lucilda, pero le parecía tan adorable que se creyera mayor… No tenían demasiado dinero, pero a Mauro se le veía un niño feliz y eso la hacía sentirse bien. En ocasiones se preguntaba si ella habría tenido una infancia así alguna vez. Quizá cuando su padre aún vivía y estaba en casa con ellas, aunque apenas pudiera recordarlo.

Soledad despeinó al pequeño y subió.

Había pasado una semana desde que Dorotea había tomado la decisión de cerrar si el cine no remontaba en ese mes. Era domingo, y el pase estaba a punto de comenzar. Soledad miró hacia la calle desierta y suspiró. Parecía que volvería a ser un fin de semana sin demasiado movimiento. Bajó la vista hacia el libro que reposaba en su falda; así, por lo menos se le haría más amena la espera e impediría que pensara demasiado en la sala vacía de su negocio.

Llevaba cerca de diez minutos leyendo cuando escuchó unos golpecitos en el cristal de la taquilla. Despegó los ojos de la novela y arqueó las cejas al ver a una mujer elegante esperando frente a ella. La miró unos instantes como si fuera una aparición mariana. ¿Se trataba de una clienta? No podía ser. Quizá tan solo estuviera perdida y quisiera pedirle indicaciones para llegar a su destino. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que no iba sola. Un grupo de otras diez mujeres esperaba a su espalda. Soledad carraspeó para disimular su alegría.

—Buenas noches, señora. —Le dedicó una de esas sonrisas que, según Lucilda y Dorotea, asustaban a todo el mundo—. ¿Desea una entrada?

—No exactamente. ¿Está la dueña?

—¿La dueña?

Estaba a punto de identificarse como tal cuando Lucilda apareció corriendo a su lado. Le dio un codazo para que callara.

—Doña Virginia, ¡qué agradable sorpresa!

Lucilda salió de detrás del mostrador y se acercó a la mujer. Soledad aprovechó para estudiarla con atención. No debía de ser mucho mayor que ellas, pero vestía como si tuviera más edad, con la intención de dejar clara su posición en la sociedad. Su belleza era clásica: ojos claros, cabello rubio y labios llenos, que llevaba pintados con un suave color rosado. ¿Era esa la famosa Virginia Santés de la que Lucilda le había hablado? ¿La que se suponía que podía salvar el negocio? La había investigado en secreto poco después de que rechazara la invitación de Lucilda hacía ya casi dos meses. Era la esposa de Pablo de Luna, uno de los ministros de Franco. En su momento había creído interesante tenerla cerca para conseguir información útil que proporcionar a la Resistencia. Sin embargo, no se le había ocurrido ningún modo de hacerlo. Parecía una de esas damas que solo se movían en altas esferas y en círculos de confianza que no solía abrir. Por eso la sorprendió todavía más su presencia allí.

—¿Tu invitación sigue en pie? —Por su tono era evidente que Lucilda no podía negarle la entrada gratuita a ella ni a sus amigas.

—¡Por supuesto! Adelante, pasen.

Vio cómo Lucilda les hacía un gesto casi reverente para que entraran a la recepción. De pronto se llenó de risas y voces amortiguadas por la moqueta.

—¿Desean tomar algo antes de que comience la película?

—Pues uno de esos refrescos de cola que están tan de moda últimamente —apuntó doña Virginia.

Soledad se dio cuenta de que se había quedado parada tras la taquilla mientras Lucilda se hacía cargo de la situación. Se levantó y corrió hasta la barra para ayudar a su amiga. Una sonrisa sincera bailaba en sus labios. Lucilda parecía muy segura de que con la sola presencia de Virginia Santés el Cine Imperial estaba salvado. Sin embargo, ella todavía albergaba dudas.

—Me alegro de que haya decidido venir —dijo Lucilda sirviendo el refresco a doña Virginia, que acababa de sentarse en uno de los taburetes.

—Oh, en el Majestic no hacen más que poner películas desfasadas.

Ambas sabían que eso no era del todo cierto, pero nadie le discutió la excusa.

—Vi que teníais lo último de Imperio Argentina en cartelera y lo comenté con mis amigas.

—¿Qué es eso? —preguntó una de ellas señalando a la máquina roja y blanca que brillaba en uno de los laterales del bar.

—Sirve para hacer palomitas de maíz —anunció Soledad.

—Eso tampoco lo tienen en el Majestic —apuntó otra, que parecía bastante entrada en años.

—¿Desean probarlas?

Soledad puso en marcha la máquina y poco después les sirvió varios cuencos. Las mujeres parecieron encantadas con el invento y, cuando quisieron darse cuenta, ya había llegado la hora de la

proyección.

—¿Entramos? No me la quiero perder.

Soledad y Lucilda vieron al grupo acceder a la sala y no pudieron evitar mirarse con una sonrisa cómplice.

Doña Virginia salió de la sala una hora y media más tarde, caminando como si lo hiciera sobre una nube.

—¡Hacía tiempo que no veía una película tan buena! —le comentó a la mujer que había junto a ella—. No entiendo como el Majestic no la pone.

—Y estas instalaciones son mucho mejores —murmuró la otra, creyendo que Soledad no podía escucharlas—. ¿Has visto qué pantalla?

—Deberíamos venir más a menudo —propuso otra.

Doña Virginia asintió y miró a Lucilda de soslayo.

—Esperadme fuera, vuelvo en un momento.

El grupo de señoras obedeció sin rechistar y doña Virginia se acercó más a Lucilda y Soledad.

—Gracias a ti me enteré de que doña Lourdes iba difamando mi nombre a mis espaldas. Y no me gusta deber favores.

Lucilda asintió con aplomo.

—Haré correr la voz y tu cine será un éxito. Te sugiero que organices una fiesta con un pase especial en Nochebuena. El Majestic lo hace cada año. Por supuesto, vendré a la tuya e invitaré a todas mis amigas, con sus respectivos maridos. Imagino que con eso estaremos en paz.

—No sabe cuánto se lo agradezco.

Doña Virginia asintió.

—A cambio quiero que esa noche no le quites ojo a mi esposo.

Lucilda la miró sin comprender.

—Tiene una amante. Quiero saber quién es.

Soledad arqueó las cejas, sorprendida, y doña Virginia la fulminó con la mirada, quizá molesta de que una intrusa se enterara de su vida privada. Pero no dijo nada.

Lucilda terminó asintiendo.

—Si veo algo esa noche, se lo haré saber.

Virginia Santés se atusó el pelo y salió del Cine Imperial con pasos dignos.

Soledad no podía creerlo. Tuvo que contener un grito de alegría. Por un lado, parecía que el cine iba a salir adelante y, por otro, esa fiesta suponía una enorme oportunidad. Aquella misma noche le escribió una carta a Gérard. Le contó todos los detalles sobre doña Virginia y su marido, y le anunció la fiesta que organizarían en Nochebuena. Estaría rodeada de mandamases franquistas y nazis; podría sacarles información a ellos o a sus esposas. Y todo gracias a un golpe de suerte. Por primera vez en mucho tiempo, Soledad volvió a sentir ilusión.

El domingo siguiente a la aparición de Virginia Santés, habían llenado al completo. Incluso había gente que se había quedado fuera de la proyección. Dorotea y Lucilda apenas habían dado abasto en el bar, y Soledad había repartido tantas entradas que a la mañana siguiente le

dolía la muñeca.

El lunes Soledad salió de la cama con la sensación de despertar de una especie de sueño, como si los acontecimientos de la noche anterior no pudieran ser ciertos. Pero lo eran: el Imperial se había convertido en un éxito de la noche a la mañana.

Estiró los brazos y le rugieron las tripas. Con la emoción no había cenado nada. Se dirigió a la cocina y se la encontró desierta; Dorotea y Lucilda seguían durmiendo. Abrió el armario y vio que se había terminado el café. Después de maldecir entre dientes bajó al piso de abajo. Casi se abalanzó sobre la cafetera del bar de la recepción para alcanzar un puñado de granos tostados. Escuchó un ruido suave que provenía de la puerta y ahogó un grito. Notaba el corazón desbocado. Enseguida comprobó que tan solo se trataba del cartero, que había depositado un puñado de sobres bajo la puerta. Se acercó a recogerlos. Decidió tomarse el café allí mientras leía la correspondencia. Volvió a meter los granos de café en el molinillo y encendió la cafetera.

La mayoría eran facturas de proveedores. Si la noche anterior no se hubiera llenado el cine, habrían sido malas noticias. Sin embargo, si seguían así, pronto podrían saldar sus deudas. Sonrió y las dejó a un lado. Luego encontró una carta de Gérard. La abrió con impaciencia. La había estado esperando desde que le anunciara la fiesta que celebrarían en Nochebuena. Seguro que había maquinado algún plan maestro para sacar el máximo provecho de la ocasión.

*Querida Soledad,*

*Recibo tus noticias con mucha alegría. Ciertamente esa fiesta es la mejor oportunidad que hemos tenido en los últimos tiempos. No puedo contarte los detalles en esta carta, por si cayera en malas manos, pero pronto te los haré saber.*

*Yo también tengo buenas noticias para ti. Gertrude me ha escrito desde Venezuela. Todo fue bien en su liberación y por fin se encuentra a salvo. Me pide que te envíe un abrazo y te comunique su dirección para que puedas ponerte en contacto con ella. Te la dejo escrita al pie.*

*Siempre tuyo, Gérard*

Soledad sonrió y se pasó la mano por el pelo todavía enmarañado. No podía creer que todo estuviera saliendo tan bien. La vida no acostumbraba a darle respiros.

Se echó hacia atrás en el taburete y dio un sorbo del café, solo, que se había preparado. Había estado tan enfrascada en la misiva que ya no estaba caliente, pero no le molestó. Gertrude por fin vivía en paz. Le quemaban los dedos con ganas de escribirle, necesitaba saber de ella, y se prometió que sería lo primero que haría esa noche, en la tranquilidad de su habitación.

Volvió a leer la carta por si se le había pasado por alto algún detalle; lamentaba que Gérard no hubiera podido explayarse un poco más en el plan que había pensado, pero se convenció de que encontraría la manera de comunicárselo, siempre lo lograba. En parte se sintió aliviada por tener que hablar de trabajo con él, así desviaba la conversación de temas que no le interesaban. Como el estado de su

relación. Por suerte, Gérard no había mencionado la propuesta de matrimonio que había dejado en el aire junto al anillo que le había enviado hacía un par de meses. Lo cierto es que lo agradecía; todavía no sabía qué iba a contestarle si se decidía a pedírselo. ¿Cómo iba a casarse con él si cada vez que Carlos aparecía en su vida se le desbocaba el corazón? Eso tenía que significar algo, ¿no? Gérard le gustaba, por supuesto. Pero con Carlos… se sentía distinta. No podía casarse así.

Unos golpes en la persiana la distrajeron. Se levantó malhumorada por la interrupción.

—¡Estamos cerrados!

De nuevo escuchó los golpes. Miró hacia su camisón de algodón. Estaba descalza y despeinada; no se encontraba en condiciones de recibir a nadie. Ni siquiera a un mensajero.

—¿Soledad?

Dudó un instante. Algo en esa voz masculina le resultaba familiar.

—¿Quién pregunta?

—Soy yo, Gérard.

No era posible, era como si lo hubiera invocado al leer su carta. ¿Cómo podía una visita ser tan inoportuna? Soledad dio un paso hacia la escalera que subía al piso, luego lo deshizo para acercarse a la puerta de la calle. Se dio cuenta de que había dado una absurda vuelta sobre sí misma. Volvió a mirar su atuendo y chasqueó la lengua. Luego se peinó como pudo con los dedos y acudió a la puerta.

—No estoy visible.

Escuchó la risa de Gérard al otro lado. Era evidente que se habían

visto con mucha menos ropa.

—¿Ahora te has vuelto tímida?

Soledad resopló y levantó la persiana lo suficiente como para que Gérard pudiera colarse por debajo. Luego volvió a cerrar. Se quedaron de pie uno frente al otro. Él, con su inmaculado traje gris marengo y ella, con un camisón viejo. No pudo evitar sentirse nerviosa por la intensidad de sus ojos verdes. Llevaban meses sin verse y no sabía qué decirle. Había demasiados silencios entre ellos. Entonces la abrazó, fuerte y suave a la vez. Soledad no pudo evitar dejarse llevar unos instantes, y casi perdió el hilo de sus pensamientos cuando la besó. Pero no podía hacerle eso. No hasta que aclarase sus sentimientos. Lo apartó con delicadeza.

—Estoy hecha un desastre.

—Estás deslumbrante.

Soledad carraspeó y se volvió hacia la cafetera para evitar su mirada.

—¿Te apetece un café?

—Me encantaría, pero no he venido solo.

Soledad lo miró extrañada.

—Quiero presentarte a alguien. Está esperando fuera.

—Ah.

—¿Puede pasar?

Soledad se sintió estúpida por estar tan lenta aquella mañana.

—Claro, claro.

Repitió el procedimiento que había hecho unos minutos atrás y subió la persiana. Por debajo apareció una cabellera pelirroja y rizada.

Cuando se irguió, Soledad comprobó que se trataba de una mujer joven, puede que no llegara a la treintena. Era casi tan alta como ella, pero espigada como una rama de bambú. Le sonrió con unos centelleantes ojos verdes.

—Tú debes de ser la famosa Soledad. —Arrastraba las erres de un modo similar al de Gérard.

Soledad carraspeó; no se sentía demasiado cómoda con los desconocidos. Gérard acudió veloz en su ayuda y las hizo pasar a las dos hasta la barra del bar, como si fuera un habitante más del cine. Soledad admiró ese aplomo.

—Esta es Jacqueline Beaumont.

—Es un placer —dijo la aludida estrechando su mano con delicadeza.

A Soledad le recordó a una de esas muñecas de porcelana que parecían querer romperse si las mirabas demasiado. Sin embargo, algo en su mirada desprendía fuerza, vida. Miró a Gérard en busca de una explicación.

—Jacqueline es una de mis colaboradoras.

Eso la tranquilizó. Gérard se sentó en uno de los taburetes y les hizo un gesto para que lo imitaran.

—La involucraremos en el plan que he trazado para la fiesta —explicó—. Si mis cálculos no fallan, esa noche habrá ministros de Franco, pero también algún invitado extranjero, probablemente nazis. Por eso la necesitamos a ella. Jacqueline habla inglés y alemán, y podrá ayudarnos a descifrar lo que dicen.

Soledad asintió y la miró con nuevos ojos. Parecía amable e

inocente, era poco probable que levantara sospechas.

—¿Cuál es la misión?

—Sabemos que desde julio de este año los nazis han empezado a hacer envíos de oro a Suiza a través del ferrocarril de Canfranc. También pasan camiones por la frontera cargados de relojes, dientes de oro y gafas que han expoliado a los judíos.

A Soledad se le removieron las tripas.

—Sé que van a hacer un envío en los próximos días, aprovechando que en Navidad hay menos personal. Necesito saber cuándo y dónde lo van a hacer.

—Pero ¿cómo voy a dar con esa información? Es demasiado concreta…

—Me consta que Álvaro Montesinos acudirá a la fiesta.

Soledad palideció. ¿Se refería al mismo Álvaro que atormentaba a Lucilda y Dorotea?

—¿Va todo bien?

—Sí. —Tragó saliva—. Continúa, por favor.

—Es uno de los coroneles más importantes de Franco, estoy seguro de que él tiene información al respecto. Algunos de mis hombres lo han estado siguiendo y siempre lleva con él un maletín. Sospecho que allí puede haber algo sobre estas partidas ilegales de oro.

—Tengo que hacerme con el maletín —adivinó.

Gérard asintió y Soledad trató de no parecer angustiada. Lo cierto era que esa misión parecía mucho más arriesgada que las anteriores.

—Jacqueline estará allí para cubrir tus espaldas.

Soledad miró a la mujer, que le sonrió como si con ello quisiera darle fuerzas. Le devolvió el gesto sin demasiado éxito.

—Si no quieres hacerlo, lo entenderé. —Gérard la tomó del brazo y sintió sus dedos cálidos sobre la piel.

Tenía miedo. Por supuesto que lo tenía. Si la descubrían, con suerte, terminaría en un pelotón de fusilamiento. Pero entonces pensó en toda esa gente que, como Gertrude, estaba sufriendo en campos de concentración. No quería abandonarlos. Si podía contribuir a frenar esa locura nazi, lo haría.

—Cuenta conmigo.

Gérard la miró con orgullo y le acarició la mejilla.

# JACQUELINE BEAUMONT

*10 de diciembre de 1942, Barcelona*

Dorotea bajó a la recepción del cine algo soñolienta. Se había percatado de que no quedaba café en la cocina y sabía que podría encontrar montones tras la barra del bar. No se había molestado en acicalarse demasiado esa mañana. Se había colocado un sencillo vestido de lana de color azul cielo y se había puesto una diadema para apartar el cabello rubio que se empeñaba en cubrirle los ojos, rebelde. Por eso estuvo a punto de dar media vuelta cuando llegó al pie de la escalera. Soledad se encontraba sentada en un taburete junto a dos personas más: un hombre apuesto y una mujer delicada que parecían conversar animadamente. Sabía que Soledad era bastante retraída y que no solía compartir su vida personal, pero le extrañó que no la hubiese avisado de que tendría invitados. Entornó los ojos al comprobar que su hermanastra todavía llevaba el camisón y que su cabello no estaba peinado como era habitual. Debía de ser una visita inesperada. Sintió curiosidad. ¿Sería el misterioso hombre que le había enviado el anillo de compromiso varios meses atrás? ¿O sería el otro, el que le había robado el corazón? ¿Y ella? Estaba planteándose subir de nuevo al piso cuando sus ojos se encontraron con los de la desconocida. Eran del color de la hierba después de la lluvia. Y el cabello, de fuego. Sintió un latigazo en el estómago, como si se le hubiera dado la vuelta. No podía apartar la vista de su rostro de facciones suaves, casi de duende.

—¡Dorotea!

La voz sorprendida de Soledad le obligó a romper el contacto visual y volverse hacia ella; por las mandíbulas tensas adivinó que estaba nerviosa, no habría imaginado que alguien irrumpiría en la recepción. Parecía que quería mantener la visita en secreto. Dorotea se aclaró la garganta.

—Perdona, solo quería algo de café… —La voz le salió demasiado débil, pero la mujer pelirroja le sonrió.

—Justo íbamos a tomar uno.

Soledad le dirigió una mirada nerviosa al hombre, pero él la calmó posando una mano en su brazo. A ella no pareció molestarle el contacto. Estaba claro que tenían confianza.

—Claro, quédate. —Conocía lo suficiente a Soledad como para saber que se lo estaba pidiendo por cortesía.

Dorotea no se sentía mucho más cómoda vestida de aquella guisa, pero aceptó la invitación: no quería parecer maleducada. Cruzaron una mirada silenciosa. Soledad tendría que explicarle unas cuantas cosas más tarde.

—Te presento a Gérard —dijo Soledad, señalando al hombre.

Gérard. Solamente Gérard. Desde luego, debían de tener una relación estrecha. Dorotea sonrió y le tendió la mano. Él le besó el dorso como si estuvieran en otra época. No pudo evitar sonreír ante tal galantería.

—Es el jefe de aduanas de Canfranc.

Dorotea conocía la etapa de Soledad en Canfranc, aunque sospechaba que había mantenido en secreto mucho más de lo que le

había contado.

—Y ella… —Soledad miró a la mujer sin saber muy bien cómo identificarla.

—Soy Jacqueline Beaumont. —Alargó la mano hasta la de Dorotea —. Una amiga de Gérard.

Notó su piel tibia en la palma de las manos y se le aceleró el corazón. ¿Qué le estaba pasando? ¿Acaso habría enfermado? Dorotea se las apañó para sonreír.

—Ella es Dorotea, mi hermanastra.

Dorotea arrugó la nariz. No le gustaba demasiado ese término, sonaba a personaje malvado de uno de los cuentos de los hermanos Grimm.

—Así que este es el cine del que me hablaste, Soledad —dijo Gérard mirando a los altos techos.

Dorotea supuso que estaba entablando una conversación para que no se sintieran todos tan desubicados. Soledad se apresuró en hablarle sobre la fatídica inauguración y Gérard se interesó por los detalles. Sin darse cuenta, empezaron a charlar entre ellos, con sonrisas tan cómplices que a Dorotea ya no le cabía duda de que él era uno de los dos hombres de los que le había hablado.

—Hacen una bonita pareja.

Dorotea sintió el susurro del aire en su oído, y se percató de que Jacqueline le había hablado en voz baja. También debía de haberlos estado observando. Dorotea trató de dedicarle una sonrisa amable, pero no se atrevió a mirarla a los ojos. Estaban demasiado cerca y temía perderse en esos prados.

—¿De qué conoces a Gérard? —se escuchó preguntar, necesitaba hablar de algo para no sentirse tan inquieta junto a ella.

Jacqueline la miró un momento antes de contestar. Le sacaba casi una cabeza, y Dorotea se sintió diminuta.

—Trabajamos juntos.

—¿En la aduana?

Un carraspeo.

—No. Tenemos negocios juntos.

Dorotea se dio cuenta enseguida de que no le daría más detalles. Sonrió con cierta tensión.

—¿Te he visto antes? —preguntó Jacqueline de pronto—. Tu cara me resulta familiar.

—No creo que nos conozcamos.

—Estoy segura de que te he visto en alguna parte. Tu rostro es…

Dibujó la forma ovalada de su cara sin apenas tocarla, pero Dorotea se estremeció.

—…como de una actriz de cine.

Dorotea se echó a reír. Ojalá lo hubiera logrado, pero sus sueños parecían ya tan lejanos.

—¿Sabes? Una vez quise ser actriz, estudié en la Franklin Academy, es una…

—¿En la Franklin? ¡Por supuesto que la conozco!

Dorotea arqueó las cejas.

—¿Has estado en Hollywood?

—Claro. Soy de California.

—Pero tu nombre es francés.

—Oh, cosas del amor.

Escuchar esa palabra brotar de sus labios la inquietó todavía más.

—¿Te mudaste allí por un hombre?

Su carcajada resonó entre las cuatro paredes de la recepción como una campanilla.

—Nada de eso. Mi padre era francés. Lo enviaron a Estados Unidos durante la Gran Guerra. Allí conoció a una enfermera americana y se enamoraron. Yo llegué un año más tarde.

—¿Entonces siempre has vivido allí?

—Prácticamente. Estuve un par de años en París estudiando arte, pero cuando empezó la ocupación crucé la frontera a España. Al parecer, a los nazis no les gusta demasiado el arte moderno. «Degenerados», nos llaman —sonrió con amargura—. ¿Y tú? ¿Cómo terminaste en Hollywood?

Dorotea le contó la temporada que había pasado junto a la tía Margarita para huir de la Guerra Civil.

—¡Ya sé dónde te he visto antes! —dijo de pronto chasqueando los dedos.

Dorotea arqueó las cejas.

—Eres ella, la chica en el tren. *The girl in the train*. ¡Jamás olvido una cara!

—¿Viste ese corto?

—Ya lo creo. En las clases lo ponían como ejemplo de buena síntesis.

Dorotea se sonrojó. Era la primera persona que la reconocía por su trabajo, y no sabía muy bien cómo reaccionar.

—Eres muy buena —le aseguró—. ¿Por qué lo dejaste?

Miró hacia otro lado. Nunca se arrepentiría tanto de algo. ¿Por qué no había luchado más por lograrlo?

—Tuve que regresar a España.

—Podrías haber seguido actuando, ¿no?

—Me casé —soltó, como si eso lo explicara todo.

Le pareció ver un destello de decepción en los ojos de Jacqueline, como si se hubiera escondido el sol tras una nube. Quizá tan solo eran imaginaciones.

—¿Estás casada?

—Podría decirse que sí.

Jaqueline ladeó la cabeza.

—Es un estado —replicó conteniendo la risa—. O lo estás o no lo estás.

¿Por qué estaba hablando de esto con ella? Se sentía cómoda, a pesar de que hasta hacía menos de una hora eran dos completas desconocidas.

—Lo abandoné.

—Entiendo.

No. Era difícil comprender por todo lo que había pasado. Pero no quería sonar lúgubre, así que sonrió y cambió de tema ofreciéndole un poco más de café.

—¿Qué ha sido todo esto?

Dorotea apenas esperó a que la persiana de la calle se bajara antes de girarse hacia Soledad. Esta se sentó en uno de los butacones de

damasco que presidían la recepción, bajo el reloj. Le pidió que tomara asiento a su lado.

—Gérard es el hombre que me pidió matrimonio.

Soledad no era muy dada a andarse con rodeos, pero a veces seguía impactándole que fuera tan directa.

—Tenías razón, parece un buen tipo —admitió Dorotea—. ¿Se ha presentado aquí sin avisar? Debe de estar desesperado por obtener una respuesta.

Soledad resopló.

—No es eso.

—Ah, ¿no?

Vio como Soledad se mordía el labio, probablemente maldiciéndose por haber hablado demasiado.

—¿Y qué es? —insistió.

—Quería verme, supongo.

—¿Y se trae a una amiga? Qué romántico…

Soledad la fulminó con la mirada, sabía que la estaba acorralando. Dorotea sonrió y levantó las manos en un gesto defensivo.

—Vamos, no te enfades, yo te conté toda mi historia, pero tú continúas guardando secretos.

—Es peligroso.

—¿Más que si Álvaro Montesinos da conmigo aquí?

Soledad se echó a reír, como si le hubiera contado un chiste.

—Igual. —Luego la miró con esos ojos oscuros, insondables—. Porque mi misión es robarle información precisamente a él.

Dorotea no comprendía nada de lo que estaba diciendo.

—¿Robarle información? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué has querido decir con «misión»?

Las preguntas se agolpaban en sus labios.

—Creo que necesito otro café.

Soledad fue hasta la barra del bar y sirvió un par de tazas. Le tendió una de ellas a Dorotea, que seguía tratando de entender a qué se refería con «robarle información».

—Trabajo para la Resistencia.

Dorotea la miró igual que si le hubiera confesado que había escapado de un hospital psiquiátrico. No le contó demasiado, tan solo lo indispensable.

—Es mejor que no sepas mucho; si me atrapan, harán preguntas…

—Soy actriz, ¿recuerdas?

Soledad sonrió.

—Los policías de los interrogatorios pueden llegar a ser muy persuasivos.

—Ya, me imagino. ¿Pero y qué tiene que ver Álvaro con todo esto, con los nazis?

Soledad no añadió demasiado a la historia que le había contado, le aseguró que no quería ponerla en riesgo.

—Tan solo te pido que tú y Lucilda estéis bien escondidas el día de la fiesta de Navidad.

Dorotea se estremeció, pero no por miedo a que Álvaro la encontrara. Lo único que temía era que le ocurriese algo malo a su hermanastra, a su hermana.

## VERDADES

*3 de noviembre de 2022, Barcelona*

—Creo que tenemos que hablar.

Aparté la vista de mi pantalla y sentí que la bilis me subía por el estómago cuando me topé con los ojos de Luther. No lo había oído entrar. Era un sábado lluvioso, de esos que invitan a quedarse en casa leyendo toda la tarde. Pero había decidido acercarme al cine para ultimar algunos detalles; la fecha de la inauguración se acercaba y todavía quedaba mucho por hacer. Maldije la tromba de agua que caía en el exterior y que me había impedido escuchar sus pasos. No estaba preparada para una discusión. Desde que me había enterado de sus planes, había barajado varias ideas: aparecer en su hotel para enfrentarlo a gritos; presentarme cuando él no estuviera y ensañarme con sus trajes, tijera en mano; rallarle el reluciente deportivo que se había comprado un par de semanas atrás. Al final, había ganado la voz de la razón y había decidido esperar a estar más serena para hablar con él. Sin embargo, no me había dejado el tiempo que necesitaba. Ahora estaba allí, clavándome su mirada de águila maligna. Encima, por su gesto grave, parecía él el enfadado. No podía creerlo. Apreté los labios y lo miré con intensidad. Imaginé que de mis ojos salían cuchillos que pudieran clavarse en su piel como agujas.

—¿De qué?

Reconozco que no fui muy original, pero no sabía muy bien por dónde empezar la conversación que teníamos pendiente.

Él sonrió, irónico, como si no pudiera creer mi desfachatez. Yo seguía sin entender a qué venía su actitud.

—¿De verdad vas a negarlo?

Puso su móvil tan cerca de mi cara que tuve que alejarme un poco para poder enfocar bien la pantalla. Y ahí estaba yo. Aunque me encontraba de espaldas, no cabía duda de que la mujer enclenque y descarada que hurgaba en el escritorio de Luther era yo. El vídeo databa de una semana atrás y en él se veía cómo pasaba un buen rato peleándome con la cerradura de su cajón hasta conseguir abrirlo. Luego se me veía mirar a ambos lados, como una ladrona de telenovela barata. La cámara había captado cómo fotografiaba algo, aunque no se veía el qué. Pero yo lo sabía muy bien. Él, no tanto, porque si no ¿se habría atrevido a enfrentarme así?

—Supongo que te habías olvidado de esto.

Señaló al pequeño artefacto circular que colgaba de una esquina del techo. La luz roja parpadeaba, acusadora. Cerré los ojos. Naturalmente que sí; no era tan estúpida como para haberlo hecho si hubiera recordado la dichosa cámara. Aunque sí lo suficiente como para olvidarla por completo.

—Casi te cargas la cerradura. ¿De verdad pensabas que no me daría cuenta? En cuanto me percaté de ello, me asusté; creía que habían entrado unos ladrones, así que miré el registro de la cámara. Me quedé tan sorprendido que me tragué casi las tres horas de video para ver qué diantres estabas haciendo.

Ya había tenido suficiente de su pedantería. Empujé mi butaca con ruedas con bastante fuerza y me levanté para colocarme delante de él.

Estaba roja, no sé si por la rabia o la vergüenza. Puede que me hubiera pillado haciendo algo poco ético, quizá ilegal; pero lo suyo era mucho peor.

—No tienes derecho a hablarme así.

Él volvió a reírse, incrédulo. Claro, a sus ojos debía de parecer una descarada. Así que decidí iniciar mi ataque.

—Vi la carta de Soledad, Luther. No hace falta que te escondas más.

Estuve a punto de sonreír cuando toda su seguridad se disipó para dar paso a un rostro cetrino. Juraría que incluso se agarró a la mesa.

—Sabía que me estabas ocultando algo desde el principio, pero confié en ti —dije con voz acusatoria—. Caí en tus redes como una imbécil.

—No, Leonor, no es lo que crees. Yo…

—¡Cállate! —mi voz se rompió.

Me había prometido mantener la calma, pero eso había sido sin saber que tendría que enfrentarlo antes de lo previsto. Ahora que lo tenía delante, tan guapo y con ese gesto acongojado, no podía permitirme sucumbir. Sabía que si lo dejaba hablar terminaría por engatusarme de nuevo con sus embustes. Por eso dicen que la carne es débil.

—¿Sabes cómo me sentí cuando encontré por casualidad el anillo de Gérard Lemêtre?

Oí como suspiraba, pero yo ya no lo estaba mirando. Había clavado mis ojos en una planta. Supuse que eso me ayudaría a controlar las lágrimas.

—Esto no tendría que haber salido así.

Al fin lo miré, sin poder creer lo que acababa de decir.

—Ah, ¿no? ¿Cómo lo habías planeado? ¿Me llegaría una orden judicial para decirme que una parte del cine había dejado de ser mía?

Luther dio un paso al frente e hizo ademán de acariciarme el brazo. Me aparté.

—Ni se te ocurra. Puede que hayas ganado, puede que tengas derecho a otro tercio del cine, puede que te conviertas en socio mayoritario. Pero no te lo voy a poner fácil. —Lo apunté con un dedo —. Haré que tu día a día aquí sea un infierno.

Lo miré mientras le prometía venganza. En su favor, diré que parecía horrorizado. Pero en esos momentos yo no podía sentir nada que no fuera furia. No porque él tuviera legalmente derecho a su herencia. Siempre he defendido lo que es justo. Lo que me había incendiado eran las formas, premeditadas y ocultas. Si quería ser socio mayoritario podría haber ido de cara. Las cosas se arreglan negociando, pero él había preferido apuñalarme por la espalda.

—Ahora entiendo por qué el primer día abrías todos los cajones y te paseabas como si esto ya fuera tuyo. Pensé que eras un cliente curioso y arrogante, pero estabas buscando una pista sobre Soledad. ¡Menuda estúpida! Debí darme cuenta desde el principio…

—Leonor, por favor, déjame explicártelo.

—No. A partir de ahora, si quieres decirme algo, que sea a través de mi abogado.

Puse la tarjeta del señor Vergés sobre su mesa y pasé por su lado sin siquiera mirarlo. Al hacerlo me invadió el olor a jabón de marsella

que tan bien conocía. Por suerte, no pudo ver la lágrima que se deslizó por mi mejilla, traicionera, cuando cerré la puerta.

Fui a ver a mi padre. Aunque sus ojos habían perdido la intensidad del azul con el paso de los años, todavía tenían el poder de serenarme, como si al mirarlo de pronto me transportara a un lago en calma. Sin embargo, acudí a él demasiado pronto. Nada más verlo, rompí a llorar. Sentía que lo había traicionado, que mi gestión había sido nefasta. Por mi culpa habíamos perdido parte del cine de mi abuela. Al verme en ese estado no pudo más que abrazarme y conducirme hasta el sofá mientras me daba golpecitos en la espalda. Se metió en la cocina y salió con galletas de chocolate y café; conocía bien cómo remediar mis disgustos.

—¿Qué ha ocurrido?

Engullí un par de galletas para saciar mi hambre emocional. Luego lo miré con los ojos llorosos.

—Soy una estúpida, papá.

—No digas eso, no será para tanto…

—No sé elegir. De verdad que no. No aprendí nada con lo de César…

—¿A qué viene ahora ese idiota?

Sabía que mi padre detestaba a César por lo que me había hecho. Pero me sobresaltó escuchar un insulto de sus labios.

—Pues que me han vuelto a engañar.

Mi padre arqueó las cejas. Claro, él no sabía nada de mi relación con Luther. Resoplé.

—Tuve algo con Luther.

—Ay, Leonor, ¿con tu socio?

—Ya lo sé, no hay que mezclar estas cosas, pero no pude evitarlo. Hace ya cinco años de lo de César y Luther parecía buena persona…

—Y guapo.

Lo fulminé con la mirada.

—No fue solo por eso.

—Ya. Pero no pudiste resistirte.

Me sentí enrojecer.

—Quizá no debería contarte esto.

Puede que sea sorprendente, pero mi padre era mi mejor confidente. Llevábamos años teniéndonos solo el uno al otro y desde la muerte de mi madre nuestra relación se había estrechado aún más.

—Vamos, no te estoy juzgando.

Le dediqué una mueca.

—La cuestión es que confié en él, creí que estábamos empezando una relación. Y resulta que se estaba aprovechando de mí.

Me miró sin comprender.

—¿En qué sentido? No es que seas una millonaria a la que engatusar…

Me hice la ofendida y arrugué los labios.

—Pero sí que tenía algo que él quería a toda costa.

Torció el gesto.

—El cine —adivinó. Luego lo siguió un silencio—. Pero ya tiene un tercio, ¿qué puede haber hecho?

Entonces le expliqué toda la historia sobre nuestra investigación:

las cartas de Soledad Müller, la vieja escritura del cine a nombre de las tres mujeres y la búsqueda que habíamos hecho en Canfranc; luego le desvelé el contenido de la carta que había encontrado en el cajón de su escritorio y lo que había descubierto el señor Vergés. Lo único que omití fue el romance de mi abuela con Álvaro Montesinos. Y, aun así, lo vi tomar aire varias veces.

—¿Estás bien, papá?

Temí que todo aquello fuera demasiado para un hombre de su edad. Si no se lo había contado antes era para no preocuparlo. Pero llegados a este punto, sentía que él también debía saberlo.

—No me esperaba esto de él —dio un sorbito de café y soltó otro suspiro, que sonó a lamento—. Creía ser bueno calando a la gente, quizá me estoy haciendo viejo.

Sonreí con pena.

—¿Sabías que el cine había sido de esas otras dos mujeres, Soledad y Dorotea? —Había sentido curiosidad por eso desde que me había enterado.

Lo meditó unos segundos.

—Ahora que las mencionas, tengo algún recuerdo de ellas, pero muy difuso. Era muy pequeño, no debía tener más de cinco años.

Asentí.

—No entiendo por qué la abuela puso la escritura solamente a su nombre cuando desaparecieron. No es propio de ella adueñarse de lo que no es suyo.

—No, la verdad es que algo no encaja.

—Ojalá pudiéramos hablar con ellas…

Mi padre colocó una mano sobre la mía.

—Por lo que dices, Soledad murió hace casi veinte años. Y no creo que Dorotea siga viva.

Dejé caer los hombros y me recosté en el sofá, decidida a rendirme a mi mala suerte. Entonces mi padre entornó los ojos.

—Cuando tu abuela murió, guardé toda su correspondencia personal en una caja. La revisaré por si encuentro algo.

Estuve a punto de dar un brinco de emoción. No se me había ocurrido que mi padre pudiera abrir alguna línea de investigación cuando ya lo creía todo perdido. Sonreí y me sequé las lágrimas.

—Gracias, papá.

## UNA MIRADA

*13 de diciembre de 1942, Barcelona*

Era la primera vez que se compraba ropa. Su madre la había vestido con harapos heredados; doña Ángela, con uniformes de segunda mano. Sí, cuando trabajaba para Madame Lambert, Nora le había regalado los vestidos que ya no necesitaba, pero nunca había tenido uno que fuera suyo desde el principio. Lucilda se miró en el espejo y sonrió al verse con ese traje chaqueta azul cielo que la modista le había confeccionado. Dio una vuelta sobre sí misma.

—Le queda precioso con su tono de piel.

Lucilda asintió. Era cierto, el azul era tan pálido que contrastaba con su piel del color de los campos de olivas.

—¿Querrá también el rosa?

—Sí, póngame los dos.

Las cosas en el cine iban bien y, por primera vez, tenía algo de dinero que poder gastarse en ella. Dorotea y Soledad habían sido muy generosas: la habían llevado al notario sin previo aviso, y le habían cedido un tercio de la propiedad del cine. Aunque Lucilda había insistido en que era mucho más de lo que merecía, ambas le habían dicho, obstinadas, que, si no hubiera sido por su visita a doña Virginia, no hubieran tenido ese éxito y ahora estarían todas en la ruina. Al final había tenido que aceptar y firmar junto a sus nombres.

—Además, me llevaré las tres mudas para mi hijo.

Mauro estaría encantador con esas camisas de marinerito. La

modista sonrió emocionada; sería una de las ventas más jugosas del día.

Lucilda salió de la casa de modas con un elegante sombrero del mismo color que el vestido, que la ayudaba a guarecerse de la aguanieve que había empezado a bañar la ciudad. Todos los periódicos anunciaban la próxima nevada. Se arrebujó en el abrigo gris que acababa de comprar; era de lana. Nunca se había sentido tan recogida durante un invierno. Caminó con cuidado, las baldosas empezaban a resbalar. Iba tan ensimismada en mirar dónde pisaba que casi se dio con ellos de bruces. Por suerte, estaban demasiado ocupados enzarzados en una acalorada conversación como para reparar en ella. Puede que tampoco la hubieran reconocido vestida con unas ropas tan elegantes. Se quedó paralizada un instante. Darío no había cambiado nada. Seguía siendo igual de guapo: con sus ojos sagaces y esa sonrisa que le robaba el aliento. En cambio, Álvaro se había consumido, como si algo le hubiera robado la salud. Se le veía demacrado y ojeroso. A su lado había otro hombre, quizá más joven que los otros dos. Era atractivo, aunque no supo definir el motivo, puede que fuera la seguridad que rezumaban sus gestos. Cuando Álvaro iba a girarse hacia ella, Lucilda logró reaccionar. Se escondió en el portal de una pastelería. El dueño no le dijo nada, supuso que el clima le otorgaba una buena coartada: debía pensar que estaba resguardándose de la lluvia, y no de los tres hombres que hablaban a la vuelta de la esquina. Lucilda asomó la cabeza con disimulo. Aguzó el oído; podía escucharlos desde allí, aunque los latidos de su propio corazón le impedían hacerlo con claridad.

—Lo último que sé es que trabajaba en el Ritz —escuchó que decía Darío.

Se quiso morir. Era evidente que estaban hablando de ella. ¿De verdad era él el detective que había ayudado a Álvaro a encontrarla esta vez? ¿Así que solo había fingido no querer saber adónde iba cuando se habían separado? ¿Tan poco había significado para él? Lo miró con furia a través del cristal, como si con sus ojos pudiera fulminarlo.

—¡Dime algo que no sepa! —gruñó Álvaro.

Continuó observándolos sin comprender. Al parecer, Álvaro ya tenía esa información. Pero ¿quién se la habría proporcionado? Quizá el tercer hombre; puede que él fuera el detective que le habían mencionado.

—Teniente, averigüe dónde está esa maldita mujer.

—Sí, señor.

—Levante los adoquines si hace falta hasta que dé con ella. Busque en todas las posadas y hoteles de la zona. También en los burdeles. No es que tenga demasiados remilgos a la hora de trabajar. Vete a saber dónde se ha metido ahora esa furcia.

Lucilda cerró los ojos cuando escuchó su carcajada. Le pareció ver que Darío apretaba los puños. No, debía haberlo imaginado. El teniente tampoco sonrió.

—Por otro lado, quiero que haga una visita al nuevo cine que han abierto en el barrio, el Imperial —continuó Álvaro cuando vio que no habían secundado su gracia—. He estado hablando con el dueño del Majestic, es amigo mío y está preocupado. Le resulta sospechoso que

un negocio nuevo tenga un éxito tan repentino. Quiero saber quién es el propietario y cuáles son sus contactos. Y, sobre todo, por qué le está robando popularidad.

No conocía a ese teniente, pero pareció tensarse. Bailó su peso de una pierna a otra.

—Con el debido respeto, coronel, no creo que eso sea un asunto militar. Son negocios.

Desde lejos no podía verlo bien, pero estaba segura de haber visto cómo los ojos azules de Álvaro centelleaban ante el desafío. El teniente no retrocedió cuando su superior se acercó más a él, hasta el punto de quedar una nariz frente a la otra.

—No se atreva a cuestionar mis órdenes, de Arzúa.

El teniente apretó los dientes y le aguantó la mirada. Cuando Álvaro se alejó un poco, terminó asintiendo.

—No tarde en hacer esa inspección. ¡Y encuentre a Lucilda!

Álvaro dio media vuelta y empezó a alejarse de los dos hombres. Lucilda vio con aprensión cómo se acercaba a la calle en la que estaba escondida. Abrió los ojos todavía más, como si así pudiera encontrar un lugar mejor en el que refugiarse, pero no había nada más allí. Tan solo tenderetes del mercado de abastos y una tienda de muebles. Entonces sintió la mirada de Darío sobre ella. La había visto. Entró en pánico. Estaba segura de que iba a delatarla.

—Don Álvaro, espere.

Era la voz de Darío. Lucilda cerró los ojos. Estaba perdida.

—He olvidado decirle una cosa.

Escuchó el resoplido de Álvaro a pocos metros; sus pies dando la

vuelta sobre el hielo que empezaba a acumularse en las aceras. Cuando vio que no ocurría nada, abrió los ojos. Comprobó que Álvaro había deshecho sus propios pasos y se encontraba de nuevo junto a Darío, que le estaba explicando algo. Sin embargo, había bajado la voz y no podía escucharlo. Vio cómo el detective lo conducía del brazo para colocarlo de espaldas a ella. Entonces la miró de nuevo. Solo durante una milésima de segundo; y le hizo un gesto para que se alejara de allí. ¿La estaba ayudando? No lo pensó más. Salió corriendo en dirección contraria a la de Álvaro. No se detuvo hasta que llegó al cine. Entró y cerró la puerta con llave tras ella.

—¿Por qué entras como si te persiguiera el diablo?

Lucilda todavía resoplaba; el corazón desbocado.

Soledad estaba tras la barra del bar, secando algunos cacharros que habían quedado sucios de la noche anterior. La miraba con las cejas arqueadas.

—No me lo puedo creer —murmuró Lucilda.

—¿Qué ha pasado?

—He visto a Álvaro.

Dorotea, que revoloteaba por allí con la fregona en la mano, se detuvo en seco, como si la hubiera mirado Medusa.

—¿Dónde? —le preguntó cuando consiguió reponerse del susto.

—En la Calle Aragón. Estaba saliendo de la modista cuando me he topado con él.

—¿Te ha visto? —La voz de Dorotea era baja, casi un susurro.

—No. Pero Darío sí.

—¿Darío? ¿No es ese el detective que te traicionó? —Soledad sonaba furiosa.

Lucilda desvió la mirada y asintió. Ya no estaba tan segura de qué lado estaba él. Sí estaba al servicio de Álvaro, ¿por qué la había ayudado?

—¿Crees que se lo dirá?

—No.

—¿Por qué estás tan segura?

—Él lo distrajo para que pudiera escapar.

—Vaya, esto es nuevo —Soledad seguía enfadada, pero bajó un poco el tono.

—Había un tercer hombre —explicó Lucilda—. Un teniente.

Soledad dejó de secar los vasos y los dejó sobre la barra.

—¿Un teniente?

—Sí. Un tal de Arzúa.

Soledad se apoyó en uno de los taburetes y Dorotea, que había estado callada todo el tiempo, se acercó a ellas.

—¿Carlos de Arzúa? —preguntó.

—¿Qué hace Carlos aquí? —dijo Soledad.

Dorotea la miró, intrigada.

—¿Lo conoces?

—¿Y tú?

Lucilda las vio mirarse con cierta inseguridad. Soledad se mordía el labio, como si creyera que había hablado de más; y Dorotea fruncía el ceño, como si pensara que su hermanastra había hablado de menos.

—Me salvó una vez —explicó al fin Soledad—, cuando era muy

joven.

Dorotea asintió, como si eso le encajara con la imagen que tenía del teniente.

—Fue él quien me ayudó a huir de Villa Montesinos —confesó Dorotea.

—Entonces, ¿está de nuestra parte? —quiso saber Lucilda.

—No lo sé —contestó Dorotea—. Puede. Un poco.

Soledad estaba convencida de que las había ayudado porque era buena persona, pero ¿qué haría si descubría que estaba involucrada con la Resistencia, que era una enemiga del régimen al que él dedicaba su vida?

—Pues más vale que sea así, porque va a venir a inspeccionar el cine —atajó Lucilda.

Después de una pausa, añadió:

—Por si acaso, debo mostraros algo.

Soledad y Dorotea la miraron con intriga mientras caminaba hacia la barra del bar. Lucilda rebuscó dentro de uno de los cajoncitos donde guardaban las cucharillas y sacó la pistola que Nora le había regalado. Dieron un paso atrás.

—¿Qué haces con eso?

—Una amiga me dijo una vez que una mujer debe ocuparse de su propia protección.

# LA PRUEBA

*13 de diciembre de 1942, Barcelona*

—¡Abra inmediatamente! ¡Policía militar!

Soledad atravesó el patio de butacas con pasos apresurados. El repiqueteo de sus zapatos de terciopelo sonó amortiguado por la moqueta de color burdeos que revestía las salas del Cine Imperial. Sabía por qué estaban allí. Carlos debía de haber dado la voz de alarma y estarían ejecutando el registro. ¿Por qué tan pronto? No había pasado ni medio día: no habían tenido tiempo de prepararse.

Miró hacia la planta de arriba, donde Dorotea y Lucilda se habían escondido desde que sabían que Álvaro andaba cerca. Soledad caminó por el pasillo y cubrió las escaleras que conducían a la puerta del piso con una enorme pancarta; en ella se anunciaba la fiesta de Navidad que estaban preparando. La puerta quedó camuflada; nadie la encontraría a no ser que supieran que la casa existía.

De pronto pensó en las cartas de Gérard y en su conexión con la Resistencia. Recordó que había dejado las últimas misivas en la sala de proyecciones. Apretó los labios y corrió hasta allí. Entró y se apoyó contra la puerta como si con ello pudiera impedir lo inevitable. Miró a su alrededor con los ojos vidriosos y soltó una exhalación. El ambiente le resultó irrespirable, como si de pronto todos los largometrajes que cuidaba con tanto cariño hubiesen acumulado demasiado polvo. Encontró las cartas sobre el escritorio. No podía quemarlas, el olor a humo la delataría.

—¡Abra o tendré que echar la puerta abajo!

Soledad dirigió la mirada hacia la entrada, desde donde provenía una voz grave. No, no pensaba abrir. Todavía no. Tomó uno de los archivos de madera de una de las estanterías y empezó a depositar las cartas y el anillo. ¿Qué se había creído? ¿Que actuar en la sombra no era peligroso? A pesar del empeño que había puesto en mantenerlo en secreto, no quería ni pensar en lo que ocurriría si se descubría su colaboración con Gérard.

Cuando terminó de depositar las cartas y el anillo en la caja, apartó la moqueta por una esquina y levantó uno de los tablones de madera del suelo. Puede que hubiera sido insensata, pero jamás podrían acusarla de no ser precavida. Escuchó a aquel individuo golpeando la puerta sin descanso; estaba segura de que, si seguía así, la derribaría en un par de envistes más. Soledad dejó caer la carga en el hueco y volvió a cubrir el suelo. Se apresuró en acudir a la llamada. Respiró hondo y se acicaló el pelo, despeinado. Dirigió una mirada hacia el lugar donde Lucilda había ocultado la pistola; negó con la cabeza. Luego dibujó una de sus mejores sonrisas, de las que reservaba tan solo para los momentos de peligro. Y abrió.

Un hombre alto y apuesto, que vestía uno de los horribles uniformes del régimen, se encontraba frente a la puerta con el hombro preparado para embestir. Los ojos llenos de impaciencia, los labios apretados, listo para la acción. Pero se detuvo en seco al verla en el umbral. Soledad lo estudió con el ceño fruncido; su sonrisa, completamente desdibujada.

—¿Carlos? —su voz apenas logró rasgar el aire.

No esperaba que acatara la orden él mismo, en persona. El teniente la miró desconcertado unos instantes y toda su gallardía pareció abandonarlo de repente.

—¿Soledad?

La joven se mordió el labio y se reprendió por su impulsividad. ¿Por qué había balbuceado como una tonta su nombre?

—¿Sabes por qué estoy aquí? —preguntó él, recuperando la compostura.

Soledad negó, fingiendo inocencia, y se hizo a un lado. Vio cómo Carlos entraba en el local con pasos cautelosos y empezaba a inspeccionar el patio de butacas. Miraba debajo de los asientos, detrás de los carteles, incluso debajo de algún mueble.

—¿Estás sola?

No tenía muy claro qué pretendía. ¿Le estaba preguntando de forma encubierta si Lucilda y Dorotea estaban allí?

—Sí. Estoy sola.

Él no dijo nada más y después caminó hasta el pasillo. Se encontró con el enorme cartel que anunciaba la fiesta de Navidad. Carlos lo miró con extrañeza, como si no comprendiera qué hacía ahí plantado.

—Lo tengo que colgar en la entrada —explicó ella, algo atropellada.

Carlos miró hacia los laterales con recelo, pero luego asintió.

—¿Organizas tú esta fiesta?

Soledad carraspeó.

—Sí. Supongo que ya te habrá llegado la invitación.

Doña Virginia les había proporcionado más de cien contactos de

hombres de negocios, ministros y militares importantes a los que enviarlas. Recordaba haber redactado la de Carlos de su puño y letra. Todavía le temblaban los dedos.

—Sí.

No osó preguntarle si vendría y él tampoco parecía dispuesto a decir más de lo que debía.

Carlos continuó registrando el cine y esta vez avanzó hasta la sala de proyecciones. Soledad lo siguió. Sentía el corazón bombeando a toda velocidad y se preguntó si sería por el temor a que descubriera sus secretos o por volver a encontrarse junto a él. La estancia le parecía todavía más pequeña con él dentro. El teniente resiguió las estanterías con sus ojos negros, hasta que se detuvo en un punto del suelo.

—¿Se te ha caído esto? —Vio horrorizada cómo Carlos alargaba una mano hasta un sobre vacío que descansaba olvidado en el suelo.

El hombre fijó la mirada en la moqueta arrugada y la apartó muy lentamente. El rostro de Carlos se tensó. Soledad cerró los ojos cuando él levantó la tablilla de madera con sus dedos firmes. Carlos estudió primero el montón de cartas, el anillo y después a ella. Fueron cinco minutos eternos.

—¿Vas a arrestarme?

Quería hacerle más preguntas: ¿había leído la proposición de matrimonio de Gérard y cómo le declaraba su amor? ¿Creía que era correspondido? Pero no se atrevió.

Él la miró muy serio.

—Escóndelas mejor la próxima vez.

Se acercó a ella. Tanto, que se sintió mareada. Se preguntó si la agarraría en caso de que se desvaneciera, y fantaseó por un segundo con que le rodeara la cintura con los brazos. Sin embargo, cuando alargó la mano fue para depositar el anillo de Gérard sobre su palma. Luego se inclinó un poco más hacia ella, pero tan solo para dejar las cartas sobre la mesa con un golpe seco. Sus ojos eran de acero.

Soledad lo acompañó por el patio de butacas hasta la salida. Ninguno dijo nada hasta que él salió a la calle. Entonces Carlos la miró con esa frialdad que desconocía en él.

—Nos veremos en la fiesta. Me acompañará Eugenia, mi esposa.

Luego se marchó con esos pasos seguros que la habían enamorado tantos años atrás.

Soledad todavía no se había recuperado del golpe cuando Gérard apareció en el cine. Se estaba quedando en un hostal y solía ir a visitarla cada tarde. Sin embargo, ese día le apetecía estar sola. «Mi esposa», había dicho Carlos; y lo había hecho para herirla. Puede que no supiera si aún seguía enamorada de él, pero había sido evidente en el pasado: había que ser muy necio para no percatarse de los sentimientos de una adolescente. ¿Qué había pretendido con esa coletilla? ¿Comprobar si continuaba sintiendo algo? No. Eso habría significado que a él le importaba, que quizá también estaba enamorado. Y Soledad estaba convencida de que siempre la había visto como a una niña. Puede que lo hubiera dicho sin ninguna intención, era lo más probable.

—Tenía ganas de verte.

El entusiasmo de Gérard tan solo la hizo sentir peor. Cada vez veía más claro que no podía casarse con él. Se pasaba la mayor parte del día pensando en Carlos, en cómo sería que la mirara con esos ojos oscuros, en sus labios llenos.

Cuando Gérard le dedicó un gesto interrogativo, se dio cuenta de que no le había contestado. Soledad se limitó a sonreír.

—Hoy quiero llevarte a un sitio especial —dijo él.

Soledad estuvo a punto de declinar la invitación, pero parecía tan ilusionado que terminó aceptando. La condujo de la mano por las calles blancas de Barcelona. Había nevado. No solía suceder, y cuando ocurría, lo hacía más adelante. Soledad sintió su piel caliente contrastando con el aire helado y por un instante volvió a sentir la paz que le transmitía. Lo miró y una nube de vaho salió de entre los labios de Gérard al sonreírle.

—¿Va todo bien? Si no te conociera, diría que estás muy callada.

Soledad se echó a reír sin poder evitarlo. Luego se armó de valor. Tenía que contarle la verdad. Al fin y al cabo, su colaboración secreta con la Resistencia podía estar en peligro.

—Carlos de Arzúa ha venido al cine —dijo.

Él detuvo sus pasos. La tomó con cuidado por los hombros y clavó sus ojos verdes en ella.

—Pensé que te había perdido la pista. ¿Sabes qué quería?

Se sintió culpable al verlo tan preocupado por ella. Más que por sí mismo.

—No lo sé. Se supone que era una redada para ver si escondemos algo porque estamos hundiendo al Majestic. Pero en realidad creo que

buscaba a Lucilda y Dorotea —explicó ella.

Gérard asintió. Conocía la situación.

—¿Ha dicho algo más?

Soledad tragó saliva.

—Ha encontrado nuestras cartas.

—*¡Merde!*

—Lo siento.

—Ya te dije que es astuto. Déjame pensar.

Caminaron en silencio hasta un restaurante situado en el Paseo de Gracia. Era elegante, y Soledad dudaba que fuera vestida de acuerdo a un lugar así. Llevaba un sencillo vestido beige.

—No creo que mi atuendo sea adecuado —murmuró, avergonzada, cuando Gérard hizo ademán de entrar.

—Estás perfecta. —Le acarició la mejilla—. Siempre lo estás.

Soledad tosió.

—Estás cogiendo frío. Entremos.

Se dejó arrastrar hasta el interior. Un camarero vestido con chaqué los sentó en una mesa apartada, casi íntima. Soledad empezó a ponerse nerviosa. El camarero les explicó los platos de un menú degustación que Gérard había encargado previamente. Cuando el hombre se marchó, Gérard la tomó de la mano y la miró con una seriedad que no era habitual en él.

—Mientras veníamos, he estado pensando. Creo que no es prudente que nos quedemos en Barcelona. Si Carlos te ha encontrado y sabe lo que hemos estado haciendo…

—No me delatará.

Gérard arrugó el ceño.

—¿Cómo estás tan segura?

—Nos conocemos… de antes.

Detestó que su voz sonara tan misteriosa. Era incapaz de ocultar sus sentimientos.

—De cualquier forma, lo mejor será que salgamos del país. Gertrude puede ayudarnos a…

—No quiero marcharme.

Gérard apretó los labios y asintió. Parecía molesto. Por suerte trajeron los primeros platos en ese momento y tuvieron algo que hacer. Empezaron a comer en silencio. Cuando les trajeron los segundos, Gérard decidió romper la tensión con una conversación banal sobre películas y los próximos estrenos que pronto estarían en la cartelera. Sin embargo, pasado un tiempo, volvió a ponerse serio.

—Creo que tenemos una charla pendiente.

Ella se removió en su asiento. Asintió, aunque dudó si el movimiento había sido claro.

—Hace un par de meses te pedí que conservaras un anillo.

Soledad se estremeció al recordar cómo Carlos había puesto esa alianza en la palma de su mano esa misma tarde.

—Quería pedírtelo bien. —carraspeó—. Soledad, ¿me harías el honor de ser mi esposa?

Justo en ese instante apareció el camarero con los postres. Por lo menos ganó unos segundos, pero en cuanto se marchó, se encontró con los ojos expectantes de Gérard.

—Yo —titubeó—. Ahora… no puedo.

Él la miró desconcertado. Supuso que había asumido que obtendría un «sí» cargado de emoción. Soledad le dio unas cuantas vueltas a la tarta que acababan de poner frente a ella.

—Entiendo.

Pero no era cierto. ¿Qué iba a entender? Habían mantenido una relación, incluso le había entregado su virginidad. ¿Qué mujer en su sano juicio rechazaría una oferta así? A pesar de todo, Gérard supo mantener la compostura y se comió una tartaleta de manzana fingiendo que no le afectaba tanto.

—Te daré el tiempo que necesites para pensarlo.

Soledad se sintió mezquina y cobarde. No se atrevía a decirle la verdad. Que cada vez que veía a Carlos, el mundo se detenía.

# MUÉRDAGO

*23 de diciembre de 1942, Barcelona*

Dorotea no se acostumbraba a tenerla cerca. Jacqueline se estaba alojando con ellas desde hacía una semana; dormía en la habitación libre que quedaba en el piso, y todavía se sobresaltaba cada vez que se la encontraba en la cocina por las mañanas. No entendía por qué se sentía de ese modo; al fin y al cabo, estaba más que acostumbrada a vivir rodeada de gente: no habían faltado lacayos y doncellas que la sirvieran en la Casa Dalmau ni en Villa Montesinos. Aun así, su presencia la inquietaba. Apenas podía dormir por las noches cuando escuchaba el frufrú de su camisón de seda deslizándose por el pasillo. Se imaginaba el tacto de esa tela entre sus dedos. El color que debía tener de cerca. El olor de su perfume afrutado; dulce. Y se le secaba la garganta.

Esa mañana no se la encontró, y agradeció poder desayunar tranquila. Se preparó el café y tomó un par de galletas; tampoco es que tuviera demasiado apetito últimamente. Luego decidió bajar a la recepción del cine. La fiesta de Nochebuena sería al día siguiente, y todavía quedaba mucho por hacer. Soledad y Lucilda habían encargado banderillas, cotillones, manteles y cortinas nuevas, además de un puñado de decoración navideña, pero la entrega se había demorado y el recadero se había presentado la tarde anterior cargado con un montón de paquetes que no habían sabido dónde colocar. Al final, los habían apilado en la puerta, tras la persiana. Dorotea decidió

que estaría bien comenzar a abrir las cajas e ir colocando todo en su sitio. Tomó un cuchillo de detrás de la barra y rasgó uno de los embalajes. Cuando escuchó ruidos detrás de ella, se volvió. No se percató de que había apuntado con el filo de la navaja en dirección al sonido. Unos ojos verdes, muy abiertos, la observaron. Asustados.

—Perdona —balbuceó, bajando la inesperada arma—. Estoy un poco nerviosa estos días.

Jacqueline se relajó y le dedicó una sonrisa que la mareó.

—No te preocupes, es normal que estés nerviosa. ¿Es por él?

Dorotea la miró sin comprender.

—Por tu marido.

Suspiró y dejó caer la mano en la que todavía sostenía el cuchillo.

—Supongo que sí.

Era evidente que estaba a la defensiva: los ruidos, un cambio de luz, una llamada a la puerta; cualquier cosa la asustaba. Sin embargo, parte de la culpa también la tenía Jacqueline. Era como si ella le hubiera arrebatado parte de su sensatez. La poca que le quedaba para enfrentarse a su marido.

—Imagino que debe ser complicado ahora que sabes que está por aquí.

Dorotea apretó los labios. Lo cierto era que no podía cerrar los ojos sin imaginar que se presentaba en el cine para llevársela de vuelta a la Villa y castigarla con sus propias manos. No era el tipo de hombre que denunciaría el crimen a las autoridades para hacerle pagar por ello. No; era de los que se tomaba la justicia por su cuenta. Con ensañamiento. Notó que se había puesto a temblar porque

Jacqueline colocó una mano sobre su brazo. El contacto, en vez de ayudar, le provocó un estremecimiento aún mayor.

—Lo siento, no debería haber sacado el tema.

—No importa; es algo que nos preocupa a todos. Si Álvaro descubre que Lucilda y yo estamos aquí, no solo nos hará la vida imposible a nosotras, también daría al traste con vuestra misión y os podría poner al descubierto.

Aunque Soledad no le había contado los detalles, Dorotea era consciente de que la fiesta de Navidad, a parte de un buen modo de asentar el éxito que estaba cosechando el cine, también era un método para espiar al régimen.

—No es mi tapadera lo que me inquieta.

Dorotea detectó cierta ofensa en el tono de su voz, pero cuando la miró tan solo se topó con una sonrisa suave. Jacqueline alargó la mano y le colocó un mechón de cabello rubio tras la oreja, que se había escapado de su moño mientras abría la caja. Dorotea contuvo la respiración. Carraspeó y dio un paso atrás para dirigirse a los elementos decorativos que habían quedado expuestos dentro del cartón: guirnaldas y banderolas de color negro y dorado.

—Será mejor que empiece con esto.

Agarró una ristra y la ató a una de las columnas de la recepción para, después, tirar de ella hasta la otra punta del salón, en la que se encontraba otro pilar, un poco más alto. Arrugó la nariz al comprobar que no llegaba al gancho que habían colocado. De pronto, se vio envuelta por unos brazos más largos que los suyos, por el aroma a fresas con nata. Jacqueline se estiró todo lo que pudo y, por fin, logró

colgar la punta de las banderillas en el pequeño garfio de metal. Al terminar, bajó la mirada hasta Dorotea, que permanecía inmóvil.

—Te ayudaré —susurró Jacqueline.

Dorotea no sabía bien a qué se refería, pero esas dos palabras habían estado cargadas de intención. Jacqueline por fin se alejó y sacó otro adorno de la caja: una corona de muérdago. Lo colgó en la puerta con una sonrisa de satisfacción.

—¿Conoces la tradición?

—¿Qué tradición? —Dorotea la observó desconcertada.

Jacqueline señaló hacia la planta que acababa de colocar. Dorotea se acercó con los ojos entornados.

—¿Te refieres al muérdago?

Había escuchado algo cuando vivía en Estados Unidos, pero no lo tenía muy claro. Era romántico, para parejas, y no es que hubiera estado muy interesada por ese entonces.

—La leyenda cuenta que aquella mujer que reciba un beso bajo el muérdago en Nochebuena encontrará el amor que busca.

Dorotea se echó a reír. Nunca había creído en las fábulas, y mucho menos después del desastre de su matrimonio. No pensaba volver a tener ningún tipo de relación amorosa; había tenido suficiente para tres vidas. Jamás podría volver a confiar en un hombre.

—No me interesa el amor.

Esta vez fue Jacqueline quien soltó una carcajada.

—El amor no lo controla uno mismo, ¿no lo sabías?

Entonces Jacqueline se acercó a ella y la miró con fijeza. Dorotea volvió a retroceder, pero ella la detuvo por la muñeca para que no

pudiera escapar. Se acercó a ella y, con mucho cuidado, la besó en la mejilla, cerca de la comisura de los labios. Cuando se alejó, Dorotea se sintió decepcionada. Había querido más. Y se avergonzó de sus propios pensamientos.

No tuvo tiempo de pensar en lo que significaba todo eso: Lucilda y Soledad acababan de bajar. Las dos llevaban ropa cómoda, dispuestas a pasar el día entero decorando y adecentado el cine para que estuviera perfecto durante la fiesta. Dorotea no fue capaz de hablar; en cambio, Jacqueline las obsequió con una sonrisa cálida, como si no acabara de ocurrir nada fuera de lo común. Quizá para ella no hubiera sido nada especial, después de todo. Había sido un simple beso en la mejilla. Se sintió estúpida e infantil y decidió centrarse de nuevo en sus quehaceres, mientras Lucilda parloteaba con Jacqueline y Soledad sobre los canapés que debería preparar.

—No sé si poner caviar. ¿Será demasiado ostentoso?

—No —atajó Soledad—. Les gusta el lujo.

—Está bien. Caviar y cava por todos lados, entonces.

—Y *Foie Micuit* —apuntó Jacqueline—. Los volverá locos.

Lucilda anotó los platos en una libreta que llevaba con ella a todos lados.

—Estoy muy nerviosa —confesó después de guardarse el cuaderno en el bolsillo del delantal—. No solo por la fiesta, sino por lo que me pidió doña Virginia.

—Oh, vamos —Soledad trató de animarla—, tan solo tengo que echarle un vistazo a Pablo de Luna; si su amante anda por aquí me daré cuenta enseguida de quién es.

Habían acordado que Lucilda y Dorotea se quedarían en casa; la posibilidad de que Álvaro las viera les robaba el sueño a todos. Así que se limitarían a pasar la fiesta refugiadas en el cómodo sofá de su salón. Soledad les contaría las novedades al día siguiente.

—Estoy segura de que será discreto —insistió Lucilda—. ¿Cómo va a pavonearse delante de su mujer?

Soledad le dedicó una mueca.

—Algunos hombres son unos sinvergüenzas. No creo que le importe demasiado lo que opine doña Virginia.

Lucilda resopló.

Dorotea no pudo evitar sonreír ante la preocupación de su amiga. Si Lucilda hubiera sabido que Soledad no solo se encargaría de vigilar a don Pablo, sino que, como colaboradora de la Resistencia, iba a arriesgarse a espiar a uno de los coroneles de Franco, y que además este era el mismísimo Álvaro, le hubiera dado un síncope. Era mejor mantenerlo en secreto.

—Pero ¿y si te descubre mirándolo más de la cuenta?

—Confía en mí, sé lo que hago.

Lucilda no pareció convencida del todo, pero no añadió nada más y se marchó en dirección a la caja más grande, que contenía un gigantesco árbol de Navidad.

—Que alguien me ayude con esto, así por lo menos dejaré de pensar en ello.

## BÁRBARA LA MAR

*3 de diciembre de 2022, Barcelona*

La llamada de mi padre me sacó de la cama. Lo cierto es que llevaba días sin pisar la calle; no me apetecía ver las luces navideñas que ya debían de estar decorándolo todo. Me recordaban demasiado a mi madre. Siempre me contaba que lo que más le había impresionado al llegar del pueblo habían sido esos colores rompiendo la oscuridad de la noche. Cuando era pequeña, nos asomábamos al balcón y esperábamos a que las encendieran por primera vez, con un buen cuenco de palomitas que solía prepararnos mi abuela Lucilda. Eran recuerdos preciosos, pero todavía me dolían. Aunque las echaba de menos siempre, esas fechas eran las peores. Las pérdidas se hacían más presentes, igual que las ausencias. Y ese año me sentí muy sola. La única familia que me quedaba era mi padre. Me había distanciado de mis amigas por culpa de César; todas me habían advertido sobre su extraño comportamiento, incluso una de ellas me había asegurado haberlo visto con otra mujer. Yo no quise creerlas. No quise creer que me pudiera estar engañando. No quise creer que pudiera tirar diez años de relación por la borda. Pero lo hizo. Y cuando descubrí que estaba llevando una doble vida, ya era demasiado tarde como para retomar esas amistades. Mi orgullo me lo impidió. ¿Con qué cara iba a reconocerles que habían tenido razón todo el tiempo y que había sido una estúpida cegada por el amor? Así que había dejado las cosas como

estaban y me había centrado en mi trabajo y en mi padre. Pero cada año se me hacía más difícil. Pasaba gran parte de las fiestas con mi padre y cada año me atormentaba la misma pregunta: ¿qué sería de mí cuando él no estuviera? Se me partía el corazón al imaginarlo. No podría soportarlo.

Supongo que lo que había ocurrido con Luther tampoco ayudaba. Sentía que había fracasado, que me había dejado engañar otra vez. Aunque Mauro me repetía que no era mi culpa, no podía dejar de pensarlo. ¿Y si hubiera investigado un poco más? Si no me hubiera sentido tan atraída por él, nada de eso habría ocurrido. Habría hecho caso de mi instinto inicial y habría indagado hasta encontrar la verdad. Y ahora no estaría ahogando las penas en la cama a base de sangría don Simón.

—No me digas que sigues durmiendo. —La voz de mi padre sonaba a reproche.

Arrugué la nariz. Por supuesto que seguía en la cama. La noche anterior me había pasado con el alcohol, y era incapaz de coordinar un pensamiento por culpa del dolor de cabeza. Emití un gruñido.

—Leonor, no puedes seguir así.

Resoplé.

—Estoy abajo, abre.

Me desperté de golpe.

—¿Cómo que estás abajo?

—Ayer no respondías al teléfono, así que estaba preocupado.

Salí de la cama de un salto y corrí hasta el baño. Me miré en el espejo: cabello despeinado, rímel corrido; labios y nariz rojos de tanto

llorar. Estupendo.

Puse el manos libres y empecé a lavarme la cara a consciencia.

—¿Eso es un grifo?

—Sí, enseguida te abro, papá —soné como una adolescente.

Cuando entró en casa, vi cómo analizaba con ojo crítico los briks de sangría vacíos que seguían en la mesita de sofá. Tampoco le pasaron por alto los tarritos de arroz precocinado ni los restos de fideos instantáneos. Por suerte, no dijo nada. Apartó la ropa que tenía desperdigada por el sofá y logró sentarse en un rincón.

—He estado revisando la correspondencia de tu abuela.

Lo escuché con atención, pero antes de continuar me hizo un gesto para que me sentara yo también. Puse un par de sudaderas a un lado y me hice un hueco.

—Hablaba con mucha gente, la mayoría eran conocidos que se limitaban a felicitarle las navidades o los cumpleaños. Pero me han llamado la atención dos personas con las que solía cartearse mucho más a menudo. La correspondencia no se interrumpe hasta la fecha de la muerte de tu abuela.

Lo miré confundida. Lucilda era muy popular en el barrio y tenía montones de amigas, desde las señoras más ricas de la ciudad hasta las más humildes. Eso era algo que admiraba de ella, esa capacidad de adaptarse a cualquier círculo, a cualquier circunstancia. Sin embargo, nunca me había dicho que se escribiera con alguien ni que tuviera otras amigas fuera de aquí. Otra vez sentí que sabía muy poco de ella, en realidad.

—¿Quiénes eran?

—Soledad Müller y Bárbara La Mar,

Abrí mucho los ojos.

—¿Soledad? —repetí.

—¿No se llamaba así una de las mujeres que constaban en las escrituras de las que me hablaste el otro día? ¿La abuela de Luther?

Asentí.

—Pues por la correspondencia deduzco que eran bastante íntimas. Supongo que nunca la vimos por aquí porque vivía en Venezuela.

Me llevé la mano a la barbilla. ¿Mi abuela y la de Luther eran amigas? Aquello me inquietó. ¿Y ahora sus nietos iban a terminar en los tribunales para pelearse por el cine? Estaba segura de que no era eso lo que querría ninguna de las dos.

—¿Y la otra mujer? ¿Quién es?

—¿Bárbara La Mar? No tengo ni idea, pero escribía desde Estados Unidos. Por lo que cuentan, he deducido que era la directora de una academia de cine, pero no sé mucho más. Hablaban de cosas más bien banales, de su día a día.

—¿Podría verlas?

—¿Las cartas? Claro, las he traído conmigo.

Mi padre se levantó y caminó hasta el abrigo que había dejado colgado en la entrada. Rebuscó en el bolsillo interior y sacó un par de fajos bastante gruesos.

—Me ha llevado un buen tiempo leerlas todas.

Me limité a sonreír. Si de algo disponía en ese momento, era de tiempo.

No me dio tiempo a leer las cartas. Esa misma tarde recibí una llamada del señor Vergés. Me citaba en su despacho de forma urgente. «No puedo contarle los detalles por teléfono, será mejor que venga. ¿Dentro de una hora le va bien?». Me duché a toda prisa y me puse la primera camisa que encontré en el armario. Tenía un mal presentimiento. ¿Y si lo que quería era comunicarme que Luther Bécquer había iniciado acciones legales para recuperar el cine? Sería eso. Tenía que ser. Si no, ¿qué otra cosa podía querer mi abogado? Una molesta acidez me acompañó durante todo el camino, y me pregunté si sería debido a los nervios o a los excesos que había cometido desde que me había enterado de todo. Probablemente fueran ambas.

Casi asalté a la secretaria indicándole mi nombre y la cita que tenía con el señor Vergés. Por suerte no me hizo esperar esta vez. El abogado me invitó a entrar y colocó un café con unas pastas frente a mí. No las toqué.

—Disculpe las prisas —dijo.

—¿Qué ocurre?

Fui un poco grosera, lo sé, pero en ese momento me importaban poco sus disculpas. El señor Vergés suspiró y se dirigió a su escritorio. Había montones de papeles encima, pero tan solo tomó un pequeño sobre blanco. La citación judicial, me dije, agorera.

—Me sorprendió un poco recibir la visita del señor Bécquer —dijo, inclinando la cabeza hacia un lado.

Ahí estaba. Cerré los ojos y me froté las sienes.

—Ah, eso… Le pedí que si tenía algo que decirme lo hiciera a

través de usted. Debería haberle avisado.

Con todo lo que había ocurrido, ni siquiera se me había pasado por la cabeza explicarle a mi abogado mi última conversación con Luther. De hecho, no pensaba que fuera a ponerse en contacto con él en realidad. Y, ni corto ni perezoso, se había presentado allí mismo. Entonces cobré consciencia de lo que significaba. En vez de luchar por hablar conmigo y solucionar las cosas, se limitaba a hacer uso de mi abogado, tal y como yo le había indicado en pleno enfado. Ahora se mostraba ante mí tal y como era: un hombre calculador y frío, que lo había tenido todo pensado desde el principio.

—Me hubiera ahorrado el sobresalto, la verdad. —El señor Vergés sonrió—. Se presentó aquí cuando ya estaba cerrando. Si no llega a ser por el traje, habría creído que era un maleante.

Apreté los labios.

—¿Qué quería?

—Me entregó esto, para usted.

Me alargó el sobre y lo observé. Se veía algo amarillo para tratarse de una citación judicial reciente. Entorné los ojos.

—¿No es una llamada a tribunales?

El señor Vergés volvió a sonreír.

—No, nada de eso.

Mi acidez estomacal decidió aumentar en ese momento. Tuve que dejar el sobre encima de la mesa y salir corriendo al servicio. Vomité todo lo que había comido, que no era mucho. Cuando regresé, el señor Vergés me esperaba con un vaso de agua.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, son los nervios. Gracias.

Di un par de sorbos y me encontré mucho mejor. Más aun sabiendo que no iba a quitarme el cine. Todavía.

—¿De qué se trata? —señalé el sobre con la cabeza.

—No me lo quiso decir. Tan solo me pidió que le hiciera entrega de esta carta y que, cuando la leyera, lo llamara si deseaba conocer toda la verdad.

Agarré la carta de nuevo y me marché de allí con el estómago otra vez revuelto. Tenía que dejar de beber.

No esperé demasiado. En cuanto llegué a casa me quité los zapatos a toda prisa; volaron por los aires y aterrizaron al lado de la entrada. Me arranqué el abrigo y lo dejé sobre el sofá de cualquier manera. Luego me senté en la butaca y abrí el sobre. El papel temblaba entre mis dedos.

*Querido Luther,*

*Sé que no me consideras el mejor padre del mundo, y que quizá estas palabras lleguen tarde, pero siempre he estado orgulloso de ti. Ahora que sé que mis días están contados, necesito ser sincero contigo: no fui justo con Soledad. A pesar de que nunca conociste los verdaderos motivos por los que me marché a Alemania, me alegra saber que al menos tú estuviste a su lado hasta el final. Me temo que tampoco fui un buen hijo para ella.*

*Supongo que te habrás preguntado montones de veces qué fue lo que ocurrió entre nosotros. Creo que ya tienes edad suficiente para saberlo y espero que recibas la noticia con más madurez que yo. Todo empezó*

*cuando enfermé por primera vez. Los médicos buscaron entre mis familiares a alguien compatible para realizar una donación de médula, pero se encontraron con una sorpresa: según las analíticas, Soledad no podía ser mi madre. La ciencia no miente.*

*Me sentí estafado.*

*Toda mi vida había creído una mentira.*

*Soledad no tuvo más remedio que contármelo: mi madre biológica era su hermana, Alicia. La verdad es que, por mucho que me he esforzado, no puedo recordarla; Soledad me adoptó cuando yo era muy pequeño y crecí en Venezuela, entre los palmerales que tan bien conoces. Eso es todo lo que hay en mi memoria. Soledad corriendo, riendo y saltando entre las plantas de la mano de tu abuelo. Creo que lo que me dolió no fue que ella no me hubiera dado a luz. Fue que me lo hubiera ocultado de un modo tan flagrante. Ella siempre aseguró que lo hizo por mi bien, que sabía que me lo tomaría mal. Puede que tuviera razón; después de todo, ella me conocía mejor que nadie. Me dijo que los lazos de sangre no lo son todo, que, por ejemplo, Alicia, mi madre, era solamente su media hermana. Su verdadero padre había sido un rico mercader de Barcelona, llamado Alfredo Dalmau. Continuó diciéndome que el ADN no cambiaba cómo se sentía respecto a mí, pero yo ya no la escuchaba.*

*Así que ese fue el motivo. Después de recuperarme de la operación, enseguida me marché a Alemania, al verdadero lugar en el que nací, con la absurda esperanza de encontrarme con mis orígenes. Pero para ese entonces yo ya era mayor, y tú decidiste quedarte con Soledad. Debo admitir que estos últimos años, en realidad, han sido los más vacíos de mi vida. Ojalá me hubiera quedado allí con vosotros. Ella me crio y me dio un*

*hogar; me quiso como a un hijo. Su único error fue no contarme la verdad desde el principio. Espero que cuando me reúna con ella en el más allá, sepa perdonarme.*

*Tu padre, que te quiere.*

*Mark Bécquer.*

Dejé la carta sobre el reposabrazos del sillón y miré hacia la ventana, en busca de un cielo azul que me ayudara a anclarme a la realidad, pero ya había anochecido. Todo eran tinieblas. No estaba segura de comprender lo que acababa de leer. Mark Bécquer, el padre de Luther, era el hijo de Alicia. Hasta ahí bien. Nada de eso supondría ningún cambio si no fuera porque Alicia, a su vez, era en realidad hija de un Dalmau. Eso significaba que Luther no solo era el heredero de Soledad, sino que también lo era de los Dalmau y, por lo tanto, del otro tercio del cine, de lo único que me quedaba. Empecé a temblar. Noté una lágrima deslizarse por mi mejilla. ¿Por eso le había entregado la carta al señor Vergés? ¿Para avisarme de que me lo iba a quitar todo? La totalidad del cine podría llegar a ser suyo si jugaba bien sus cartas ante los tribunales. Miré el teléfono, quería llamarle y gritar, pero no me atreví. Necesitaba pensar. Y llorar.

## EL MALETÍN

*24 de diciembre de 1942, Barcelona*

Agradeció que Gérard se marchara antes de la fiesta. La tensión entre ellos era palpable; desde que le había pedido matrimonio nada había sido igual y, aunque él trataba de disimular su incomodidad, era imposible. Por eso, cuando había partido de regreso a Canfranc esa misma tarde, Soledad había podido respirar tranquila por fin.

—Qué despedida tan… seca, ¿no?

Jacqueline se volvió hacia Soledad con una ceja arqueada. Antes de marcharse, Gérard le había dado un fuerte abrazo a su compañera francesa. En cambio, a Soledad la había obsequiado con un escueto beso en la mejilla. Ni siquiera la había mirado a los ojos.

—No lo sé, supongo que todos estamos nerviosos —murmuró Soledad.

Jacqueline la miró con escepticismo, pero no dijo nada. Ambas sabían que no había sido por eso.

—¿Crees que el plan saldrá bien? —preguntó Soledad para cambiar de tema y dejar de pensar en el semblante abatido de Gérard.

—Por supuesto.

Jacqueline sonrió y Soledad se alegró de que por lo menos una de las dos se sintiera segura con la estrategia que pretendían ejecutar.

—Recuerda: nadie sabe quién eres. Los deslumbrarás con este vestido y ninguno de esos franquistas va a sospechar de ti. No ven más allá cuando se trata de mujeres bonitas.

Soledad tuvo que echarse a reír. Aunque Jacqueline parecía convencida, ella no lo estaba tanto. Se miró al espejo y admiró el resultado de toda una tarde de preparaciones. Nunca se había arreglado para una gala, pero parecía que hubiera nacido con ese vestido de color cava. Se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel; una miríada de brillantes se distribuía por el pecho y las caderas, y descendía por la espalda como una cascada, dejando sus omoplatos al descubierto. Dorotea la había peinado a conciencia: un recogido sencillo pero elegante pensado para no eclipsar su atuendo. Lo había rematado con unos pendientes largos de color dorado y un maquillaje llamativo, de ojos oscuros y labios rojos.

—Serás la perfecta anfitriona —la animó Jacqueline.

Jacqueline se había vestido mucho más discreta, con un traje de noche azul marino que llevaba algo de pedrería plateada en la zona de la falda. Su misión esa noche era pasar desapercibida, no solo con el objetivo de infiltrarse entre los invitados extranjeros, sino para encargarse también de recoger los abrigos, bolsos y maletines de los asistentes y depositarlos en el guardarropa que habían improvisado en un pequeño despacho contiguo; habían acordado que Jacqueline le dejaría a Soledad el maletín de Álvaro preparado en la butaca del escritorio. Cuando se iniciara el pase de la película después de la fiesta, Soledad se colaría en el despacho y buscaría los documentos de las mercancías de Canfranc.

—¿Este vestido no es demasiado atrevido?

—¿Qué dices? —intervino Dorotea, que las observaba con una sonrisa—. Estás despampanante.

—No me gusta ser el centro de atención.

—Pero esta noche no tienes otro remedio. Necesitamos destacar para que el cine se haga más famoso —dijo Lucilda, que acababa de entrar al piso. Había estado en la recepción ultimando los detalles.

—¿Ya está todo? —quiso saber Soledad.

—Todo bajo control. Los músicos acaban de llegar y están afinando los instrumentos. Creo que ya podéis bajar, los primeros invitados estarán al caer.

Soledad asintió y, antes de salir, le pareció que Jacqueline miraba a Dorotea con una extraña intensidad.

—Tened cuidado de no hacer ruido o alguien de abajo podría sospechar —dijo Jacqueline.

—Nadie nos descubrirá —le aseguró Dorotea—. Aquí estaremos seguras.

Soledad habría jurado que Dorotea se aferraba a la bolsa que había junto a ella, y tuvo el presentimiento de que había tomado prestada el arma de Lucilda de detrás de la barra del bar.

No le costó encontrar a Pablo de Luna. Era un hombre de unos cincuenta años, que todavía conservaba cierto atractivo. Vestía un traje entallado, de alta costura, y zapatos brillantes. Tenía el pelo canoso. Hablaba con algunos compañeros del gobierno en un lado de la recepción del cine, que se había convertido en un enorme salón de fiestas. Lo vio beber de una copa de cava; la acababa de coger de una de las bandejas que los camareros repartían entre los invitados. Le pareció que los canapés y las bebidas bailaban al son de la música

animada que tocaba una pequeña orquesta. Soledad lo observó en silencio hasta que se le acercaron un par de viudas.

—Es una fiesta estupenda —le dijo una de ellas—. ¿La ha organizado usted?

Soledad sonrió, tal y como Lucilda y Dorotea habían insistido en que hiciera cada vez que un invitado le hablara.

—Sí, aunque he tenido mucha ayuda.

—¿Me dará las referencias de esa orquesta? Nunca había escuchado algo así.

Dorotea había contactado con un grupo conocido por tocar música mucho más moderna de lo habitual. Para bailar, como en los salones de Estados Unidos.

—Claro, se las daré encantada.

Mientras las dos mujeres charlaban, Soledad devolvió su atención hacia Pablo de Luna. Aunque seguía hablando con sus compañeros, estaba distraído. De vez en cuando miraba hacia el centro de la pista, donde una mujer muy joven bailaba en brazos de un caballero. Cuando repitió el mismo gesto más de cinco veces, Soledad sonrió. Había encontrado a su misteriosa amante.

—¿Quién es esa mujer? —les preguntó de pronto a sus interlocutoras.

Si alguna de ellas se sintió molesta por la interrupción, no lo manifestó. Al contrario, parecieron encantadas de poder hablar de alguien a sus espaldas.

—¿Cuál? ¿La que baila con Gregorio de la Rosa?

Soledad vio que miraban en la dirección adecuada.

—Sí, la del vestido púrpura.

—Oh, menuda —soltó una de las viudas—. Es Lucrecia Salas, una cabaretera venida a más.

—No la había visto nunca —las animó Soledad.

—Pues acostúmbrese. Me temo que es el ojito derecho de varios ministros.

—Ah, ¿sí?

—Sin ir más lejos, se rumorea de un romance con Pablo de Luna. ¿Usted cree? ¡Si hace nada dejó a su esposa para casarse con otra más joven! Qué poca vergüenza…

Soledad dio un sorbo de una copa de cava para disimular su sonrisa triunfal. De pronto notó una mano en su cintura y estuvo a punto de derramar el resto.

—¿Es usted Soledad Müller?

La voz que susurró en su oído era grave, y se le antojó peligrosa. Se volvió tratando de recobrar la compostura y se topó con unos ojos árticos. Un olor a hierbabuena, que no lograba camuflar el hedor del tabaco, la golpeó como una bofetada. Álvaro Montesinos.

—Sí, la misma.

Levantó la barbilla. No pensaba amedrentarse ante el hombre que les había hecho la vida imposible a sus amigas, por mucho miedo que dieran su mirada y su sonrisa perfectas.

—¿Me concedería el honor de bailar conmigo, señorita Müller?

No le quedó más remedio que aceptar. Aunque Álvaro Montesinos era su verdadero objetivo esa noche, no había pensado en acercarse tanto a él. Quería limitarse a robar el maletín que seguramente ya

habría depositado en el guardarropía.

Álvaro la condujo hasta el centro de la pista de baile. Cuando colocó su mano en la zona baja de su espalda, un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Detestaba a ese hombre. Sin embargo, se limitó a sonreírle mientras él la guiaba al son de la música, una bossa-nova demasiado intensa.

—Una selección musical curiosa —apuntó.

Soledad estiró los labios en una mueca que no llegó a sonrisa.

—Quería algo diferente para una noche especial.

—Es usted una mujer… particular —continuó—. Además de hermosa, por supuesto.

Soledad contuvo el gesto de disgusto.

—Su nombre me resulta familiar —dijo entonces.

Empezó a ponerse nerviosa y, en un acto reflejo, se separó un poco de él. Sin embargo, la mano de Álvaro la atrapó como un cepo contra su pecho.

—¿No trabajaba usted en la estación de Canfranc?

Tenía que salir de allí. ¿Cuánto sabía Álvaro? ¿Conocía los detalles de lo que había hecho en la estación? Sintió tanto vértigo que creyó que, si la soltaba en ese instante, terminaría en el suelo. Sin embargo, él no parecía querer dejarla escapar.

—¿Coronel?

Una voz masculina llamó la atención de Álvaro y aflojó el agarre. Soledad se sintió aliviada, pero tan solo por un instante. Cuando descubrió que el hombre que lo había distraído era Carlos, quiso desaparecer. Lo miró con los ojos muy abiertos. Entonces se percató

de que estaba acompañado. Debía de ser su mujer. No era especialmente bella, pero vestía con elegancia y exudaba tanta seguridad que Soledad se sintió diminuta a pesar de que, en realidad, la sobrepasaba en altura.

—¡Don Álvaro, está espléndido esta noche! —la voz melosa le resultó desagradable, pero agradeció que, gracias a ella, el coronel la soltara para besar el dorso de la mano de la mujer.

—Doña Eugenia, es un placer volver a verla.

Soledad sintió algo extraño en la atmósfera, en las miradas hambrientas que se dedicaban Álvaro y Eugenia. Había que estar ciego para no verlo. Desvió los ojos hacia Carlos, pero él permanecía impasible, como si no se hubiera dado cuenta o no le importara en absoluto.

—¿Me concederá el próximo baile? —pidió Álvaro.

—Estaré encantada —acató Eugenia.

Soledad suspiró aliviada cuando Álvaro le tendió el brazo a la recién llegada y pareció olvidarse de ella por completo. Una nueva melodía comenzó a sonar. Era un tango. *Por una cabeza.* Álvaro y Eugenia empezaron a bailar. Carlos se acercó a Soledad.

—¿Bailas? —le dijo sin muchos ambages.

Tuvo que tragar saliva.

—¿Qué?

—Estamos en mitad de la pista de baile, parados. La gente nos mira.

Iba a balbucear alguna excusa, pero antes de que pudiera darse cuenta, Carlos le agarró una mano y puso la otra en su espalda, justo

donde el vestido dejaba al descubierto la piel. Se estremeció de un modo muy distinto de cuando la había tocado Álvaro. Carlos situó su rostro muy cerca del suyo, tanto, que podía sentir el calor que desprendía su mejilla. Entonces, Carlos puso una pierna entre las suyas y la hizo moverse al ritmo de la música. Se agarró a él como pudo, atormentada por una proximidad que le impedía respirar. En el punto álgido de la canción, Carlos le hizo subir una pierna por detrás de él. El contacto de su mano en el muslo le pareció más de lo que podía soportar. Movió su rostro para encararlo, pero fue peor. Ahora estaban demasiado cerca, con los ojos engarzados, los labios entreabiertos. La curvó sobre su espalda, todo su peso recostado en un único brazo, sin dejar de mirarla. Entonces, la melodía cesó. Se quedaron así unos instantes, hasta que Soledad se irguió y se recompuso el vestido. Él se aclaró la garganta. Ella iba a marcharse, pero él la detuvo agarrándola por el brazo. Una nueva canción resguardó su conversación de oídos ajenos. Carlos volvió a envolverla y comenzó a bailar, esta vez mucho más distante.

—¿Por qué has organizado esta fiesta, Soledad?

Ella trató de no tensarse, pero era imposible que él no hubiera notado cómo los músculos de su espalda se contraían.

—Para dar a conocer el cine.

Él sonrió, irónico. Soledad se maldijo por pensar en lo atractivo que era aquel gesto, en vez de concentrarse en la conversación.

—Ahora quiero la verdad.

Soledad apretó los labios, él la atrajo con fuerza; la sorpresa le impidió hablar.

—No te metas en más líos —le susurró él al oído—. No podré protegerte siempre.

—¿Acaso le contaste a Álvaro lo que hice en Canfranc? ¿Es eso? ¿Me has expuesto?

Él la miró con los ojos incendiados de furia.

—No he hecho otra cosa que traicionar su confianza por ti.

—Nadie te lo ha pedido.

Él la soltó, exasperado.

—Haz lo que quieras.

Se alejó de la pista de baile, dejándola con la respiración agitada y los nervios a flor de piel.

Pasaba de la medianoche cuando comenzó la proyección. Habían elegido «Casablanca», uno de los éxitos de taquilla de año en Hollywood. El público estaba abstraído por los movimientos de los personajes en la pantalla, y Soledad decidió que era un buen momento para llevar a cabo su plan. Se levantó de la silla de última fila en la que se había sentado y salió con sigilo de la sala; la moqueta amortiguaba el sonido de sus zapatos. La recepción se encontraba tan silenciosa que podía escuchar los latidos de su propio corazón. Observó los restos de la fiesta: bandejas con algunos canapés, copas de cava vacías, papeles en el suelo, la pista de baile desierta. Trató de serenarse. No había nadie allí, su misión no corría ningún peligro. Avanzó entonces hasta el pequeño despacho en el que habían guardado los enseres de los invitados. Encendió la luz, una bombilla de bulbo a la que todavía no le habían colocado una lámpara. Pudo

ver montones de chaquetas, pañuelos y bufandas colgando de las perchas que habían dispuesto en un armario. También un aparador sobre el que descansaban un montón de bolsos. Miró hacia el sillón del escritorio con cierta ansiedad. Se sintió más tranquila al comprobar que Jacqueline había cumplido su parte y había colocado allí el maletín de Álvaro. Se acercó rápido y lo puso sobre la mesa para abrirlo. Encontró montones de papeles en varios idiomas —español, inglés y alemán— y leyó con avidez aquellos que comprendía. Tal y como sospechaban, estaban planeando un gran envío de oro a través de la estación de Canfranc. Estudió las fechas y los datos con presteza. El próximo se efectuaría el cuatro de enero. Tres toneladas de lingotes en un enorme convoy con dirección a Suiza. Memorizó varias fechas y envíos más para poder reportarlos a Gérard. Estaba guardando los documentos en el mismo orden en el que los había encontrado cuando escuchó la cerradura girar. Se le detuvo el corazón. Miró alrededor y comprendió que no había lugar en el que esconderse en aquella diminuta estancia. Estaba perdida. Dejó los papeles rápidamente, pero no tuvo tiempo de colocar el maletín junto al resto de bolsas. Apenas podía pensar. Si le preguntaban, pondría alguna excusa. Sí. Diría que había olvidado el labial y estaba tratando de encontrar su propio bolso, pero que se había confundido entre tantos modelos. Sin embargo, no fue capaz de decir nada cuando la puerta se abrió y se topó con la mirada inquisitiva de Carlos. El teniente entró y cerró tras él.

—¿Qué demonios estás haciendo, Soledad?

Soledad abrió la boca para mentir, pero él se acercó hasta que

estuvo a escasos centímetros de distancia. No la estaba mirando a ella, sino al maletín que todavía yacía medio abierto sobre el escritorio.

—¿Ese no es el maletín de Álvaro?

Soledad cerró los ojos y apretó los labios. Él torció el gesto, furioso, incapaz de creer que se hubiera arriesgado hasta tal punto.

—¿Estás loca?

Sin embargo, ninguno de los dos pudo decir nada más. Escucharon unos pasos decididos al otro lado de la puerta. Soledad miró a Carlos con los ojos muy abiertos; el pánico le impidió moverse. En cambio, él fue rápido. Tomó a Soledad por la cintura y la sentó sobre el escritorio para cubrir el maletín con sus cuerpos. La miró un instante antes de abalanzarse sobre su boca. Soledad apenas pudo reaccionar cuando sintió los labios, cálidos, contra los suyos. Carlos se inclinó más sobre ella sin dejar de besarla; colocó una mano contra la mesa y con la otra la agarró de la nuca para acercarla más a él. Soledad notó el peso de su pecho contra su cuerpo. No pudo evitar dejar escapar un gemido cuando Carlos deslizó la mano hasta su muslo para colocarle la pierna tras su espalda. Soledad cerró los ojos y se abandonó a lo que sentía.

Justo en ese instante se abrió la puerta.

—¡Por Dios, teniente!

Soledad reconoció la voz entre indignada y divertida de Álvaro. Por suerte, el pecho de Carlos le cubría el rostro. No quería imaginar lo sonrojada que estaría. Le costaba respirar. Notaba los labios hinchados por su beso.

—No le imaginaba tan apasionado —continuó Álvaro entre risas —. Volveré en otro momento.

Cerró la puerta con una carcajada. Solo entonces Soledad se atrevió a mirar a Carlos a los ojos. Él parecía tan azorado como ella.

—Lo siento. Era la única manera.

Soledad comprendió que Carlos tan solo la había besado para despistar a Álvaro. Se sintió estúpida. ¿En qué momento había pensado que él podía sentir algo por ella?

Soledad corrió a poner el maletín en su sitio. Notó la presencia de Carlos a su espalda. La habitación le parecía todavía más pequeña.

—Te dije que no hicieras ninguna locura.

—¿Por qué has venido al guardarropa?

—Te vi salir de la sala y supe que estabas tramando algo. Iba a ignorarlo, pero entonces escuché a Álvaro quejarse de que había olvidado su pitillera en el maletín. Tan solo me adelanté para comprobar que no estabas haciendo ninguna tontería. Y vaya si la estabas haciendo…

—¿Sabes lo que está ocurriendo en Canfranc? —decidió atacar en vez de defenderse—. ¿Lo sabes y no haces nada?

Carlos apretó las mandíbulas.

—Te estoy ayudando, ¿te parece poco?

Soledad lo golpeó en el pecho.

—¿Cómo puedes estar de su lado?

Carlos le agarró la mano para que no le golpeara de nuevo. El recuerdo de sus dedos en la espalda la abrasaba por dentro.

—Ya te dije una vez que uno no siempre está donde desea.

Soledad recordó aquella conversación, en la que le había revelado que su padre ejercía mucha presión sobre él.

—Será mejor que se marche, teniente.

Carlos negó con la cabeza, pero dio media vuelta y salió del despacho dando un portazo. Antes de salir con la barbilla en alto, Soledad tomó una gran bocanada de aire, se arregló el carmín de los labios y se atusó el pelo.

## EL BALCÓN

*24 de diciembre de 1942, Barcelona*

Lucilda se sentía fuera de lugar en camisón, como una nota disonante entre tanto lujo. No pudo evitar recordar cómo se había sentido en Villa Montesinos los primeros años, cuando espiaba a los asistentes de las fiestas desde la balaustrada. Esta vez había tenido que hacerlo desde detrás de la cortina del balcón, y tan solo había podido verlos entrar vestidos de gala. Lo que ocurría cuando pasaban a la recepción seguía siendo un misterio. Hacía ya más de cuatro horas que había entrado el último invitado, y desde entonces se había limitado a quedarse en el sofá junto a Dorotea, leyendo. Su amiga la estaba ayudando con las letras y había mejorado mucho en su escritura. Se sentía orgullosa de su progreso, ya escribía con las formas elegantes de la gente educada y no con aquella caligrafía infantil de tiempo atrás.

—¿Crees que ya habrá empezado la película? —le preguntó a Dorotea.

Necesitaba hablar. Estaba nerviosa y la novela que había elegido le estaba resultando tediosa. Dorotea levantó la vista de las páginas de su libro y la dirigió hacia el reloj de pared que marcaba la una de la madrugada.

—Sí, creo que se había programado a medianoche.

Lucilda asintió y Dorotea bajó la mirada hasta las páginas que descansaban en su regazo, dispuesta a reemprender la lectura.

—¿No estás nerviosa? Pensando que él está abajo…

Dorotea volvió a mirarla, colocó un marcapáginas y cerró el libro.

—Creo que nunca lo he estado tanto —confesó.

—La entrada del piso está bien escondida, ¿verdad?

—Hemos puesto biombos y carteles, es imposible que nadie la encuentre.

De pronto escucharon golpes en la puerta. Se miraron espantadas. ¿Eso había sido en la entrada del piso? Otra serie de repiqueteos nerviosos. Lucilda casi pudo ver los nudillos impactando contra la madera.

—¿Qué hacemos? —miró a Dorotea en busca de respuestas, pero parecía tan paralizada como ella, o más.

Lucilda decidió arriesgarse. Se quitó las zapatillas para no hacer ni el más mínimo ruido y se acercó a la puerta. Una vez allí, apoyó su cara contra la madera y trató de escuchar. Logró captar una respiración al otro lado, pero no fue capaz de discernir si le resultaba familiar. Ascendió muy poco a poco por la puerta hasta llegar a la mirilla. Dio un rápido vistazo, pero fue suficiente como para que el visitante se percatara del cambio de luz. Debía de haber imaginado que ocurriría. Él siempre había sido observador.

—Sé que estás ahí.

Cerró los ojos mientras se apoyaba contra la puerta. Miró al techo. ¿Qué debía hacer? Si no le abría la puerta, quizá llamara a las autoridades. Pero si lo hacía… No estaba preparada para enfrentarlo de cara. Aunque habían pasado meses, casi un año, todavía le dolía.

—Márchate —dijo al fin—. Ya te dije todo lo que tenía que decir.

—Lucilda, déjame entrar. Es peligroso que hablemos así, podrían oírme.

Barajó la posibilidad de abrir la puerta. Tenía razón, pero ¿y si era una trampa? No podía fiarse de él.

—¿Cómo sé que estás solo?

—No hay nadie escondido detrás de las columnas, te lo aseguro. —Le pareció detectar un tono divertido en su voz.

—¿Te hace gracia?

Él carraspeó. Ella le abrió la puerta.

Y ver de nuevo sus ojos oscuros fue como caer por un precipicio.

Lucilda se apartó para dejarle paso y él entró sin percatarse del impacto que le estaba provocando tenerlo delante de nuevo. Le temblaban las manos, los labios, la piel.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó antes de que pudiera alcanzar el interior del piso.

—Necesito hablar contigo.

Lucilda miró hacia el salón. Dorotea debía de seguir allí, paralizada por el miedo.

—Espera aquí —le ordenó antes de desaparecer por el pasillo.

Cuando llegó, Dorotea permanecía exactamente en la misma posición en la que la había dejado: el libro cerrado en el regazo, los ojos abiertos, asustados; los labios apretados como el filo de un cuchillo.

—No es Álvaro —le dijo—. Es Darío.

Dorotea zarandeó la cabeza, sorprendida.

—¿El detective?

Lucilda le había confesado su fallida historia de amor una noche en la que se habían quedado solas. Lo había hecho con una copa de vino en la mano y lágrimas en los ojos.

—El mismo.

—¿Qué hace aquí ese desgraciado? —Todo el miedo que había sentido Dorotea se transformó en furia—. Después de lo que te hizo hay que tener poca vergüenza para venir a verte.

Lucilda se mordió el labio.

—Quiere hablar conmigo.

—¿Y tú? ¿Quieres hablar con él?

—No lo sé.

—Puedo salir allí y pedirle que se marche —propuso Dorotea.

Lucilda lo pensó por unos segundos, pero luego negó.

—Creo que necesito cerrar esa etapa, hablar con él será lo mejor.

Dorotea suspiró y se levantó del sofá. Dejó la novela sobre la mesita del salón.

—Si me necesitas, estaré en mi habitación.

Luego se marchó y Lucilda agradeció la privacidad que les estaba dando. Al fin, tomó aire y regresó a la entrada para hacer pasar a Darío, que había esperado pacientemente.

No lo invitó a sentarse en el sofá, tampoco le ofreció bebida. Se quedó frente a él con los brazos cruzados sobre su pecho, en parte para cubrir un poco lo que el camisón dejaba a la vista.

—¿Qué es lo que quieres?

—Álvaro sabe que estás en Barcelona.

—Eso ya lo sé.



Darío arqueó las cejas.

—¿Lo sabes?

—No soy imbécil del todo. Soy consciente de que está en la fiesta de abajo.

—¿Estás loca? ¿Cómo puedes quedarte aquí sabiéndolo?

—Porque no voy a huir el resto de mi vida.

—Eso es una insensatez.

—¿Estás aquí para invitarme a marcharme de mi casa otra vez? ¿Para luego decirle dónde estoy y ganar puntos?

—¿Cómo puedes decir eso? Yo jamás…

—Ah, ¿no? ¿Y cómo me ha encontrado?

—Una de las damas de compañía a las que frecuenta te vio en el Ritz.

Lucilda no comprendía nada.

—¿En el Ritz? ¿Y sabía quién era yo?

—Parece ser que trabajó contigo en la Villa. Una tal Enriqueta.

Maldita sea. ¿Enriqueta? Creía que se había marchado para deshacerse del hijo de Álvaro que llevaba en el vientre. ¿Cómo había tenido estómago para seguir con él después de eso?

—No todas son tan valientes como tú —dijo Darío, como si hubiera sabido lo que estaba pensando—. Por lo que sé, fue Álvaro quien le consiguió trabajo en un prostíbulo bastante lujoso de Barcelona.

¿Era eso lo que le habría esperado a ella si hubiera aceptado deshacerse de Mauro? Un escalofrío le recorrió la espalda.

—En cualquier caso, ahora que sabe que estás aquí, no parará

hasta encontrarte.

—No sabrá que me escondo aquí, a no ser que tú se lo digas.

Darío resopló, exasperado.

—¿De verdad piensas que aquí estás a salvo? Puede que ninguno de los invitados se haya percatado del balcón que hay en la fachada, pero cualquiera de los detectives que te tiene vigilada, lo hará.

—¿Acaso eres tú uno de ellos?

Darío se mesó el cabello, más repeinado de lo habitual. Entonces Lucilda se dio cuenta de que llevaba un traje elegante; debía de haber estado en la fiesta.

—¿Cuándo vas a aceptar que estoy de tu lado?

Lucilda torció el gesto. Darío dio un paso hacia ella y la tomó por los hombros. Aunque su primer impulso fue apartarse, no se movió.

—¿Me has escuchado? Te están vigilando, si alguien te ve y es capaz de seguirte hasta aquí…

Lucilda se frotó las sienes.

—No quiero empezar de nuevo otra vez. Estoy cansada de huir. ¡Todo esto es culpa tuya!

Lo golpeó en el pecho, desesperada. En el fondo sabía que no era cierto, pero necesitaba desahogarse. Darío le envolvió el rostro con las manos y la miró a los ojos.

—Déjame pensar. Buscaré una solución.

Estaba demasiado cerca. Podía oler la mezcla de jabón y loción de afeitado que desprendía su piel. Darío le miró los labios. Sabía lo que pretendía, pero tan solo fue capaz de apartarlo un instante después de que rozara su boca con la suya.

—No puedo perdonarte.

—Lo sé. Volveré pronto.

Le acarició el cabello y se marchó.

# LO PROHIBIDO

*24 de diciembre de 1942, Barcelona*

Dorotea preparó un par de valerianas. Después de la conversación con Darío, Lucilda parecía alterada, así que una bebida caliente le iría bien.

—¿Cómo estás? —le preguntó tendiéndole una taza.

—Confundida. —Lucilda puso las manos en torno a la cerámica y se la acercó a los labios, como si así pudiera entrar en calor—. No sé qué pensar.

Lucilda no le había dado demasiados detalles sobre la conversación, pero sospechaba que había sido más de lo que su amiga podía aguantar. Estaba temblando. Dorotea se levantó del sofá en el que se habían acomodado y colocó una manta sobre sus hombros.

Antes de que pudiera dedicarle palabras de aliento, la puerta del piso se abrió. Dorotea dirigió una rápida mirada hacia el reloj de pared. Las tres y cuarto de la mañana.

—La dichosa fiesta ha terminado, ¡por fin! —escuchó que decía Soledad.

Luego oyó cómo se deshacía de unos zapatos que le debían de haber estado apretando toda la noche. Un suspiro de alivio.

—Por lo menos, ha salido todo bien. —Jacqueline estiró los brazos hacia arriba con una sonrisa de satisfacción.

Sin embargo, cuando pasaron al salón, las sonrisas se borraron. No era difícil imaginar que algo había ocurrido. A pesar de su tez

olivácea, Lucilda estaba pálida.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Soledad.

Dorotea le hizo un resumen, y Soledad arrugó la nariz.

—¿Es que estos hombres no van a dejar de amargarnos la existencia?

Parecía enfadada, y Dorotea se preguntó qué habría ocurrido en la fiesta para que estuviera de tan mal humor. Soledad se sentó junto a Lucilda y le pasó una mano por el hombro.

—¿Estás bien?

—No. Cada vez que lo veo es como si no hubiera pasado ni un día desde entonces.

Soledad asintió, como si comprendiera muy bien lo que quería decir.

—Hay personas que no nos dejan olvidar.

Dorotea tragó saliva. Soledad tenía razón. Había personas que dejaban su imprenta en el alma, para bien o para mal. Y se dio cuenta de que, por mucho tiempo que pasara, todo el daño que le había hecho Álvaro se quedaría con ella para siempre, como una fea cicatriz.

—¿Entonces la fiesta ha salido como esperábamos? —preguntó Lucilda, deseosa de cambiar de tema.

—Sí, ha sido un éxito —confirmó Jacqueline.

—Me alegro mucho. Mañana me contáis los detalles, creo que me marcharé a la cama —repuso Lucilda levantándose del sofá.

Dorotea la observó mientras desaparecía tras la puerta de su cuarto.

—Sigue enamorada —susurró Dorotea con una mueca.

—Más le vale a ese detective no volver por aquí. —Soledad apretó el puño, como si quisiera golpearlo a distancia.

—Pareces furiosa —Dorotea la observó con los ojos entornados—, ¿ha pasado algo más esta noche?

—Álvaro casi me descubre.

Dorotea abrió mucho los ojos. No le había contado del todo en qué consistía su misión, pero sabía que debía sacarle algún tipo de información a Álvaro.

—De hecho, el teniente Carlos de Arzúa me ha visto rebuscar entre sus cosas —añadió con la boca pequeña.

Jacqueline la miró horrorizada.

—¿Qué? ¿Por qué no me lo has dicho antes? Es el segundo de Álvaro, no tardará en informarle y entonces…

—No me delatará.

—¿Por qué estás tan segura?

Soledad cerró los ojos.

—Porque fue él quien impidió que Álvaro me descubriera.

Soledad parecía incómoda hablando del teniente.

—¿Crees que nos podemos fiar de él? —preguntó Jacqueline, que empezaba a mordisquearse las uñas.

—Sí. —Esta vez fue Dorotea quien contestó—. Si no fuera por él, Álvaro me habría matado. Dos veces.

Soledad asintió.

—En fin, será mejor que yo también me vaya a la cama. Ha sido un día muy largo y necesito pensar qué vamos a hacer —añadió Soledad, y se marchó a su habitación.

Dorotea miró a Jacqueline. Aunque se había descalzado, seguía llevando el vestido de gala. Algunos cabellos se habían escapado de su trenza del color del fuego, y el maquillaje se había desdibujado de sus labios.

—Tú también debes de estar cansada. —Encontrarse a solas con ella la ponía nerviosa.

—Para nada; ha sido tan intenso que ahora mismo sería incapaz de dormir —replicó Jacqueline—. ¿Quieres un trago?

No le dejó tiempo para contestar. Jacqueline se marchó a la cocina. Pronto regresó con un par de vasos llenos de licor y se acomodó a su lado, en el sofá. Dorotea no tuvo más remedio que aceptar lo que le ofrecía. Tomó un sorbo y sintió cómo el líquido abrasador bajaba por su garganta. Arrugó la nariz.

—¿Qué es esto?

—Whisky.

—Está asqueroso.

—Sí, pero te hará dormir mejor.

—Lo que me dará es dolor de cabeza.

Jacqueline se echó a reír, y Dorotea no pudo evitar pensar que era la mujer más guapa que había visto nunca; más que cualquiera de las modelos y actrices que aparecían en las revistas de moda, en los periódicos o en el cine. Una auténtica ninfa.

—¿No lo habías probado?

—Sí, una vez, cuando vivía con mi tía Margarita en Estados Unidos.

—Debieron de ser tiempos felices.

—Mucho más de los que vinieron después, sí.

Jacqueline puso una mano sobre la suya.

—Lamento todo por lo que has tenido que pasar.

Dorotea sonrió.

—Gracias.

Se quedaron mirando. Dorotea no podía apartar los ojos de aquel rostro perfecto. Era como una figura de mármol a la que hubieran cincelado con anhelo y cuidado. Jacqueline se acercó a ella y le soltó el moño, que llevaba anudado en la nuca.

—Tienes un pelo precioso.

Acarició uno de sus mechones rubios con cuidado. Dorotea no supo qué decir. Podría haberle contestado que el suyo era mucho más hermoso, con ondas ardientes. Pero no fue capaz de abrir la boca. Tan solo se quedó allí, quieta, mientras Jacqueline le sonreía.

—Todavía podrías probar suerte en Hollywood —dijo—. Tus ojos eclipsarían a cualquier actriz famosa.

Dorotea rio, más por los nervios que le causaba su cercanía que por otra cosa.

—No. Ya es demasiado tarde para mí.

—Nunca es tarde. Eres muy joven. —Jacqueline colocó una mano contra su mejilla—. No deberías abandonar tus sueños.

Dorotea no podía pensar con claridad; quería marcharse. Sus pensamientos divagaban por caminos extraños. Se fijaba en los detalles del rostro de Jacqueline: las pecas alrededor de su nariz; los labios con forma de fresa y color de cereza; las motas amarillas en sus ojos verdes. Tampoco podía quitarse de la mente su figura alargada y

esbelta, de hada. ¿Qué diablos le estaba pasando?

Jacqueline se acercó más a ella. Muy lento. Le dejó tiempo para apartarse, pero Dorotea se quedó inmóvil, viendo cómo la boca que había estado estudiando instantes atrás se acercaba a la suya. Y cerró los ojos. Puede que para no ver lo que estaba a punto de ocurrir. Quizá para sentirlo con más fuerza. Jacqueline la besó con tanta dulzura que la hizo estremecerse. Sabía a whisky, y de pronto le pareció el licor más agradable del mundo. Jacqueline se separó un instante de ella para mirarla a los ojos, y Dorotea volvió en sí. ¿Qué estaba haciendo? Se levantó como un resorte y se aclaró la garganta.

—Esto no puede ser —balbuceó—. Está prohibido y yo… yo…

Se marchó corriendo a su habitación. Ni siquiera había mirado a Jacqueline en su huida. ¿Qué iba a decirle? ¿Que no le gustaban las mujeres? Se lanzó sobre la cama y se tapó la cara con la almohada, deseaba desaparecer. No le gustaban. No le podían gustar. De pronto pensó en Casandra y en aquel beso. ¿Y si siempre había sido así? ¿Y si se lo había negado a sí misma? No. Iba contra natura. No podía ser. Entonces volvió a pensar en esa boca que la había enloquecido, y supo que quería sentirla de nuevo.

# RECUERDOS

*3 de diciembre de 2022, Barcelona*

Después de lo que había descubierto necesitaba verlo. Aunque tan solo fuera para gritarle, para decirle que era un mentiroso y un traidor. Así que esa misma tarde me coloqué un abrigo y salí a la calle sin reparar en el tiempo. Llovía, y el cielo estaba encapotado hasta tal punto que parecía de noche, a pesar de que no eran más de las cinco. Llegué al hotel empapada, con el cabello pegado a la cara y la ropa calada. Me dio igual. Entré en la recepción e ignoré la mirada de alarma de la recepcionista.

—¿Necesita una toalla?

Negué casi imperceptiblemente y continué mi camino hacia la ristra de ascensores que había en uno de los laterales. Aguardé hasta que uno de los pilotos rojos se encendió. Subí junto a una señora muy bien vestida, que observó con desaprobación el charco de agua que empezaba a formarse bajo mis botas. La miré un tanto desafiante, como si estuviera practicando para enfrentar los ojos de Luther. Ella apartó la mirada, carraspeó y se bajó un piso antes del mío.

Recorrí el pasillo con la misma determinación con la que había llegado hasta el hotel. Sin embargo, cuando me encontré frente a la puerta 117, me detuve. Estuve allí parada unos minutos, terminando de reflexionar si lo que iba a hacer era una buena idea. Encararlo no me traería más que problemas. Sin embargo, no podía parar de repetirme que ya estaba todo perdido. Así que llamé a la puerta. Con

más fuerza de la necesaria. Nadie contestó. Aporreé de nuevo la madera, hasta tal punto que creí que haría un boquete. Nada. Cuando iba a ensañarme de nuevo, escuché el cerrojo y me quedé quieta. La puerta no tardó en abrirse. Luther apareció con una toalla anudada a la cintura, el pelo mojado y cara de pocos amigos.

—¿Qué diablos está pas…?

Supongo que no esperaba encontrarme allí de esa guisa. Parpadeó varias veces, quizá valorando la opción de cerrarme la puerta en las narices. Al final se hizo a un lado.

—Acabo de salir de la ducha —dijo con mucho menos aplomo.

—Eso es evidente.

—¿Y tú? ¿Ahora te duchas con ropa?

—Está lloviendo. —Señalé hacia la enorme cristalera de la habitación, donde el aguacero imprimía el vidrio con lenguas heladas.

Luther se volvió hacia el armario y me lanzó un jersey.

—Ponte ropa seca; no quiero que me acuses también de hacerte pescar una pulmonía.

Lo miré incrédula ante su tono desafiante. Dejé el jersey en la cama de malas maneras.

—¿Ahora resulta que eres tú el ofendido?

Resopló. Traté de no fijarme en las gotas de agua que resbalaban por su pecho desnudo. Así me sería difícil concentrarme en la discusión. Como si hubiera leído mis pensamientos, tomó una camiseta de encima de la silla y se la puso antes de acercarse a mí.

—Los problemas no se solucionan huyendo —me dijo, y clavó los ojos en mí. Más grises que nunca.

—¿Te parece que esté huyendo?

—Me evitaste durante semanas y luego me pediste que si quería algo, hablara con tu abogado… ¿Qué es eso, sino huir?

—No me apetecía ver tu cara después de que te hubieras reído de mí durante meses.

Aceptó la bofetada verbal con elegancia.

—Jamás he pretendido reírme de ti.

—¿Y no lo es hacerme pensar que sientes algo para engatusarme y quedarte con el negocio de mi abuela?

—¿Eso es lo que crees que he hecho?

—Por supuesto. Y yo he sido una estúpida por creer tus mentiras.

—No eran mentiras.

Se acercó a mí y tomó mi rostro entre las manos. Tenía la piel todavía fría de la ducha y me estremecí. Me deshice de él de un manotazo. Me reí, por no llorar. Soné un poco histérica.

—¿Acaso no me ocultaste que Soledad era tu abuela? ¿Que tenías el derecho de reclamar una parte del cine?

Omití que por lo menos se había dignado a hacerme llegar la carta que certificaba que también era descendiente de los Dalmau y, por lo tanto, su heredero.

—Sí, reconozco que al principio oculté información.

—¿Solo al principio?

—Está bien. Todo el tiempo. Pero cuando quise contarte la verdad, no supe cómo hacerlo. Imaginaba que te pondrías así.

Lo miré indignada.

—¿Y cómo se supone que debería ponerme? No, si ahora la culpa

será mía…

—Lo siento, Leonor. Ya te dije que no era mi intención que las cosas se complicaran así.

Decidí parar de atacar y dejar a un lado mi furia. No serviría de nada, así que me propuse tratar de escuchar su versión de la historia.

—Está bien. Entonces, ¿cuál era tu plan? Soy toda oídos.

Me senté en la cama y me crucé de brazos, dispuesta a no interrumpir su narración. Luther suspiró y se sentó a mi lado.

—Como ya habrás supuesto por las cartas, no estaba muy unido a mis padres. Mi madre nos abandonó cuando yo era un bebé, y Soledad se encargó de criarme junto a mi abuelo. Mi padre solía ausentarse largas temporadas y, cuando estaba presente, no era demasiado comunicativo. Un día tuvo una fuerte discusión con mi abuela. No supe lo que ocurrió hasta muchos años después. Ese mismo día mi padre se marchó a Alemania, donde había nacido, supongo que en busca de sus orígenes; aunque creo que nunca se encontró a sí mismo. Luego no supe mucho más de él. Una postal en Navidad y otra durante las vacaciones de verano. Nada más.

»Por aquel entonces yo tenía catorce años. Mi abuelo había muerto hacía tiempo, y mi abuela empezaba a tener algunos problemas de memoria, aunque trataba de ocultarlo. Al final me di cuenta y no tuve más remedio que llevarla al médico. Tenía Alzheimer. Pasé dos años muy duros junto a ella, viendo cómo cada día se desdibujaba un poco más la Soledad que yo conocía. Supongo que ella también se daba cuenta, y por eso se quitó la vida. —Note que su voz se rompía—. Me dejó la carta que leíste.

De pronto me sentí una intrusa por haberlo hecho. Eran sus últimas voluntades, para su nieto, no para una desconocida como yo. También me sentí extraña al conocer el verdadero final de la mujer que había desaparecido en 1942. No había muerto entonces, sino muchos años después, en Venezuela. ¿Cómo había llegado hasta allí?

—Cuando murió, me sentí vacío. Ella había sido mi todo, el centro de mi familia. No podía evitar guardarle rencor a mi padre. Él nos había abandonado cuando más lo necesitábamos, y lo cierto es que poco me importaban sus motivos. Ahora que los sé, sigo pensando que fue egoísta, aunque hace tiempo que lo perdoné.

Se hizo un silencio, y lo miré sin saber muy bien qué hacer. ¿Consolarlo por lo que había perdido? Todavía estaba enfadada, pero su historia me estaba ablandando poco a poco.

—Supongo que te preguntarás cómo llegué al cine.

Asentí.

—Soledad se lo dejó todo a mi padre. Yo era menor de edad y hubiera sido un problema. Tampoco es que me moviera el dinero. Con los ahorros que tenía me marché a Alemania y entré en la universidad para estudiar historia. Cuando mi padre murió, me legó una herencia con un montón de propiedades. Aunque nunca me gustaron las finanzas ni la administración, las revisé con atención e hice los movimientos que creí convenientes para sacarles el máximo rendimiento. La verdad es que me fue muy bien, incluso tengo negocios propios.

»Pero de entre todo el legado que recibí, jamás pude encontrar el Cine Imperial del que Soledad no paraba de hablar en sus últimos

meses de vida. Cuando lo rememoraba, ella parecía feliz. Su mente desorientada viajaba hasta una fiesta, hasta una sala de proyección, hasta la recepción con lámparas de araña; mencionaba las butacas, el cava, el olor de las palomitas. Oírla hablar sobre él era como entrar en una ensoñación. Y no podía evitar preguntarme si ese lugar habría existido en realidad y, de ser así, por qué jamás lo había mencionado cuando estaba en sus plenas facultades. A veces nombraba a Lucilda y la ciudad de Barcelona; también hablaba sobre Canfranc. Así que empecé a investigar. Estaba convencido de que no encontraría nada, de que todo habría sido fruto de su mente frágil. Fue entonces cuando me encontré con tu anuncio en internet, en el que ponías a la venta un cine idéntico al que ella describía. Tomé el primer avión a Barcelona y así fue como nos conocimos.

Lo miré con cierto grado de incredulidad.

—Entonces, ¿no era tu intención recuperar la herencia?

—Ya te dije que no —contestó con una mueca—. Ni siquiera sabía que Soledad y Dorotea habían sido propietarias junto a Lucilda. Me enteré al mismo tiempo que tú, cuando descubrimos las viejas escrituras.

Agradecí estar sentada, porque si no mis piernas no me habrían sostenido. Luther no me había mentido de un modo tan rebuscado como yo había creído. Sí, me había ocultado información importante, pero no había sido su intención hacerme daño ni quedarse con la herencia. Me sentí fatal por no haberle dejado hablar antes.

—No te sientas mal; todo apuntaba a que yo era un usurpador y un sinvergüenza —dijo con sorna.

—¿Y por qué no me lo dijiste al principio?

—Porque no estaba seguro de nada. Por eso me puse a buscar alguna pista sobre mi abuela en cuanto me enseñaste las instalaciones. Debí habértelo dicho cuando encontramos las cartas, pero me dio la sensación de que eso no haría más que echarte atrás. Sabía que en el fondo no querías vender el cine.

—¿Tan evidente era?

Luther se echó a reír y, por primera vez en días, la pesadez que había sentido en el pecho se aligeró.

—¿Por qué enviaste la carta de tu padre a mi abogado? ¿Era una amenaza para que supiera que podías reclamar la totalidad del cine?

Abrió las palmas de las manos, exasperado.

—¿Todavía piensas que soy una amenaza?

Miré hacia la toalla que llevaba anudada a la cintura sin pensarlo demasiado. Sí. Era una amenaza en todos los sentidos. Él pareció leer mis pensamientos porque torció la sonrisa.

—Pensé que si recibías esa carta —continuó—, sabrías que no tengo ninguna intención de reclamar nada.

Lo observé con los ojos muy abiertos.

—No voy a tirar por tierra el legado de tu abuela, Leonor. Puede que Soledad y Dorotea fundaran este cine, pero fue ella quién lo sacó adelante durante más de cincuenta años.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Luther me las enjuagó con cuidado y nos quedamos mirando unos instantes, hasta que carraspeé y miré la hora en el teléfono móvil.

—Es tarde. Será mejor que me vaya.

Luther se levantó para acompañarme hasta la puerta. Ya había abierto cuando me tomó con cuidado de la muñeca y depositó un beso en la comisura de mis labios.

—Nada era mentira —me susurró al oído con voz ronca.

Supongo que me sonrojé. Salí al pasillo después de trastabillar en el umbral de la puerta y me volví hacia él.

—Durante este tiempo he descubierto algunas cosas. Quizá quieras saberlas.

—Estaré encantado de que me pongas al día. —En su sonrisa traviesa leí segundas intenciones—. ¿Me lo cuentas mañana con un café?

Asentí.

—De momento será mejor que leas estas cartas.

Le alargué la correspondencia que me había dado mi padre y que todavía llevaba conmigo. Él las acarició con cuidado y se quedó mirando las que había escrito Soledad en un gesto de reconocimiento.

—¿De qué va todo esto?

Los ojos de Luther brillaban con curiosidad.

—Léelo y mañana hablamos. Te espero en mi casa.

Él me dedicó una sonrisa y me marché de allí con el corazón revoloteando en mi pecho. Seguía estando viva.

## CASABLANCA

*8 de enero de 1943, Barcelona*

Volvió a soñar con él. A pesar de que Soledad trataba de olvidar aquella noche por todos los medios, no podía evitar que los recuerdos se agolparan en su mente cada vez que cerraba los ojos: el escritorio, el tacto de su piel, la calidez de sus labios. Se maldecía por no poder centrarse en Gérard. ¿Por qué no paraba de pensar en Carlos? Era un hombre casado y, además, tan solo había actuado así para cubrirle las espaldas frente a Álvaro. No resultaba tan difícil de entender. Sin embargo, una parte de su ser le gritaba que algo de ese beso había sido auténtico. La pasión. ¿O tan solo eran sus propios deseos? Apartó las mantas de un manotazo y salió de la cama. Miró por la ventana, vio que todavía era de noche. Rebuscó en la mesita de noche y dio con un reloj de pulsera. Marcaba la una de la mañana. Sabía que no podría volver a dormir, así que bajó hasta el cine y se metió en la sala de proyecciones. Aunque no solía hacerlo, últimamente se había convertido casi en una costumbre. Cuando el insomnio acechaba, se refugiaba en el cine y proyectaba la película que más se ajustara a su estado de ánimo. A veces eran dramas, historias bélicas; una tragedia. Esa noche eligió Casablanca. La película que habían proyectado en Nochebuena. Quizá era un modo de castigarse, de regresar a ese punto de su vida. Se sentó en una de las butacas y se puso cómoda. Las imágenes comenzaron a danzar ante sus ojos, como bailarines descarados. Se entremezclaban con sus propios recuerdos y le

arrancaban suspiros. Estaba tan absorta que le costó comprender que los golpes que escuchaba no provenían de la película. Frunció el ceño y se levantó. ¿Alguien estaba llamando a la puerta del cine? Decidió que era imposible que alguien se presentara allí a esas horas y volvió a sentarse. Sin embargo, el diálogo de Humphrey Bogart se vio de nuevo interrumpido por los golpes. Soledad salió de la sala y llegó hasta la recepción. Allí pudo escucharlos más claramente. Nada bueno podía ser en mitad de la noche. Su corazón se desbocó y miró a ambos lados, como si estuviera buscando pruebas que la incriminaran a simple vista. Se obligó a calmarse. Inspiró y espiró varias veces.

—Soledad, soy yo.

Quizá hubiera preferido que fuera la policía que venía a detenerla. Cuando reconoció la voz de Carlos, a punto estuvo de fingir que no se encontraba justo al otro lado de la puerta.

—Sé que estás ahí —añadió, como si hubiera sabido lo que estaba pensando.

Soledad arrugó los labios, pero terminó abriendo. Se hizo a un lado para dejarlo pasar y Carlos se detuvo a pocos pasos de ella. De pronto se sintió desnuda. Aunque hacía frío, tan solo vestía el camisón y una bata de seda; el sueño que la había despertado le había provocado sudores y no había creído necesaria su chaqueta de franela. Carlos la observó más tiempo del que sería correcto, pero no pareció alterarse. Soledad se percató entonces de que él llevaba el uniforme puesto. Detestaba los colores, esa bandera, los galones.

—¿Duermes con uniforme?

No pudo evitarlo. Detestaba lo que aquella ropa representaba. Su

relación con el régimen, el bando por el que había tomado partido. Carlos se quitó la chaqueta y se quedó con una simple camisa.

—¿Así está mejor?

Soledad le dedicó una mueca, pero sus ojos traicioneros se fijaron en cómo la tela se tensaba en varias partes del pecho y de sus brazos.

—¿Qué haces aquí?

Carlos miró alrededor de la recepción, como si tratara de averiguar si estaba sola.

—Siento interrumpir tu descanso —se disculpó, y no le pasó por alto que no había contestado a su pregunta.

—No estaba durmiendo —contestó ella.

—¿No?

—Estaba viendo una película.

—¿A estas horas?

—Tengo insomnio.

—¿Algo te quita el sueño?

Su voz sonó como una amenaza velada. Quizá creía que no podía dormir por sus labores de espionaje, por el miedo a que descubrieran que era una colaboradora de la Resistencia. Soledad sonrió.

—Puede.

—¿Qué película es?

—Casablanca.

Silencio. Ambos recordaban la película que se había proyectado esa Nochebuena. Un carraspeo.

—¿Quieres una copa?

—¿Tienes algo fuerte?

—Whisky.

Carlos asintió. Soledad sirvió el líquido dorado en un par de vasos y le tendió uno de ellos. Carlos la miró fijamente antes de dar un generoso trago.

—¿Puedo ver la película contigo?

Soledad se sonrojó. Por supuesto, aquella noche no habían podido verla. Asintió y lo condujo hasta la sala en la que el film seguía avanzando, ajeno a sus preocupaciones. Estaba oscuro, y tan solo el haz de luz del proyector iluminaba la sala. Motas de polvo en suspensión revoloteaban sobre sus cabezas. Carlos se sentó en la última fila y Soledad tomó asiento a su lado. Sintió la piel caliente de su brazo a través de la manga de la camisa y se le aceleró la respiración. Se obligó a calmarse y tomar el control de la situación.

—¿Vas a decirme ahora por qué estás aquí? ¿Has venido a buscar más pruebas que me incriminen?

Carlos dio otro trago. Luego la miró.

—Álvaro sabe quién eres.

Soledad fue entonces la que bebió. Sintió el licor ardiente bajando por su pecho.

—¿A qué te refieres?

—Sabe que tu verdadero apellido no es Müller.

—¿Cómo diantres se ha enterado?

—Lleva tiempo sospechando de ti. Cree que eres una espía y está convencido de que estás colaborando con el jefe de aduanas de Canfranc.

—Entonces, ¿se lo has confirmado?

Otra vez la ofensa en sus ojos oscuros.

—¿Cuántas veces vas a preguntarme si te he expuesto? Sabes que jamás podría hacerlo.

—¿Por qué no?

Soledad lo miró directamente. Carlos abrió la boca para contestar, pero después la cerró y desvió la mirada hacia la pantalla, donde la fijó durante unos minutos.

—Álvaro estaba buscando información sobre ti en los archivos de la jefatura —dijo Carlos al cabo de un tiempo—. No encontró nada. Sin embargo, cuando se puso a archivar viejos papeles, dio con la respuesta del arzobispado a mi queja sobre Sor Angustias. Me preguntó de qué se trataba y le quité importancia, pero debió de sospechar algo porque se puso a investigar. —Carlos parecía avergonzado de no haberse deshecho de esa vieja prueba—. Le escribió una carta a Sor Milagros, y la monja le contó con todo lujo de detalles lo que ocurrió entonces.

Soledad cerró los ojos y maldijo entre dientes.

—Cuando Sor Milagros le dijo que la joven implicada en la muerte de Sor Angustias había huido a Alemania, comenzó a tirar del hilo. Descubrió que eras tú, y que usas una identidad falsa. Aunque no pueda demostrar tu relación con la Resistencia…

—...puede acusarme de asesinato.

Carlos pasó un brazo por su espalda al ver que Soledad se cubría la cara con las manos. Ella tomó aire un par de veces y al final alzó la cabeza.

—Sabía que algún día tendría que pagar por ello.

Carlos negó y atrapó su rostro entre las manos.

—No fue culpa tuya —repitió las palabras que le dijo seis años atrás—. No puedo permitir que te inculpen.

—Pero soy la responsable.

—No me importa.

Soledad tragó saliva al sentir la mirada de Carlos sobre su boca.

—Lo de la otra noche… —dijo él—. Lo lamento.

Ella se mordió el labio inferior.

—Yo no.

Carlos arqueó las cejas. Puede que ninguna mujer hubiera sido tan directa con él. Vio cómo su cuello se tensaba bajo la camisa. Se quedó quieto, quizá pensando qué debía hacer.

—Soledad, esto no… Eres muy joven.

Ella se echó a reír.

—Hace tiempo que dejé de ser una niña.

Y era cierto. Sin embargo, podía leer la culpa en los ojos de Carlos.

—¿Es por Eugenia?

Ahora fue el turno de Carlos para echarse a reír, aunque su risa sonó amarga.

—No podría importarme menos lo que ella piense. Llevamos vidas completamente separadas.

—¿Por qué te casaste, entonces?

Carlos suspiró.

—Tenía que arrancarte de mi cabeza.

Soledad sintió que se le detenía el corazón un instante, para

empezar a bombear con más fuerza después. Fue entonces cuando comprendió que él se había sentido igual que ella. Puede que desde el principio. Pero se lo había estado negando a sí mismo todo ese tiempo.

—Pensé que podría, pero luego apareciste de nuevo en Canfranc y…

La miró de nuevo. Soledad recorrió el espacio que los separaba y lo besó con suavidad; solo un instante, porque él la apartó.

—¿Sabes cómo me he sentido todo este tiempo? —inquirió Carlos —. ¿Qué clase de hombre se enamora de una cría?

—No soy tan…

—Nos separan diez años, Soledad.

—El amor no tiene edad. —Carlos pareció impresionado al oírla mencionar esa palabra—. Sé que siempre me sentiré así.

Alargó la mano hasta el rostro de Carlos. Lo acarició y sintió cómo su piel se estremecía bajo sus dedos. Vio cómo él hacía un esfuerzo por no dejarse llevar.

—¿Y qué hay del jefe de aduanas?

Soledad apartó los dedos como si de repente la hubiera mordido.

—¿Vas a aceptar su propuesta de matrimonio?

Le temblaban las manos. Las atrapó en su regazo para que él no se diera cuenta.

—No puedo.

—¿No puedes?

—¿Cómo podría? —Soledad casi gritó—. Sería una farsa.

Soledad se prometió que sería la última vez que lo intentaría. Si él

la rechazaba de nuevo, se daría por vencida. Alargó la mano hasta Carlos. Él estaba tenso y apenas la miraba. Sin embargo, cuando sus dedos tocaron su mejilla, él tiró de ella y la sentó sobre su regazo. Le tomó el rostro entre las manos y la miró. Primero a los ojos, profundos. Luego a su nariz, pequeña. Al final a sus labios, entreabiertos.

—Esta vez no voy a lamentarlo —susurró él contra su boca.

Soledad cerró los ojos y sintió los labios de Carlos apoderarse de los suyos. Notó el frío del whisky en su lengua, el calor agradable de su respiración; la mano de él apresando su nuca, como si temiera que fuera a escaparse. Se separaron un instante, con la respiración entrecortada. Entonces Soledad se sentó a horcajadas sobre él y empezó a desanudarle la corbata mientras volvía a besarlo.

—Odio este uniforme.

Le quitó la camisa de un par de tirones. Poco le importaron los botones o la tela. Luego recorrió el pecho de Carlos con los labios, con las manos, con la piel. Escuchó su respiración agitada, cómo se estremecía a su paso. Le quitó el cinturón con prisa. El tintineo del cierre, el frufrú de la tela al deslizarse por sus piernas. Carlos la miró con los ojos encendidos. Soledad se quitó la bata para provocarlo. Él la atrajo por la cintura y volvió a besarla, con mucha menos delicadeza que antes. Deslizó uno de los tirantes del camisón hacia abajo y con la otra mano le acarició la pierna desde la rodilla hasta el muslo, arrastrando con él la tela.

—Vas a volverme loco.

Soledad terminó de quitarse la poca ropa que le quedaba y lo

estudió con intensidad antes de volver a sentarse sobre él. Cuando lo sintió en su interior, comenzó a moverse. Sus cuerpos se balancearon como en un baile, proyectando sombras contra la pantalla en la que Ingrid Bergman y Humphrey Bogart se despedían de un amor imposible.

No sabía qué hora era ni cuánto tiempo habían pasado enredados el uno en los brazos del otro. Soledad se despertó cuando él todavía dormía. Estaban tumbados en el pasillo de la sala, tan solo cubiertos por la chaqueta de ese uniforme odioso. La película había terminado hacía tiempo, y se escuchaba el sonido del proyector vacío dando vueltas. Lo miró. Carlos respiraba pausadamente y su rostro estaba relajado. No acostumbraba a verlo así. Sin las preocupaciones recorriendo su rostro, parecía mucho más joven. Recorrió con un dedo sus cejas, su barba incipiente, sus labios cálidos. Al final, él terminó por abrir los ojos. Le sonrió.

—Te preguntaría si has dormido bien, pero…

Soledad se echó a reír. A ella también le dolían los huesos, y no estaba segura de que solo fuera por haber dormido en el suelo.

—Tengo que marcharme. —Carlos empezó a vestirse.

El teniente miró con un falso gesto de desaprobación la camisa arrugada, a la que le faltaban un par de botones. Soledad se cubrió la sonrisa con la mano. Él se acercó y rodeó su cintura con los brazos. La besó como si estuviera bebiendo agua en mitad de un desierto.

—Ahora que tienes un negocio exitoso, te pienso hacer pagar por ella.

Soledad rio, pero su sonrisa se congeló a medio camino al pensar que no podría seguir al frente del Cine Imperial ilimitadamente; no si quería huir de Álvaro. Entonces recordó el motivo por el que Carlos había ido a verla en primer lugar. Él pareció darse cuenta y también recuperó la seriedad.

—No pienso dejar que te detenga. Soy el segundo de Álvaro, me informa de las operaciones que pretende llevar a cabo. Evitaré que te capture.

—Te pondrás en peligro.

—No me importa. Hace tiempo que quiero dejar todo esto.

Carlos la besó.

—Y no se me ocurre una excusa mejor que hacerlo por ti.

—Pero si lo descubre…

—No lo hará.

Carlos la miró como si no estuviera del todo seguro de lo que iba a decir a continuación.

—Sé que no tengo derecho a pedírtelo dada mi situación, pero —titubeó un instante— no te cases con él. No lo soportaría. A cambio… puedes decirle que hay un envío de oro planeado para este viernes.

Luego terminó de colocarse la corbata del uniforme y se marchó.

# VOLVER

*12 de enero de 1943, Barcelona*

No había tenido noticias de ella desde la fiesta. Cuando Dorotea se había despertado a la mañana siguiente, Jacqueline ya se había marchado. En la habitación en la que se había alojado hasta entonces no quedaba más rastro de ella que ese suave olor a grosella que desprendía su pelo. Con el paso de los días, el aroma se había difuminado como el recuerdo de aquel beso. Aun así, Dorotea seguía inquieta por las sensaciones que le había provocado. Era como si un huracán se hubiera alojado en su estómago; cada vez que pensaba en ello las paredes le daban vueltas. Su única experiencia amorosa había sido con Álvaro y, desde luego, no se había sentido así. O al menos, eso creía. Ya apenas recordaba el momento en el que su marido le había parecido un hombre guapo. El odio y el miedo habían contribuido a deformar su imagen.

—¿En qué andas pensando estos días?

Lucilda la miraba con curiosidad. Había dejado de limpiar la barra del bar del cine.

—No es nada.

Lucilda enarcó una ceja.

—Las dos estáis muy raras desde la fiesta.

Era cierto. Soledad tampoco es que estuviera muy presente esos días. Andaba suspirando por los rincones y se escondía en su habitación, tras la excusa de unas cartas con información confidencial

que debía enviarle al señor Lemêtre. Pero Dorotea estaba segura de que detrás su silencio había más; mucho más.

—Debe de ser el tiempo.

Lucilda miró por la ventana. Volvía a llover.

—Menuda excusa… —farfulló, y se puso a barrer el suelo de nuevo—. Lo que vosotras tenéis es mal de amores.

Dorotea la miró con el ceño fruncido.

—¡No digas bobadas! —gritó.

Lucilda casi soltó el palo de la escoba ante su inesperado arranque de ira. Dorotea nunca levantaba la voz, y se arrepintió enseguida de su salida de tono. ¿Por qué le afectaba tanto? Lucilda no tenía mala intención. El problema era que no quería admitir lo que estaba ocurriendo. Se veía incapaz de aceptar que pudiera gustarle una mujer. Suspiró.

—Perdona, estoy un poco tensa.

—Darío ha mantenido su palabra —dijo entonces Lucilda.

Debía de pensar que Dorotea estaba nerviosa por la posibilidad de que Álvaro las descubriera.

—Álvaro no ha aparecido por aquí —continuó—, así que no le habrá dicho nada sobre nosotras.

Dorotea decidió que le convenía un cambio de tema. No quería seguir pensando en Jacqueline, y sabía que Lucilda necesitaba hablar del detective. Tendría que decidirse tarde o temprano por perdonarlo o hacerlo desaparecer de su vida.

—Darío parece un buen hombre —se aventuró.

Lucilda la fulminó con la mirada.

—Vamos, no seas tan dura con él. Yo también estaba enfadada con Darío, pero nos ha ayudado. Y ambas sabemos que Álvaro puede ser mezquinamente persuasivo. —Dorotea puso una mano sobre su hombro—. ¿Con qué lo compró para que trabajase para él?

Lucilda dejó la escoba apoyada contra la pared y se pasó las palmas de las manos por el delantal para secarse un sudor que no existía.

—Con dinero, evidentemente —murmuró Lucilda—. Y cuando quiso dejarlo…

—Oh, quiso dejarlo —No era una pregunta. Dorotea sonreía con suavidad.

—...le amenazó con hacerme daño. Fue entonces cuando me avisó para que me marchara lejos de Jaca.

—Entonces, te estaba protegiendo.

—Sí. No. No lo sé.

—Es normal que estés confundida por todo lo que ha pasado, pero me parece que ese pobre hombre tan solo está enamorado de ti.

Lucilda arrugó la nariz.

—¿Por qué hemos cambiado de tema? ¿No estábamos hablando de ti?

Dorotea se echó a reír.

—Voy a recoger un poco mi habitación.

Y con ese pretexto se marchó de la recepción.

No estaba preparada para volver a enfrentarse a sus ojos; tan verdes, tan profundos. Cuando abrió la puerta y se topó con Jacqueline,

Dorotea no supo qué decir. Se quedó allí parada observando el rostro de duende, que parecía desentonar en mitad de una ciudad. Si pertenecía a algún lugar, tenía que ser a los bosques.

—Buenos días, Dorotea.

Dorotea fue incapaz de responder; al final logró hacerse a un lado para dejarla pasar. Jacqueline avanzó hasta la recepción. Sus pasos eran tan suaves que, en vez de caminar, parecía levitar sobre la moqueta roja. La miró de nuevo. Dorotea apretó los puños para intentar calmarse; lo único que logró fue clavarse sus propias uñas. Jacqueline alzó la barbilla.

—Vengo a hablar con Soledad.

Una bofetada le hubiera dolido menos: no estaba allí por ella. Jacqueline se percató de su azoramiento, pero no dijo nada más y comenzó a subir las escaleras en dirección a la habitación de su hermanastra.

Dorotea se dejó caer sobre uno de los sillones y se llevó las manos a la cara. ¿Qué iba a hacer ahora? Ni siquiera era capaz de comportarse como un ser humano normal frente a ella. Se sentía avergonzada. ¿De qué? De lo que sentía, de haberse comportado como una niña, de no ser capaz de admitir la verdad. Era una cobarde; siempre lo había sido.

Perdió la cuenta del tiempo que se quedó ahí, pero cuando quiso darse cuenta, Jacqueline ya había terminado de tratar sus asuntos con Soledad. Decidió empezar por ahí.

—¿Va todo bien? Me refiero a vuestro trabajo… ya me entiendes.

Jacqueline asintió.

—Parece que Soledad ha logrado hacerse con un buen confidente.

Dorotea sonrió, pero no preguntó más. No quería meterse demasiado en asuntos peligrosos, tampoco quería poner a Jacqueline en una situación comprometida.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Jacqueline—. Estás más delgada que la última vez que nos vimos.

¿Qué iba a decirle? ¿Que desde aquel beso se veía incapaz de comer?

—Sí. Estoy muy bien.

Jacqueline se acercó a ella, que seguía sentada en la butaca. Dorotea se echó hacia atrás, como si su cercanía quemase.

—Tienes miedo.

Dorotea se echó a reír.

—Qué tontería.

—Tienes miedo de lo que sientes.

Silencio. Jacqueline dio un paso más y acarició su cabello, desordenado esa mañana. Dorotea tragó saliva.

—No te niegues a ti misma, Dorotea.

Esa vez no tuvo fuerzas para apartarse. Cuando Jacqueline se inclinó sobre el sillón para besarla, cerró los ojos. La dejó hacer. Y se dejó llevar. Cuando quiso darse cuenta, tenía la blusa desabrochada y ambas se miraban con anhelo.

—Soledad sigue arriba —susurró Dorotea.

—No bajará.

—¿Cómo lo sabes?

—Se lo he pedido yo.

Dorotea abrió mucho los ojos. ¿Soledad lo sabía? Debía de haberlo imaginado: era difícil que a su hermanastra se le pasara algo por alto. Supuso que se habría percatado de sus miradas, de sus movimientos nerviosos, de sus preguntas sobre Jacqueline.

Dorotea le dedicó una sonrisa trémula. Se sentía insegura. No sabía cómo hacer eso. Su experiencia se reducía a Álvaro, y los recuerdos le atenazaban la garganta. No quería sentir miedo, dolor ni angustia.

—Tranquila.

Jacqueline le besó la punta de la nariz, las pestañas, las mejillas. Las manos seguían el recorrido de sus labios, como un bálsamo para las heridas de su carne y de su alma. Jacqueline recorrió cada rincón de su cuerpo como si fuera un santuario en ruinas que debía ser reconstruido, piedra por piedra. Y Dorotea sintió, por primera vez, lo que era fundirse con otra persona de verdad.

Jacqueline le acariciaba el cabello, suelto y salvaje. Dorotea estaba recostada contra su cuello, aspirando el aroma a grosella que tanto había echado de menos. Tan solo estaban cubiertas por una manta que Dorotea había robado de la sala de proyección.

—¿Ahora qué? —murmuró Dorotea.

—Sigues teniendo miedo.

—Esto es un delito, ¿o es que no lo sabes?

—Claro que lo sé. Pero ¿acaso se lo vas a contar a las autoridades?

—¡Por supuesto que no!

—Yo tampoco, así que no van a enterarse.

—Podrían vernos.

—Seremos discretas.

Dorotea chasqueó la lengua.

—Esto ha sido de todo menos discreto.

Jacqueline tomó el rostro entre sus manos y la miró a los ojos.

—No permitiré que nada malo te pase. Conmigo estás a salvo.

La abrazó. Sabía que no se refería tan solo a su relación; también estaba hablando de Álvaro.

—Quizá podríamos marcharnos a Estados Unidos —sugirió Jacqueline entonces.

Se le hizo un nudo en la garganta al escuchar la propuesta. No era la primera vez que una mujer se lo pedía. Casandra. Su recuerdo estaba muy lejos, en un rincón perdido de su mente, pero no pudo evitar preguntarse qué habría sido de ella si hubiera aceptado. No se habría casado con Álvaro. Quizá hubiera iniciado una relación con ella. Puede que hubiera hecho sus sueños realidad y ahora fuera una actriz de renombre. Pero había dicho que no. Se había negado su propia felicidad por los prejuicios. Volvió a mirar a Jacqueline, que la observaba, esperanzada.

—Podrías hacerte un hueco en el cine. Sigues siendo joven y…

—Lo haremos.

No cometería el mismo error que en el internado. No se negaría un futuro feliz junto a Jacqueline, una mujer que la fascinaba cada vez más.

—¿De verdad?

Dorotea asintió. ¿Por qué no? Sabía que tarde o temprano tendría

que marcharse de España. Álvaro la encontraría y, cuando lo hiciera, no dudaría en matarla, o algo peor. Así que era una buena oportunidad, quizá la última que le quedara para ser libre.

—Sí.

Jacqueline la besó de nuevo, con los ojos brillantes.

## APELLIDOS

*15 de enero de 1943, Barcelona*

Hacía días que no salía de casa por miedo a que la encontraran, pero Lucilda sentía que se ahogaba entre esas cuatro paredes, así que decidió arriesgarse. Usó como pretexto la visita pendiente con Virginia Santés. Todavía tenía que contarle lo que habían descubierto en la fiesta sobre la amante de su marido. Un trato es un trato, se dijo.

El aire frío de la mañana le renovó los ánimos y la acompañó hasta la mansión de Virginia con sus besos helados. El servicio la recibió como si se tratara de una princesa. La agasajaron con dulces y café mientras la esperaba en la salita de estar. Cuando Virginia entró, Lucilda se sorprendió al encontrarla tan demacrada y sin maquillaje; el cabello revuelto, ojeras bajo los ojos, el camisón con un par de manchas y una bata de franela muy poco glamurosa. Lucilda la observó sin decir nada y Virginia se sentó frente a ella. No se anduvo con rodeos, la incertidumbre la estaba consumiendo.

—Dímelo. ¿Sabes ya quién es?

Lucilda dudó un instante, quizá la verdad la destruyera por completo. La mujer le dedicó una mirada implorante. Al final, Lucilda asintió y le reveló la identidad de la amante con un susurro. Imaginó que habría algo de llanto, quizá algún grito. Pero no se esperaba la cólera. Nada más escuchar el nombre, Virginia empezó a tirar de las cortinas y a destruir algunos de los retratos de Pablo de Luna. Varias doncellas acudieron prestas al escuchar el rugido de la cristalería

estallando contra el suelo e intentaron reducirla mientras ella seguía peleando contra todo lo que encontraba a su paso. Lucilda optó por una salida discreta, de la que Virginia ni siquiera se percató.

Ya en la calle, tuvo que tomar una bocanada de aire para reponerse. Estaba nerviosa. Decidió dar un paseo para calmarse; de paso haría la compra. Se estaban quedando sin comida después de tantos días de encierro.

Lucilda salió de la tienda con un par de bolsas repletas de víveres. Desde que el cine tenía éxito, podía comprar carne. También se permitía algún capricho para Mauro de vez en cuando; le encantaban las tortas de crema. Miró hacia la compra con una sonrisa satisfecha, ya se encontraba más sosegada después de la inesperada ira de Virginia. Andaba tan distraída que no se percató de que iba derecha hacia él. Lo primero que escuchó fue el estruendo de las bolsas contra el suelo. Siguió el impacto contra un pecho, robusto. Estuvo a punto de caer junto a la compra, que yacía desperdigada sobre los adoquines. Sin embargo, una mano fuerte la agarró por la cintura para evitarlo. Lo reconoció por el olor. A sándalo; cálido. Levantó los ojos y comprobó, horrorizada, cómo Darío la sostenía todavía entre sus brazos. Dio un paso atrás y se apartó de él trastabillando, como si fuera Lucifer.

—Deberías tener más cuidado —le advirtió él—. No es buena idea salir de casa.

Darío se apresuró a recoger la compra todavía esparcida por el suelo. La guardó de nuevo en las bolsas, pero no se las tendió. Parecía

dispuesto a cargar con ellas.

—No aguantaba encerrada por más tiempo.

—¿Saben tus amigas que has salido?

Desvió la mirada.

—Lo imaginaba. ¿Has pensado en que estás poniendo en peligro a todo el mundo?

Lucilda suspiró y miró a su alrededor con cierta inquietud. Lo cierto era que no. No se había parado a pensar que, por salir a comprar un poco de ternera, pan y una docena de huevos, pudiera poner en juego todo lo que tenía. Lo peor era que Darío tenía razón. Si Álvaro la veía, estaría perdida. Se sintió estúpida.

—Me marcharé, entonces.

Empezó a caminar en dirección al cine con pasos decididos, casi a la carrera. No tenía muy claro si su objetivo era huir de Darío o evitar quedarse expuesta por más tiempo. Escuchó los pasos del detective tras ella. Cuando apenas quedaban unos metros para llegar hasta el cine, la detuvo.

—No entres —le dijo en un susurro.

Lucilda lo miró sin comprender.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Nos siguen.

Una bilis amarga empezó a subir por su estómago. Había sido una insensata al creer que nada de eso tendría consecuencias. Puede que la nevera estuviera vacía, quizá necesitara tomar el aire. Pero nada valía que Álvaro pudiera dar con ella y su familia, sus amigas.

—Vamos. —Darío tiró de su brazo y no le dio opción a réplica.

Tampoco hubiera sabido qué hacer, así que Lucilda lo siguió sin hacer preguntas. El sonido del yute de la bolsa contra los productos que había comprado la puso nerviosa. Era rápido, apresurado. Darío se puso a correr con ella de la mano. Miró hacia atrás. Se percató de que un hombre vestido de oscuro y con gafas de sol tomaba el mismo rumbo que ellos. Darío dio un par de requiebros bruscos por los callejones más estrechos del barrio. Luego la obligó a agacharse tras un muro. Se quedaron allí por unos minutos, con la respiración entrecortada y el corazón acelerado. Lucilda sentía el peso del brazo de Darío sobre su espalda mientras trataba ignorar los efectos que le causaba su cercanía. ¿Cómo podía estar pensando en eso cuando los estaban persiguiendo? Al cabo de un tiempo, Darío la soltó. De pronto se sintió muy sola, desamparada. Él se incorporó y la ayudó a levantarse. Le dolían las rodillas.

—Ha estado cerca…

Darío miró alrededor y cuando se convenció de que el peligro había pasado, le tendió la mano de nuevo.

—¿Adónde vamos?

—¿Confías en mí?

Lucilda lo estudió. Los ojos oscuros; la nariz recta, algo desviada; los labios tensos. Pensó en lo que había dicho Dorotea. ¿Seguía enamorado de ella? Eso si es que alguna vez lo había estado. Pero si ese no era el caso, ¿por qué la estaba ayudando?

—Supongo que sí.

Él sonrió, y el pecho de Lucilda se llenó de un cosquilleo. Darío empezó a deslizarse entonces con sigilo por las calles, mirando antes

de cruzar de un lado a otro. Al final, terminaron llegando al cine por la puerta de atrás. Lucilda abrió y tiró de Darío para que entrara. Cuando cerró tras ellos, los dos soltaron un suspiro.

—No vuelvas a salir —insistió.

Lucilda cerró los ojos.

—Es como vivir encarcelada.

—Lo sé. Por eso te pedí que te marcharas de la ciudad.

—Ya te dije que no puedo.

—Te prometí dar con una solución, y he encontrado una.

Lucilda lo miró con gesto interrogante, aunque él no contestó al momento. Soltó las bolsas sobre la barra del bar y se volvió hacia ella. Sus hombros estaban tensos, y sus dedos bailaban con el puño de la camisa.

—Pero no va a gustarte.

Se acercó hasta él. Quizá demasiado.

—¿De qué estás hablando?

—Cásate conmigo.

Lucilda dio un paso atrás. Frunció el ceño. No sonrió. Tampoco lo abofeteó, aunque le entraron ganas.

—¿Te has vuelto loco?

Darío la tomó de las manos.

—Sé que nada va a reparar el daño que te hice, pero déjame ayudarte.

—¿Cómo va a ayudarme eso? —intentó no gritar demasiado.

No sabía qué le molestaba más: si que le pidiera matrimonio de un modo tan poco romántico o el simple hecho de que se atreviera a

hacerlo después de todo.

—Escúchame bien. —Soltó sus manos y subió las suyas hasta sus hombros—. Álvaro ganaría el juicio; eso ya lo discutimos una vez. Sin embargo, si Mauro llevara el apellido de otro hombre, no podría quitártelo.

—El apellido… —empezaba a comprender adónde quería llegar—. ¿Tu apellido?

—Exacto. Yo reconocería a Mauro dentro del matrimonio. Nadie haría preguntas y Álvaro no tendría ningún poder sobre ti.

Lucilda lo meditó unos instantes. Aunque la propuesta tenía sentido, seguía pareciéndole una locura. Se ataría a Darío por el resto de sus días. ¿Estaba dispuesta a vivir una farsa? ¿A casarse con alguien que no la correspondía como ella deseaba? Se tragó el orgullo. Sabía que sí. Haría cualquier cosa por su hijo. Incluso ser infeliz.

—Jamás te exigiré nada que no desees, Lucilda.

Ella lo miró, desorientada.

—Te prometo que no te tocaré.

Lucilda apretó los labios. ¿Era eso lo que quería? ¿Que Darío se mantuviera lejos de ella? Ya no estaba tan segura. Carraspeó. No tenía tiempo para pensar. Sentía la presencia apremiante de Álvaro en su nuca, la de sus espías observando.

—Sí.

—¿Sí?

—Eso he dicho.

Darío sonrió de nuevo, y ella se maldijo por regocijarse momentáneamente en que vería ese rostro cada mañana. Era una

mentira. Se lo repitió hasta la saciedad, pero nada pudo arrancar la pequeña brizna de esperanza que empezó a abrirse paso en su pecho.

—Hablaré con el sacerdote para encontrar una fecha cuanto antes —dijo Darío.

Todavía tenía las manos sobre sus hombros. Cuando se percató de que ella se removía nerviosa, las apartó.

—Hasta pronto, Lucilda.

Cuando se marchó, Lucilda se dejó caer sobre una de las butacas de damasco y miró al techo durante un buen rato, cuestionándose si acababa de tomar la mejor decisión para ella y su hijo, o si acababa de cometer el mayor error de su vida.

Darío tardó tres días en volver. Tres días que se le hicieron eternos entre esas cuatro paredes. Empezaba a temer que hubiera cambiado de opinión. ¿Cómo iba a explicárselo a Mauro si la dejaba plantada en el altar? Al contrario de lo que había pensado en un principio, su hijo había recibido la noticia con ilusión. No había olvidado a Darío, a pesar de que ella lo había intentado mantener alejado de su hijo. «Entonces, ¿por fin tendré un padre?», le había preguntado con esos ojos azules como un lago. No había tenido más remedio que asentir.

Dorotea y Soledad también habían aceptado la boda como un buen presagio. Ambas creían que, si Álvaro perdía la posibilidad de darle su apellido a Mauro, dejaría de perseguirla. Soledad no había mencionado nada, pero cuando Dorotea se había quedado a solas con Lucilda, le había dedicado una sonrisa pícara. «¿Al fin os habéis reconciliado?». Lucilda se irguió como un junco. «Esto no tiene nada

que ver con sentimientos». «¿Desde cuándo una boda no tiene que ver con eso?». «Tan solo lo hago por Mauro». «Claro, ¿y el detective?». «Se siente culpable, nada más». Dorotea la había mirado con escepticismo, como si todo lo que le había dicho fuera un embuste. «Prometió no tocarme». Dorotea se había echado a reír. «Pero tú te mueres de ganas de que lo haga». «¿Por qué no hablamos de lo distraída que estás últimamente? ¿No hay nada que debas contarme?». Había conseguido su propósito. Al sentirse acorralada, Dorotea había balbuceado una excusa y la había dejado a solas en su habitación.

A parte de eso, había pasado el resto de los días mirando por la ventana. Se decía a sí misma que era para no sentirse tan atrapada en la casa, aunque en el fondo sabía que estaba expectante. Necesitaba verlo. Así que cuando vio su cabello castaño aparecer por la esquina de la calle se levantó como un resorte. Incluso tiró la silla del propio ímpetu. La recogió con las manos temblorosas y bajó hasta la recepción del cine. Darío tomó precauciones y entró por la puerta de servicio.

—Lamento no haber podido venir antes —se disculpó—. Don Anselmo es un hueso duro de roer.

Don Anselmo era el cura de la parroquia. Había llegado hacía poco a la ciudad, y no lo conocía demasiado. En las misas de los domingos a las que acudía siempre mantenía las distancias, y rara vez bajaba del altar para hablar con sus feligreses. Era un hombre joven y estricto, muy aferrado a la moral cristiana que defendía el régimen. Lucilda temía que no quisiera casarla si descubría que no era una viuda como siempre había dicho desde que llegara a Barcelona.

—Sospechaba de nosotros —explicó Darío, recuperando el resuello. Parecía venir corriendo de la iglesia.

—¿Sospechaba?

Lucilda volvió a notar la hiel recorriendo sus venas.

—Está convencido de que estás encinta y por eso tenemos tanta prisa por casarnos.

Ella se removió nerviosa y Darío le tomó una mano.

—Tranquila, al final ha accedido.

Lucilda suspiró. Por un instante había creído que iba a perder su única oportunidad de librarse de Álvaro.

—¿Cómo lo has conseguido?

—Como todo en esta vida —replicó con una mueca—; con un sobre.

—No me lo puedo creer. —Lucilda se amasó la parte baja de la trenza, nerviosa—. ¿Cuánto te ha pedido?

—Eso no importa.

—Claro que importa. Te daré el dinero.

Lucilda iba a dirigirse hasta la caja fuerte que había oculta bajo la barra del bar, pero Darío la detuvo.

—No. Si vamos a ser una familia, afrontaremos las cosas juntos. También es mi responsabilidad.

Ella resopló, pero no insistió. Sabía que no ganaría esa discusión; lo conocía demasiado.

—La boda se celebrará el quince de febrero.

Lucilda tuvo que reprimir una sonrisa. Darío se acercó a ella y colocó un mechón de cabello oscuro tras su oreja.

—Yo también me alegro.

Antes de que pudiera reaccionar, la besó en la mejilla y desapareció tan sigilosamente como había aparecido.

## EL HILO

*4 de diciembre de 2022, Barcelona*

—¿Entonces crees que Bárbara La Mar es Dorotea? —preguntó Luther.

Todavía me costaba tratarlo con amabilidad. Después de tantas semanas odiándolo se me hacía extraño haber enterrado el hacha de guerra. Aun así, había hecho un esfuerzo por contarle todo lo que había descubierto en los últimos tiempos: mi visita a Natividad, la información que mi padre me había proporcionado y la secreta correspondencia que Soledad y Bárbara habían mantenido con mi abuela desde distintas puntas del mundo durante años.

Lo miré desde detrás de la taza de café que había preparado para los dos. Estábamos sentados a la mesa del comedor, con un surtido de galletas frente a nosotros y un bizcocho que me había molestado en hornear yo misma. Estaba intentando mejorar. Mi apartamento seguía desangelado, pero había empezado a decorarlo con un poco más de cariño: una alfombra, un par de cortinas y algunos libros más en la estantería.

—Estoy convencida —contesté—. Ya has visto cómo habla del Cine Imperial. Además, se refiere a Soledad como su hermanastra en varias ocasiones. No creo que pueda ser otra persona.

—Así que Dorotea tampoco desapareció —reflexionó en voz alta —. Se marchó a Estados Unidos bajo un nombre falso.

—Eso parece.

Luther me devolvió las cartas que le había entregado el día anterior.

—Gracias por dejármelas. Significa mucho haber podido leer las palabras que escribió mi abuela.

Le dediqué una sonrisa triste. Yo hubiera dado cualquier cosa por poder leer también las que había escrito Lucilda, pero sus palabras debían de haberse perdido con el tiempo y la distancia.

—Bien, hemos llegado hasta aquí —concluyó Luther—, pero seguimos sin saber qué fue lo que las hizo huir a otros países ni por qué dejaron el cine en manos de Lucilda.

Me encogí de hombros. Estaba tan perdida como él.

—Quizá Google lo sepa —dije con sorna.

Él no se echó a reír como esperaba y asintió con lentitud.

—Podemos probar. ¿Tienes un ordenador por aquí?

Me levanté de la silla con un gesto de incredulidad, pero no lo contrarié. Tampoco teníamos nada que perder. Saqué mi portátil de un cajón de la vitrina en la que guardaba las copas y lo deposité en la mesa. Luther se levantó para colocarse detrás de mí y poder ver mejor la pantalla.

—¿Qué sugieres que busque? —pregunté, colocando los dedos sobre el teclado y arqueando una ceja.

—Prueba con Bárbara La Mar.

Me volví hacia él con condescendencia.

—Sabes que también era una actriz de cine mudo, ¿no? —comenté —. Dudo mucho que vayamos a encontrar nada sobre Dorotea.

Él se inclinó sobre mí y pude oler el jabón. Se acababa de duchar. Volví mi vista de nuevo hasta la pantalla y tecleé con rapidez el nombre que me había dicho con tal de marcar distancia. Apenas podía pensar sintiendo su respiración tan cerca de mi cabello. Me concentré en la pantalla y pronto aparecieron numerosos resultados sobre la actriz de cine mudo, tal y como había vaticinado.

—¿Ves? No hay nada.

Luther alargó la mano hasta el ratón y tuve que apartar la mía con velocidad para no tocarlo. A esas alturas estaba segura de que había notado la tensión de mis hombros, pero parecía seguir haciendo movimientos para provocarme; en el fondo le estaba divirtiendo la situación. Vi cómo se saltaba las tres primeras páginas de resultados a bastante velocidad. Yo apenas era capaz de leer todos los titulares. Sin embargo, cuando llegó a la cuarta página, se detuvo. Leí el título de la web en la que había detenido el cursor.

***La Academia Bárbara La Mar contará con un nuevo director a partir de este enero: John Luke Smith.***

*La fundadora, que da nombre a esta institución, ha declarado en una entrevista que desea retirarse después de más de cincuenta años al frente de la academia, de la que han salido actores y actrices de renombre. Sus antiguos alumnos cuentan con más de una docena de Oscar y muchos de ellos se han convertido en referentes en la historia del cine.*

En mitad del artículo había una serie de fotografías de una mujer elegante, que posaba sentada en una silla, con la mirada perdida en

una pantalla de cine que habían puesto como decorado tras ella. Seguí leyendo.

*Bárbara La Mar continúa siendo una belleza a sus más de ochenta años: esbelta, delicada y con unos ojos de color miel que siguen brillando como los de la joven estrella que un día quiso triunfar en Hollywood. Las circunstancias de la vida la llevaron por un camino distinto. Regentó primero un cine y después, cuando se trasladó a California, decidió crear una academia para ayudar a personas que, como ella, perseguían el sueño de llegar al éxito en la gran pantalla. Cuando le preguntamos qué va a hacer ahora con su tiempo libre, la señora La Mar se echa a reír. «Descansar; descansar en casa. Echo de menos Barcelona».*

Cuando terminamos de leer, nos miramos con un gesto de incredulidad. La habíamos encontrado.

—¿Volvió a Barcelona? —pregunté.

—Eso dice.

Luther se inclinó todavía más tras mi espalda, apoyando las manos sobre la mesa, a ambos lados de mi cuerpo. Me sentí envuelta en un abrazo ficticio. Deseaba volver a sentirlo cerca, pero no me atrevía a dejarme llevar. De algún modo, seguía dolida. Siempre me había costado perdonar. Fue entonces cuando me di cuenta de que había tardado veinte años en perdonarme a mí misma. En perdonar a la adolescente rebelde que un día fui; a la muchacha que le gritó a su abuela; a la que causó el infarto. Por mucho que los médicos le hubieran repetido a mi padre que nuestra discusión no había tenido

nada que ver, yo siempre me sentiría responsable. Sin embargo, una parte de mí se había reconciliado con el pasado a través de la investigación, al descubrir que Lucilda también había tenido secretos, claros y oscuros.

—¿De cuándo es el artículo? —La voz de Luther me devolvió a la realidad.

Subió el cursor hasta el inicio de la noticia para poder ver la fecha. Dos de enero del 2007. Lo miré con los ojos entornados.

—Es de hace quince años…

Luther se acarició la barba incipiente con los dedos. No debía de haber tenido tiempo de afeitarse, y tenía que admitir que estaba arrebatador con ese aspecto descuidado: la camisa entreabierta, el cabello algo revuelto.

—¿Crees que seguirá aquí, en Barcelona?

No me atrevía a mencionar la posibilidad de que hubiera muerto. Hacía mucho tiempo de la entrevista y era muy mayor.

—Es posible, si es que sigue con vida. La pregunta ahora es cómo la encontramos —dijo él.

—¿Sigues en contacto con la guía de la Casa Dalmau?

La pregunta lo pilló desprevenido, pero se recobró rápido de la sorpresa.

—¿Por quién me tomas? No soy un mujeriego.

Lo miré con una sonrisa ladeada; me gustó ver la ofensa. En el fondo, agradecí que no la hubiera llamado. Aunque ahora eso fuera un problema.

—Si fueras Dorotea y regresaras a tu país después de cincuenta

años, ¿adónde irías primero?

—Supongo que a mi casa.

—Exacto.

—¿Crees que ha estado allí?

—Sí. Quizá podrías preguntarle a tu…amiga. Vi que llevan un registro escrito de todas las visitas, seguro que conservan los tomos de años anteriores. Con un poco de suerte, todavía guardan el del 2007.

Luther sonrió de medio lado.

—¿Me estás pidiendo que utilice mis encantos con esa guía?

—No me atrevería.

—Está bien, creo que guardé su número. —Lo fulminé con la mirada y se encogió de hombros con una sonrisa—. La llamaré.

Luther se apartó y de pronto sentí cómo se expandía el vacío a mi alrededor. Había dado por concluida nuestra reunión, porque se dirigió hasta la puerta. Cuando se detuvo en el umbral me vi obligada a detenerlo agarrándolo por la muñeca.

—Tampoco hace falta que la seduzcas.

Luther se echó a reír.

—No te preocupes, no pondré en peligro mi castidad.

Se agachó hasta mí y depositó un suave beso sobre mis labios. Quise abrazarlo, estrecharlo contra mí, pero no lo hice. Lo vi dirigirse al ascensor y después cerré la puerta.

# NOCHE DE BODAS

*15 de febrero de 1943, Barcelona*

Apenas se reconoció cuando se miró en el espejo. Por mucho que ahora pudiera permitirse un vestuario más elegante, estaba acostumbrada a ropas más sencillas. Les había costado convencer a la modista para que hiciera el trabajo en tan poco tiempo; lo cierto es que el resultado era tan espectacular como si hubiera estado trabajando en ello durante un año entero. El vestido de novia caía, sutil, sobre su figura delgada y envolvía su cuerpo en un abrazo de gasas y sedas. Un montón de piedras traslúcidas decoraban la parte baja de la falda, desde los muslos hasta la cola, más bien discreta. El diseño le había gustado desde el principio, cuando Dorotea le había enseñado el esbozo. Sin embargo, se había quedado sin palabras al verlo colgando de la percha de color marfil. Dorotea y Jacqueline, que había venido expresamente para la boda, se afanaban en domar su larga melena oscura; se resistía a quedar recogida en un moño. Al final, optaron por una trenza de estilo romántico, que caía a lo largo de su espalda, y remataron el peinado con una tiara de flores para enmarcar su rostro.

—Madre, estás muy guapa.

Mauro daba vueltas a su alrededor, emocionado. Lucilda no pudo reprimir una sonrisa al verlo con un pequeño traje y la pajarita ya descolocada. No sabía quién de los dos estaba más nervioso ante la expectativa de la boda, si ella o su hijo, aunque por motivos bien

distintos. Mauro quería por fin tener un padre para presumir delante de sus amigos; ella no tenía ni idea de cómo afrontaría ese futuro incierto.

—Todo estará bien —le aseguró Dorotea—. Darío es un buen hombre, y te quiere.

Lucilda suspiró. No era eso lo que temía: eran sus propios sentimientos.

—Vamos, se hace tarde. —Soledad miró al reloj de la habitación, que marcaba las doce del mediodía.

—¿Ya es la hora?

Salieron en un orden caótico. Jacqueline sostenía la cola como podía, Dorotea terminaba de colocar algunos mechones tras la tiara de Lucilda; mientras, Soledad las apremiaba a subir al carruaje que las llevaría hasta la iglesia. Mauro correteaba tras ellas con un cojín en el que reposaban los anillos.

Lucilda se arrepintió de haber rechazado llevar velo. Así por lo menos se habría podido esconder de las miradas de todos los vecinos curiosos que se agolpaban a la entrada del templo. Los pocos asistentes a los que habían invitado ya estaban dentro, y las campanas repiqueteaban anunciando el enlace, acompasándose con los bruscos latidos de su corazón. Apretó el ramo de rosas contra su cuerpo. Le sudaban las manos. Tomó aire y dio un paso hacia el interior: iba a entrar sola. No tenía relación con su familia, y prefería la muerte antes de que su padre o alguno de sus hermanos la llevara hasta el altar. Cuando vio a Darío esperándola junto a don Anselmo, en vez de calmarse sintió un

martilleo histérico en el pecho. Su prometido llevaba un traje hecho a medida, de color azul marino. La camisa blanca asomaba por debajo de un chaleco elegante. Darío se ajustó la corbata en cuanto la vio, como si de repente se hubiera dado cuenta de que le apretaba demasiado. Le dedicó una sonrisa trémula. Estaba tan nervioso como ella. Cuando llegó hasta él, se quedaron el uno frente al otro, sin tocarse. Don Anselmo empezó entonces su discurso, pero Lucilda no lo escuchaba. No podía apartar los ojos del que sería su marido. Y él parecía víctima del mismo embrujo. Escucharon un carraspeo.

—¿Los anillos?

Lucilda reaccionó entonces y volvió la mirada hasta Mauro, que miraba las musarañas desde el banco presidencial. Le hizo un gesto con la mano y captó la atención del niño, que se levantó atropelladamente y caminó hasta al altar con el preciado tesoro. Don Anselmo le dedicó una mirada agria, pero no dijo nada. Cuando Mauro se retiró, el sacerdote les entregó las alianzas para que enunciaran sus votos. A Darío le salió la voz ronca; a ella, trémula. Pero por lo menos fueron capaces de repetir lo que don Anselmo les decía.

—Yo, Lucilda Viñuales, te quiero a ti, Darío Altarriba, como esposo y me entrego a ti, y prometo serte fiel en la prosperidad y en la adversidad, en la salud y en la enfermedad, y así amarte y respetarte todos los días de mi vida.

Cuando Lucilda terminó de formular sus votos, se hizo un silencio expectante; los asistentes esperaban alguna muestra de cariño. Sin embargo, don Anselmo no era partidario de que los novios se besaran

en público; era pecaminoso. Aunque a Lucilda le parecía más bien anticuado y poco romántico, en ese momento lo agradeció. El sacerdote anunció que ya eran marido y mujer, y Darío se limitó a tomarla de la mano y depositar un beso en el dorso con una sonrisa lívida.

Lucilda logró relajarse durante el convite. No eran muchos y habían reservado un par de mesas en un restaurante tranquilo. Los invitados estaban achispados por el vino y el champán, y ya no les prestaban atención.

—Mañana mismo formalizaremos los papeles para que Mauro lleve mi apellido —le dijo Darío mientras tomaba un poco del entrecot que habían servido de segundo plato.

—Gracias.

Se atrevió a mirarlo a pesar de que estaban muy cerca. Él se quedó sin habla un instante, después añadió:

—Esta tarde brillas más que cualquier joya.

Lucilda sintió que la sangre le subía a las mejillas. No pudieron hacer nada más, porque el jefe de sala se dirigió a ellos para avisar de que debían servir la tarta de bodas. Se pusieron en pie y comenzó a sonar la música. Un par de camareros se acercó a ellos con un pastel de varios pisos en los que unos novios de azúcar sonreían a su público. Sin embargo, los novios de carne y hueso estaban tensos.

—¿Harán los honores?

Lucilda miró hacia la espada que le señalaba el camarero. Yacía inerte sobre la mesa. La tomó con dedos temblorosos. Al verlo, Darío

se colocó tras ella y la ayudó a sostenerla; empezaron a cortar el pastel.

—¡Vivan los novios!

—¡Qué se besen! —gritó alguien que ni siquiera estaba invitado a la boda.

Detestó las viejas tradiciones. Darío se agachó y depositó un casto beso en su mejilla. Los vítores se acallaron, y no le pasó por alto la decepción en el ambiente. Continuaron sorteando las invitaciones indecorosas como pudieron durante el resto de la velada, que se avivaban a medida que el alcohol circulaba por las mesas.

La fiesta terminó pasadas las doce de la noche. Lucilda y Darío se encontraron con Dorotea, Jacqueline y Mauro frente a la puerta trasera del cine. Entraron rápidamente para que ninguno de los secuaces de Álvaro los viera.

—¿Vais a pasar la noche de bodas aquí? —inquirió Jacqueline con cierta incredulidad.

Dorotea la fulminó con la mirada y le dio un codazo. No la debía de haber puesto al tanto de que esa boda no era un enlace por amor: no importaba dónde pasaran la noche. Lucilda empezó a mover las manos, sin saber muy bien dónde ponerlas.

—Sí. Prometo que no vamos a molestar —le aseguró Darío.

Lucilda bajó los ojos hasta sus pies. Jacqueline no dejaba de mirarlos sorprendida, pero por suerte no dijo nada más.

—¿Dónde está Soledad? —quiso saber Lucilda.

Apenas se habían cruzado durante el banquete.

—Aunque lo han intentado disimular, se han ido juntos. —Al ver su gesto de confusión, Dorotea se lo aclaró—: Con Carlos. No creo que venga a dormir esta noche.

Lucilda asintió al comprender lo que implicaban sus palabras. Había invitado a Carlos porque Darío se lo había pedido. Al parecer, eran buenos amigos, aliados contra Álvaro. Pero jamás habría imaginado que tenía ese tipo de relación con Soledad.

—Madre, tengo sueño.

Mauro se rascaba los ojos, somnoliento. Darío se agachó y lo tomó en brazos.

—Entonces será mejor que vayamos a dormir.

Dorotea y Jacqueline se quedaron en la planta baja, acomodadas en los sillones. Lucilda se preguntó si sería para darles privacidad y empezó a sentir calor, a pesar de que el vestido era de un tejido demasiado fino para el invierno.

Lucilda siguió a Darío hasta la planta de arriba. Cuando dejaron a Mauro en la cama de su pequeña habitación, el niño ya estaba dormido. Se marcharon de la estancia en silencio, intentando que las pisadas de los zapatos de tacón de Lucilda no hicieran ruido.

—Puedo dormir en el sofá —sugirió Darío cuando salieron al pasillo.

Ella se mordió el labio.

—No es necesario.

Él carraspeó y se pasó la mano por el cabello. Se le había despeinado a lo largo del día.

—Te prometí que no te tocaría.

—La cama es lo suficientemente grande para los dos —atajó ella, tratando de mantener la calma. Eran adultos. El colchón era tan amplio como para que pudieran descansar sin rozarse.

—No seré capaz de mantener mi palabra si estamos en la misma cama.

Darío se acercó y Lucilda temió que sintiera el ligero olor a alcohol y humo que desprendía. No había bebido demasiado, pero sí lo suficiente como para perder alguno de los filtros que solía tener. Lucilda levantó la mirada hasta encontrarse con sus ojos. Vio anhelo en ellos. Casi tanto como él debía ver en los suyos.

—No fue una farsa, Lucilda —dijo él acariciando su mejilla—. No he dejado de quererte ni un minuto desde que te conocí.

Le temblaron los labios.

—Si me rechazas, te prometo que no volveré a insistir; me comportaré como un amigo.

De pronto Lucilda tiró de la manga de la camisa de Darío para atraerlo hacia ella. Fue un beso voraz, descontrolado. Llevaba demasiado tiempo deseándolo. Darío tampoco parecía tener el control de la situación. La abrazó con fuerza contra su cuerpo. Caminaron a trompicones por el pasillo y él abrió la puerta de la habitación con torpeza. Cayeron sobre la cama en un huracán de ropa, besos y caricias.

—Te he echado de menos —susurró él contra sus labios.

—No hagas que me arrepienta.

Él se echó a reír.

—Te prometo que te haré feliz.

Darío se inclinó sobre ella y la besó con más suavidad esta vez. Después se perdieron bajo las sábanas.

Lucilda no había sentido una felicidad parecida desde hacía muchos años; puede que nunca se hubiera sentido así, en realidad. Después de tantos contratiempos, por fin la vida le ofrecía una oportunidad. Rebosaba tanta alegría que ni siquiera fue capaz de dormir más de dos horas seguidas. Se despertó entre los brazos desnudos de Darío. Lo observó durante un tiempo con una sonrisa bobalicona en los labios. Su pecho subía y bajaba al compás de una respiración relajada; sus labios estaban curvados hacia arriba, a pesar de que estaba dormido. Lucilda pasó los dedos entre su cabello desordenado y no pudo creerse que su marido fuera el hombre que descansaba a su lado.

A pesar de que sabía que Mauro seguiría dormido, sentía la necesidad irrefrenable de compartir la dicha con su hijo. Tan solo lo abrazaría y se quedaría a su lado unos minutos. Entró en la habitación del niño con los pies descalzos para que no la escuchara. Aunque su estancia por lo general estaba a oscuras, solía orientarse escuchando su respiración. Y eso fue lo que hizo saltar las alarmas. El silencio era absoluto. Estremecedor. De pronto sintió frío, y una corriente helada le acarició la piel. Alargó la mano hasta la mesita de noche y encendió una luz auxiliar. Se quedó paralizada observando la cama vacía. La ventana abierta.

—¿Mauro? —su voz salió muy débil al principio.

Sin embargo, al ver que lo llamaba y el niño no acudía, su voz se convirtió en un grito suplicante.

—¿Qué ocurre?

Darío acababa de abrir la puerta. Tan solo le había dado tiempo a ponerse los pantalones. No dijo nada cuando la imagen lo golpeó. Mauro no estaba. Tragó la bola espesa que acababa de formarse en su garganta.

—Quizá esté abajo con Dorotea —logró decir Darío.

Pero Lucilda sabía que no era cierto. La ventana. El peso en el pecho. La certeza de que se lo habían llevado. Y también de quién lo había hecho.

—Puede que esté abajo —insistió su marido, dudando de que lo hubiera escuchado.

Lucilda arrancó a correr sin previo aviso. Bajó las escaleras de dos en dos. Escuchó que Darío la seguía. Sin embargo, cuando llegó a la recepción del cine, el panorama era igual de desolador: estaba desierto. La única prueba de que allí había habido alguien eran dos copas de cava que yacían, rotas, en el suelo. Frente a los sillones en los que Jacqueline y Dorotea se habían sentado. El líquido dorado se entremezclaba con otro más espeso, oscuro.

Darío se arrodilló y lo tocó con un dedo. Miró a Lucilda con espanto.

—Es sangre.

# AL DESCUBIERTO

*15 de febrero de 1943, Barcelona*

Soledad enroscó los brazos alrededor de su cuello. Carlos la besó y cerró la puerta de la habitación del hotel. La apresó contra la pared y recorrió su rostro, su cabello, su cuerpo con manos hambrientas. Ella lo atrajo con más fuerza, como si no pudiera soportar que la más mínima parte de su ser estuviera lejos de ella. Se habían pasado la boda mirándose en silencio desde los rincones opuestos de la mesa en los que les había tocado sentarse. Ambos sabían que no podían demostrar lo que sentían en público. Él era un hombre casado y ella, una espía. Por mucho que los invitados fueran pocos y de confianza, no podían arriesgarse más de lo que ya lo hacían con sus encuentros a escondidas: cada tarde en el Hotel Plaza. Al final de la fiesta, Carlos le había dirigido una mirada suplicante, y ella había asentido con discreción para indicarle que lo esperaría donde siempre. En la habitación 225. Soledad era consciente de que no podían seguir así; la incertidumbre de esa relación clandestina la estaba consumiendo. Deseaba pasar cada minuto con él, despertarse a su lado cada mañana, compartir los detalles más insignificantes de su vida. Odiaba tener que separarse de él cada noche, verlo regresar a casa junto a su mujer. Y sabía que él también lo detestaba. No hablaban del tema durante sus encuentros. Aprovechaban el poco tiempo del que disponían para saciar su sed en brazos del otro, para hablar sobre los próximos envíos

de oro, para avisarse de los peligros. Pero nunca mencionaban a Eugenia ni a Gérard. Soledad solía cartearse con el jefe de aduanas para pasarle la información que le proporcionaba Carlos, pero su tono era mucho más distante, formal. Así había sido desde que le había confesado que no podía casarse con él. Le había ahorrado los motivos; no quería hacerle más daño.

Carlos la condujo hasta la cama. Seguía sorprendiéndose de que pudiera tomarla en brazos como si no pesara demasiado. La dejó con suavidad sobre el colchón y la miró a los ojos unos instantes. Se quitó la chaqueta del uniforme y la cartuchera de su arma; las lanzo sobre la silla. Se quedó en mangas de camisa. Volvió a besarla. Luego todo pasó demasiado deprisa.

Un golpe brusco.

La puerta arrancada de cuajo.

Tres hombres de negro, armados, entraron en la estancia con pasos firmes. Uno de ellos la agarró del brazo sin importarle hacerle daño. Trató de arrastrarla hasta la salida, pero Soledad se agarró al dosel de la cama y empezó a lanzar patadas desesperadas. Los otros dos hombres se abalanzaron sobre Carlos. Durante unos momentos tan solo pudo escuchar los sonidos que rasgaban la noche: los puños golpeando la carne, los huesos rotos, los gruñidos; las respiraciones entrecortadas. Soledad lanzó otra patada al aire y esta vez logró darle a su objetivo en la entrepierna. El hombre ahogó un aullido de dolor, pero antes de que Soledad pudiera salir corriendo en busca de ayuda la abofeteó con tanta fuerza que la tumbó sobre la cama. Ella gritó. Notó el regusto a óxido invadir su lengua. Uno de los hombres que

atacaba a Carlos lo lanzó contra el dosel. Escuchó la espalda crujir, el aullido contenido; la madera hacerse pedazos. Carlos se puso en pie enseguida, primero le echó un vistazo al dosel, destrozado, luego a uno de los tipos. Sonrió con rabia. Después agarró uno de los palos astillados. Sin embargo, en vez de atacarlos a ellos, se volvió hacia el hombre que acababa de golpear a Soledad. Le atizó con tanta dureza que el tipo perdió el sentido al instante. Soledad corrió hasta la silla en la que Carlos había dejado su uniforme. Cuando la alcanzó, miró al teniente, y lo que vio le heló la sangre. Uno de los atacantes había sacado un arma y estaba apuntando a Carlos.

—Se acabó el juego.

Carlos se detuvo y puso las manos en alto.

—Suelta eso —le ordenó el atacante observando el palo, teñido de sangre.

El teniente miró a Soledad de soslayo, luego dirigió sus ojos hacia la cartuchera con mucha sutileza. Los hombres no se dieron cuenta, pero ella lo comprendió al instante. Mientras los atacantes mantenían un pulso de poder con él, Soledad deslizó la mano con mucha lentitud por el cinto del uniforme de Carlos, hasta dar con el arma. Escuchó el sonido del madero al chocar contra el suelo. Ahora Carlos estaba desarmado. Era el momento. Levantó la pistola y la amartilló, sin saber muy bien qué estaba haciendo. Los hombres la miraron sorprendidos, luego escuchó sus risas.

—A ver si te vas a hacer daño, princesa —dijo el más bajito.

Era gordo y le faltaban varios dientes. Se acercó a ella mientras el otro no dejaba de apuntar a Carlos, que se había puesto todavía más

tenso.

—No te acerques. —Soledad detestó que le temblara la voz.

El tipo continuó aproximándose a ella con pasos lentos, con la misma mueca burlona en el rostro.

—Álvaro nos ha dicho que te llevemos viva hasta él, pero no ha dicho en qué condiciones. —Sintió el aliento de su risa pestilente rozarle la cara—. Nunca he estado con una mujer tan alta.

—¡No te atrevas a tocarla!

El tipo se echó a reír de nuevo.

—No se meta, teniente. ¿Le ha explicado ya don Álvaro lo que se les hace a los traidores?

Soledad se puso a temblar, vio cómo el acero bailaba entre sus dedos. ¿Cómo funcionaba ese artilugio?

—Lo pasaremos bien —añadió.

Soledad puso el dedo en el gatillo. Y disparó.

El sonido de la bala le retumbó en los oídos. Se dio cuenta de que, un instante después de detonar el arma, había cerrado los ojos. Cuando los abrió, vio al hombre desplomado en el suelo, con un agujero en la garganta, del que la sangre salía a borbotones. Abrió mucho los ojos. Se le cayó la pistola. Ni siquiera había apuntado. ¿O sí lo había hecho? Antes de que pudiera reaccionar, Carlos le agarró la muñeca al hombre que todavía lo apuntaba. Había aprovechado el momento, el miedo palpable en su contrincante, que acababa de ver a su compañero caer. Empezaron un forcejeo angustioso, con el arma danzando entre brazos y piernas. Se escuchó un disparo. Silencio. Gruñidos. Otro disparo. El tercer atacante cayó sobre sus rodillas, con

la mano en el pecho ensangrentado.

Carlos no esperó a ver morir a ninguno de aquellos tipos, la agarró del brazo y salió corriendo de la habitación. No le importaron las miradas, los cuchicheos de los demás huéspedes a su paso atropellado por los pasillos. Cuando llegaron a la calle, no se detuvieron. Carlos la arrastró tres o cuatro manzanas más, hasta que se dejó caer en el banco de un callejón. Solo entonces Soledad pudo mirarlo, y vio que su camisa blanca estaba teñida de rojo a la altura del abdomen.

—¡Estás herido!

Carlos le dedicó una mueca.

—Sí —masculló—. Me he dado cuenta.

Soledad se arrancó un trozo del bajo del vestido y le taponó la herida. Él sostuvo la venda improvisada con las manos.

—Es un rasguño, no me voy a morir —le dijo cuando vio el horror en sus ojos—. No podemos perder más tiempo aquí.

Carlos se puso en pie, con el aliento recuperado.

—Tienes razón, vamos a un médico de inmediato —apremió Soledad.

Carlos negó.

—No. Vamos al cine; tengo un mal presentimiento.

—No digas bobadas, tienen que revisarte esa herida…

—Me temo que Lucilda y Dorotea también pueden estar en peligro.

—¿Qué?

—Escúchame, Soledad. Conozco bien a Álvaro. Nunca da puntada sin hilo. Hace tiempo que tiene pruebas para incriminarte por la

muerte de Sor Angustias, pero no te ha detenido. ¿Por qué crees que puede haber sido?

—No lo sé. Pensé que…

No supo cómo continuar. Había sido una ingenua al creer que Álvaro no se atrevería a detenerla por un crimen de hace tanto tiempo con tan pocas pruebas.

—Sospecho que Álvaro descubrió de algún modo con quién vives. No le interesaba sacarte de circulación tan pronto, porque gracias a ti podía averiguar cosas sobre ellas. También deben de haberte estado vigilando.

Soledad mascullό entre dientes y Carlos la miró, derrotado.

—Siento no haberme dado cuenta hasta esta noche.

Ella negó; él no tenía la culpa.

—Pero ¿por qué atacarnos hoy?

—Creo que nos necesitaba fuera de juego, a los dos.

Soledad se llevó las manos a la cabeza cuando la estrategia de Álvaro empezaba a dibujarse ante sus ojos.

—Para poder campar a sus anchas por el cine —adivinó Soledad.

Carlos asintió.

—Quizá todavía lleguemos a tiempo.

Echaron a correr con el corazón en un puño. Soledad sabía que ese ataque tan solo había sido una parte de lo que les tenía reservado.

Supieron que habían llegado tarde en cuanto vieron la luz de la recepción encendida. Lucilda lloraba contra el pecho de Darío, que no lograba consolarla por mucho que lo intentara. Soledad se acercó muy

lento, como si tuviera plomos en los pies. Carlos la siguió, con la mano apretada contra su abdomen. Fue Darío el primero en verlos. Estaba lívido, pero aún perdió más color cuando se percató del aspecto que presentaban: las caras y las manos manchadas de sangre, los cabellos revueltos, medio desnudos.

—¿Qué os ha pasado? —logró preguntar.

Entonces Lucilda apartó la cara de su pecho y se volvió hacia ellos. Tenía la nariz y los labios hinchados, y sus enormes ojos sobresalían más que nunca, rojos. Las lágrimas resbalaban sin piedad por sus mejillas. Al verlos, se cubrió la boca con las manos y contuvo un sollozo.

—Estamos bien —le aseguró Carlos.

Soledad se dio cuenta de la pesadez del silencio, del vacío.

—¿Dónde está Dorotea?

Lucilda volvió a romper en llantos. Fue peor cuando preguntó por Mauro y luego por Jacqueline. Darío se esforzó por explicarles lo que habían descubierto al despertar, mientras trataba de calmar a Lucilda; continuaba deshecha entre sus brazos.

Se quedaron en silencio unos minutos, sopesando las opciones que tenían. No eran muchas.

—Tenemos que empezar una búsqueda —declaró Carlos.

—¿Primero no deberías curarte esa herida? —Darío miró hacia la camisa de Carlos, que continuaba empapándose.

Carlos asintió. Estaba cada vez más pálido. Soledad corrió a por unas gasas y Darío sacó una botella de alcohol de detrás de la barra.

—Supongo que servirá —murmuró Carlos con una mueca.

Darío roció la herida con el líquido candente y Carlos apretó los dientes. Al limpiar la zona, vieron que, por suerte, el teniente tenía razón. La bala le debía haber rozado el costado, así que era un corte superficial a pesar del sangrado. Soledad taponó la herida con muchas vendas y Carlos dio un trago de la bebida, como si con ello pudiera mitigar el dolor. Luego los miró a todos.

—Bien. Conozco los métodos de Álvaro. No se arriesgará a ir muy lejos cuando sabe que lo estaremos buscando. Se esconderá en una guarida durante varios días, hasta que esté convencido de que nadie ronda las calles. Entonces se los llevará lejos.

La crudeza le arrancó un hipido a Lucilda, que tuvo que ocultar de nuevo el rostro en el cuello de Darío.

—Pero eso no va a pasar —la animó—. Vamos a encontrarlos antes. Primero recorreremos los edificios abandonados que estén más cerca de aquí. No puede haber ido muy lejos sin levantar sospechas.

Pasaron el resto de la noche buscando por los terrenos aledaños al cine. Casas en ruinas por culpa de la guerra, edificios desmoronados que todavía no se habían reconstruido, incluso algún viejo almacén. Lo único que encontraron fue polvo y cristales rotos, la reminiscencia de la contienda todavía reciente.

La búsqueda continuó tres días y dos noches más, hasta que los cuerpos estuvieron exhaustos, hasta que no les quedaron fuerzas para continuar sin descansar unas cuantas horas. No habían comido, no habían dormido; tampoco habían vivido. Eran como muertos que recorrían las calles vacías. Lucilda había perdido tanto peso que

apenas se sostenía en pie. Carlos sudaba por culpa de la herida, mal curada. Soledad y Darío trataban de obligarles a detenerse para reponerse, pero ninguno dio su brazo a torcer hasta que Lucilda se desplomó en mitad de la acera. Darío la tomó en brazos y la llevó hasta su habitación, en la planta de arriba del cine. Le dirigió una mirada de reojo a Carlos, que tampoco se sostenía.

—Oblígale a descansar un poco —le dijo a Soledad.

Carlos iba a protestar, pero Darío lo mandó callar.

—Muerto no vas a poder ayudarnos.

Carlos terminó accediendo y se tumbó en el sofá. Se quedó dormido poco después de que Soledad le aplicara paños húmedos en la frente. Tenía fiebre y la herida supuraba. Soledad se mordió el labio, temiendo por él. Al final, el cansancio también la alcanzó a ella.

Cuando abrió los ojos, ya había anochecido. Miró a su alrededor, desorientada. Tardó un poco en reconocer el salón. Se había quedado dormida en la butaca junto al sofá. Escuchó la respiración acompasada de Carlos revolotear por la estancia. Le tocó la frente y suspiró al comprobar que la fiebre había remitido.

Darío apareció poco después por el pasillo. Se le veía recompuesto, las ojeras desdibujadas.

—¿Cómo está Lucilda? —preguntó Soledad.

—Sigue durmiendo.

—Voy a preparar algo para comer —propuso, levantándose.

Darío asintió. Sin embargo, Soledad no tuvo tiempo de llegar a la cocina. De pronto, Carlos se despertó del sueño, agitado, con los ojos

muy abiertos.

—La fábrica de pájaros —dijo con voz ronca.

Soledad y Darío se miraron, sin entender nada.

—Álvaro tiene predilección por ese lugar —continuó el teniente—. Está un poco alejada de aquí y hace tiempo que no la usa, pero…

—¿Para qué solía usarla? —preguntó Darío.

Carlos le dedicó una mueca.

—Para los interrogatorios que no quería dejar registrados.

# LA JAULA DE PÁJAROS

*18 de febrero de 1943, Barcelona*

Dorotea abrió los ojos. Todo a su alrededor daba vueltas. Las fauces de un pájaro enorme parecían querer devorarla, afiladas. Dio un paso atrás y su cuerpo chocó contra el metal. Se produjo un sonido desafinado y el suelo bajo sus pies empezó a balancearse. Alargó las manos hasta las paredes para sostenerse, y se dio cuenta de que no estaba rodeada de cemento, sino de barrotes oxidados. Tardó unos segundos en comprender que se encontraba en una jaula. Miró hacia abajo y comprobó que una buena distancia la separaba del suelo; la pajarera colgaba del techo. Entornó los ojos para tratar de distinguir algo más en la oscuridad. Descubrió que el pájaro gigante que trataba de atacarle no era más que un logotipo dibujado en la pared de una fábrica abandonada. «Pajareras Sarmiento». Reparó en varias jaulas más, de distintos tamaños y formas. Algunas, como la suya, eran tan grandes como para que una persona pudiera caber en su interior; otras, las más pequeñas, apenas podrían contener a un colibrí. Dorotea dio una vuelta sobre sí misma y escuchó el chirrido de la cadena que sostenía su prisión al techo. Todo volvió a moverse. Se preguntó si el óxido no habría debilitado demasiado los eslabones, si ese sistema aguantaría su peso. Trató de escuchar algo, y tan solo pudo distinguir los quejidos de alguna rata en la lejanía. Le pareció escuchar las viscosas patas de cucarachas a lo lejos y un escalofrío recorrió su cuerpo. Dio una vuelta más sobre sí misma y se mareó. Se llevó una

mano a la sien y descubrió un reguero de sangre. ¿Cómo había llegado hasta allí? El dolor de cabeza provenía de la herida. Entonces las imágenes comenzaron a formarse ante sus ojos: Álvaro frente a ella, en la recepción del cine. La sonrisa ladina. Mauro, maniatado, tratando de zafarse de él. Los gritos de Jacqueline. El arma apuntando a su frente. El bolso resbalando de entre sus dedos trémulos. Y la voz: «Mauro y Dorotea van a venir conmigo a dar un paseo, te aconsejo que no grites más». El silencio. Luego vino el golpe, la oscuridad. ¿Qué había pasado después? ¿Dónde se había llevado a Mauro? Forzó la vista de nuevo para encontrar alguna pista que le indicara cómo salir de allí, pero no encontró nada. Entonces lo escuchó. Un sollozo suave, lejano. El llanto quedo de un niño.

—¿Mauro? Mauro, ¿me oyes?

El llanto cesó y escuchó cómo alguien se sorbía los mocos.

—Dorotea, ¿eres tú?

—Sí, cariño. Tranquilo, pronto saldremos de aquí.

—No me puedo mover. Está muy oscuro. —Sus lamentos le encogieron el alma. El niño arrancó a llorar de nuevo—. Tengo miedo.

—No pasa nada. —Pero su voz sonó temblorosa.

¿Dónde estaba Jacqueline? Iba a preguntarle a Mauro, pero escuchó los pasos. Sus pasos. Los hubiera reconocido en cualquier lugar del mundo. Había pasado demasiadas noches temiendo que se acercaran, escuchándolos con pavor tras la puerta. Álvaro estaba allí. Su jaula se movió de repente, y no fue por sus movimientos. Dorotea estaba paralizada. Vio que Álvaro sostenía una cuerda, gruesa y tosca, con la que zarandeaba su cárcel.

—Veo que ya estás despierta. Por un momento temía haberte matado del golpe.

Dorotea trató de no pensar en el dolor punzante en su sien.

—La diversión hubiera terminado demasiado pronto —continuó Álvaro.

El sonido de los zapatos se acercó. Pisó algún charco, unas plumas encrespadas. Las goteras se abrían paso en el techo, sumiéndolo todo en un ambiente húmedo y putrefacto.

Dorotea notó que su jaula descendía hasta el suelo y tuvo que agarrarse con fuerza a los barrotes para sobrevenir la sensación de vértigo, la náusea en la boca del estómago. Álvaro la dejó caer cuando estaba a unos centímetros del suelo. El impacto del metal reverberó en el espacio vacío. Sus tobillos se quejaron por el golpe, y Dorotea tuvo que esforzarse por vencer el mareo. Escuchó a Álvaro rebuscar en el bolsillo, un tintineo de llaves, el crujido de la cerradura. Luego sintió una mano agarrándola del brazo. Y el hedor a hierbabuena, que todo lo envolvía. Ya no notaba la peste de las cloacas, de los orines de las ratas, ni del suelo mohoso. Ahora solo lo olía a él. La atrajo con fuerza, demasiada. Le cortaba la circulación de los brazos.

—Hacía mucho que no nos veíamos —le susurró con la voz afilada —. Te he echado de menos.

Estaba muy cerca. Álvaro sostenía su rostro entre las manos para que no pudiera escapar. La presión que ejercía en sus mandíbulas era tal que se vio obligada a boquear.

—¿No quieres contarme tu versión de los hechos? —Se acercó más.

Dorotea se echó a temblar y cerró los ojos con fuerza.

—Oh, no te hagas la inocente. La mataste cuando te descubrió, ¿verdad?

Una bofetada. Dorotea cayó hacia un lado; el dolor de cabeza se volvió acuciante y se extendió por su mejilla. El temblor se apoderó de su cuerpo. Se sostuvo en el suelo con las manos, sabiendo que sus piernas no lograrían tenerla en pie. Trató de arrastrarse para alejarse de él, pero Álvaro la agarró con fuerza del cabello. Se le escapó un sollozo.

—Seguro que no llorabas tanto cuando la dejaste ahí tirada.

No vio venir la patada en las costillas. Esta vez no pudo siquiera gritar. El dolor fue tan lacerante que tuvo que encogerse sobre sí misma.

—Siempre has sido patética —chasqueó la lengua.

Levantó la pierna para darle otro golpe. Dorotea cerró los ojos.

—¡Detente!

La voz de Jacqueline rompió la agonía. Dorotea entreabrió los ojos, aturdida por el dolor, y descubrió su figura recortada en mitad de la noche. Unos cuantos rayos de luna caían sobre su cabellera pelirroja, y le pareció irreal; una imagen demasiado hermosa para ese lugar. ¿Acaso estaba delirando?

—Déjalos marchar —ordenó.

Dorotea se preguntó de dónde sacaría Jacqueline el aplomo para exigirle eso a un hombre peligroso como Álvaro. Entonces vio el destello del acero entre sus manos. Iba armada. ¿No era aquella la pistola de Lucilda que se había guardado en el bolso? ¿Cómo había

descubierto Jacqueline dónde estaba? Supuso que después de que Álvaro la capturara, se le habría caído al suelo. La carcajada crispada de su marido rasgó el silencio.

—No vamos a jugar a este juego —replicó él—. Jacqueline, ¿verdad?

Dorotea la vio dudar.

—Oh, por supuesto que sé quién eres. También sé lo que haces con mi esposa por las noches.

Dorotea palideció. Habían sido unas ingenuas al creer que los tentáculos de Álvaro no llegarían hasta el cine. Sus contactos estaban por todas partes, incluso detrás de las paredes.

—Haremos un trato. Si te marchas ahora, no os denunciaré por vuestras tendencias antinaturales.

Jacqueline apretó más el arma entre sus dedos. Dorotea vio que ya no titubeaba, había tomado una decisión.

—Te he dicho que los sueltes.

Otra carcajada. Álvaro aprovechó el desconcierto de su contrincante para desenfundar su pistola. Apuntó a Jacqueline.

—Última oportunidad. Lárgate.

—¿Cómo te has enterado de la boda? —terció Dorotea para despistarlo unos segundos, con la esperanza de ganar algo de tiempo.

Álvaro la miró con desdén.

—No hay nada que el dinero no pueda comprar. Y don Anselmo estaba deseoso de colaborar.

Dorotea maldijo al sacerdote entre dientes. Entonces, Jacqueline disparó. La bala pasó muy cerca de Álvaro, pero terminó perforando la

cadena que sostenía una de las jaulas. El armazón de metal cayó al suelo como un monstruo agonizante; sus barras se doblaron hacia afuera en un amasijo informe. Álvaro miró en dirección al destrozo, como si no pudiera dar crédito a que le hubieran tratado de disparar. Pero su sorpresa duró solo un instante. En el momento siguiente, su pistola ya estaba en alto, firme. Dorotea escuchó la detonación un segundo antes de ver caer a Jacqueline.

—¡No! —sus propios gritos la asustaron.

Aprovechó que Álvaro estaba regocijándose de su puntería para correr hasta ella. Jacqueline estaba semi inconsciente. La miraba con los ojos idos, los labios entreabiertos manchados de sangre, como una amapola. Miró a su pecho. El vestido azul estaba empapado en sangre. Brotaba del lado izquierdo de su pecho. Del corazón. Dorotea reprimió el llanto y la besó, sin importarle lo que Álvaro pudiera hacerle. Sabía que le quedaban minutos, quizá segundos. Jacqueline acarició su cabello rubio y dejó un reguero de sangre tras su gesto. La miró a los ojos como si no existiera nadie más en el mundo.

—Me iré tranquila si tu rostro es lo último que veo.

Dorotea no fue capaz de reprimir las lágrimas por más tiempo. Se aferró a su mano, que notaba cada vez más laxa entre sus dedos. Jacqueline no perdió la sonrisa. Cuando se dio cuenta, ya no respiraba. Dorotea la llamó, una, dos y tres veces. Abrazó su cuerpo inerte, pero no respondió.

—Conmovedor.

La voz de Álvaro tronó dentro de su cabeza como una bala. Se volvió hacia él, más furiosa de lo que se había sentido en toda su vida.

Lo haría pagar por todo. Por la muerte de Jacqueline, por el sufrimiento, por las vejaciones. Por robarle su última oportunidad de ser feliz. Ni siquiera lo pensó. Alargó la mano hasta el arma que reposaba en el suelo y se volvió hacia él. Puso el dedo en el gatillo. Disparó una, dos, tres veces. Y siguió haciéndolo incluso después de escuchar el clic del cargador vacío. No sabía ni adónde había apuntado. Pero todo estaba en silencio. Álvaro yacía en el suelo. Tragó saliva. Se quedó allí, arrodillada junto a Jacqueline, sin saber si acercarse a él. No sabía de qué tenía más miedo, si de comprobar que estaba muerto, o de descubrir que seguía con vida. Al final se armó de valor. Acarició una última vez el cabello de fuego de Jacqueline y se levantó. Notaba los latidos de su corazón en el cuello, en los oídos, en el vientre. Avanzó muy lentamente. Detectó movimiento en una de las piernas de Álvaro y se detuvo. Lo escuchó. Escuchó cómo se ahogaba en su propia sangre. Y cuando se acercó lo suficiente para verlo, descubrió que una de las balas le había alcanzado en el estómago; otra, en el pecho.

—Ayu…da.

Dorotea lo miró.

—Recuérdalo, Álvaro. Recuerda todo lo que hiciste en esta vida, y paga por ello en el infierno.

Pasó por su lado y él se aferró a la falda de su vestido para detenerla. Dorotea se agachó y le soltó los dedos uno por uno. Luego hurgó en el bolsillo de sus pantalones. Consiguió el juego de llaves y se metió de nuevo en la fábrica.

A medida que se alejaba de Álvaro, la realidad empezaba a

atraparla. Comenzó a llorar, a temblar por culpa de la adrenalina, a asimilar lo que había hecho. Intentó mantener la cabeza fría. Antes de dejarse llevar por el pánico tenía que liberar a Mauro. Corrió hasta la jaula donde el niño sollozaba, asustado por los gritos y los disparos. Lo encontró en una pajarera mucho más pequeña que la suya, encogido en un rincón. Se abrazaba las piernas y ocultaba la cabeza entre las rodillas. Su espaldita subía y bajaba por culpa del llanto.

—Tranquilo, voy a sacarte de aquí —logró articular.

Mauro la miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué es eso? —Dirigió la vista hacia las manchas de sangre que ensuciaban su vestido, sus manos, su rostro.

—No es nada —dijo con toda la entereza que pudo reunir—. Cierra los ojos, Mauro.

—¿Para qué?

—Es un juego. —Probó varias llaves en la cerradura, hasta que una logró entrar—. Te tienes que abrazar a mí y te sacaré de aquí a caballito, ¿vale?

Él no pareció muy convencido, pero en cuanto Dorotea logró abrir la puerta de la jaula, Mauro se abalanzó sobre ella y ocultó el rostro contra su cuello. Dorotea lo condujo hacia el exterior, lejos de donde todavía yacían Álvaro y Jacqueline.

Justo en ese instante los vio. Carlos, Soledad, Darío y Lucilda corrían hacia ellos. Dorotea dejó a Mauro en el suelo, y vio como el pequeño se lanzaba a los brazos de su madre.

—Dios mío, Dios mío —repetía Lucilda sin dejar de estrecharlo—. Mi niño…

—¿Qué ha pasado? —preguntó Soledad al ver las manchas de su vestido, su gesto compungido.

Dorotea quiso hablar, pero le temblaban los labios. Entonces salió el pánico, la culpa, el terror. No podía respirar. Vio como su hermanastra trataba de calmarla, pero nada conseguía llegar hasta ella. Ni las voces, ni las palabras, ni siquiera las imágenes. Cuando quiso darse cuenta, todo estaba oscuro de nuevo.

# ORÍGENES

*16 de diciembre de 2022, Barcelona*

—Es en la Calle París.

La llamada de Luther me sacó de la cama. No debían de ser más de las siete de la mañana.

—¿Estabas durmiendo?

Tardé unos instantes más en contestar. Me aclaré la garganta para evitar que me saliera la típica voz cavernosa.

—No, no.

Escuché su risa al otro lado y, al final, logré comprender parte de lo que me había dicho.

—La Calle París. ¿Qué pasa en la Calle París?

Lo escuché suspirar para armarse de paciencia.

—¿Te acuerdas de que me obligaste a seducir a la guía de la Casa Dalmau? Qué poco valoras mis esfuerzos.

Me incorporé de repente y me tiré el cabello, que me caía desordenado sobre la cara, hacia atrás.

—Oh.

—Sí, «oh». Dorotea Dalmau vive en la Calle París, número siete.

—¿Lo dices en serio?

No me lo podía creer. Habíamos encontrado a una de las socias de mi abuela, puede que la única persona que pudiera aclararnos qué había ocurrido ese dieciocho de febrero de 1943.

—Muy en serio. He tenido que cambiarme el número de teléfono para evitar que me acosara, por si te interesa —fingió estar molesto por mi falta de celos.

Me eché a reír.

—Ahora viene cuando me dices que te alegras de que solo tenga ojos para ti.

—Luther… —le advertí.

Desde que habíamos vuelto a vernos, Luther trataba de seducirme por todos los medios, pero yo seguía reticente. No me resultaba fácil recuperar la confianza. Aunque ahora supiera que había tenido sus motivos, los daños todavía hacían estragos.

—Está bien, está bien —admitió—. Te daré tu espacio. Entonces, ¿voy yo solo a conocer a Dorotea?

—Ni hablar, quedamos allí a las diez.

Adiviné que sonreía contra el teléfono. De pronto me asaltó una idea.

—¿Y si no está? O peor, ¿qué pasa si no quiere hablar con nosotros?

—No le des vueltas antes de tiempo. Nos vemos en un rato.

Me presenté en el portal de la Calle París cinco minutos tarde. Luther ya estaba allí. No pude evitar recordar el día que nos habíamos conocido, en el cine.

—¿Siempre llegas pronto a tus citas?

—Llegar tarde es de muy mal gusto, señorita Altarriba.

Me dio un toquecito en la nariz, y un cosquilleo se apoderó de mi

estómago.

—Las persianas están subidas —apuntó mirando hacia arriba—. Debe de haber alguien en la casa. Es en el primer piso, segunda puerta.

Miré hacia el edificio. Era de estilo modernista, antiguo, como la mayoría en esta zona de la ciudad. Supuse que Dorotea lo había elegido porque, en cierta manera, tenía reminiscencias a la Casa Dalmau. Puse la mano sobre el timbre. Apreté, con todas mis esperanzas puestas en mi dedo índice, rezando por que alguien nos abriera. Escuché la voz de una mujer joven por el interfono, y miré a Luther, desconcertada.

—¿Vive aquí Dorotea Dalmau? —me animé a preguntar.

Se hizo un breve silencio al otro lado.

—¿Quién pregunta?

Eso era un sí. Decidí ir con la verdad. Puede que fuera la única oportunidad de que nos recibiera, no quería jugármela con mentiras. Ya había tenido suficientes para toda una vida.

—Soy la nieta de Lucilda Viñuales.

Escuché que la mujer trasladaba mi respuesta a alguien más entre susurros. Luego la puerta se abrió con un clic. Miré a Luther con una sonrisa triunfante. Entramos en un recibidor de techos elevados, ornamentados con cenefas de yeso. Aunque era antiguo, todo estaba muy bien conservado, como si los dueños del edificio gastaran cada año una fortuna en restaurarlo. No tomamos el ascensor. Aunque un primero en ese tipo de edificios no estaba precisamente cerca del suelo, decidimos subir por las escaleras, así tendríamos tiempo para

ordenar nuestros pensamientos. Lo cierto era que no sabía qué iba a decirle una vez la tuviera delante.

En cuanto llegamos, la puerta ya estaba abierta. Una mujer joven nos esperaba en el zaguán.

—Pasen, pasen —dijo, haciéndonos un gesto para que entráramos.

Luther me cedió el paso y me adentré en la vivienda, sin saber muy bien si pararme en la entrada o avanzar hasta donde suponía que estaba el salón. Opté por ser conservadora y esperé a que fuera la muchacha quien nos guiara. Cuando llegamos, nos ofreció asiento en uno de los sofás y nos pidió que aguardáramos allí.

Mientras esperaba, me fijé en los muebles elegantes, en los cuadros llenos de fotografías de personalidades del cine. Antiguas, y no tan antiguas. Pude reconocer a Dorotea en varias de las imágenes en blanco y negro. Lucía igual de bonita que en las instantáneas que mi abuela había conservado, y en muchas de ellas estaba acompañada por una muchacha morena. Las vi envejecer juntas.

—Se llamaba Casandra.

Su voz sonó solemne. Me volví hacia la puerta, avergonzada por que me hubiera cazado mirando sus recuerdos. Pero ella sonreía. A pesar de la edad, era fácil adivinar que había sido una belleza. Conservaba unos ojos brillantes, del color del ámbar fundido, y su figura, todavía esbelta, portaba con elegancia un traje chaqueta de pata de gallo. Sus piernas, sin embargo, se habían debilitado con el paso de los años. Avanzó hacia nosotros conduciendo una moderna silla de ruedas.

—Supongo que tú eres Leonor.

Arqueé las cejas, sorprendida por que me conociera. Ella rio.

—Tu abuela Lucilda me hablaba siempre de ti en sus cartas.

No pude evitar emocionarme. Agradecí que desviara la vista hacia Luther.

—No vienes sola.

—No —dije con la voz un poco tomada—. Él es Luther Bécquer.

—¿Bécquer?

Él carraspeó.

—¿El nieto de Soledad?

Los ojos de Dorotea brillaron con entusiasmo.

—¡Qué alegría conoceros! —dijo al fin con una sonrisa—. Pero, por favor, tomad asiento.

Luther y yo, que nos habíamos puesto en pie al verla entrar, volvimos a sentarnos en el sofá.

—Tatiana, ¿podrías traernos algo de beber? ¿Quizá también unas pastitas?

Los dos asentimos. No habíamos desayunado, pero aceptamos su ofrecimiento más bien por cortesía.

—Contadme, ¿qué os trae a la casa de una antigüedad como yo?

No pude evitar echarme a reír. Me gustaba su humor.

—No sé si se habrá enterado por la prensa, pero…

—Tutéame, por favor —me dijo—, no me hagas sentir aún mayor.

—Claro —sonreí—. La cuestión es que vamos a abrir de nuevo el Cine Imperial.

La contemplé emocionarse, y algo cálido invadió mi pecho.

—Eso es fabuloso —murmuró—. Debo reconocer que, en cuanto

volví a la ciudad, fue uno de los primeros lugares a los que fui. Cuando lo vi en ese estado… me dio mucha pena.

—Lamento no haber estado a la altura.

—No te disculpes, todos tenemos nuestros motivos.

Supe que se estaba refiriendo a la Casa Dalmau, a su huida. Y vi la oportunidad.

—¿Puedo preguntarte qué ocurrió? ¿Por qué desapareciste el dieciocho de febrero de 1943?

Su piel, ya pálida de por sí, se volvió casi traslúcida. Tatiana apareció en ese momento cargada con una bandeja. La depositó en la mesita que se encontraba frente a nosotros. Sirvió unos cafés y puso las pastas a nuestro alcance. Cogí una de ellas y empecé a darle vueltas, quizá para calmar mis nervios. Cuando Tatiana se retiró, Dorotea soltó el aire que había estado conteniendo. Puede que durante muchos años, durante toda una vida.

—Prometimos no hablar nunca de esa noche; aunque supongo que, a estas alturas, ya da igual.

Dio un sorbo de café y miró por la ventana. Luego comenzó a hablar, y lo hizo durante horas. Nos contó los orígenes de sus sueños de ser actriz, la mala relación que tenía con su padre y su madrastra; los motivos que la llevaron a casarse. Todo lo que había sufrido a manos de su marido y de su suegra. La muerte accidental de doña Urraca. Cómo había huido a Barcelona y en qué circunstancias había conocido a Soledad y a mi abuela. También nos explicó la decisión de fundar el cine, de tener un proyecto propio, y cómo sus planes se habían truncado por culpa de Álvaro Montesinos. Debo reconocer que

me avergoncé de que su sangre corriera por mis venas, y agradecí mi decisión de ahorrarle esa historia a mi padre.

—Esa noche, Álvaro asesinó a la mujer de mi vida.

Me llevé la mano a la boca. ¿Mi verdadero abuelo había sido capaz de algo así? A decir verdad, después de lo que me había contado Dorotea, podía creérmelo.

—Lo siento —dije en un susurro.

Ella me sonrió con pena.

—Lo cierto es que no he hablado de esto en más de cincuenta años, pero no lo he olvidado ni un solo segundo. La culpa me ha perseguido todo este tiempo, y lo hará hasta el día en el que muera. Puede que incluso después.

—¿La culpa?

No podía imaginar de qué podía sentirse culpable Dorotea. Después de todo, ella había sido la víctima: de Álvaro y de la sociedad.

—Porque se lo hice pagar.

La miré sin comprender.

—Podría decir que fue en defensa propia, y puede que así fuera. Pero apreté el gatillo con la intención de matarlo. Quería vengarme. Y lo hice.

—¿Mataste a Álvaro Montesinos? —balbuceé.

Ella asintió casi imperceptiblemente. Miré a Luther, que estaba tan horrorizado como yo por la verdadera historia que estábamos destapando.

—Por eso desaparecimos aquella noche —terminó diciendo al ver

que ni él ni yo decíamos nada—. Carlos se encargó de encubrirlo todo.

—¿Mi abuelo? —preguntó Luther al fin—. No me lo puedo imaginar tapando algo así.

Dorotea sonrió.

—Tu abuelo era un buen hombre, el mejor que he conocido.

—Pero… ¿Cómo pudo encubrir nada? Él solo era un granjero.

Esta vez, Dorotea se echó a reír.

—Tu abuelo fue muchas cosas antes de ser granjero. Era teniente en el ejército y la mano derecha de Álvaro. Incluso ayudó a Soledad en sus tareas de espionaje.

—Entonces, ¿también sabías lo de mi abuela? —inquirió Luther.

—Por supuesto. La cuestión es que, sin Carlos, hubiéramos terminado todos frente a un pelotón de fusilamiento. Él ocultó los crímenes y enterró los cuerpos —en este punto se le rompió la voz—. Nos consiguió pasaportes falsos y nuevas identidades; también billetes para salir del país esa misma noche. Así fue cómo regresé a Estados Unidos.

»Soledad, en cambio, prefirió exiliarse en Venezuela. Carlos no podía quedarse en España después de todo lo que había hecho en contra de Álvaro y del régimen, así que, como hizo durante toda su vida, la siguió. Creo que hubiera ido a por ella al fin del mundo si hubiera sido necesario.

No pude evitar sonreír.

—Lucilda fue la única que se quedó aquí, y se encargó de reportar las desapariciones. Tanto las nuestras como las de Álvaro y Jacqueline. Nunca supo mentir, pero esa vez lo hizo bien. Supongo

que el hecho de proteger a su familia le insufló el valor que necesitaba para hacerlo. No tuvimos tiempo de formalizar ninguna escritura, pero acordamos que ella se quedaría con el Cine Imperial, y así fue cómo lo sacó adelante durante décadas.

Miré a Luther de reojo y se echó a reír.

—Ya te dije que no voy a quitarte nada. Te pertenece.

No pude evitar sonreír.

—A pesar de sus comienzos un poco complicados, me consta que Lucilda fue muy feliz con Darío —añadió Dorotea.

—¿Y tú? —pregunté después de un largo silencio.

—Yo cumplí mi sueño.

# LOS SUEÑOS

*21 de marzo de 1946, California*

Nada más llegar, Dorotea se paseó por la academia como solía hacer cada mañana. Le gustaba ver cómo su proyecto cobraba vida y crecía cada día, como si se tratara de un hijo al que miraba con orgullo extender sus alas para echar a volar. Los alumnos de primero estaban haciendo expresión corporal: mimo, danza, gestos faciales que quedarían reflejados para siempre en las pantallas. Los de segundo y tercer curso se encontraban en plena práctica de interpretación; mientras, los del último año se preparaban para la próxima audición que había lanzado la Metro Goldwin Mayer. La mayoría la saludaban con entusiasmo, «buenos días, directora», aunque los más tímidos se limitaban a lanzarle miradas de admiración. Se dirigió hasta su despacho y soltó sobre la mesa el maletín que siempre la acompañaba; se quitó el abrigo y estiró los brazos, entumecidos por el día lluvioso. Todavía no se había sentado en el sillón cuando Rebecca, su asistente, llamó a la puerta.

—Disculpe que la moleste tan temprano, señora La Mar. —A pesar de que habían transcurrido más de tres años, todavía le costaba reaccionar cuando la llamaban por su nuevo nombre—. Ha llamado su tía, dice que vendrá a buscarla a la tarde.

Dorotea sonrió. Le apetecía uno de esos batidos infernales que se zampaba Margarita. Al ver que Rebecca no se movía, la miró con un

gesto interrogativo.

—¿Algo más?

—Esto…Tiene una visita.

Dorotea frunció el ceño ante lo inesperado de aquello. Solía llevar una agenda bastante ordenada y no concedía citas sin previo aviso.

—¿Quién es?

—No me lo ha querido decir.

Al ver su gesto contrariado, Rebecca volvió a hablar:

—Ya le he dicho que está usted muy ocupada y que tiene que llamar antes, pero me ha contestado que cómo no va a tener ni un momento para una amiga de la infancia. —Su secretaria parecía indignada—. Es una mujer bastante descarada, si me lo permite.

Los ojos de Dorotea se abrieron hasta formar un círculo perfecto. No podía ser ella. ¿O sí?

—Dígale que pase. Y déjenos a solas.

Rebecca salió a toda prisa y volvió acompañada al cabo de unos segundos. Hizo entrar a la visita y se marchó con discreción. Dorotea ya no le estaba prestando ninguna atención a su asistenta. Tan solo podía mirar a la mujer morena que estaba parada frente a ella. El rostro ovalado, los labios gruesos, la mirada divertida de esos ojos castaños. Habían pasado diez años, pero todavía pudo ver en ella a la joven rebelde que un día había sido. Y sonrió. Sonrió porque la vida le brindaba una nueva oportunidad.

—Casandra.

# EL HIJO

*21 de marzo de 1946, Caracas*

—Por Dios, no sé qué placer encuentra Carlos en pasarse el día arando los campos bajo el sol. —Gertrude se abanicaba con uno de los libros que había encontrado sobre la mesa auxiliar.

—No es tan terrible. Será que tienes los calores propios de la edad —la pinchó Soledad.

Gertrude la fulminó con la mirada.

—No seas impertinente, jovencita.

Soledad se echó a reír.

—Hablando del ciclo de la vida… —dijo Gertrude con una mirada suspicaz—. Ya lleváis tres años casados.

—No seas antigua, Gertrude. No queremos tener hijos —cortó Soledad.

—¿No?

—No. Ninguno tuvo una infancia feliz y no sentimos esa necesidad.

Gertrude sonrió.

—Siempre has tenido las ideas claras.

Carlos entró justo en ese instante. Si Gertrude no hubiera estado presente, se habría lanzado a sus brazos. Le gustaba su aspecto después de trabajar, con el cabello revuelto y la piel tostada perlada de sudor.

—Soledad, creo que deberías salir… —Su semblante serio

desdibujó la sonrisa que tenía pintada en los labios.

—¿Qué ocurre?

Le hizo un gesto con la cabeza para que saliera. Nada la hubiera preparado para volver a verla. No de aquel modo. Alicia estaba muy delgada, casi raquítica, como cuando habían salido del convento. Apenas se podía distinguir su cabello dorado bajo una pátina de mugre. Sus ropas no se encontraban en mucho mejor estado. No llevaba un vestido elegante, como solía hacer cuando vivían en Canfranc; tan solo vestía unos harapos informes de color marrón. La soberbia había desaparecido de su mirada, sus ojos eran dos mares turbios, opacos. Vio reflejados en ellos el terror de la guerra, de la miseria y de la muerte. Entonces reparó en el niño que llevaba de la mano. Su sobrino. No presentaba mucho mejor aspecto que la madre. Pálido, ojeroso y lleno de barro. La miró con unos enormes ojos grises, del color de la luna.

—Alicia, ¿qué…?

—Han acusado a Arno de crímenes de guerra —dijo con la voz apagada—. Hemos tenido que huir de Alemania.

Soledad tuvo que morderse la lengua. Se ahorró amonestarla con las opiniones sobre su marido y sobre las ideas fascistas que habían defendido. En vez de eso, le tendió la mano. Era su hermana.

—Entrad. Podéis quedaros aquí el tiempo que…

—No —la interrumpió—. Arno me está esperando en el camino, nos marchamos a Argentina.

Soledad frunció el ceño. ¿Habían cruzado el país tan solo para despedirse de ella? Sin embargo, antes de que pudiera formular la

pregunta en voz alta, Alicia puso la mano sobre el hombro del niño y lo empujó hacia ella con un ligero toque. Se transportó al pasado, al momento en el que su madre había hecho ese mismo movimiento en el convento. Cerró los ojos.

—No tenemos nada; no puedo cuidar de él —dijo Alicia.

Soledad apretó los labios y contuvo las lágrimas de pena. Por el camino que había tomado Alicia, por ese pobre niño. Entró en la casa sin decir nada y levantó el colchón. De debajo de la cama sacó uno de los dos fajos de billetes que correspondían a la herencia que habían recibido de su madre. Se lo tendió a Alicia, pero su hermana no cambió de opinión:

—No quiero darle la vida de un fugitivo.

Soledad suspiró.

—Coge el dinero, lo necesitaréis. Es tuyo de todas formas.

Alicia apretó los labios, pero aceptó su parte.

—Se llama Mark. Castellaniza su apellido, por favor, así nadie sabrá de sus orígenes.

Casi reculó al escucharla, aunque terminó asintiendo. No tenía más remedio que aceptar. Alicia se agachó frente al niño.

—Esta va a ser tu casa ahora. Prométeme que te portarás bien.

Mark empezó a llorar y Alicia lo abrazó durante un buen rato. Al final, se separó de él y se lo llevó a su hermana. Soledad lo agarró de la mano.

—No le hables nunca de nosotros, con el tiempo nos olvidará. Quiero que tenga una infancia feliz. Y sé que tú eres la única que puede dársela.

Soledad se secó las lágrimas y accedió a todo lo que le pedía Alicia. Como siempre había hecho.

# EL PADRE

*21 de marzo de 1946, Barcelona*

Lucilda observó cómo los dos transportistas depositaban la máquina de palomitas junto a la otra que tenían. Darío le pasó la mano por la espalda.

—¿Satisfecha con esta pequeña victoria?

Ella sonrió. Habían corrido rumores de que los pocos trabajadores que quedaban en Villa Montesinos estaban subastando los muebles y las antiguas pertenencias de la familia para costear algunas reformas y poder seguir viviendo en la casa. Al principio no lo había creído posible, pero entonces se había encontrado con Ramiro cerca del Ritz, y se lo había terminado de confirmar. Entonces se le ocurrió la idea. Necesitaban una máquina adicional para la enorme demanda de palomitas que tenían, y sabía que en la Villa había una. La que había comprado Álvaro en la primera muestra de su verdadero carácter, y que ella no supo ver. Decidió que se haría con la máquina a un precio irrisorio, como pago por todo el mal que le habían hecho a ella y su familia.

—Sí. Mucho.

Darío la besó y se quedaron abrazados mientras veían a los operadores montar la máquina. Unos pasos rápidos rompieron el momento. Era Mauro, que bajaba las escaleras a toda prisa, cargado con cuatro novelas en cada mano. Dio un brinco para saltar los dos últimos escalones, y Lucilda se sorprendió de que pudiera hacerlo.

Había crecido mucho. Aunque tan solo tenía diez años, ya la alcanzaba en altura. A pesar de que había heredado los ojos azules y el cabello rubio de Álvaro, con el paso del tiempo se parecía más a ella: los ojos risueños, grandes; los rasgos delicados.

—Padre, ¿me acompañará esta tarde a la biblioteca? —preguntó Mauro—. Ya he terminado todos los libros que tomé prestados.

Darío se iluminó. A pesar de que ya hacía muchos años que lo llamaba así, su corazón todavía brincaba de felicidad cada vez que lo hacía. De hecho, no estaban seguros de que Mauro pudiera recordar el pasado. Puede que ni siquiera supiera que Darío no siempre había estado ahí. Al fin y al cabo, era muy pequeño cuando todo había ocurrido. Darío le despeinó el cabello.

—Por supuesto, también podríamos coger unos cómics.

# EPÍLOGO

*25 de diciembre de 2022, Barcelona*

No había estado tan nerviosa en mi vida. Ni siquiera el día de mi boda. El hecho de inaugurar el cine después de tanto tiempo de abandono me generaba un dolor de tripas difícil de explicar. Era ansia, miedo, pavor. Quería que todo saliera bien, que fuera un éxito como lo fue antaño. Llevábamos toda la tarde preparando cubos de palomitas, cava y refrescos. Corría de un lado a otro y le preguntaba al servicio de catering si ya estaban listos los canapés, si habían metido más bebida en la nevera. Debía de parecer una dueña histérica, porque Luther me miraba con una sonrisa condescendiente.

—Todo saldrá bien —me animó—. Este fue un cine muy famoso, y la gente vendrá, aunque sea por curiosidad. Luego se quedarán por la calidad.

Agradecí el pequeño abrazo que me dedicó. Sentirme envuelta en su aroma me calmó.

—Quizá podamos celebrarlo después —ronroneó en mi oído.

Le di un codazo, pero sonreí. Justo en ese momento vi entrar a mi padre, con su traje más elegante. Estaba algo pasado de moda, puede que la última vez que se lo hubiera puesto fuera en mi comunión. Su sonrisa tímida me pareció adorable. Se acercó a nosotros y miró a Luther con una ceja arqueada; todavía me sostenía por los hombros. Mi socio —no sabía muy bien qué éramos en aquel entonces—

carraspeó y me soltó. Hacía días que se había disculpado con Mauro por habernos ocultado la verdad, y mi padre se estaba haciendo el difícil, aunque yo sabía que ya lo había perdonado.

—¿De dónde ha salido tanta prensa? —preguntó Mauro.

Entorné los ojos y miré hacia la calle. Había enviado una escueta nota de prensa a los medios, pero no creí que ninguno de ellos se molestara en cubrir el evento; mucho menos en Nochebuena. Sin embargo, en la entrada se agolpaban montones de periodistas y fotógrafos.

—Esto sí que no me lo esperaba —reconoció Luther.

Por mucha fe que tuviera en nuestro nuevo negocio, no había osado pensar que tendríamos tanto éxito entre las revistas y periódicos locales. Pronto me percaté de que incluso habían acudido medios de ámbito nacional e internacional. A los que yo no había avisado. Tan solo comprendí qué hacían ahí cuando un coche oscuro, lujoso, se detuvo frente a la puerta. Vi revolotear micros ansiosos, el destello de los flashes. Luego la vi aparecer a ella. Había dejado atrás su silla de ruedas y disimulaba sus dificultades para caminar apoyada en su asistenta y en un bastón de marfil. Me sonrió. Dorotea estaba espléndida, y no me costó imaginar el revuelo que debía haber causado en su juventud sobre la alfombra roja, en su academia y en el mundo del cine. Caminó hacia mí y la recibí con un abrazo, emocionada por su presencia. Era el mayor honor que podía concedernos. Fui consciente de las cámaras que nos grababan y me sentí diminuta, pero ella no me soltó. Me aportaba la seguridad que necesitaba.

—Habéis hecho un trabajo magnífico —anunció, y señaló el local—. Es el mismo, es su esencia. Tu abuela habría estado muy orgullosa de ti.

Apreté los labios para contener el llanto. Supongo que se dio cuenta, porque me dejó recomponerme mientras saludaba a Luther con la misma efusividad.

—Soledad también estaría feliz de verlo así, en todo su esplendor —le dijo.

Él carraspeó, supongo que igual de conmovido que yo. Entonces miré a mi padre. No se había movido del sitio, y observaba a Dorotea con los ojos entornados, como si intentara asimilar su imagen. Ella lo miró también. Torció la cabeza y de pronto abrió mucho los ojos.

—No es posible —dijo Dorotea.

Seguía mirando a mi padre.

—¿Nos conocemos de algo? —dijo él.

—¿Mauro?

Él asintió y se tensó un poco cuando ella agarró su cara entre las manos en un gesto maternal.

—Sí —añadió ella al ver que él no contestaba—. Reconocería esos ojos en cualquier lugar. Solías ser más joven; mucho más. Supongo que yo también.

Se echó a reír. Entonces apareció un atisbo de reconocimiento en los ojos de Mauro.

—¿Eres Dorotea?

Ella se llevó un índice a los labios en un gesto cómplice.

—Ahora soy Bárbara La Mar.

Él sonrió y, sin previo aviso, la abrazó.

Después del reencuentro, Dorotea dio un pequeño paseo por la recepción. Acarició las paredes, las cortinas, los muebles; respiró el aroma. Sonreía. Al cabo de unos minutos me percaté de que sus piernas temblaban. Me acerqué a ella y la tomé por el brazo. La conduje hasta uno de los sillones de la entrada y me acomodé junto a ella para que nadie se percatara del verdadero motivo por el que nos habíamos sentado.

—Estas viejas piernas ya no son lo que eran —se lamentó—. Supongo que los años no pasan en balde.

Antes de que pudiera decirle algo más, empezó a rebuscar en el pequeño bolso de lentejuelas negras, que hacía un conjunto perfecto con el sobrio vestido que había elegido para la velada.

—Creo que deberías tener esto.

Me tendió un sobre y enseguida reconocí la letra de mi abuela, la que había perfeccionado a lo largo de los años.

—Fue la última carta que recibí de ella. La escribió la mañana en que murió.

Tragué saliva. Charlamos un rato más sobre nuestros proyectos y los estrenos de cartelera que se avecinaban, pero no pude concentrarme en la conversación. El papel en el que Lucilda había plasmado sus últimas impresiones revoloteaba entre mis dedos. Dorotea me sonrió.

—Ve a leerla.

Le hice caso. Sabía que no habría aguantado toda la noche sin

hacerlo y no habría podido disfrutar de la inauguración. Así que me ausenté de la fiesta unos minutos para colarme en el despacho. Abrí el sobre y me topé con la tinta, con las filigranas de su letra perfecta. Y me pareció que olía a ella. A rosas rojas. Estaba llorando incluso antes de comenzar a leer.

*Querida Bárbara,*

*¿Cómo te encuentras? Espero que continúes cosechando éxitos en tu academia. El Cine Imperial sigue viento en popa, pero me temo que está envejeciendo igual que yo. Intento mantenerlo como cuando las tres vivíamos aquí, pero las modas cambian y temo que se esté quedando desfasado. Creo que necesita un aire nuevo, rejuvenecido. Sé que mi nieta, Leonor, haría un trabajo encomiable. Sin embargo, ahora mismo no estamos en muy buenos términos. Está en plena adolescencia y piensa que todos estamos en su contra. Sé que pasará. Todos hemos tenido etapas complicadas en la vida. Me gustaría decirle cuánto la quiero, pero me temo que, si lo hiciera ahora, pensaría que he perdido la cabeza. Ayer mismo discutimos por culpa de un novio que tiene; no me gusta un pelo ese pseudo delincuente, pero supongo que con el tiempo ella misma se dará cuenta de que no vale la pena. Creo que no tiene muy buen ojo para los hombres; me temo que ha heredado eso de mí. La verdad es que fui un poco brusca con ella al decírselo, pero en mi favor debo decir que llevo varios días nerviosa: la última vez que fui al médico no tenía buenas noticias. Al parecer, mi corazón está enfermo. Dice que si me operan podría tener alguna posibilidad de salir adelante, aunque no promete nada a mi edad. Si no, tengo contados los días, las horas. No se lo he dicho a mi familia. Sé que*

*me obligarían a pasar por el quirófano, y no es lo que quiero. Ya he vivido mucho y detesto la idea de irme de este mundo postrada en una mesa de operaciones o en la cama de un hospital. Prefiero disfrutar de lo que me quede junto a Mauro y Leonor, felices. Sin ver la pena en sus rostros, sin que sepan que, un día, más pronto que tarde, ya no estaré aquí.*

*Tu amiga, que te quiere,*

*Lucilda*

Tuve que esperar más de media hora a que se calmara el llanto. Intenté releerla, pero no pude. Cada vez que mis ojos recorrían las palabras, se me nublaba la vista por culpa de las lágrimas. Me senté en la butaca y me quedé con la mirada perdida, sopesando lo que significaba aquello. Mi abuela me había querido a pesar de todo. No tenía en cuenta mi mal comportamiento. Agradecí sus palabras, aunque no fueran dirigidas a mí, porque aliviaron el peso que había soportado durante años. Y la culpa, aunque no desapareció del todo, empezó a difuminarse. Era como si, con esa carta, me hubiera querido decir desde el Más Allá que yo no era la responsable de que su corazón se hubiera detenido. Había sido una enfermedad.

Cuando conseguí calmarme, había pasado más de una hora. Regresé, preocupada por el desarrollo de la fiesta. Enseguida me relajé. Luther revoloteaba dando órdenes y parecía tenerlo todo bajo control. Dorotea, por su parte, se había hecho cargo de la prensa. Vi que uno de los periodistas se había sentado con ella mientras le

concedía una breve entrevista. Escuché que hablaba sobre su carrera y sobre la ilusión que le generaba la reapertura del Cine Imperial. Vi clara su estrategia. Había utilizado su imagen pública para darnos el empujón que necesitábamos, para que nuestro cine apareciera desde el primer día en todos los medios. Para hacer de él un éxito.

—Me parece increíble que Dorotea esté aquí. Es como viajar al pasado —le dije a Luther.

Él asintió. No me preguntó por qué tenía los ojos rojos, ni por qué me había ausentado. Tan solo me miró con su mirada gris y una sonrisa en los labios.

—¿Crees que, igual que el cine, tú y yo podríamos darnos otra oportunidad?

Esta vez su tono era serio. Al ver que yo no respondía inmediatamente, simuló que estudiaba uno de los paneles en los que se anunciaban las películas, pero los dedos con los que sostenía la bebida se movían nerviosos por el cristal. Agarré su copa y me la bebí de un trago.

—Por los nuevos comienzos.

Y lo besé.

**AGRADECIMIENTOS**

En primer lugar, a la Escuela de Escritura del Ateneo Barcelonés, en particular a Patricia y Marilena, sin las que esta historia no hubiera sido la misma. La idea nació y se gestó durante el itinerario del curso de novela que tuve el placer de compartir con compañeros maravillosos y que, de algún modo, están presentes en el resultado. Jeannine, Marina, Sonia, Albert, Eva, Inés, Pilar, a todos vosotros gracias por el apoyo y comentarios para mejorar la novela.

Por supuesto, a mi familia, sin la que no podría encontrar la inspiración. Algunos de los personajes de esta novela son homenajes a mis abuelos y bisabuelos, que vivieron historias tan emocionantes como las de nuestras protagonistas. A mis amigos, en especial a Rosa y Silvia, por ser siempre mis primeras ávidas lectoras. A Toni, mi marido, por encargarse de cuidar de todos nosotros cuando necesitaba volcarme en la escritura. A mis hijos, Martín y Lucía, a los que veía cada vez que describía al pequeño Mauro.

A ti, lector, por llegar hasta aquí. Si te ha gustado, te agradeceré mucho que dejes un comentario para poder seguir creciendo junto a vosotros.